



Francisco García Ayuso

El estudio de la filología en su relación con el sanskrit

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Francisco García Ayuso

El estudio de la filología en su relación con el sanskrit

Prólogo

El lenguaje es don exclusivo y característico del hombre; facultad sublime, que por sí sola haría de él el prototipo de la creación, y bastaría para demostrar la imposibilidad de que hombre y bruto hayan podido tener el mismo origen, o el uno proceder del otro. Mas ¿por qué a él solo fue concedida esta facultad de producir el sonido articulado, con el cual formase el lenguaje en sus diversas manifestaciones? Decimos: el hombre se distingue del bruto por la razón; ¿y qué es razón? aquello que distingue al hombre de los demás animales; compendio de todo lo que sabemos decir sobre la razón en contraste con el instinto del bruto. Pero ¿es instinto puro el principio o norma de acción en éste, cuando gobernando su presente obrar por la experiencia, reconoce al hombre, y le sigue o se aleja de él y aun de su figura, según los sentimientos que le muevan?

Preciso es no confundir, al apreciar estos hechos, la facultad de formar ideas generales con la razón, con el pensamiento y con el lenguaje, que es la manifestación más evidente y preciosa de aquélla. Sin lenguaje sería el hombre un ser con facultades no desarrolladas, que tiene en sí la semilla de todo lo grande y bueno, sin medio o principio vivificante y fructificador; sería acaso un animal poco más diestro que otros brutos. Por el lenguaje salimos de la ignorancia y nos hacemos propio el tesoro de conocimientos y adelantos de las generaciones que nos precedieron; su adquisición es el primer paso indispensable en la educación del niño, como en la infancia de la humanidad lo fue en el desarrollo progresivo de las facultades intelectuales.

Es evidente y claro, al que sobre esto piense, el estrecho comercio e inmediata relación entre espíritu y lenguaje; relación que igualmente existe entre las ciencias que de ambos se ocupan, la lingüística y la psicología, y que prueba la importancia de la primera, cuyos principios fundamentales deben buscarse en la segunda.

Pero la lingüística es un ramo de la filología general, ciencia importantísima, que en corto tiempo ha conquistado un lugar eminente y principal entre las muchas que ocupan a la humana inteligencia por sus numerosas y grandes aplicaciones, por los resultados positivos que de ella han sacado los sabios que en nuestros días la cultivan, y por los preciosos materiales que con la lingüística nos ofrece para la geografía, historia y etnografía de los pueblos.

Todas las ciencias tienen diferentes partes, divisiones y tratados; la lingüística se compone de individuos o idiomas, entre los que algunos sobresalen en perfección e

importancia, porque en ellos más que en otros, se nos muestran los adelantos históricos de las naciones: estos individuos son como los grandes genios que preceden y capitanean a la humanidad en la carrera del progreso intelectual; así aquellos marcan la dirección que ha seguido el lenguaje en su formación, perfeccionamiento y desarrollo.

El idioma sanskrit, la lengua sagrada del indio y clásica por excelencia, es en filología uno de estos agentes, el cual, por su estrecha relación con los principales idiomas conocidos, por su riqueza y carácter especial, ha realizado un cambio completo en esa ciencia; descubriendo y presentando nuevos horizontes y objetos de estudio a las inteligencias, sirviendo de base para nuevos y grandes adelantos e investigaciones etnográfico-lingüísticas (V. artículos X, XII, XIV), suscitando cuestiones de interés general en el terreno de la filología, que, de estudio puramente humanístico, se ha elevado a ciencia, y ocupa hoy un lugar distinguido en los círculos científico-literarios. Genios sobresalientes, como Herder, L. Hervas, G. de Humboldt, Schlegel, Bopp, Grimm y Burnouf, favorecidos por la mayor parte de los gobiernos europeos, han contribuido a tan glorioso resultado después de introducir y establecer el estudio de la filología general y comparada con el de la lengua sánscrita en las universidades de la culta Europa. Si con esta obrita contribuyo a avivar entre los jóvenes literatos de mi querida patria el amor a los estudios filológicos y del bellissimo idioma de la India, daré mi tiempo y trabajo por bien empleados.

Sobre la trascripción de palabras sánscritas en caracteres latinos hablaré en otro lugar. Una sola advertencia me permitiré acerca del nombre sanskrit, que personas literatas, a quienes yo respeto y aprecio, son de parecer haya de pronunciarse y escribirse sánscrito.

La k no puede suplirse aquí con propiedad por otra letra (c, q), pues en tal caso tendríamos necesidad de emplear dos caracteres latinos para trascribir uno sanskrit, y complicando de este modo el sistema, se daría lugar a una confusión de signos impropia e innecesaria, y que, por lo tanto, debemos evitar. También creo innecesaria la adición de la o final, pues no faltan en español nombres acabados en it, como cenit; muchos, tanto propios como apelativos, en iz, id, y otros que guardan aun más analogía con el nombre sanskrit, como francés, inglés; y como no hay principio alguno gramatical por el que debamos decir francesco, etc., tampoco le hallaremos que justifique la terminación o de sánscrito, ya como sustantivo o como adjetivo masculino. Por el contrario, el uso tiene admitida la terminación femenina de semejantes nombres, y según la analogía, de lengua francesa, debe decirse lengua sánscrita.

El desarrollo histórico del lenguaje no consiste en introducir cambios inútiles en los elementos que le componen, aun cuando éstos se hagan conforme a las reglas establecidas por el uso.

Los sabios pero severos maestros de la lengua española se han olvidado con frecuencia de este principio, de lo que ha resultado no pequeña confusión en la ortografía de algunas letras y de muchos nombres especialmente propios. El uso, convertido con lastimoso abuso en fundamento y causa de todas las innovaciones que se introducen en el lenguaje, ha hecho ya que algunos respetables literatos hayan admitido en varios nombres terminaciones mucho más impropias e inconsecuentes aún que la de sánscrito, como en Escaligero y

otros, en lugar de Scaliger o escalíger. Faltando reglas fijas que determinen la ortografía de nombres extranjeros, y atendiendo a tales cambios e innovaciones, podremos dudar si se deberá escribir Humboldt, Herder, Wilkins, etc., o Humboldto, Herdero, etc.

Por indicación de muchas y respetabilísimas personas he seguido el método establecido en España para la trascripción de palabras árabes y hebreas en letras latinas, separándome en algunos puntos del que había empleado en mi gramática árabe.

He dividido la obra en tres partes. En la primera, que sirve de introducción a las otras dos, y tiene, por consiguiente, menor importancia, se hace un estudio rápido y sucinto de la naturaleza esencial del lenguaje en su inmediata y estrecha relación con las facultades superiores y con los sentidos del hombre. Estas observaciones, algunas de las cuales creo yo mismo aventuradas, remotas y acaso insostenibles ante la sublime profundidad de la verdadera ciencia, nos llevan hasta el origen del lenguaje, problema grandioso, magnífico y que ha ocupado a muchos genios, cuya ciencia y talentos admiro y respeto, sin dejar por esto de rechazar y refutar sus opiniones allí donde mis escasas luces y debilísimas fuerzas alcanzan; la naturaleza y objeto del libro me han obligado a omitir en este artículo muchas observaciones acaso convenientes. Trátase en los artículos siguientes de las ciencias que del estudio del lenguaje se ocupan, de su contenido, objeto y métodos, terminando por una breve exposición de los caracteres generales de las lenguas, según los cuales hacemos su clasificación, colocando a cada género, familia y grupo en el lugar conveniente, para con más facilidad y método estudiar los caracteres distintivos de cada familia, y de algunos de sus principales individuos, que es objeto de la segunda parte. Para exponer los caracteres especiales de cada familia y grupo, he escogido aquellas lenguas de las que yo tengo conocimientos, aun cuando no siempre son las más importantes de su familia, por parecerme esto conveniente y necesario a la exactitud de la doctrina. Después de cada artículo he añadido curiosas e importantes noticias acerca de las literaturas respectivas, de la religión y creencias de los pueblos, y de las obras principales que pueden servir para su estudio. He tratado con bastante extensión los jeroglíficos egipcios y las inscripciones cuneiformes, por exigirlo así su importancia y los grandes resultados obtenidos con su desciframiento. Igual extensión he dado al artículo que trata de las lenguas eránicas, con especialidad al zend y su literatura, comprendida en los libros de Zoroastro. Sobre la lengua sánscrita y su vastísima literatura he hecho un estudio especial.

La tercera parte es una historia crítica de la filología y de la lingüística. Entre los antiguos pueblos sobresale el indio por sus profundos estudios gramaticales, que son la admiración de los filólogos modernos. Los griegos no tuvieron verdaderos gramáticos, porque dieron a sus investigaciones sobre el lenguaje un carácter puramente filosófico. Los latinos imitaron servilmente a los griegos, pero tuvieron gramáticos famosos, como Crates y Varrón.

Los árabes dieron hombres sobresalientes en la gramática, educados la mayor parte en el espíritu de emulación, entusiasmo y fanatismo científico-religioso de las escuelas de Basora y Cufa. El Renacimiento hizo necesarias investigaciones más profundas en ésta como en todas las ciencias: desde el siglo XV ha tenido Europa grandes gramáticos. Pero estaba reservado a nuestro siglo el hacer de este árido estudio una ciencia sublime y filosófica, en cuyo cambio ha tenido la mayor influencia el sanskrit: la historia de la filología toma en

nuestro siglo un carácter mucho más variado y ameno que el que presenta en los anteriores. A la historia de la filología sigue, como complemento, una ligera noticia sobre la escritura y sus diferentes sistemas.

En el catálogo de obras sobre filología me he debido circunscribir a los trabajos más importantes.

No puedo menos de dar aquí a los señores que de un modo especial se han interesado en la publicación de este libro.

Los números entre paréntesis corresponden a los del catálogo que acompaña a la obra.

Madrid, Agosto de 1871.

FRANCISCO G. AYUSO.

Primera parte

Lenguaje en general

- I -

Naturaleza del lenguaje, y su relación con las facultades intelectuales del hombre

El sonido, como uno de los medios más adecuados de comunicación, es también una cualidad universal, que penetra toda la naturaleza; y la criatura más perfecta del mundo animado lo produce también más perfecto y sublime que todos los demás seres. Pero no es éste un sonido uniforme e invariable; la voz humana -el sonido articulado- progresa y se perfecciona en el lenguaje, como las facultades que contribuyen a su producción.

Las palabras proceden libremente del pecho, porque el hombre es algo más que un animal cantante o que produce simples gritos; es un ser que acompaña pensamientos a los tonos. Lenguaje y pensamiento son correlativos; de modo que pensar es un hablar silencioso.

Luego que el hombre se pone en contacto con el mundo exterior, y sus sentidos son capaces de percepción, las facultades intelectuales principian la obra de desarrollo, y con ellas el lenguaje. El desenvolvimiento de aquéllas es sucesivo, como la adquisición del idioma, y se influyen mutuamente. En estos primeros momentos, la inteligencia del niño no es un recipiente inerte de la lengua, ni ésta un producto muerto, sin acción sobre el sujeto que le recibe. La lengua es al hombre una cosa dada, un objeto que recibe de fuera, pero que a la vez debe producir él mismo, y como engendrar al apropiársela; puesto que no podemos afirmar que el niño, al aprender a hablar, deponga inertemente en su memoria las palabras que oye, y las repita como un eco. Si así fuese, las facultades intelectuales nunca

se pondrían en actividad, siendo imposible su desarrollo. El niño sería una máquina incapaz de perfección, y ejercitaría siempre del mismo modo sus funciones; es preciso, pues, adquiera el lenguaje por un desarrollo activo de la facultad de hablar, si bien para ejercitarla tiene que vencer grandes obstáculos y necesita la cooperación de un tercero. El organismo del lenguaje constituye un instrumento, cuyo primer efecto regulado exige esfuerzos, que sólo se vencen con la práctica y ayuda de los demás.

No ha pasado mucho tiempo después de la primera impresión que obraron sobre él los infinitos objetos del gran mundo, cuyo compendio es, cuando al percibir sonidos articulados por los que le rodean, siente un impulso, infinitamente superior al instinto del bruto, a pronunciarlos él también; si el niño obrara una vez impelido por instinto necesario, dejaría de ser hombre. Del hombre bruto (imaginario) al intelectual hay una distancia infinita, y es tan inconcebible el tránsito, que esos dos estados suponen y hacen necesario en la vida humana, como lo es, el de lo finito al infinito.

Aquellos tonos malamente articulados, que parecían repetidos por transmisión mecánica, constituyen pronto una riqueza de palabras, que se aumenta con la práctica: las percepciones recibidas acostumbran al espíritu a comprender otras nuevas, y lo que oye no es ya un mero sonido. Las articulaciones pronunciadas por el niño van marcadas con el sello de una facultad superior.

Todo sonido articulado tiene alguna significación, la cual presupone un fin, y por consiguiente pensamiento; de este modo el espíritu humano se encuentra siempre en relación con la lengua, porque su esfuerzo hace que los órganos corporales produzcan el sonido. El bruto, con órganos del lenguaje semejantes a los del hombre, sólo consigue una imitación grosera, cuya distancia de la articulación es tan grande como la que separa al espíritu que les anima y facultades que les adornan.

Si el niño es trasportado, antes de hablar, a un país extraño, encontrará mayor dificultad en la adquisición del lenguaje que en el propio, a causa de su íntima relación con las facultades superiores, sobre las cuales la nacionalidad ejerce una influencia notable, que se transmite a aquél; mas como la naturaleza del hombre es una e idéntica en todas partes, vencido este primer obstáculo, se apropiará el nuevo idioma.

Nuestra primera relación con la lengua es natural y puramente práctica, porque las facultades que contribuyen a su adquisición obran en los primeros momentos sin conciencia individual; mas lo adquirido es como un principio que vivifica dichas facultades. El lenguaje es un elemento esencial de nuestro ser, sin el cual la razón no se pondría en actividad; podemos considerarle como un órgano interno, una facultad que pertenece a nuestra naturaleza, de la que es inseparable.

Adquirimos el idioma con la leche materna, y ésta es el sello que le imprime e identifica con nuestra existencia. Las primeras voces que hieren dulcemente nuestros sentidos son como la primera llamada al entendimiento, y dejan en el espíritu una señal indeleble; y por nacer de labios tan queridos, son el vínculo más fuerte que nos une con la familia y con la nación. Al escucharlos fuera de aquélla y lejos de la patria, hieren suavemente el corazón y despiertan en el espíritu un sentimiento inexplicable hacia los objetos que nos recuerdan. La

verdadera patria es la lengua; ella despierta en nosotros un amor ardiente hacia aquélla; de modo que el abandono y desprecio de la lengua materna es la ruina y muerte del verdadero patriotismo. Al apropiarnos las palabras que de fuera penetran el oído, hacemos de ellas la expresión de nuestra vida interna, el órgano de nuestros pensamientos más profundos, y su conjunto es una fuerza que penetra y domina todo nuestro ser. Cualquiera lengua aprendida en lo sucesivo es sólo un medio externo de comunicación, que no echando raíces en el espíritu, satisfará más imperfectamente nuestra necesidad y nuestros deseos, cuanto más profundos sean los pensamientos que intentemos expresar.

La lengua recibe del pueblo forma y carácter, en conformidad con las disposiciones de su espíritu; pero si bien en esto depende de la nación, no deja de influir poderosamente sobre ella; es dependiente, pero con actividad propia. Un pueblo cambia sus costumbres, déjase arrancar hasta sus creencias religiosas, pierde la memoria de sus antiguas tradiciones, mas no dejará la lengua mientras conserve sentimiento nacional, y aun entonces sólo el tiempo, enemigo invencible, podrá despojarle de aquella presa querida, y la entrega a pedazos, en cambio de otros elementos que se apropia y une a los restos que ha podido salvar de su idioma, después de haberlos modificado convenientemente, para que sean instrumento adecuado a las manifestaciones de su espíritu. El pueblo trabaja sin cesar en el desarrollo y elaboración del idioma, y le da un carácter individual en armonía con el suyo; mas la lengua no es materia muerta, es un principio que obra a su vez en el desarrollo de las facultades, tanto del individuo como de la nación. De este modo el espíritu nacional es el principio y fundamento de la diversidad de estructura y carácter en las lenguas; pero como uno y otro marchan en armonía en su desenvolvimiento histórico, las causas exteriores que influyen sobre el uno, obran también sobre la otra, y contribuyen a caracterizarla exteriormente.

El hombre recibe el lenguaje ya formado, pero no cesa el trabajo de su espíritu, que hace del sonido la expresión del pensamiento; de modo que los adelantos del uno son la señal que marca el progreso del otro; y el carácter intelectual y distintivo de los pueblos puede considerarse como causa de la lengua y como efecto a la vez.

Todos los hombres están animados por la misma sustancia espiritual, y se hallan penetrados próximamente de las mismas ideas generales. Esta unidad en la naturaleza humana hace que el idioma sea producto del individuo y de la nación. El espíritu obra aquí de una manera constante y uniforme, a fin de hacerse comprender de los que escuchan. Siendo el individuo esencialmente idéntico, en su naturaleza, a los demás miembros de la sociedad a que pertenece, lo que procede de éstos es también obra suya, y la lengua, siendo producto del espíritu nacional, es propiedad suya; en esto se funda la comprensión. Hablar y comprender son correlativos; porque el idioma pertenece al yo universal, del que forma parte el yo individual, y el que habla lo verifica según el espíritu del que escucha, uniendo su pensamiento al de éste, y buscando en su interior las palabras de que se quiere servir; su libertad encuentra un límite en el oyente y en la lengua, de modo que aparece como activo y pasivo al mismo tiempo.

La vida intelectual de los individuos que componen un pueblo es la vida de su lengua; y como las facultades de aquéllos alcanzan un grado diferente en su desarrollo, contribuyen también desigualmente al perfeccionamiento y elaboración del idioma. Los poderosos

genios que de tiempo en tiempo se levantan para dictar leyes a las masas, se hacen señores del lenguaje, dejando impreso en él su carácter y señales de su inteligencia privilegiada.

Todo pueblo se mira con placer en el espejo de sus producciones, las cuales en su origen pasan invariables de una generación a otra, sin más medio que la memoria. Canciones, himnos nacionales, cuentos y oraciones a las divinidades y genios protectores constituyen la base de la literatura, y son como la primera piedra del edificio que levantarán los venideros. Echado este fundamento, lo que antes era propiedad de la nación pasa a serlo con especialidad del individuo, y la lengua cae en poder del poeta y maestros del pueblo. Pero la influencia de las masas obra en contra, y ambas fuerzas contribuyen juntas o en distintas direcciones al desenvolvimiento y perfección del idioma, hasta que el gramático viene a contener esta marcha desbordada con sus leyes. Éste es el regulador en la vida histórica del idioma, y en cierto modo un impedimento a su desarrollo, si por tal entendemos el aumento hasta superfluo de formas. Pero su esfuerzo no basta a contener el impulso que le han comunicado las masas, acelerado por otros poderosos agentes, cuales son los cambios que han tenido lugar en sus creencias y opiniones, acontecimientos externos, y hombres extraordinarios que dirigen el espíritu de la sociedad.

Las producciones de las inteligencias obran de una manera permanente sobre el lenguaje, dando origen a nuevas palabras y formas, que sufrirán a su vez diversas modificaciones. En el lenguaje hay dos principios constitutivos: las facultades del espíritu que obran en su formación; y el sonido: el primero es el elemento activo; el segundo, semejante a la materia pasiva, pero reanimado por el sentimiento subjetivo y hecho articulado, es también principio creador del idioma.

La idea es inseparable de la palabra, y ésta es la forma individual de aquélla; las ideas cambian, y con ellas su forma exterior. En la palabra están representados los adelantos de la inteligencia y los progresos del espíritu; porque el hombre, que percibe y piensa, no habla obedeciendo solamente a una representación material del objeto; en el acto de hablar sigue los impulsos libres del sentimiento y de la razón. El pensamiento es una facultad creadora, y la lengua, medio por el que trasmite al exterior sus creaciones, es un ser que recibe de él vida; un microcosmo puesto en actividad continua por el espíritu.

Cuando percibimos un objeto, y de esta percepción se origina un concepto, -una idea, - allí la lengua se interpone activa entre el objeto y el espíritu, sujeto de la percepción. De modo que es un tesoro inagotable, en el que el espíritu halla siempre cosas nuevas; en perfecta armonía con la naturaleza del hombre, lleva en sí el carácter del infinito que la produjo.

Los sentidos nos ponen en comunicación con la naturaleza, y por el lenguaje adquiere el alma conciencia de los infinitos objetos que la embellecen. Como el simple sonido se coloca entre el hombre y el objeto, y pinta la imagen de éste en el espíritu de aquél, así la lengua entre la naturaleza y el hombre, que se ve como rodeado de un mundo de sonidos, de los que se vale para expresar el mundo de objetos entre los cuales se mueve; y los unos despiertan en su espíritu la imagen de los otros. Por eso, al pensar en un idioma extraño, parece nos movemos en un nuevo círculo de ideas, y en realidad cada lengua encierra un mundo de conceptos, en el cual vive una gran familia de la humanidad.

El lenguaje no es solamente la expresión de los objetos percibidos o un mero agregado de palabras; es algo más. Hablar es manifestar el interior; lenguaje es la expresión y representación de lo que pasa en el espíritu; y cada lengua es un sistema, del que se vale aquél para unir al sonido el pensamiento. La palabra tuvo origen en la percepción subjetiva de los objetos, y es, por consiguiente, una copia de la imagen formada en el alma, más bien que del objeto mismo.

La lengua es un instrumento perfectísimo y adecuado para comunicar el pensamiento, al que puede seguir hasta en sus más finos detalles; pero el hombre, al analizar sus pensamientos, -al formar un raciocinio, -se comunica a sí mismo lo que piensa; de modo que el ser racional sin lenguaje es un imposible; y despojado de la facultad de hablar aun en concreto, -de la lengua, -se le quita la inteligencia y se le hace idéntico al bruto. El hombre sin lenguaje es una creación fantástica y monstruosa del racionalismo moderno. ¿Quién puede concebir un ser mudo, sin lengua, y lo que es más sin lenguaje, solo o en sociedad, pero dotado de la facultad de pensar y de raciocinar, de inteligencia y capaz de progreso? ¿Si alguna vez existiera una humanidad en este estado, podemos desde luego afirmar que su pensar fue distinto del nuestro, su razón diferente, y que siendo incapaz de reflexión, se hallaba privada de elección, de libertad; era invariable como el bruto, y en una sociedad tal vemos solamente un rebaño de monos!

La razón y el espíritu distinguen al hombre del bruto; la falta de perfectibilidad en éste nos dice que carece de tales principios. Su obrar es necesidad, no elección; de aquí el que no progresa ni tenga historia. Mas su carácter distintivo exterior es el lenguaje, inseparable de la razón y del pensamiento. El bruto no siente con conocimiento de lo que siente, ni recuerda con conciencia, y por lo tanto, no forma juicios ni raciocinios. Puede apreciar instintiva y mecánicamente las distancias, por lo menos con aproximación; mide el término de un objeto que obra sobre su vista mediatamente, y desde lejos, del mismo modo que la aproximación de un olor; es, pues, una atracción o repulsión instintiva. El juicio en el hombre es muy diferente de ese instinto; él sólo espera con conciencia y es capaz de deducción; en ésta funda la experiencia, tomando del presente instrucciones para saber dirigir su acción en el porvenir, y comparando los objetos o hechos, aprecia su valor; distingue el error de la verdad; lo bueno de lo malo y llega al conocimiento de las cosas; en todo esto es el lenguaje el primer agente. Cuando traemos a la memoria un pensamiento de importancia, ponemos en movimiento los órganos del lenguaje, -hasta el oído-; hablamos con nosotros mismos y escuchamos nuestra propia conversación; por eso nos molesta el ruido en semejantes ocasiones.

El bruto, aun en el mayor peligro, no es inventor; acometido por su contrario, no se valdrá de instrumento alguno de defensa, porque le falta intención; jamás buscará un medio fuera de sí para vencer las dificultades que se oponen a la consecución de sus instintos o apetitos. No trabaja en variar el estado de las cosas, porque no tiene interés ni afectos que le unan con ellas; no trasmite a sus semejantes por la enseñanza lo que ha aprendido del hombre, porque lo hace instintivamente y sin interés. La misma falta siente para con los animales de su especie.

El hombre, al contrario, entiende y comprende a sus semejantes, con la conciencia de que él lo es también por éstos. El mejor medio de comprensión es el lenguaje, si bien esto es convencional; y de aquí el que no podamos expresar cosas nuevas si no es por medio de otras que ya conocemos.

Todo objeto debe serlo de la percepción, antes de que le expresemos por y en el sonido articulado. Para que haya comprensión es preciso sentir como los demás, y esto es imposible sin pensamiento y lenguaje; el grito es solamente una expresión de las sensaciones individuales. Y si la comprensión presupone el lenguaje, es absurdo afirmar que éste se haya originado de aquélla. La sensación mutua, la simpatía, que nace de la conmoción producida por la sensación en el espíritu, pudieron muy bien hacer que unos hombres correspondiesen al sonido de sus semejantes, pero no crearon el lenguaje.

Porque comprendemos y sentimos como los demás, sacamos utilidad de sus acciones, sin lo cual no habría, por lo tanto, experiencia ni progreso, cosas que, además de la comunicación, exigen o suponen con-sensación. El lenguaje une de este modo el presente con el pasado y el futuro.

La lengua es un sistema de palabras que designan pensamientos, ideas y representaciones; las sensaciones se expresan por medio de sonidos naturales. Aquello es racional; esto es puramente animal. Pero en la expresión de las sensaciones interviene la razón, y los sonidos que las designan encierran un pensamiento abreviado. Al prorrumper en la exclamación -¡ay!- queremos acaso decir: -¡tengo dolor!- Semejantes voces son en el lenguaje humano la expresión más fina del sentimiento.

La lengua es la teoría de la acción ; el hombre manifiesta aquí su interior del mismo modo que en el lenguaje, más lo que por éste expresa como contenido de su interior, realiza en aquélla al exterior; y la voluntad, la intención ya realizada, pasa a ser una existencia fuera del sujeto, sin dejar de pertenecerle. El discurso del que habla es un producto del pensamiento manifestado bajo una forma ideal, que no termina en existencia o ser, porque falta la voluntad creadora del hecho. Obra y palabra, -ergon y logos, son cosas opuestas. Ésta puede tomar el carácter de hecho (una manifestación formal de la voluntad, por ejemplo), más sólo por la intención del que habla y las consecuencias de su manifestación; no en virtud de su contenido y forma lógica. La acción es también manifestación del pensamiento, el cual se deduce generalmente de ella, sin que ése sea su fin directo; en la acción se realiza el pensamiento expresado por el lenguaje.

La razón es el fundamento de la moralidad en las acciones humanas; en el mundo puramente animal no existe cosa buena ni mala, porque falta conciencia y discernimiento. Éste procede de la libertad de elección, que hace al hombre capaz de regirse por la voluntad de otro, pero aquélla es imposible sin percepción y comparación, o lo que es lo mismo sin lenguaje. En Dios pensar y obrar son un solo acto; en el hombre pensar y querer, querer y obrar son actos diferentes; en los cuales se manifiesta el mismo espíritu libre en diversas direcciones y con distintos fines; en el pensar está el querer, como en el querer el pensar. La voluntad sin el pensamiento sería un simple apetito, como el pensamiento sin voluntad un mero instinto. El acto de hablar, pues, pende de la voluntad libre del hombre, de modo que

podemos considerar al lenguaje como la manifestación libre del espíritu pensador o de la inteligencia humana.

El lenguaje está, pues, en inmediata relación con la facultad de percibir y comprender, por lo que estas facultades son también en el hombre muy superiores y diferentes de las de otros animales. No sólo valúa como éstos las distancias, -y con más precisión, -pero distingue y determina las formas de los objetos; cuya percepción en el bruto es una mera excitación de los apetitos y sensaciones del placer o dolor que les recuerdan. El objeto temido no es para el bruto objeto, y sí sólo causa de su temor, a la manera que un suelo lo pudiera ser en el hombre. Éste contempla involuntariamente la forma como lo esencial en las cosas, y puede prescindir de sus cualidades; el calor, la luz, el gas se presentan a su fantasía como objetos reales, y habla de corrientes eléctricas, de fluido magnético, y de seres espirituales, como si fueran cosas visibles. El lenguaje es el poderoso agente que ha dado a la percepción de la forma ese predominio absoluto sobre nuestra fantasía, separando los objetos percibidos en confusión, y conservándoles ordenados en la memoria.

Por medio de los sentidos se pone la naturaleza en relación y comercio con nuestro interior, uniendo al hombre con el mundo y con sus semejantes, y despertando en él toda clase de sensaciones. La vista es acaso el más noble de todos, pero el oído el más susceptible de percepción. Lo que se ve es material y permanente, en el espacio; lo que se oye tiene una existencia ideal, que desaparece en el tiempo.

La vista contribuye a despertar y desarrollar el pensamiento por medio de signos exteriores, acciones y gestos, que por sí solos suplen imperfectamente al sonido, cuando faltan los órganos que debían producirle. Mas la impresión que tales signos causan en nosotros es muy débil para que puedan ser empleados como medios adecuados de comunicación; el sonido, por el contrario, aun en el acto del sueño, tiene una fuerza activa que despierta inmediatamente la atención. El oído es, por otra parte, más independiente y libre en sus percepciones que la vista. Mientras que ésta necesita de la luz, el medio único a través del cual se trasmite el sonido es el aire, que, como condición necesaria de la vida animal, se encuentra en todas partes. En cambio, la vista percibe los objetos a mucha mayor distancia.

Entre todos los sentidos, el oído está en relación más inmediata con las facultades intelectuales, y es como la puerta siempre abierta que da entrada al sagrado del alma. La vista termina en el exterior de los objetos corpóreos; el oído percibe lo inmaterial e invisible, que como un ser activo le pone en conmoción.

El sonido es el portador del pensamiento; es un agente que sirve para manifestar la naturaleza de los objetos; es perceptible, pero inmaterial, como el espíritu. Por su medio distinguimos las cualidades substanciales de los cuerpos inanimados, la naturaleza específica de la materia. No es nuestro intento examinar las diferentes especies de sonidos procedentes de la mayor o menor fuerza de cohesión de la sustancia o tensión del cuerpo sonoro, puesto que el sonido de que nos ocupamos, -el producido por el organismo animal, -es muy diferente del que se produce en la materia. Los animales superiores son capaces de producir sonidos especiales, por los que se dan a conocer -(los acuáticos son mudos, porque el agua no los conduce); mas semejantes sonidos no pueden llamarse lenguaje, porque

solamente manifiestan en ellos las sensaciones de la vida animal, sus apetitos, y no los sentimientos individuales; el bellissimo canto del ruiseñor es sólo la expresión de la vida natural y de la especie.

El hombre, como animal, posee la facultad de producir el sonido: el niño entra en el mundo llorando, y por medio de sonidos diversamente modificados manifiesta sus sentimientos y las diferentes conmociones de la vida animal. Estos sonidos no constituyen aún la lengua, porque les falta la articulación; pero el niño es una criatura inteligente, y su razón, despertada por el comercio con el mundo exterior, y ayudada por los órganos que posee en sumo grado de perfección, hace de aquellos sonidos naturales, sonidos articulados, que son la expresión y manifestación de su espíritu pensador. Lenguaje es la razón manifestada por el sonido articulado.

El niño no recuerda los acontecimientos de su primera vida, porque careciendo de lenguaje, obraba sin conciencia, y del mismo modo percibía y sentía; lo percibido no llegaba a ser representación. Tan grande es la importancia del lenguaje, sin el cual no tendría el hombre conciencia de sí mismo. Con mucha mayor razón podemos aplicar esto al bruto, que careciendo hasta de la facultad de hablar en abstracto, no siente ni recuerda con conciencia, y por consiguiente no forma juicios ni racionios.

El sonido es un instrumento del espíritu, y como la encarnación del pensamiento, siendo el más adecuado medio para trasmitirle, como el oído lo es para recibirle; pero aunque están en inmediata relación, no se puede decir que sea tan estrecha e indisoluble como la que hay entre alma y cuerpo.

La lengua por sí sola expresa imperfectamente el pensamiento; palabras y frases son como el esqueleto del discurso: ligeros rasgos de un cuadro, al cual el sentimiento deberá dar colorido y perfección. La palabra no descubre a los demás, en todos sus detalles nuestros pensamientos y situaciones; para penetrar en el sagrado del espíritu es preciso conocer la individualidad del sujeto: una mirada, un movimiento es a veces la llave de ese impenetrable recinto. Circunstancias especiales, como el humor, la ironía, pueden dar a las palabras una significación del todo distinta de la que en sí tienen; las palabras quedan las mismas, idéntico su enlace, y el pensamiento designado por ellas ha variado por completo; aquéllas y éste son inseparables, pero distintos.

La experiencia nos confirma el hecho de que hablamos. A veces nos faltan palabras para expresar un concepto que existe clara y distintamente en nuestra imaginación. Hombres dotados próximamente de iguales talentos y de la misma facultad de pensar, poseen el don de la palabra en grado muy distinto. Hay quien comprende rápidamente y mejor que otro cualquiera; abraza en un momento mayor número de circunstancias, y deduce con más habilidad, pero es torpe en el hablar. Además, un mismo pensamiento puede designarse de infinitos modos; en una lengua están las palabras de la proposición indeterminadas y sin distinción de categorías: ingl., he likes his father: en otra cada palabra lleva un signo que determina la relación en que se encuentra: diligít patrem suumm; en la tercera unas van determinadas, otras no: alem., er liebt seinen vater; alguna expresará de distinto modo el concepto amar, según que el sujeto del amor sea racional o irracional, o según el grado que

se quiere indicar; tenemos, pues, palabras diferentes para designar pensamientos idénticos, con lo cual no se concilia bien la identidad de éste y del lenguaje.

La palabra padre, y la idea que representa, existen en nuestra imaginación inseparables, y al oír la primera, se despierta en nosotros la segunda, de la misma manera que con la idea de padre, recordamos la palabra. Con el tiempo aprendemos otras que designan el mismo objeto: pater, père, father, vater, etc., de las que hacemos uso si la persona con quien hablamos las comprende; y puede llegar por la práctica nuestra familiaridad hasta tal punto, que al querer expresar esa idea, se nos ocurra en primer lugar alguna de las voces extranjeras. El pensamiento existe en nuestra imaginación, pero ha desaparecido de ella la palabra con que ordinariamente le designábamos.

Las palabras no son actos mentales; carácter que reciben de la voluntad, la cual elige libremente entre las que tiene a disposición. El sordomudo no posee un lenguaje de sonidos, y si bien de un modo incompleto, es capaz de manifestar sus pensamientos. No podemos decir que éstos sean una misma cosa con sus movimientos mímicos, pero sí que son inseparables; lo propio sucede con el pensamiento y el lenguaje.

Pero ¿podemos pensar de otro modo que por medio de palabras? Esta cuestión quedará siempre en el número de los muchos secretos que encierra nuestra naturaleza. Para resolverla era preciso que hubiésemos penetrado más adentro en los arcanos que el espíritu ha ocultado hasta hoy a nuestras investigaciones, y que conociésemos mejor la relación de éste con el lenguaje. Identificarles sería hacer del hombre un mono parlero. Para toda idea existe una palabra, que la designa propia o impropriamente, mediata o inmediatamente. Nuevas ideas o inventos que no han recibido aún denominación propia son expresadas por términos análogos, tomados de algún objeto semejante; de modo que la facultad de pensar no es de todo punto independiente del lenguaje. Si no existiese en la naturaleza que nos rodea otra sustancia blanca que nieve, tendríamos probablemente nombre para designar la sustancia, y no para designar el color; mas, no obstante, distinguiríamos el color de la nieve de todos los demás.

Y si nos encontrásemos luego con otra sustancia semejante a la nieve, reconoceríamos su conformidad con aquélla en la blancura; pero no teniendo nombre que la designase, la llamaríamos acaso blanco-como-nieve (ingl. *snowy*); nombre que aplicaríamos a todos los objetos blancos, como el algodón, etc., y del que hubiéramos formado el sustantivo abstracto correspondiente a blancura (ingl. *snowiness* en lugar de *whiteness*).

Algunos filólogos se valen de un argumento semejante para probar que el pensamiento es independiente del lenguaje en sus funciones; más la aplicación no es exacta. Porque al encontrarnos con ese objeto nuevo y desconocido, semejante a la nieve, te damos una denominación, que por pertenecer a otra cosa que le es parecida, le caracteriza suficientemente; y por lo tanto, el concepto no existe para nosotros un solo momento sin nombre, ni puede existir, sea que este nombre le convenga exclusivamente, o que por el momento le hayamos tomado prestado de otro objeto. Un descubrimiento nuevo tendrá siempre en la naturaleza otros análogos, por medio de los cuales, aun antes de especificarle con un nombre, podremos concebirle distintamente. Este procedimiento observamos en la historia de las lenguas y de la cultura humana, y semejante fue, sin duda, el que siguieron

los hombres de todos los tiempos hasta el paraíso, al dar nombre a objetos nuevos o antes desconocidos.

La idea es, pues, inseparable de la palabra, mas no necesita aguardar, para su generación, a que se haya acuñado un signo que la represente, puesto que ya existen en el lenguaje numerosas analogías; y si los idiomas fuesen tan pobres, que careciesen de ellas, tanto más rica sería la imaginación del hombre para hallarlas.

Momentos hay en que parece que el pensamiento descansa por completo; sacamos conclusiones sin darnos cuenta de haber hecho uso alguno del lenguaje; mas con esto no probamos la independencia absoluta del primero, porque en tales ocasiones obra la facultad de pensar, sin que sepamos darnos conciencia de ello; y es absurdo sacar consecuencias tan importantes de un hecho que ignoramos, o del que no podemos darnos cuenta.

El hombre, como compuesto de espíritu y materia, llega a formar un pensamiento completo y adquiere conciencia de sí mismo, por el uso silencioso del lenguaje; al formular de esta manera el contenido del entendimiento, percibe su yo pensador. Mas como no es espíritu puro, le es imposible manifestar inmediatamente el pensamiento, y aquél se vale de los órganos corporales como instrumentos de su actividad, rompiendo por medio del lenguaje, a través del organismo físico, para manifestarse al exterior. En el acto de hablar se verifica dentro del individuo como una reconciliación entre espíritu y materia, adquiriendo conciencia de los dos elementos que componen su persona.

En el discurso damos un retrato de nuestro espíritu, como el artista en el cuadro. El arte no es una pintura material de los objetos exteriores, sino un producto del espíritu que piensa y representa como el lenguaje -ideas. La lengua desenvuelve un pensamiento por medio del raciocinio -bajo una forma lógica: el arte le representa bajo una forma sensitiva, que ha de excitar la fantasía. Lo que en la lengua es simple medio de expresión, es decir, el elemento material (el sonido), es para la obra artística parte esencial. Todo hombre, como ser racional, posee la facultad de hablar, mientras que para artista necesita dotes especiales. Todos comprenden la lengua racional, pero pocos las obras del arte.

Los elementos del lenguaje racional son palabras y formas, que siguiendo determinadas leyes constituyen un organismo acabado. Estos elementos son por sí solos significativos, y expresan representaciones e ideas. Por el contrario, la materia de la obra artística, antes de recibir forma del autor, es objeto muerto e incapaz de excitar sensación. Es verdad que pudiera decirse lo mismo del lenguaje, porque los elementos que le componen no llegan a formar un cuerpo animado hasta que se les coloca en inmediata relación y dependencia - es decir- en el discurso; de manera que la obra literaria, tanto en la materia como en la forma, corresponde a la artística. La lengua es también materia del genio artístico en la poesía; la obra del poeta es, a la vez, literaria y artística; es una producción del espíritu, en la que la expresión lógica del pensamiento va unida a la forma intuitiva del arte. Sus elementos son también palabras y pensamientos; pero el material -el sonido- que recibe aquí una forma artificial, se eleva sobre el lógico, y la fantasía manifiesta sus producciones en un lenguaje figurado.

Los idiomas participan de la naturaleza orgánica por la constitución de los elementos que les componen. Un miembro depende del otro, y el conjunto subsiste por la fuerza que penetra el todo y le da vida. Considerarles como instrumentos mecánicos, de que el hombre se sirve para manifestar su interior, sería establecer un principio pernicioso a toda investigación lingüística.

Hay quien mira al lenguaje como una cosa material que percibimos por el oído, en lugar de palpar con las manos. Para los que sostienen esta opinión, el lenguaje es un producto de la actividad de los órganos cerebrales, de cuya disposición depende. Tal doctrina conduce con facilidad al materialismo, deduciéndose de ella, además, la imposibilidad de poseer varios idiomas con la misma perfección que el nativo, puesto que esto exigiría diversas disposiciones en dichos órganos. Sabido es que el ejercicio tenido en los primeros años en un idioma extraño, puede dar una práctica y facilidad igual a la adquirida en el propio.

Todo verdadero organismo lleva en sí el principio de su vida, de sus movimientos y desarrollo, así como de la unión de sus partes para formar una unidad. Sus miembros están en continuo y activo comercio, o de lo contrario, la vida orgánica se disuelve. Pero el principio activo que da vida al idioma está en el espíritu humano, cuyo órgano es, y hasta cierto punto producto. Sin el espíritu sería el lenguaje un ser muerto, porque aun colocados sus elementos en relación mutua, reciben su actividad del sujeto que habla; la lengua no existe sino en el hombre o en sus producciones, que son los agentes de su desarrollo histórico. Es un instrumento activo, que tiene propiedades de ser orgánico; mas su organismo, no pudiendo vivir sin la cooperación de otra fuerza, tiene el carácter de secundario. En cuanto a que el lenguaje es natural y necesario al hombre, puede ser considerado como una función orgánica, dando sólo a entender con esto que no lo es mecánica o material. Pero con eso no expresamos suficientemente su naturaleza, porque el lenguaje es un agente muy superior a las funciones orgánicas, las cuales tienen su origen en la esfera del organismo animal, y son, por consiguiente, independientes del libre albedrío. Si consideramos al lenguaje como una de ellas, debemos admitir las consecuencias, y contarle en el número de las funciones naturales, mecánicas y necesarias. Hablar sería en tal caso manifestar las sensaciones; y como el hombre, que no habla libremente y con conciencia, no piensa, tendríamos una humanidad de monos parleros.

Las acciones del espíritu son esencialmente diferentes de las funciones orgánicas; pensar y hablar no pueden contarse en el número de éstas, puesto que hablar es manifestar el pensamiento, por el cual traspasa el espíritu los límites del organismo, elevándose sobre la materia. Las funciones naturales son en todos los hombres idénticas; el grado en que poseen la facultad de hablar, muy diferente. El uso del lenguaje depende de la voluntad; aquéllas son necesarias.

No podemos, pues, estudiar el lenguaje como un organismo, tomada esta palabra en su significación rigurosa, ni considerar la actividad subjetiva del que habla como una función orgánica. Es un ser organizado, en cuanto que en él se encuentran unidos lo espiritual (la idea), con lo material o sensual (el sonido); al hablar se une la actividad del entendimiento con la de los sentidos (producción del sonido), viniendo a confundirse ambas acciones. Esta unidad corresponde a la de alma y cuerpo, y bajo este punto de vista es la lengua, en sus manifestaciones y formas un ser organizado.

Los conceptos se desarrollan como forma del pensamiento; son los precursores del juicio, y éste, a su vez, la realización de aquél. La actividad de los órganos físicos produce el sonido; esta fuerza, unida a la del pensamiento o del espíritu, hacen la vida del lenguaje, y por eso, pensamiento y sonido son inseparables en la producción del lenguaje. Para comprender el verdadero organismo de éste, y su naturaleza íntima, deben estudiarse de ese modo; porque unidos son el principio que mantiene la vida de las lenguas en su desarrollo histórico, y estudiados separadamente, no se comprenderá éste en todas sus partes.

La vida intelectual, para manifestarse y realizarse al exterior, necesita del lenguaje como el espíritu del cuerpo. Una lengua será más perfecta, cuanto mejor exprese, por medio de sus sonidos, los conceptos o representaciones de la inteligencia. Los elementos que constituyen un pensamiento o una idea guardan entre sí cierta relación, que debe expresarse en el lenguaje (en la proposición), tal cual existe en el entendimiento. Una lengua que carezca por completo de medios para determinar esa relación, no existe.

- II -

Origen del lenguaje

El lenguaje humano es el medio más adecuado que se puede imaginar para la consecución de un fin sublime. Sin este agente admirable apenas se hubiera elevado la humanidad sobre los demás animales. El sonido articulado, como efecto de la sensación y causa de la representación, produjo un cataclismo completo, una metamorfosis sorprendente en las percepciones, en la razón, en la inteligencia, en la naturaleza humana. El hombre, al poner en movimiento los órganos del lenguaje, al producir el primer sonido articulado, debió adquirir conciencia de sí mismo, y comprendió, sin duda, el dominio que esta facultad y las que la acompañan le daba sobre todos los seres de la creación. Pero ¿cuándo llegó para el hombre ese feliz momento, en el que puso en ejercicio los admirables órganos del lenguaje que naturaleza le diera? Responder a esta pregunta y probar con argumentos científicos la exactitud de la respuesta sería desatar el insoluble nudo gordiano de la cuestión.

Convencidos de nuestra insuficiencia, no pretendemos resolverla, y nos contentaremos con exponer en el presente artículo, siquiera sea brevemente, las principales opiniones que se han propuesto en nuestros días acerca del origen del lenguaje, por hombres tan eminentes como Humboldt, Grimm, Herder, Renan y otros, contra cuyos argumentos, sin embargo, nos permitiremos algunas observaciones.

Hoy se verifican entre nosotros fenómenos análogos a los que caracterizaran el estado primitivo de la humanidad, puesto que cada individuo recorre la senda que debió seguir aquélla, y el desarrollo del espíritu y de la razón universal entonces corresponde y es en muchos puntos semejante al progreso de la razón individual. En algunas tribus salvajes podemos acaso ver un estadio, por el que pasó la humanidad en su origen, y el niño nos

presenta varias analogías. Pero nadie se atreverá a sostener que el niño o el salvaje sean el hombre primitivo. El niño nace desprovisto hasta de los medios de conservación; estado en que no podemos suponer al primer hombre; el salvaje más inculto adquiere su idioma por la enseñanza; al primer hombre faltó una madre cuidadosa, que, infatigable y llena de amor, le enseñase a hacer uso de los órganos del lenguaje a medida que alcanzaban su desarrollo. Pero si nos horroriza el solo pensamiento de privar a un niño del ejercicio y educación indispensables para que llegue a poseer -al menos en el término ordinario- el idioma de su cariñosa madre, no menos horrible sería suponer a la humanidad entera, aunque sólo se compusiera de pocos individuos, muda y vagando por los bosques, llena de necesidades, ganándose el sustento con el sudor de su rostro, expuesta a ser presa de las fieras y de los elementos, sobre los cuales, por medio del lenguaje, adquiere predominio absoluto; con órganos cuyo único fin es producir el sonido articulado, y sin saber producirle; con una inclinación irresistible a manifestar a los demás sus deseos, ideas, pensamientos, su razón, de la cual, ni un solo momento pudo estar despojada, y sin poder satisfacer esa necesidad. O rebajamos al hombre al nivel del bruto, desposeído de razón, de pensamiento, de ideas, de deseos, de libertad, y solamente guiado por instintos necesarios, y le hacemos aún mucho más desgraciado, puesto que tiene necesidades en todos los estadios de su vida, de que está libre aquél, pero sin medios para satisfacerlas, y hacemos a su Criador culpable de sus desgracias, o le suponemos dotado de la facultad de hablar en concreto.

El lenguaje se manifiesta en las producciones de la inteligencia, y ésta se da a conocer al exterior por medio de aquél. Si desde su origen hubiera poseído la humanidad un medio de perpetuar las producciones de su espíritu, tendríamos en ellas una vía segura que nos llevaría al origen del lenguaje. Pero la invención de aquel medio, la escritura, es muy posterior al principio del género humano, y por lo tanto, del lenguaje. Quédanos aún otro camino, que nunca dará resultados decisivos, pero sí nos enseñará el procedimiento que los primeros hombres pudieron seguir en el desarrollo y perfeccionamiento de este poderoso agente de su razón.

Las lenguas siguen al espíritu en sus variaciones y progresos. Si hoy existiese una familia, compuesta de gran número de individuos o ramificaciones que se hubiesen sucedido en diferentes épocas, de las cuales, en los nuevos ramos que de ellos nacieron, tuviésemos elementos que indicasen, no sólo su existencia anterior, pero aun su naturaleza y carácter, esa familia sería el libro histórico que nos enseñaría la marcha y desarrollo del lenguaje humano, ya que difícilmente podríamos llegar hasta su origen. La familia indo-europea es el mejor punto de partida en la cuestión presente, y la que más datos ofrece para resolver el problema, como en general todos los que pueden ser objeto de estudio al filólogo moderno.

Los grandes cambios verificados en las diversas ramas de esa familia, que han variado por completo el carácter primitivo de algunos idiomas, pueden haber tenido lugar en el número de siglos que, según las tradiciones bíblicas, lleva de existencia la humanidad sobre la superficie de la tierra. Modificaciones de ese género, y no menos violentas, han sufrido muchas lenguas en un corto número de años a nuestra vista de lo cual tenemos una prueba evidente en los idiomas de América, sin que podamos decir que la humanidad antigua se hallaba en otras circunstancias, o vivía bajo otros agentes, que influían en los rápidos cambios de que hemos hecho mención.

El origen del lenguaje ha sido, desde muy antiguo, objeto de estudio entre los filósofos y lingüistas. Por mucho tiempo se admitió la opinión de Sócrates, según el cual, el lenguaje se originó *thesei*. Platón y Aristóteles tocaron también esta cuestión, pero muy superficialmente y sin fruto, como no podía menos de suceder, atendida la dirección falsa que tomaron los estudios filológicos en Grecia. Lucrecio emitió algunas hipótesis ingeniosas, pero inficionadas por la opinión que preocupaba a la escuela Epicúrea, la cual admitía un hombre primitivo que vivió en estado salvaje y puramente animal; error en que han caído gran número de filólogos y filósofos modernos. Según otros, el lenguaje fue invención del hombre, y se perfeccionó lenta y progresivamente; opinión que sostuvieron algunos padres de la Iglesia.

A fines del siglo XVII se suscitó de nuevo la cuestión, y varios de los hombres más eminentes del XVIII, como Loke, Leibnitz, Condillac, Rousseau, Turgot, Volney y otros, se ocuparon de ella; pero les faltaba el estudio práctico, y érales aún desconocido el comparado, de modo que apenas salió del estado en que la dejaron los antiguos. Para ellos el hombre primitivo reflexionaba, combinaba y racionaba de la misma manera que lo hace hoy, y miraban al lenguaje como una invención que se perfecciona y modifica. Pero el hombre fue algún tiempo mudo, y se valía, para manifestar sus necesidades, del lenguaje natural o de los gestos, hasta que por convención se estableció el artificial o articulado, en un principio imperfecto, y que luego se mejoró como otros inventos. Considerábase la lengua como una cosa, como un medio ya acabado, del que la humanidad se vale para manifestar sus ideas o representaciones. Al preguntarles quién ha creado o inventado esa cosa, la lengua, respondían, unos: «el hombre para satisfacer una necesidad»; otros juzgaban, que una cosa tan artificiosamente formada, no podía ser creación humana.

Con Herder, Hamann y Humboldt tomó otro giro la cuestión. Admitida la armonía que existe entre espíritu y lenguaje, y por algunos hasta la identidad de ambos, se atribuyó a la razón universal lo que antes se consideraba como producto de la individual. Pero pronto nació otra escuela que no satisfecha con los principios que en parte había sentado Herder, y que desarrolló con maestría Humboldt, buscaba en la revelación el origen de las lenguas. En las páginas siguientes exponremos con brevedad las opiniones de estos filólogos, dando principio por el fundador de la filología, Guillermo de Humboldt.

No considerando al lenguaje como material existente, sino como producción, como trabajo continuo del espíritu, no puede preguntarse quién ha hecho el material; pero podría decirse: ¿De dónde viene el lenguaje? Lenguaje es hablar, es producir la palabra, es una fuerza activa que procede libre del espíritu. Hasta donde quiera que lleguen nuestras investigaciones, encontramos el lenguaje ya formado y recibiendo nuevos elementos, de manera que siempre hay lugar a la pregunta: ¿Cómo ha tenido principio esa actividad o fuerza del espíritu? ¿Bajo qué circunstancias, o lo que es lo mismo, cuál fue el origen del lenguaje?

Las lenguas han principiado con los pueblos, de quienes reciben forma y caracteres, que serán siempre conformes a los de su espíritu nacional; de modo que, si bien el lenguaje emana libremente del espíritu, con actividad propia, y ejerce gran influencia sobre aquél, el idioma depende del pueblo que le habla, y recibe de él su forma interna y externa. [Aquí

tropezamos con algunas contradicciones; porque si el lenguaje procede libre del espíritu, no puede depender de las naciones; si es producción continua, no tiene un ser real ya existente y formado; y si es un don otorgado a los pueblos, no es propiedad que ellos hayan creado o que se hayan adquirido. Humboldt resuelve estas contradicciones aparentes, al explicar la naturaleza del lenguaje, según en parte hemos visto en el artículo precedente.]

El lenguaje es humano y sobrehumano; una cosa dada al hombre y que recibe de fuera, pero que a la vez debe producir él mismo. Así que la lengua pertenece a la sociedad, y existe ya como producto del pasado; pero es también propiedad del individuo, que habla de modo que la sociedad pueda comprenderle.

En la unidad de la naturaleza humana está la solución de las contradicciones que contiene esta doctrina. Todos los individuos tienen la misma sustancia espiritual, no habiendo, por consiguiente, verdadera oposición de sujeto y objeto. [Humboldt limita demasiado la diversidad de individuos. La individualidad, según él, es una manifestación del espíritu, es el principio de la humanidad. Pero si el lenguaje es producto de la razón universal, estará sobre la individualidad, siendo independiente de ella, y por consiguiente sobrehumano. Si bien el carácter del espíritu nacional es el principio y fundamento de la diversidad de estructura y carácter en las lenguas, que por esta razón puede decirse son de origen humano, pero el lenguaje obra también sobre el espíritu del hombre, y es demasiado sublime para que le supongamos creación suya. Para obviar esta dificultad admitía Humboldt que espíritu y lenguaje se desarrollan a la vez, y se influyen mutuamente. Algunos filólogos y filósofos modernos van más adelante, y dicen que el lenguaje es principio y causa del espíritu, y por lo tanto de la razón; de manera que sería una fuerza activa que existe en el hombre, independiente de las demás facultades intelectuales.]

Espíritu y lenguaje son como un ser compuesto de alma y cuerpo, que proceden de un tercero; mas este tercero existe en el hombre mismo: es la esencia, el verdadero ser de su espíritu. [Humboldt quiso mantener en pie su opinión acerca del origen humano del lenguaje, cuando sus propios principios parecían arrastrarle por un momento a la opinión contraria. Lenguaje y espíritu son para él dos cosas, pero que constituyen un solo ser; sin atreverse a afirmar la identidad de ambos, les puso en tan íntima relación y dependencia mutua, que ya no era posible mirar al lenguaje como producto del espíritu. Era, pues, necesario admitir un ser que, viviendo en el hombre, no dependiese de él, y existiese fuera del mismo. Este ser no podía ser otro que Dios, a quien de este modo se hacía autor del lenguaje. Para resolver la contradicción contenida en esta doctrina, sería preciso admitir la identidad del espíritu divino y humano.]

El lenguaje pertenece al individuo porque le profiere como lo hace, y no de otra manera; mas el individuo habla así, porque las generaciones presentes y pasadas hablan y hablaron del mismo modo, encontrando en ellas como un impedimento a su libertad, que por venir de sus semejantes, no la destruye; en esa restricción nada hay que sea contrario a la naturaleza humana libre.

[Si la causa que hace al hombre hablar de la manera que lo verifica es Dios, Él es también quien pondría límites a su libertad; pero tampoco en esto habría cosa alguna

contraria a la naturaleza humana, por la relación que existe entre el espíritu divino y humano.]

El lenguaje es creación del hombre y de Dios: el primero estampa en él el carácter de su espíritu, y el segundo le da una fuerza que influye poderosamente sobre las creaciones de aquél.

[Humboldt retrocedió, y con razón, ante la idea de asimilar el espíritu con el lenguaje, admitido lo cual, ya no podríamos decir que éste es creación o producto del primero, y más bien nos veríamos obligados a sostener lo contrario, puesto que el uno es el medio por el que se manifiesta el otro, y pudiera decirse ser también la causa que le produce, por lo menos al exterior. Lenguaje sería no solamente la forma bajo la cual se manifiesta el espíritu, sino su causa eficiente; y como el efecto no puede existir sin la causa, el espíritu sería posterior al lenguaje.]

Para Humboldt es la lengua un individuo espiritual, cuya base natural es el sonido. Respecto a éste es digno de notar que el niño sabe la colocación que debe dar a sus órganos para producirle, mientras que el adulto no pronunciará muchos sonidos de lenguas extrañas sin que le indiquen la posición en que ha de colocar los órganos del lenguaje.]

HERDER.

[Con menos atrevimiento y desigual penetración, pero con perspicaz inteligencia, intentó el genial y profundo literato alemán Herder descorrer el velo que nos encubre el origen del lenguaje, el cual para él era una misma cosa con el pensamiento.]

Como simple animal tiene ya el hombre lenguaje. Todas las sensaciones fuertes y dolorosas de su cuerpo, todas las violentas pasiones de su alma, se manifiestan en gritos, tonos y sonidos inarticulados. Las cuerdas más finas del sentimiento animal dirigen a los demás sus tonos, para que respondan. Hay una lengua que es ley natural: la ley de una máquina que siente. Pero basta tanto que el entendimiento no se valga del sonido con un fin, no habrá lenguaje.

La sensibilidad y habilidades de los animales crecen en fuerza e intensidad en relación inversa de la magnitud y variedad de su círculo de acción: el estrecho recinto del panal es el mundo de la industriosa abeja, que tan admirablemente confecciona sus panales. La esfera del hombre es inmensa: sus sentidos deben dirigirse al mundo infinito de objetos que llaman su atención.

Cuanto menor es la esfera de actividad del bruto, menos necesita del lenguaje, porque sus sentidos están dirigidos instintivamente a un solo objeto. En el bruto es el lenguaje la manifestación de representaciones sensuales, que llegan a ser propensiones o instintos, siendo, con lo éstos, innato y natural. Al contrario, el hombre no habla por naturaleza;

destinado a un gran círculo de acción con facultades indefinidas, con mil necesidades, carece de lenguaje para manifestar sus inclinaciones; mas esta desproporción en las fuerzas, facultades y necesidades del hombre debe hallarse suplida por otro medio; y en ellas, y en la falta de habilidades, está el principio del remedio.

La disposición de las fuerzas o facultades en el hombre, unida a una organización especial de sus miembros, se llama razón; esa misma disposición produce en las bestias la habilidad; puede llamarse en el primero libertad, en las segundas instinto.

Reflexión y lenguaje son idénticos: por la reflexión distingue y separa las percepciones y sensaciones que cruzan en su alma. En el carácter distintivo que más llamó su atención fundó el hombre con que distingue al objeto.

Lenguaje y razón existen en el niño no desarrolladas; sólo en germen; pero en la semilla está contenido todo el árbol. [Si el uso de la razón depende del lenguaje, fue necesario que una fuerza externa despertase aquélla a la reflexión por medio de la lengua. Dios en este caso hubiera enseñado al primer hombre el lenguaje en concreto.]

El hombre salió de las manos de la naturaleza en la mejor disposición para desarrollarse; de modo que con sus propias fuerzas, y en virtud de disposiciones superiores y de la reflexión que le es propia, inventó la lengua. [Herder quiso probar el origen sobrehumano del lenguaje, pero los principios que sentó le arrastraban al partido opuesto, y así le vemos vacilando como navecilla sin timón. Estableció principios, pero no supo o no quiso sacar consecuencias.]

GRIMM.

[Este literato alemán, una de las mejores columnas que sostienen el grandioso edificio de la filología moderna, ha hecho un ensayo para aclarar la cuestión importante que nos ocupa, en el que, sin embargo, no muestra los talentos y tino que le caracterizan en todos sus escritos. Su pequeño trabajo es, sin embargo, considerado como una obra maestra. El lector imparcial encontrará en él opiniones y pensamientos indignos de la pluma del autor que tan profundo se ha mostrado en su Gramática alemana. En las siguientes líneas daremos un breve extracto, que hará ver suficientemente las opiniones del sabio alemán.]

Antes de entrar en investigaciones sobre el origen del lenguaje, es preciso considerarle como creado o como increado. Si fue creado, quedará para nosotros su origen tan incierto y oscuro como el de la primera planta o animal. Si le suponemos formado por la libertad y la inteligencia del hombre, podemos retroceder en pensamiento a través del inmenso vacío de siglos que nos separa de su origen, desde las últimas noticias que hallemos en su historia. Atendida la hermosura y variedad del lenguaje humano, nos parece imposible que cosa tan perfecta haya podido ser producto de la inteligencia del hombre, quien más bien le corrompe, sin tener habilidad para conservarle en su perfección primitiva. Puesto un idioma

en condiciones favorables, florece cual un árbol que sin impedimento extiende sus ramas y raíces en todas direcciones; pero en contrario, se marchita y muere. En general sigue el lenguaje, en su desarrollo y crecimiento, un camino semejante al que lleva la naturaleza. En ésta todos los objetos producen sonido: sólo la tierra es muda; pero el aire silba, el fuego chisporrea, el arroyo murmura. Del mismo modo los animales; y porque reciben sus sonidos con el ser, les producen siempre de la misma manera. Lo innato es invariable, como en el hombre el llorar, reír, etc.; pero no el lenguaje: así que trasladado un niño, recién nacido de su patria a un país extraño hablará la lengua de éste, y no la suya. [Esto probará únicamente que el hombre necesita de la enseñanza para aprender una lengua determinada, y que en virtud de la unidad y universalidad de su naturaleza y facultades intelectuales, puede adquirir y apropiarse cualquier idioma, pero de ningún modo prueba que no le sea innato la facultad de hablar en abstracto o de producir el sonido articulado y de emplearle libremente para manifestar sus pensamientos e inclinaciones.]

Entre los sonidos articulados que produce el hombre en virtud de sus órganos y facultades superiores, los hay fundamentales que nos son innatos, cuyo número no puede recibir aumento, como no puede haber más que siete colores primitivos; algunos animales, cuyos órganos del lenguaje se asemejan a los humanos, pueden producir estos sonidos. Es probable que pueblos que se han visto inclinados a pronunciar con preferencia ciertos sonidos, como guturales, cerebrales, etc., posean una disposición especial en sus órganos. Muy insignificante sin duda, cuando los fisiólogos no han dado hasta hoy en ello. Además, en este caso no podría el español pronunciar con perfección los sonidos guturales árabes, ni los cerebrales indios, etc.; cosa que no concedemos al Sr. Grimm.]

El lenguaje pudo también tener origen por revelación que Dios hizo al hombre, y que éste transmitió a las generaciones sucesivas, con los cambios que en el pasado ya se habían introducido. Esta revelación debió tener lugar inmediatamente después de la creación del primer par de hombres, puesto que no se aviene con la bondad de Dios dejar a sus más nobles criaturas algún tiempo sin un don que luego les había de comunicar, y para cuyo goce les había destinado. [Si esto no se aviene con la bondad de Dios, no sabemos cómo conciliará el eminente filólogo alemán esa cualidad indispensable de la Divinidad con la crueldad de crear al hombre dotado de facultades que sólo por el lenguaje puede poner en ejercicio y manifestar al exterior; animado de una inclinación natural y necesaria a vivir en sociedad: expuesto a necesidades y privaciones, que sólo por el lenguaje puede remediar; provisto de todos los órganos indispensables para hablar, y sin embargo, no darle los medios que inmediatamente se requieren para poner en ejercicio esa facultad; antes, mostrando complacencia en verle vagar largo tiempo, mudo, con peligros y sufrimientos, hasta que una casualidad le trajó al conocimiento de que podía hablar.]

Es también contra la equidad de Dios, porque los hombres a quienes fue revelado inmediatamente, habrían sido privilegiados sobre los que vinieron después. Opónese, por otra parte, a nuestros sagrados libros, que ninguna mención hacen de semejante revelación, y más bien presuponen la existencia de una lengua al hablar de ella, y nos dan noticia de la confusión bastante tiempo después del diluvio. Esto, prescindiendo de que las tradiciones bíblicas no tienen más valor que cualquier otro mito de los griegos o indios.

[Si la biblia no es más que un libro tradicional de mitos, es absurdo el nombre que la da el Sr. Grimm de Sagradas Escrituras. La cuestión de si los hombres que reciben inmediatamente la revelación son privilegiados sobre los que la reciben mediatamente, pertenece a la filosofía, y su falsedad es, por otra parte, tan notoria, que no merece refutación.]

Bajo el nombre de revelación se entiende una manifestación; los griegos la llaman apokalypsis, y los romanos revelatio, descubrimiento, revelación; lo que se manifiesta estaba antes oculto, y es preciso correr el velo que lo encubre a nuestra vista. La fantasía pueril de la antigüedad creía en un comercio inmediato de la Divinidad con los hombres; cosa incomprensible a nuestra razón, como la mayor parte de semejantes mitos. Si Dios se manifestó alguna vez a sus criaturas racionales, ¿por qué cesó de hacerlo en lo sucesivo? Lo increado no tiene historia, y siempre permanece igual a sí apenas; una revelación tal sería contraria a su inmutabilidad. [El Sr. Grimm mira en la Divinidad un ser limitado como el hombre, que para manifestarse a otro sale del estado en que antes se hallaba, y se muda. Dios, como omnipotente y libre, tiene medios para manifestarse al hombre, compatibles con su cualidad de inmutable. Apenas se encontrará un pueblo de la antigüedad que no admitiese una revelación directa e inmediata de la Divinidad al hombre. Los Rishis, indios, recibieron de sus dioses los Vedas, para comunicarles a los demás. Zoroastro bajó del cielo los 21 Nosks, que le entregara Ahura-mazda después de haber recibido de él sus instrucciones, como Dios que es de la verdad, de la vida y de la luz y el profeta de la Persia predicó a sus compatriotas las doctrinas de Ormuz; y pasando en silencio las tradiciones de otros pueblos antiguos sobre la revelación, fijaremos nuestra vista en Mohammed, el profeta del desierto, oyendo la voz de Allah, después de haber sido arrebatado al cielo del Omnipotente. El filólogo alemán da por supuesto que la revelación sea contraria a la inmutabilidad de Dios, sin detenerse a probarlo, acaso porque le faltaron argumentos para ello; así que nosotros pasaremos por alto esta cuestión, bien defendida ya por los teólogos, siguiendo el ejemplo del Sr. Grimm, aunque sin imitarle en el deseo de dogmatizar.]

La poesía griega nos presenta a los dioses conversando con los hombres en la lengua del país, pero nunca al ser supremo, Júpiter. (Plauto hizo una excepción en su Anfitrión.)

En el Antiguo Testamento aparece Dios hablando directamente con Adán, Eva, Noé, Abraham, Moisés y otros patriarcas, quienes le comprendían, sin que se nos diga que antes les fuese revelado el lenguaje. Algún tiempo después se vale la Divinidad de ángeles para comunicarse a los hombres; del mismo modo facilita Platón el comercio entre dioses y hombres por medio de demonios; las apariciones de éstos, como de aquéllos, carecen de fundamento histórico. [Es inútil entrar en discusión sobre este punto, con quien niega todos los hechos históricos que se oponen a sus principios, sin otro motivo que el de no quererlos admitir, olvidando las tradiciones de los pueblos, tanto más dignas de atención, cuanto que están más conformes entre sí.]

Según el Antiguo Testamento, el lenguaje fue revelado al hombre por un simple discurso de la Divinidad con él. Mas si los hombres entendían ese discurso, les era inútil la revelación de una lengua que debían ya poseer como condición de semejante revelación; y si el lenguaje no es innato, no tenían medio alguno de comprender. [¡Pobre Divinidad, que

no puede hacerse comprender de las mismas criaturas, a quienes dio, con la existencia, la facultad y libertad de crearse una lengua o medio de comunicación!]

La naturaleza humana no ha sufrido cambio alguno esencial en su ser, y nunca fue capaz de recibir otras impresiones que las que le llegaban por medio de los sentidos y de la razón. Nada recibe de fuera sino es por la práctica o por la enseñanza.

Si Dios pronunció palabras humanas, debemos atribuirle cuerpo humano con los órganos indispensables para producir el sonido articulado, lo que cualquiera tendrá por inadmisibles. Lo que Dios piensa, quiere, y lo que quiere lo puede realizar, en un momento sin necesidad de mensajeros. [Y así puede también realizar por medios humanos lo que es objeto de su voluntad, manifestarse a sus criaturas y hacer percibir al hombre sonidos del lenguaje, que no sean producidos por órganos corporales; negar esto es negar a Dios su omnipotencia y libertad, porque no envuelve contradicción alguna el que así obre.]

Cuando los historiadores nos dicen que Dios habló, se valieron de una imagen que expresa la manifestación divina de una manera conforme a la oscuridad de los tiempos. ¿Quién tomará a la letra el que Dios escribió con sus dedos la ley en las tablas que luego rompió Moisés? Los argumentos con que se combaten las leyendas o mitos del paganismo pueden aplicarse en contra de las que a cada página hallamos en el Antiguo Testamento.

[Nadie ha puesto en duda los sobresalientes talentos del filólogo alemán; pero, alikuando dormitat bonus Homerus. Ya lo hemos cogido en varios descuidos de importancia; aquí parece ignorar los principios de exégesis admitidos y seguidos por protestantes y católicos, según los cuales, no deben entenderse ni explicarse todos los pasajes de la Biblia ateniéndose solamente al sentido literal. La inteligencia de esto exige aclaraciones que no son de este lugar.]

Un lenguaje innato hubiera hecho del hombre una bestia; y al decir que le fue revelado, le hacemos dios. Nos vemos, pues, obligados a admitir que es de origen humano, adquirido por nosotros con libertad absoluta, como un efecto del desarrollo de nuestro pensamiento. [Incomprensible es hoy para nosotros el desarrollo de la inteligencia sin el medio del lenguaje, o mejor dicho, de la lengua; y como en la invención o formación de aquél por el hombre hay un desarrollo de sus facultades, o éstas eran muy diferentes de lo que son en la actualidad, o no pudieron inventar el lenguaje sin un medio, y éste no podía ser otro que el lenguaje mismo. Al decir que el hombre con un lenguaje innato sería una bestia, se da por supuesto que lo innato es invariable, incapaz de perfección; cosa que sería preciso nos probase el distinguido filólogo alemán.]

Lo que el hombre es, lo debe a Dios; lo que adquiere, bueno o malo, a sí mismo. La lengua fue en un principio imperfecta, y en su formación progresa, por lo cual no puede proceder de Dios, que sólo crea y forma cosas acabadas y perfectas. [Dios crea cosas acabadas y perfectas, pero en un estado que admiten desarrollo, como las facultades intelectuales del hombre. El Sr. Grimm se esfuerza luego por probarnos que la invención de la escritura es una prueba más de que el hombre ha podido ser autor del lenguaje. Téngase en cuenta que la escritura es la lengua expresada en signos, es como la representación

corpórea de lo incorpóreo ya existente, con lo que el argumento del Sr. Grimm pierde todo su valor.]

Si separásemos de la sociedad a niños recién nacidos, encargándoles al cuidado de mudos, inventarían una nueva lengua con ayuda del pensamiento. [Podemos, desde luego, negar o poner en duda los efectos de esa prueba, que no se ha hecho ni se hará, imitando en esto el ejemplo del filólogo alemán, con respecto a la que se dice haber hecho el rey Psammetico, de Egipto.]

El primer hombre, y la primera mujer fueron creados aptos para la generación; pero no es probable que el género humano proceda de un solo par, pues de ser así, la mujer pudo dar a luz hijos o hijas solamente, con lo que hubiera sido imposible la multiplicación: creando varios pares se evitaba además el enlace de hermanos, tan odioso a la naturaleza. [En pocas palabras niega el Sr. Grimm la providencia del Criador, en cuya mano estaba impedir el nacimiento de hijos o hijas solamente. El enlace de hermanos no es tan odioso a la naturaleza como supone el Sr. Grimm cuando le han admitido algunos pueblos de los más cultos de la antigüedad.]

En las lenguas reconocemos dos estados, a los cuales precedió, sin duda, otro fuera del terreno de la historia. Comparadas las lenguas principales de la familia indo-europea, podemos sacar el tipo de otra anterior, rica, sonora y con formas perfectamente desarrolladas, parte de las cuales se perdieron después: esta disminución de formas observamos en los idiomas más antiguos, como en el sanskrit clásico, comparado con el de los vedas; pero no hay fundamento para llevar en aumento esa perfección hasta un pretendido paraíso. Según esto, es forzoso admitir tres grados de desarrollo en el lenguaje humano, o tres estadios. En el primero se crearon los gérmenes de la lengua, -las raíces primitivas, -de las cuales se formaron luego palabras; en el segundo se desarrolló la flexión, y en el tercero desapareció ésta en su mayor parte, como incapaz de satisfacer las necesidades y adelantos del pensamiento. [Aun supuesta la existencia de esos tres períodos, que solamente en algunas lenguas se distinguen claramente, y en otras es imposible probar, nada podría alegarse en contra de la sabiduría y justicia de Dios, quien al crear al hombre le dio libertad y medios para modificar, perfeccionar y sustituir por otras las obras o dones que dejara a su disposición, sin que le impusiera el precepto de conservarlas en el mismo grado de perfección o en la forma en que Él las creara, cosa que se opondría a la perfectibilidad de las facultades humanas. Él, que es dueño de la naturaleza y de todo lo que en ella existe, puede repartir diferentemente sus dones a los hombres, sin dejar de ser justo ni equitativo. Los tres períodos que se quieren distinguir en el desarrollo del lenguaje no se opondrían a su origen divino, porque Dios pudo dejar al hombre el uso libre de esa facultad, como le entregó otros dones y la naturaleza toda, para que les modificase y perfeccionase según los adelantos de su inteligencia y las necesidades de su espíritu pensador.]

Nada se pierde en el lenguaje, ni hay en él cosa alguna inútil. Todo sonido tiene un valor fundado en el órgano que le produce. En el lenguaje primitivo se emplearían muchos de los procedimientos de que hoy nos valemos para manifestar las variaciones del pensamiento; reduplicación, asimilación de consonantes y otros cambios tienen ya lugar en los idiomas antiguos. Las raíces verbales primitivas, que son muy pocas, designan representaciones sensuales, de las cuales se derivaron otras abstractas e intelectuales, como de respirar, vivir,

etc. Tales raíces habían recibido la forma más sencilla y económica: generalmente constaban de una sola vocal, a la que precede o sigue una consonante, y es natural que en una misma lengua no existan raíces de iguales sonidos con idéntica significación. Los pronombres y verbos fueron siempre la parte principal del lenguaje. Los nombres presuponen verbos cuyo concepto se aplicó a los objetos: ventus, viento; sanskrit, vâyu; eslav., vyetr; litauico, veyas; alemán, wind; significa el que sopla, del sanskrit, vâ, godo. vayan, spirare; igual significación tiene anemos, animus, del goda anan.

En el segundo período se designaban las personas, números, tiempos, géneros y modos, por medio de pronombres o partículas que se añadían a la palabra o auxiliares que acompañaban a la voz principal. Se trató de introducir exactitud en el lenguaje, creando modificaciones que correspondiesen a los adelantos del pensamiento. [Es de advertir que en el desarrollo del lenguaje trabaja la humanidad toda, pero sin conciencia de su obra.] Con el tiempo desaparecieron muchas de esas distinciones ventajosas, dual, medio, etc., sin que por eso perdiesen las lenguas en fuerza y viveza de expresión, porque los medios con que le substituyó lo perdido eran más conformes a los progresos de la inteligencia.

El estado del lenguaje en su primer período no puede llamarse paradisíaco, es decir, perfecto; es entonces sencillo, sin arte, aunque lleno de vigor; vive del mismo modo que el espíritu, cuyas facultades parecen estar adormecidas. Los conceptos procedían de puras intuiciones de los sentidos, que llegaban a ser otros tantos pensamientos, las relaciones entre palabras y representaciones eran naturales y sin artificio. Los pensamientos no eran estables, y desaparecían sin dejar rastro en la historia. El primer período no creó monumento alguno del espíritu que pasase a la posteridad, pero dejó preciosas semillas, que florecieron y dieron ricos frutos en los dos siguientes.

Las lenguas no siguen en su desarrollo leyes invariables, como las que rigen el movimiento de los astros o el descenso de los graves, etc.; siguen la marcha de la inteligencia libre, participando de las cualidades y faltas de nuestra naturaleza, como todas las obras humanas. [Queda advertido arriba que los tres períodos que aquí se dan como cosa cierta en el desarrollo del lenguaje, son en la mayor parte de las familias conocidas creación de algunos filólogos modernos, sin fundamento en la historia. En los himnos más antiguos de los Vedas, compuestos sobre dos mil años antes de Jesucristo, encontramos gran número de formas gramaticales, que desaparecen después sin ser suplidas por otras equivalentes. Cosa semejante observamos en los libros más antiguos del Zendavesta, y no tenemos noticia de un período anterior más pobre en formas. Pero aun admitido ese período de un lenguaje rudimentario, nada se habría probado en favor de su invención por el hombre. También parece suponer el filólogo alemán que todo lo que el hombre usa libremente y con dominio absoluto fue creación suya, y así debieron serlo sus facultades intelectuales, de que hace uso libre, y que perfecciona y modifica como cosa propia. Según eso el hombre podría darse a sí mismo la libertad, de la cual necesita para obrar.

RENAN.

[El mérito de la obra de este orientalista, titulada L'Origine du langage, es indisputable, si bien no creemos merezca los elogios que se la tributan; de lo cual podrá juzgar el lector, después de examinar la breve exposición que en las siguientes líneas hacemos de las opiniones de su autor acerca de la materia importantísima que nos ocupa. Renan deja vagar en esta, como en todas sus obras, su fantasía novelesca, inclinándose con facilidad a lo extravagante y singular, hasta el punto de confundir las ideas más claras, negar las verdades más evidentes, y sentando principios admitidos por la sana razón, sacar deducciones y consecuencias contrarias o que nada tienen que ver con dichos principios, de todo lo cual resulta muy poca claridad y precisión de ideas, y gran número de puntos flacos, por donde éstas pueden ser atacadas. Por no prolongar demasiado el artículo omitiremos, en lo posible, toda observación, dejando al lector que juzgue por sí mismo de las palabras u opiniones de Renan.]

Entre las opiniones que se han emitido hasta nuestros días sobre el origen del lenguaje, la que le hace nacer de la revelación tiene para mí más probabilidades de verdad, si se la contiene en sus límites; es decir, que el lenguaje es obra de Dios, porque Él es autor de todo lo espontáneo. El Génesis parece favorecer a los partidarios de esa hipótesis. Luego que el Jehovah hubo formado de la tierra todos los animales del campo y todas las aves del cielo, condujolos delante del hombre, para que éste viese como les había de llamar, y todos los nombres que Adán les dio son sus nombres. Y Adán dio nombres a todos los animales, a las aves del cielo y a las bestias del campo; más no se hallaba semejante a él.»(Gén. II, 19-20.)

En este pasaje se trata solamente de algunas palabras, y no del lenguaje en general, de modo que por él se explicaría a lo sumo la formación del Diccionario.

[Allí donde hay un Diccionario natural, hay gramática, puesto que éste es el sistema que da reglas para coordinar y emplear debidamente el contenido de aquél. Por otra parte, es evidente que quien sabe dar nombres a todos los animales del campo y a todas las aves del cielo, tendrá los conocimientos de una lengua necesarios para hacerse comprender.]

Si el lenguaje no es un don de fuera, ni invención mecánica, es creación de las facultades humanas, obrando espontáneamente y en conjunto. La necesidad de manifestar sus pensamientos es natural al hombre. Y sin embargo, no es arbitrario el uso de las articulaciones como signos de las ideas. La palabra le es natural como el grito a las bestias, habla de la misma manera que ve y oye; de modo que el uso de la palabra no es fruto de la reflexión a la manera que el de los órganos corporales (?), ni resultado de la experiencia, y es una fantasía de la imaginación suponer un hombre mudo, siéndole tan natural el lenguaje como el pensamiento.

[Renan parece considerar el uso del lenguaje como una acción mecánica y que hacemos sin libertad y sin conciencia, como lo es la acción de ver y oír con todas las puramente físicas; esto, además de materialista, grosero e impropio de la sublime dignidad del hombre, es contrario a lo que nos dicen la sana razón y la experiencia. El individuo obra con absoluta libertad al poner en movimiento los órganos del lenguaje para hablar y para manifestar a los demás cualquiera de sus pensamientos, sin que en esto haya necesidad alguna por parte de la naturaleza física o espiritual. Donde hay elección hay libertad, y el

hombre de hoy, idéntico en lo que constituye su naturaleza esencial al de ayer y al de todos los tiempos, puede, y ha podido siempre, elegir entre el hablar y el no hablar, en todos estados y circunstancias de su vida.]

La palabra es obra de las facultades humanas, que trabajan en su formación sin conciencia, y bajo las impresiones de la Divinidad; mas como el verdadero autor de las obras espontáneas de la conciencia es la naturaleza humana, o mejor la causa superior de la naturaleza, en este sentido es indiferente atribuir la causalidad a Dios o al hombre; porque lo espontáneo es a la vez divino y humano.

Cada raza ha creado una familia de lenguas sin esfuerzo y naturalmente. La razón que reflexiona y combina, tuvo tan poca parte en la invención del lenguaje como en sus transformaciones y cambios; las lenguas no se desarrollan ni reforman artificial o científicamente; y aquellas en cuya formación ha trabajado la reflexión del hombre, llevan el sello de su origen en la falta de flexibilidad y de armonía, como en su penosa construcción; un ejemplo de esto tenemos en el rabínico. La lengua de los niños y del pueblo es ordinariamente más expresiva que la fabricada por los gramáticos, porque es obra de la naturaleza.

El sordo-mudo es más comunicativo antes que después de su educación, por la cual pierde la facultad de inventar; el hombre primitivo pudo levantar este edificio que nos admira, porque era niño; obraba espontáneamente, sin conocimiento del fin ni de los medios; así el que ignora los principios psicológicos pone en juego los resortes de su espíritu, como el mejor filósofo. La humanidad creó su lengua, como la planta adquiere su desarrollo.

[En esto, como en lo que inmediatamente sigue, vemos confirmado lo que al principio de esta exposición dejamos advertido acerca del carácter novelesco que ha dado el Sr. Renan a su libro, cosa impropia de un asunto tan serio y tan importante como el que nos ocupa, en el que se requieren argumentos sólidos más bien que comparaciones remotas y violentas. El Sr. Renan ha debido distinguir entre el obrar por impulsos necesarios y el obrar sin conciencia; en éste no hay verdadera necesidad. Tampoco puede establecerse identidad entre el desenvolvimiento histórico del lenguaje y el desarrollo de los seres físicos: en el artículo precedente hemos visto en qué sentido puede afirmarse exista semejanza entre estos dos fenómenos. Dice luego el Sr. Renan que el lenguaje nació probablemente en distintas fracciones de la humanidad a la vez, o que diversas familias inventaron simultáneamente sus respectivas lenguas. Estas familias carecían, por lo tanto, de lenguaje antes de inventarle, y habían vivido algunos años en estado de mudez: ¿Puede esto coordinarse con la naturaleza del lenguaje natural, necesario y espontáneo, de que en todo su libro nos habla el Sr. Renan?

El hombre no ha recibido o adquirido sucesivamente sus facultades, porque el espíritu fue completo desde su origen: el desarrollo del lenguaje es análogo al del espíritu, y se verifica en virtud de la fuerza interna que le da vida; idiomas hay que carecen de ese principio vital, y son invariables como el bruto. Tal se nos presenta el chino en todos los periodos de su literatura; y un fenómeno semejante observamos en los dialectos semíticos, que no han inventado un sistema de tiempos y de modos más perfecto que el que tuvieron

desde su primera edad; es porque la gramática de todas las lenguas se hizo de un golpe, aunque en su origen no existiesen distinciones precisas. El lenguaje primitivo tenía todas las partes integrantes de que se había de componer en lo sucesivo, pero su mecanismo no era perfecto, porque no estaba aún determinado el papel que desempeñaría cada uno de sus elementos; en la distribución de funciones está la vida de un organismo.

Como todo ser organizado, que por asimilación ha renovado sus partes constitutivas, queda el mismo, porque no ha variado la forma, que es su tipo y su personalidad; así las lenguas se desarrollan sin perder su carácter esencial. El lenguaje primitivo fue el producto del espíritu en su relación con la naturaleza; y nació probablemente en distintas fracciones de la humanidad a la vez; entonces existía entre la naturaleza y el hombre una armonía que nosotros apenas podemos comprender.

La forma figurada, o metáfora, fue uno de los procedimientos principales que obraron en la formación del lenguaje; para designar en hebreo un sentimiento, se recurre a los movimientos orgánicos; la cólera se expresa por el resoplido, o por el calor, espuma, etc. el desaliento o desesperación, por derretimiento o disolución del corazón, etc.; en todo vemos paralelismo y armonía entre el mundo físico e intelectual en los primeros días de la humanidad; de aquí los símbolos, la escritura ideológica, etc.

Una de las causas principales que motivaron la elección de palabras, fue la imitación onomatopéutica; la lengua de los primeros hombres era el eco de la naturaleza en la conciencia, y como nosotros no estamos tan familiarizados con aquella, hemos olvidado el arte de dar nombres a las cosas.

La escritura carecía, en muchos idiomas antiguos, de puntuación, formando los períodos un todo de partes conexas. La riqueza y variedad de formas hacia más complicado el sistema gramatical, y al perder algunas de las primeras, ganaba éste en sencillez y energía; la síntesis cedió su lugar a la análisis; aquella es primitiva; ésta es el resultado de un desarrollo sucesivo.

[Varios filólogos modernos suponen que el lenguaje primitivo fue monosilábico y sin flexión, como el chino. El orientalista francés parece sentar aquí una hipótesis opuesta, que no tiene más probabilidades de verdad que la de sus contrarios. De todos modos, es cosa bien probada que las lenguas antiguas son más ricas en formas gramaticales que las modernas.]

La humanidad primitiva hablaba siguiendo los impulsos de su libre fantasía, y bajo la influencia que el género de vida, alimentos y clima ejercían sobre los órganos de la palabra y sobre las operaciones de la inteligencia; de aquí el lenguaje figurado y las numerosas construcciones aparentemente irregulares. Los trabajos gramaticales contienen esos impulsos de la fantasía, y empobrecen el idioma. Atendido esto, es probable que el lenguaje primitivo se hallase dividido en dialectos, que luego se unieron o se constituyeron en diversas lenguas. [La opinión que expone aquí el Sr. Renan, apenas ha encontrado partido en los círculos literarios, esto bastaría para su refutación. En composiciones antiguas, como la Biblia, hallamos formas gramaticales, que se repartieron después en diferentes dialectos.

Un fenómeno semejante observamos en obras griegas, indias, etc., lo cual es evidentemente contrario a lo aquí expuesto por Mr. Renan.]

Los hombres de los primeros días aspiraban solamente a formular el pensamiento de modo que fuese inteligible a los demás, para lo cual bastaba hablar conforme al tipo general que presentaba la naturaleza. En el carácter de la humanidad, en las tradiciones religiosas, vemos que los mismos sentimientos han hecho nacer todas las literaturas, y las mismas ideas se han representado por diversos símbolos.

En todas épocas marcha la psicología en perfecta armonía con la lingüística, lo cual nos autoriza a mirar las lenguas como formas sucesivas que ha tomado el espíritu en los diversos períodos de su existencia. La relación entre lenguaje y clima confirma esto mismo. [Renan, sin atreverse a decir tanto como Grimm, se aproxima mucho en sus opiniones al filólogo alemán, que hace al lenguaje poco menos que causa eficiente del espíritu. Téngase presente que las opiniones expuestas en este y otros lugares de la obra de Mr. Renan son muy antiguas y conocidas en filología.]

Para el psicólogo y naturalista es la unidad de la raza humana tan evidente, que no admite controversia. [Y la lingüística no ha presentado aún argumento alguno en contra, ni le presentará, porque si la humanidad pudo crear el lenguaje en todas las formas bajo las cuales hoy le conocemos, o en otras análogas, no hay razón para negarla el poder de modificar un idioma primitivo y crear las familias que hoy existen. Por otra parte, ignoramos si alguna de las familias conocidas, y sus lenguas, se remontarán a los primeros días de la humanidad, y por consiguiente, no es posible deducir de su diversidad actual dos diversos orígenes de las mismas.]

Esto es lo principal que han escrito los sabios, cuyas opiniones nos propusimos examinar, acerca del origen del lenguaje. Las investigaciones lingüísticas nada nuevo han descubierto sobre los principios de la humanidad. El hombre, libre en el uso que hace de su lengua, ha introducido en ella tales modificaciones y cambios, que no es posible reconocer hoy su primer estado; y las diferencias y variedades que observamos en el lenguaje son compatibles con su origen de un solo tipo primitivo. Un estudio detenido de la relación que existe entre la naturaleza y el mismo podría decidir aproximadamente la cuestión, que por este motivo pertenece más bien a la filosofía del lenguaje que a la filología histórica, si bien ésta puede aclararla y simplificarla con sus datos.

Las lenguas más nobles han llegado a la perfección que hoy tienen por desarrollo sucesivo, siguiendo determinadas leyes y procedimientos, que podemos estudiar y conocemos hasta cierta época. Pero la filología histórica no ha probado hasta ahora que los gérmenes del lenguaje, en todas sus variedades, fueron raíces sin forma, y que sirviesen únicamente para designar los actos más sensibles y los fenómenos más obvios que se verifican en nosotros, en nuestros semejantes y en la naturaleza. Aún probado esto, faltaba averiguar cómo el hombre adquirió esos primeros elementos del lenguaje o medios de comunicación.

No se niega su origen divino al admitir y sostener que el hombre fue criado con los impulsos necesarios y las capacidades convenientes para formar o producir el sonido

articulado; que hizo uso de esas facultades libremente y de una manera natural, del mismo modo que pone en ejercicio la facultad de pensar o de raciocinar. El lenguaje es una cualidad característica y exclusiva del hombre, es el signo que le distingue al exterior de los demás animales, y sin duda estuvo en el plan divino que hablásemos, como lo estuvo que respirásemos; pero natural y libremente, porque dependía de nuestra libertad el poner en juego los órganos que producen el sonido articulado. La historia del lenguaje nada dice en contra de que esto pudiese ser así, y como la voluntad toma parte en todos los actos libres, obró también activamente en el acto de hablar, poniendo en ejercicio las facultades naturales que recibíamos de la Divinidad; de manera que el hombre, sin crear nada nuevo, produjo natural y libremente el sonido, para lo cual poseía las disposiciones y facultades indispensables. Esto explicaría suficientemente la posesión y origen del lenguaje, sin que se nos puedan oponer dificultades que tengan algún valor científico. Las opiniones de los filólogos modernos más notables, que hemos dado a conocer sucintamente en este artículo, no son otra cosa que hipótesis, a las cuales puede darse un valor arbitrario, porque no se fundan en hechos.

Aun consideradas las lenguas como un conjunto de signos convencionales, que reciben su valor de la comprensión mutua; y su historia, no como una nueva sucesión de cambios obrados sobre cosa que permanece la misma en su carácter esencial, y sí como un verdadero desarrollo efectuado por fuerzas humanas cuyas operaciones conocemos, es admisible su origen, tal cual le hemos indicado arriba. El lenguaje sería creación divina en el mismo sentido en que lo son las facultades del hombre con sus propias adquisiciones físicas y morales; y pertenecería como éstas a aquél, en cuanto que le usa libremente, valiéndose de los instrumentos y órganos que posee.

Si la facultad de hablar fue siempre innata al hombre, y si éste produjo natural, pero libremente, el sonido articulado, el lenguaje hubiera sido variable y capaz de adquirir desarrollo, como sus facultades intelectuales, por más que otra cosa afirmen algunos filólogos modernos. Antes que sacar consecuencias, sentar principios y emitir hipótesis contrarias a la sana razón y a la historia, preciso es confesemos nuestra ignorancia respecto a los primeros días de la humanidad, sin desalentarnos por eso en nuestras investigaciones para averiguar el estado primitivo de aquélla y de sus facultades.

Dios pudo comunicar al hombre un lenguaje ya desarrollado y perfecto, sin que hubiera en este modo de obrar abuso de su poder, que es ilimitado y libre; pero, atendidas las escasas necesidades de la humanidad en sus primeros días, y el estrecho círculo a que estaban reducidas las comunicaciones, una lengua tal hubiera sido inútil y superflua; por eso debemos suponer que el lenguaje primitivo fue sencillo y pobre en el contenido y en la forma.

La humanidad en su infancia tuvo, es por lo menos muy probable, una lengua conforme a sus necesidades, a sus conocimientos, ideas, creencias, y al desarrollo de su razón. Nuevos objetos se presentaban a cada momento a su vista para recibir nombre que les designase: la Sagrada Escritura nos dice que Adán dio a los animales nombres, que verdaderamente les correspondían. Cuando la humanidad se multiplicó y las gentes se separaron, cada familia o tribu resolvió el problema de distinto modo y siguiendo diferentes principios. Unas, al dar nombre a los objetos, penetraron en la naturaleza de las cosas; otras

se detuvieron en la superficie; así hay conceptos que tienen expresión en todas las lenguas; otros son desconocidos en muchas; pero todos los pueblos siguen la formación y desarrollo de su lengua los impulsos naturales de su espíritu pensador.

Y como el desarrollo de éste es muy diverso y obedece a causas parciales muy distintas, el lenguaje, que recibe ya en parte formado, y que correspondientemente, según hemos dicho, pudo recibir en los principios y origen de la humanidad, siguió y sigue diferentes caminos en su desenvolvimiento histórico, hasta el punto de que los poderosos y múltiples agentes que a éste contribuyen, causan en él las infinitas variedades que hoy contemplamos, admiramos y hacemos objeto de estudio.

Las producciones literarias, sirviendo a los demás como de norma, según la cual deben escribir, hablar, y hasta cierto punto, pensar, contienen en sus debidos límites, cual poderoso dique, la marcha desbordada de un desarrollo superfluo e innecesario del lenguaje, impidiendo la creación de formas o de palabras inútiles, y fijando el significado y empleo de las ya existentes. Pero los pueblos primitivos o más antiguos de la humanidad no tenían literatura, y, por lo tanto, sus lenguas carecían de este poderoso medio de conservación, y de defensa contra las innovaciones de los tiempos; los cambios y modificaciones eran, sin duda, en ellos más frecuentes y radicales. Y como la gramática, o sea el sistema orgánico de las lenguas, no había adquirido aún desarrollo, admitían con facilidad nuevas formas y giros, que hacían variar notablemente su aspecto exterior. La sociedad se hallaba entonces en continuo estado de tránsito: la naturaleza presentaba sin cesar al hombre objetos nuevos y desconocidos, que por lo tanto no tenían representación en el lenguaje; las instituciones político-religiosas de los pueblos eran sobremanera inconsistentes y variables; de manera que pocos años bastaban para cambiar y modificar todo lo antes existente; es natural que las cosas no formadas e incompletas sufran más variaciones y cambios en los primeros días de su ser que después de obtenido su completo desarrollo y crecimiento.

Preciso es no olvidar la estrecha relación y aún mutua dependencia que hay entre espíritu y lenguaje, para saber apreciar estos hechos en todo su valor. Porque si el espíritu se hallaba en los primeros días (siglos) de la humanidad en estado de tránsito; si continuamente recibía impresiones de objetos nuevos y desconocidos; si todo lo que le rodeaba, hasta sus semejantes, era para él causa de permanentes cambios, a lo que no poco contribuía la inestabilidad de las instituciones sociales, al lenguaje afectarían necesariamente tales variaciones, que habían de ser en él más frecuentes y más esenciales, porque otras muchas y muy poderosas causas, que no influyen en el espíritu, trabajan sin cesar en el desarrollo y formación del mismo, y juntas contribuyen a su desenvolvimiento histórico. La lingüística, pues, no ha presentado ni puede hallar pruebas eficaces para demostrar que la edad generalmente asignada al mundo, después del espantoso cataclismo del diluvio, sea demasiado corta para que dentro de ella haya recibido el lenguaje primitivo y existente entonces en un solo tipo, todas las variedades y formas que hoy presenta.

Un estudio detenido, hecho en varias familias y en diversas épocas, podría aclarar más esta importante cuestión, sobre la cual haremos aún algunas indicaciones en los artículos siguientes, ya que el plan y objeto de este escrito no permiten tratarla con toda la extensión que se merece.

Lingüística y filología

A medida que el hombre cultiva un ramo del saber, descúbrese a su vista más despejado y claro el campo que contiene los frutos literarios, cuya recolección será objeto de sus investigaciones, y cuya calidad y valor depende en gran parte de la manera con que procedamos en nuestro estudio. Fenómeno es éste que podemos observar en todas las ciencias, pero acaso en ninguna más evidente que en filología. El filólogo moderno, apreciando la vida de los pueblos en toda su importancia y en sus relaciones exteriores, ha hecho universal el estudio de sus lenguas, abrazando todos los períodos de su desenvolvimiento histórico.

Si examinamos las admirables producciones artístico-científicas de los antiguos, apenas encontramos una digna de atención en el terreno del lenguaje. Todo lo extranjero era para ellos objeto de desprecio, y este egoísmo absurdo sofocaba aún el cultivo de su propia lengua antes que pudiese llegar a dar frutos. Los pueblos consideraban y trataban entonces a todos los extranjeros como bárbaros, incluyendo al idioma en este pernicioso anatema. Para el poeta griego, fuera del círculo estrecho de su nación, no hay más que bárbaroi, barbarófônoi, al-lothrooi; hasta el punto de que los vínculos de parentesco que le unían al persa no fueron suficientes a excluirle de la regla general. El indio arroja de sí como impuro todo lo que viene de los mlechchas, cuyos idiomas son, como ellos, bárbaros. Sanskrit es la lengua de la revelación, y pues ella también ha sido revelada, es inútil y aun perjudicial estudiar otras. El sectario de Zorrostro, mazda-yaçna (adorador de Mazda, Ormuz) tiene por un crimen el comercio con los daevayaçnas). El israelita excluye de su seno al pagano o no adorador de Yehovah, y se considera manchado por el solo comercio con los goyim, gentes-pueblos. Este orgulloso absolutismo les hacía indiferentes a lo que más caracteriza un pueblo, cual es la lengua y costumbres. De ningún escritor antiguo sabemos que hiciese investigaciones científicas sobre una lengua, si no era llevado por algún fin extraño a ella. Una excepción hace el indio, pero cuyos estudios lingüísticos, verdaderamente asombrosos, tuvieron un objeto exclusivamente práctico: la inteligencia de sus libros sagrados. Como consecuencia de este descuido imperdonable, cayeron en olvido muchos idiomas, cuyo conocimiento nos descubriría innumerables secretos acerca de la historia de los pueblos y de todo lo que puede relacionarse con ella.

La esclavitud, contribuyendo a mantener estas preocupaciones, era una barrera insuperable, que se oponía a la creación de la filología. Un acontecimiento sin igual en la historia vino a cambiar tales creencias; el cristianismo, predicando la igualdad de todos los hombres, rompió en principio las cadenas de la esclavitud. Destinado a ser una religión universal, le era necesaria la lengua como medio de enseñanza, y sus primeros predicadores reciben el don de lenguas.

Griego, hebreo y latín, como depositarias de las sagradas doctrinas, adquieren gran importancia y son objeto de meditación y estudio. Casi todos los primeros PP. de la Iglesia conocían dos; algunos, como San Jerónimo, y acaso Orígenes y San Agustín, poseían las tres.

Descubrimientos posteriores abren nuevo campo a las investigaciones de la inteligencia, y los misioneros facilitan el estudio de numerosos idiomas por medio de trabajos gramaticales y lexicográficos, muchos de ellos únicos hasta el presente. El protestantismo dio nueva fuerza al impulso que las ciencias antes recibieran, no siendo de las menos favorecidas la filología; pero estaba reservada al siglo XIX la aplicación de un método verdaderamente científico, y hombres como Humboldt, Schlegel, Popp y Grimm eran los destinados a elevarla al rango distinguido que hoy ocupa.

La inmensa extensión que recibieron estos estudios hizo pronto necesaria una división en dos ramos, de los cuales el primero considera y estudia la lengua únicamente como medio para penetrar en su contenido, -en la literatura, -a fin de conocer hasta en sus detalles la vida intelectual de los pueblos y lo que con ella tiene relación: tal es el objeto de la FILOLOGÍA propiamente dicha. El segundo, -la lingüística-, se ocupa exclusivamente con la lengua sin cuidarse de su literatura, que sólo toma como medio para estudiar aquélla, ni examinar el papel que el pueblo ha desempeñado en la historia del género humano. El filólogo puede hacer solamente sus estudios donde exista una cultura o vida intelectual que se haya manifestado al exterior y perpetuado por medio de producciones literarias. Para el lingüista son éstas cosa accesoria, y se vale de ellas como de instrumentos para profundizar en el ser del idioma; su fin primario es la gramática y lexicografía; mas en los monumentos literarios es donde debe estudiar la marcha que el idioma ha seguido en su desenvolvimiento histórico. No obstante, lenguas que por completo carecen de literatura y que es necesario aprender de la boca del pueblo, ofrecen al lingüista un interés increíble, por la claridad que pueden arrojar en el estudio de otras; la importancia de un idioma está a veces en su mismo ser, y no en su literatura.

Las investigaciones lingüísticas no darán resultados favorables mientras no se verifiquen en varias lenguas a la vez; al contrario, cuanto mayor sea el número que se incluya en su círculo, y más datos o puntos presenten para ser comparadas entre sí, los descubrimientos serán más notables, y mayores los resultados.

Una lengua que ha llegado a ser lo que es por el desarrollo sucesivo de los elementos que la componen, no puede ser conocida en su estado actual, sin examinar las formas o fases que tuvo en épocas anteriores. Aún hecho esto quedarán muchos fenómenos incomprensibles, si no acudimos para su explicación a los idiomas con quienes conserve relación, los cuales, como ella, serán ramas de un tronco común. De aquí los nombres de estudio comparado, filología comparada, gramática comparada, etc.

Imposible sería determinar el origen etimológico de la palabra alemana tochter; godo, tauhtar; inglés, daughter; griego, thugatêr, etc., si no acudiésemos al sanskrit, donde le hallamos, al menos muy probable, en la raíz duh, ordeñar, mamar; significando la que ordeña, conforme a la costumbre general de los antiguos pueblos nómadas, entre los cuales

las hijas guardaban los ganados, y hacían, por lo tanto, muchas cosas relativas al oficio de pastor; otros ejemplos análogos a éste veremos en las páginas siguientes.

Lingüística y filología son dos ciencias inseparables, o más bien dos ramas de lo que pudiéramos llamar filología general; de modo que no obtendría resultado alguno el que procediese al estudio de la una independientemente de la otra; el lingüista prepara los materiales que han de ser objeto de las investigaciones del filólogo, las cuales pueden tomar un carácter muy vario, ya filosófico, crítico, histórico, etc.; en ellas domina siempre el gusto subjetivo del individuo de quien proceden. La lingüística presenta analogías en su método con las ciencias naturales; la filología, por el contrario, se acerca mucho más a la historia, y es inseparable de la crítica.

El lingüista hace también sus divisiones y clasificaciones de los individuos (lenguas), variedades (ramas), especies (familias), y géneros (troncos) que estudia, para lo cual compara ciertos y determinados caracteres sobresalientes, deduciendo de la comparación semejanza o diferencia en las familias, ramas, etc., como el naturalista busca los signos distintivos y característicos de un objeto (idioma) desconocido, haciendo un estudio analítico de todas sus partes, y después de haberlos hallado y determinado, establece nuevas comparaciones, que le darán por resultado el descubrir la familia o rama a que pertenece el individuo. En sus investigaciones puede seguir diferentes procedimientos, según el fin que se proponga y resultados que quiera obtener; por ahora indicaremos sólo dos como más notables y que dan resultados más diversos; bien estudia las particularidades distintas que la lengua ofrece, considerada como un organismo o un todo organizado, según sus variedades fisiológicas, o examina en totalidad ese organismo, pero atendiendo a sus relaciones genealógicas o de parentesco con otras lenguas; por el primer procedimiento obtendremos el conjunto sistemático de reglas que forman la gramática; el segundo es propio de los estudios etnográficos.

Muchos filólogos modernos aplican al origen de las lenguas la teoría de Darwin, según la cual las especies se originaron por separación sucesiva, conservándose las razas cuyo organismo alcanzó un grado de desarrollo más elevado en la lucha por la conservación de su existencia. No entra en mi plan hablar aquí sobre esta cuestión, pero creo oportuno observar que algunos de sus autores han caído en el materialismo grosero al hacer aplicación de semejante teoría, o en general, al comparar y aún asimilar la lengua con la naturaleza humana. Los elementos del lenguaje y sus agentes son del todo diversos de los que actúan en la naturaleza; la lingüística se aproxima a las ciencias naturales en el método, pero su fundamento es la psicología. La lengua es un agregado de partes perfectamente organizadas, producto de la nación y del individuo, que estando relacionadas entre sí, se ayudan mutuamente en sus funciones, como los miembros de un ser viviente; el lenguaje de cada persona tiene particularidades especiales, y es como el individuo de toda la especie; dialectos, lenguas, familias, grupos y clases corresponden a las variedades, especies, géneros, clases, etc., de las ciencias naturales; determinar la naturaleza específica de los individuos; derivación de las especies o géneros, y clasificación, es objeto principal de la lingüística.

Pero la semejanza que existe entre ésta y las ciencias naturales es de analogía, no de conformidad esencial, como lo ha sostenido en varios escritos el filólogo alemán

Schleicher, para quien la lingüística es una ciencia física. Desconociendo la naturaleza de las fuerzas que producen los fenómenos de progreso y desarrollo en la historia de las lenguas, no es posible apreciar aquellos en su verdadera significación. El lenguaje, inseparable del espíritu, sigue en su desenvolvimiento y formación los adelantos de este, sin que sea una misma cosa con la naturaleza humana.

A medida que las facultades intelectuales se desarrollan, aumenta el círculo de ideas, y la lengua debe recibir nuevos elementos con que expresar las ideas nacientes, los cuales toma de otros idiomas si no les puede formar de su propio tesoro. La lengua de Alfonso X no es la de Cervantes, ni la de éste es idéntica con la de Calderón. Hanse verificado en estos períodos cambios lentos, casi imperceptibles, pero constantes; de manera que en un corto número de siglos tiene lugar una transformación completa. La relación íntima del lenguaje con la naturaleza humana es una barrera insuperable, que se opone a todo cambio brusco y caprichoso; la marcha que sigue en su desarrollo es lenta y mesurada como la del entendimiento; mas no puede permanecer invariable, porque dejaría de ser instrumento adecuado a las facultades superiores del hombre; la razón universal, la conciencia común es la señora del lenguaje, y de ella proceden sus cambios ordinarios. De modo que los introducidos por un individuo cualquiera no tendrán valor alguno sin haber recibido su sanción; el poder ilimitado de Tiberio en Roma y de Sigismundo en Alemania fueron incapaces de variar una terminación y de alterar el género de una palabra.

El genio que con su talento domina al vulgo se hace la norma del lenguaje, porque la sociedad ha depositado en él sus poderes sucediendo por circunstancias especiales que un individuo cambie la terminación de una voz. Dícese que al recibir el rey Luis de Francia la noticia de las devastaciones causadas por los tártaros exclamó: «Bien merecen el nombre de tártaros, pues sus hechos son propios de enemigos del Tártaro.» Los autores franceses usaron desde entonces ese nombre, siguiéndoles los demás europeos. La sociedad no debe admitir tales innovaciones en las palabras cuando se opongan a las leyes establecidas por el uso. El inventor de un procedimiento, de una máquina, etc., tiene derecho a dar nombre al descubrimiento que ha hecho, aunque no guarde analogía con el objeto designado. No así la sociedad, que en lo posible debe acomodarse a la voluntad del inventor: América, lleva un nombre impropio e injusto, puesto que el derecho de invención es exclusivo de Colón, y no de Américo Vespucio. Galvanismo, Daguerrotipo nos recuerdan a los autores de esos inventos; paleontología, geología, etnografía, fotografía, etc., son una definición abreviada del objeto, y las palabras acuñadas de este modo se prestan mejor a la formación de categorías; así decimos fotografiar, telegrafiar, etc. El uso no encontró dificultad en admitir un gran número de adjetivos en *able*, pero sí la tuvo en dar pasaporte a los *en gero*, *fero* y otros, aunque llevasen la recomendación de hombres notables.

Semejante oposición tienen que vencer muchos derivados, como el *ingl. reliable*, aunque esté formado según las reglas etimológicas de la lengua, y pudiéramos hacer la misma observación en palabras de otros muchos idiomas. Al lingüista importa examinar si en su derivación se han observado las leyes de etimología, y si son necesarias en el lenguaje.

El sonido, como exterior, está más expuesto a las innovaciones de los tiempos; pudiera decirse que se modifica con las costumbres y manera de vida; las lenguas manifiestan ésta en los cambios que sufren. En la nuestra vemos la *f* convertida en *h*: así *fijo*, *hijo*; *fizo*,

hizo; la b en u: cibdad, ciudad; letras llegan a ser consideradas como inútiles, y se suprimen o dejan de pronunciarse; nació, nació; así, así; bulla, bula, etc.; y en inglés la muda ante nasal en gran número de palabras, knight, knife, gnat, gnaw, knowledge, que se calla, tendrá acaso la misma suerte que la s de nascer y la n de así; como la gh de laugh, cough podrá muy bien convertirse en la letra f, cuya pronunciación lleva. Desde luego se comprende que es un punto capital en las investigaciones etimológicas del lingüista averiguar el origen de éstas y semejantes innovaciones o cambios.

En la aurora de la vida de los pueblos se hicieron ya ensayos para investigar la naturaleza de la palabra; intentose primero referir un nombre a otro, y explicar de él su derivación, partiendo de los nombres propios, como más antiguos y menos expuestos a modificaciones; ya desde la más remota antigüedad se reconoció la importancia de esas voces para hacer investigaciones lingüísticas, por su carácter doble de nombres propios, que tienen a la vez una significación común a varias cosas o a una especie. Comenzose a ver en el lenguaje la oposición de antiguo y moderno, propio y común, primitivo y derivado, y se estableció como base de la etimología la semejanza de sonidos; porque lo que se parece en la significación es también semejante según el sonido. En la Biblia se dan explicaciones etimológicas de muchos nombres propios de personas y lugares, como del apelativo de mujer ishshah. Mucho más frecuentes son estos ensayos en los libros de los indios llamados Brahmanas, compuestos cerca de mil años antes de Jesucristo, y en los cuales el espíritu especulativo y filosófico, de este pueblo trata de ver, no sólo el origen de la palabra, pero lo que a veces es para él más importante, la naturaleza del objeto designado en ella.

Ya en las antiquísimas canciones del Rig se encuentran muchos juegos de palabras que designan dioses, y alguna o varias cualidades a la vez. En la Biblia son éstos retruécanos y juegos muy comunes en toda clase de composiciones, especialmente en las poéticas y proféticas; y es tal la inclinación de los escritores sagrados a ese género de juguetes de vocablos, que a veces oscurecieron el sentido. Así en Gen. 4, 1. Caín, de Kana, poseer; 25, Seth, de sheth, puso o fundamento; 17, 5, Abraham de ab-ramhamon, padre de una excelsa multitud; Sara, de shara, princesa, y otros muchos. En el Rig-veda, Indo se compara con Indra; Indravâyû, con Indavo; vâyavâyahi, con Bayu; Savitâ, con Savishad; Suvasi, con Suvatât; suvâti, con savita, y así otros. También se hallan en Homero; y hasta el chino hizo un esfuerzo por vencer la imperfección y rigidez de su idioma, que nada se presta a semejantes artificios. En chino es la escritura mucho más rica que el idioma hablado, porque varias palabras pueden tener el mismo sonido y escribirse de distinto modo; indicaciones o determinaciones etimológicas deben fundarse, pues, en la escritura; porque el sonido es idéntico, y solamente del signo gráfico se deduce la significación.

Los procedimientos seguidos por pueblos salvajes, al determinar la etimología de las palabras, fundados en alguna circunstancia especial, en nada difieren de los que han establecido los gramáticos; unos y otros siguen leyes naturales; aquí vemos de nuevo la relación que existió en los primeros tiempos entre la naturaleza y el espíritu del hombre, y cómo ambos trabajaron de acuerdo en la formación del lenguaje. Los primeros hombres seguían sin trabajo los impulsos de su tierna y ligera fantasía, y veían en circunstancias o fenómenos inapreciables para nosotros, motivo para dar nombre a un objeto: Caín, Seth, Noé, Peleg, Abraham, Israel, Bâbel, Beersebá, Bethel, Moriah, Majanaim, Abel, Mizraim, Dan, Gad, José, Salem, Sabbat, y otros muchos, son ejemplos bien claros de eso; y los

frecuentes retruécanos o juguetes de palabras, de que antes hemos hecho mención, lo confirman.

A medida que el lenguaje se desarrollaba, hízose necesario determinar y establecer leyes, que ya el individuo observaba sin darse conciencia de ello; divídense para eso los sonidos en clases o grupos, según sus categorías, que facilitan notablemente el estudio de sus cambios, y la determinación de las leyes que rigen a ellos; así ha podido buscarse el origen de muchas palabras, cuyo sonido y significación difieren notablemente, en una raíz común. Por ejemplo, las voces alemanas kunst, arte, kunde, noticia, können, poder; y las inglesas can, poder, know, saber, gr. gignosko, lat. cognosco, del sanskr., hña; y hallarse relación de parentesco en otras que aparentemente no presentan más analogía que la de significación; como entre el lat. lingua, ingl., tong, alem., zunge, y el sanskr., chihvâ, lengua, cuya relación se explica por cambios de sonidos regulares y repetidos en gran número de palabras, los cuales son independientes de la significación, que puede quedar la misma, como vemos en la última palabra. El sanskrit çvan ha sufrido una serie de cambios en los diferentes idiomas de nuestra gran familia, tales, que harían imposible reconocer su origen común, si no fuesen regulares y tuviesen otras analogías, según las cuales el lingüista ha establecido determinadas leyes; por el cambio frecuente de v en u ha pasado en gr. a ser kuón, lat. canis, del gen. gr. kunós, zend çpâ, alem. hund, perro. Por la ley de permutación que examinaremos después, y los cambios mutuos de las líquidas r, l, n, conocemos el parentesco del gr. kártos y del alem. held, héroe.

La lingüística no puede llegar a obtener estos y otros resultados sin el apoyo de ciencias auxiliares; se vale de la filosofía para establecer los principios de gramática general; por medio de la fisiología estudia la estructura y mecanismo de los órganos del lenguaje y la producción de sonidos articulados; con el auxilio de la geografía física y meteorología determina la influencia que la posición topográfica de un país ejerce sobre el carácter de la lengua. En esto tenemos una prueba más de su relación con las ciencias físico-naturales, pero ya hemos indicado en qué sentido debe entenderse esa relación. El agente que obra en el desarrollo y formación del idioma son seres inteligentes; el material, sonidos articulados y significativos; el producto, un sistema de sonidos, que son la expresión del pensamiento; en las ciencias físico-naturales, agentes y producto son materia.

El hombre recibió con el ser el fundamento sobre el cual libremente pudiera construir el edificio de la lengua, y sobre una misma base se trazaron planes, conformes al gusto y capacidad de los arquitectos; es decir, al carácter, genio, posición topográfica y demás agentes exteriores que obraban incesantemente sobre cada sociedad parcial de las que constituían la humana, para combinar y dar forma a los elementos por medio de los cuales su espíritu pensador se manifestaría hacia afuera. Estas causas, en unión con la inteligencia libre, serían suficientes para producir la variedad de sistemas gramaticales que nos presentan las diferentes clases de lenguas.

Nuestras afirmaciones respecto al estado y carácter de las lenguas en tiempos prehistóricos han de fundarse en hechos repetidos, observados en varias épocas y distintos idiomas, de manera que se confirmen mutuamente. El lingüista caminará vacilante y edificará sobre arena, si abandona la senda de los hechos y de la práctica en el estudio de un objeto que progresa como la inteligencia; en las investigaciones sobre nuestra lengua

debemos partir de su estado actual hasta su origen, examinando por medio de las producciones literarias las fases que ha presentado en cada período y las modificaciones que ha sufrido; a medida que retrocedamos en el examen, la hallaremos más semejante al tronco con quien estuvo una vez unida, constituyendo un solo individuo, hasta que al fin vengamos al período en que principió a separarse de aquél por algunas particularidades apenas perceptibles, que dado el impulso se aumentaron en progresión geométrica. En pocos siglos se hizo del todo independiente, sin que bastasen a impedirlo las fuerzas poderosas y el atractivo de la bellísima literatura romana, que tendían a mantener la unidad de la lengua madre.

Si la hermosa lengua de Roma, con el atractivo encantador de sus producciones geniales, vio separarse de su seno con tal rapidez miembros que pronto oscurecieron su gloria, ¿por qué no pudieron verificarse fenómenos análogos en los tiempos que precedieron a la historia, y mucho más fácilmente, cuanto que entonces faltaban trabajos literarios reguladores del uso del lenguaje? Y si a esto se añaden los espantosos cataclismos y revoluciones que cambiaron la faz de la tierra y orden de las sociedades, se conciben todas las variaciones que se quieran suponer en las lenguas, hasta tomar las formas con que hoy se nos presentan, sin necesidad de acudir a los cálculos fantásticos de algunos filólogos y naturalistas de nuestros días, según los cuales el hombre lleva como *mínimum* 50.000 años!! de existencia sobre la tierra; opinión presentada y expuesta en algunas obras alemanas con increíble ligereza cual si los datos y hechos en que se la supone bien fundada fuesen otra cosa que hipótesis absurdas y que no van marcadas con el sello de la meditación y de la ciencia.

Aplicando al español el raciocinio de los sabios alemanes, debemos concederle, para formarse, desarrollarse y llegar al estado que tenía en el siglo XIII, un período de 2.000 años; la perfección, elegancia y riqueza que presenta en el Quijote exigen por lo menos 5.000 años, empleados en su elaboración, perfeccionamiento y desarrollo; y la fluidez y hermosura que ofrecen las composiciones de Hartzenbusch, Bretón de los Herreros, Fernán Caballero y otros literatos contemporáneos, pide el período moderado de 3.000 años; ¡y he aquí a nuestra pobre lengua llevando una vida lenta y miserable en un período de 10.000 años, sin haber llegado a la perfección! A tales extremos conduce el separarse del camino de los hechos, y perder de vista las innumerables causas que sin cesar trabajan en la elaboración de un idioma.

Las palabras, aunque partes de un todo, son a la vez entidades aisladas e independientes, sujetas a variados cambios o modificaciones. Es de gran importancia para descubrir la etimología, examinar su naturaleza de simple o compuesta, primitiva o derivada; los sonidos de que se compone podrán en muchos casos decirnos, si pertenece al verdadero tesoro de la lengua, o si ha sido importada de fuera. En la derivación tienen ya lugar modificaciones notables, que a veces desfiguran la forma primitiva, para reconocer la cual debemos comparar las diversas formas que una voz toma en varios idiomas de la misma familia; el resultado será más seguro, cuanto mayor sea el número de lenguas que se tomen en la comparación. Las palabras compuestas ofrecen un campo más extenso a nuestras investigaciones, por tener lugar en ellas generalmente cambios fonéticos más considerables y de grande importancia en estudios etimológicos.

Los sonidos son volubles, como las ideas que designan, y sus variaciones tienen por objeto economizar y facilitar la pronunciación. Ejemplos de extremada economía nos presentan el inglés y el alemán en algunos dialectos vulgares: de boat-swain se hace bosn; de fourteen-night, fortnight; alem. gsi, por gewesen; wit por weite.

Los cambios verificados en la flexión prueban más claramente la vida de la lengua, que parece obrar en su desenvolvimiento con energía propia. La primera persona singular, termina en sanskrit en mi, y sólo se ha conservado en algunos verbos griegos (conjugación en mi); sanskr. dadhâmi, gr. tithêmi; pero sanskr. bharûmi, gr. ferô, fero; restos de esa terminación quedan en el latín sum, inquam; en el persa am, dâdam, ingl. am, soy: las terminaciones del plural masi, tasi, nti; ejemplo: sanskrit de los vedas, lagamasi, lagatasi, laganti, nos adherimos, etc., sufrieron su primera mutilación en el latín legimus, legitis, legunt; godo, ligam, ligith, ligand. Mas tarde se colocaron los pronombres personales antes del verbo, y las terminaciones vinieron a omitirse por inútiles. El alemán conservó dos: wir liegen, ihr lieget, sie liegen; anglo-sajón una sola: en presente, ath; imperf., on, wie, ge, hi, liegath; nosotros estamos echados, etc.; el inglés omitió toda terminación: we, ye, they lie.

El sanskrit antiguo de los vedas poseía una conjugación rica y perfecta; el clásico perdió varias formas y tiempos; aumentáronse las pérdidas en griego, godo y latín, hasta que algunos idiomas germánicos, como el inglés, apenas conservaron restos de conjugación, predominando los auxiliares y el cambio de vocales en cierta clase de verbos: alem., singen, sang, gesungen; inglés, sing, pres.; sang, imperf.; sung, partic., cantar: kommen, kamm, gekommen, venir; ing., come, came, come. Los idiomas neo-latinos conservan gran parte de sus antiguas terminaciones, en cambio de lo perdido en la declinación, que ha desaparecido por completo en algunos de ellos (V. los paradigmas,). En el sanskrit clásico vemos ya confusos los ocho casos de la declinación, con sus terminaciones, y poco precisos en el zend; el griego y latín distinguen solamente cinco terminaciones; el alemán, tres; mientras que el inglés, siguiendo su sistema de simplificación, conserva restos de la antigua declinación en algunos pronombres únicamente. La misma decadencia ha sufrido el género.

El axioma, «nada se pierde en la naturaleza», puede aplicarse también al lenguaje, en el cual toda pérdida recibe sustitución. Las ideas emitidas una vez por la inteligencia humana no desaparecen más; sólo se sustituyen o se modifican conforme a las necesidades del progreso intelectual, y el lenguaje sigue la marcha de las ideas. No solamente se verifican en él cambios y pérdidas de sonidos, sino que de los ya existentes se originan otros nuevos. Los sonidos e, o, son probablemente posteriores a las demás vocales, como lo prueba el que dichos sonidos se hallen en sanskrit únicamente bajo la forma de vocales largas, o mejor, diptongos, que pudieron proceder de la fusión de a+i el primero, y a+u el segundo (así en francés y en otros idiomas). Cuando una de estas vocales-diptongos se convierte en la simple correspondiente, es porque el acento ha pasado a otra sílaba; vemos esto en el griego, féugô, pero Aoristo II éfugon, huyó.

Sostienen algunos filólogos que esas vocales-diptongos son anteriores a las simples, y que éstas se originaron por descomposición, como los sonidos exclusivamente sánscritos r, l vinieron de ar, al: en este caso pudiera afirmarse lo mismo de todas las vocales simples i, u, de ay, aw, o de ya, wa; según lo cual, en un principio hubo solamente semivocales, hasta que nació la vocal a, que luego dio origen a todas las demás: la raíz scrib sonaría entonces

sacarayaba, o sin vocales, scr̄b, ambas cosas contrarias al espíritu de nuestros idiomas. Además, si eso fuese cierto, no hubiera sido posible formar palabras por imitación de sonidos, porque en ellas son indispensables las vocales, y esas voces son tan antiguas como el lenguaje.

Toda distinción inútil desaparece con el tiempo, quedando lo necesario para la claridad, como hemos indicado al hablar de las modificaciones que ha sufrido la flexión en la familia indo-europea. A veces ni aún se atiende a esa bella cualidad, como el inglés, que no distingue entre muchos participios y pretéritos, y da lugar a confusión: put, poner; puso, pongo y puesto; bound, etc. Muchas de estas modificaciones, verificadas, ya en la flexión, ya en la palabra o en el sonido, que en ocasiones desaparece por completo, son hasta hoy un misterio para el lingüista, para quien es de la mayor importancia buscar el origen de todos los fenómenos que indican la vida y desenvolvimiento del lenguaje. Nadie puede determinar la causa de la dificultad que encuentra un pueblo en la pronunciación de ciertos sonidos, o lo que guió a otros al poner límites a la terminación de sus palabras; el hombre, aunque libre en el uso del lenguaje, no hace en él cambios caprichosos, siguiendo casi siempre analogías determinadas. Él solo es capaz de pronunciar todos los sonidos conocidos, si su ejercicio principia a tiempo en que los órganos del lenguaje no hayan adquirido hábitos especiales, que les sirvan de impedimento para expresar otros diferentes de los acostumbrados. Aún después de adquirir una costumbre le es más fácil acomodar a ella lo que recibe de fuera, que abandonarla o cambiarla por otra.

El círculo de ideas en que se mueve la humanidad está en continua evolución y se ensancha diariamente; ideas antiguas dan lugar a otras nuevas, y las palabras que las designaban, o reciben distinta significación, o sufren la misma suerte que ellas, conservándose en el tesoro lingüístico como anticuadas: tales palabras nos señalan el camino que la lengua ha seguido en su desenvolvimiento, y nos indican el estado de cultura en que se encontraba el pueblo en una época anterior a nuestras noticias históricas, puesto que las pérdidas y cambios en el lenguaje tienen especialmente lugar en términos técnicos de ciencias y artes. Entre dos sinónimos se conserva a menudo uno solo, sin otra causa para la elección que el gusto del pueblo, penes quem est jus et norma loquendi. Otro fenómeno, acaso más digno de estudio, es el cambio que la significación de una palabra ha sufrido en diferentes períodos, en lo cual está el verdadero desarrollo de la lengua; comparando estos diferentes significados en varios períodos, vendremos en conocimiento del primitivo; por un procedimiento análogo llegaríamos a conocer la forma que pudo tener la palabra en su origen. En todo esto vemos que la lingüística tiene analogía con la historia.

A veces varía una voz en la pronunciación solamente, quedando idéntica en la escritura, de lo cual presenta numerosos ejemplos el inglés, donde, como hemos visto anteriormente, han dejado de pronunciarse algunas consonantes iniciales y en medio de dicción: knife, pr. naif, cuchillo; knight, pr. nait, caballero; calves, pr. cavs, terneros, y otros muchos. Por una serie de cambios sucesivos viene a separarse una palabra de un mismo idioma en varias con distinto sonido y significación, y sería imposible reconocer la identidad de origen en ellas sin compararlas con voces análogas de otras lenguas: las voces gr. gunê, mujer, y anax, rey, apenas conservan semejanza de sonido; pero la forma dialéctica bana, usada en lugar de gunê; y las voces germánicas, inglés, queen; alemán, königin, reina, y könig, rey, cuyo parentesco genealógico con las dos voces griegas es evidente, indican su origen probable de

una raíz común; acaso gva, de la que, cambiando la semivocal en su vocal respectiva, e interponiendo la nasal, resultó gunaik, que dio origen a las dos mencionadas. De este modo los cambios del sonido pueden enriquecer el lenguaje multiplicando sus voces; pero en otros casos le empobrecen, porque muchas palabras que por pérdidas de sonidos conservan una pronunciación desagradable, son desterradas del uso común; así es probable que algunas lenguas no tengan hoy todos sus sonidos primitivos (el zend y los idiomas semíticos, por ejemplo). Por medio de un examen detenido de estos y semejantes cambios, que modifican y hacen variar el aspecto exterior del lenguaje, llegaremos a descubrir todas las ramificaciones en que se ha dividido una raíz; pero los resultados de nuestro estudio etimológico serán mayores y más seguros si comparamos entre sí todas las raíces de una misma familia lingüística que presenten relación de parentesco, aunque ésta sea sólo de sonido. El estudio comparativo, del que hoy se hace aplicación en todas las ciencias, es más general y más seguro en sus datos y resultados.

Antes de terminar este artículo no podemos pasar en silencio la importantísima ley o regla de permutación, descubierta por el alemán Grimm, quien la expuso con maestría y confirmó con gran número de ejemplos en su Gramática Alemana.

Según la regla a que nos referimos, las nueve letras mudas sufren un cambio regular y fijo al pasar (en raíces o palabras) de una lengua a otra, en el cual siguen siempre un orden invariable y determinado. La permutación sólo tiene lugar en idiomas de nuestra familia, los cuales se dividen en tres series, correspondientes a las mismas de las letras mudas.

En la primera serie se cuentan: sanskrit, griego y latín; en la segunda, godo, antiguo sajón, anglo-sajón, escandinavo y bajo alemán; en la tercera, antiguo, medio y nuevo alemán, si bien estos dos últimos se apartan a veces de la regla.

No se comprenderá bien ésta sin recordar antes que las letras mudas se dividen en labiales, dentales y guturales, según el órgano que más contribuye a su pronunciación; y según la naturaleza de ésta y su mayor o menor intensidad, se dividen en medias o suaves, tenues o fuertes y aspiradas. Se verifica según la regla de permutación, que: La letra media de cada uno de los tres grupos orgánicos, al pasar de la primera a la segunda serie, se cambia en su tenue respectiva; ésta, al pasar a la tercera, en aspirada, y así sucesivamente:

Media. Tenue. Aspirada.
Tenue. Aspirada. Media.
Aspirada. Media. Tenue.

Esta ley, que con regularidad se extiende a las tres clases de consonantes mudas, no obstante las excepciones que presentan algunas lenguas de las tres series, es uno de los hechos de mayor aplicación que nos ofrece la historia del desenvolvimiento del lenguaje, a la vez que uno de los fenómenos más notables y difíciles de explicar que se han descubierto en la misma. Compárese, para mayor claridad, la tabla siguiente con los ejemplos que la acompañan.

EJEMPLOS: S. padas, gr. pous, l. pes, go. fôtus, alem. ant. vuoaz, al. m. fuss, pie. S. pitar, gr. patêr, l. pater, go. fadrs, al. a. vatar, ingl. father. S. bhu, gr. fu, l. fui, ang. saj. beon, al ant. pim, soy. L. frango, go. brikan, al. ant. prechan, l. caput, gr. kefalé, go. haubit, houpit, al. haupt, ant. al. haubit, angl. saj. heafod, cabeza. L. tenuis, tener, ant. al. dunni, go. danyan, ant. al. denen, ingl. thin, s. dantas, gr. odontos, l. dentis, go. tundus, ant. al. zand, mod. zahn, diente, l. videre, go. vitan, ant. al. wizan, gr. thura, go. daur, ant. al. tor, mod. thüre, ingl. door, puerta, l. cor, gr. kardía, go. hairtô, ant. al. herza, mod. herz, gr. jórtoz, l. hortus, go. gards, ant. al. karto, ingl. garden, huerto, jardín.

Por estos y otros muchos ejemplos que pudiéramos citar, se ve que es preciso distinguir; a., los cambios que sufre un sonido al pasar de una lengua a otra, como en s. padas, gr. pous, l. pes, go. fôtus, alem. vuoaz, fuss; b, de un dialecto a otro, dial. dor. kôra, kourê, jonie. kôrê, atic. Virgen; c, en una sola lengua cuando la palabra puede emplearse en diferentes formas; alem. nackend, nackt, desnudo; athem, odem, aliento; así nuestro crear, criar, creador, criador.

En el estudio de los cambios que se refieren a la cantidad de las vocales se ha introducido claridad y método, con la distinción hecha por los gramáticos indios de Guna y Vriddhi; dos aumentos de diferente valor, que reciben las vocales, siguiéndose reglas fijas en sanskrit, y en muchos idiomas próximos a él, como el griego. Para formar el guna de i, u, se les antepone â, resultando ai=ê (francés ai), y au=ô (francés au); el vriddhi se obtiene anteponiendo â a dichas vocales, y resulta âi, âu, que se pronuncian como diptongos; del verbo sanskrit i, con guna=êmi, gr. éimi, voy; pero imas, imen, vamos; de budh, con guna=bôdhmi, sé, como en griego féugo, huyo, pero éfugon aor. y sanskrit abudhan, sabían.

En latín existe también una prolongación semejante de la radical; lego, legi, pero es más común el abreviarla, especialmente si la palabra recibe algún aumento, así placeo, displiceo, facio, efficio. Observaciones de este género, hechas en otros idiomas nos darían a conocer las causas de prolongaciones y abreviaciones de vocales, aparentemente arbitrarias, pero que sin duda se podrían clasificar descubriendo las leyes gramaticales en que se fundan.

Si comparamos las dos lenguas germánicas, inglés y alemán, veremos que una media del primero (d por ejemplo) corresponde a una tenue del último (t); así: dance, tanz; day, tag; deep, tief, profundo; el alemán hace a veces de la t inglesa s o z; foot, fuss; to, zu; two, zwei. La d alemana corresponde en muchos casos a la th inglesa: dein, thine, tuyo; bad, bath, baño; ding, thing, cosa; denken, think, pensar. Entre inglés y latín podríamos observar una correspondencia de sonidos análoga a la que hemos notado entre alemán e inglés: two, duo; tooth, dens. Pasando en silencio otras observaciones de este género, por no dar demasiada extensión al artículo, haremos solamente notar que las tres series de mudas, tenues, medias y aspiradas, han sufrido una permutación de una lengua a otra con regularidad, de tal manera, que el goda con las lenguas germánicas quedan en el medio, y sólo el alemán da un paso más, y permanece en uno de los extremos.

Una palabra puede ser un compendio de historia si conocemos los motivos que dieron origen a su significado; el inglés *alms*, proviene del latín *eleemosina*, acaso por el intermedio del anglosaj. *almes*, alem. *almosen*, franc. *aumône*, *limosna*. Inglés *priest*, es el alem. *priester*, francés *prêtre*, *presbyter*, griego *presbyteros*, anciano y sacerdote; su significación ha variado con la forma. Del latín *pono*, *positum*, hizo el inglés y alemán *post*, nosotros *posta* (y acaso *poste*). Las expresiones *cabeza*, *tronco*, *raíz*, *corte*, etc., han recibido significaciones muy variadas, permaneciendo idéntica la escritura; imposible sería al lingüista especificarlas y determinarlas todas, pero es deber suyo establecer reglas que sirvan al escritor de norma para hacer el uso conveniente de ellas.

El tránsito de significación concreta o física a significación abstracta es de los fenómenos más importantes que se ofrecen en el estudio de lenguas, y que hacen ver su desarrollo y la vida intelectual del pueblo. Frases, modismos y proverbios siguen también el círculo de revoluciones que al cabo de algunos siglos harán cambiar la faz del idioma, abriendo nuevo campo a los trabajos del lingüista; ¡cuanto hay que estudiar en un proverbio!

No es posible determinar siempre las causas de semejantes cambios, porque generalmente se verifican sin conciencia de la nación que les acepta. Algunas palabras tuvieron un principio histórico, que nos da luz acerca de su etimología. El vestido blanco que llevaban ciertos empleados romanos les mereció el nombre de *candidati*, dado posteriormente a todo el que aspira a algún empleo o dignidad.

La generalidad de los hombres puede muy bien usar tales palabras en su verdadero valor sin conocer las causas o circunstancias de su origen; mas el lingüista, que debe sacar de sus investigaciones todas las noticias posibles relativas a la cultura e historia de los pueblos, no ha de ignorar esas particularidades donde las pueda adquirir, o faltará al fin que se propone. La formación y derivación de palabras es un acto del entendimiento, que obra bajo ciertas impresiones y circunstancias, de manera que las investigaciones lingüísticas dan también resultados históricos; muchas expresiones arriba mencionadas, y otras como: S. *mâ* o *máh*, ingl. *moon*, alem. *mond.*, *luna*, del sanskrit *mâ*, *medir*; romántico de Roma; *pagano* de *pagus*; *esclavo* de *eslavo*, *slavus*, etc., confirman lo dicho.

¿Cuáles son las causas que producen estas evoluciones en el desenvolvimiento del lenguaje? La influencia del clima, las circunstancias exteriores, el trascurso del tiempo, el desarrollo intelectual, y demás agentes de este género, no explican suficientemente un fenómeno tan universal como es el cambio de sonidos; acaso debemos buscar la causa principal en ellos mismos; es decir, en la antipatía o simpatía que tienen ciertos sonidos a unirse con otros de la misma clase o diferentes: y que dan lugar a la asimilación, interposición de sonidos eufónicos, trasposición y aun omisión de otros incompatibles. Cuando, al añadir la terminación de flexión a la raíz, se ponen en contacto sonidos que, por ser incompatibles, no pueden seguirse inmediatamente, se hace necesario el cambio de uno de ellos, o la fusión de ambos en uno solo: *scrib-tum* y el gr. *graf-so* dan lugar a *grapso*, *escribiré*. Se permite la unión de estos sonidos incompatibles cuando se suprime alguna vocal que les unía; en alem. *schlagt* por *schlaget*; *haupt* por *hauptit*, *cabeza*.

Entre las muchas causas que producen cambio en las vocales, es acaso la más poderosa y universal el paso del acento a alguna de las sílabas extremas de la palabra; este fenómeno, que merece un estudio especial, es muy común en sanskrit, en zend, y más aún en hebreo, donde constituye uno de los principales medios de flexión; dábar, palabra, pero Debár Yehovah, palabra de Dios, por haber pasado el acento a Yehovah: así en alem. widerspruch, contradicción, y widerspréchen, contradecir; úrlaub, permiso, y erláuben permitir.

Causas físicas afectan de una manera poderosa y permanente al lenguaje, cambiando las circunstancias y condiciones bajo las cuales vivía la sociedad, y a las que había adaptado un idioma. Una pequeña colonia que ha pasado algún tiempo aislada de la madre patria; rodeada de pueblos poderosos y civilizados, habrá recibido sin darse conciencia de ello gran número de elementos extranjeros a su lengua, perdiendo otros propios que la sean inútiles en las nuevas relaciones y manera de vida que haya emprendido. El círculo de ideas ha variado con los objetos, y la lengua sigue la marcha de los entendimientos, creadores de las ideas.

Todos los pueblos producen hombres sobresalientes, y genios que en las diversas edades son depositarios de la literatura nacional, que recibe con especialidad, de ellos, nuevo impulso con el carácter particular y distintivo de la época: cuando circunstancias especiales hacen que esos genios o inteligencias privilegiadas no aparezcan entre la literatura en un período de postración y decadencia, cuyos efectos se mostrarán igualmente en la lengua.

Hay períodos en que las producciones literarias toman un carácter puramente religioso, y la casta sacerdotal, utilizando en provecho suyo y de las letras esta circunstancia, se erige en guardián del tesoro de la literatura y única conservadora de la lengua. De este modo, ocultándose al pueblo la primera, que viene a ser para él como un misterio, pierde el conocimiento de una y otra; segrega y modifica, convenientemente aquellas formas y voces del idioma perdido, que más impresión habían hecho en su espíritu, con las cuales crea un dialecto o dialectos, que por la sencillez de su estructura y mecanismo satisfacen mejor las necesidades ordinarias de la vida; con este trabajo queda marcada la línea de separación entre el dialecto alto o sagrado y los vulgares nuevamente formados; el primero permanece estacionario e invariable, como los dogmas en él depositados. Los segundos entran en el camino de su desenvolvimiento histórico, y pronto nace en ellos una literatura toda nacional emanada del espíritu del pueblo.

Tal fue el origen de las lenguas muertas, llamadas también sabias por hacerse uso de ellas en materias científicas. El antiguo egipcio se conservó como lengua sagrada, con su escritura jeroglífica, entre la casta sacerdotal, mucho tiempo después que el pueblo había formado para sí un dialecto y escritura diferentes, aunque derivados de los tipos primitivos. El mismo carácter tiene hoy el zend entre los sectarios de Zoroastro; y el sanskrit entre los sacerdotes brahmanes, quienes le estudian con infatigable celo y durante muchos años bajo su antigua forma, en que fueron compuestos los cuatro vedas, entre tanto que el pueblo tiene ya formados gran número de dialectos, que han dado origen a nuevas literaturas.

Filólogos modernos afirman que el lenguaje tiende a unirse y a hacerse uniforme, de múltiple y diverso que era en su principio, dando a los dialectos prioridad sobre la lengua con quien tienen relación de parentesco. Contra esta opinión, cuyo único fundamento es el

odio de sus autores a las tradiciones bíblicas, están todos los resultados obtenidos en filología, según queda indicado en el artículo anterior. La naturaleza del lenguaje, y fuerzas que obran en su formación y desenvolvimiento, son en todo tiempo esencialmente idénticas; iguales efectos suponen las mismas causas; los dialectos antiguos tenían el mismo origen que los de hoy y nacían de un tronco común; esto es lo únicamente probable, pues faltan hechos que hagan ver lo contrario. Por la historia de las lenguas sabemos que la palabra verdad, con sus ramificaciones verita, verité, verity, tuvieron nacimiento en el latín veritat, nom. veritas; y padre, ingl., father; angl. s., foeder; holand., vader; alem., vater, pater; gr., patêr; persa, pidar, son formas de un tipo primitivo, que le tenemos acaso en el sanskr., pitar.

He demostrado prácticamente cuál debe ser el objeto especial de las investigaciones del lingüista. Un estudio material y humanístico de los idiomas, reporta escasa utilidad a la ciencia, si se le toma como fin, y no como medio para hacer otros estudios superiores y más profundos, los cuales, sin embargo, deben limitarse al idioma. Sólo se conocerá éste después de haber hecho un estudio analítico, pudiéramos decir anatómico, de todas sus partes y elementos que le componen. Ya hemos visto en parte, y conoceremos mejor en el curso de este libro, el modo con que debe proceder el filólogo en sus investigaciones, y lo que puede ser objeto de éstas.

Es opinión, o mejor dicho, preocupación dominante en algunos círculos literarios, que la filología no tiene importancia especial, o porque sus resultados no son tales ni tan grandes como se les supone, o porque faltando en ella principios fijos y fundamentales, no presenta seguridad en sus datos. Los que esto afirman son de aquellos que opinan y juzgan, con autoridad propia, de las cosas sin conocerlas, o que establecen como única norma y móvil de sus acciones lo materialmente útil; la ciencia, por consiguiente, pierde poco con sus votos. La filología general es una ciencia histórica; sus datos son hechos; sus principios y leyes fundamentales están tomados de la experiencia; su aplicación es universalísima, pues de ella se han de valer todas las ciencias y artes para estudiar los adelantos de los pueblos, especialmente antiguos, en todos los ramos del saber; y por lo tanto, sus resultados son grandiosos, ciertos y basados en la sana crítica. ¡Sin la filología y la lingüística, las ciencias y artes de los pueblos antiguos orientales serían para los modernos escombros y ruinas!

- IV -

Método de la lingüística

Por lo expuesto en los artículos anteriores hemos podido convencernos de que todas las lenguas, mientras sirven o sirvieron al hombre de instrumento o medio para manifestar sus ideas, siguen el mismo camino que éstas. Los idiomas de aquellos pueblos que más se resistieron a admitir de fuera cosa alguna contraria a sus costumbres y creencias, no pudieron substraerse al común destino. Lenguas en que, por su sistema de escritura, todo cambio verificado en un sonido lleva consigo el de la palabra, no tuvieron medios para oponerse al impetuoso torrente de ideas, que puestas en perpetuo movimiento, las arrastraba

en su marcha, diferenciándose el resto el lenguaje de la naturaleza, la cual siempre se mueve en un mismo círculo; aquél es progresivo como el espíritu, mostrando constantemente cosas nuevas; ésta carece de historia porque es invariable en sus producciones cuando la mano del hombre no obra en ellas.

De las indicaciones hechas anteriormente sobre los objetos que deben ocupar al lingüista en sus investigaciones, resulta que el método y resultados de una ciencia cuyo carácter es histórico; que aspira a comprender y conocer la naturaleza, oficio y origen del lenguaje, estudiando su desarrollo; trazando los cambios que ha sufrido al pasar de una generación a otra -de una raza a otra, -dependen del número y valor de los hechos con que esas variaciones históricas puedan comprobarse. El estudio analítico de un idioma podrá suministrarnos pruebas inequívocas de su desenvolvimiento, pero nos quedarán puntos desconocidos u oscuros en la vida de la lengua, que sólo se explicarán por medio de la comparación de los dialectos antiguos con los modernos. Esto se comprenderá fácilmente si se atiende a que cada dialecto, al separarse de la madre común, conserva una porción de la herencia primitiva; es decir, de los elementos que formaban aquélla. La comparación de las formas, semejantes en todos, nos lleva al conocimiento de la primaria que las dio origen. Una falta, irremediable hasta cierto punto, es la carencia de documentos antiguos; pues la literatura de muchos de estos dialectos se reduce a fragmentos de traducciones bíblicas, o a un pequeño número de canciones nacionales.

El término hasta donde podremos llegar en la historia de una familia lingüística por la comparación de dialectos contemporáneos, varía según el grado de relación o parentesco que les una, y la antigüedad de sus formas: dialectos más antiguos nos presentarán mejor la estructura del idioma primitivo. Cuando conozcamos éste, como en los idiomas neo-latinos, nos será fácil determinar las leyes que rigieron a su formación y desenvolvimiento histórico, con mayor precisión y certidumbre que lo hiciéramos si, faltándonos tal punto de partida, hubiésemos de restaurar sus formas, y en general su estructura, solamente por comparación y deducción.

Allí donde se haya conservado un conjunto de dialectos antiguos y modernos, habrá menos dificultad en reconstruir el edificio de la lengua madre que les dio ser; pues todos conservarán elementos que les fueron propios, a distancias diferentes del manantial, los cuales nos marcarán la dirección de las corrientes dialectales, hasta que los veamos converger en el punto de donde partieron.

Tal ventaja en la gran familia indo-europea, cuyo desarrollo, crecimiento y ramificaciones ocupan un período de más de cuatro mil años; y la variedad de fases, aspectos y formas que presentan sus numerosos dialectos han dado al filólogo una idea de los procedimientos que otras familias, en las que faltan datos de esta especie, pudieron seguir en su desenvolvimiento y ramificación; esta sola circunstancia bastaría para dar a nuestra familia una importancia sobresaliente en la filología, y por eso será siempre objeto privilegiado de investigaciones lingüísticas, y punto de partida en ellas.

Comúnmente se estudia la lengua patria por rutina, y sin darnos conciencia de los fenómenos que en ella observamos. Al hacer investigaciones sobre otro idioma, se nos presentan las diferencias que le separan del propio, y sometemos también éste a nuestro

examen. Quien no conoce alguna lengua extraña parece como si nada supiera de la propia; porque el estudio que hacemos de aquéllas despierta en nuestro espíritu la conciencia de los fenómenos observados en ésta.

La historia de la filología nos enseña que los verdaderos trabajos gramaticales sobre un idioma principian cuando muere para el uso del pueblo. Los griegos apenas dejaron trabajo alguno sobre la lengua que no fuese un interés de la filosofía; sus obras gramaticales son muy posteriores al período de la literatura clásica, cuando ya sus producciones eran tratadas como cosa extraña y habían caído bajo el dominio de la crítica y de la explicación científica; casi lo mismo pudiera asegurarse de los indios, únicos entre los antiguos que en este punto hacen excepción; porque los romanos, sabido es que no tuvieron aquí trabajos propios, y sí sólo imitaciones o productos de los griegos. (Véase art. XIII.)

El método seguido en el estudio de las lenguas ha de ser tal que conduzca al fin; si no es acertada la elección de medios, los resultados no serán satisfactorios. El que proponga hablar y escribir un idioma con facilidad y corrección ha de darle en su espíritu una existencia igual a la que tiene la lengua patria; cosa que de ninguna manera es imposible. La naturaleza del hombre es una; idénticas en todos sus facultades intelectuales; el mismo esencialmente el espíritu que les anima; y siendo el lenguaje la expresión del espíritu que piensa, cualquiera lengua podrá servir para ese fin, y aun dos o más al mismo tiempo, aunque afirmen lo contrario algunos frenólogos y filólogos modernos; cierto es que la lengua patria adquiere un predominio sobre el espíritu superior a cualquiera otra.

Inútil sería aplicar un método científico para aprender a hablar lenguas modernas, pues no es necesario ni importa en este caso saber las causas de los fenómenos gramaticales, y sí los hechos mismos; es decir, práctica dispuesta como aplicación de una sencilla teoría, nos llevará rápidamente al objeto apetecido, mientras que discusiones filosóficas y aun simples raciocinios nos apartarán del mismo.

Con razón se puede calificar de absurdo el parecer de aquellos que opinan ser la mera práctica medio suficiente y adecuado para aprender un idioma, esto puede hacer el niño que dedica largos años a ese único fin, cuando sus facultades superiores, abstraídas en la obra de su desenvolvimiento, no le dan lugar a reflexión, y es incapaz de teoría.

Práctica y teoría se ayudan mutuamente y simplifican el trabajo de la inteligencia, puesto que la primera es confirmación de la segunda, y como el sello que la fija y da solidez en la memoria; la teoría nos enseña los principios que constituyen el mecanismo gramatical del idioma, y en ella debe presentarse un claro y sencillo bosquejo de su estructura, puesto que este conocimiento será la base de todos los ulteriores que intentemos adquirir del mismo. Pero este conjunto de reglas es sólo el armazón o esqueleto del edificio, que debe completarse y terminarse por medio de la práctica, de la cual el todo recibirá perfección y embellecimiento tales, que, despertando en nuestro espíritu una simpatía parecida a la que sentimos hacia el idioma patrio, hagamos uso de lo aprendido como de cosa propia y cual si no fuese recibido de fuera, con naturalidad y sin conciencia de las reglas que nos sirvieron de medio para llegar a ese resultado. Porque, si bien la teoría es y debe ser el principio y fundamento de todo género de estudios, y por lo tanto del lingüístico, pero cuando el espíritu conoce el ser verdadero de la lengua, los elementos que

la constituyen, su naturaleza, y el uso de cada uno de ellos, se sirve de la lengua sin el auxilio de las reglas, porque la reflexión sobre las mismas es entonces un impedimento al ejercicio de lo adquirido por su medio.

El fin a que aspiramos en el estudio de las lenguas sabias no difiere en lo esencial del que hemos indicado en las líneas precedentes con respecto a las modernas; penetrar en el sentido de los clásicos, saborear sus producciones, y sacar de ellas los materiales que nos ofrezcan en su aplicación a los demás ramos del saber. Imitar a Cicerón y componer como Virgilio es un fin secundario y de poca utilidad, atendido el estado de las lenguas en que esos genios escribieron; más sublime ha de ser el objeto y fin a que aspiren el verdadero lingüista y filólogo, según por lo dicho anteriormente se comprende, y veremos mejor en el curso de estos artículos.

Toda investigación que pretendamos hacer sobre las producciones literarias de un pueblo presupone el conocimiento de su lengua; intentar lo primero sin poseer el segundo, es querer penetrar en una habitación cerrada sin medios para abrirse paso. Ahora bien; los elementos esenciales en la estructura gramatical de todo idioma son idénticos; un sistema de sonidos más o menos complicado, partes de la proposición en las que se designan sus relaciones por medio de flexión o cosa que haga sus veces, y una sintaxis, que corresponderá en desarrollo a la analogía, cuya aplicación sistemática es siendo lo esencial de todo sistema idéntico, llegaremos a comprenderle por medios semejantes, con pequeñas variaciones accidentales, consecuencia de la diversidad del fin.

Aquí, como en los idiomas modernos, dará más rápidos y mejores resultados el método teórico-práctico; pero el material que constituya la práctica estará en armonía con el objeto que nos proponemos en su estudio; allí la tomaremos de la vida ordinaria, puesto que intentamos hacer uso de la lengua en la conversación y trato común; aquí los ejemplos deberán ser textos escogidos de los autores clásicos más acreditados, cuyas obras serán después objeto exclusivo de nuestra observación.

Pero allí completaba la enseñanza el comercio con los demás; el pueblo era nuestro segundo maestro; aquí lo harán los clásicos, en cuyas producciones literarias vive únicamente la lengua. Allí, luego que el idioma adquiría en nuestro espíritu una existencia independiente, abandonábamos la teoría, como impedimento al uso de aquél; en los segundos no debemos jamás perder de vista los preceptos en que se fundan los fenómenos de la lengua, porque su conocimiento es medio para adquirir el de aquélla, y a la vez fin de nuestras investigaciones. Del estudio de los clásicos saca el lingüista nuevas leyes, valiéndose de las ya conocidas, o rectifica la aplicación inexacta de otras, reconstruyendo y aun embelleciendo el edificio gramatical, principio y fundamento de todas las investigaciones y estudios filológicos.

A tres pueden reducirse los métodos seguidos en el estudio de lenguas clásicas o sabias, los cuales por los procedimientos empleados pueden llamarse científicos, pero cuyos resultados son tan distintos como los principios en que se fundan. El 1.º, racional (subjetivo), da origen a la gramática racionada; el 2.º, histórico (objetivo), de donde viene el nombre de gramática histórica; 3.º, el filosófico (real), que corresponde a lo que se llama gramática filosófica.

Síguese el primer método cuando uno se propone explicar, establecer y ordenar sistemáticamente las reglas gramaticales, obedeciendo como principio directivo en esta sistematización al entendimiento propio o del gramático que raciocina sobre las reglas por él establecidas. Éstas, fundadas en la razón subjetiva del mismo, y no en la naturaleza de la lengua o hechos sacados de la práctica y comprobados con frecuentes observaciones, están a veces en contradicción evidente con el uso. De aquí nacieron disputas entre las escuelas griegas, a cuya cabeza aparecen Aristarco y Krates, de los que el primero explicaba los fenómenos gramaticales de la lengua tomando como base la razón o analogía; el segundo la anomalía. Notorias son también las cuestiones tan frecuentes y acalorados debates que se suscitaron sin término entre los gramáticos árabes sobre el régimen de algunas palabras y otros puntos de sintaxis y aun de etimología, nacidos en parte del punto de vista subjetivo bajo el cual apreciaban los fenómenos gramaticales.

El raciocinio del gramático no puede ser arbitrario, porque encuentra un límite en el uso; pero no logrará presentar con exactitud el verdadero organismo del idioma, porque busca fuera lo que sólo en la misma lengua puede encontrarse: la causa de dichos fenómenos.

Este método siguieron los antiguos, quienes por eso hicieron tan pocos adelantos en la filología. No investigando la lengua en ella misma, apenas resulta más que una gramática universal abstracta, a la que todos los idiomas pudieran acomodarse; un esqueleto al que falta vida individual; a veces una lengua fantástica, en la cual particularidades reales o positivas son una parte secundaria, predominando las generalidades; un conjunto de reglas sin enlace, que son la norma según la cual han de regirse las formas gramaticales y sintaxis; todo lo que no se acomode a esa norma se mete de la manera más cómoda posible en los recipientes universales, que se ha dado en llamar figuras, pleonismo, elipsis y enalaje!!

Las desventajas de un tal método son evidentes; la gramática es una ciencia práctica, cuyo fundamento son los clásicos, y la crítica racional ha de partir del estudio de los mismos, sobre todo cuando se proponga reformar abusos parciales; y puesto que sólo en las producciones que nos dejaron aquéllos tiene existencia el idioma, en ellas, y sólo en ellas, podemos buscar los principios que daban vida a su organismo.

Al estudio subjetivo de la gramática racionada, que tiránicamente se atribuye el derecho de reformar la lengua, negándosele al uso del pueblo, verdadero maestro y dueño del lenguaje, se opone el histórico, que parte de la vida natural del idioma, manifestada en su desenvolvimiento sucesivo. La lengua tiene historia, como el hombre, y no se comprenderá su naturaleza y ser esencial si se estudia sólo en una época determinada; siendo la forma exterior que en ésta nos presenta, modificación de la que tuvo en tiempos anteriores, es preciso la estudiemos como es y como ha sido, para deducir de la comparación su verdadero ser y carácter. Allí donde encontremos variedad, junto con cierta relación de semejanza, podemos establecer comparación; y como los cambios realizados en la lengua no afectan a su naturaleza esencial, siendo sólo accidentales, hay en ellas una casa variable y otra permanente en íntima relación y enlace; el estudio histórico nos lleva, pues, como de la mano al comparado, y es en realidad el mismo, aplicado a un círculo más extenso, porque estudiamos varias lenguas a la vez.

Hemos visto cómo una lengua, en el curso de su desarrollo histórico, puede dividirse en varias ramas, que cuanto más se separan del tronco común, se hacen en su existencia más libres o independientes; al retroceder en nuestras investigaciones, y acercarnos a la fuente de que procedieron, encontramos en ellas analogías y semejanzas más notables; de modo que, si no conociésemos el idioma primitivo que les dio origen, llegaremos a un punto en que, si bien de un modo incompleto, podremos entresacar los elementos comunes a todos los individuos, y con ellos reconstruirle. Por desgracia, careciendo algunas o la mayor parte de estas lenguas secundarias de literatura, sólo nos son conocidas bajo la forma que tienen hoy, o que tuvieron en una época anterior, en la cual murieron, y de la que nos quedan acaso restos literarios; siéndonos, por lo tanto, imposible llegar hasta el punto en que todas deben fundirse en una. En la familia privilegiada indoeuropea se ha hecho un ensayo, que promete buenos resultados, para reconstruir el idioma primitivo.

La gramática comparativa saca a las lenguas del estado de aislamiento en que ordinariamente las estudiamos, presentándolas en la relación mutua y activa que corresponde a miembros de una misma familia, y expone esa relación y dependencia en sistemas genealógicos. Considerando a las lenguas bajo el punto de vista histórico, podemos formar una Gramática universal, -o sea Gramática-histórico-comparada, -muy diferente de la sacada por el método razonado que obtiene esa universalidad, haciendo abstracción de toda particularidad, mientras que aquí se abrazan los caracteres de las lenguas que, sin dejar de ser individuales, son comunes, para formar de ellos un todo organizado, pero compuesto de partes idénticas unas, y sólo análogas otras.

Creo inútil ponderar aquí las ventajas de un estudio cuyos resultados positivos veremos prácticamente en los artículos siguientes.

Si el naturalista examina y analiza los miembros que componen el organismo de un solo animal, explicará las funciones de cada uno y aun su dependencia mutua, mas no conocerá a fondo la naturaleza de dicho animal, y menos su relación para con los demás de la especie; para esto necesita comparar su organismo con el de otros de la misma familia, etc. He aquí el camino que debe seguir el lingüista. Los idiomas se desarrollan en o por sí mismos, y en relación con los demás; querer, pues, conocer el carácter y forma de una lengua en los diferentes períodos de su desenvolvimiento histórico, o en uno dado, sin tornar en cuenta las que durante ese tiempo hayan podido ejercer alguna influencia sobre ella, es tan absurdo como intentar escribir la historia de un pueblo, sin mencionar los que han estado con él en continua relación y comercio; por eso del estudio de un idioma aislado sólo sacamos utilidad individual.

La filosofía tiene por objeto examinar las leyes según las cuales se verifican, en circunstancias dadas, ciertos fenómenos; lo esencial y necesario en los objetos reales, y comprender la totalidad de hechos estudiados, dentro de un sistema regido por preceptos especiales. El lenguaje tiene también su filosofía, la cual toma en cierto modo sus principios de los dos métodos que acabamos de indicar, colectivamente considerados. La investigación subjetiva, sin embargo, recibe un carácter más universal; y la histórica no solamente mira en los hechos una serie de fenómenos, sino que estudia su significación, su enlace y las causas que han producido el desarrollo de la lengua; estúdiase en ésta lo que es, lo que debe ser, y por qué es así, y no de otra manera; los resultados obtenidos por el

gramático histórico son el fundamento sobre que edifica el filósofo, siendo, por consiguiente, imposible comprender la filosofía de la lengua antes de conocer su mecanismo y estructura gramatical, en cuyo estudio toda discusión filosófica es inútil y perjudicial, según hemos dicho anteriormente. El filósofo considera el desarrollo de los idiomas como consecuencia necesaria de la idea y naturaleza del lenguaje, de su relación con las facultades intelectuales del hombre en general, y con el tiempo y nación que es objeto de su estudio, en especial. Abraza todas las particularidades que les caracterizan, no por examinar sus detalles, sino en cuanto tienen relación con la idea general del lenguaje.

La gramática comparada parte de la pluralidad de lenguas, y de sus caracteres aspira a formar una unidad. La filosofía se funda en la idea del lenguaje y deduce de ella la pluralidad, como consecuencia de esa misma idea, que se realiza en cada lengua. El objeto no puede ser contrario a la idea que le representa, y por eso ha de estudiarse la naturaleza del lenguaje en el hombre y en la lengua. Cuando la mirada, aguda del filósofo y lingüista haya penetrado en lo profundo del espíritu del uno y en el ser verdadero de la otra, podremos acaso responder a las preguntas: ¿Qué es el lenguaje? y ¿Cuál fue el origen del mismo?

- V -

Caracteres de animales de las lenguas. - Clasificación

Antes de presentar la clasificación de las lenguas, expondremos brevemente algunos de sus caracteres generales, y los principios que deben servir de fundamento a aquélla.

Las causas que contribuyen a metamorfosear el lenguaje son varias, y ya hemos visto que sus diferencias están en conformidad con las que distinguen a los pueblos. Mas siendo la naturaleza y facultades de éstos esencialmente idénticas, no pueden ser único origen de esa infinita variedad que encontramos en el horizonte del lenguaje; existen efectivamente otros motivos, cuya enumeración, en parte, queda hecha anteriormente. Atendida la multitud de lenguas que con el hombre pueblan la superficie de la tierra, sería imposible formar de ellas un cuerpo coordinado, y hacerlas objeto de investigaciones científicas, sin dividir las en el menor número de grupos posible. Mas para esto es preciso sepamos las diferencias y analogías que separan y unen cada una de ellas con las demás.

La relación entre el sonido y la idea que representa es sólo relativa; diversos sonidos pueden designar la misma idea, como distintos conceptos son expresados por sonidos idénticos (lat. laus, alem. laus). Algunos consideran el sistema de sonidos como uno de los caracteres que más distinguen un idioma, llegando a decir Humboldt que el sonido hace la lengua. Es cierto que ejerce una influencia poderosa sobre todos los fenómenos lingüísticos, y principalmente sobre la estructura gramatical; a los cambios eufónicos deben algunos idiomas semíticos gran parte de su flexión, y los indoeuropeos, sanskrit y griego esa armonía característica; pero no está aquí la esencia del lenguaje; pues en este caso, semejanza en los sonidos la supondría en los idiomas, cosa que no siempre tiene lugar.

Los sonidos que designan sensaciones, y en parte los onomatopéuticos, son próximamente los mismos en todos los idiomas; pero siendo la expresión de la vida animal, o imitación de la naturaleza, tales sonidos no indican parentesco, por lo menos en el sentido que aquí le tomamos.

Al dar nombre a un objeto púdose escoger aquel que designase a la vez alguna de sus cualidades sobresalientes; mas como éstas son o pueden ser distintas, cada pueblo expresó un mismo ser con nombre diferente, y aun en una misma lengua recibió diversas denominaciones; y aunque esto fuese sólo una suposición, importa tenerla en cuenta en las investigaciones etimológicas.

Tres factores existen reunidos en una palabra: la representación, que excita en nosotros, del objeto; cualidad o signo característico que despertó esa representación, y sirvió de guía al determinar la palabra; y sonido que puede estar o no en armonía con dicha cualidad.

Perdido el conocimiento de las circunstancias que sirvieron de base al nombre dado a un objeto, sólo nos queda el sonido material para determinar su derivación etimológica; mas éste engaña, si sólo se atiende al exterior: el alem. auge (ojo) nada tiene que ver con el gr. auge, y son idénticos en cuanto a la forma exterior; así la terminación o de la segunda declinación latina se creería una, si no supiésemos, por los idiomas con ella relacionados, que son dos, + populoi- populod = populo, por pérdida del último elemento.

En la construcción gramatical se funda la diferencia esencial de idiomas; y su semejanza, acompañada de uniformidad en la manera de expresar las relaciones gramaticales, indica evidentemente parentesco; el sistema gramatical representa la manera de pensar del pueblo, y ambas formas son correlativas, aunque no siempre concuerdan; hay pueblos que han alcanzado un grado de cultura elevado, y no desarrollaron su idioma hasta el punto que otros, cuya civilización es inferior. El parentesco de razas no supone el de lenguas, porque sabido es que el cambio de ideas, comercio, guerras, emigraciones, etc., ocasionan en la lengua variaciones que afectan esencialmente a su forma exterior; así los pueblos de la raza caucásica, finlandés y húngaro, hablan lenguas pertenecientes a la mogólica; muchas tribus eslavas se alemanizaron, mientras que las alemanas en Italia, España y Francia se romanizaron por completo; y los negros de Hayty han recibido la lengua francesa, como muchos otros pueblos del nuevo continente la española.

Raíces o formas gramaticales, sufren cambios notables en el sonido, como ya hemos visto en el artículo anterior. Del mismo género son los cambios que afectan a la significación primitiva: así sanskr., plu (fluere), gr., plu, pleô, etc., navegar, nadar; polaco, plynac, id. = lat., pluit, llover; de donde vienen fluo, flos; alem., fluth, onda; blut, sangre; blume, flor, etc. Una palabra de igual derivación etimológica puede expresar diversos objetos: sanskr., vrika; zend, vehrka; godo, vulfs; alem., wolf, lobo, y lat., vulpes, zorra. Algunas raíces se conservan sólo en derivados en unas lenguas, debiendo acudir a otras para explicar su etimología: bräutigam = ant. alem., prutigomo, de gomo, =godo, guma, =homo, que ya no se conoce en el alemán.

La identidad de raíces es de los signos más seguros de parentesco; entiéndese de la mayor parte y de aquellas que representan ideas íntimamente relacionadas con el espíritu y como inseparables de él; o de objetos que, por ser más necesarios al hombre, debió de poseer en todo tiempo, como sus miembros, utensilios, casa y animales domésticos, etc.; no debe deducirse lo mismo por la conformidad casual de algunas palabras aisladas, que pueden muy bien no pertenecer al idioma.

Según acabamos de ver, pueden ser idénticas raíces muy diferentes en su forma exterior o de sonido; los cambios fonéticos varían aquélla, sin quitarla su relación: así el alem. auge, ojo, no tiene etimológicamente nada común con el gr. auge, luz, y es idéntico con ofzalmos, = oculus (por el cambio ordinario de k en p); godo, augô; litánico, akis; sanskr., akshi. Estos cambios fonéticos son seguros, por presentarse rara vez aislados; generalmente siguen varias voces la misma analogía.

La raíz en los idiomas indo-europeos, que es comúnmente monosílaba, no debe buscarse siempre en las formas principales, a menudo se hallará en una derivada o secundaria; el gr. leipô, dejo, raíz lip, del aor. 2.º, èlipon; lambanô, tomo; r. lab, de élabon; alemán, geben, dar, raíz gab, pret.; beissem, morder, r. biss. Es el elemento más simple a que puede reducirse la palabra, y por lo general no contendrá vocal larga o diptongo. Si a la identidad de raíces acompaña uniformidad en la construcción, el parentesco es más próximo en las lenguas, y su separación de la primitiva debió de tener lugar cuando ésta se encontraba en un período avanzado de desarrollo.

La lengua es un organismo, aunque no subsista independiente, siendo su espíritu vivificador el del hombre; y su carácter resulta de la unión y dependencia de sus elementos, que son como miembros inseparables de un cuerpo organizado; la sintaxis, por consiguiente, nos presenta el diseño del carácter de una lengua al mostrar la relación en que están las partes que la componen; las obras literarias, en sus diferentes períodos y formas, completarán el cuadro; mas para apreciar y comprender todos los detalles de ese cuadro, es necesario descontar la influencia que agentes exteriores hayan tenido al darle forma. Estas numerosas y variadas causas son otras tantas dificultades con que tropieza el lingüista al establecer los caracteres distintivos de las lenguas.

El sistema de sonidos y su empleo caracterizan a las familias y a sus individuos. Los idiomas semíticos colocan las vocales libres e independientes de las consonantes; en los indo-europeos unas y otras son inseparables al formar un sonido significativo. Entre éstos, los más antiguos son también más ricos en sonidos, ocupando el primer lugar zend, sanskrit y griego; al latín faltan ya las aspiradas. En muchos predomina un género de sonidos: en italiano, las vocales; franc., las nasales; alem., linguales y dentales; y eslavo, palatales; los semitas gustan de las guturales.

El principio eufónico es la norma que siguen en la formación unos, italiano, y el lógico o de significación otros, alemán; griego y español uniendo ambos principios, reciben esa armonía majestuosa que les caracteriza. De los estudios hechos acerca de la relación de vocales a consonantes, de las vocales entre sí y de las consonantes, resulta que en italiano vienen 11 o 12 consonantes para 10 vocales; de las consonantes, l, m, n, r, s, c, ch, d, p, t, son más frecuentes, y de las vocales, u es de raro empleo; de modo que es la lengua musical

por excelencia, pero resulta afeminada. Un carácter opuesto nos presenta el alemán, en el cual la relación de consonantes a vocales es como 9 a 5 (dobles consonantes!!); esto, junto con el empleo frecuente de la aspirada h y de la ch (j) y amontonamiento de consonantes de pronunciación desagradable, produce sonidos insoportables al neolatino; como: -schlucht, sprichst, pfropfen, schlüpfrig, schlupfwinkel, standst, etc., etc. La e tiene un empleo casi tan frecuente como todas las demás vocales juntas.

El griego distribuye los sonidos más armoniosamente aún que el español, debido a sus reglas eufónicas; es acaso más sonoro que el sanskrit, en donde las vocales no guardan proporción, predominando la a; pero en la combinación de consonantes muestra éste un sentimiento más delicado y fino que el primero. Latín es rígido, y permite combinaciones ásperas, mirando a obtener fuerza y plenitud en el sonido; evita en lo posible los diptongos y aspiraciones, ocupando un término medio entre los idiomas germánicos (godo) y el griego, que en virtud de su flexibilidad asimila y funde los sonidos desagradables en un todo bello y sonoro.

Otro carácter, no menos importante que los anteriores, resulta de las reglas de cantidad y acentos, ya sea que guarden armonía, o que el acento prepondere; unos -atendiendo a la significación- le cargan sobre la sílaba de la raíz (alemán); en otros guarda relación con la cantidad, como en los idiomas neolatinos. El latín no tiene oxítonos en conformidad con su pronunciación sosegada y contenida, mientras que el griego recibe de ellos viveza y rapidez; el mismo paralelo puede hacerse entre italiano (con muy pocos oxítonos) y francés. El inglés acentúa las palabras de origen romano en las primeras sílabas, siguiendo en las alemanas el principio común al grupo germánico.

Las opiniones que dominan a un pueblo se manifiestan en la lengua, la cual toma de ellas un carácter especial. El idioma de un pueblo marítimo por naturaleza nadará en expresiones relativas a esta profesión, el filosófico, que penetra en las profundidades del espíritu, dejará estampado en la lengua su carácter especulativo; y el industrial, que permanece en la esfera de lo inteligible, -útil- y eficaz para la obtención de un objeto determinado, no se cuidará de crear términos que designen ideas abstractas o metafísicas. Así vemos que el sanskrit es rico, cual ningún otro idioma, en palabras que expresan objetos y conceptos religioso-filosóficos, llevando la lengua el sello de la consideración, reflexión, amor a la carta sacerdotal y aspiración a unirse con la divinidad, cualidades características de este admirable pueblo.

El latín es rico en expresiones, que se refieren al derecho y a la vida civil y militar; pobre, por el contrario, en palabras que designen conceptos filosóficos (abstractos), los cuales, con los poéticos, constituyen la principal riqueza del alemán. Éste es más universal y vago en sus ideas, y a pesar de su riqueza inagotable, son muchas de sus palabras susceptibles de las significaciones más opuestas, cosa en general oídiosa al neolatino, amante de la precisión unida a la concisión.

Éste expresa con facilidad sensaciones y sentimientos finos, hablando directamente al corazón; aquél ama las ideas profundas, y se dirige al entendimiento; carácter que penetra hasta su rica y preciosa poesía. Verstand y vernunft abrazan más que entendimiento y razón; y geistreich o geistvoll son más expresivos que ingenioso. Begriff, vorstellung, idee,

corresponden exactamente a concepto, representación, idea (begriff es también idea), pero tiefsinn no encuentra semejante (acaso sublimidad de ingenio), y gemüth apenas tendrá correspondiente en alguno de los idiomas neolatinos, lo mismo sehensucht.

El poeta puede aprovechar esta generalidad en la significación con grande efecto, desarrollando, por medio de una sola expresión, un cuadro completo, y despertando las simpatías y sensaciones que desea; mas desde luego se concibe ser inmensas las desventajas que esa vaguedad trae consigo.

Los caracteres exteriores, -la forma- es la base más segura sobre que podemos fundar una clasificación. Toda lengua se compone de raíces o elementos indisolubles, distintos de la palabra, que supone ya una relación determinada. Un signo característico para distinguir los idiomas, nos ofrece la manera de expresar esas relaciones en la raíz. Aquellas lenguas en que la palabra tiene una sola forma, y se compone, por consiguiente, de elementos invariables, no hacen distinción entre palabra y raíz, desempeñando ésta (el elemento invariable) las veces de sustantivo, adjetivo, verbo, adverbio, etc. Estas lenguas constituyen la primera clase, y reciben de la naturaleza de sus palabras el nombre de monosilábicas. Si las relaciones gramaticales se expresan por medio de elementos distintos de la raíz, con la cual se unen, resulta otra clase de idiomas. La raíz queda también aquí invariable; pero se la yuxtaponen (inmediatamente) otros sonidos que designan las relaciones en que se la coloca, generalmente afijos o prefijos, que en algún tiempo existieron como palabras significativas. De la unión débil que se verifica entre la raíz, y ese elemento formativo que la determina, han tomado el nombre de lenguas aglutinantes (de aglutinación).

Queda otro tercer medio, y es hacer que los dos elementos, raíz y partícula formativa, se fundan o combinen en uno solo para constituir una unidad, y de tal modo, que ninguna de las partes pueda existir separada de la otra, formando juntas un organismo. Es el grado más bello y elevado que puede alcanzar el lenguaje en su desarrollo, y los idiomas aquí comprendidos se llaman lenguas de flexión, y forman la tercera y última clase. Varias causas, que veremos después, hacen que se las divida en dos grandes grupos, indo-europeo y semítico. Ambas denominaciones son inexactas. La de semítico, por existir lenguas pertenecientes a este grupo, habladas por pueblos que no descienden de Sem, como los etíopes. La de indo-europeo, porque designando la extensión que comprende, se incluyen idiomas de otra clase, como el húngaro o magiar, etc. El nombre indo-germánico, que recibió primero, es aun más impropio, por excluir o expresar con impropiedad lenguas legítimamente incluidas en el grupo, como los celtas y pueblos neolatinos. A falta de otro nombre más adecuado, las llamaremos lenguas indo-europeas.

Para mayor claridad, las ordenamos en la siguiente

CLASIFICACIÓN

I. Lenguas monosilábicas.

1.º, chino. 2.º, Lenguas transgangéticas, o sea a., siamés, b., birmanés; c., lenguas de la Conchinchina y de Annam; d., telinga; e., de Camboya. 3.º Lengua del Tibet (monosilábica, pero con afirmativos y pref.).

II. Lenguas de aglutinación, ural-altáicas o tatáricas.

1.º Tatáricas: a, propiamente dichas; tunguso, manchu, mogol, turco; b, finlandés propiamente dicho; estnico, lapon, ingrigo, cheremiso, ugrico, ostiaco, vogul, magiar, o húngaro, samoyedo, mordvinico y permico.

2.º Familia caucásica: a, ibero, geórgico, mingrelío, laso, suano, cherkeso, abjásico, b, medio caucásico.

3.º Familia del Norte de Asia: lenguas de los yukagiros, koryacos, de kamtchaka, de las kuriles.

4.º Familia del Decan: Tamil, Telugu o Telinga, Canarés, Malayam, Singalés.

5.º Familia malaya o polinesia, kavi, etc.

6.º Lenguas africanas, con muchísimos dialectos.

III. Lenguas de intercalación.

1.º Americanas: lengua de los iroqueses, de Groënlandia, etc.

2.º Vascuence.

IV. Lenguas de flexión.

1.º Indo-europeas: sanskrit, zend, griego, zelta, latín, con gran número de lenguas secundarias y dialectos.- Lético, litáuico, prusiano, eslavo, ruso, polaco, servio, godo, sueco, danés, alemán, frisón, holandés, inglés, con lenguas secundarias y dialectos.

2.º Semíticas: arameo, caldeo, siríaco, árabe, etíope, hebreo, asirio, pehlevi (?).

La tercera clase es una subdivisión de la segunda, y puede incluirse en ella o darla separada; esto contribuye a la claridad.

Los caracteres que se tienen en cuenta para dividir todos los idiomas en tres o cuatro clases son, como se ve, universalísimos, y compatibles con una diferencia completa en cuanto al sonido. Este, junto con los demás signos indicados anteriormente, serán los medios de que nos valdremos para descubrir el parentesco de grupos, familias, ramas, dialectos, etc., y establecer la etnografía de las lenguas.

En el actual estado de la ciencia, toda clasificación será incierta y aun inexacta, porque de muchas familias sólo se conocen generalidades insuficientes para determinar los caracteres distintivos de un idioma, y asignarle el lugar que le corresponde en la clasificación: ésta sufrirá las modificaciones y cambios consiguientes, como todo lo que está sometido a las investigaciones de la inteligencia: uno de los dialectos de los antiguos persas, tenido hasta nuestros días por individuo de la familia Iranica, parece resultar de investigaciones más profundas, ser miembro de la semítica: el pehlevi.

Nadie duda ya de la insuficiencia y falta de fundamento científico de aquella clasificación, o mejor dicho aglomeración, en la cual se inscriben en una familia conocida bajo el nombre de Turania o Turánica un número extraordinario de lenguas de Asia, Europa, Oceanía y América, que si bien parecen estar caracterizadas por la aglutinación, más presentan en su estructura gramatical diferencias esenciales.

Si las quisiéramos clasificar por su importancia y rango, deberíamos colocar en el lugar preferente a la gran familia indo-europea, que ocupa el centro y Sur de Europa, con una parte considerable del Sur-Oeste de Asia, sin contar las colonias, que han invadido hasta los más escondidos rincones del globo, sirviendo de medios los más perfectos para manifestar y perpetuar los productos de su inteligencia a los pueblos civilizados y civilizadores antiguos y modernos.

Sigue luego la semítica, segunda en la historia, sólo inferior a la indo-europea, y que ha fijado sus tiendas en la Arabia y países comarcas de Asia y África.

Viene después la numerosa familia Escita, compuesta de miembros heterogéneos y que con dificultad podrán subsistir juntos, extendida desde la Noruega hasta el estrecho de Bering, ocupando además una buena porción del Asia central, y con avanzadas en el centro y Sur de Europa (húngaro y turco).

Preséntasenos inmediatamente la familia monosilábica, que parece destinada a pasar una vida aislada, como sus pueblos, el chino y los que ocupan los países Transgangéticos, pues apenas puede hallarse en ella un solo punto de contacto con alguna otra familia; y a ella siguen las tan riquísimas en dialectos malayo, polinesia y melanesia, que están en posesión de las islas del Océano Pacífico o Indio; detrás viene la hamítica, compuesta del egipcio y otros idiomas y dialectos del África del Norte, con la africana, que ocupa todo el centro y Sur de esa gran parte del antiguo mundo, y si atravesamos el Océano Atlántico hasta la república de la Plata, tropezamos con una familia más numerosa que todas las anteriores, pero menos conocida, la americana, que se extiende por todo el nuevo continente, desde el Océano Ártico al Antártico.

Lenguas aisladas hay, que no presentan afinidad verdadera o conocida con familia alguna, como el vascongado o vascuence, algunos dialectos del Norte de Asia, del Cáucaso (acaso el albanés), yenissei en la Siberia y etrusco en la Italia (extinguido).

El lingüista y filólogo Max Müller une las lenguas llamadas aglutinantes y las americanas en una sola familia por presentar todas, como en parte el vascuence, el mismo

carácter general de aglutinación, y compara sus tres familias con las tres condiciones o estados de la sociedad humana, patriarcal, nómada y político.

La clasificación que hemos hecho de las lenguas es sencilla, pero poco precisa. En ella no se indican siquiera los cambios de vocales que constituyen el principal carácter y medio de flexión en los idiomas semíticos: las modificaciones del tema en Katala, Kutila, Kátala no se explican por la unión verificada entre raíz y afijo o prefijo, porque éstos no existen en dichas formas, y aquélla es tan pura en Katala como en Kutila.

Por otra parte, se incluyen en una misma clase las indo-europeas y semíticas, cuya estructura gramatical nada tiene de común; y pudieran llamarse de flexión otras lenguas que, como el finlandés, son incluidas en la clase de aglutinantes: éstas a su vez, varían por completo en el material de sonidos y en la estructura gramatical; su única particularidad común es la que ha dado nombre a la familia monstruosa.

El grado de aglutinación es también muy diferente: entre el sencillo manchu, el turco, el vascuence, y las hasta el exceso aglomerativas lenguas de América: entre las lenguas tatáricas, que verifican la aglutinación por sufijos, y algunas del África (Malai), que lo hacen con prefijos, hay una distancia inmensa.

El término hasta donde puede extenderse la aglutinación para principiar la flexión se ha exagerado demasiado: según el raciocinio de algunos filólogos, tan yuxtapuesta es la terminación de ama-do como la del turco sev-meq (inf.), donde la vocal del sufijo (meq, maq) varía según la de la raíz, mientras que en los idiomas indo-europeos ésta es la modificada: allí hay subordinación del elemento inferior (sufijo) al superior (raíz); aquí lo contrario: el fin en ambas familias es idéntico, si bien en la nuestra se lleva a cabo con más perfección.

La circunstancia de admitir flexión o variedad de terminaciones en las voces, no supone absoluta perfección o superioridad de la lengua, que careciendo de ella puede ser un medio más conducente a las manifestaciones de nuestra inteligencia que otra con un sistema de flexión bien acabado; el espíritu del hombre hace cosas grandes y sublimes con instrumentos imperfectos. Morfológicamente hablando es el chino una de las lenguas menos a propósito para manifestar y perpetuar las producciones de la razón y de la inteligencia; pero el espíritu ilustrado de su pueblo ha sabido colocarla a una altura, que, según el juicio de Guillermo de Humboldt, Steinthal, Julien y otros filólogos concedores de ese idioma y su literatura, es comparable a la que han alcanzado las lenguas semíticas e indo-europeas.

El espíritu que natural y libremente trabaja en la formación, elaboración y progresos del lenguaje, deja impreso en él el carácter de sus inclinaciones, multiplicando los nombres de aquellos objetos que más ocupan sus facultades, y creando de este modo la forma interna de la lengua o sistema de categorías gramaticales, lo cual constituye principalmente su naturaleza psicológica, de la que es expresión la forma exterior.

La forma que tiene el contenido del pensamiento se manifiesta en la lengua, y en ésta podemos estudiar la mayor o menor elevación y profundidad de ideas de un pueblo. En el

contenido del pensamiento hay siempre algo formal, pero no todos los pueblos han sido capaces de expresar ese elemento (formal) en el lenguaje; por eso hay lenguas que carecen hasta de los medios más imperfectos y materiales de flexión. La forma de la lengua se manifiesta con especialidad en la construcción, la cual puede por esta razón guiarnos en las clasificaciones.

La palabra o raíz material jamás se confunde con los elementos que la dan forma, o se une inseparablemente con ellos; en este caso resulta la verdadera flexión; en el primero hay una mera yuxtaposición.

Ya hemos llamado la atención sobre la dificultad de establecer los límites en que termina la aglutinación y en que comienza la flexión; el finlandés participa notablemente de estos dos caracteres, y es como un término medio entre ambas clases; mientras que el egipcio, siendo lengua de flexión, presenta formas gramaticales tan imperfectas, que dan a aquélla el carácter de simple adición; así, pues, la yuxtaposición, adición y formación gramatical sólo se diferencian por la unión más o menos íntima de los elementos de la lengua, sin que pueda afirmarse que la una haya tenido origen en la otra.

Filólogos modernos de gran nota sostienen que en toda clasificación de lenguas ha de tomarse como punto de partida la relación entre lo material (sonido) y la forma, así como también la distinción que se hace en algunas familias entre nombre y verbo, distinción que, como veremos después, es desconocida en la mayor parte de las lenguas de que tenemos noticia.

Según esta doctrina se ha establecido la siguiente clasificación, acaso más lógica, pero mucho más confusa que la anterior.

Los idiomas transgangéticos no hacen distinción alguna gramatical, y son como los zoófitos de la filología; el tránsito de la naturaleza muda a la dotada de lenguaje. Igualmente que el chino, constan de puras raíces invariables, cuya categoría se distingue en ellas solamente por el lugar que ocupan en la oración; el chino tiene partículas que dan cierto enlace a las palabras. Las lenguas malayo-polinésicas principiaron la obra de flexión, pero no la llevaron a cabo. Entre las ural-altaicas, las finlandesas han alcanzado un grado de perfección y desarrollo poco inferior a las indo-europeas, si bien no llega a haber íntima unión entre los dos elementos de la palabra, careciendo además de preposiciones en el sentido indo-europeo, y predominando aún en la oración el nombre sobre el verbo, el cual viene a ser elemento secundario.

Las lenguas semíticas vivifican y organizan la palabra por medio de los cambios internos de vocales, pero no se encuentra en ellas el desarrollo y proporción de formas que caracterizan a las indo-europeas; éstas son la forma más sublime y perfecta que ha sabido dar el hombre al lenguaje.

Segunda parte

Caracteres distintivos de los principales idiomas

- VI -

LENGUAS MONOSILÁBICAS

Chino

Es la lengua más perfecta y más rica de las que componen la primera clase, y su importante literatura la ha hecho objeto de especial estudio para los europeos. En el presente artículo he procurado exponer las bellezas y caracteres de esta lengua singular con claridad y precisión, para lo cual he tenido presentes las principales obras gramaticales de los sinólogos franceses y alemanes.

En chino pueden distinguirse: a, dialectos vulgares antiguos y modernos; b, lengua culta moderna; c, lengua literal antigua; d, lengua literal moderna; sus diferencias no afectan esencialmente a la gramática, caracterizándoles algunas formas, modismos, giros, etc.

Ya hemos visto que sus elementos son invariables, como el pueblo que se sirve de ellos; no hay diferencia entre palabra y raíz; pi, significa igual, igualar, comparar, comparación y comparativamente. Al entrar como miembro de la proposición, pierde su carácter de raíz pura, pasando a ser elemento del discurso; mas en su forma exterior permanece idéntica. En los idiomas de flexión llega la raíz a ser palabra sin necesidad de estar en relación o dependencia: hom deja de ser raíz en homo.

Donde no hay palabra no puede haber sustantivo ni verbo, y faltando éstos no es posible declinación o conjugación.

Una lengua sin formas gramaticales parece incapaz de determinar el pensamiento; aquí se muestra la admirable estructura del lenguaje; medios los más sencillos producen resultados increíbles. El orden fijo e invariable que llevan las partes componentes de una

proposición nos dice con la mayor seguridad el oficio y significación de cada una, a lo que contribuyen de un modo secundario palabras auxiliares, ritmo y uso, etc.

El indio, griego, latino y alemán colocan sus palabras en la oración según el valor psicológico de las representaciones que en ellos excitan los objetos; es decir, según el interés; ponemos la palabra más importante allí donde nos parece que llamará más la atención. El romano podía decir patrem diligo o diligo patrem; el neo-latino ha perdido en gran parte esta libertad, y no diría bien al padre amo o le père j'aime; pero padre y père conservan su valor gramatical, distinguiendo el neo-latino entre nominativo y acusativo, porque se refiere a pater, patrem. El chino, que no tuvo jamás la idea de casos, debe valerse de otros medios; hemos dicho ser el orden uno de las principales, el cual en toda proposición es invariablemente el siguiente: sujeto, predicado, objeto, determinante antes del determinado, y regente antes del regido (complemento, objeto, etc.).

Al concebir un pensamiento le expresamos en una forma gramatical correspondiente a aquella en que le hemos concebido; en la frase filius diligit patrem, da el latino a cada palabra el valor que representa de objeto, predicado y sujeto. La lengua china, careciendo de toda forma gramatical, hace que la imaginación se represente lo que ella no ha expresado.

La palabra del idioma indo-europeo tiene, aun fuera de la proposición, una forma determinada de sustantivo, verbo, etc.; en chino el elemento del discurso no es por sí sujeto ni predicado, ni sustantivo ni verbo, pero encierra todo lo necesario para serlo en cuanto entre en relación gramatical sin sufrir modificación alguna, si bien solamente conserva tal carácter mientras permanece en esa relación; fuera de ella, vuelve a ser una raíz indeterminada y sin forma. Hyau expresa la idea general de piedad; hyau su si. Piedad (y) obediencia (es): sin so-si pu hyau sun hombre si no piadoso (y) obediente (es).

Según la regla de colocación, la primera palabra podrá ser atributo, sujeto y verbo, de lo que se origina alguna confusión para el principiante; pero ¿no existen indeterminaciones semejantes en nuestros idiomas? El discurso chino consta de raíces agrupadas de una manera fija, a cuya comprensión contribuye además el uso, que, como en todas las lenguas, est jus et norma loquendi. Conocimientos lexicográficos, familiaridad con el espíritu del pueblo y con la forma que da a sus pensamientos, ponen en estado de comprender una obra literaria. Hay además reglas por las que se determina la significación vaga de las partes del discurso, y hoy se emplean ya palabras de significación general, como partículas para designar las relaciones gramaticales, a manera de nuestras preposiciones.

El chino apenas puede expresar con una de sus raíces un concepto simple, como nosotros lo hacemos con una sola palabra: leer es para él inconcebible sin objeto que se lea. Varias raíces juntas forman una unidad designando un concepto: tsun hyau tsyei, fidelidad, piedad: kyai fan lin se (lit. calles, callejones, vecindad, casas), vecinos; ni ven vo ta (tú preguntar, yo responder), charlar.

Dos palabras con diferentes significaciones, en una de las cuales concuerdan, se emplean unidas con la significación común; tao, robar, alcanzar, etc., camino; lu, carro, rocío, etc., camino; tao lu, camino. Este medio es muy usado en la lengua vulgar para

especificar la significación. Expresiones concretas con valor opuesto pueden formar unidades abstractas; to, mucho; sao, poco; to-sao, cantidad. Semejantes son otros compuestos que designan una especie de seres animales, etc., como de hiung, hermano mayor; ti, hermano menor; hiung-ti, hermanos; y los nombres de seres pertenecientes al reino mineral, vegetal y animal, que se forman con el genérico y el específico.

Ambas palabras tienen a veces significación distinta, y de la composición resulta un concepto nuevo: çiang, conducir; kiun, ejército; çiang-kiun, general; chu, encarnado; sa, arena; chu-sa, cinabrio. Confundiéndose nombre y verbo en un solo elemento, no hay distinción de género, número, personas o tiempos, etc. Varios son los medios de suplir esta falta; algunos de ellos son comunes a otros idiomas. El género se designa por medio de palabras que significan hombre o mujer, etc.; nan-tse, varón niño, hijo, nin-tse, mujer niño, hija (cp. ingl. male, female, y alem. bock; hengst, stute, etc.).

La repetición de una raíz expresa duración, intensidad o repetición de la acción: en sustantivos, distribución; pi-pi-yen, cerrar fuertemente los ojos; sin-sin, cada hombre (cp. hebreo, îsh-îsh).

Otro medio de obtener claridad y precisión en esta lengua, en la que por sí todo es indeterminado, son las partículas y circunscripciones: de uso frecuente es ti, que puede colocarse entre el sustantivo y atributo, haciendo las veces de pronombre posesivo, relativo, adjetivo, partículas y adverbios; vo ti ma, mi caballo. Las oraciones se enlazan también por medio de partículas, aunque generalmente la colocación, entonación y ritmo indican muy bien el enlace. El ritmo (en prosa) consiste en que las partes del discurso (sujeto, objeto, etc.) consten del mismo número de raíces. Cada una de estas partes tiene su acento, el cual descansa o sobre la segunda raíz, o sobre la más importante: grupos de cuatro y cinco raíces llevan un acento secundario.

Para un solo concepto existen a menudo varios grupos y como cada grupo puede constar de dos o más raíces (hasta cinco) (?), resulta una riqueza considerable y gran variedad de estilos. Toda palabra china principia por consonante y termina en vocal simple o con nasal: le faltan algunos de nuestros sonidos, como b, d, r, etc.

La escritura es ideográfica con elementos fonéticos. En su origen se componía de figuras groseramente dibujadas, que representaban el objeto significado: ideas abstractas y metafísicas se representaban también simbólicamente. Después de varias modificaciones, pasaron las figuras a ser signos con el mismo valor que tenía la imagen de que procedieron; y para evitar la confusión que de semejantes signos debía resultar, se combinaron ambos elementos, el fonético e ideográfico. Ya hemos visto que muchos objetos se designan en chino, uniendo al nombre específico el del género: igual procedimiento se empleó en la escritura.

En la moderna, muchos signos se componen de dos elementos, uno de los cuales tiene valor fonético solamente, o indica la pronunciación del todo, y el otro expresa el objeto. Estos signos determinativos, fonéticos, están a veces ya compuestos de un monograma y otro signo fonético, pero al entrar en la nueva composición conservan sólo este último valor. (V. apénd. 3º)

Todo signo ideográfico puede emplearse como fonético, hecha abstracción de su significado; de otro modo sería imposible al chino transcribir palabras extranjeras, lo cual puede hacer en virtud de ese principio: ki-li-sse-tang, cristiano; Ki-li-sse-tang, Cristo; ing ki-li, inglés; las sílabas que forman esas palabras han perdido su valor ideográfico.

Los signos ascienden a 50.000! de los que el Diccionario Imperial contiene 30.000; mas para el estudio de la filología unos 15.000 son suficientes, y para comprender regularmente la lengua 5.000. El chino es amante de la brevedad, y omite todos los que no sean absolutamente necesarios para la inteligencia del contenido. En obras destinadas al pueblo, sin embargo, se vale de todos los medios mencionados para presentar la construcción gramatical clara y precisa. También puede y sabe variar de estilo según la diversidad de materias, no menos que el escritor europeo.

La literatura china ha alcanzado un desarrollo superior a la de todos los pueblos no comprendidos en las familias indo-europea y semítica. Dignas de estudio son las producciones de Confucio, quien no prestó entre los chinos menos servicios a la humanidad que Zoroastro y Mahoma entre parsis y árabes idólatras. En muchos puntos se elevaron los chinos sobre los egipcios, no obstante la idea desfavorable que se tiene formada de ese pueblo en cuanto a su cultura intelectual, y de su lengua al parecer extravagante. Una lengua que excitó y sirvió de vehículo a tan elevada civilización; que pudo expresar los sentimientos del individuo como de la nación, y adaptarse a investigaciones profundas y sublimes sobre las relaciones de la vida social, el Ser Supremo, origen de las cosas, etc., que muestra dignamente la finura, gracia, humor y chiste del espíritu moderno, es tanto más digna de estudio cuanto que se la cree más impropia e incapaz de obrar tales portentos.

El fundador de la filología moderna, cuyo ingenio comprendió de una mirada las bellezas de esta lengua, se expresa sobre ella en estos términos: «La langue chinoise gagne par sa manière simple, hardie et concise de présenter les idées. L' effect qu'elle produit ne vient pas des idées seules, ainsi présentées, mais surtout de la manière dont elle agit sur l'esprit par son système grammatical. En lui imposant un travail méditatif beaucoup plus grand qu'aucune autre langue n'en exige de lui; en l'isolant sur les rapports des idées; en la privant presque de tout secours à peu près machinal; en fondant la construction pres qu'exclusivement sur la suite des idées rangées selon leur qualité déterminative, elle reveille et entretient en lui l'activité qui se porte vers la pensée isolée et l'éloigne de tout ce qui pourrait en varier et embellir l'expression». (, p. 64)

La literatura china tiene monumentos que se remontan a cuatro mil años, siendo una de las más ricas del mundo. Apenas hay rama del saber humano en que el chino de los tiempos de barbarie no ensayara su genio: historia, cronología, geografía, política, administración, jurisprudencia, matemáticas, ciencia militar, astronomía, pintura, etc., etc., fueron objeto de sus investigaciones y trabajos. La invención de la imprenta, hecha en China por los años 581 de nuestra era, facilitó la propagación de semejantes obras (existe una historia de la escritura, pintura, etc., en 64 vol. 4.º) por todo el imperio, y su adquisición, en otros puntos tan difícil, a los amantes de las letras.

La civilización china ejerció siempre una gran influencia sobre los países indo-chinos, y notablemente sobre el Japón. Sus obras históricas ofrecen grande interés; único acaso entre los pueblos civilizados del Asia que no posee mitología, admite solamente aquellos hechos de cuya veracidad puede dar testimonio, y deja en blanco los períodos en que le faltan noticias ciertas. Este desprecio de las tradiciones fabulosas puede atribuirse a falta de imaginación, pero con esto gana en verdad narrativa, don que, por ser raro, es más estimable.

Son de gran importancia también sus trabajos filosóficos. Por la curiosidad me parece oportuno citar parte de un pasaje tomado del libro titulado Tao-te-king, del filósofo Laot-se, según la traducción dada por de Strauss. En este libro vienen los nombres yî (igual), hi (poco), vêi (fino), y es opinión de muchos sinólogos notables que juntos corresponden en cuanto al sonido, y hasta cierto punto en cuanto a la significación, al hebreo yehovah. El Sr. de Strauss traduce el pasaje: «Se le mira sin ver (le), su nombre es yî; se percibe sin oír (le), su nombre es hi; se le concibe sin alcanzar (le), su nombre es vêi; estos tres no pueden ser comprendidos, por eso se unen y son uno.»

Algunas de sus novelas contienen una pintura fiel de las costumbres de la China, y son muy apreciables (,).

Según aparece de las obras que sobre el estudio de la lengua china y su literatura damos al fin de este libro, Alemania y Francia le han cultivado con mejor éxito. Mención especial merece el francés Estanislao Julien, el mejor sinólogo de Europa, y a quien debemos los trabajos más notables. También los tenemos excelentes de los ingleses; últimamente se ha publicado en Asia una Gramática española-china, mas no tengo noticia de otros trabajos nuestros sobre esta importante literatura, si bien estamos en buenas condiciones para ello.

Las lenguas indo-chinas o transgangéticas participan, como el chino, del carácter monosilábico. El orden de las partes del discurso, por el cual en éste se determinaba claramente el pensamiento, no se observa en estas lenguas con tanta precisión, y para suplir la falta y evitar en parte la vaguedad en el significado, acuden constantemente a palabras auxiliares, que como elementos extraños a la proposición encadenan la actividad del pensamiento. En chino encontramos el germen de la construcción, y sabe producir con escasos medios grandes efectos, aquí hay sólo una distinción material de significado, y las relaciones gramaticales han sido sofocadas por el demasiado empleo de palabras auxiliares; todo es rudo e inculco en estos idiomas, pero su estudio no carece por completo de importancia; es estudiar el lenguaje en el primer escalón de su desarrollo.

Pocas lenguas extrañas a nuestra familia ofrecen en su estudio motivos de tan grande interés como la china. Algunas de sus composiciones se remontan a una antigüedad de dos mil años antes de Jesucristo, como las odas de Shi-king, o libro de los cánticos, y sus libros históricos o anales. El estado primitivo e invariable en que se ha conservado esta lengua, las artes, ciencias y política de su pueblo, son de los fenómenos más raros en la historia del género humano; no han tenido lugar en él aquellas revoluciones intelectuales que caracterizan la vida moral de los pueblos. Independiente siempre en sus creaciones e inventos, y original en su principio como en su desarrollo, se ha elevado a un grado de cultura que no tiene semejante en la historia de los pueblos primitivos, y su civilización ha

ejercido una poderosa y benéfica influencia sobre las naciones comarcanas. Sólo bajo la opresión odiosa de pueblos superiores por su ilustración y fuerzas, se deja sentir el poder de la cultura moderna entre los chinos.

Confucio, fundador de su sistema religioso, y filósofo más bien que profeta y maestro de una religión, floreció en el siglo VI antes de Jesucristo; sus escritos y los de sus discípulos son la parte más respetada y estimada de su literatura, en cuya continuación y elaboración han trabajado gran número de talentos sobresalientes posteriores al maestro.

Los idiomas del Nordeste de Asia se hallan como aislados en la etnología de las lenguas, y se ignora si componen parte de una familia, o si solas hacen una. El más importante de este grupo es el japonés, extendido por las islas que constituyen el imperio de su nombre.

Es lengua polisilábica y de carácter aglutinante, con otras particularidades que caracterizan la familia tatárica. Su estructura fonética es sencilla, y constan la mayor parte de las sílabas, de una consonante con su vocal respectiva, resultando un compuesto de fácil pronunciación.

Además del dialecto ordinario, hay otro más antiguo y primitivo, usado en cierta clase de composiciones; y llamado yamato. Parte de la literatura japonesa está escrita en lengua china. Su sistema de escritura es silábico, y los signos han sido formados de los ideogramas chinos, razón por la cual presenta grandes inconvenientes en el uso ordinario.

La lengua de Corea se separa notablemente del japonés, aunque corresponde al mismo grupo. En algunas lenguas del extremo Norte de Asia parece descubrirse analogía con las de América, y si el parentesco se confirmase, quedaría fuera de duda que los habitantes del nuevo continente pasaron del Asia por el estrecho de Bering. Es de todos modos notable que la filología haya confirmado ya esa hipótesis, que acaso pasará a ser una verdad inconcusa cuando se hayan estudiado mejor esos idiomas.

- VII -

Lenguas de aglutinación

- A -

Lenguas de la Polinesia

Entramos en el horizonte de las lenguas polisilábicas, en las cuales, formación y flexión gramaticales han dado un paso, dejando, sin embargo, mucho que hacer hasta llegar a su completo desarrollo. El carácter material, la tiranía de palabras auxiliares, domina, faltando aún la verdadera síntesis del discurso.

No han sabido distinguir y caracterizar las partes de la proposición, presentándose el verbo, sustantivo, adverbio, etc., bajo una misma forma; por consiguiente, género, número, tiempo, modos, etc., no reciben signo alguno característico, expresándose estas relaciones por medio de adiciones materiales; así el género, por medio de palabras, como varón, hembra; los números con uno, muchos, etc.

Mas los elementos del discurso no se componen ya de raíces agrupadas, y sí de raíces variadas por prefijos y sufijos. No se las puede considerar como verdaderas palabras, porque carecen de signos determinados que indiquen su relación con el resto de la frase y la categoría a que pertenecen, pero han dejado de ser puras raíces, viniendo a constituir un término medio entre estos elementos y la palabra.

Extiéndese esta gran familia desde Madagascar hasta las islas de Resurrección, y desde Nueva-Celanda hasta Sandwich, comprendiendo casi todas las lenguas habladas por los naturales de esos inmensos países.

Como el nombre que llevan es puramente local, se ha intentado buscar en ellas relación con alguna de las familias conocidas; mas los ensayos han sido infructuosos. En la formación de las palabras, es decir, en aquellos medios por los que la raíz se hace una voz significativa y determinada, se diferencia esencialmente de las lenguas anteriores. El polinesio y malayo propiamente dichos son los más pobres en formas gramaticales de esta especie; el malayo parece constituir el último escalón de la familia, mientras que lenguas pertenecientes al primer grupo (polinesio) poseen una facultad de formación muy vasta.

Entre las modificaciones que sufre la raíz, se cuentan en primer lugar la reduplicación y repetición; en ésta pueden también cambiarse las vocales; mundan-mandin, holgazanear siempre: gulan-galin, girar con violencia. La repetición corrobora el significado, y la reduplicación produce el efecto contrario: guila, imprudente; gaguila, algo imprudente. Vemos que dos procedimientos casi idénticos dan resultados opuestos; cosa que tiene lugar entre nosotros en palabras como algo, bastante, solo, etc.; tiene bastante=mucho; pero ¡has hecho bastante! irónico, muy poco.

Con medios semejantes no se obtiene variedad de formas gramaticales, verificándose más bien una simple modificación de la raíz. Ésta, aunque de más de una sílaba, tiene significación tan indefinida como la monosilábica del chino; así puede considerársela como un sustantivo abstracto, a la manera que nuestros infinitivos, como el correr, el amar, etc.

El chino determinaba el valor de las palabras en la oración, colocándolas en un orden fijo, por cuyo medio se despertaba en su imaginación la categoría que a cada una correspondía y que la lengua no expresaba; en estos idiomas el orden no es tan fijo, pero en cambio encontramos otros medios que si bien más groseros y materiales, dan mejores resultados; el más notable es el empleo de prefijos y sufijos, indicado arriba. La significación sustantivo abstracta de la raíz pasa a ser adjetiva o verbal si se la anteponen los prefijos ba o ha (en Dayak); tiroh, sueño; batiroh, dormir; handan, estado de rojo, y bahandan, rojo; karon, cuarto; bakaron o hakaron, tener (un) cuarto; ia batiroh bakahovut, él dormir con cubierta; él duerme cubierto (como se ve, indica posesión). El prefijo ma forma transitivos, cuya pasiva se obtiene por i; rabbit, rasgón; ma-rabbit, rasgar; irabbit, ser

rasgado; lank, pescado; ma-lank, pescar. Mampa forma causativos; maku, querer; mampa maku, hacer querer; su pasivo es impa.

Notables son los prefijos tara y naha; el primero denota que la acción se ha hecho por un error o equivocación, o que se ha ejecutado sin resultado; tara pukul, herir a uno sin querer, o tratar de herirle sin alcanzarle; el segundo significa decir que uno posee la cualidad designada por la palabra a que se antepone; ikau naha-tiroh aku, dices, dormir yo; dices que soy dormidor (cp. aku con ego).

Lo aplicado aquí a la lengua de Borneo tiene lugar en todas las polinésicas; los prefijos modifican la significación de la raíz, como nosotros lo hacemos por medio de la flexión; pero es una modificación externa y grosera, quedando invariable la forma primitiva de la palabra, la cual, después de recibir cualquier prefijo puede decirse que conserva su naturaleza de sustantivo abstracto, participio o adjetivo; sin embargo, se consigue determinar el pensamiento, porque esos prefijos son muy numerosos, y por lo general con significación fija, como hemos visto en los ejemplos expuestos.

Los pronombres posesivos en Dayak se expresan por sufijos; ku-nku, mi, nuestro; m, tu, vuestro; e, su, vuestro, juntándose también con proposiciones; así, avi-ku, por mi. La posesión puede expresarse, entre otras maneras, por el pron. de tercera persona e; huma e ama-ku, su casa, mi tío; la casa de mi tío.

Faltando la cópula y toda determinación personal, temporal o modal, la construcción no puede tener otro carácter que el de una yuxtaposición de palabras sin dependencia o relación de unas con otras; he aquí por qué el sustantivo hace en estas lenguas un papel tan importante. En Dayak, el predicado mismo se hace sustantivo, convirtiéndose su sujeto en genit. regido de él; la cópula es debe suplirse: así kutoh ka-lap-e arut-m, muy su belleza de tu bote; mucha es la belleza de tu bote; tu b. es bello; na-rai tenga-e akam, que (es) sudar a ti? ¿qué te ha dado? Igual carácter toma la construcción pasiva, que llega de este modo a ser ridícula; andi-m handak imukul-ku, tu hermano quiere mi ser herido; quiere ser herido por mí = quiero herir a tu hermano. La materia de que un objeto está hecho se yuxtapone sin dependencia alguna; tisin bulau, anillo (de) oro; huma papan, casa (de) tabla. Vemos aquí una expresión semejante a la de los idiomas germánicos.

Estos y otros procedimientos de este género modifican sólo la significación, quedando intacta la forma gramatical de la palabra; aun adverbios pueden recibir ese carácter exterior de verbo; paham, muy; mampaham o mamaham, hacer muy; ia mamaham pukul anak-e, él hace muy el golpear de su hijo; él golpea mucho a su hijo. Sería inútil prolongar estas observaciones; lo dicho bastará para formar juicio del carácter de estas lenguas. La falta completa de flexión está suplida por los prefijos y sufijos; en chino veíamos que los elementos del discurso tenían una significación indefinida, la cual sólo llegaba a determinarse en la oración; aquí, medios exteriores verifican esa determinación independientemente del lugar que la palabra ocupa. El chino, viendo en los elementos aislados de su lengua una significación vaga, los combina, porque así se le presentan las ideas; la de leer va para él inseparablemente unida a un objeto, y forma de las dos raíces que las expresan un conjunto, una palabra. Las representaciones del espíritu son aquí esclavas unas de otras, como lo son las palabras en el discurso.

Las islas en que se hablan estos idiomas están habitadas por dos razas distintas: la una, de color oscuro y cabello lanudo, semejante al de los negros africanos, es más numerosa en las islas del N. de Australia, donde se encuentra unida o mezclada con la otra raza; ocupa el interior de las islas, dejando a aquélla en pacífica posesión de las costas. La segunda raza, de color aceitunado y cabello liso, ocupa las islas situadas al E. y N. O. de Australia, principalmente las costas; habita además parte del continente asiático y la isla de Malaca. Llámase ordinariamente a los habitantes de la raza negra, papúas o negritos, y a los otros malayo-polinesios. Es probable que los de esta última raza emigraran del O. en tiempos pre-históricos, es decir, del Sur del continente asiático, y dirigiéndose hacia el Este, se posesionaron de las islas Sumatra, Java, Borneo, Celebes, etc., aniquilando y rechazando al interior a la raza indígena (negra); de aquí se extendieron por el N., Filipinas, Formosa, Marianas, Nueva-Zelanda, etc.

De las lenguas de Australia se conocen solamente las habladas por pueblos que habitan cerca de los europeos. Su estudio es importante para examinar la relación que los habitantes de este raro, pero riquísimo país, hayan podido tener con Asia, y aun con Europa.

Todos los idiomas que comprende esta numerosísima familia pueden incluirse en tres grupos, con varias subdivisiones cada uno.

I. Lenguas malayas:

A. Forma más perfecta. -Grupo tagálico: 1º, Tagalo, Bisayo, Pampango, Bicol, Iloca, Ibanayo: lengua zabuana; 2.º, lengua de Formosa; 3.º, lengua de las Marianas; 4º, lengua de Madagascar.

B. Grupo malayo-javeño (en decadencia de la forma anterior): Malayo, Javeño, lengua de Sonda, Batak, Mankâsarico, Bugis, Dayak o lengua de Borneo.

II. Lenguas polinesias (forma imperfecta): Samoa, Tonga, Rarotonga, de Nueva Celandia (Maori), Tahití, Havai (islas de Sandwich), de las Marquesas, etc.

III. Grupo melanesio (forma más imperfecta): de las islas Fitchi, Annatom, Erromango, Tana, Mal-likolo, Maré, Lifu, Bauro, Guadalcanar; lenguas de las Hebrides, Nueva Caledonia, etc. (, ,)

Muchas de las lenguas de Australia están entre sí próximamente relacionadas, de la mayor parte no podemos juzgar aún, por las escasas noticias que de ellas tenemos; ¡algunas quizá desaparezcan pronto de la superficie de la tierra con los que las hablan!

Lenguas ural-altáicas

En la inmensa extensión comprendida de E. a O., entre los golfos del Japón y el mar Helado, los montes de Altai, el Ural, Volga hasta Finlandia; y de N. a S., entre el país de Manchu, la Mongolia, Turkestan, Bucaria y Tataria hasta Constantinopla; habitan o viven errantes pueblos cuyas lenguas son comprendidas en una gran familia, con el nombre de ural-altáica o tatárica (no tartárica).

El material de palabras, cambios que en ellas se originan, y medios de formación varían en cada grupo, más el principio seguido para obtener las diferentes relaciones y significaciones es el mismo entre tungusos, osmanes, mogoles, samoyedos, finlandeses y magiares.

La estructura gramatical de los idiomas aquí pertenecientes presenta una progresión ascendente a partir de E. a O.; el Manchu, dialecto del Tunguso es el último escalón, mientras que la lengua de los finlandeses llega en su perfección al punto de podérsela comparar con las lenguas de flexión, y aun pudiera a veces considerársela como una de ellas; en toda la familia precede la palabra regida a la regente, por lo tanto no hay preposiciones, haciendo sus veces las posposiciones. Son, sin duda, las lenguas más sonoras del globo; en todas existen reglas eufónicas para evitar el concurso de vocales y consonantes desagradables, lo cual consiguen con admirable éxito; pero quien las dio una belleza externa tan encantadora, creyó que ella les bastaba, y no se cuidó de adornarlas con la que por estar menos expuesta a la influencia de agentes exteriores es más duradera y apreciable: la interna. Siendo tan diferente el desarrollo que estos idiomas han alcanzado, haremos breves observaciones sobre algunos, a fin de comprender mejor su naturaleza y estructura. La raíz tiene una significación determinada; todas sus modificaciones y relaciones se expresan por medio de sufijos, que muchas veces se unen a ella mediante notables cambios fonéticos: del mismo modo que en las lenguas indo-europeas, tienen lugar aquí, asimilación e identificación de las consonantes finales de la raíz, con las iniciales del sufijo. Pero caracteriza y domina la estructura de estas lenguas otro principio, que afecta exclusivamente a las vocales, según el cual: -La vocal del sufijo debe estar en armonía con las de la raíz a que va unida.

Esta ley es general a toda la familia, pero aquí la expondremos tal cual se verifica en el Yakut. Tiene éste ocho vocales, que pueden ser largas o breves: a, ae; o, oe; i, y, u, ü. La y con pronunciación oscura-gutural es propia de las lenguas tatáricas y eslavas. Estas vocales se dividen primero en dos clases, las cuales, a su vez, se subdividen en otras dos, alternando para formar dos grupos: primero, graves, a, ae, o, oe; y ligeras, i, y, u, ü; segundo, fuertes, a, o, i, u; y débiles, ae, oe, y, ü. Pueden presentarse así:

Si la primera vocal de la raíz es fuerte, lo serán también las vocales siguientes de la misma palabra; si es débil, serán débiles, mas como estas dos clases pueden ser graves o ligeras, para que estén en armonía las cuatro divisiones, se ha establecido, como segunda parte de la ley, que a toda vocal fuerte-grave siga, o la misma vocal, o una fuerte -ligera; y a

toda fuerte-ligera seguirá también, o la misma, o alguna de las fuertes-graves. Igual aplicación se hace de las débiles.

Pero esta ley tiene aún otros límites, que determinan la relación entre graves y ligeras, del modo siguiente:

después de a sigue y después de u sigue a
» » ae » i » » y » a
» » o » u » » ae » ü

Los sufijos no tienen vocal determinada, sino que la reciben conforme a la de la raíz; la terminación del plur. es l-r=lar, lir, lor, etc.; ajalar, padres; aesaer, osos; ojolor, niños; turco, qapy-lar, puertas; kedi, gato; kediler, gatos; qash, qashym, mi ceja; qol, brazo; qolum, mi brazo; el, mano; elim, mi mano; de la raíz sev inf. sevmeq, amar; de, yaz inf. yaz-mak, escribir.

No se hace en todas las lenguas de la familia igual división de vocales, ni siempre se observa la regla de armonía con exactitud, pero el principio según el que se emplean es en todas idéntico y donde se sigue la ley es el sufijo, riguroso esclavo de la raíz en cuanto al uso de vocales. Para evitar el concurso de consonantes ásperas, o impropias de las vocales precedentes, tienen lugar en aquéllas algunos cambios eufónicos; en turco se dice sevmeq, pero yaz-mak.

La flexión se verifica por medio de sufijos, que se añaden a la raíz invariable; no hay fusión entre los dos elementos, que se presentan yuxtapuestos, de modo que al unirlos o separarlos, no cambia la forma exterior de ninguno. Por medio de sufijos colocados de este modo se obtienen numerosos derivados en el verbo, correspondientes a nuestros pasivo, reflexivo, causativo, recíproco, y otros desconocidos en las demás familias, incluso la indo-europea, como el cooperativo, properativo, incoativo, etc. Del yakut asa, comer; asatim, alimentar; asatala-tim, dar de comer a muchos; asa-bakta, apresurarse a comer, etc. Los casos, en el nombre, modos, personas y tiempos, en el verbo, se expresan de un modo semejante. La forma primitiva o raíz aparece generalmente en la segunda persona del imperativo, aunque no es raro encontrarla en el nombre. El sujeto y atributo se presentan en yakut bajo esta forma, quedando el último comúnmente invariable, como el predicado; dziae ürdük, casa alta = la casa es alta. En esta lengua se hace uso muy frecuente del sustantivo, acaso porque el verbo no tiene aún el carácter que le corresponde, como en los idiomas indo-europeos.

Éstos no consienten en la oración elemento alguno que no vaya caracterizado con un signo distintivo, y que indique su oficio en ella; aquella, poseyendo ocho casos, emplea la forma fundamental o raíz, como sujeto, atributo, predicado, y aun objeto; u, agua; u is-tim, agua he bebido, o en acus. u-nu-istim. En yakut se busca sólo ser comprendido, omitiendo todo aquello que no sea absolutamente necesario para ese fin; si la pluralidad va expresada por algún numeral, omite el signo del plural; el indo-europeo muestra un sentimiento más fino, al dar a todas las partes del discurso un signo que les caracterice, sin excluir el nominativo.

En yakut, el adjetivo se acerca más al sustantivo que al verbo, pudiendo muchas veces ser traducido sustantiva o adjetivamente; propiamente hablando, sustantivo y adjetivo son idénticos; anari, sueño o somnoliento; bai, riqueza o rico. Desde luego se comprende la preponderancia del sustantivo en la proposición; porque las cualidades se designarán por medio de sustantivos; sujeto y predicado son dos formas nominales colocadas una al lado de la otra sin cópula y sin relación de ningún género; por la colocación podráse sólo distinguir el predicado del atributo; ütüae kisi, buen hombre; kisi ütuae = el hombre (es) bueno; min adarin buol-lar, yo juventud mía fuese si (si fuese) = si yo fuese joven.

Además de pronombres personales, hay en las lenguas ural-altáicas posesivos que indican la relación de lo poseído al poseedor, de la parte para con el todo, del continente al contenido, etc., Yak., min akha-m, yo, padre mío, mi padre.

De estos pronombres deriva el yakut otros, con los cuales forma los tiempos finitos, y se llaman afijos verbales o de predicado.

Ambas clases de pronombres reconocen el mismo origen, pues su diferencia es muy pequeña; mas con la adición de estos sufijos no recibe la forma primitiva un carácter verdaderamente verbal, quedando esencialmente el mismo sustantivo o adjetivo.

Esa forma prolongada del pronombre, y algunos cambios de consonantes, son los únicos caracteres distintivos del verbo en yakut. Vemos que esta lengua no caracteriza suficientemente las partes de la proposición, siendo la más importante (verbo) una de las más perjudicadas; el sustantivo ejerce un predominio extraordinario, y a él se añaden o yuxtaponen toda clase de sufijos, con los que se procura designar las relaciones gramaticales. Otros idiomas de la familia han alcanzado un grado más elevado de perfección en su desarrollo gramatical.

El grupo turco comprende uno de ellos, que es el turco propiamente dicho, u osmanly; divídese este grupo en gran número de dialectos, muy poco diferentes unos de otros. La lengua literal ha tomado muchos elementos árabes y persas, desconocidos en su mayor parte al vulgo; mas por su estructura gramatical y riqueza en formas, ocupa un lugar muy preferente entre toda la familia ural-altáica.

Careciendo de escritura propia, se valen (turcos y persas) de la árabe; la elección es impropia, porque el escaso número de vocales dificulta la realización de la ley de armonía: para suplir en parte la falta dan a cada signo vocal dos o más valores. Esta ley, por otra parte, no se observa en turco tan escrupulosamente como en yakut y algunos otros dialectos, porque sus vocales no están divididas con la misma regularidad. Con el alfabeto tomaron de la misma lengua los otros signos ortográficos de la escritura.

Hay en turco una sola declinación y conjugación, cuyas terminaciones son sufijos yuxtaponidos a la raíz invariable, como en yakut; los pequeños cambios eufónicos que en sus consonantes finales tienen lugar al unirse con el sufijo, no hacen variar esencialmente su forma; de manera que después de la unión queda un todo compuesto de partes distintas.

qitab, libro; qitab-en, del libro; qitab-dan, en el libro; qitab-lar, los libros; qitab-lar-dan, en los libros; kush, pájaro; kush-un, del pájaro; kush-dan, en el pájaro; dil, lengua; dil-de (loc.), en la lengua; dil-ler-in, de las lenguas, etc.

El mismo carácter tienen los pronombres personales y posesivos, los cuales siguen la declinación de los sustantivos.

Aun el turco no hace verdadera distinción entre nombre y verbo; y sin embargo, por yuxtaposición y combinación de sufijos reciben algunos de sus verbos más de treinta formas, y recibieran todos ese número si su significación lo permitiese; algunas de estas formas harán ver claramente lo que es aglutinación. Las vocales del sufijo sabemos que varían en conformidad con las de la raíz; aquí daremos las correspondientes a la raíz sev; el suf. me, forma negativos; eme, imposibles; dir, transitivos; il, pasivos; in, reflexivos; ish, recíprocos; infin. sev-meq, amar.

A. Negat. Sev-me-meq, no amar.

Impos. Sev-eme-meq, no poder amar.

B. Transit. Sev-dir-meq, hacer amar.

Trans. neg. Sev-dir-me-meq, no hacer amar.

Trans. impos. Sev-dir-eme-meq, no poder hacer amar.

Trans. recipr. Sev.dir-ish-meq, hacer amarse mutuamente.

Trans. recipr. neg. Sev-dir-ish-me-meq, no hacerse amar mutuamente.

C. Pasivo. Sev-il-meq, ser amado.

Pas. neg. Sev-il-me-meq, no ser amado, etc., etc.

Del mismo modo se obtendrían las formas del refl. y recíproco con sus combinaciones en los tiempos y modos correspondientes. Las terminaciones personales son pronombres afijos casi idénticos a los personales absolutos, sev-er-i-m, yo amo, lit. yo estoy amando, (m. pron., primera pers.), sev-er-sen, tú amas (estás amando); (sen, pron., segunda pers., sing., empleado como auxiliar, del mismo modo que el hebreo hu y árabe hua, hum.) sever-ler, ellos aman; (ler, terminación de plur. en el nombre).

El turco tiene cópula, y esto le distingue notablemente de los idiomas anteriores y de otros tatáricos que, carecen de ese elemento importante de la oración.

La mayor parte de los dialectos pertenecientes al grupo finlandés han adquirido gramaticalmente un grado de desarrollo, que puede compararse con la estructura gramatical del turco, o la aventajan. El finlandés propiamente dicho, está sobre toda la familia; los elementos de flexión se unen estrechamente para formar uno solo, siguiendo, en general,

los procedimientos empleados en los idiomas indo-europeos. Se observa la tendencia a terminar la palabra en vocal; húngaro hal, finl. kala, pescado; ung. kez, finl. kaesi, mano; ung. el, f. elae, vivir.

Distingue quince casos: el nominativo sin terminación característica (como en todos o la mayor parte de estos idiomas); siete con terminación simple, y los demás, compuesta de una de las anteriores y otra. Esta distinción material de formas no hace la lengua más rica ni más bella.

Toda la familia puede dividirse en cinco grupos, con gran número de dialectos o lenguas, del modo siguiente:

I. Tungusos. -Al E. de la Siberia; son conocidos por la tribu manchú, que desde 1644 ocupa el trono de la China; es el grupo más sencillo y menos desarrollado. ()

II. Mogoles. -Los mogoles del E., nómadas que habitan el desierto de Gobi; los buryakos, a las orillas del Baikal; kalmukos, o mogoles del O. en las desembocaduras del Wolga y en la Mongolia. Esta lengua se acerca, por su sencillez en la estructura gramatical, al manchú; en la conjugación no distingue personas ni números. (,)

III. Turcos. -Con numerosas ramificaciones:

1.º Turco, propiamente dicho, con varios dialectos, de los que el de Constantinopla es la lengua oficial del imperio otomano. (,)

2.º Chagatai, al que pertenecen: uigurico, osbeco, turco-mano, chagatai propiamente dicho en Turkestan, Jiwa, Bukara, Balk, etc., y tataros rusos (en Kasan).

3.º Línea tatárica propiamente dicha: nogayo, kirgiso karatchaico, sibérico al O. y S. de la Siberia, y separados del resto los yakutos, a las orillas del Lena y mar helado en el N. de Asia. (, ,)

IV. Samoyedos. -Ocupan las orillas del mar helado, desde el mar Blanco o Arcángel, hasta el Lena, y al S. desde el territorio Yenissei hasta el Altai. (,)

V. Finlandeses. -El tránsito del grupo anterior a éste son los ostyakos, en el Ob, y los vogules, en la cordillera del Ural; los siryaenos, en el gobierno de Arcángel; perinios y votyakos en los que llevan su nombre; varias tribus están separadas de la familia, como los cheremisos, mordvinos, etc. en Kasan, Nowgorod, Saratow, etc. (, ,)

Los lapones, que ocupan gran parte de la península Escandinavia hasta Drontheim, pertenecen también a la familia.

Los finlandeses, de cuya lengua hemos hablado, han dado nombre a un grupo; poseen un poema épico nacional, que puede compararse con los grandes poemas indios, persas, griegos y latinos. Por último, aislados de toda la familia, y formando como una isla lingüística en medio de Europa, se encuentran los magiares o húngaros, cuya lengua ha

tomado muchos elementos extraños de los idiomas germánicos y eslavos, consecuencia necesaria de su posición topográfica.

He aquí las lenguas principales que constituyen esta numerosísima familia, la segunda en extensión de todas las esparcidas por la superficie de la tierra. La importancia de algunas para la historia, filosofía y otros ramos del saber, las ha hecho acreedoras a estudios especiales, habiendo visto la luz pública en Alemania, Rusia y Francia notables trabajos gramaticales y lexicográficos, con textos originales, acompañados de traducciones o comentarios. No encontramos aquí sistemas religiosos tan acabados como el del indio, ni menos filosóficos, producto de las meditaciones profundas de una generación de sabios; pero la sencillez no es inferior a la sublimidad en mérito, y sus diferentes producciones nos mostrarán uno de los caminos que puede seguir la inteligencia en su desarrollo; ¡éste es el estudio más digno del hombre!

La historia, por otra parte, puede enriquecer sus páginas con los datos sacados de las literaturas de estas lenguas, alguna de las cuales, como el turco, poseen obras históricas muy apreciables.

- C -

Lenguas de América. -Mejicano

Los idiomas del nuevo continente siguen, en sus formaciones o flexión, un principio semejante al que hemos observado en la familia anterior. Las particularidades que les caracterizan son, sin embargo, tan notables, que muchos filólogos hacen de ellos una clase especial, con el nombre de lenguas de interpolación o intercalación. Estudiaremos algunos de sus caracteres en el mejicano. En muchas partes de su gramática es más perfecta que las lenguas consideradas hasta ahora. Vemos al chino pobre en formas y medios que indiquen las relaciones gramaticales, o por mejor decir, con falta absoluta de todo esto; pero en cambio puro y preciso en la dicción, debido al orden invariable en que coloca sus palabras. En birmanés y siamés encontramos sufijos que varían la forma exterior de la palabra; pero no hacen en ésta distinción de categorías; nombre y verbo se confunden; y no habiendo establecido un orden fijo, según el que deban colocarse los elementos de la proposición, carecen de la pureza y precisión que constituyen el mejor adorno del chino. Las lenguas de la Polinesia no supieron evitar la indeterminación, porque no distinguieron las categorías de nombre y verbo, las ural-altáicas son ricas en formas, pero no hay en ellas verdadera diferencia entre palabra y raíz; al contrario, en mejicano reciben los sustantivos y muchos adjetivos una terminación fija, que les caracteriza como tales; teo-tl, Dios, de la raíz teo. Al entrar en composición pierden esa terminación, del mismo modo que en semejantes casos tiene lugar en nuestros idiomas.

No se entiende en mejicano por composición la unión de varios elementos para formar una palabra, que es el fin principal de este procedimiento en nuestros idiomas; para el mejicano es el medio por el que se unen las partes de la proposición para expresar sus

relaciones gramaticales. De este modo las partes de la oración se enlazan mutuamente hasta formar un compuesto, cuyos miembros son inseparables. La flexión del verbo se verifica por pronombres personales que se prefijen al tema verbal: ni-nemi, yo vivo-, ti-nemî, nosotros vivimos; ti-nemi, tú vives; an-nemî, vosotros vivis; nemi, él vive; nemî, ellos viven.

El objeto se coloca entre el prefijo y el tema: naka-tl, carne: kwa, comer; ni-naka-kwa, yo carne como (yo como carne); el sustantivo -objeto- tenía como palabra independiente, una terminación característica -tl- que pierde al entrar a formar parte de la proposición, y lo mismo sucedió al prefijo, porque los pronombres personales absolutos son distintos de dichos prefijos; a saber:

Ejemplo: nê-o-ni-k-tsiuh, yo he, yo lo hecho, -yo lo he hecho. El adjetivo con el verbo recibe significación adverbial: yektli, bueno; ti-yek-nemi, tú vives bien.

El mejicano emplea también partículas que determinen más el pensamiento, cuando el objeto va después del verbo; entre éste y el prefijo pronominal se coloca un pronombre que le represente; k, a él, ello; ni-k-miktia se totolin -yo lo mato un gallo, = yo mato un gallo. (Lo mismo tiene lugar en siríaco; se dice -bajó a ella a la ciudad, por bajó a la ciudad; -dijo a ellos- a los discípulos, etc.)

El mejicano, como el chino, piensa en todo verbo un objeto y si no le tiene expreso, le representa por te, alguno, o tla, algo; te-miktia, matar a alguno; ni-tla-kwa, yo algo como; tla-miktia, mato algo, = un animal.

Otros sufijos forman nombres y verbos derivados, con significaciones muy variadas; lia indica utilidad o perjuicio, dativus commodi o detrimenti; ni-k-tsiwi-lia in no piltsin se kalli, yo la hago para mi hijo una casa.

Otro medio de derivación es la reduplicación, que pueden llevar sustantivos, adjetivos y verbos. Por ella reciben éstos significaciones muy variadas, aunque en general denota aumento, sea en cantidad, cualidad, etc.; ni-papaki, estoy muy alegre; kokotona, cortar en muchos pedazos.

Se emplea también en el plur. del nombre, lo que hace suponer que en algún tiempo fue único signo para indicar ese número, al que posteriormente se añadió un sufijo: pil-li, caballero; plural, pi-pil-tin; teo-tl, Dios; plur. te-teô.

Los sufijos y prefijos del mejicano tienen un carácter que los distingue de los de las lenguas monosilábicas, polinesias y ural-altáicas; en estos idiomas afectan sólo a la significación material de la palabra, dejando su forma invariable; aquí, por el contrario, el tema lleva siempre un sufijo característico (en el nombre), que se pierde al añadir el del plural; mas los sufijos que forman nombres o verbos derivados se conservan aún con el signo del plural, colocándose éste después: is-tli, rostro, nakas-tli, oído; isé, nakas-ê, -dotado de rostro o de oído, = prudente; pl. isê-ke, nakasê-kê.

Mas lo que el mejicano ha ganado en la palabra y su determinación, lo pierde en la frase; ésta no es otra cosa que una palabra compuesta, de manera que no merece el nombre de proposición. Ya hemos visto la unión íntima que tiene lugar entre el prefijo y la palabra, y como el objeto se intercala entre el prefijo y el verbo, formando, por consiguiente, una voz compuesta.

En la flexión de éste observamos semejanza con la de los idiomas polinesios y ural-altáicos; la tercera pers. sing. no lleva signo característico; el plur. se forma como en el nombre, y éste puede recibir los prefijos verbales; todo lo cual prueba que el llamado verbo es más bien un participio: ni-nemi, yo viviente: así como nè ni-tlatlakoani, yo, yo pecador; ni-kwalli, yo bueno (soy bueno); ti-kwalli, tú (eres) bueno; ti-kwaltin, nosotros (somos) buenos; kwaltin (ellos son) buenos.

Como los prefijos verbales se unen con los objetivos, así pueden preceder a los posesivos: ni-mo-piltsin, yo tu hijo (soy); ni-te-flakauh, yo (de) alguno esclavo (soy). El prefijo verbal se une al interrogativo tlein, qué; tlein-ti-k-neki, ¿que tú lo quieres? = ¿qué quieres? El mejicano, pues, forma nombres, pero no verdaderos verbos.

La composición tiene un sentido mucho más lato que entre nosotros, como puede verse por algunos ejemplos: ome-yolloa, dudán, de ome, dos, y yolloa, corazón; naka-tsatsa-tl, sordo, de nakastli, oído; y tsatsi, gritar.

Los medios de derivación son muy numerosos, y hacen variar la significación extraordinariamente: nombres de verbos, sustantivos de adjetivos, y viceversa; formas verbales, causativo, pasivo, etc., se encuentran en mejicano como en nuestros idiomas, aunque sin perder completamente el carácter de incorporación: mati, saber: con el reflex. ni-no-mati, pienso, = yo me (lo) sé; ni-no-weimati, = yo me sé grande, = me tengo por, etc.

En estas observaciones sobre el mejicano tenemos un diseño, aunque incompleto, de las lenguas americanas; en la formación y distinción de categorías, como en la construcción, siguen todas el mismo método.

El material de sonidos es muy diferente, siendo también distinto el uso que hacen de sus elementos para precisar más el pensamiento. De las más perfectas es la lengua de Groenlandia; carece de prefijos, y obtiene sus variadas derivaciones de nombres de acción, agente, instrumento, abstractos, de tiempo y lugar, etc., por medio de sufijos: inaq, echarse a dormir; inaq-poq, se echa a dormir; inaq-fia, tiempo y lugar en que va a la cama; qingmeq, perro; qingmeq-suaq, perro grande. Del mismo modo añade al verbo sufijos, que significan: estar a punto de, sucesivamente, cesación, pasado, apresurarse, querer, no querer, habilidad, maldad (de carácter), bondad, exclusión (solamente, etc.), repetición, duración continua, probabilidad, causa, prohibición o impedimento (op. al causativo), etc., etc. Encontramos de nuevo una distinción material de formas, que, produciendo confusión, no embellecen la lengua. En general tiene el groenlandés algunas ventajas sobre el mejicano en la composición y flexión; pero ni distingue la 3.^a pers. sing. del verbo por signo alguno característico, ni posee cópula; el plural en el verbo se forma del mismo modo

que en el nombre, resultando la preponderancia de éste en la oración, como hemos visto en los idiomas anteriores.

Algunas lenguas del Norte América establecen una marcada diferencia entre seres inanimados y vivientes, como si quisieran distinguir el género; pero como no llegaron a comprender ni su naturaleza ni su importancia, no hicieron la verdadera distinción. Para terminar este artículo damos aquí un cuadro de las principales lenguas del Nuevo Continente.

I. América del Norte:

1.º Los esquimales en el Labrador, al O. en Makencia, Atna y en la península Melville, etc.; en Groenlandia, los karalitas.

2.º En la América rusa, la lengua de los kenai, kachak y koloshos.

3.º Atapasco, desde el N. de los Estados Unidos hasta el país de los esquimales. (,)

4.º Las lenguas tahkali, umkva, a las orillas O. de los ríos Fraser y Oregón hasta Nueva-California.

5.º Las lenguas de los algonquines, desde Terra-Nova hasta el cabo Hatteras (en el mar Atlántico), y desde la bahía de Hudson, Mississippi, hasta el río Cumberland.

6.º Lenguas de los iroqueses; seis pueblos entre el Ohio y los grandes lagos Erie, Ontario, etc.; los sénecas, mohauks, onondagos, oneidas, cayugas y tuskaroras.

7.º Dakotah, varias tribus entre el Missouri y el Mississippi.

8.º Lenguas de la tribu Apalache, al O. del Missouri, en Arkansas, hasta los golfos de Méjico; pertenecen aquí los chiroqueses, chokta, etc. La lengua de los chiroqueses es notable, por ser la única lengua de América que posee escritura propia, inventada por un indio llamado Sequoyah; consta de 85 signos. Desde su invención se desarrolló la civilización europea entre el pueblo, y han aparecido en su lengua varias obras y revistas, publicándose también periódicos (cheroku-messenger, cher. phoenix), etc.

9.º Lenguas del país del Oregón y de las montañas, en gran número (cerca de 100 !?), de las que muchas no están en relación con las demás.

II. América central:

1.º Mejicano o azteco.

2.º Otomi, en California.

3.º Mixteca y Zapoteca, en Oajaca.

- 4.º Tarasca y Pirinda, en el Michuagan.
- 5.º Pima y Tarahumara, en Sonora.
- 6.º Totanaca y Tlapaneca, en Veracruz y Puebla.
- 7.º Huasteca, en Tamaulipa.
- 8.º Matlazinga, en el valle Toluca, etc.
- 9.º Maya y Kachiquel, en Yucatán y Guatemala.

III. América del Sur:

1.º Lenguas de los guaranos, otomacos y de otros pueblos que habitaban primitivamente las pequeñas Antillas, y luego las orillas del Orinoco, en Venezuela, y las montañas de Guayana.

2.º Lengua quichua, en el Perú, que lo fue de estado bajo la dominación de los Incas; con la aymara en Bolivia, en el N. de la Plata y Sur del Perú. (V. apénd. 3.º,)

3.º Lenguas del Brasil, desde La Plata hasta Venezuela y Nueva Granada. Entre sus numerosas tribus son las más notables, Tupi y Bahía: los guarani, en Paraguay, Uruguay y La Plata; los omagua, a las orillas del Amazonas, Orinoco, hasta Venezuela y Nueva-Granada (V. Martius).

4.º Lenguas payagua, guayacuru, en Paraguay, Bolivia y La Plata.

5.º Lengua araucana, de los indígenas de Chile, cuyas hazañas cantó tan bellamente Ercilla, con la de los Puelche, igualmente en Chile, Patagonia y S. de La Plata, y la de los Tehuelhet en Patagonia.

6.º Lenguas de las Islas del Fuego.

La antigua escritura iconográfica que cubre las paredes de muchas ruinas mejicanas nos es hoy tan desconocida, como hace medio siglo la que adorna los palacios de Persépolis, Nínive y los muros de Babel. Su desciframiento quedará un enigma insoluble, porque no sólo falta toda clave, pero aun los ejemplares de antiguos códices mejicanos son rarísimos. Y sin embargo, un ligero apoyo que recibiera la ciencia bastaría para abrir el camino al deseado desciframiento. ¿Vendrán nuevos descubrimientos a realizar esta esperanza lisonjera? Quizá de un gobierno más ilustrado que el que rige los destinos de la Nueva-España! Muchos puntos oscuros de la historia de estos pueblos se nos aclararían, y entre ellos el de su origen. La filología ha probado la relación de las lenguas del N. O. de América con las del N. E. de Asia, cosa que hace fácilmente suponer una emigración de esta parte por el estrecho de Behering, Kuriles, etc.

También nos es desconocida la escritura quichua, no obstante que algunos indios la comprenden (?). En ella están escritos los anales de la historia antigua del Perú; pero sobre los sistemas de escritura hablaremos en otro artículo.

- VIII -

LENGUAS DE FLEXIÓN

Egipcio.-Jeroglíficos

Hemos trazado rápidamente los caracteres distintivos más universales de las lenguas sin flexión; en ellas encontramos la palabra sin forma determinada, y las raíces verbales y nominales confundidas. Algunas poseen el germen de formación y flexión con elementos suficientes a desarrollarlas, pero faltó en el pueblo el espíritu que lo realizase, el cual, incapaz de hacer el uso debido de esos elementos, los empleó como medios materiales para distinguir la significación, sin imprimir un carácter distintivo a las partes del discurso, ni determinar con precisión sus diferentes funciones, lo que constituye el principio vital de las lenguas. El chino aprovechó muy bien sus escasos medios; pero con un idioma que carece por completo de formas gramaticales, no pudo expresar la dependencia o relación entre sus elementos de otro modo que por la colocación, entonación, agrupamiento de raíces y ritmo.

Estaba reservada a la inteligencia y espíritu de los pueblos indo-europeo y semita la creación de verdaderas formas gramaticales, y el empleo de los elementos de su lengua para realizar la flexión. Significación y relación se encuentran aquí inseparablemente unidas, porque los elementos que las designan se han fundido en una sola palabra; la flexibilidad de estas lenguas está en armonía con la libertad del pensamiento, y la facilidad con que sus sonidos pueden modificarse lo está con el progreso de las inteligencias.

En las lenguas de aglutinación veíamos los prefijos y sufijos puramente yuxtapuestos, verificándose para eso algún cambio fonético que exigía la pronunciación; todo se manifestaba rudo y sin pulimento, como si faltase la última mano del artista. Aquí un sentimiento fino, dirigido por la inteligencia, preside a todas las formaciones y modificaciones del lenguaje. Una lengua de aglutinación añadiría a la palabra *tupt-ont* los signos característicos de sus distintas formas, sin realizar en ella cambio alguno, y tendríamos nom. *tuptonts*, fem. *tuptontsa*, neut. *tuptont*; al indo-europeo es insoportable esa acumulación y rudeza de sonidos, y establece una ley, según la cual, solamente ciertas consonantes pueden terminar una palabra; en su consecuencia, *t* *s* son suprimidas, y para compensar su pérdida se prolonga la vocal precedente; sólo el género neutro queda privado de esa compensación simbólica; así nos resulta: *túptôn*, *tuptóusa*, *tupton*. Iguales observaciones pudiéramos hacer sobre todas las formas. Mayor es la diferencia en el verbo, alma de la proposición; allí es un cuerpo muerto, al que sin modificación alguna se juntan las terminaciones o partículas de derivación; aquí es un ser con vida, al que se adhieren los elementos de flexión, como para expresar simbólicamente las relaciones gramaticales,

mediante ciertos cambios verificados en la raíz; así de legô, logos; y de lip, leipô, élipon, leloipa; de la raíz goda, grip; pres. greipa, pret. graip; part. pret. gripans; alem. greifen, grif, gegrifen; hebr. kâtal, kôtel, katûl, etc.

Semitas e indo-europeos son los pueblos de la historia y civilización, de la que son portadores sus idiomas; mas dichos pueblos están en continuo cambio de progreso y decaimiento intelectual, por lo que las lenguas varían como el instrumento en manos del artista.

El ínfimo individuo de esta clase es el

Egipcio.

Debemos distinguir en él tres variedades, manifestadas en otras tantas épocas o períodos; la lengua antigua o de los jeroglíficos; la demótica, cuyas producciones literarias se remontan al siglo séptimo antes de J. C., y la kóptica, usada por los cristianos egipcios, con la escritura griega. El principio que siguen en su formación es idéntico en las tres, y su diferencia está sólo en la riqueza y variedad de formas. (, pág. 232)

No hace distinción entre tema y raíz, añadiéndose inmediatamente a ésta los sufijos, que designan la relación gramatical; siendo de notar que a veces entra la raíz pura a formar parte de la proposición, es decir, sin signo característico de una categoría, por lo cual una misma raíz puede servir de tema verbal y nominal, anh significa vida, vivir, viviente; slél, orar, oración; hmam, calentarse, calor; demot. seji, escribir, escritura.

Un signo que caracterice los temas distinguiendo los nominales de los verbales, no existe, y sólo el uso los determina; así vemos en las tres variedades o dialectos adjetivos y aun sustantivos, con el carácter de raíces; demot. as, viejo; aa o ai, grande; jem (kopt. sem) pequeño, poco, etc. Entre sufijo y raíz no existe la relación íntima que en nuestros idiomas, conservando ambos elementos cierta independencia, que obra naturalmente sobre la forma del pensamiento. Mas, no obstante estas imperfecciones, el egipcio se elevó sobre el polinesio y americano, porque comprendiendo claramente la naturaleza de las relaciones de predicado, atributo y objeto, supo expresarlas por medio de formas gramaticales correspondientes.

La raíz, precedida del artículo (pe masc. sing., cuya e se suprime antes de vocal), se convierte en sustantivo; emi, saber; pemi, el saber. El adjetivo atributivo va después del sust.: pe majtaa, la entraña grande. Un sustantivo en relación de genitivo se coloca después del regente sin signo alguno; pe si pe re, el hijo del sol. En demot. se coloca el predicado como raíz después del sujeto o antes: hedz-ti av, corazón mío (es) puro; pero meti hedz-ti, contento (está) mi corazón.

La relación de atributo puede indicarse por la partícula en: pe jem en uans, el pequeño (que) lobo; kopt., jo kui en tebt, el pequeño (que) pescado; este mismo en es relativo, y sirve también de preposición.

Hasta aquí vemos al egipcio casi en la misma esfera que al chino, donde la partícula *ti* hace un papel semejante al del *en*, *kóptico* y *demótico*. Si pasamos al nombre, encontramos un carácter completamente diferente; el egipcio hace distinción formal del género; es decir, por flexión o terminación añadida a la palabra misma; y ésta es la línea que separa los idiomas anteriores de los que vamos a considerar; línea que separa también el espíritu de sus pueblos. Por medio de esa distinción puede la fantasía dar por un momento vida a todos los seres, y aun personificarlos, atribuyéndoles una existencia común; puede manifestar sus concepciones con todo el valor estético que tienen en el espíritu, designándoles, según la impresión que en él hayan causado, indicando su fuerza, debilidad, etc. Otra ventaja que se obtiene por la distinción de género es el poder verificar la concordancia, que se funda en él, y sin la que no existe verdadera cópula; las relaciones de atributo y predicado salen del estado de indeterminación en que las hemos visto hasta ahora, y el discurso recibe una luz que penetra y vivifica todo el lenguaje. Como se designa de diferente modo en nombre y verbo, tenemos en esto también otro medio de separación entre esas dos partes importantes del discurso.

El género fem. en el nombre se expresa por la adición *t* a la raíz; en los pronombres y artículo expresan *p* y *f* el masc.; *t* y *s* el fem. sing., siendo el plur. común; en lo primero se muestra más la analogía del egipcio con los idiomas semíticos.

Las terminaciones en el verbo se designan por medio de afijos personales; son:

Esta forma tiene significación de pres. y de pretérito; *ta*, dar.; *tai*, doy, he dado; *tak*, *tat*, has dado; *taf*, *tas*, él, ella, ha dado; *tau*, ellos, ellas han dado.

Otros tiempos con significación pasada se forman anteponiendo a la raíz verbal el verbo sustantivo *a*, ser, con los sufijos personales; *a-f-ti* ha dado; y entre el auxiliar y el verbo puede colocarse el sujeto: *a-ra-i mee*, ser mi boca llena = mi boca está llena. Otras palabras auxiliares sirven para designar el futuro, subjuntivo, optat. negativo, etc.; un subj. forma el relativo *enta* con el sufijo personal: *enta-i-ma*, que yo vea; *enta-f-dza*, que diga (en los idiomas semíticos, neo-latinos y germánicos, tiene la conjunción que un oficio semejante).

El tema (raíz) puro es el infinitivo; la lengua antigua formó de él un participio, añadiéndole el signo de 3ª pers. sing. o plur., masc. o fem.

Los afijos personales, colocados después del tema verbal o del sufijo que éste lleve, designan el acus.: *ran*, nombre; *ran-i*, yo nombro o mi nombre; *ran-i-k*, te nombro; *ta- i-s*, yo la doy.

De notar es el empleo de algunas palabras que significan miembros del cuerpo, en lugar de pronombres pers.; así, *ra*, cara: *tat*, mano; *rat*, pie; *dzo*, cabeza; se dice: su boca, por a él o le, etc., yendo acompañados de los sufijos pronominales *f*, *k*, etc.; un fenómeno semejante tiene lugar en hebreo.

El egipcio posee varios verbos que emplea como auxiliares; a es propio del demot., mientras que pu lo es del demot., y kopto (pu, fem. tu, plur., nau; kopt. pe, te, ne, es propiamente un demostrativo), empleándose aún con pron. de la 1.^a y 2.^a pers.; entak pu salata, tu este Salata = tú eres S. (construcción puramente semítica).

Vemos, pues, que el egipcio es pobre en formas, pero éstas en su sencillez son capaces de expresar todas las relaciones gramaticales indispensables, sin emplear medios materiales, que oscurecen el pensamiento, como hemos observado en las lenguas ural-altáicas y americanas.

En conformidad con los tres períodos que nos presenta el idioma, existen también varias clases de escritura: la jeroglífica (hieroglyfiké), la hierática (hieratiké) y la epistolográfica (epistolografiké), llamada por Herodoto dêmotiká, y conocida en los monumentos egipcios con el nombre de enjôria.

En el artículo XVI trataremos extensamente de los sistemas de escritura, su origen, desenvolvimiento y propagación entre los pueblos.

En Egipto, de la escritura jeroglífica nació con el tiempo la hierática, llamada así por emplearla los sacerdotes en su literatura, después que el pueblo principió a usar exclusivamente la demótica. Esa procedencia no es mera suposición, es un hecho; porque comparando cuidadosamente los signos de ambas escrituras, se observa muy a menudo su semejanza, o por lo menos que se corresponden. La hierática se nos ha conservado también en los monumentos más antiguos del Egipto. La epistolográfica se deriva a su vez de la hierática, pero en ella los signos conservan muy poco de su figura primitiva, siendo inferiores en número y más sencillos; existen monumentos en esta escritura del siglo VII, antes de Jesucristo, generalmente en papiros, y como excepción en la piedra roseta, que, como veremos después, ha servido de base al desciframiento.

Con el cristianismo se introdujo la literatura eclesiástica griega en Egipto, y del alfabeto de esa lengua, aumentado con seis signos de la escritura hierática, se formó otro llamado kóptico o kopto.

Desciframiento.

Entre las conquistas que forman la brillante corona de la filología moderna debe contarse como una de las principales el desciframiento de los jeroglíficos, de los que por completo se había perdido la noticia.

La gloria de que se cubrieron los primeros egiptólogos Champollion, Young, Lepsius y Brugsch, no puede, sin embargo, compararse con la que adquirieron los persistentes y asiriólogos Grotefend, Burnouf, Rask y Oppert; pero unos y otros tuvieron que vencer inmensas dificultades antes de obtener el primer resultado de sus penosas investigaciones. El enigma está resuelto, y por los antiquísimos documentos literarios conservados en las inscripciones sabemos con certeza el grado de cultura a que llegaron los egipcios, su posición con respecto a los demás pueblos del África, Asia y aun Europa, así como la

grandeza y antigüedad de sus monumentos, el desciframiento de cuyas inscripciones ha dado a los restos de las antigüedades egipcias un valor inapreciable. Los ilustrados gobiernos de Europa han recogido en sus museos las piedras en que se hallan grabados algunos de esos signos, como joyas que añaden nuevo brillo a su corona. Con razón podemos hoy decir que el desciframiento de las inscripciones cuneiformes y de los jeroglíficos debe mirarse como uno de los grandes descubrimientos del siglo XIX. La historia del Oriente, cuya memoria se creía olvidada para siempre, ha sido reconstruida con las piedras que por espacio de dos mil años la conservaban fieles en su seno, para despertar en el corazón del hombre ingrato su recuerdo.

Al frente de la atrevida empresa que se proponía nada menos que hacer hablar a los muertos, vemos al inglés Thomas Young, señalando y determinando el camino recto para arribar al feliz éxito en el desciframiento; síguele bajo mejores auspicios el joven francés J. Fr. Champollion, levantándose luego con armas poderosas los alemanes Lepsius y Brugsch. Un acontecimiento tan importante exige algunos pormenores.

La piedra de Roseta, encontrada en Egipto durante la expedición de Napoleón, 1799, con su texto trilingüe dio el primer impulso y esperanza al desciframiento. Contenía en escritura jeroglífica-demótica y griega un decreto en favor del rey Ptolomeo Epifanes, compuesto por los sacerdotes en el año noveno de su reinado. Admitiose, luego de leído el texto griego, que las otras dos escrituras de la piedra expresaban lo mismo, y reconociendo la importancia de la invención, se hicieron copias; en 1803 publicó por primera vez el texto la sociedad de antigüedades de Londres. El jeroglífico estaba incompleto, y los sabios europeos hubieron de dirigir su atención al demótico para tener una base sobre que fundar el desciframiento de aquél. El insigne orientalista de Sacy hizo el primer ensayo, quien publicó sus resultados en su carta al ministro francés del Interior. Distinguió algunos grupos que contenían los nombres propios Ptolomeo, Arsinoe, Alejandro, etc. Más adelante fue el diplomático sueco Akerblad quien en su escrito de 1802 determinó el valor fonético de varios signos, por medio de los nombres propios, la mayor parte de los cuales resultaron verdaderos; reconoció también algunas cifras numéricas en los jeroglíficos. Los años siguientes vieron muy pocos progresos, y los trabajos publicados sobre la materia apenas merecen especial mención. Alguna importancia tuvo el de Quatremère, y por el gran material reunido, la *Description de l'Egypte 1809-13*, que fue como el fruto literario de la expedición napoleónica.

En 1819 llamó de nuevo la atención hacia estas importantes investigaciones el Dr. Th. Young con un artículo que apareció como suplemento a la *Encyclopedia Británica*. Young aplicó al texto jeroglífico los descubrimientos hechos por Akerblad en el demótico, probando que los signos contenidos dentro de las casillas de aquél correspondían a los ya conocidos de los nombres propios del demótico. Formó de esta manera un pequeño alfabeto jeroglífico, y aplicó los signos descubiertos al desciframiento de nuevos nombres propios. El método era excelente; el ensayo fue ejecutado con ingenio y talento, pero los resultados sólo podían ser correspondientes a un ensayo; leyó varios nombres falsamente, y el valor que dio a muchos signos no fue comprobado en lo sucesivo.

Champollion, que ya jamás abandonó sus estudios sobre el Egipto, publicó en 1821 una memoria sobre la escritura, y otro trabajo más notable al año siguiente, en el que estableció

un alfabeto, obtenido también por medio de los nombres propios. A sus descubrimientos añadió el mérito de simplificar y hacer más seguro el método seguido por Young.

El inglés Bankes había traído de Egipto un obelisco con su pedestal, que contenía una inscripción bilingüe, jeroglífica y griega; en el mismo año de 1824 publicó el texto doble. El griego contenía una carta del sacerdote de Isis a Ptolomeo Evergetes II, a su hermana Kleopatra y su esposa (del mismo nombre). Champollion supuso que en el texto jeroglífico se hallarían esos nombres, y leyó efectivamente Ptolemaios, ya descifrado en la roseta. Luego pudo leer también Kleopatra, fundado en las cuatro letras que tiene iguales en Ptolemaios, dos de ellas repetidas alternativamente; con esto se aseguró de haber leído bien ambos, y determinó el valor de once letras, que aplicadas a los nombres Berenice, Alexandros, etc., se aumentaron considerablemente con nuevos descubrimientos.

Las investigaciones habían recibido una base firme; tenía ya un punto de apoyo, y el desciframiento caminaba sobre algo más que puras hipótesis.

Hasta entonces había creído que los signos jeroglíficos tenían valor fonético solamente en los nombres propios, y fuera de ellos siempre ideográfico. Champollion demostró, en su escrito de 1824, que el valor obtenido por medio de los nombres propios podía aplicarse a cualquier grupo en que el jeroglífico se encontrase. En la gramática publicada después de su muerte explicó el sistema de escritura, y expuso los principios fundamentales de la lengua, comprobándolos con numerosos ejemplos tomados de diversas inscripciones.

Lepsius metodizó y aclaró los descubrimientos de Champollion dividiendo en varias clases los 232 signos que éste había determinado, y limitando el valor fonético a 34 jeroglíficos. Por este tiempo vemos ya a gran número de sabios europeos tomar parte activa en el desciframiento. Leemans, director del Museo de Antigüedades en Leiden, publicó en varios trabajos el fruto de sus investigaciones, hechas principalmente en París y Londres.

El inglés Sam. Sharpe enriquecía los materiales con bellas publicaciones, mientras que Rosellini nos daba a conocer los monumentos y su contenido, o lo que en ellos podría encontrarse.

Lepsius llamaba no menos la atención con varias obras, habiendo adquirido preciosas noticias en el terreno de la arqueología, durante su permanencia en Roma. En el mismo año de 1842 partió al frente de una expedición de egiptólogos a Londres, y desde allí a Alejandría. A su vuelta publicó sus resultados en una serie de escritos, que arrojaron nueva luz sobre la historia y antigüedades del célebre país de las pirámides.

Tomó luego a su cargo la dirección de la Revista de antigüedades egipcias, fundada por Brugsch, en la que ambos investigadores escribieron algunas de sus notables producciones.

Este último publicó como estudiante sus primeros escritos, que llamaron la atención del Rey de Prusia y de los sabios de Europa, quienes en lo sucesivo protegieron sus empresas y la publicación de sus obras. Habiendo terminado sus estudios y visitado los principales museos en que se conservaban algunos monumentos del Egipto, emprendió, a costa del rey Guillermo IV, un viaje a este país. De vuelta a Europa, siguió el ejemplo de Lepsius, y sus

obras no son menos importantes que las de aquel ingenioso lingüista. Aunque en ellas comprendió todos los ramos que ofrecen las antigüedades del Egipto, dirigió especial atención al demótico, por ser menos conocido, rectificando y aumentando considerablemente los descubrimientos de Young, Champollion y Lepsius. (, , , ,)

En Francia vemos renacer de nuevo el celo por un estudio al que ella dio el primer impulso, pero que largo tiempo había abandonado en manos de ingleses y alemanes. Rogué trabajaba con entusiasmo en el desciframiento, y entre sus numerosos y útiles escritos, gran parte publicados en la *Révue archéolog.*, merecen especial mención su *Mémoire sur la statuette naophose*, etc., 1851; *Notice d'un manuscrit égyptien en écriture hiératique*, 1852; un trabajo sobre el ritual de funerales, 1860; la traducción de un poema sobre las victorias de Ramsés II, y en 1867-68 varios trabajos gramaticales y lexicográficos; M. de Rogué ha desempeñado desde 1860 la cátedra de filología egipcia con grandes resultados.

Otros amantes y admiradores del Egipto han hecho accesibles a todos los nuevos descubrimientos con sus traducciones y explicaciones de los textos ya publicados. Pero los materiales no se han agotado, y tardarán mucho tiempo en agotarse; los museos de Europa y del mismo Egipto encierran gran número de documentos poco conocidos o completamente ignorados, y otros nuevos llegan a enriquecer las colecciones. El decreto bilingüe de Canopus ha venido posteriormente a comprobar la rectitud y veracidad de los procedimientos seguidos en la lectura y explicación de los jeroglíficos egipcios. (,)

Entre los descubrimientos científico-literarios del siglo XIX, es el que al presente nos ocupa uno de los más ricos en resultados; desde la piedra roseta hasta el decreto canopus encontramos un gran número de monumentos históricos, que contienen noticias nuevas o conocidas por fuentes poco veraces; de modo que la lectura de los jeroglíficos ha añadido una página gloriosa a la historia de la humanidad. Teníase antes una lista de reyes, y por medio de los jeroglíficos les hemos podido colocar en orden cronológico aprendiendo a la vez parte de sus hazañas.

La invasión de los pastores era un caos que ponía confusión en toda la historia del Egipto; esa confusión ha desaparecido en parte con los jeroglíficos, y no está lejos el tiempo en que se desvanecerá por completo la niebla que cubría los acontecimientos notables de esa época, y aparecerán triunfantes los libertadores del pueblo. Después de Ahmés I, uno de ellos, se aumentan los materiales, y los trabajos de los comentadores Birch, de Rogué, Mariette, Lepsius y Brugsch nos abrirán las páginas cerradas de este período interesante. Las grandes hazañas y atrevidas empresas de Ramsés II y III han salido del olvido, pudiendo ser narradas en nuestras cátedras al lado de las de Alejandro y César. Los reyes de la célebre Tebas, cuya dominación se extendió por todo el Egipto, nos cuentan sus hechos y victorias en los monumentos que hicieron levantar al pie del monte Barkal, y la tumba de Apis ha conservado un documento que nos da noticias acerca de los últimos años de la dinastía etiópica.

No son menos interesantes los datos que sacamos de las inscripciones para la historia de los Ptolomeos.

El decreto de Canopus, descubierto por Lepsius en Tanis, ha relegado casi al olvido la importante inscripción de la piedra roseta, que lo fue fundamental de la egiptología. En este decreto, después de celebrar las victorias y beneficios de Evergetes I, proponen los sacerdotes la reforma del calendario.

Los últimos descubrimientos se refieren a los Faraones. Sus nombres han sido fijados con seguridad, y las inscripciones han confirmado los datos de Herodoto.

La historia del Egipto ha salido, pues, del estado semifabuloso en que por espacio de tantos siglos se hallaba envuelta, y ha sido enriquecida con preciosas y brillantes páginas, que se aumentarán en lo sucesivo.

- IX -

Lenguas semíticas

Árabe

Entramos en el terreno de la familia de Sem, de los patriarcas, de la historia y de la civilización; familia que en otro tiempo dirigió los destinos de los hombres, o ejerció una influencia decisiva en su suerte. Los rayos de su ciencia penetraron en todos los ángulos de la tierra, la voz de sus maestros se dejaba oír en remotas regiones; sus legisladores han dado leyes a todos los pueblos; los cantos de sus poetas traspasaron los mares, y sus escritores todos viven y vivirán llenos de gloria en la memoria de las naciones; como los oasis del desierto son siempre dulces y agradables al cansado viajero, que apaga en ellos la sed de su inteligencia y tranquiliza las tormentas de su espíritu. Las obras inmortales de Calderón, Shakespeare, Goethe y Schiller no han oscurecido ni hecho olvidar los sublimes himnos y elegías de los pastores de Israel, o las amorosas y tiernas quejas de los poetas de la Arabia. El semita, pueblo religioso por excelencia, bebía sus bellos y grandiosos pensamientos en las fuentes que emanan de la Divinidad, por lo que sus producciones serán siempre amenas a la imaginación despreocupada, y suave alimento a la inteligencia. La vida era para él un tránsito; Yehovah-Allah llenaba su corazón, el cual manifestaba sus sentimientos de una manera conforme, y digna del sublime objeto que le ocupaba y dominaba por completo.

Los pueblos semíticos se han opuesto siempre a admitir elementos de fuera en su civilización y costumbres, participando las lenguas del mismo carácter. Algunas han adquirido un desarrollo considerable, pero utilizando sus propios materiales. De aquí el que los dialectos conserven entre sí mayor relación que en ninguna otra familia conocida. Sin pararnos a examinar la cuestión de antigüedad, pasaremos desde luego a determinar sus principales caracteres.

Estos idiomas son, sin duda alguna, de los más antiguos entre todos los estudiados hasta hoy. No encontramos en ellos otros elementos extraños que los empleados para designar

objetos o descubrimientos modernos, mientras que las demás lenguas han tomado de ellos, por lo menos, nombres propios de personas, lugares y pueblos.

Como tronco de la familia puede considerarse el hebreo, en el que existen muchas de las raíces más antiguas. Síguele el arameo (siriaco y caldeo), el árabe, notable por el grado de desarrollo que ha alcanzado, conservándose puro y libre de toda mezcla, y el etíope. El samaritano y fenicio pertenecieron también a la familia, habiendo hallado los filólogos modernos un miembro perdido en el asirio, y en breve tiempo podremos acaso incorporarle otro, el pehlevi.

Uno de los caracteres que más distinguen a estas lenguas es el de ser sus raíces trilíteras o de tres letras (con pocas excepciones); en árabe, además, trisílabas; de dos sílabas en hebreo, y en arameo, monosílabas: raíces con cuatro consonantes resultan por reduplicación, intercalación o adición de letras, como r, n, s; zalzala, chamhara, se han formado, el primero por reduplicación, el segundo por intercalación.

Entre sus sonidos, que son veintinueve, o sólo veintiocho según otros, predominan los aspirados y guturales; h (aspir.), a, j; a'in, ghain (gut.), k, (gut.): son igualmente ricas en dentales, t, d, dz, th (enfática), dh (enfát.), z; en cambio el árabe carece del sonido importante p. Que el sistema fonético, o de sonidos de estas lenguas, sea incompatible con la armonía, lo dirá solamente aquel que les considera y juzga bajo el punto de vista subjetivo europeo, y desde su gabinete; su buena pronunciación es imposible, cuando los órganos han adquirido un hábito fijo. Todos los idiomas semíticos tienen reglas eufónicas, por las cuales evitan escrupulosamente el encuentro de consonantes desagradables y de vocales heterogéneas, en lo que especialmente se distingue el árabe, que no admite sonidos como tutu, tla, con una consonante repetida en principio de dicción, ni aun en medio, como en medida, donde diría madda, pronunciando una sola d fuerte; ni consiente combinaciones, como en ralasa, larasa, nalasa, etc.; también en la combinación de sonidos árabes ha tenido parte el sentimiento y la armonía, en unión con la razón.

En la manera de tratar sus vocales, muestran los semitas un sentimiento aun mucho más fino; la prolongación de una de ellas tiene por consecuencia la abreviación u omisión de otra en la misma palabra: hebr., de kattêl, hace kattaltá, por kattêl-ta; de hiktîl, hiktálta; de dâbâr, d'bârim y dibrêkêm (la i es eufónica por d'b'rêkêm).

El sistema de escritura semítico guarda completa analogía con el carácter de las lenguas. Las consonantes se escriben independientes de las vocales, que se colocan sobre o debajo de aquéllas, y a placer pueden omitirse, sin que por eso sufra o varíe la significación de la palabra. La consonante es para el semita como la materia, el elemento químico, cuyo principio vivificador es la vocal, que organiza aquel elemento informe. Las consonantes designan lo material del pensamiento de una manera indefinida; las vocales especifican esa significación general e indeterminada a una representación, a una idea; a las consonantes pertenece la significación; a las vocales, la relación gramatical; ktl expresa la idea de matar, pero sin determinación de forma; las vocales vienen a especificar la categoría de la palabra, sacando a ese elemento del estado de raíz; aram., ktal; hebr., katal; árab., katala, han recibido una significación determinada, -mató, -dejando de ser raíz. Según esto, la terc. pers. sing. masc. del pret., no lo es, como de ordinario se afirma; pues esa persona supone y

tiene una significación concreta, que es incompatible con la idea y naturaleza de raíz; ésta se compone, en los idiomas semíticos, solamente de consonantes.

La raíz indo-europea aparece bajo la forma que le dan las vocales, aunque con significación indefinida; la semítica es un esqueleto informe, cuyo principio de vida está en la vocal, y al unírsele ésta, queda determinado su valor; por eso la flexión semítica se verifica en gran parte por cambios internos de la forma, es decir, de las vocales; y sus prefijos, afijos y sufijos están formados generalmente por las consonantes más ligeras, como h, y, m, n, l, s, t, k (en pronombre las dos últimas).

El sistema de escritura de los idiomas semíticos es de tal naturaleza, que parece ser más propio el escribir sin signos vocales, expresando gráficamente sólo las consonantes, y omitiendo, además de las vocales, todo otro signo ortográfico; éste es el procedimiento seguido, sin excepción alguna, durante muchos siglos después de la invención de la escritura, en la cual entonces sólo había signos para las consonantes. Y como las vocales son de origen posterior, ya no llegaron jamás a tener la importancia que en los alfabetos indo-europeos, ni se las aplicó como parte integrante e inseparable de los demás signos del alfabeto, y si más bien como medio para fijar la lectura de ciertos libros que tenían especial valor entre el pueblo, y fuera de esos libros, que son los religiosos o sagrados, no se ha hecho uso, hasta nuestros días, de dichos signos vocales y demás ortográficos, sino es en casos muy especiales y cuando el escrito tiene un fin determinado, como el de la enseñanza escolar, por ejemplo.

Por testimonios muy respetables, cuya enumeración no es de este lugar, nos consta que en hebreo no se tenía la menor noticia de signos vocales y ortográficos hasta fines del siglo V, y hasta el VII no sabemos que existiesen; de modo que, examinado bien todo lo que sabemos acerca del origen de estos signos, podemos asegurar que su invención no se hizo de una vez, o que, inventados, se fueron admitiendo gradualmente desde el siglo VII al X. Es probable que en siriaco se usasen antes que en ningún otro dialecto semítico, y que en hebreo y árabe comenzasen casi simultáneamente; en etíope debieron inventarse las vocales con las consonantes, porque siendo la escritura silábica, aquéllas van siempre acompañadas de una vocal; y para que ésta deje de pronunciarse se necesita un signo expreso. La naturaleza de este escrito no me permite extenderme en estas observaciones. Consúltese sobre la materia la excelente introducción que acompaña a la Gramática hebrea del Dr. Braun. ()

El punto de partida para la conjugación es la tercera persona masc. singl. del pretér., y no el infinit., como en nuestros idiomas. En la conjugación del verbo distingue también el semita los tres géneros, y a nuestros dos números añade el dual, número que sirve para designar dos solos objetos.

Pasemos a determinar a unos caracteres en el árabe, que, con pequeñas diferencias, muchos son comunes a toda la familia. En todos los idiomas que la componen, menos el etíope y asirio, se lee en la dirección de derecha a izquierda; en los dos mencionados se procede en la lectura como en español, etc. De las tres vocales que, como hemos visto, lleva la 3.^a pers. del pretérito, la 2.^a determina la naturaleza del verbo y su significación transitiva o intransitiva; verbos con a la tienen generalmente transitiva; katala, matar; qataba, escribir.

Con i o u intransit.: farijha, se alegró; hasuna, fue bello; kabujha, fue feo. La vocal de la primera consonante radical es también característica; a designa el activo, u caracteriza el pasivo, siendo en éste la segunda siempre i; qutiba, fue escrito. La tercera vocal caracteriza los modos: u el indicativo, a el subjuntivo, y la falta de esta vocal indica el yusivo o condicional; yaktulu, matará, mata; liyaktula, para que mate; in-yaktul, si mata.

Las lenguas semíticas distinguen sólo dos tiempos: pretérito e imperfecto o futuro, sin atribuir a ninguno la significación de pasado, presente o futuro. El semita no considera el tiempo con relación a sí mismo, subjetivamente, sino con relación a la acción, que para él es completamente acabada o no realizada.

Entre las primeras comprende todo lo acontecido en una época pasada, o cuyas consecuencias aún duran, o que se está verificando, y aún acciones futuras, que habiendo de tener lugar seguramente, considera como ejecutadas.

Acciones que se concluyen en el momento son para el semita ya pasadas; te doy, te bendigo, lo expresa en perfecto.

Como no ejecutadas considera las acciones futuras, comprendiendo aquí lo duradero, repetido y eterno; pero mandatos, promesas, profecías, puede expresarles en perfecto.

En absoluto sólo son posibles esas dos divisiones del tiempo, y las designadas por el plusquamperfecto y futuro anterior, etc., proceden del contexto y relaciones gramaticales; para determinar estos tiempos secundarios se emplean en las lenguas semíticas partículas y construcciones que no dejan duda acerca del correspondiente en las nuestras. El perfecto hebreo puede recibir significación de futuro si le acompaña el prefijo ve o u, katáta, has matado; ve-kataltá, matarás; el árabe tiene también semejantes partículas, que hacen variar el valor de los tiempos; lam-yaqtub, no ha escrito; pero yaqtubu, escribirá; in-yaqtub, si escribe. En hebreo se verifica a veces con dicho prefijo un cambio simbólico en las vocales: yebârêq, bendicirá; va-yebâreq, bendijo. La conjugación tiene lugar por medio de sufijos personales en el pretérito, a los que se juntan en el futuro prefijos. Estos dos elementos de la flexión verbal se unen estrechamente a la raíz o tema, porque, o carecen de vocal propia y necesitan de su apoyo, o si la tienen, la última consonante de la raíz va sin ella; heb., kâtlâ, ella mató; kâtlû, ellos mataron; kâalta, tu mataste; yaktôl, mata él; taktôl, tú matas; ketaltêm, vosotros matáis; árabe, katalat, ella mató; kataltu, yo maté; yaktulu, él matará; taktulûna, vosotros mataréis, etc.

Los pronombres objetivos son también afijos sin existencia independiente fuera de la palabra; hebr., katalti-hu, le he matado; árabe, taraqtuqum, os he dejado; uahabta-hum, les has regalado; qatabtuha, la he escrito.

En los idiomas semíticos siguen todos los verbos una misma conjugación, pero la forma primitiva, como katal o qataba se modifica de varios modos, y con ella la significación. La lengua se enriquece de este modo considerablemente, valiéndose de sus propios materiales; los cambios que sufre la significación están en armonía con los fonéticos, que se verifican en el tema verbal.

Consideraremos brevemente estas formas derivadas en el árabe. La reduplicación de la segunda consonante radical denota intensidad cualitativa o cuantitativamente; a veces cambia la significación intransitiva en transitiva; -dharaba, herir; dharraba, golpear fuertemente; a'líma, saber; a'llama, enseñar; qasara, romper; qassara, romper en muchos pedazos; hebr., lamad, aprender; limmed, enseñar.

La prolongación de la primera vocal designa esfuerzo, aspiración, ensayo, competencia, etc.; katala, matar; kâta, tratar de matar, combatir; qataba, escribir; qâta, escribir a otro (cp. el lat., cado y caedo, y alem., fallen-faellen). En otras formas derivadas entran los sufijos y prefijos como elemento principal. El prefijo a, que hace perder al tema su vocal primera, denota causa; kabala, recibir; akbala, presentar; qaruma, ser honrado; aqrama, honrar.

El prefijo ta con reduplicación de la segunda consonante radical forma pasivos (generalmente de la primera forma indicada arriba), y reflexivos, denotando a veces el estado en que uno se encuentra; taa'l-lama, ser enseñado; taqassara, romperse. El mismo prefijo con prolongación de la primera vocal radical forma recíprocos; taqâtabû, se escribieron.

Colocado después de la primera consonante del tema con el prefijo alif, forma también pasivos; irtaa'da, ser aterrado; iqtasara, ser roto; este prefijo, y reduplicada la tercera consonante radical, expresa faltas corporales, deformidad y colores; içfarra, ser amarillo; ijhmarra, ser rojo. El prefijo ista designa petición, deseo, tener a uno por ...; istajbara, pedir informes; istaghfara, pedir perdón; istakal-la, tener por miserable. La etimología de este prefijo se explica de diferentes maneras. Existen en árabe otras formas derivadas menos importantes, hasta quince, y las indicadas tienen significaciones muy variadas; el etíope forma muchas más combinaciones, pero el hebreo y arameo son más pobres.

Pasemos al nombre, considerado por la mayor parte de los gramáticos árabes como dependiente y derivado del verbo. Con las mismas radicales que éste, lleva generalmente algún prefijo o afijo de derivación, caracterizándole además las vocales. El verbo activo árabe tiene invariablemente las formas katala, katula, katila; hebreo: katal, katol, katel; arameo: ketal, ketel, ketol; el pasivo del primero kutila, y las derivadas tienen sus prefijos distintivos (hebreo y arameo carecen de forma especial para el pasivo). En todos los dialectos semíticos los prefijos principalmente usados en la derivación del nombre son: t, m, a, i; los afijos t, n, i, â. Distinguen dos géneros, masculino y femenino; éste con terminaciones propias en algunas personas del verbo; las más frecuentes en el nombre son t, â (at, it, etc.); katala, él mató; katalat, ella..... (hebreo, kâlat). El árabe termina sus nombres, si no están en relación o dependencia, en n; nomin. un. maliqun, rey; para formar el plural masculino regular cambia esta terminación en ûna, maliqûna, los reyes, y la femenina singular atun en âtun; maliqatun, reina, plural maliqâtun; el dual termina en âni, maliq-âni, femenino; maliqat-âni (hebreo, plural, masculino, im. melâqim; femenino ot, melâqôt, dual, aim, melâqaim, los reyes, etc.). En árabe y etíope son más frecuentes los plurales irregulares, que se forman por medio de cambios internos verificados en el tema, ya variando las vocales, anteponiendo una a, posponiendo la terminación atun, etc., maliqun, plural irregular, mulûqun; malqun, plural, amlâqun, poseedores. Tales plurales son

considerados en árabe como femeninos, y concuerdan con el verbo o adjetivo cual si fueran abstractos o colectivos; como si se dijese la pluralidad de hombres vino, por los hombres vinieron.

Esta lengua, cuyo desarrollo gramatical puede compararse con el de los idiomas indo-europeos, posee un gran número de formas sin correspondientes en éstos, cuyo conjunto constituye un cuerpo perfectamente organizado; los nombres que denotan la especie, el individuo; los gentilicios o patronímicos; los que designan lugar, tiempo, etc., llevan un signo distintivo. También ha salvado la flexión en el nombre, que hebreos y arameos perdieron por completo. Aunque pobre en terminaciones, el buen uso que de ellas hace suple a la riqueza de las lenguas sánscritas. Los gramáticos árabes han especificado y clasificado los diversos empleos y valores de su acusativo con más claridad que lo hayan podido hacer hasta hoy los latinos con cualquiera de sus casos.

Distingue solos tres de éstos; nominativo el caso del sujeto y predicado; genitivo el caso de dependencia; y acusativo, caso del objeto, estado adverbial, etc.; sus terminaciones son respectivamente u, i, a, con la n final, que sólo se emplea cuando el nombre no está determinado; a'bdun, un siervo, pero, al-a'bdu, el siervo; abdul-lahi, siervo de Dios; abdân, acusativo; uahaba-l-a'bda, regaló al siervo. El hebreo designa el acusativo por la preposición et, ot (arameo yat o le); y el genitivo está en el mismo caracterizado solamente por los cambios de vocales que tienen lugar en el regente; dâbâr, palabra; pero debar Yehovâh, palabra de Dios; debarim, palabras; dibrê Elohim, palabras del Señor.

La construcción árabe es sencilla; el verbo precede generalmente al sujeto: mâta Zaidun, murió Zaid. Por medio de partículas se obtiene gran variedad de construcciones análogas a las de nuestros idiomas.

En las lenguas semíticas observamos aún la falta de una de las partes más importantes de la oración, la cópula; mas la declinación y forma determinada o indeterminada del nombre excluyen en árabe toda ambigüedad que pudiera proceder de semejante falta.

El atributo concuerda en género, número, caso y determinación con su sustantivo; al qitabu-l-a'dhimu, el libro (el) excelente; qitabu Mûsa-l-a'dhimu, libro de Moisés (el) excelente; un adjetivo indeterminado acompañando a un sustantivo determinado es predicado; al qitabu a'dhimun: as-sultânu maridhun, el libro (es) grande; el sultán (está) enfermo. Para evitar confusión en casos análogos puede emplearse el pronombre de tercera persona cuando el predicado está determinado; Allahu, hua-l-qarîmu, Dios él (es) el liberal.

El infinitivo participa de la naturaleza de verbo y nombre, acercándose más a éste; lleva sus prefijos y sufijos; el artículo y a menudo el objeto en genitivo; de modo que no hay en estas lenguas verdadero infinitivo.

En la misma categoría está el participio, en cuyo lugar se usa muy a menudo el imperfecto; así dice marartu bi-rachulin yanûmu, pasé al lado de un hombre (que) dormía; aunque puede decirse marartu bi-rajulin nâimin, pasé al lado de un hombre durmiente. Como en hebreo, puede omitirse en árabe el relativo, según se ve en el ejemplo anterior (lo mismo en inglés, the book I have read, etc., por which I have.....). En arameo ha conservado

el participio su naturaleza verbal, siendo digno de consideración, además, que esta lengua no emplea el infinitivo en construcciones indeterminadas como la hebrea; no (es) bueno el ser del hombre solo, donde aquél dice: no es bueno que esté.....

Cuando el verbo precede al sujeto se coloca en singular, aunque éste vaya en plural; kâla-l-muminuna, dijo los creyentes, por dijeron.....; es decir, la pluralidad de los creyentes dijo.

Si a la cualidad atribuida a un objeto acompaña aún la parte especial a que pertenece, o aquello en que dicha cualidad consiste, se coloca en hebreo el adjetivo en status constructus o relación de dependencia antes del sustantivo; gadol, grande; pero gedol coaj, grande en fuerza; el árabe ofrece aquí una gran variedad de construcciones: hombre bello de rostro; rachulan jhasanun il uachhu, o rachulun jhasanun uachhuhu, bello su rostro; o rauchlun jhasanu-l-uachhi, bello de rostro; rachulun jhasanu uachhihi, bello de su rostro, etc.

En los idiomas semíticos encontramos un sistema gramatical perfecto y bien acabado, con todos los elementos necesarios para un completo desarrollo. Las partes de la oración formalmente caracterizadas por prefijos y afijos, que penetran la palabra o se unen inseparablemente con ella. La forma exterior, o las consonantes, sufre menos cambios que en las lenguas indo-europeas, para dar lugar a los internos de las vocales, que el semita considera más adecuados para caracterizar las formas de flexión. Pero éstas llegan a ser verdadera expresión del pensamiento; los prefijos y afijos que las modifican pierden su independencia, constituyendo con el tema un solo elemento, en oposición a los procedimientos de yuxtaposición que hemos observado en las lenguas tatáricas. Las semíticas no han alcanzado el grado de desarrollo que pudiera en algunas esperarse de su estructura y riqueza; pero a ello se opusieron acontecimientos históricos que dando muerte a los pueblos antes de que llegasen a la edad madura, cual poderoso dique detuvieron el progreso de sus inteligencias.

El mérito de las sublimes composiciones hebreas es, no obstante, siempre el mismo, y la rica y bella literatura de los árabes es tan digna de nuestro estudio como lo ha sido y son las de Grecia y Roma. Su carácter es tan distinto como el de los pueblos; su comprensión imposible al que no respire la atmósfera de ideas que rodea y penetra al oriental; pero eso las hace más preciosas, puesto que en ellas debemos estudiar el espíritu de las naciones, y la marcha de la inteligencia en su desenvolvimiento histórico.

Pehlevi.

El conocimiento de esta lengua se ha conservado únicamente entre los sectarios de Zoroastro, pero su gramática ha sido reconstruida por los europeos en los dos últimos decenios de este siglo, siendo aún el edificio tan imperfecto, que los orientistas no concuerdan en designar la familia a que pertenece. Tiénela algunos por semítica, por eránica otros, y es una mezcla monstruosa de elementos heterogéneos para los terceros. Según éstos, el pronombre de la primera pers. sing. (personal) es afgánico, uno de la 3.^a kúrdico, o acaso armenio, y el de la 1.^a pers. plur. se le prestaron los semitas. Una lengua

que tan caprichosamente reunió pronombres personales sería sin duda digna de estudio por lo rara. (, pág. 80)

De los problemas más difíciles que en ella se han presentado, es la determinación de los valores de sus signos, principiada por M. J. Müller, en su excelente trabajo *essai sur la langue pehlevi* (*Journal asiatique*, 1835), y a la cual han dedicado parte de sus obras Olshausen, Edw. Thomas, Dorn, Mordtmann y otros. El doctor M. Hang, en varias disertaciones, ha puesto más en claro la naturaleza del idioma, y sus trabajos son de los más apreciables y fidedignos que poseemos sobre la materia, por lo que le seguiremos en las observaciones que vamos a hacer sobre su estructura gramatical. ()

Pahlavi significa parto y persa; en esta última significación se encuentra el *sanskrit pahlava*. El persa moderno emplea este nombre en la acepción apelativa de héroe, que en el caso presente no tiene importancia.

Se la da también el nombre *huzvâresh*, que, según Ibn-Moqaffa, escritor del siglo VIII, designa el elemento semítico, de que en gran parte se compone la lengua, siendo ésta la opinión de los parsis modernos. Algunos quieren que signifique sólo alfabeto o escritura y aun ortografía.

El carácter de la lengua es semítico, lo cual prueban varios fenómenos de los más importantes en la estructura gramatical de un idioma. Distínguense en pehlevi dos dialectos principales: el P. caldeo y el P. de las inscripciones de los reyes sasanidas.

I. Los pronombres *lî*, *mi*, *yo* (hebr. arab. *a mí*); *lan*, *nos*, *nosotros*, en pehl. caldeo; y *lanman* en el de los reyes sasanidas, demostrativos *zak*, *zanman*, *éste* (arab. *dzaq*); *ûlman*, *aquél*, son semíticos.

II. Los verbos lo son también, llevando a menudo terminaciones eránicas (en pehl. cald.); *ramî tun P. Sas.* *ramî t P. Cald.* arrojado (arab. *rama*-arrojar); *yahvû n P. Sas.*, *îhût P. Cald.*; existe (hebr. *jhaya*, *ijhye*, *yehî ser*); *qatab*, *qadab*, P. S. y Cald. escribió (hebr. *qatab*, ar. *qataba*); *banî t P. Cald.* edificado, etc., arab. *bana*.

III. En el nombre, aunque el elemento eránico es más fuerte que en el verbo, aun prepondera el semítico; *barman*, hijo; *malkân malkâ*, rey de los reyes; *barbî lân*, los grandes; *ragalman*, pie; *yadman*, mano; *âlahâ*, Dios, etc., prueban nuestra opinión.

IV. Las partículas *âmat* cuando (arab. *mata*), *û* y (ar. *ua*; el hebr. *ve* o *û* y a veces *va*); *âdîn*, entonces (ar. *idzan*); *tamman*, allí (arab. *thamna*); *aik*, donde; *lâ*, no; ar. *lâ*, hebr. *lô*); en Pehl. de los Sas. viene también *ajar*, después (ar. *ajir*), etc. Preposiciones *min*, de (ar. *id.*); en Pehl. Sas. *ûl*, a, en (ar. *ila*), la misma es Pehl. Cald. *le*; *ambas*, como en los idiomas semíticos, son signo de dativo. Relativo *zî* (arab. *alladzi*); notable es también la palabra semítica *âitî*, hay (ar. negativo *laita*, hebr. *yesh.*).

V. El plur. en los nombres termina en *ân*=Pehl. Cald.; también tiene la terminación *în* (como en el verdadero caldeo); la primera terminación puede ser semítica o erámica. En Pehl. Cald. se designa el acus. por *le* (cp. hebr. *le* y ar. *li*).

VI. Las terminaciones verbales ûn, lûn, tn (tun) parecen ser de origen semítico; hanajtûn es la 3.^a pers. plur. del perf: yahvûn, id. imperf. ramîtun, 2.^a pers. plur. perf., etc.

Estas y otras muchas particularidades que se observan en las inscripciones manifiestan bien claro el carácter semítico de la lengua. En el pehlevi de los libros se añaden siempre las terminaciones eránicas a raíces semíticas; yahvun-ad por yahvûn, es: napal-t, cae (hebr. nâfal); yehût, es.

Se coloca generalmente el verbo al fin de la oración, como en el persa moderno y en las inscripciones cuneiformes asirias, de donde pudo venir esa costumbre.

La diferencia entre el pehlevi caldeo y el de los sasanidas consiste en el empleo de algunas terminaciones y palabras, siendo su estructura y construcción gramatical idénticas. Las partes más importantes de la proposición; pronombres personales, relativos y demostrativos, con gran número de partículas, preposiciones, etc., y de los conceptos más universales, como hacer, decir, ir, venir, comer, beber, ser, existir, etc., son de origen semítico. Las terminaciones eránicas, añadidas a las palabras, tienen un fin muy singular, que era el presentar a la memoria del lector con más viveza la significación de la palabra, y recordar, que aunque fuese semítica, debía leerse la eránica correspondiente, en lugar de aquélla. Así, para expresar nuestra palabra carne, escribían bisra, pero leían gosth, que es la palabra persa correspondiente a la semítica bisra; para designar pan escribían lahmâ y leían nân; la primera es voz semítica, cuya correspondiente persa es la segunda; que tal era el fin de estas terminaciones, se ve bien evidente en abîtar, padre, y amîtar, madre, donde la terminación tar no tiene otro oficio que recordar al lector que debe pronunciar patar y matar; es decir, las palabras eránicas en lugar de las semíticas que están escritas.

El pehlevi caldeo se habló probablemente en Caldea; por lo cual fue llamado también Pehl. del Oeste; no se le encuentra en las monedas de los sasanidas; el que ha recibido la denominación de esta familia, o de Pehlevi del Este, fue elevado por Ardshir Babegan (su primer rey, 300 d. J. C.) a lengua de estado, en lugar del Pehl. Cald., y empleado desde entonces exclusivamente en las monedas; luego se extendió por todo el reino hasta el N. de la India. El principio de la literatura pehlevi puede colocarse en el siglo IV antes de J. C., o a principios del III. En tiempo de Alejandro Magno existía ya una traducción pehlevi del zendavesta. Esta lengua tiene grande importancia para el estudio de todo lo relativo a los pueblos orientales, y en primer lugar del persa. Los trabajos gramaticales y lexicográficos que tenemos sobre ella dejan mucho que desear.

- X -

Inscripciones cuneiformes

Cuando un pueblo vencedor impone sus leyes al vencido, llega hasta el punto de sacrificar su propia lengua. Está el idioma patrio tan identificado con la naturaleza del

hombre, que aún sobrevive a la nacionalidad; y la nación que, por más feliz o poderosa, ha borrado del mapa terrestre el nombre de otra, viene a ser conservadora de su idioma en leyes, decretos o inscripciones, que serán a la posteridad preciosos medios para estudiarle, después de muchos siglos de haber perdido su existencia. Sólo el despotismo de algún bárbaro tirano, que con cetro de hierro arranca a la vez del corazón de un pueblo su nacionalidad, lengua y costumbres, puede privar a los siglos venideros de tan sagrados documentos; los pueblos civilizados y civilizadores dictan sus leyes a los vencidos en el idioma de éstos.

Si estos monumentos literarios se encuentran duplicados en otra lengua conocida, la del vencedor, por ejemplo, como hemos visto en algunos del Egipto (Piedra roseta, etc.), será posible reconstruir el edificio lingüístico del idioma desconocido por medio de semejantes monumentos literarios o inscripciones. Mas si ignoramos ambas lenguas, si hasta su memoria hemos perdido, ¿cómo podremos levantar el edificio sin fundamento y con materiales que no sabemos coordinar? ¿Cómo entrar en un recinto cerrado, faltándonos la llave? He aquí un secreto ya bien conocido, que trataremos de manifestar y explicar en las páginas siguientes.

Ruinas amontonadas en el espacio de cuarenta siglos cubrían la gloria de los pueblos más célebres de Oriente; su memoria yacía sepultada bajo los inmensos escombros a que la barbarie humana, en unión con la tiranía de los elementos, habían reducido las ciudades y palacios, desde donde en otro tiempo sus dueños dirigieron los destinos de las naciones. Descubiertos los preciosos materiales allí ocultos, hubieran tenido sólo algún valor para el artista, si la paciencia e ingenio de los grandes filólogos del siglo XIX no hubiese arrancado el enigma a aquellos fríos mármoles, que por tantos siglos se oponían con tenacidad a descubrirle.

Los reyes persas hicieron escribir sus hazañas, creencias religiosas y decretos en las paredes y cornisas de sus palacios, y en las tumbas que habían de contener sus restos, del mismo modo que lo han hecho otros soberanos o potentados; mas para que pudiera leerlas el viajero y caravana errantes, el morador de las selvas como el opulento persopolitano, las mandaban esculpir en soberbias rocas, talladas en las montañas, donde el artista y literato depositaban una página de su historia. No quedaban satisfechos con esto los deseos de aquellos sabios reyes; sus dominios comprendían pueblos que hablaban varias lenguas, y para que todos las entendiesen, fueron compuestas la mayor parte de las inscripciones en tres idiomas.

La figura de los signos, tan completamente diferentes de todas las escrituras conocidas, hizo que muchos viajeros las contemplasen como adornos, sin pensar que eran signos de un sistema de escritura, y que su conjunto eran inscripciones que contenían hechos históricos.

Las noticias que nos dan los autores griegos acerca de las lenguas de estos pueblos son escasas y confusas. Sólo sabíamos por ellos que los reyes alcménidas tenían costumbre de perpetuar el recuerdo de sus hazañas por medio de inscripciones compuestas en varios idiomas. Herodoto cuenta que Darío hizo grabar sobre dos columnas, levantadas a las orillas del Bósforo, los nombres de las naciones que le seguían, en letras asirias y griegas.

Estrabon distingue entre grammata assiria y grammata pérsika, distinción que han confirmado los descubrimientos modernos. Por desgracia, las dos columnas de que hace mención Herodoto, han desaparecido, y nos encontramos con tres clases de escritura, representantes, sin duda, de otras tantas lenguas, que nos son desconocidas, y para cuyo desciframiento no tenemos otros medios que hipótesis, felices unas veces, falsas otras, pero siempre ingeniosas, y que, como veremos, conducirán al deseado término.

A doce leguas de Shiraz se eleva sobre una roca la aldea Istajar, a cuyo pie se extienden las ruinas de Persépolis, sobre una plataforma irregular, tallada a veces en la misma roca. Una grada guarnecida de esculturas, restos de monumentos erigidos por Darío y Jérges, conduce a esta plataforma por el lado de poniente. Entro las ruinas de sus grandiosos palacios se conservan estatuas colosales de hombres, toros, leones y otros animales, en medio de las cuales sobresalen en distintos puntos las de los reyes arriba mencionados, a quienes cercan en actitud servil sus oficiales y esclavos. Sobre la estatua del Rey aparece ordinariamente Ormuz en el aire, ya en figura de hombre cercado por un disco, al que van adheridas dos alas desplegadas, ya representado simbólicamente por el disco que en todo caso lleva el adorno de las alas. Al pie de estas figuras, o sobre ellas, en piedras talladas al efecto; y en las cornisas, capiteles y columnas, se ven innumerables inscripciones trilingües, cuyo desciframiento ha ocupado y ocupa a muchos sabios europeos. Inscripciones semejantes se encuentran también en Nak-i-rustan, Murgab, en el camino que conduce de Karmanshâh a Bagdad, y en la roca colosal de Bisutun. Otras menos importantes se han hallado cerca de Hâmadan, de Van (en la Armenia) y en algunos otros puntos.

Veamos ahora los procedimientos que se han empleado para obtener el desciframiento de los tres sistemas de escritura, que sea dicho de antemano representan otras tantas lenguas.

Primera especie ().

Misioneros franceses, comerciantes ingleses y holandeses, y posteriormente monjes portugueses e italianos, trajeron a Europa las primeras noticias de las ruinas de Persépolis. A fines del siglo XVI habíanse ya tomado de tales noticias hasta diseños de las ruinas, producto más bien de la fantasía que del arte verdadero.

El español D. García de Silva Figueroa, embajador de Felipe III, visitó la Persia en 1618, e hizo una descripción bastante exacta de las ruinas de Persépolis, llamando la atención hacia las inscripciones que las cubrían.

Poco después las visitó el italiano Pietro de la Valle, quien afirmó que aquellas figuras, que parecían adornos, eran, sin duda, signos de una escritura; y observando que, en una especie, la punta de los conos iba dirigida siempre a la derecha, dedujo que debía leerse en esa dirección. Sus observaciones eran exactas, pero su voz, demasiado débil para que pudiese penetrar en los gabinetes de los sabios europeos, no fue atendida, y él perdió el valor para emprender un trabajo que tantos sacrificios y aparentemente tan pocos resultados ofrecía. Copió, sin embargo, cinco signos, como dice en su carta de 21 de Octubre de 1621:

Al meglio che io potei ne copiai cinque. Así Ciro, Darío y Jérjes, que creyeron entonces salir triunfantes del sepulcro, publicando sus decretos y victorias a los pueblos injustos que centenares de años les olvidaran, perdieron de una vez toda esperanza, viendo fracasar en su principio el primer ensayo hecho para arrancar sus secretos a aquellas preciosas inscripciones.

El inglés Flower copió en 1667 algunos signos, y el francés Chardin llamó por tercera vez la atención hacia las figuras cónicas, asegurando ser una escritura que debía leerse de arriba abajo: J'ajouterais qu'elle se faisait aussi de haut en bas comme l'écriture chinoise, y tenemos la primera hipótesis falsa en uno de los puntos más importantes y decisivos de la empresa. Las letras copiadas por el agente de la compañía de Indias, Flower, se publicaron algunos años después.

El orientalista inglés Heide retrocedió un siglo, asegurando en su *Historia religionis veterum persarum*, que las figuras en cuestión no eran letras, y sí sólo adornos caprichosos de un escultor, que para embellecer las paredes de los palacios persopolitanos ensayó las diferentes formas que podría dar una sola figura combinada consigo misma. Heide considera casi como simples e ignorantes a las personas que habían creído ver allí un sistema de escritura. Este fallo desfavorable, pronunciado por un juez que, aunque tan ignorante en este ramo como el niño de escuela, era tenido por autoridad competente, perjudicó sobremanera los intereses de la naciente empresa. El viajero alemán Niebuhr (1733 + 1815) confirmó las opiniones de Pietro de la Valle, y observando que algunos grupos de signos cónicos iban siempre juntos, dedujo que eran letras (V. apénd. 3.º). Münter (de Copenhague) fue más adelante en sus hipótesis, la mayor parte exactas, afirmando que los signos empleados más a menudo eran vocales, y que una palabra que se repetía muchas veces debía significar Rey. Esta ingeniosa hipótesis podía dar lugar a grandes descubrimientos; pero se ignoraba el valor de los signos que componían la palabra, y por consiguiente, la pronunciación de ésta; cosa que hacía más difícil de averiguar, el tener delante, una debajo de otra, tres clases de signos, sin saber qué lenguas representaban, en el caso que de hecho fuesen sistemas de escritura.

Mas el lugar de las inscripciones y objetos que las rodeaban hacían probable una hipótesis, que daría excelentes resultados. Las inscripciones se hallaban en la antigua capital de Persia; la primera clase, pues, era muy natural representase la lengua del país, y podía suponerse que las otras dos serían traducciones de la misma. Si esto era así, pocas hipótesis felices nos darían la pronunciación aproximada de algunas palabras -nombres propios- con el valor de varios signos, conseguido lo cual, el desciframiento estaba asegurado. Confirmaba también esta esperanza el ser los signos de la primera clase menos complicados que los de las otras dos.

El joven alemán Federico Grotefend conoció la importancia de las observaciones hechas por de la Valle, Niebuhr y Münter, sacando de ellas gran provecho. En 1802 leyó ante la Academia de Ciencias de Gotinga su primera Memoria, exponiendo en ella los resultados de sus investigaciones, que confirmaban dichas observaciones. Suponía que la segunda y tercera clase eran traducciones de la primera, a la cual, por eso y por ser más sencilla, dedicó exclusivamente su atención.

Notó que la supuesta palabra rey se repetía varias veces al principio de algunas inscripciones, llevando la segunda vez un aumento al fin, que tomó por la terminación del plural; después de esto concluyó, que aquellas palabras designaban la conocida calificación de los reyes persas -rey de los reyes.- Ya se conocían por las inscripciones de los sasanidas algunas fórmulas antiguas del tratamiento de los reyes, etc., y creyó que aquí se repetirían. No creyó mal.

Tomó dos inscripciones copiadas por Niebuhr, en que le pareció distinguir semejantes fórmulas; podemos llamarlas X y D: observó que en ésta había un grupo de signos más que en X, que podemos designar por H; contó, investigó y comparó las figuras o letras, y partiendo de la hipótesis que allí se expresaba un orden de filiación, dedujo que H debía designar el padre de D., y éste el de X; pero en H. faltaba el grupo que suponía significar rey, por lo cual creyó, -y creyó bien, -que era el nombre de un príncipe que no había reinado, siendo entonces D. su hijo y fundador de una dinastía. Después de este penoso análisis estableció las fórmulas:

X., rey de los reyes, hijo de D. (rey de los reyes).

D., rey de los reyes, hijo de H. (rey de los reyes).

Poco después publicó otra Memoria, en la que trató de probar las hipótesis emitidas por él y sus predecesores. Mención especial merece el ingenioso método que empleó en determinar los nombres de los reyes contenidos en las fórmulas anteriores.

Convencido de que los que hablaban en aquellas inscripciones eran reyes alcmenidas, examinó en las listas de estos reyes, conservadas por autores griegos, los nombres que mejor se acomodaban a los grupos X., D., etc., supuestos por él como nombres propios de los mismos. Atendido el número de signos, vio que no convenían Ciro, Cambíses ni Artajérjes; el primero por demasiado breve, y por largos los segundos; mas Darío y Jérjes tenían próximamente igual número de letras que signos en las inscripciones y no le quedó duda que ellos eran. Podía, pues, determinar el valor de doce signos, pero necesitaba saber la forma correspondiente a cada palabra, o sea la manera de leer aquellos grupos, a fin de averiguar el idioma de la primera clase de inscripciones. Un acontecimiento notable vino a facilitar esto; el estudio del zend, la lengua de Zoroastro y de los antiguos persas, había principiado ya por este tiempo en Europa. Por el Zend Avesta de Anquetil vio que el nombre Histaspes era en persa Goshasp, Gustasp, o Vistasp; dio al de las inscripciones la forma Goshtasp; siguiendo el hebreo y griego leyó a Darío, Darsh, luego Darheush, y a Jérjes, Ksharsha. Con el mismo libro de Anquetil du Perron quiso formar un alfabeto, pero dio valor falso a la mayor parte de los signos. Y no obstante, atendida la escasez de medios, falta de copias y la inexactitud de las que poseía, como el carecer de conocimientos en sanskrit, o cualquiera de las lenguas eránicas, sus resultados fueron brillantes; determinó el verdadero valor de algunos signos, pero leyó el nombre de Ormuz, Eurogde. El desciframiento de los jeroglíficos dio autoridad a los procedimientos de Grotefend, tenidos antes por fantásticos. Un trabajo suyo apareció completo en 1824.

El danés Rask aplicó sus buenos conocimientos en zend a las inscripciones. Pensó que si la lengua era el antiguo persa, tendría en el genit. plur. de los sustantivos la misma

terminación que el zend o semejante (nâm); su pensamiento fue feliz, y coronado con el valor que dio a dos signos m y n, leyendo además la palabra importante hakhâmanisiya, que Grotefend había pronunciado akhe-otshosho.

Desgraciadamente no prosiguió sus investigaciones, y no se obtuvieron más resultados hasta 1836. Pero entre tanto el estudio del sanskrit ganaba terreno en Francia y Alemania; el zend era reconocido como la verdadera lengua del avesta, y ambos idiomas serían en adelante una llave, con que los filólogos orientalistas arrancarían muchos secretos a las inscripciones cuneiformes.

En el año citado aparecieron dos escritos de los orientalistas Burnouf y Lassen. El de Burnouf contenía materiales nuevos, encontrados entre los papeles del desgraciado viajero Schulz. Burnouf, que conocía mucho mejor que sus predecesores el zend, obtuvo mayores resultados. Añadió cinco letras al alfabeto de doce, formado por Grotefend. Ocurriósele la feliz idea de que algunas inscripciones contendrían los nombres de los pueblos tributarios de los reyes persas, y leyó, entre otros, mâda (Media); Bakhtris (Baktriana). Lassen presentó los descubrimientos de Burnouf con los suyos, bajo un método claro y sencillo, rectificó los valores falsos atribuidos a algunos signos, dio la lista de los pueblos que Burnouf había sospechado y principiado, determinó la forma gramatical de algunas palabras, enriqueciendo el alfabeto con siete letras. Grotefend le había establecido completo, pero solamente a doce signos dio el valor correspondiente, resultando con los demás, nombres monstruosos. Después de los descubrimientos de Burnouf y Lassen era posible leer algo más que nombres propios, y estaba próximo el día en que se iba a completar el alfabeto del idioma que ya podía llamarse antiguo persa, por la estrecha relación que presentaba con el persa moderno y con el zend.

Por este tiempo publicó Beer una excelente crítica de los trabajos de Lassen sobre las inscripciones, y determinó las dos letras h, y, importantísimas, porque hicieron posible leer los pronombres hya (s. sya), etc. Lassen observó que la escritura era silábica (como en sanskrit), debiendo pronunciarse toda consonante con el sonido a, si no la sigue otra vocal expresa, o algún signo que indique la falta de ella. Habíanse leído muchos nombres propios, dando a la mayor parte una forma gramatical, que, si no exacta, debía ser, sin duda, aproximada, puesto que al hacerlo se tuvo en cuenta la que tenían en las lenguas relacionadas con las de la Persia. Aunque con riesgo, ya era posible pasar de la lectura a la explicación de las inscripciones conocidas.

Los orientalistas de más nota tomaban interés en el estudio del ya llamado persa antiguo. El sabio parisiense Jaquet distinguió y determinó las letras sh, r, que Lassen había considerado como variantes de un mismo signo, debiéndose a él también el descubrimiento de las letras d, th, j.

Para fijar el valor de un signo era preciso observarle en varias inscripciones, a fin de poder comparar y probar los valores que sucesivamente se le diesen; esto no había sido posible, hasta el presente, con algunos, por el escaso número de inscripciones. El inglés J. Rich, residente en Bagdad, copió con gran cuidado algunas, poniéndolas a disposición de los sabios europeos.

El docto orientalista Westergaard (de Copenhague) visitó de paso las ruinas de Persépolis y otros puntos, comparando las inscripciones cuyas copias se tenían en Europa, y sacando otras nuevas, mucho más exactas que todas las anteriores (Westergaard conocía ya los signos); y luego Lassen sometió los nuevos materiales a repetidas investigaciones.

Pasando por alto los trabajos menos importantes de Hitzig, Hobzmann, etc., mencionaremos los del inglés Rawlinson, que, sin ser literato de profesión, prestó grandes servicios al nuevo estudio. Principiamente en 1835, durante su residencia en Karmanshâh, probablemente sin tener a mano los trabajos hechos y publicados en Europa, tomando para su primer ensayo las inscripciones de Hâmadân, que él mismo había copiado, pero que ya estaban publicadas y descifradas.

Siguió próximamente el mismo método que Grotefend, y vino a obtener resultados casi idénticos. Al recibir en 1836 sus escritos con los del francés St. Martin, halló que él había hecho más progresos. En 1837 copió con gran trabajo y riesgo la célebre inscripción de Behistun o Bisutun, reina de todas ellas, y la página más gloriosa que dejaron los Alcmenidas de su historia.

Al N. de Karmanshâh, camino de Bagdad a Hamadan, en una inmensa roca que se eleva algunos centenares de pies sobre el nivel del suelo, está grabada la inscripción más grande, bella y correcta que de estos reyes poseemos. (El texto persa comprende sobre cuatrocientas líneas.) Una especie de barniz que la recubre la ha preservado de la inclemencia de los elementos, y su extraordinaria elevación, de la barbarie de los hombres.

El bajo relieve representa a Darío pisando al falso Smerdis, detras de él nueve reyes y otros jefes rebeldes vencidos y prisioneros; de frente, en el aire, aparece Ahuramazda u Ormuz, a quién Darío apellida el grande, el omnipotente, el Dios de la sabiduría, de la luz y de la verdad, bajo la figura explicada arriba.

En un largo discurso anuncia Darío su procedencia de los Alcmenidas, habla de Ciro, Cambises y de la usurpación del falso Smerdis; cuenta, entre otros hechos, cómo ha sofocado los levantamientos de Susiana, Babilonia, Armenia y Media, bajo Fraortes, habiendo derrotado en 19 batallas a sus enemigos; cuenta las veinte satrapías de su reino, y el piadoso monarca lo atribuye todo al favor de Ahuramazda (Ormuz). Grabose probablemente la inscripción hacia el año quinto de su reinado, sobre 516 antes de J. C. Veinte y tres siglos han pasado sobre ella, y los elementos, con los pueblos bárbaros, a veces más inclementes que

ellos, la han respetado para que el filólogo moderno hiciera hablar a aquella dura roca anunciando la gloria y majestad del rey Darío.

En 1838 recibió Rawlinson el trabajo de Burnouf sobre las inscripciones, y su *Commentaire sur le Yaçna*, comentario apreciableísimo sobre dos capítulos del Zendavesta. Con estos nuevos medios hubiera hecho más progresos, si la misión que el gobierno británico lo había confiado no distrajera por algún tiempo su atención de las inscripciones. Luego que pudo volver a emprender su estudio, examinó detenidamente las que entre tanto había recibido de Westergaard, Lassen y Rich, rectificando los defectos del escrito que

trataba de publicar. Aunque llegó a Europa en 1843, no apareció completo hasta 1849 (Journal asiatique).

Conocíase el valor de treinta y cinco signos (cuatro descubiertos últimamente por Rawlinson), sin que el alfabeto hubiese llegado a su perfección. Se tenían varias letras para un mismo sonido, pero se ignoraba su relación para con las vocales.

Los ingleses Hincks, Rawlinson y el francés Oppert hicieron simultánea e independientemente el importante descubrimiento. Hincks, que le dio a conocer primero, dividió las consonantes en primarias y secundarias, observando que sólo ciertas vocales podían leerse después de cada clase de consonantes. En una memoria expuso los pormenores acerca de esta importantísima cuestión. Rawlinson publicó en el mismo año un pequeño trabajo, que contenía los mismos descubrimientos, y antes que estos dos escritos fuesen conocidos en Alemania, salió a luz otro de F. Oppert, en que exponía su autor los mismos principios; esta concurrencia era entonces necesaria para dar mayor fe a los hechos.

Con esta obrita de Oppert, 1817, quedó completo el alfabeto del persa antiguo, después de más de cincuenta años de un estudio acaso el más penoso y difícil que registra la historia de la filología, y de más de dos siglos después que Pietro de la Valle llamara decididamente y con conocimiento de causa la atención de los sabios europeos hacia las inscripciones.

Th. Benfey reunió todos los descubrimientos en una obrita, haciendo algunas correcciones en el texto; por el método y glosario que añadió al fin, fue entonces de grande utilidad.

Rawlinson mejoró algunos de sus trabajos anteriores, publicando al mismo tiempo varias inscripciones muy correctas. Oppert reunió en una excelente obra todos los descubrimientos hechos hasta entonces, y Spiegel publicó una semejante y útil, compuesta de varios textos, con análisis, traducción, gramática y glosario, con lo que el desciframiento de la primera especie estaba terminado, pasando el estudio de la lengua al período gramatical y lexicográfico (). Íntimamente relacionada con el zend, presenta un carácter completamente eránico en sus formas y construcción. Es la lengua de Ciro, Darío y Jéjjes, el persa antiguo, madre del moderno.

Con el alfabeto establecido por Grotefend, Rask, Burnouf, Lassen, Rawlinson, etc., se han leído en todas las inscripciones palabras cuya forma y significación se ha determinado comparándolas con las correspondientes en los otros idiomas de la familia; coordinadas y subordinadas estas palabras por medio de sus formas gramaticales, se han obtenido oraciones, discursos enteros, y en fin, todo lo que constituye una lengua. Un alfabeto que da tales resultados a distintos individuos, en distintos puntos y siguiendo procedimientos diversos, no es un producto de la fantasía, es la verdadera representación gráfica de un idioma real, cuyo conocimiento había desaparecido hacía siglos de la memoria de los hombres, habiéndole aprendido los filólogos modernos de los mármoles y rocas de la Persia.

Segunda especie.

Westergaard, cuyo nombre ya conocemos por la primera especie, abrió el escabroso camino en el desciframiento de la segunda. Expuso sus primeros resultados en un tratado que dio a luz en alemán, y más extensamente en inglés. Suponía que Media y Susiana eran los pueblos a quienes se dirigía el contenido de las inscripciones de esta y la siguiente especie. De este trabajo, excelente como primer ensayo, no era posible conocer el carácter de la lengua, ni la relación en que estaba para con las demás. Dio valores a varios signos, resultando muchos de ellos falsos, en las investigaciones posteriores, por los nombres monstruosos que con ellos se obtenían. Los resultados de la primera especie enseñaban los procedimientos que aquí debían seguirse: hicieron los primeros ensayos en nombres propios, que pudieron encontrarse fácilmente, puesto que esta especie, es sólo traducción de la primera. Leyéronse los de Darío, Ciro y otros, fundando los principios en hipótesis que, resultando muchas veces falsas, echaban por tierra el edificio levantado; pero era necesario aventurarlo todo para ganar algo, pues al fin quedaba salvo el honor! Mas cada nombre que se descubría presentaba las mismas dificultades que hemos encontrado en el caso anterior; era imposible darle forma gramatical ignorando el idioma en que estaba escrito; y ¿cómo conocer éste sin saber antes dichas formas? Nuevas hipótesis dieron por resultado nuevos descubrimientos; la lengua en cuestión debía estar relacionada con alguno de los países comarcanos, mas ya se había observado que la segunda clase de inscripciones no se prestaba al desciframiento tan pronta y fácilmente como la primera.

Hincks, 1846, determinó en una obrita el valor de algunos signos. Habíanse distinguido más de ciento, y aunque era conocido el valor de pocos, púdose ver que la escritura era silábica, con la particularidad de principiar una sílaba con la consonante en que terminaba la anterior, así an-na-ap, anap.

Norris dio a luz () la segunda columna de la inscripción de Bisutun, y reunió gran número de palabras con observaciones gramaticales y lexicográficas, en las que trató de probar que era una lengua escita. Sus resultados confirmaron los valores que Westergaard y el francés Saulcy habían dado a algunos signos.

Entre tanto el alemán Holzmann, consejero de Estado en Carlsruhe, trabajaba con buen éxito en el desciframiento de esta clase, pero le faltaban materiales; ya hemos visto en la anterior que para determinar el valor de un signo es necesario observarle en el mayor número de combinaciones posible (cp. *Zeitschrih für die kunde des Morg.* tom. V, pág. 151). Algunos de los que más celo habían mostrado en el desciframiento, al ver que las dificultades se aumentaban cada día, y que los nuevos descubrimientos presentaban más lejano el fin, tuvieron el pensamiento de abandonar la empresa, creyendo ya imposible su buen éxito.

Holzmann obtuvo mejores resultados. En su Memoria de 1851 asegura que es una lengua arica, relacionada con el zend y pehlevi, pero que, como éste, ha tomado muchos elementos extraños. Para probar esto presentó formas gramaticales evidentemente semejantes a las respectivas del zend y pehlevi. Otros orientalistas tienen esta lengua por la de Susa, país que viene nombrado en las inscripciones después de Persia, con una denominación particular, Afardi (Susiana). Los nombres más frecuentes, como rey, hombre, Dios, etc., están designados por monogramas, que dificultan extraordinariamente

la lectura; esta circunstancia ha inducido a algunos orientalistas a creer que el sistema de escritura era idéntico al de la tercera clase.

Vemos, pues, que todos los trabajos y esfuerzos hechos hasta el día para llegar a un resultado definitivo en el desciframiento de la segunda especie, sólo han venido a demostrar los grandes obstáculos que presenta, sin que nos sea posible determinar ni remotamente el éxito de investigaciones ulteriores.

Tercera especie.

Su desciframiento principió con el de la primera. Münter y Grotefend hicieron en sus obras importantes observaciones sobre la escritura de esta clase, llegando a sospechar que era monogramática, o que cada signo representaba una idea. La gran variedad de caracteres hizo creer que eran diversos sistemas, representantes acaso de varias lenguas; felizmente se desvaneció luego el error. Acompaña esta clase generalmente a las dos anteriores, ocupando el tercer lugar; pero se la encuentra muchas veces y en distintos puntos sola. Babilonia y Ninive, las opulentas y soberbias capitales del Oriente, llaman primeramente nuestra atención. De los libros más antiguos en que hallamos el nombre de Bâbel, es el Génesis (cap. XI, 9). Nemrod la encontró ya en estado floreciente, sin que la escritura sagrada ni algún otro historiador antiguo nos digan las causas que contribuyeron a su crecimiento y desarrollo. Arruinada Ninive por los escitas, levantose Babilonia como capital del imperio asirio-caldeo. Qué pasó en este intervalo; qué grado de cultura alcanzó el pueblo; qué ciencias y artes cultivara, son cosas que no llamaron la atención de los historiadores griegos. Y sin embargo, existió una vida y movimiento intelectual activos, puesto que, separados los escombros, se presentan hoy a nuestra vista monumentos tales, que dan testimonio de una civilización brillante.

En la Biblia encontramos de nuevo a Babilonia, pero grande, llena de gloria, orgullosa y sometiendo pueblos; el judío cae también bajo su dominación; mas sus ilimitadas pretensiones encontraron un dique en el libertador de Israel, y Ciro se apoderó de ella en el año 538 antes de J. C.

Los esfuerzos y tentativas que hizo para sacudir el yugo, causaron su ruina. Darío demolió sus muros, torres y gran parte de sus edificios, quitando la vida a sus principales habitantes. Jérjes continuó la obra de destrucción y aun se apoderó de los tesoros del templo de Merodah. Alejandro quiso reedificarla, empleando para ello más de diez mil hombres, que no llegaron a quitar los escombros que cubrían las preciosas ruinas, porque la muerte de este grande hombre, y guerras entre sus indignos generales, hicieron fracasar la empresa. Babilonia inclinó para siempre su moribunda cabeza. En tiempo del emperador Calígula estaba ya olvidada; los viajeros no se atrevían a pisar aquel desgraciado suelo, del que habían tomado pacífica posesión algunos animales nada hospitalarios. El inglés Elfred, 1583 (bajo Isabel), llama la atención sobre las ruinas gigantescas, y Pietro de la Valle, 1616, dio la primera descripción. El interés crece cada día, y Niebuhr, Rich, Beauchamps, Layard, etc., sacaron del olvido aquellos ricos despojos, restos de un imperio floreciente!

¿Y qué nos quedaba de la capital de Assur? Poco más que la memoria. Deseando el gobierno francés establecer un consulado en Mosul, envió a Botta, con la comisión secundaria de hacer investigaciones acerca de las ruinas de Nínive; los siglos habían trabajado, con todos sus elementos, para borrar todo rastro que indicase el lugar que ocupara la célebre capital del imperio asirio. No quedaban otros medios para descubrirle que la azada y la pica. Un habitante de Korsabad aseguró a Botta que en su país había muchos despojos como los que él buscaba. Mandó hacer excavaciones en el lugar indicado, y desenterró los restos del primer palacio asirio, en el que aparecieron los primeros despojos de una escultura y arquitectura admirables, dignas, a la verdad, de mejor suerte. Más de doscientas inscripciones cubrían las paredes de Korsabad. Botta envió a París varias obras de escultura llenas de inscripciones, y copias de las que no podía mandar en original; él mismo volvió a Francia, 1845, con sus tesoros en estatuas, inscripciones, etc., y al propio tiempo comunicó al joven inglés Layard sus descubrimientos; éste recibió subsidios, emprendió excavaciones y obtuvo los mismos resultados que su predecesor en mayor escala; descubrió los palacios de Salmanasar, Sardaná, palo y Sennaquerib. Deseoso de enriquecer a su nación con preciosos tesoros y monumentos de la antigüedad, cuya importancia para la arqueología, historia oriental, profana y religiosa, sabía apreciar en su valor, emprendió al año siguiente nuevas excavaciones en otros puntos con igual éxito. La inmensa extensión que cubrían las ruinas descubiertas confirmaba literalmente aquello de los tres días de camino. -(Jonas, capítulo III, 3.)

Con la expedición a Mesopotamia, subvencionada por Francia y dirigida por Fresnel y Oppert, 1852, se aumentaron los descubrimientos de modo que en 1855 hubieron de suspenderse las excavaciones para examinar los tesoros reunidos y ordenarlos.

El desciframiento de esta clase debía principiarse por las inscripciones trilingües, cuyo texto persa ya se conocía, tomando como base a los nombres propios ya descifrados en el mencionado texto. Los resultados de la comparación hecha entre ambos textos no fueron tan lisonjeros como se esperaba, presentándose dificultades análogas a las que hemos encontrado en la segunda; es decir, muchos nombres propios estaban designados por caracteres o signos especiales; monogramas, cuya determinación sólo era posible en el caso de hallar esos mismos signos con valor fonético; felizmente tienen gran parte de ellos ambos valores. Luego se ofreció otro inconveniente: la polifonía, según la cual, un mismo signo puede tener dos o más valores distintos; más adelante veremos cómo se ha resuelto esta dificultad. A veces un grupo de signos expresa una idea, pero de modo que al entrar en la composición pierde cada uno su valor fonético, y juntos forman un ideograma o monograma. El nombre de Babilonia viene escrito con signos que, leídos fonéticamente dan: din-tir-ki; y el de Nabucodonosor, an-pa-sa-du-sis; mientras que escritos con signos que se leen con su verdadero valor fonético, dan: babi-illu y Nabukudurriussur. Estas y otras dificultades contenían los progresos en el desciframiento de esta clase, pero todas llegaron a vencerse con aquella fuerza especial de voluntad y abnegación que sólo es capaz de infundir el amor desinteresado a la ciencia. Intentábase nada menos que estudiar una lengua desconocida, para lo cual no había otros maestros que rocas, mármoles fríos y estatuas mudas.

En 1840 se habían hecho adelantos notables en el desciframiento del persa, y aún se hallaba el de la tercera clase en su principio. El alemán Lowenstern publicó los primeros

trabajos, de modo que en una memoria, 1847, hizo observaciones bastante precisas; partió de los nombres propios, y considerando la lengua como semítica, creyó que todos los signos serían consonantes. En grupos, que según el texto persa expresaban un mismo nombre (propio) observó signos distintos; y creyendo que tendrían el mismo valor en todos los grupos, llámolos homófonos (de igual sonido).

Longpérier, encargado de clasificar los objetos nuevamente traídos de Oriente, hizo un ensayo en el desciframiento, y fue el primero que leyó la palabra sargana (bibl. Sargun). Botta hizo el penoso trabajo de separar todos los signos diferentes que halló en más de doscientas inscripciones, reuniendo hasta seiscientos cuarenta y dos, que ordenó según el número de elementos que les componían. De sus observaciones resultó que las inscripciones de Nínive, Babilonia y tercera clase de Persópolis eran idénticas en el sistema de escritura.

Con una paciencia digna de alabanza separó Saulcy en una inscripción trilingüe los grupos de la tercera especie que le parecían corresponder a las palabras del texto persa, a fin de establecer en los nombres propios el valor de algunos signos; publicó el efecto varios escritos y memorias, pero insistió demasiado en dar valor silábico a signos que no lo tenían, tomando acaso por modelo el etíope (lengua semítica); fijó el valor de muchos signos, abriendo camino para determinar otros; faltaba, entre tanto, la inscripción (trilingüe) de Bisutun, que sólo Rawlinson poseía y guardaba.

Hincks, cuyo nombre nos es bien conocido, trabajó en esta clase con el mismo interés que ya lo hiciera en la primera, y leyó el nombre del rey Nabucodonor de Babilonia, Nabukudurriussur. Determinó mejor el carácter silábico de la escritura, probando que los signos admitidos como homófonos se diferenciaban en la vocal con que debía pronunciarse la consonante; es decir, varias figuras podrían designar la consonante b; mas la una tendría el sonido ba, otra bi, bu la tercera, etc. Esta observación, que por entonces necesitaba confirmarse, fue un verdadero adelanto en el desciframiento. Reconocida la lengua como semítica, se principiaron a aplicar los idiomas de esta familia a la determinación de formas gramaticales, como en el persa antiguo los indo-europeos. (Se había leído ya el pron. ank, hebr. anoghi.)

Saulcy pudo leer con los signos determinados una inscripción de noventa y seis líneas (trilingüe). Se observó que a todo nombre de un rey precedía un monograma, siguiéndolo los títulos reales, rey grande, rey poderoso, rey de los batallones, rey del país de Assur, etc.; encuéntrase a veces también la fórmula de filiación que ya conocemos por la primera clase. Una inscripción principia: «Palacio de Sardanápalo, rey de los batallones, rey del país de Assur, hijo de Anaku Merodah, rey de los batallones, rey del país de Assur, hijo de...», etc. Con varias inscripciones puede formarse un árbol genealógico completo; y como la época en que vivieron algunos reyes nos es conocida, o por los historiadores griegos o por la Biblia, y aun por las mismas inscripciones, no se dice demasiado al afirmar que estos nuevos a la vez que antiquísimos documentos han creado la historia de Oriente. Oppert había reunido en Asia ricos materiales, y principió en 1859 la publicación de su obra importante, *Expédition en Mésopotamie.* ()

Rawlinson publicó al fin la inscripción de Bisutun, con trascripción y traducción del texto; determinó doscientos cuarenta y seis signos, y añadió algunas observaciones en confirmación de los valores que les daba. No hizo nuevos descubrimientos, porque Saulcy y Hincks habían ido más adelante en sus investigaciones. Mas esta inscripción suscitó nuevas dificultades; viose que un signo podía tener varios valores (Polifonía), y al dar a los ya determinados su valor fonético en el nombre de Nabucodonosor, resultó Ampasadusis (V. pág. 170), lo cual desanimó a los asiriólogos, cuyos descubrimientos se tuvieron por fantásticos. Hincks y algunos otros siguieron sus trabajos, no viendo aquí otra cosa (y con razón) que la ignorancia de principios que era preciso descubrir. Justificó los valores atribuidos a los signos y el carácter silábico de la escritura, probando que algunos designaban sílabas como ma, da, ta; otros, sílabas en que la vocal precede, am at; y otras, en fin, compuestas, ras, dan, etc. (On the Assyrio-Babylonian phonetic characters. Transactions of the Irish Acad., volumen XXII, 1852, etc. On the personal pronouns of the Assyrian and other languages, id., vol. XXIII, 1854.) Estos nuevos trabajos de Hincks despertaron la confianza y el celo de los asiriólogos; el carácter semítico del idioma presentábase más claro, y aunque las dificultades parecían insuperables, los sabios comprometidos en el desciframiento no retrocedían. En Francia, Inglaterra y Alemania salían folletos, memorias y volúmenes enteros sobre la tercera clase de inscripciones, que hacían esperar un éxito feliz. Esta esperanza, sin embargo, se limitaba al estrecho círculo de los que cooperaban al progreso de la nueva ciencia; fuera de él eran tenidos sus descubrimientos por puras invenciones de la fantasía. Impulsada por estos sentimientos de duda, la sociedad asiática de Londres hizo una prueba, cuyo resultado decidiría seguramente la cuestión. Envió a varios sabios el texto de una larga inscripción asiria, pidiéndoles su traducción, que devolverían sellada a la Sociedad; una comisión nombrada al efecto abriría los pliegos, y haría constar los puntos en que se hallaban conformes o en que discordasen. Oppert, Hincks, Rawlinson y Talbot, aceptaron y concluyeron su trabajo (sin saber unos de otros) en el término fijado por la Sociedad. El 25 de Mayo se abrieron los pliegos, y la comisión quedó completamente satisfecha del resultado, haciendo publicar la traducción en cuatro columnas. (Inscription of Tiglath Pileser, king of Assyria, as translated by Rawlinson, Talbot, Dr. Hincks and Oppert, 1857.) La conformidad esencial de cuatro traducciones hechas independientemente, y aun siguiendo métodos distintos, ganó a los asiriólogos la confianza de todos los sabios despreocupados.

El alfabeto era incompleto; el valor de muchos signos y grupos se ignoraba, pero podían ya leerse inscripciones sin traducción persa; la literatura de Babilonia y Nínive se hizo objeto de investigaciones; los nombres de esas dos ciudades, de muchos de sus reyes, con los de Ecequías, Israel, Damasco, Tiro, Jerusalem y otros muchos, se habían leído, y nadie creerá que la sociedad asiática se dejó engañar por cuatro sabios, cuya honradez había probado de la manera que hemos visto.

En 1850 aseguraba Rawlinson que en las inscripciones leídas se había comprobado la significación de quinientas palabras, número que en lo sucesivo se multiplicó extraordinariamente, afirmando poco después Oppert que ascendían las palabras conocidas a seis mil trescientas. Este número se ha multiplicado por lo menos en la misma proporción en los años posteriores.

Con el trabajo de Oppert () (Journal asiatique, tomo XV, 1860, Eléments de la grammaire assyrienne) entró el idioma en el período gramatical y lexicográfico. Ménant sigue a Oppert en la exposición de los principios gramaticales de la lengua, pero tiene la ventaja de emplear los caracteres asirios, mientras que aquél se vale de los hebreos (). Si el número de escritos que se publican sobre un objeto prueba su importancia, el asirio ha recibido un testimonio incontestable en los trabajos que se le han dedicado en los tres últimos decenios de este siglo, cuyos títulos llenarían muchas páginas. El historiador ha sacado ya de los trabajos del orientalista preciosos datos para su ramo, aunque el desciframiento no está terminado, y gran número de inscripciones aguardan con impaciencia quien les pregunte sus secretos. (, ,)

Los monumentos asirios comprenden un período de quince siglos, y aparentan estar escritos en varios caracteres, que un examen detenido reduce a un solo sistema de escritura, con variaciones accidentales. En éstas pudieron influir, el instrumento que se empleó para grabar los signos, naturaleza de la piedra, disposición de la inscripción (horizontal, vertical, etc.), cuidado con que se juntaban los conos, y sobre todo el tiempo en que se grabaron. ¡Algunos siglos cambian la faz del mundo; mucho mejor un sistema de escritura! La del asirio ha sufrido grandes variaciones. Su origen pudo ser jeroglífico, habiéndola recibido los asirios de un pueblo extraño, cuya lengua pertenecía probablemente a otra familia. Aquéllos desfiguraron muy pronto los signos, pero en inscripciones antiguas no tienen aún figura cónica, y sí lineal. El empleo de esta clase de escritura, llamada por Oppert hierática, asciende, acaso, al siglo XV antes de Jesucristo. Terminose luego el extremo de la línea en una cabecita, resultando una figura semejante al cono; la escritura así modificada se llama arcaica. Varios rasgos característicos que se añadían a los signos de las dos clases precedentes se omitieron por inútiles, y quedó la forma moderna o puramente cónica. Esta variedad de caracteres dio lugar en un principio a errores que la observación y la experiencia han desvanecido; si por completo, deberá decidirlo el porvenir. (Compárese apénd. III.)

Todo signo o grupo representa siempre una articulación: ma, ta, am, ad, ar, cam, etc.; necesitándose gran número de ellos para formar todas las combinaciones posibles. Esta observación hizo ver que no existen homófonos, porque los signos que representan, por ejemplo, el sonido r, dan seis articulaciones distintas; ra, ri, ru, ar, ir, ur; con las compuestas en que entre la r, ram, mar, etc.

Muchos ideógramas se han encontrado con valor fonético (silábico), y así pudo determinarse su pronunciación; es probable que todos reúnan esos dos valores, y entonces el asirio llegará a ser conocido en todas sus partes. Generalmente contribuyen a distinguir los ideogramas de los grupos silábicos algunas reglas de ortografía que se han establecido; vencida esa primera dificultad, es casi seguro que se podrá leer el grupo. Además, sabiendo que la lengua es semítica, se eligen para un signo aquellos valores o sonidos que den a las palabras en que se halle el carácter correspondiente a esos idiomas. Observaciones repetidas, y la comparación confirmarán o no los resultados obtenidos. Así hemos visto en esta empresa cómo hipótesis que parecían imposibles se han elevado a principios verdaderos.

Como resultado de los grandes trabajos indicados en las páginas precedentes, podemos afirmar que la lengua representada por la tercera clase de inscripciones es semítica. Si alguno desea convencerse por sí mismo, deberá tomarse la molestia de estudiarla, y para los que no puedan hacerlo damos varios de sus principales caracteres. ()

I. El tesoro de palabras es en su mayor parte semítico: Ilu, Dios; abu, padre; ummu, madre; aju, hermano; habl, hijo; sami, cielo; irtsit, tierra; nisi, hombres; sar, príncipe; lisanu, lengua; rabu, grande; bana, edificar; nadan, dar; tâm, mandar; shatar, escribir; natsar, proteger, guardar; sa, el que; itti, con; au, u, y; sadu, monte; shacan, colocar.

II. Las leyes eufónicas presentan grande analogía con las de estos idiomas: a, la reduplicación no tiene lugar en fin de palabra; lib, pero libban; b, la asimilación de n con una lingual o dental siguiente; la del th, con d, t, z, ts, son fenómenos análogos a los que se verifican en hebreo y árabe, especialmente en las formas derivadas del último.

III. Los pronombres personales y sufijos son semíticos: anaku, yo; atta, tu, shu, shi, shun, shin, él, ella, ellos, etc.; pronombres interrogativos, man, ma, quien, que; el relativo sha que, quien.

IV. Las terminaciones en el nombre: femenino singular at, plural ât, a veces ît, êt; ut, o uta; sadi, montes; ili, dioses; tabbanuta, edificios (plural masculino en i); la terminación del plural masculino en ân es evidentemente caldea; el dual â, ai, ê, es análogo al hebreo aim, ê; árabe ani, genitivo y acusativo aini.

V. La formación de nombres derivados: en ut, como sarrut, reino; madut, multitud, etc.

VI. Las terminaciones de la declinación árabe, a, i, u, son poco frecuentes, pero se ven algunas veces añadidas al tema con o sin la terminación nasal, que lleva en árabe todo nombre indeterminado. Distínguese también el status constructus semítico.

VII. Los sufijos pronominales de genitivo y acusativo se juntan al nombre y verbo como en dichos idiomas, y el superlativo se expresa también por una relación de genitivo.

VIII. La raíz tríltera lleva ordinariamente una vocal, que va después de la primera consonante radical (en arameo, después de la segunda); los nombres derivados de raíces fuertes toman una vocal auxiliar idéntica a la de la raíz: alaf (hebr. elef); tsalam (hebr., tselem); ziqir (hebr., zeqer).

IX. Nombres derivados se forman por medio de los prefijos th, m, a (hebr., i = yod); con la n y las terminaciones an, ai (hebreo, î en nombres patronímicos); qirban, sacrificio; shiltan, rey; almanat, viuda; yehudai, judío; iluth, divinidad; malquth, reino; thinishith, humanidad.

X. Semíticos son también los numerales, entre los que merece especial mención ishthin, uno, femenino ichith, que ha aclarado la etimología del enigmático (hebreo); asthê, en asthêashar, once.

XI. No se ve menos el carácter semítico en la conjugación; los prefijos son también a (e), th, n, con la vocal a o i; izqur, thazqur, thazquri, azquri; plural, izqurû o izqurûn, izqurâ o izqurân, etc. Se han encontrado también restos de los modos designados, como en árabe, por medio de vocales finales.

XII. El asirio distingue también formas derivadas pael, fafel, nifal, etc., con algunas particularidades en la vocalización, que le diferencian de los otros idiomas semíticos; como en éstos se asimila la n de algunos verbos con la consonante siguiente.

Más particularidades pueden verse en las obras de Oppert, Ménant, Olshausen.

- XI -

Lenguas indo-europeas

Lenguas eránicas

Pertenecen a la gran familia indo-europea, y son de las más antiguas que se encuentran en el catálogo de lenguas conocidas. En los idiomas semíticos encontramos un sistema gramatical bien organizado; aquí le vemos llevado hasta la perfección. En ellos nos han quedado las producciones más ricas y grandiosas de la inteligencia, a la cual siguieron en su desenvolvimiento histórico.

Las raíces de esta familia, generalmente monosílabas, no son en sí palabras o partes de la proposición, cuya categoría alcanzan en el discurso por medio de sufijos o terminaciones; bhar es indefinido; pero bhara-s, bharam, son nominativo y acusativo de un nombre; bhara-sí, bhara-ti, bharanti son diferentes personas de un verbo.

Los sufijos formativos o de flexión proceden de pronombres que algún día existieron como tales; en bhara-s, la s es derivación del pronombre sa (este); en bharati, la terminación ti se originó de ta, pronombre de tercera persona (ton, istum). Estos sufijos se unen con el tema para formar un solo elemento; la palabra en sus diversas categorías.

Muchas de las lenguas en cuestión distinguen tres números, algunas sólo dos; sus casos son muy varios; en las más antiguas encontramos ocho, a saber: los cinco conservados en los idiomas modernos (griego, latín) más un locativo y dos formas de instrumental.

La confusión o pérdida de terminaciones principió muy pronto; verificose lo primero en griego, con el genitivo y ablativo; y del dativo y locativo se hizo un solo caso.

Entre el tema y la terminación se interponen a veces elementos extraños: S. mâtar, mater; genit. plur., mâtrn-am. Admiten generalmente tres géneros, distinción que desaparece en algunos de los dialectos modernos (inglés).

El femenino se forma prolongando la vocal final, o por terminaciones especiales. Éstas son en el neutro m, t, mientras que el masculino toma por carácter distintivo s, y el femenino una vocal, o ambos quedan sin signo distintivo: S. ki-t, quid; ki-s, quis.

Generalmente siguen todos los nombres la misma declinación, y sus diferencias provienen de las diversas terminaciones del tema, a las que los sufijos de flexión afectan de distinto modo; el final del tema es, por consiguiente, lo variable; la terminación del caso siempre es la misma, aunque puede sufrir modificaciones accidentales, según que el tema termine en consonante o en vocal; el género ejerce también alguna influencia sobre ella. Tema es aquella forma especial que toma la raíz al recibir las terminaciones; así de la raíz sanskrit bhri se hace un tema bhar.

Un nombre presenta a veces en su flexión diversos temas, que se dividen, con los casos en que cada uno se emplea, en fuertes, medios y débiles; cosa semejante observamos en muchos verbos: fero, tuli, latum; sanskrit, hanmi, hansī, mato, matas; pero ghnanti, matan; aghnan, mataban; dadarça, vio; drakshyasi, verás; pero paçyâmi, veo; paçyasi, ves, etc.; así el gr. airésô, tomaré; pero eilómen, tomé; erjomai, voy; pero elzon, fui; como nuestro caber, quepo, y otros.

Sólo ciertas consonantes pueden terminar una palabra o tema; existen en todos los idiomas de la familia leyes fijas que las determinan (gr. n, r, s), y de ellas dependen y proceden las principales particularidades de la flexión. A estas leyes eufónicas deben algunas lenguas antiguas la armonía que les caracteriza, porque antes de unirse los elementos de flexión, tema y sufijo o prefijo, se verifican en las partes que han de ponerse en contacto cambios, que les asimilan o hacen homogéneos; de esto hemos hablado en otro artículo; pasemos a estudiar los caracteres de los principales idiomas del grupo Eránico.

Lengua de la antigua Baktriana o Zend.

Damos principio a nuestras consideraciones sobre la familia indo-europea por uno de sus miembros más antiguos, la lengua en que fue escrito el Zend-Avesta, o los libros del legislador persa Zoroastro.

Este nombre zend designa propiamente el comentario; la traducción de dichos libros, de donde se llamaron Pâzend las glosas aclaratorias de esa traducción, como si dijéramos supercomentario.

Esta lengua, con algunas otras, forman un grupo, que se ha dado en llamar Eránico o Iránico, del país Eran o Irán. A él pertenece el Persa de las inscripciones cuneiformes, probablemente el más antiguo de este grupo, y que se conservó en algunos puntos como lengua viva, hasta el primer siglo antes de Jesucristo. Sin decidir aquí la cuestión de antigüedad, podemos colocar en segundo lugar el zend, con dos dialectos: zend propiamente dicho, y otro más antiguo, llamado de los Gâthas, por haberse compuesto en él varios cánticos, que constituyen la parte más antigua del Zend-Avesta, y llevan ese nombre.

Los lexicógrafos persas y árabes nos han conservado los nombres de muchos dialectos, que pudieron estar más o menos relacionados con las dos lenguas anteriormente citadas: Soghdi (de Sogdiana); Zâuli (de Zabulistan); Siksi (Seyestan o Sakastene de los griegos); Hirvi (Harôyu-Herat), y posteriores el Pârsi (hablado en Persépolis), y Dêri, llamada lengua de la corte y de Firdusi, que se diferencia muy poco del anterior. El Armenio, Osético y Afganés pertenecen a este grupo, con el Kurdo, aun poco estudiado.

Los libros que componen el Zend-Avesta son: Vendidad, Yasna y Vispered (con los llamados Yasht).

Vendidad principia por una breve exposición de los países creados por Ahura-Mazda (Ormuz), tomando los capítulos siguientes un carácter legislativo; determina lo que el sectario de Zoroastro, adorador de Ahura-Mazda, debe hacer y lo que debe evitar; prescribe los medios por los que el impuro o transgresor de la ley podrá purificarse, y emplear el que se encuentre en ese estado involuntariamente. Algunos capítulos de este antiquísimo documento son muy importantes para la historia religiosa de los pueblos, y el primero en especial para la geografía. Yasna, más antiguo que el anterior, contiene diálogos religiosos entre Ahura-Mazda y Zaradustra (Zoroastro); es como el libro litúrgico o ritual de los parsis; los cánticos llamados Gâthas forman su segunda parte. El Vispered contiene invocaciones y oraciones dirigidas a varios genios, y algunas al mismo Ormuz.

Es probable que la composición del Zend-Avesta sea muy posterior a Zoroastro, habiéndose conservado las doctrinas de este legislador por tradición oral. La diversidad de estilos y dialectos que encontramos en el Avesta hace suponer que fueron varios sus autores.

Por otra parte, fue costumbre muy recibida entre los antiguos el transmitir sus sagradas doctrinas y creencias religiosas por tradición, hasta el punto de no consentir que cosas tan sagradas se estampasen en el papel. Aun hoy se hallan sacerdotes indios que recitan de memoria y con escrupulosa exactitud uno de los Vedas, y del mismo modo conocen hasta el lugar que corresponde a todas las notas ortográficas y acentos; lo que muy pocos hacen hoy con un solo Veda, hacían los antiguos con los cuatro, a lo que es debido el que de estos libros no se conozcan manuscritos anteriores al siglo VIII de nuestra era.

Los escritores de la antigüedad escribieron el nombre del legislador y profeta de los persas en diversas formas. En autores griegos antes de Jesucristo leemos Zôroástrês, o Zôroástros, y aun Zarádês, distinto del Zarátas o Záratos que mencionan Plutarco, Clemente Alejandrino y otros; el nombre que se halla en escritores antiguos, Zazráistên, se refiere también al personaje de que hablamos: la misma variedad hallamos en los idiomas modernos, como Zartusht, Zartuhasht, Zardisht, etc.; en zend es Zara-thustra, que probablemente significa estrella de oro.

La tradición más probable y más autorizada nos dice que Zaradustra nació en Ragha o Rei, cerca de Teherán, donde por mucho tiempo fue señor, que reunía en sí los dos poderes espiritual y temporal; y su nombre Zaradustra fue en lo sucesivo el título honorífico de los señores, o sumos sacerdotes, cuyo jefe o cabeza se llamó Zaradustrôtemo o sea el mejor de los Zaradustras, como el actual jefe de los sacerdotes parsis lleva el nombre de Desturi-

Desturân, e sea Destur de los Destures, sacerdote de los sacerdotes. El verdadero Zoroastro, el profeta y legislador, tiene en los libros el epíteto Spitama, sobre todo allí donde pueda ser confundido con otro; y a veces se le nombra también Dûta o mensajero de Ahura-Mazda, destinado a manifestar a los hombres las doctrinas del espíritu de la verdad; esto leemos en el Yasna, donde en algunos pasajes se da asimismo este nombre. La misma tradición le hace venir de sangre real, y nos dice que su nacimiento fue anunciado con grande antelación por Ahuramazda; y según el Yasna, su padre alcanzó este dichoso hijo como premio de sus virtudes y oraciones. Tan grande es la importancia que se da a este personaje, que el mismo Ormuz consideraba como segura la victoria de sus doctrinas si lograba ganarle para sí y hacerle su profeta. En todo el Zend-Avesta se nos presenta a Zoroastro como un personaje extraordinario y superior en santidad, virtud y dignidad a todos los demás hombres; en cuyo nacimiento se alegraron todos los seres animados e inanimados, y cuyo poder se extiende hasta el mundo invisible o celeste.

Anro-mainyus o Ahriman puso en juego todas sus maquinaciones diabólicas para pervertirle o quitarte la vida. Con este último fin se nos dice en uno de los libros del Avesta que mandó primeramente a la Drûta, genio malo; pero como Zoroastro hiciese oración y confesase la doctrina Mazdayasna, huyó espantada la Druta de su presencia a la de Anromainyus, predicando la majestad y poder del incomparable Zaradustra.

Según varios pasajes del Avesta, podemos creer que en tiempos muy remotos, prehistóricos, hubo un rudo combate religioso entre indios y eranios, que dio por resultado el cisma, el cual principió algunos siglos antes que Zaradustra Spitama recibiese orden divina de atacar y destruir la idolatría, y desterrarla para siempre del país de Eran o Irán. La tradición y el Zend-Avesta nos dicen que, antes que a otro alguno, anunció las doctrinas de Ormuz al rey Vistâspa, o sea Gustaspes, quien no puede ser el padre de Darío, pues ni el tal personaje alcanzó esa dignidad, ni los padres de ambos Gustaspes son idénticos, al menos en el nombre.

Comparadas las noticias que se nos han transmitido por el Zend-Avesta con las de la tradición y de autores griegos, resulta como probable que el fundador de la religión que lleva el nombre de Zoroastro vivió muchos siglos antes del padre de Darío, en cuyo tiempo dicha religión se había extendido considerablemente y suponía siglos de existencia; es pues muy razonable la época en que ordinariamente se le coloca, o sea cerca de dos mil años antes de Jesucristo.

En el Zend-Avesta aparece Zoroastro como inmediato autor de algunos cánticos contenidos en los libros llamados Gâthas; la mayor parte de esa obra heterogénea, sin embargo, fue compuesta por los discípulos y sucesores del Profeta. La base de su teología y el principio fundamental de su religión fue el monoteísmo, mientras que la idea dominante en su filosofía especulativa es el dualismo, o sea la creencia en dos causas primeras, de las cuales se originó el mundo visible e intelectual; pero es de advertir que las doctrinas contenidas en los libros más antiguos del Avesta que pudieron tener por autor al mismo Zoroastro, son opuestas al principio dualista, cuyo origen debió de ser posterior.

La filosofía moral de Zoroastro se mueve en el círculo o trias de pensamientos, palabras y obras; según la naturaleza de éstas y de aquéllos será también la futura suerte del

individuo: Ahura-Mazda (Ormuz), el Ser supremo, el único Dios de la luz, de la verdad y de la vida, es también rectísimo y sabio juez de los hombres, porque siendo el autor del cielo y de la tierra, principio de toda vida y Señor del universo, dispone también del hombre, a quien puede hacer partícipe de todos los bienes que posee, o imponer castigos conformes a sus obras. Después de esto que vemos repetido y ampliado en el Zend-Avesta, se comprenderá cuán absurdo y destituido de fundamento es el nombre de ignícolos, o adoradores del fuego, con que se apellida a los persas antiguos y parsis modernos. El respeto y veneración con que tratan al fuego sagrado los sectarios de Zoroastro, tiene próximamente la misma explicación y origen que el que guardaban al suyo los hebreos.

El zend, según podemos juzgar por los restos que de su literatura nos quedan, llegó a un alto grado de desarrollo y perfección, comparable sólo con el que obtuvo el dialecto de los Vedas: su flexión en nombre y verbo es rica en formas, y su mecanismo gramatical perfectamente acabado, como en el dialecto de que hemos hecho mención.

Vemos en esta lengua una verdadera hermana del sanskrit, griego, latín y godó, que abandonó a la madre común antes que todas, mas desgraciadamente su literatura pertenece a un periodo en el que ya iba decayendo: el empleo de muchas formas gramaticales no es constante; los casos van desapareciendo, y se encuentra en su lugar muy a menudo el tema invariable: daêva, dioses indios; por el instrumental daêvêna o daêvâ, y aún hace las veces del nominativo plur. daêvanhô. Descuidase también la distinción de las terminaciones femen. â o î; daêna, fem.; religión, por daêna: esta confusión de categorías indica un período de decadencia, porque la corrupción gramatical es debida a la ignorancia del pueblo y de los sacerdotes, a quienes, por el carácter religioso, estaba naturalmente encomendada la custodia e inteligencia de sus libros. Mas los ministros de Ahura-Mazda, opuestos en todo a sus enemigos irreconciliables los de Brahma, no hicieron el menor esfuerzo para salvar el conocimiento de la lengua depositaria de sus dogmas y creencias, llegando a perder de tal modo el de los valores gramaticales, género, casos, número, etc., que al copiar alguna obra o parte del Avesta, separaban las terminaciones del tema, creando así una nueva dificultad a los comentadores europeos.

El zend fue rico en sonidos; pero aunque conocemos hoy más de sesenta signos, no se hallan todos en los manuscritos, por lo menos de los conocidos en Europa. Se lee y escribe de derecha a izquierda, siendo la única excepción entre los idiomas indo-europeos, como el etíope y asirio entre los semíticos.

En su tesoro de palabras, formas y fenómenos gramaticales muestra grande analogía con el dialecto de los vedas (libros religiosos de los indios), lo que sin duda puede tomarse como prueba de su antigüedad; distingue, como aquél, un subjuntivo, cuatro terminaciones en dual, mientras que el sanskrit clásico sólo tiene tres; y en general, varias formas desconocidas en éste son de uso frecuente en ambos dialectos. Su construcción es sencilla, y semejante a la que encontramos en los libros sagrados del Brahma. Haremos algunas indicaciones acerca de su estudio e introducción en Europa. El francés Anquetil du Perron fue la piedra sobre que se fundó el estudio del zend y de su literatura. Sobre la historia y religión de los antiguos persas, había escrito Thomas Hyde una obra excelente en su tiempo, pero que hoy no satisface las exigencias de la ciencia (*Historia religionis veterum persarum eorumque magorum*, 1700, Oxford).

Como Anquetil recibiera noticia, siendo aún joven, de las obras religiosas de los persas, por los manuscritos que ya en su tiempo poseía la biblioteca de Oxford, tomó la resolución de ser el primero que las tradujese (en Europa). Érale para esto necesario aprender el idioma, cosa que sólo podría hacer con los descendientes de Zoroastro, los que únicamente hallaría en la India. Falto de recursos para emprender un viaje tan largo y tan costoso, se alistó entre los soldados que iban entonces destinados a las posesiones francesas. Llegó a Bombay, atravesó todo el país (¡gran parte a pie!), y consiguió, con trabajo y dinero, que un sacerdote llenase sus deseos.

Después de algunos años de enseñanza volvió a Europa, y publicó la primera traducción del Zend-Avesta, en dos volúmenes en 4.º, París, 1771; contándonos en un discours préliminaire las aventuras de su penoso viaje. Anquetil compró en la India una preciosa colección de 180 manuscritos en diversas lenguas, que depositó en la Biblioteca Imperial de París.

El pueblo literato en general recibió esta obra con entusiasmo, no obstante sus muchas imperfecciones; únicamente los ingleses la atacaron rudamente, presentando algunos a Anquetil como un hombre simple, que se había dejado engañar, y traducía absurdos contrarios a la sana razón en lugar de los libros de Zoroastro. El danés Rask probó con sólidos argumentos que aquella traducción era la del verdadero Avesta, y puso fuera de duda la identidad del idioma con el de los antiguos parsis. Con la muerte temprana de este eminente orientalista, perdió el estudio del zend, en la infancia, una de sus mejores columnas.

Burnouf emprendió por primera vez la interpretación científica de los sagrados libros, y aplicando sus grandes conocimientos del sanskrit, obtuvo excelentes resultados.

Sus profundas y minuciosas investigaciones sobre el capítulo IX del Yasma sirvieron de base al estudio de la literatura nuevamente descubierta, siendo este trabajo del orientalista francés el testimonio más brillante de la autenticidad del Zend-Avesta, disputada por los ingleses. A sus progresos han contribuido, el doctor M. Haug, cuyos escritos sobre la materia son de los que pueden leerse con más confianza y seguridad; Fr. Spiegel con muchos y buenos trabajos, aunque sus traducciones no merecen siempre fe; Westergaard, con una edición correcta y completa del Avesta, y algunos otros.

Si se tiene en cuenta que los reyes persas extendieron su poder hasta la India, tocando al O. sus dominios con los de los griegos; que durante un largo período el zend, u otra lengua en relación íntima con ella, y las creencias contenidas en los libros que forman el Avesta fueron propiedad del mismo pueblo; que esta lengua se ha conservado en un estado primitivo de pureza, comparable solamente con el que nos presenta el dialecto antiquísimo de los vedas, no se tendrá por infundada la importancia que se da a su literatura para los estudios de filología comparada y de mitología. Todos los ramos del saber, cultivados por estos pueblos, con la geografía, historia y religión, reciben nueva luz de unos libros que antes sólo conocíamos por las noticias inexactas y poco fidedignas de los griegos. La posición topográfica de los persas les hacía fácil y casi necesario mantener un continuo comercio, con las naciones más civilizadas de la antigüedad, las cuales no podían menos de

influir en su literatura y creencias; en el Zend-Avesta podemos estudiar las opiniones de una gran parte de la humanidad sobre los principales objetos con que el hombre vive en relación. Además, se descubren en él fragmentos intercalados, que podrían tomarse como restos de una rica literatura. ¡Muchos capítulos del Vendidad son probablemente representantes de otros tantos libros perdidos!

Osético.-Afganés.-Armenio.

Los osetas, habitantes del Cáucaso, aunque se hallan rodeados por todas partes de pueblos extraños, han conservado puro el carácter indo-europeo de su lengua, en la que se distinguen tres dialectos principales, Digórico, Tagaurico y Osético del Sur. Los osetas no poseen literatura, y por consiguiente tampoco tienen alfabeto propio; Rosen ha empleado el geórgico. ()

Su gramática es sencilla; no se distingue el género ni aun en la flexión, pero sí los dos números singular y plural; sustantivo y adjetivo siguen la misma declinación. Fuera de nuestros casos, tienen un locativo e instrumental, pero sin terminaciones especiales, porque toman las de otros casos. No hay artículo definido, y el indefinido se forma, como en el persa moderno, añadiendo al nombre una i: lag, hombre; laghi, un hombre.

El adjetivo calificativo precede invariable al sustantivo; como predicado, toma el número del sujeto: masav bajta rasugdta sti, mis negro (s) caballos hermosos son (ta es la terminación del plural).

El comparativo se forma por medio de la sílaba dar (cp. sansk. tara, persa mod. tar, teros, tior, etc.); el objeto comparado se pone en ablativo como en latín: dargh, largo (Sansk. dirgha; pers. diraz) compar. darghar. Los pronombres muestran el carácter eránico de la lengua; interrog. ki, quien (sansk. kas, pers. ki, quis, etc.); chi, que (pers. chi); andar, otro; ali, todo (cp. alter; Sanskr. antara, alem. der andere; y alem. alles, alius); sepeta, todos (sansk. viçva; zend viçpa); nichî, nada (cp. nihil, alem. nichts, etc.)

En la misma relación están los numerales de los que pueden compararse:

1. Iv, zend, aêva.
2. Dua, S. dva o dvi, Z. dva, duo, dos.
3. Arta, S. tri, Z. thri, gr. treis, tria.
4. Tsupar, S. chatvar, Z. chatvare, gr. tettares, etc.
8. Ast, S. ashtan, Z. ashtan, .
10. Das, S. daçan, gr. deka.
12. Duadas, S. dvâdaçan, Z. dvadaçan, gr. dôdeka.

19. Nudas, S. navadaçan, Z. navadaçan.

Los ordinales toman la terminación am, persa um. sanskr. ama, Z. ama, emo, etc.; sirvan de ejemplos:

4.º Tsuparam, pers. chaharum y Z. irreg.

7.º Avdam, S. Saptama. Z haptamô, gr. ebdomos.

8.º Astam, S. ashtama, Z. ashtemo.

10.º Dasam, S. daçama, Z. daçemo.

(En persa, 7.º haftum; 8.º Hashtum, etc.)

En el verbo presenta aun mayor conformidad con las lenguas indo-europeas. Como en el nombre, se distinguen aquí dos números, en los cuales las tres personas tienen formas particulares. Las terminaciones del presente sing. in, is, i; plur. am, ut, inch; y del preter. on, ai, a; plur. am. at. oi, son análogas a las del pres. e imperf. de los demás idiomas de la familia. Algunos tiempos se forman con el auxiliar kanin, hacer, cuyo empleo es semejante al del persa, qardan, imp. qun, S. krinômi; Z kerenaômi. La conformidad de sus reglas eufónicas con las que caracterizan a dichas lenguas es una prueba más de la relación íntima que las une. Pueden compararse aún las palabras siguientes, qus, oír; pers. qush; fars, S. prach, pers. purs, alem. fragen, percontare; war, S. vri, alem. bewahren, guardar. fid, S. pitâ, pers. pidar, gr. patêr, alem. vater, godo fadar, ingl. father, pater, padre; mad, S. mâtâ, pers. mâdar, madre; mei, S. mâs, pers. mâh, gr. mên, godo mena, ant alem. mâno, alem. mond, mensis, luna (mes).

Como esta pequeña tribu indo-europea ha venido a tomar asiento entre pueblos que le son extraños en lenguas y costumbres, es un problema que sólo podremos resolver cuando tengamos más y mejores noticias de su idioma y de los que la rodean; entonces descubriremos el brazo que une a esa isla del mundo lingüístico indo-europeo con el resto de su familia, o sabremos el modo con que ha llegado a tal aislamiento. De estas lenguas recibiremos sin duda preciosos datos para la geografía y etnografía antiguas, en lo cual está su principal importancia.

Pasando por alto la lengua del afganistán, haremos algunas indicaciones sobre la literatura del armenio. Es conocido este idioma en Europa desde hace varios siglos; mas su estudio verdaderamente científico es de nuestros días, y a él ha contribuido no poco la aplicación del sanskrit a la filología comparada. Pertenece también a la familia indo-europea y grupo eránico, como el afganés. Su alfabeto está basado en el griego, su literatura abunda sobre todo en preciosas obras de historia. Toda ella nació, se desarrolló y creció bajo la influencia y como a la sombra del cristianismo, impregnándose a la vez de ideas helénicas. Sus historiadores y cronistas forman una cadena, cuyos anillos se han prolongado sin interrupción desde el siglo IV hasta nuestros días. Esta literatura interesante abunda también en composiciones sobre exégesis y teología. Las obras antiguas nacionales

desaparecieron con la introducción del cristianismo, lo cual es muy sensible, porque la perfección con que están escritos algunos fragmentos que nos quedan de tales poesías es un testimonio evidente de la antigüedad del idioma, que no pudo alcanzar ese desarrollo sin un cultivo continuado, en el que tomaron parte muchas fuerzas. Esto pudo a la vez contribuir a cambiar notablemente su carácter primitivo. Mas el cristianismo, benéfico siempre en sus efectos, sembró entre los armenios una semilla que pronto produjo bellos frutos. Despertó en ellos un amor extraordinario a las ciencias y a las letras, en las cuales tuvieron hombres sobresalientes, formados en las escuelas de Alejandría, Atenas, Constantinopla y Roma. La naturaleza de la lengua se prestaba a la imitación y traducción de los grandes maestros de Grecia y Roma, por su flexibilidad, variedad de estructura y riqueza de expresiones. Muchas composiciones de este género, y acaso traducciones de originales que han desaparecido, aguardan que un amante de la ciencia las saque de algún convento armenio, en cuya biblioteca han encontrado por largo tiempo albergue.

Los trabajos gramaticales y lexicográficos que sobre esta lengua poseemos son numerosos, pero dejan mucho que desear en punto a perfección.

Antes de pasar al sanskrit, haremos varias indicaciones sobre una lengua que pertenece al grupo que lleva el nombre de aquél.

La lengua Rom o de los Gitanos.

La filología moderna ha incorporado a la familia indo-europea uno de sus miembros en la lengua del pueblo nómada, a quien todos conocemos por uno de los más raros del mundo: los gitanos. El nombre de este individuo, perdido y hallado en nuestros días, es rôm, si no se le quiere dar el de su pueblo.

Esparcidos y errantes por las tres partes del mundo, Asia, África y Europa; sin otros sentimientos de nacionalidad que los débiles que les unen a su tienda, han conservado hasta hoy el idioma que trajeron de su patria primitiva, la India.

Se les ha tenido por originarios del Egipto, y a esta procedencia se refiere nuestra denominación gitano; mas la lengua ha demostrado con evidencia que su verdadera patria es la India. La etimología de muchos nombres con que se les ha distinguido es inexplicable u oscura. Alem. Zigeuner (Zíngaro, etc.).

Ellos se llaman a sí mismos sinte (de saindhava, habitante, del Sanskrit sindhu, Indo); rôm, hombre, y kâlo, oscuro (del S. kâla). Tiénese por cierto que aparecieron en Europa a principios del siglo XV.

Su lengua había ya llamado la atención de algunos sabios en el siglo pasado (Rudiger, 1777, y antes, de Bütner), pero el primer trabajo científico es el del alemán Pott.

Ha admitido muchos elementos extraños, que sin embargo dejan pronto conocer su origen en el norte del país mencionado, y su parentesco inmediato o indisputable con el sanskrit se halla comprobado por las formas gramaticales, construcción y tesoro de

palabras; de éstas pueden compararse: breshno, S. varsha, lluvia; manush, S. manushya, Z. mashya, alem. mensch, hombre (humano); aguszlo, S. angushtha, pers. angosht, dedo; szero, S. çiras; gr. kára, kéras, kranion (cp. cranium, crinis, ant. alem. hirni, cerebro, cráneo), cabeza; ritsh, S. riksha, gr. arktos; ursus (por ursus), oso; rat, S. râtri, noche; doosh, S. dôsha, daño (propiamente delito), y otras.

Toda su literatura se reduce a canciones populares, cuyo carácter y contenido es de lo más raro que haya podido producir la humana inteligencia.

- XII -

Lengua sánskrita

En todas las ciencias cuyo estudio ha cultivado el hombre pensador han existido diversos ramos que, por su importancia intrínseca o por sus aplicaciones a la vida práctica, obtuvieron cierta prioridad sobre los demás. Y cuando los nuevos adelantos de la ciencia vienen a descubrir otros más acreedores a esa predilección, no obtendrán el lugar que les corresponde en el santuario de la misma sin empeñar un rudo combate, para destruir las preocupaciones adquiridas en favor de lo existente. Desde muy remotos tiempos se han cultivado las lenguas griega y latina entre las clásicas de nuestra familia, con exclusión de toda otra, por sus grandes aplicaciones al estudio de todas las ciencias, cuya terminología se ha tomado de ellas. Pero una lengua que posee una rica literatura, y que se ha elevado a gran altura en su desenvolvimiento histórico, tiene otras aplicaciones de mayor importancia que la de dar palabras técnicas a las demás ciencias, como ha probado suficientemente la sánskrita. El mérito intrínseco de su literatura, la poderosa influencia que durante muchos siglos ha ejercido sobre la civilización y cultura intelectual de algunos pueblos del Asia y de la Oceanía, y la que ha podido ejercer sobre los indo-europeos, antes de que tuviese lugar la dispersión de los diversos miembros de la familia, y más que todo, los grandes resultados que da en su aplicación al estudio comparativo de filología, lingüística y mitología, hacen que la lengua sánskrita pueda y deba ocultar un lugar distinguido al lado de las dos llamadas clásicas, cuyas aplicaciones en filología no son tan universales, ni los resultados con ellas obtenidos, tan seguros como los que ofrece la lengua sagrada del indio. Mas, como veremos esto prácticamente en los artículos que siguen, omitiremos aquí toda observación sobre la materia, y nos limitaremos a hacer un ligero estudio de la literatura del sanskrit y de los principales caracteres distintivos del mismo.

Dos solas familias lingüísticas o grupos ocupan el inmenso país comprendido entre el Indo y Ganges, y entre el Himalaya y cabo de Komorin, la drávida y la sánskrita.

Al entrar los arios en la India por el Pentchab, arrojaron a los naturales que habitaban aquellas llanuras, los cuales se refugiaron en el Dekan; uniéronse varias tribus a los vencedores, retiráronse otras a las montañas del interior, y algunas retrocedieron al O., viviendo aún hoy en el Belutchistan.

Estas tribus indígenas hablaban las lenguas drávidas, que ocupan la extensión comprendida desde el monte Vindhya y río Nerbadda hasta el mencionado cabo Komorin, siendo las principales de ellas. (, ,)

- 1.º Tamil, hablado por diez millones de habitantes.
- 2.º Telugu, hablado por catorce millones.
- 3.º Canarés, que hablan próximamente cinco millones.
- 4.º Malayam, dos millones y medio.
- 5.º Tulu o tuluva, dos millones próximamente.

A la rama sánkrita pertenecen los idiomas del Norte, en la extensión comprendida desde el Himalaya y Hindukush hasta el Dêkan, y desde el río Indo hasta el Brahmaputra. Más de ciento cuarenta millones de hombres hablan estas lenguas, que podemos dividir en seis grupos o subdivisiones (, , , , ,).

- 1.º Grupo del Este, con la lengua de Bengala, de Asam y de Orissa.
- 2.º Del Norte, con las del Nepal, Kashmir (Cachemira), y Pentchab.
- 3.º Grupo del Oeste, con los dialectos del Sind, Multan, etc.
- 4.º Grupo medio, el Hindi al Norte, del cual se ha formado, desde el siglo XI de nuestra era, el urdu o hindostani, lengua oficial y usada en gran parte de la India por el pueblo culto, pero que ha tomado muchos elementos árabes y persas.
- 5.º Grupo del S. O., al que pertenece el gucherate con sus dialectos.
- 6.º Grupo del Sur, marati y dialectos.

Por su antigüedad están sobre todos estos el prakrit y el pâli, cuya literatura es anterior a la era cristiana; el primero es en dramas sanskritos la lengua del pueblo bajo y de las mujeres; el segundo se nos ha conservado en obras budistas, quienes la emplearon para escribir sus libros sagrados, dando nacimiento a una rica y floreciente literatura.

El origen de estas lenguas y dialectos fue el sanskrit, que, abandonado hace veinte y cinco siglos por el pueblo, ha tenido en ese largo período una vida puramente artificial, como el latín entre nosotros. El sacerdote brahman, después de varios años de enseñanza, habla y escribe el sanskrit clásico con la misma dificultad que el europeo el latín. Mas en el primer periodo de su literatura le encontramos bajo una forma poco diferente de la que tiene en el segundo, pero cuyas particularidades la dan derecho a una separación, y ha recibido el nombre de dialecto védico o de los vedas, por llenar estos libros todo ese periodo.

La opinión de aquellos que tienen al pueblo indio por ignorante y simple, esclavo de sus supersticiones e incapaz de remontar su imaginación sobre los objetos materiales que lo rodean, carece de todo fundamento, y ha perdido el valor ficticio que antes tuviera, después que la historia y literatura de ese pueblo han dejado de ser para el europeo un misterio.

Hoy, que podemos estudiar sus obras literarias, como las propias, y las producciones de Kâlidâsa corren entre nosotros como las de Homero y Virgilio, descubre semejante aserto la ignorancia respecto de las primeras, y acaso poco conocimiento de las segundas.

Dejando para pluma más hábil el hacer la apología de los talentos literarios del pueblo que nos ocupa, seguiremos nuestro camino ordinario de la observación. Sólo alguno que nada creo, por negarlo todo, pone en duda la antigüedad de la literatura de los vedas, porque estos antiquísimos documentos de la civilización india son el argumento más concluyente contra los infundados asertos de aquellos incrédulos, que tratan de rebajar el mérito de sus productos literarios.

Cuando en las demás naciones del orbe iluminaba apenas un débil rayo de luz las inteligencias, brillaba del Indo al Ganges, del Himalaya al golfo Índico la ciencia de los rishis maestros y profetas de su pueblo; ciencia que si en todo no tenía por base la verdad, era sólida por fundarse en el conocimiento de sí mismos. El griego no tuvo otro dios que su patria, por la que estaba dispuesto a derramar su sangre, pero cuyo amor no podía servirle de guía o norma en todas sus acciones; el indio se considera en el mundo como peregrino, y dirige sus pensamientos y actos a objetos más grandes y sublimes que los que le rodean; la Divinidad, ante la cual muestra siempre un profundo respeto, llena todo su corazón, y su fin es unir el yo personal con el del Eterno (paramâtmán), de manera que el amor y aspiración hacia una vida más pura y elevada degeneró muchas veces en sacrificio propio; conservándose la memoria de rishis, que hicieron penitencias reales y severísimas para hacerse dignos de la compañía de los dioses, sin contar los muchos anacoretas cuyas personas y penitencias son creaciones de la fábula.

Un pueblo que mira bajo ese punto de vista la vida actual y todo lo relacionado con ella, no tendrá importancia ni influencia alguna en la historia política del mundo, pero ocupará, en cambio, un lugar distinguido en la intelectual del género humano. Mientras que otros pueblos consumen sus fuerzas en luchas intestinas, en defender sus pretendidos derechos, las concentra éste en un solo fin, -el último del hombre, -la Divinidad. Hombres así separados y abstraídos del mundo, adornados de ciencia, con un corazón recto, dotados de entendimiento sano y de imaginación fecunda, libres de preocupaciones, y que habían sometido sus apetitos a la voluntad por medio de penitencias, son los elegidos por los dioses para anunciar a sus compatriotas los secretos del cielo.

Adviértase de paso que la devoción no es para el indio una elevación del entendimiento a Dios en sentido cristiano; consiste más bien en el sacrificio de sí mismo y de sus bienes, hecho con el fin de obligar a los dioses a que le concedan sus deseos; dame y te daré, o te doy para que me des, es el axioma religioso-moral del indio.

Con sacrificios y penitencias puede alcanzar el rishi un puesto entre los dioses, y nada hay para él en el mundo más sublime que ese pensamiento; y si tales ideas conducían al

error de divinizar a la humanidad, ejercían, por otra parte, una influencia bienhechora sobre las costumbres.

En su literatura nada se descubre de esa corrupción moral que han querido ver algunos escritores poco familiarizados con la vida de este pueblo extraordinario. Entre sus ideas politeístas domina la de un Ser supremo, jefe, maestro y señor de la república celeste. Sus opiniones acerca de la familia, y los preceptos por los cuales se establecen las relaciones de la sociedad doméstica, parecen copia del Evangelio; las leyes que determinan y fijan los privilegios del maestro, y deberes del discípulo para con él, muestran la elevada inteligencia de los legisladores; el discípulo tiene obligación y deber de pedir por el maestro o guru, y mantenerle.

El respeto a la casta sacerdotal degeneraba en adoración; el indio consideraba a sus sacerdotes como único medio para obtener el favor divino; les obedecía y seguía sus doctrinas como infalibles; y el Brabman, por su parte, supo mantener largo tiempo su dignidad sobre la de los mismos reyes, cuyo poder y autoridad despreciaba y no quería para sí, como inferiores al predominio moral y tutela que sobre ellos ejercía.

Las canciones del Rig nos muestran este pueblo atravesando todos los grados de cultura y desarrollo intelectual por que pasa generalmente una sociedad desde su origen. Vémosle, en su infancia, dar culto a las fuerzas de la naturaleza; pero entre estos fenómenos naturales, o elementos, que considera como seres sobrehumanos, trata de establecer unidad, formando una jerarquía, en la que cada uno de los seres divinos que la componen tiene su destino, dominios y atributos. Conceptos abstractos dieron pronto lugar a la creación de nuevos seres, los cuales, personificados, recibieron también atributos propios de la Divinidad. Aumentado de este modo el número de dioses, fue necesario poner orden en la sociedad celestial, haciendo divisiones, por lo general fundadas en las cualidades y atributos especiales de cada uno, de lo cual resultaron las divinidades, cuyo círculo de acción es el cielo, la atmósfera y la tierra, personificadas en el sol (aditya), viento (vâyu-indra) y fuego (agni).

Uno de estos tres seres obtuvo con el tiempo la supremacía sobre los demás, conforme a las opiniones reinantes o que dominaban al pueblo; el sol fue comúnmente privilegiado en la elección; pero Indra, el dios del trueno y de la tempestad, ha sido tenido como el más poderoso del empiro; y agni es el portador de las oraciones de los hombres, o divinidad mensajera de los dioses, y mediadora entre éstos y la humanidad. La mayor parte de los dioses indios han recibido diferentes denominaciones, según la magnitud y diversidad de sus obras; de este modo, cualquier hecho memorable de una divinidad quedaba eternizado en el nuevo epíteto que se daba a su autor. Los sacrificios y los himnos de los vedas (Sâmaveda), que deben cantarse durante su celebración, son distintos para cada uno o para muchos de ellos. Hemos mencionado los vedas, y los amantes de la literatura oriental leerán con gusto algunos pormenores acerca de estos libros sagrados, cuyo contenido es tan vario como interesante.

Veda significa ciencia, saber (de vid, lat. video, gr., éidon éidomai, oida; god. vait, sé), y en verdad que los libros religiosos del indio son el compendio de la ciencia y de los conocimientos adquiridos por espacio de muchos siglos, y el fundamento de su literatura,

como lo fue el Korán para el mahometano, y los libros de Zoroastro para el parsi. Los verdaderos vedas son tres, llamados: Rigveda, Samaveda y Yachurveda, a los que se añadió posteriormente un cuarto, llamado Atharvaveda, el cual nada contiene, en realidad, que no se halle en los anteriores.

Cada uno se divide en dos partes principales: sanhita y bráhmna. Constituyen la primera, o sanhita, generalmente himnos que se han de recitar o cantar en diversas ocasiones, con especialidad en la celebración de sacrificios; éstos, sea dicho de paso, son muy varios y de grande importancia para el indio. Se atribuye al sanhita del Rig una antigüedad de 2.000 años antes de Jesucristo, y hay la particularidad de que muchos de sus himnos se hallan repetidos en los demás vedas con pequeñas variantes. Estos himnos, sencillos en su composición y llenos de bellos pensamientos y conceptos, son la pintura más fiel que tenemos del carácter de nuestra familia en su origen, y dan una idea favorable de la moral y dotes poéticos del indio en tiempos muy remotos. El fin de cada uno, causas, época de su composición, fueron, sin duda, muy diversos, como también sus autores, los llamados rishis, por lo que, presentando caracteres muy distintos, son un precioso medio para estudiar el espíritu religioso de este pueblo, que lo es por excelencia.

Los brahmanas, o partes más modernas de los vedas, tratan de objetos muy varios, aunque versan comúnmente sobre el contenido de los sanhitas; son, pues, tratados teológico-filosóficos acerca del contenido de los sagrados libros, fundados en los himnos mismos o en la tradición. Reunidos y compuestos por algunos maestros (rishis), y considerados como propiedad de la familia o secta (charana) a que ellos pertenecían, fueron luego recibidos por otras sectas o charanas, que les trabajaron de nuevo, resultando las diversas ediciones que tenemos de un mismo bráhmna.

Ambas partes de los vedas fueron comunicadas inmediatamente por los dioses a los rishis, que les escribieron, y constituyen, por lo tanto, parte integrante de la revelación. En los brahmanas se admite una sustancia que lo penetra todo, y de la cual son parte los dioses infinitos y seres finitos. Esta doctrina panteísta, desenvuelta detalladamente en esos libros, ha sobrevivido a todos los períodos de la literatura india; los pandits o sacerdotes indios de nuestros días enseñan que todos los seres finitos son emanaciones de una sustancia infinita; de un modo análogo explican la creación primaria de todos los seres, hecha por Brahma.

En los brahmanas se explica también la relación entre la parte teórica de los sacrificios y la práctica, o, lo que es lo mismo, se establecen leyes litúrgicas; exponen la creencia de la tradición sobre muchos objetos religiosos, manifestándose en ellos opiniones individuales sobre los mismos, pero fundadas en la tradición antigua; de esto nace su importancia para el estudio de la religión y de la filosofía. Determinan también las funciones que cada clase de sacerdotes debe desempeñar en la celebración de sacrificios; ocupándose el Rig de los deberes del sacerdote Hotar, el Sâmaveda de los del Udgâtar, y el Yachur de los del Advaryu; tres clases distintas de sacerdotes, que intervienen activamente en todo sacrificio. El contenido de los brahmanas se ha creído siempre como doctrina revelada por los dioses, en lo que debió influir la casta sacerdotal, que vio en esto el mejor medio de rechazar los ataques dirigidos contra los privilegios allí otorgados en su favor; pero este absolutismo exasperó los ánimos, y causó la revolución de los budistas, como veremos después. Entre las diversas especies de composiciones que pertenecen al período de la literatura védica,

citaremos tres de las más notables por su forma y contenido, que son como suplementos de los brahmanas; a saber: upanishads, aranyakas y sùtras. Los sùtras contienen doctrinas enseñadas en los brahmanas propiamente dichos, pero presentadas en un sistema regular y más filosófico. La brevedad fabulosa en que están escritos estos libros, llamados sùtras, hace que se les considere, y con razón, como la quinta esencia de los conocimientos que los brahmánes habían acumulado por espacio de muchos siglos de meditación y estudio, como las composiciones más raras que jamás inventó el ingenio humano. El pandit, o sacerdote indio, asegura que un autor gana tanto en la economía de media vocal breve como en el nacimiento de un hijo; y adviértase de paso que el no tener sucesión era para todo indio una infamia en la opinión de los demás.

En ellos se establecen ceremonias especiales y disposiciones relativas a la familia o sociedad doméstica, así como también a todo el pueblo. Vemos aquí ya una distinción de derechos, puesto que al pueblo se comunica una parte de los sutras (Grihyasutra), siendo la otra monopolio de la casta sacerdotal; el pueblo olvidó sus antiguas tradiciones, y se apodera de ellas el Brahmán para conservar su influencia y supremacía absoluta sobre aquél, de una manera sin igual en el mundo. Con el fin de quitar, aun a los reyes, el gusto de sacudir su yugo insoportable, inventaban fábulas de semejantes atrevidos que lo intentaron, pero que en su osadía cayeron aplastados bajo el poder colosal que ellos solos habían recibido de la divinidad. Sus palabras, doctrinas y amenazas fueron creídas por mucho tiempo como infalibles, sin que jamás persona alguna osara levantar la voz en contra; mas la experiencia y civilización les arrancan sucesivamente una autoridad adquirida y sostenida tan injustamente por medio de embustes y de una astucia refinada.

No se cuidaron los primeros legisladores indios de fijar y deslindar los deberes y derechos de las diferentes clases de la sociedad civil en sus primeros días, acaso porque nadie se atrevió a establecer y dictar leyes a las castas superiores, y las inferiores vivían sometidas a las leyes o caprichos del más fuerte. Ésta fue la causa de que el budismo sacudiese tan fuertemente la máquina del Estado, y acometiendo religión, culto y jerarquías, hiciese temblar los tronos de los reyes, y pusiese en peligro hasta la autoridad infalible de los brahmánes; porque las castas inferiores, y aún la guerrera, aprovecharon tan favorable ocasión para echar de sí un yugo que les era, y con razón, intolerable.

En este primer período de la literatura india se hicieron ya trabajos gramaticales, que tuvieron por principal objeto facilitar la inteligencia del texto de los vedas. Las primeras obras que conocemos de este género fueron colecciones de sinónimos y de palabras difíciles de comprender; en ellas se explicaba el verdadero significado de los unos y el sentido de las otras; luego encontramos explicaciones etimológicas, que no dejan de tener cierta importancia y mérito, especialmente en las obras llamadas aranyakas; y por último, en las llamadas vedângas, o miembros de los vedas, tenemos verdaderos ensayos gramaticales, citando un autor de este período, y muy anterior a Panini, gran número de gramáticos que le habían precedido, lo cual produjo un movimiento extraordinario en este género de trabajos. La gramática, como auxiliar poderoso que es para estudiar, comprender los libros sagrados y preservarlos de corrupción, debe ocupar, según los indios, un lugar distinguido entre las ciencias humanas.

La filosofía tuvo también admiradores que la cultivaron en estos tiempos prehistóricos, según vemos por el contenido de algunos himnos del Rigveda. En los brahmanas se toca varias veces la tesis acerca de la creación, y con el tiempo se consideró como doctrina ortodoxa la que suponía que un espíritu primitivo era la causa de todos los seres, en oposición a la heterodoxa, que admitía la materia eterna. Estas diferentes opiniones y especulaciones filosóficas, esparcidas sin enlace en varios libros de los brahmanas, forman luego verdaderos sistemas filosóficos en los upanishads y aranyakas, obras posteriores a los brahmanas.

Las doctrinas que en estas obras se defienden como ortodoxas son a veces opuestas entre sí, de modo que todos los filósofos posteriores pretendían fundar en ellas sus sistemas, aunque fuesen contrarios en sus principios, porque las contradicciones manifiestas de los diferentes upanishads, según la interpretación y creencia común de los brahmánes, no se oponen a que sean considerados como la primera autoridad en filosofía, ni tampoco impiden que los mismos sacerdotes sostengan su origen divino.

En una de estas obras se enseña la creación de la nada, y poco después se establece el âtman, (el mismo, el ser, el alma primitiva) como principio de todas las cosas. Brahma parece confundirse, a veces, con este âtmân universal, que todo lo penetra ni vivifica; pero en otras obras de este género se le presenta como el omnisciente, infinito, principio del éter, aire, fuego, agua, tierra, cuerpo, etc.

Estos filósofos antiguos dejaron a la posteridad un testimonio inequívoco de gran ciencia, fundada en el conocimiento propio, en la meditación y estudio; pero su imaginación, fecunda y rica en nuevos descubrimientos, les presentaba otras pruebas, que destruían lo establecido; y por eso les vemos indecisos entre varias opiniones, y vacilantes como la caña en el desierto. Algunos dan al Creador el nombre de Akshara, imperecedero, inmortal, eterno (êkam aksharam, un inmortal, significó posteriormente la sílaba santísima ôm, por a + um, cuyas tres letras representan los tres dioses supremos: a, Vishnu; u, Siva, y m, Brahma); otros le llaman avyakrita, o no desarrollado, no hecho, con el que acaso quieran indicar su cualidad de increado o eterno.

El número de upanishads es muy considerable (¡se cuentan hasta 108!) y las cuestiones importantes que en ellos se tratan les hacen sin duda tan dignos de estudio como puedan serlo las obras de Platón, Aristóteles, Sócrates y demás filósofos de la antigüedad clásica.

El indio moderno ha permanecido fiel a las doctrinas que en estos libros le transmitieron sus antepasados; la trasmigración de las almas, la emanación de todos los seres de un ser supremo, y otras creencias que hemos indicado, y que son patrimonio del indio de nuestros días, tuvieron origen en los upanishads, en los cuales libros se hizo la primera exposición y defensa de semejantes doctrinas.

En este período hicieron ya los indios varias observaciones astronómicas y de medicina: las primeras fueron necesarias para determinar las fiestas, días y horas de los sacrificios. Estrabon atribuye a los brájmanai la invención o cultivo especial de la astronomía.

La división en partes de los animales sacrificados, obligó también al indio, por naturaleza curioso, a hacer observaciones anatómicas, y así encontramos en obras del período de la literatura védica, determinadas y designadas con precisión las partes de las bestias, y en el atharvaveda vienen algunas canciones o himnos sobre diferentes enfermedades.

En el rigveda vienen ya los nombres de personajes que aparecen también en la mitología griega, lo que nos prueba su antigüedad, puesto que los himnos que hacen mención de ellos debieron componerse antes que tuviese lugar la separación de los pueblos indo-europeos: compárese S. Sârameya con Gr. Ermeias; S. Çabalá con Kerberos; S. Varuna con Uranos; Dyaushpitar con Zeus, y Júpiter; Trita (Thrita y Feridun) con Tritón.

Los últimos himnos del Rig se compusieron por los años de 800 antes de Jesucristo (todo el rigveda, por consiguiente, entre 2000 a 800 a. Cr.); en este tiempo vivía probablemente el pueblo indio (viç) a las orillas del río que lleva su nombre, dividido en pequeñas tribus; su manera de vida, según nos enseñan dichos himnos y la tradición, era patriarcal y nómada. El padre de familias reunía en sí las dos potestades espiritual y temporal; y como revestido de la dignidad sacerdotal, ejecutaba las sagradas ceremonias. No conocía el pueblo la odiosa distinción de castas, aunque pronto aparecen jefes de las tribus o familias (viç-pati), que hacían las veces de reyes.

El movimiento literario dirigido por los brahmânes se aumentaba considerablemente en los últimos tiempos de este período, pero ya se ocultaban al pueblo los secretos de la ciencia, que aquéllos monopolizaban en provecho suyo, y el conocimiento de la lengua culta o literaria se retiraba de entre las masas a los gabinetes de un corto número de sabios.

Mas las cadenas del brahmân eran demasiado débiles para contener la marcha de las inteligencias, y ya hemos visto que muchos sistemas filosóficos, con principios opuestos, establecían por base las doctrinas desenvueltas en los upanishads y aranyakas, sin que fuesen ni pudiesen ser condenados como heterodoxos; esforzándose más bien los brahmânes por hermanar sus contradicciones manifiestas con el origen divino que asignaban a esos libros. Bajo tales circunstancias dio principio el segundo período de la literatura india caracterizado desde su origen por las modificaciones notables que se habían introducido en la lengua, que desde entonces se llamó clásica en oposición al dialecto del anterior o védico. Su carácter es religioso, y su fundamento los libros sagrados vedas; las relaciones sociales se han ensanchado; el culto está bien constituido y basado en la trinidad Brahma, Vishnu, y Siva, la religión presenta ya un sistema complicado que supone muchos siglos de trabajo. Algunos ramos del saber siguen en este período la marcha comenzada con buen éxito en el primero, como la gramática y la filosofía; en otros no se halla enlace, quizá porque se han perdido las obras que establecían el punto de unión. La mayor parte de las de este período fueron compuestas en verso del mismo modo que las del anterior. Engalanadas así las producciones didácticas con los adornos de la poesía son más agradables, cuando no se han traspasado en su composición los límites de la prudencia. El indio, como todo oriental, olvida a menudo esta bella cualidad, y da a las obras puramente didácticas el carácter exclusivo de poéticas.

En los brahmanas, de que antes hemos hecho mención, encontramos cantos cuyo objeto es ensalzar hechos heroicos de reyes y príncipes piadosos, los cuales podemos mirar como precursores del poema épico. Éste ha llegado entre los indios a una perfección extraordinaria, que no puede, sin embargo, compararse con la que alcanzó el persa o griego. El indio posee dos grandes poemas de este género, llamados Mahâbhârata y Ramâyana. El primero celebra el combate entre las dos familias llamadas de los Kauravas y de los Pândavas, que termina con la derrota y destrucción de los Kauravas y dominio de sus contrarios. Una cuarta parte está dedicada al verdadero objeto del poema, ocupando el resto numerosos episodios, didácticos muchos, y dirigidos al estado guerrero especialmente; algunos de estos episodios son bellísimos y dignos de estudio.

El segundo o Ramâyana, cuya composición se atribuye a Valmîki, pertenece a la poesía llamada kavi. El lenguaje es más elegante que en el Mahâbhârata, lo que parece indicar un origen posterior. En Mahâbhârata predomina lo humano; en Ramâyana nos vemos trasladados a un terreno alegórico, aunque, como allí, el fundamento es histórico; el rapto de Sita, verificado por un Demon gigantesco, y su recobro por Râma su esposo, forman el nudo principal de todo el poema; pero no debe olvidarse que gran parte de su contenido es alegórico. Ambos debieron transmitirse primitivamente por tradición oral, recibiendo mucho después la perfección y forma en que hoy les conocemos. A la epopeya pertenecen también las obras llamadas puranas, de las cuales las antiguas, que nos daban noticias acerca del origen y familias de los dioses, héroes, etc., se han perdido; las modernas tienen por principal objeto defender las poderosas sectas de Siva y Vishnu, y muchas de sus leyendas mitológicas están tomadas del Mahâbhârata.

El baile acompañado del canto, al que luego se añadieron representaciones pantomímicas y diálogos, fue el origen del Drama entre los indios (nâta en S. significa bailarín, histrio, y nâtaka drama). Por lo general está tomado el argumento de los dramas de objetos religiosos, o es una mezcla de lo religioso y profano, sin haberse desterrado de la escena, aun en los últimos tiempos, lo milagroso o extraordinario; los dioses intervienen siempre en el enlace y solución del argumento dramático.

Kâlidâsa, príncipe de la poesía dramática, floreció, según algunos, en el tercer siglo antes de Jesucristo, pero según otros, y es lo más probable, es más moderno. En los primeros siglos de nuestra era cultivaron este género de poesía varios genios, que con sus excelentes producciones dieron nuevo lustro al teatro indio; mas ninguno alcanzó al citado Kâlidâsa, quien por la fluidez de su estilo, naturalidad y maestría con que maneja el idioma, así como por los hermosos versos que adornan sus composiciones, y bellísimos pensamientos que se destilan de su pluma, puede ocupar un lugar distinguido entre los grandes genios de las naciones cultas, y si bien pretenden demasiado sus compatriotas modernos al colocarle sobre Shakespear es no menos injusto el juicio de muchos europeos, que no acomodándose a vivir y respirar en la atmósfera de ideas y opiniones que rodean al poeta indio, condenan sus obras como faltas de unidad en la ejecución, o miran los medios que conducen al fin, como vulgares e impropios de la representación dramática. En la imposibilidad de entretenernos aquí en presentar las ventajas del teatro indio, citaremos las palabras del inmortal Goethe, pronunciadas al leer la primera traducción de un drama de Kâlidâsa, titulado Sakuntala, y que son sin duda la mejor apología que se puede hacer de ella:

Willt du die Blüthe des frühern, die Früch e des späteren Jahres
Willt du was reizt und entzückt, willt du was sättigt und nährt
Wilt du den Himmel, die Erde miteinem Namen begreifen
Nenn ich Sakontala dir und so ist alles gesagt.

dice: «Quieres las flores de primavera y los frutos de otoño; quieres cosa que enamora y encanta, quieres algo que alimenta y sacia, quieres comprender el cielo y la tierra en un solo nombre, ¡pronuncia Sakuntala! y todo está dicho.»

Este pueblo, para quien el desenlace del drama debe ser siempre feliz, no conoce la tragedia; más en cambio nos ofrece otra especie de composiciones que son los dramas filosóficos, en los cuales aparecen personificados conceptos, ideas y sistemas; cuéntanse en este género tan singular de obras, trabajos muy apreciables. Sobre el lenguaje queda ya advertido que las señoras y castas inferiores hablan en la escena un dialecto vulgar, llamado prakrit.

De poesía lírica se encuentran en los vedas numerosas composiciones, que muestran la imaginación fecunda y fino sentimiento de sus autores. La erótica principia con algunas de Kâlidâsa, en las cuales se manifiesta siempre el mismo poeta, autor de Sakuntala; el poema titulado Meghadula o nube mensajera, es de las más bellas de este género, y una verdadera perla de la literatura india. Las relaciones amorosas de Krishna con las pastorcillas compañeras de su juventud, forman un tema predilecto para semejantes obras, del que el poeta indio sabe sacar gran partido. La poesía ético- didáctica fue también muy cultivada, según atestiguan los restos que nos quedan de ella, puesto que muchos episodios de Mahâbhârata pertenecen a este género (nîtiçâstra). Excelentes trabajos nos han dejado los indios antiguos de la poesía proverbial, y mejores de la fábula, entre los cuales merecen especial mención los titulados Panchatantram y Hitopadeça. También ha ensayado el indio las fuerzas de su inagotable fantasía en los cuentos y novelas que imitaron tan admirablemente los árabes en sus Mil y una noches, dejándose ambos pueblos llevar en este género de composiciones de una inclinación mágica e irresistible a lo admirable y maravilloso; los cuentos árabes tuvieron, pues, su nacimiento en la India.

Entre los ramos del saber, que puede hacer el hombre objeto de sus investigaciones, ocupa, por su importancia, uno de los primeros lugares la historia con su auxiliar la geografía; visto el interés con que el indio ha cultivado desde su infancia todas las ciencias, nada más natural que esperar lo mismo con respecto a estas dos tan importantes en sus aplicaciones la vida social, y sin embargo no es así; al llegar aquí encontramos un hueco imposible de llenar, porque las escasas obras de esta clase merecen muy poca fe; los indios componen la mayor parte de sus escritos, de cualquier género que sean, en verso, y en estos muestran sus autores más dotes poéticas que históricos.

Nuestro sentimiento por esta falta imperdonable no hallaría remedio, a no estar suplida en otros ramos como la gramática y lexicografía, donde encontramos muchos y preciosos trabajos que principiaron en el primer período, y se continuaron sin interrupción en el segundo. Entre los autores de aquél es notable Yâska; en el segundo período encontramos dos que se han hecho memorables y dignos de estudio aun en nuestro siglo, que son: Pânini

y Patanchali; la obra admirable del primero es una de las producciones más notables de esta literatura, y sobre ella se fundó, en parte, el edificio de la filología moderna; Patanchali es compilador y comentador de Pânini, mostrándose a veces como gramático independiente. Pânini reunió todos los descubrimientos de sus predecesores, y en una obra, que comprende apenas ciento ochenta páginas en octavo, ha explicado y expuesto el sistema gramatical de la lengua sânskrita con tal perfección, que difícilmente podrá otro idioma presentar un trabajo semejante; como las mejores obras de este período, está escrita en las reglas o sentencias brevísimas llamadas sûtras. Sobre la época en que vivió este célebre gramático se irá disputado mucho, sin que se haya convenido aun en el siglo, pues vacilan las opiniones entre el V antes de Jesucristo y el II después; la primera opinión me parece más probable.

Los principios de la lexicografía fueron, como hemos visto, colecciones de sinónimos, que llegaron a ser con el tiempo excelentes diccionarios nacionales.

Entre las obras de este género pueden también contarse las listas de raíces, tanto verbales como nominales, trabajo de grande utilidad en sus aplicaciones, y que el europeo ha aprendido de los indios; dichas listas suponen profundos estudios etimológicos.

El carácter especulativo y meditabundo de este pueblo (¡leyendas mitológicas cuentan de varios rishis que vivieron miles de años en las selvas dedicados a la meditación y penitencia!), favorecían su inclinación a la filosofía. Los estudios filosóficos hechos en este período fueron continuación de las investigaciones iniciadas en el interior. El origen del mundo y de todas las cosas, la vida, las condiciones de la existencia y el destino del hombre eran, para el indio, otros tantos problemas cuya resolución consideraba como una de sus ocupaciones más dignas.

No pudiendo explicar la creación de la nada, hicieron algunos filósofos valer de nuevo la opinión antigua, pero ya rechazada, que admitía la materia primitiva. Mas al responder a la pregunta: Quién puso orden en esa materia confusa, vio el entendimiento claro y despreocupado del indio, que nadie pudo hacer esto sino un ser diferente de la materia misma, y superior a ella, lo cual supuesto, era natural y fácil considerarle como verdadero origen ni causa de todos los demás seres, y de aquí a la creación de la nada hay un solo paso; así sucedió que muchos admitieron un ser increado y creador.

Los sistemas filosóficos ortodoxos son seis, y en mayor número los tenidos por heterodoxos, y condenados como tales; porque el absolutismo de los brahamânes en la India no encadenaba las inteligencias! Su exposición no es de este lugar, y nos haría, por otra parte, traspasar los límites que nos hemos propuesto en esta breve reseña de la literatura sânskrita.

Las observaciones astronómicas hechas en el primer período se limitaron a algunas estrellas fijas, y a las veintiocho estaciones lunares, de las que ya se hace mención en el rigveda; no siendo probable, por consiguiente, que las tomasen de los caldeos como aseguran algunos (el sanskrit nakshatra corresponde en significación al árabe manâzil y hebreo mazzâlôt; Job, 38-32).

Un paso más dio la astronomía con el descubrimiento de los planetas (grahas), que pronto se convirtieron, bajo diferentes símbolos, en objetos de su adoración a nuestros siete planetas, añade el indio dos más, que son: Râhu (dragón) y kêtû (cola); ambos eran mirados como causa de los eclipses solares y lunares. La influencia griega dio nueva vida a la astronomía india. Por las inscripciones nos consta seguramente que los primeros Seleucidas y Ptolomeos estuvieron en correspondencia directa con la corte de Pâtaliputra; y la ciudad Uchchayini u Otsênê de los griegos, mantuvo un comercio floreciente con Alejandría. Los indios mismos consideran a los griegos como sus maestros en astronomía, y en los poemas épicos vierte el nombre Asura-Maya, como el astrónomo más antiguo, quien acaso sea idéntico con el Tura-Maya de las inscripciones, y éste con el Ptolomaïos de los griegos. El gran número de palabras de origen griego, que ya en los primeros siglos de nuestra era usaban los autores indios en sus obras sobre la astronomía y astrología confirma esta influencia; cp. Horâçâstram, con ôrê; drikâna, con dekanos; sunaphâ y sunafê; vêçi y fasis; kendra, con kentron; panaphara, con epanafora y otras muchas; así del sanskrit uchcha formaron los persas y árabes auch, ôch, de donde viene nuestro auge. Los indios hicieron tales progresos en astronomía, que luego vemos algunos de ellos en la corte de Bagdad, llamados y honrados por sus califas, aventajando de este modo a sus maestros. Después de los astrónomos Brahmagupta y Bhakara, que vivieron del siglo VII al VIII después de Jesucristo, principia un período de decadencia, en el que tomando los árabes la iniciativa, y apoderándose por completo de la dirección de esta ciencia, hicieron el mismo papel antes los griegos.

Los indios, como si su claro entendimiento se hubiese oscurecido, y como si se hubiese agotado en ellos la facultad de crear, tomaron del árabe los términos técnicos de la ciencia, continuando hasta nuestros días la influencia mahometana.

La astronomía degeneró entonces en astrología, de la cual se formó probablemente la literatura de portentos, cuentos milagrosos y fábulas, extravagantes unas veces, imposibles otras, pero siempre ingeniosas y recreativas, formando también una página que adorna la historia del desarrollo de la inteligencia, que realizándose por distintos medios y caminos nos conduce al mismo fin; muchas de estas composiciones eran ya conocidas en Europa en la Edad Media, pero no lo han sido directamente hasta nuestros días.

Las matemáticas deben a los indios varios descubrimientos importantes, como la invención de las cifras, que enseñaron a los árabes, de quienes las hemos recibido nosotros, de modo que el verdadero origen de nuestras cifras numéricas es indio.

Al lado de los animales destinados a los sacrificios hemos visto nacer la medicina, que pronto se desarrolló y creció independiente, extendiendo sus ramas benéficas en todas direcciones. Desde el siglo VI de nuestra era encontramos numerosas obras de esta ciencia, en algunas de las cuales muestran sus autores grandes conocimientos, distinguiéndose en cirugía; habían hecho para llegar a este resultado un estudio especial de la naturaleza. Conocían perfectamente las propiedades medicinales de los minerales, plantas y sustancias animales; su deseo ni posición química y sus aplicaciones a la vida práctica. Sobre enfermedades de los caballos y elefantes nos han dejado monografías apreciables.

Los médicos árabes debieron a los indios parte de sus adelantos y descubrimientos en medicina; para apreciar debidamente las literaturas de estos dos pueblos es preciso no olvidar sus relaciones en Asia.

Las bellas artes, música y pintura, tuvieron sus admiradores maestros, en la última, sin embargo, no produjeron cosa notable. Más feliz fue la escultura, de la que se conservan obras maestras, principalmente en los templos budistas, verdaderos monumentos de arquitectura. Muchos de los trabajos literarios en que expusieron los principios de todas estas artes son, a la verdad, dignos de estudio, aunque hasta hoy poco conocidos.

En el primer período hemos visto el origen del derecho indio (dharmaçâstra), al hacer la distinción de smritaçâstra y grihyasûtra, etc. En el segundo encontramos una de las obras más grandes que de este género nos ha transmitido la antigüedad, cuyo autor es bien conocido de todos los que hayan estudiado, siquiera sea superficialmente, la historia oriental ¿Quién no ha oído el nombre de Manu? En toda la literatura india reina completa incertidumbre acerca de las épocas en que fueron escritas sus obras principales, y sobre la de Manu varían las opiniones entre los años 1280-880 antes de Jesucristo.

Manu trata en su libro de leyes acerca de los deberes de la familia, los civiles, la purificación, penitencia, etc. Sobre la educación, economía doméstica, matrimonio, etc., existen muchos tratados especiales, como sobre el culto de los dioses en general y de algunos en particular, incluyendo en semejantes obras todo lo que tiene relación con los deberes religiosos. Posteriormente mandaron hacer algunos príncipes compilaciones de estas obras, en lo que se distinguieron los del Dekan.

El culto y lo que a él se refiere ocupó siempre a muchos sabios, como no podía menos de suceder en un pueblo religioso por excelencia. De los primeros siglos de nuestra era, si no anterior a ella, es la excelente obra de Yâchnavalkya sobre el culto de ganeça y de los planetas; el primero es Dios, protector de la sabiduría y de la ciencia: pero la extensión que damos a este artículo nos obliga a abandonar esta importante materia, y contentarnos con las noticias escasas y aisladas que preceden, aunque con la fundada esperanza de que ellas y el ejemplo de toda Europa serán suficientes para mover a los literatos españoles a estudiar tan bellas producciones en los originales, principiando por el idioma que encierra tan preciosos tesoros!

El budismo dio otro carácter a literatura de la India, cambiando con los dos más religiosos los principios que constituían la base de toda investigación o estudio científico-literario.

Los sectarios de Buda hicieron accesible al pueblo su doctrina filosófico-religiosa, entrando en combate directo con el brahmanismo y su sacerdocio, cuya supremacía atacaban y minaban hasta en los cimientos; las masas, acariciadas, les siguieron, y varios príncipes se declararon en favor de la nueva doctrina. Pero negando la autoridad de los vedas, se vieron en la necesidad de exponer los principios de su creencia y defenderlos contra los argumentos de los brahmânes, que se fundaban en la antigüedad indisputable de esos libros y en el origen divino que se les había atribuido por espacio de tantos siglos, para probar la falsedad de las innovaciones budistas. La importancia del objeto, las pretensiones

de ambos partidos, las consecuencias decisivas que de la victoria obtenida por uno de ellos vendrían sobre el otro, y los grandes talentos que sin duda adornaban a sus jefes, hicieron más rudo y duradero el combate, del cual sacaron acaso no poco provecho las letras. Atendido el despotismo de los brahmánes, se comprende fácilmente el aumento extraordinario de los partidarios de la nueva religión, que en parte predicaba la igualdad de todos los hombres.

Al determinar la época en que apareció Budha, que significa el sabio, se nos ofrecen las mismas dificultades que hemos encontrado anteriormente en semejantes casos.

Una tradición le hace nacer sobre 2.422 años antes de Jesucristo; pero, reunidos los datos de tradición, historia, y de las inscripciones, puede establecerse como época más aproximada y menos expuesta a error, los años 500 a 400 antes de nuestra era.

Se cree fuese descendiente de sangre real, pero abandonó sus pretensiones al esplendor del mundo para reformarlo. Ignórase si el epíteto de gôtama, con que comúnmente se le distingue, pertenecía a su familia, o es nombre honorífico y distintivo suyo.

El principio fundamental de su religión es la transmigración de las almas, que tomó del brahmanismo. El destino del hombre en la vida actual es consecuencia necesaria de las acciones hechas en la primera; no hay acción buena sin premio, ni mala sin castigo. Ninguno puede librarse de esta suerte, que como fantasma le persigue, sino dirigiendo con mano firme su voluntad, pensamientos y acciones a la adquisición de méritos, por los que, libre al fin de las pasiones que antes le encadenaban, rompe los lazos que le atan a este estrecho círculo, y consigue quedar exento de un nacimiento posterior.

Buda no admitía otra recomendación para alcanzar un rango elevado en la sociedad que la virtud y el mérito, únicos medios, a la vez, para rescatarse de la transmigración. El pueblo, viendo en él un libertador se adhirió en masa a sus partidarios, pero gran parte volvió después a abrazar la antigua religión.

A la muerte de Buda se siguieron varios sínodos, celebrados por sus discípulos; en el primero se compusieron y redactaron los libros sagrados; en el segundo, reunido unos cien años después en Pátaliputra, fueron condenados algunos errores introducidos en la disciplina.

Los libros religiosos budistas se nos han transmitido en sanskrit, tibetano y pâli, que representan respectivamente el centro, norte y sur de los países en que se ha extendido el budismo; en pâli poseemos además otras obras apreciables sobre el origen, propagación, etc., de la secta, pero que deben leerse con reserva, por las fábulas mitológicas que sus autores han introducido y mezclado con la verdad.

Buda no suprimió las castas, pero dejó libre a todas las clases de la sociedad el camino a la dignidad sacerdotal, si el individuo aspirante reunía las condiciones indispensables, establecidas por el mismo Buda.

El culto budista adquirió pronto un esplendor comparable al del catolicismo, y muchas de las prácticas y ceremonias en él establecidas se hallan también en éste, como la veneración a las reliquias de hombres eminentes en ciencia y religiosidad; introdujeron del mismo modo la vida monástica, el uso de las campanas, de los rosarios, y otras costumbres semejantes a las que hoy tienen las iglesias cristianas, todo lo cual hace de esta religión y de su literatura un objeto digno de investigaciones detenidas bajo el punto de vista científico, histórico y religioso, sin cuyo conocimiento es imposible decidir la cuestión acerca de la influencia que el budismo haya podido tener en la introducción de estas y otras prácticas análogas en el cristianismo, y si en general ha ejercido alguna sobre el mismo, o él ha sido el paciente; para decidir estas cuestiones es preciso tener en cuenta la cronología, que, como hemos visto anteriormente, es poco segura.

La importancia que las obras antiguas tienen para nosotros no está sólo en los conocimientos positivos que en ellas podamos adquirir, sino con especialidad en la forma en que el autor ha presentado su doctrina. En la literatura de los pueblos, y sólo en ella, podemos estudiar la historia de las ciencias y la marcha que han seguido en su desenvolvimiento. La literatura más rica y que mejores producciones nos ofrezca será sin duda más acreedora a nuestro estudio, por la mayor parte que ha tenido en el desarrollo de las ciencias y de la inteligencia humana. La que nos ha ocupado en estas líneas debe llamar de una manera especial nuestra atención!, puesto que sus obras son numerosísimas (¡se conocen en Europa hasta diez mil manuscritos distintos!), y muy apreciables y dignas de estudio por el contenido y la forma en que están escritas.

Terminaremos este artículo con algunas observaciones sobre la lengua sánscrita o clásica del indio.

No siempre encontramos en sánscrito las formas y raíces más antiguas o que pudiéramos considerar como primitivas entre todas las de la familia indo-europea, a que pertenece; pero ha conservado de ellas más que todos los dialectos de la familia juntos, lo cual sería suficiente a darla una importancia especial en la filología, aun cuando no tuviese el atractivo de su literatura. Esta lengua ha sido la llave maestra que ha abierto los lugares reservados y oscuros, tan numerosos antes de que fuese conocida en todas las indo-europeas. Fenómenos inexplicables y admitidos sin conocimiento de causa han encontrado en ella explicación; de modo que su introducción en Europa fue seguida de muchos y grandes descubrimientos en el terreno de la lingüística; y por su medio, o tomándola como término de comparación con otras, se establecieron nuevas leyes universales, que rigen y presiden al desarrollo del lenguaje. Sobre esto hemos hecho ya indicaciones precisas, y hablaremos aún en uno de los artículos siguientes, para ocuparnos ahora de la estructura gramatical del idioma, sin abandonar nuestro camino de la observación, porque nuestro fin es estudiar la lengua, y no su filosofía.

El alfabeto cuenta cuarenta y ocho signos, de los cuales catorce son vocales, el resto consonantes y semivocales; es silábico en cuanto que toda consonante a la que no acompaña una vocal expresa, lleva inherente el sonido a; de modo que, por ejemplo, el signo correspondiente a k se lee ka cuando no va seguido de otra vocal, u, i, etc., que entonces se leerá ku, ki, etc.; las vocales cuando van en medio o fin de dicción, tienen

signos particulares, análogos a los semíticos, porque sólo pueden existir en unión con alguna consonante.

Posee el sanskrit un sistema de reglas eufónicas completo, y llevado a cabo por el fino sentimiento armónico del indio, que evita siempre el concurso de sonidos desagradables: así vemos que dos vocales iguales, seguidas inmediatamente, se funden en su larga correspondiente: a+a=a; i+i=i; cha asi=châsi, damayanti iti=damayantîti: vocales desiguales suelen fundirse en una media entre ambas: de cha iha=chêha; bhavêtâ iti=bhavêtêti; praukta=prôkta. Como el griego, así el sanskrit permite en fin de dicción solamente ciertas consonantes: k, t, p, s, l, y las nasales; y no consiente dos finales, a no ser la primera de ellas r; así se dice suval por suvalk, el que anda bien; pipik por pipiksh. Las consonantes fuertes o tenues son incompatibles con las medias y aspiradas; y al encontrarse aquéllas antes de éstas, se cambian en la correspondiente media no aspirada: k en g, p en b, t en d: así harit, verde, pero harid asti, harid bhavati, es verde: de vak, discurso, vâg mama, mi discurso; o convirtiéndose en la nasal de su órgano respectivo, vâñ mama. Nasales después de vocal breve se duplican antes de otra vocal: êtasminnêva por êtasminêva. De esta especie son las numerosas y sabias leyes que rigen a toda la flexión y formación sânskrita, mas para comprenderlas es preciso tener en cuenta la división que se hace de las consonantes en diferentes clases, según los órganos que principalmente concurren a su pronunciación: guturales, palatales, cerebrales, dentales, labiales, semivocales y silbantes: las cerebrales son signos exclusivamente indios, y tienen un sonido palatal-lingual tan subido, que parece proceder del cerebro; semivocales son y, r, l, v.

En la declinación se distinguen tres géneros, de los cuales el femenino se forma generalmente añadiendo alguna de las vocales â, î, o cambiando la terminación masculina en ellas. Hay tres números con ocho casos, que son: nomin., acusat., instrumental, dativo, ablat., genit., locativo y vocativo; si bien el dual tiene solamente tres formas: una para nomin., acus., vocat.; otra para instr., dativ. y ablat., y la tercera es de genit. y locat. Para verificar la flexión de nombres que presentan dos o tres temas en su declinación, se dividen los casos en tres clases, correspondientes a los temas con quienes concuerdan en la denominación de fuertes, medios y débiles: bharant (gr., feront, lat., ferens) hace en nom. sing. bharan, acus. bharantam; pero instrumental bharatâ, dativo bharatê (cp. el griego polús y megas). Algunos casos reciben terminaciones distintas, según que el nombre acabe en consonante o vocal: marut, viento, instr. marutâ; pero datta (datus), instr. dattêna, y de agni (ignis), agnînâ, por el fuego.

El vocativo es generalmente igual al nominativo, del que se distingue sólo por el acento. Los adjetivos siguen la declinación de los sustantivos, con pocas desviaciones de esa regla en algunas clases: vemos que en todo esto guarda el sanskrit completa analogía con los idiomas griego y latín.

Los grados de comparación tienen también terminaciones análogas: la del comparativo es tara, o menos frecuente îyâns, correspondientes al griego teros, o iôn; la del superlativo es tama o ishta, gr. tatos, istos; el femenino se obtiene prolongando la última vocal, así: tarâ, îyasî, y tamâ, ishtâ; ésta es, según hemos indicado anteriormente, la manera más común de formar el femenino: de mahat, grande, compar. mahattara y mahaltama; de prathu, ancho, gr. platú, comp. prathîyâns, como de sâdhu, bueno, sâdhîyans y sâdhishta, y

de laghu, ligero, laghîyâns, laghishta, correspondiente al griego élasson, elajistos, por elasjon o elajjon; y de svâdu, dulce, svadîyâns y svâdiska, griego hêdion, hédistos.; de guru, garîyâns, gr. bârion, bâristos, pesado. Las terminaciones de los casos, y todos los pronombres, muestran la más estrecha relación y semejanza con los respectivos de las lenguas mencionadas, griego y latín, como puede verse en las tablas que acompañan a este libro (apénd. 2.º).

Como el griego, distingue el sanskrit en la conjugación voz activa y media, llamadas parasmâipadam, o voz que pasa a otro, griego rêma allopazés; y âtmanêpadam, o voz que permanece en la misma persona, gr. rêma autopazés; la voz pasiva toma las terminaciones de la media, pero van en sanskrit precedidas de la sílaba característica ya.

Mas encontramos en sanskrit otras formas derivadas, que enriquecen extraordinariamente la lengua, como el desiderativo, intensivo, causativo y denominativo, cuya significación está indicada en el mismo nombre: todas siguen la conjugación ordinaria, pero llevan algún signo distintivo, como hemos visto en la pasiva, o reduplicación: estas formas son desconocidas en la mayor parte de los idiomas de la familia.

Otro punto de conformidad con la lengua griega nos ofrece el sanskrit en la flexión del presente o imperfecto, que no se forman inmediatamente de la raíz, ni de la misma manera en todos los verbos, como los demás tiempos, a los cuales se ha llamado por esta razón generales, distinguiéndose los dos primeros con el nombre de especiales: de las raíces griegas tup, lip, ze, se forman el presente e imperfecto prolongándolas de distinto modo; túptô, golpeo; étupton, golpeaba; leipô, dejo, y éleipon, dejaba; tizêmi, pongo, y étizên, ponía; pero el futuro se forma de la raíz pura, así tup-sô, zésô, etc.: del S. bhud, saber, presente bhôdâmi; de yuch, juntar, pres. yunachmi, y de chi, chinômi; así el imperfecto abhôdam, ayunacham, etc. Aquí vemos que toma la raíz adiciones que desaparecen en los demás tiempos llamados generales; como futuro bhutsyâmi, etc., donde syami es la terminación del tiempo.

Esto mismo ha dado origen a la distinción que se hace en varios idiomas de nuestra familia, de conjugación antigua o fuerte, y moderna o débil; en la primera se añaden las terminaciones personales a la raíz o al tema inmediatamente, es decir, sin tomar vocal alguna intermedia, mientras que en la segunda lo hacen con el intermedio de dicha vocal, así gr. tupt-o-men, pegamos; tupt-e-te, pegáis; tupt-o-nti, pegan; pero de dô o do, di-dô-mi, doy; di-do-men, damos; como del S. bhar, bhar-â-mi, llevo, fero, y bhar-â-mass, ferimus, bhar-a-nti, ferunt.; pero dvês-mi, odio; dvish-mas, odiamos. En sanskrit se dividen los verbos en diez clases, cada una de las cuales tiene sus particularidades características en la conjugación de los tiempos especiales, presente e imperfecto, mientras que en los tiempos generales siguen todos la misma analogía en su flexión, borrándose la distinción de dichas clases.

El aoristo sanskrit nos ofrece siete formas distintas, que corresponden a los aoristos primero y segundo griegos. El imperfecto y aoristo toman aumento, y el perfecto reduplicación, teniendo lugar en toda la flexión del verbo especialmente los cambios internos de las vocales de la raíz, que ya conocemos bajo los nombres guna y vridhhi; como

hemos dicho, ambos resultan de la fusión de dos vocales en una o en un diptongo; en el guna es la primera vocal a; en vriddhi, â: a+i=ê; a+u=ô; á+u=âu; a+i=âi, etc. Cambios semejantes se verifican también en nuestros idiomas, como se ve en el griego, leipô, de lip; feugo, de fug; alem., greifen, de griff, etc.

Estas mismas modificaciones internas del tema o de la raíz, juntamente con la prolongación, son dos medios que se emplean para formar derivados: de duh, ordeñar; dôha, leche; de vak, llamar (voco), por vach; vâcha, voz (voc-s); de yudh, pugnare, yôda, pugnator; así del griego flegô, viene flox, llama (fla(g) ma); de has, reír, hâsa, risa; de div, brillar, dêva, Dios (deus, zeos). Otros medios mucho más frecuentes son los prefijos, sufijos y la composición: con los primeros obtiene el sanskrit derivaciones muy variadas y hace un uso extremado, aun pudiera decirse ridículo, de su flexibilidad y riqueza de elementos gramaticales en la segunda. La composición verbal es semejante a la griega y alemana, por lo que podemos pasarla en silencio; no así la nominal, de la cual difícilmente encontraríamos paralelo. Particular y exclusiva del sanskrit, entre otras, es la clase de compuestos llamados copulativos, en la que se yuxtaponen sustantivos, que nosotros expresamos uniéndoles por alguna conjunción: sûryachandrâu, sol y luna; sûrya-chandra-târâs, sol, luna y estrellas; dâñdânam, por dâñâ-adânam, dar, no dar=dar y tomar (con a privativa el segundo nombre).

Los compuestos llamados posesivos son adjetivos que denotan la posesión del objeto designado por alguno de los componentes: así bahuvrîhi, el que tiene mucho arroz; phala-hasta, que tiene en su mano un fruto; que vienen de bahu, mucho, y vrîhi, arroz; y de phala, fruto, y hasta, mano, megha-varna, nube color=que tiene color de nube. Otros determinan la cualidad del objeto que designa uno de los componentes: mahâ-bâhu, gran brazo; atimânushu, sobrehumano. O denotan dependencia: Indra-lôka, mundo de Indra; Dêva-sama, semejante a Dios, como el alemán haus-vater, padre de la casa; got-gleich, semejante a Dios.

Palabras compuestas pueden emplearse como elementos de otro compuesto: vêda-vêdânga-pâradriçvan, que conoce a fondo los vedas y los vedangas; vêda-vêdânga-pârâga-dharma-çâstra-parâyanah, que conoce a fondo los vedas y los vedangas y es erudito en el libro de las leyes. Semejantes palabras, como se ve, encierran una o más proposiciones; de manera que la composición domina la sintaxis sânskrita, y por ella adquiere la lengua facilidad para expresar toda clase de relaciones con la mayor brevedad. Es natural que en esta concisión extraordinaria quede a veces perjudicada la claridad y precisión.

A esta facilidad de formar palabras compuestas es debido el que no haya variedad de construcciones sintácticas, porque cada compuesto equivale muchas veces a un concepto completo o a una oración entera. Por otra parte, se opone a la diversidad de construcciones o modos de expresar el pensamiento, el predominio absoluto y casi exclusivo de la forma pasiva sobre la activa, con la particularidad de que por lo común no se emplea aquélla en todos sus tiempos y modos, haciéndose solamente uso de los participios y gerundios; de modo que la gran variedad y riqueza de tiempos, modos y tantas otras formas gramaticales que posee el sanskrit, viene a ser exceso de lujo en cierto género de composiciones; porque es de advertir, que en algunas de éstas, como las históricas o narrativas, es frecuente el empleo de tiempos y modos.

El agente se pone, en esta clase de construcciones, en el caso instrumental: según esto, en lugar de «los ruines no emprenden cosa alguna», se dice: no es emprendida cosa alguna por los ruines; o se emplean frases como: «habiendo sido arrebatado un fruto por una mona=una m. arrebató», etc. Téngase en cuenta que el carácter y mecanismo de la lengua se acomoda a estos giros, que son en ella una hermosura y elegancia gramatical; el escritor indio engalana de este modo su discurso y su estilo, a los cuales puede dar la variedad más completa, porque su lengua le ofrece una riqueza extraordinaria en participios de toda clase, activos, medios y pasivos, igualmente que en formas de gerundios. Con medios, al parecer, los más imperfectos, producen la naturaleza y el hombre unidos, efectos grandiosos, singulares y en cierto modo incomprensibles.

Tercera parte

Historia de la filología

- XIII -

Estudios anteriores a nuestro siglo

Si el lenguaje está en relación tan íntima y estrecha con la naturaleza humana, como hemos afirmado en uno de los artículos anteriores, debiera haber llamado con especialidad la atención de los hombres eminentes y pensadores que florecieron entre los pueblos antiguos. Y, sin embargo, sabemos que no fue así. La antigüedad produjo hombres distinguidos en todos los ramos del saber; profundos filósofos, que estudiaron y establecieron las leyes del pensamiento; mas sus investigaciones sobre el lenguaje fueron tan superficiales, que pudieran pasar desapercibidas en la historia, si no hubieran abierto el camino a los venideros, quienes, valiéndose de los poderosos medios que les da la civilización moderna, han añadido asombrosos descubrimientos a los escasos resultados de sus predecesores. El descuido con que miraron los antiguos el estudio del lenguaje no destruye nuestra doctrina acerca de su relación con las facultades superiores del hombre, porque procedía de una causa exterior, suficientemente poderosa para aniquilar los efectos que hubiera producido esa íntima relación.

El odio que animaba a todos los pueblos contra los demás, aunque fuesen sus hermanos, era una barrera insuperable que se oponía a todo el que intentase hacer estudios lingüísticos. Pueblos para quienes no había otra humanidad que la encerrada en el estrecho círculo de su propia nacionalidad, no podían comprender la naturaleza del lenguaje, que siendo universal y común al género humano, recibe de él, en conjunto, su carácter esencial. Mas como cada lengua es una parte de este ser que llamamos lenguaje, al estudiar los antiguos su propio idioma, contribuyeron a poner en claro la naturaleza de aquél. Por esta razón no comprenderemos los trabajos de los modernos, y sus resultados, sin examinar antes lo que en este sentido hicieron los antiguos, por insignificante que sea.

En la escritura tenemos los primeros monumentos que presuponen algún estudio del lenguaje, y de sus diversas formas, la figurada (iconográfica) es, sin duda, la más antigua, y que el chino viene usando, notablemente modificada, hasta nuestros días. Pero en Egipto encontramos documentos en escritura alfabética, que ascienden a muchos siglos antes de J. C. (según algunos 4.000 años?!). Aunque la escritura gráfico-figurada fue utilísima, porque conservaba la memoria de los hechos en general, su influencia en el desarrollo del idioma y de su estudio fue nula; para que tenga alguna es necesario que los signos de escritura correspondan a los elementos de la palabra, lo que se obtuvo con la alfabética y silábica, sin las cuales la filología sería imposible.

El orden en que se colocaban los signos, como bet, guimel, dalet; beta, gamma, delta, etc., no era arbitrario; se fundaba probablemente en consideraciones fisiológicas o del sonido. Los caracteres que se habían de emplear para representar una palabra llamaron la atención hacia las sílabas, y del estudio de las palabras resultó su división en categorías gramaticales. Algunos pasajes del Pentateuco suponen en los hebreos, o en su autor al menos, conocimientos gramaticales: cp. 2 Mos. 3, 14; donde se deriva la palabra Yehovah de hava o haya, ehye asher ehye, soy el que soy; en el cap. 6, 3, ani Yehovah; es decir, yo soy Yehová; y en 1 Mos. 2, 23 se deriva la palabra ishsha de ish; a ésta se llamará ishsha, porque ésta ha sido tomada de îsh; otros ensayos de derivaciones etimológicas que se hallan en la Biblia hemos indicado anteriormente.

Los silabarios hallados por Layard en Nínive, que componían la biblioteca de Sardanápalo, y cuyo fin era explicar la complicada escritura asiria unos, y dar aclaraciones gramaticales y lexicográficas otros, prueban que a mediados del siglo VII antes de J. C. no descuidaban los asirios completamente el estudio de su lengua. Esto mismo confirma con respecto a los egipcios el experimento que, según cuenta Herodoto, hizo su rey, Psammetico con los dos niños. (Nótese de paso que la palabra frigia que dice pronunciaron por primera vez dichos niños, becos, concuerda con el sanskr. bhach, pan; bhakta, cocido; anglosaj. bacan, ant. alem. bachan, y griego fôguein.) Vemos que la lengua patria debió llamar la atención de muchos pueblos ya en tiempos pre-históricos, y nada más natural que esto fuese así.

Pero ninguno llevó su estudio a la perfección que el indio, cuyas obras causan hoy asombro y admiración a todos los que las estudian y saben apreciar las dificultades que ha de vencer un estudio semejante, y en verdad que a ellas debe principalmente la filología moderna los grandiosos resultados obtenidos en nuestro siglo.

Desde que fue introducido el sanskrit en las universidades de Europa (¡con la sola excepción de España!), causaron las producciones de sus gramáticos un cambio radical en el estudio de las lenguas llamadas clásicas; diéronle otra dirección, abrieron nuevos horizontes de investigación, y aquel estudio, antes puramente humanístico, recibió un carácter más noble, un fin más sublime, y fue elevado a ciencia, como ya hemos notado varias veces. El filólogo del siglo XIX entra en relación con aquellos genios pensadores, cuyo nombre no había salido hasta entonces de su país, y de los cuales se ve separado por un gran número de siglos, cual si le hubieran precedido en pocos años; las producciones literarias nos ponen en comunicación con el pasado.

La riqueza de formas que posee el sanskrit, y la facilidad con que se dejan ordenar en clases, pudieron influir en los adelantos que hizo el indio en el cultivo de su gramática; pero, de todos modos, es digno de admiración el espíritu científico y profundo que le guiaba en sus investigaciones minuciosas, así como la agudeza de pensamientos, exactitud y precisión con que distinguían y apreciaban los fenómenos lingüísticos, muy especialmente los relativos al sonido y flexión. Los elementos que componían sus cánticos religiosos y oraciones, las palabras, eran para el religioso indio cosa sagrada; de aquí el que, para impedir toda alteración en ellas, las examinase escrupulosamente y crease el estudio de la gramática en tiempos tan remotos. El Rigveda, que, como hemos visto, es uno de los productos literarios más antiguos en el mundo, fue siempre objeto especial de su veneración, y por lo tanto, de estudio. La importancia religiosa que tenía esa colección de himnos, y la oscuridad que principió a envolver su sentido con el tiempo, impulsaron a algunos hombres amantes de sus antiguas tradiciones a facilitar la inteligencia de tan preciosos documentos nacionales; y como aquélla procedía de las diferentes acepciones en que se tornaban muchas palabras y formas, sus primeras aclaraciones fueron especialmente gramaticales.

Que el pueblo comprendía con dificultad estos cantos, lo dice uno de sus gramáticos más antiguos llamado Kautsa (del siglo V antes de nuestra era, por lo menos), citado ya por otro gramático muy notable, y poco posterior, si no contemporáneo, llamado Yâska, en su obra gramatical titulada Nirukta. Esto se explica también por el cambio de lenguas que había tenido lugar, reemplazando el sanskrit clásico al dialecto de los vedas, en lo cual pudo tener gran influencia el trabajo artificial de los escritores de aquel período. La oscuridad procedía también de la ignorancia en que se hallaba el pueblo respecto a las tradiciones a que aluden los himnos, y que son como su fundamento. Estas tradiciones tendrían, sin duda alguna, grande interés, y su pérdida es para nosotros muy sensible, aunque a ella somos en parte deudores de las excelentes obras gramaticales que nos ha dejado este pueblo.

Separado el sanskrit clásico de la lengua sagrada de los vedas, conservaron los sacerdotes y cantores el conocimiento de ésta, sucediendo lo propio con respecto al primero, luego que el pueblo se formó sus diversos dialectos, perdiendo la memoria de aquél, porque le hicieron lengua de la literatura, y se le empleó para explicar los libros sagrados. La veneración hacia éstos llegó a ser tan supersticiosa, que para explicar la etimología o significación de una palabra en comentarios, no la entresacaban aislada del texto, sino en relación con otras; es decir, en una oración completa, creyendo que de otro modo se mutilaba el sentido de la palabra. Yâska se atrevió ya a quebrantar esta ley supersticiosa, que pronto perdió su valor, y lo mismo se hace en los Nighantu o nirghanta, donde para comentar palabras se las cita aisladas.

Como al unirse las voces se verifica la fusión y cambios de muchas consonantes; al separarlas unas de otras, es necesario volverlas a dar su forma primitiva, lo cual requiere exacto conocimiento de las leyes eufónicas, difícil aún para nosotros, que las hemos recibido clasificadas y sistematizadas, y presupone un estudio muy especial de los sonidos, sus modificaciones, cambios, etc.

Las primeras obras que tratan de esto son las llamadas prâtiçâkyas, que se ocupan especialmente de la producción de los sonidos, su verdadera pronunciación, de los acentos,

etc. Al analizar de esta manera las palabras, se les presentaban formas gramaticales, y no podían menos de notar su conformidad o diferencia con las del sanskrit entonces hablado, o clásico. El estudio de la gramática hacia con esto considerables progresos, según nos prueban algunas observaciones que se encuentran en obras del período que vamos recorriendo, como las de Çâkalya y Gârġuia. Yâska cita varios gramáticos nominalmente, y otras veces los nombra en plural, vaiyâkaranâs. (Max Müller cuenta hasta 64); uno de los más notables, Çâkatayâna, trató ya con solidez y fundamento gran parte de la gramática. La cuestión, entonces ya muy debatida, acerca de la derivación del nombre, prueba suficientemente sus progresos.

Sostenían unos, a cuya cabeza iba Çâkatayâna, que se deriva siempre del verbo, y sus contrarios, que tenían por jefe a Gârġuia, afirmaban que «no todo nombre» proviene de verbo. Çâkatayâna y su escuela ganó la victoria; a ella se unió luego Yâska, y el célebre Pânini estableció ese principio de derivación como fundamento de su gramática. Me extendería demasiado si quisiera dar aquí las razones que aludían unos y otros en confirmación de su doctrina, por más que sean importantes y curiosas (pueden verse en Müller, A history, páginas 164 y siguientes). Una cuestión de esta naturaleza presupone grandes trabajos gramaticales, y mucho más cuando la vemos sostenida por hombres de la importancia y ciencia de Çâkatayâna. Sólo con hechos puede probarse ese principio, sin los cuales tienen poco valor las observaciones teoréticas. Era indispensable, pues, un análisis etimológico de los nombres, para poderlos referir a verbos; un exámen detenido de los medios por que se verifica su derivación, y que conociese, por consiguiente, los sufijos, prefijos, reduplicación, cambios de sonidos y fusión de varios en uno al unirse los elementos que constituyen el nombre.

Todos estos puntos importantes de la gramática se tratan en el Nirukta de Yâska, quien emplea además gran parte de los términos técnicos que más tarde encontramos en Pânini, y distingue las dos clases de sufijos, primarios y secundarios, que entran en la derivación del nombre; aun habla de las raíces en el sentido que hoy comprendemos esta palabra, y cuya distinción hemos aprendido de los indios.

En fin, la terminología de Yâska es tan detallada y científica a la vez, que supone una actividad inmensa en los estudios lingüísticos y un largo periodo de cultivo. Objeto especial de sus investigaciones fue la analogía o estudio de las formas, sin excluir la consideración filosófica, como vemos por los argumentos expuestos por ambas partes en la cuestión acerca de la derivación del nombre. También las palabras onomatopoéticas llamaron la atención del ingenioso Yâska; pero más que todo nos muestra la solidez de sus investigaciones la división que hizo de las partes de la oración en clases o categorías, estableciendo la significación de los elementos o partículas formativas, el valor de las voces, modos, casos, etc.

El trabajo de Pânini es tan completo y profundo, que aun hoy podrá difícilmente gloriarse lengua alguna de poseer otro semejante, y el europeo puede tomarle como muestra en sus investigaciones lingüísticas. Divídese la obra en ocho libros, con cuatro partes cada uno; están expresados los preceptos gramaticales en reglas brevísimas (sûtras), que ordinariamente ocupan media línea; son cerca de 4.000 y en tipos sanskritos de la escritura devanagari no darían más de 150 páginas en 8°. Y esta obrita tan pequeña contiene no

solamente cuanto los gramáticos europeos han tratado en sus obras de este género, como declinación, conjugación, adverbios y partículas, con su sintaxis, sino también las reglas observadas en la formación y uso de las palabras sánscritas, determinando con precisión (y concisión) el empleo de toda clase de afijos formativos; como los que designan estado, cualidades abstractas, etc. La excepción más insignificante no escapó a la mirada aguda del gramático indio. Si consideramos el complicado sistema de reglas eufónicas en sanskrit, su variedad en la derivación y composición, su riqueza extraordinaria de formas, y el gran número de excepciones, no podremos menos de admirar la exactitud y minuciosidad con que fue llevada a cabo toda la obra, al compararla con nuestras gramáticas más completas, puesto que Pânini no tuvo a su disposición los trabajos gramaticales y lexicográficos que nosotros poseemos. Esta clase de composiciones, en reglas o sentencias brevísimas (sûtras), sabemos es muy usada por los indios, quienes pudieron tener por objeto, al componer de esa manera, ayudar a la memoria, puesto que tales sentencias se retienen con mucha facilidad (algunos sospechan que les obligó a esa economía de palabras la escasez de papel; pero tal suposición es de todo punto infundada).

Los últimos elementos de la palabra, o sean las raíces (dhatu), hablan sido reunidas en listas antes de Pânini, y éste las modificó y perfeccionó. En su determinación fueron generalmente felices; pero, como partían del principio falso según el que «todo nombre se deriva de verbo», traspasaron los límites justos, queriendo buscar para todo nombre una raíz verbal; no encontrándola a veces verdadera, o porque fuese primitivo, o porque se perdiese su raíz con el tiempo, quedando de ella sólo los derivados, la fingieron, y en semejantes creaciones de la fantasía fueron a menudo desgraciados, porque no conocían el método comparado, indispensable en estudios etimológicos; pero el número de estas raíces es insignificante.

Los términos técnicos y demás expresiones casi algebraicas con que designa las formas y fenómenos gramaticales, indican exacto y profundo conocimiento del sistema que trataba de crear; la brevedad no produjo oscuridad, porque iba acompañada de admirable precisión; así l designa las terminaciones verbales en general; It las de los tiempos primarios (pres. imperat. perfect., y fut.); In las de los secundarios (imperf. aor., condición potencial y precativo); con una vocal interpuesta se expresan los tiempos y modos, a saber: lat, presente; lit, perf; lut, fut. 1.º; lrit, fut. 2.º; lêt, subj. pres.; lôt, imperat.; pero lan imperf.; lin, potencial y precat.; lun, aor.; lrin, condicional; al texto de Pânini acompaña siempre un comentario, sin el cual los sûtras serían para nosotros incomprensibles.

Otra gramática, cuyo método se aproxima al europeo, fue compuesta por Vôpadeva, acaso en el siglo XIII de nuestra era; muy posterior, por consiguiente, a la de Pânini. Los gramáticos indios han verificado una completa revolución en el estudio de lenguas; a ellos debe la filología los inmensos resultados que ha obtenido en los últimos decenios de este siglo. ¡Quién no admira los descubrimientos lingüísticos hechos en Asia, y quién no se asombra al ver tres lenguas reconstruidas después de veinte y dos siglos, que yacían sepultadas bajo las ruinas de Persépolis, Babilonia y Nínive!

Griegos y romanos son los dos pueblos que después del indio se ofrecen a nuestra consideración. La primera obra gramatical científica apareció entre los griegos cuando ya este estudio había adquirido un desarrollo considerable entre los indios: es el Kratylos de

Platón. Pero las observaciones lingüísticas tomaron aquí otro carácter muy distinto: el indio nunca pensó en hacer del estudio de su lengua una ciencia, porque no buscaba en ella lo que debía ser, y sí sólo lo que era y lo que había sido; mas el griego, impulsado por la fuerza, que le arrastraba siempre a formar el arte y ciencia según el plan trazado en su imaginación creadora, y a conocer los principios y causas de todo fenómeno, buscó en la lengua su naturaleza interna, lo que debía ser. Por eso principió este estudio cuando no sabía distinguir entre nombre y verbo, ni tenía idea clara de algún fenómeno gramatical, por investigaciones que constituyen el término de la ciencia o son el resultado de otros trabajos preliminares. Como no podía menos de suceder, jamás llegó a hacer verdaderos estudios gramaticales, porque le faltó el fundamento de toda investigación lingüística, que es el método analítico, y la paciencia del indio para hacer esas divisiones y subdivisiones anatómicas indispensables cuando se quiere llegar a conocer los últimos elementos de la palabra y naturaleza de la misma.

Mas los griegos crearon y cultivaron con éxito brillante el estudio de la sintaxis, haciendo el primer ensayo para determinar el empleo de las partes de la proposición. A esto contribuyó no poco el desenvolvimiento sintáctico de su lengua, en lo que aventaja en parte al sanskrit y latín. En esta clase de investigaciones obtuvieron excelentes resultados, sin que para emprenderlas les moviese otro impulso que la fuerza irresistible de saber el «porqué» de las cosas.

En tiempo de Platón no existían aún maestros de la lengua, y ya se ocupaban con preguntas y cuestiones propias de su filosofía. Heráclito, Demócrito y Pitágoras hicieron observaciones curiosas y profundas sobre el lenguaje, y sin embargo, Platón en su *Kratylo* no descubre conocimiento alguno de la gramática, ni aún tiene idea clara de la diferencia entre nombre y verbo; para él todos los elementos de la lengua son palabras, y su conjunto oraciones (*rêmata* y *onomata*), si bien en el mismo *Kratylo* trata de explicar algunas cuestiones etimológicas.

Los sofistas fueron ocasión de que se penetrase más en el estudio del idioma, dando lugar al origen de la dialéctica; pero las investigaciones hechas con este motivo tomaron más bien un carácter lexicográfico que gramatical.

Hicieron de ella un arma ofensiva y defensiva para probar y sostener toda clase de opiniones, y la forma ingeniosa bajo la cual debía exponerse el lenguaje no podía menos de atraer la atención hacia el discurso y sus elementos, mucho más cuando se proponían como fin el saber la significación genuina de las palabras.

Protágoras determinó ya el género de los nombres y se acercó a la distinción de modos, deseo, mandato, etc. Hippias dirigió su atención al estudio de los sonidos, y Prodikos al de los sinónimos. Sócrates decía que era conveniente adquirir el conocimiento de las cosas principiando por sus nombres, y en general observamos en varios diálogos de Platón una inclinación natural de estos filósofos a explicar la etimología de las palabras; lo cual es propio de todo pueblo pensador y original en sus creaciones.

Según este último, el discurso será exacto cuando las palabras de que se compone sean entendidas por el que oye en el mismo sentido que las dice el que habla; para lo cual deben

estar en la conveniente relación con los objetos que designan, no pudiendo, por lo tanto, formarlas cada uno a capricho; de esta regla se exceptúan los nombres propios y algunas expresiones de significación general, como numerales, etc.; en esto vemos que el filósofo griego estuvo acertado y exacto.

La relación natural entre palabras y cosas está fundada, según el mismo, en la idea que tenían de los objetos designados los inventores de aquéllas; idea que podía ser verdadera o falsa. Conceptos elementales se expresaban por sonidos de la misma naturaleza, es decir, elementales, con los que se formaban palabras primitivas. Esta imitación de las cosas por los sonidos puede ser incompleta, bastando que se represente en la imitación el tipo general del objeto. Las palabras están sujetas con el tiempo a variados cambios, viniendo a olvidarse el carácter distintivo que se tuvo en cuenta al dar nombre al objeto: estas y análogas observaciones son de Platón.

Aristóteles era de opinión que las palabras habían sido formadas en virtud de convención, kata synzêyen, y ésta puede conservarlas en su significado primitivo. Toda palabra es, pues, significativa, mas no como instrumento (natural del lenguaje), sino porque así fue convenido y dispuesto, ouj hôs organon de, allá hôs proeirêtai kata synzêken; desechaba, pues, el principio de onomatopeya. Estudió con especial cuidado la relación que existe entre lenguaje y pensamiento, mas no supo distinguir con claridad los elementos de ambos: objeto, concepto y palabra se confunden para él muy a menudo. El sonido no constituye por sí una palabra sino cuando el hombre le emplea como signo (de una idea) hôtan guenetai symbolon.

Fue el primero que distinguió las partes del discurso, dividiéndolas en onomata, nombres, rémata; verbos, y súndesmoi, partículas (entre éstas contó acaso los pronombres, XVI, páginas 257-58). También introdujo el término técnico ptôsis, con que designó «formas de flexión» y derivadas, tanto en el nombre como en el verbo, en oposición a klêsis (¿forma fundamental?), que significa denominación, nombre. Divide los nombres en simples y compuestos; distingue, como Protágoras, tres géneros (llamando al neutro metaxú), y trató de establecer sus caracteres por la terminación del num. singular.

Vemos que Platón, Sócrates y Aristóteles hicieron algunos progresos en el estudio de su hermosa lengua, y apreciaron con acertado criterio algunos fenómenos gramaticales; pero se nos manifiestan sin duda más grandes y geniales en las cuestiones que suscitaron, dejando a los venideros su resolución, que en los descubrimientos positivos que nos transmitieron en sus obras.

La gramática no era para Platón y Aristóteles otra cosa que el estudio de las letras o sonidos; al menos, sobre estos dos elementos versaban sus principales investigaciones, acaso porque se prestan mejor a la observación filosófica.

También merecen especial mención por sus trabajos literarios, los estoicos, y entre ellos especialmente Krisippo (280+206 a. J. C.). Sus observaciones lingüísticas cayeron en provecho de la lógica; pero sabido es que ésta no era entonces otra cosa que el arte de hablar bien y correctamente, o sea la dialéctica y retórica en sentido algo lato; porque en la dialéctica se estudiaba hasta el sonido y su producción. A causa de la dependencia mutua en

que caminaban lógica y gramática, perdió la primera, y la segunda, al contrario, adquirió una posición más elevada, creciendo de este modo el número de sus partidarios. Pero hasta que no se hiciese de ella un estudio independiente y separado, no podían ser grandes los progresos, y menos llegaría a obtener el rango de ciencia especial, lo que nunca alcanzó entre los griegos.

Sobre el origen del lenguaje se emitieron diversas opiniones. Epicuro, al que, sin quererlo, siguen muchos filólogos modernos, sostenía que la lengua es en el hombre una necesidad natural. Así como ejercita sin conciencia las funciones de la vista, oído, etc., del mismo modo hace uso de los factores del lenguaje; en la formación de palabras obedece a la misma necesidad (*fysikós kinoumenoi*). Explicaba la diferencia de idiomas por la diversidad de afecciones, representaciones o ideas, influyendo además en ella el diverso desarrollo de los instrumentos que producen el sonido o sea de los órganos del lenguaje.

Los estoicos buscaron también el origen de éste en la naturaleza; los nombres son la expresión y representación del objeto designado. En sus opiniones sobre la lengua, palabras y conceptos observamos más claridad y precisión que en Aristóteles, y distinguieron el artículo, *arzon*, de las partículas en general (aquél le había incluido en *syndesmói*); además los casos, comprendidos antes en la denominación general *ptôsis*, y los atributos del verbo. *Krisippo* fue el primero que dividió el nombre en propio y apelativo.

Entre tanto el período de la literatura había pasado; Atenas extendía su cultura entre los pueblos; sus hijos emigraban a Europa, Asia y África, llevando consigo el idioma, cuyo estudio tomaría pronto otro carácter. Formose con el tiempo una lengua culta, que usaban los admiradores de la antigua civilización griega; y como pocos la heredaban de sus padres, en su mayor parte debían aprenderla por estudio y continua lectura de los clásicos. Habían muerto los dialectos de Homero y de los grandes líricos, y era necesario conservar a toda costa el conocimiento de sus preciosas obras, por medio de trabajos semejantes a los que hizo el indio sobre sus vedas, y el judío sobre la Biblia. Alejandría, asiento de cultura y civilización helénica, lo fue también de sus gramáticos, prestando grandes servicios a la ciencia.

Para poner en manos del público las producciones de los clásicos, era necesario, en primer lugar, restablecer el texto primitivo, deteriorado, y esto exigía conocimientos de historia, mitología, geografía, y del estado material e intelectual de la antigüedad, sin olvidar la crítica y hermenéutica. Los cantos de Homero fueron siempre la gloria y orgullo de todo griego, a la vez que un medio para aumentar la cultura intelectual y formar la inteligencia, según el espíritu nacional, por lo que conservaban aún su estado primitivo, o habían variado poco, siendo comprendidos por todas las clases de la sociedad.

Los primeros gramáticos de Alejandría, adornados de grandes conocimientos lingüísticos, de historia nacional y de mitología, desempeñaron dignamente su misión. Este período duró desde Zenodoto, bajo Ptolomeo Filadelfo (284-247 antes de Jesucristo), hasta Apolonio Discolo y su hijo Herodiano, bajo Marco Aurelio (161-180 después de Jesucristo), y sobresalieron en él, además, Aristófanes y Aristarco, cuyos trabajos han sido el fundamento de la crítica moderna, aplicada primeramente a la filología por el alemán Augusto Wolf. Aristarco, al establecer las categorías gramaticales, tomó por regla las

formas del sonido (signo exterior), sin perder de vista la significación (signo interno); de este modo se introducía en la gramática un orden sistemático, que facilitaba su estudio y aplicación a la inteligencia de los clásicos. (,)

Los griegos perdieron las mejores ocasiones de adquirir seguras noticias acerca de la lengua y literatura de algunos pueblos orientales, en quienes su orgullo les hacía ver sólo bárbaros, incapaces de producir cosa digna de su observación. Alejandro, extendiendo sus conquistas hasta el interior de la India, no solamente les puso en relación inmediata con aquel pueblo, cuyo idioma, el sanskrit, había de ser la piedra sobre la cual se fundaría 2.000 años después la filología, pudiendo, por consiguiente, apropiarse el método del indio en las investigaciones lingüísticas, sino que el carácter de dominadores les facilitaba la adquisición de sus libros sagrados, y les abría el camino para iniciarse en los misterios de su religión, tradiciones, etc., y transmitir a la posteridad tesoros literarios, cuya pérdida total o parcial se dejará sentir siempre en la ciencia. Vieron, sin mostrar el menor interés, desaparecer de la superficie del globo lenguas depositarias de la literatura religiosa y profana de pueblos poderosos y quedó encomendado a las rocas lo que ellos no supieron conservar.

Los emigrados de Grecia se dedicaron también al estudio de la gramática, y observando la semejanza entre su idioma y el latín, hicieron de ellos un estudio comparado; aparecieron por este tiempo varios trabajos sobre el dialecto romano, como el de Tyranion, en que intenta probar su derivación del griego. Ensayos de este género no podían menos de dar excelentes resultados, por el fin y por los medios o principios sentados como base de tales investigaciones.

Apolonio Discolo no hizo en sus obras mención alguna del latín ni de otra lengua extraña, acaso porque temía para la propia malas consecuencias de la comparación de ambos idiomas; puesto que prestando exclusiva atención a sus semejanzas, se olvidaban los gramáticos de examinar sus diferencias, y no creían posible, o no comprendían, otra estructura gramatical que la que éstos les presentaban. Estudiaban la lengua como era en su tiempo, sin intentar hacer investigaciones acerca de su desenvolvimiento histórico, o del modo con que había llegado a tener esa forma.

Los principios que seguían en la derivación etimológica de las palabras, no eran más acertados que los establecidos por sus predecesores; aunque son ya poco frecuentes tales derivaciones, como las que vemos en *lucus*, de *lucere*, *quod nimium luceat*; *bellum*, de *bellas*, *quod res bella non sit*; *lex*, *quia legi solet*; *mantilia* (toalla), a *tergendis manibus*; *liberi* (hijos), *quia quod libet facere possunt*, etc., y otras muchas que encontramos sobre palabras griegas.

Pero la gramática hacía, no obstante, progresos considerables, a lo que contribuyó no poco la lucha no interrumpida entre anomalistas y analogistas. (Estos dos partidos se levantaron también entre los romanos.) Los analogistas sostenían que en la lengua domina una ley regular y constante, en virtud de la cual la palabra guarda cierta analogía con el sonido; es decir, que iguales categorías se expresan por iguales formas de sonidos. Como jefes de este partido aparecen el griego Aristarco (de la escuela alejandrina) y el latino Varrón.

Los anomalistas, guiados por el estoico Crátes, afirmaban que en la lengua se quebranta la analogía con demasiada frecuencia, y que aún sonidos de palabras iguales presentan alguna diversidad. Según esta escuela, la palabra no corresponde, ni por su contenido ni en sus relaciones, al concepto, y la lengua no se ha formado en analogía con el pensamiento, sino que es anómala con respecto a él; no domina, pues, en ella la analogía, sino la anomalía; en esto parece afirmarse que el pensamiento es de toda punto independiente del uso del lenguaje, sobre lo cual hemos hablado en otro artículo.

La analogía está sobre el uso para los unos, y éste es el principio directivo que admiten los segundos en el desenvolvimiento gramatical de la lengua.

Trataron algunos de buscar un término medio entre ambas opiniones, y Herodiano estableció la analogía y uso como principios que rigen y dominan el lenguaje en su vida histórica; pero subordinando el segundo a la primera, porque él mismo se inclinaba más a la escuela de los analogistas.

(Los argumentos con que ambos partidos apoyaban su doctrina pueden verse en la obra de Steinthal). ()

Apolonio Discolo escribió varios tratados gramaticales sobre los sonidos, ortografía, acentos, cantidad (prosodia en general), composición, etc.; de muchos de ellos sólo nos quedan fragmentos, en los que, sin embargo, se descubre su extraordinario talento, sus dotes especiales para la filología, y vasta erudición; de la sintaxis, que fue su obra principal, se nos ha conservado la mayor parte. Los que le siguieron en esta clase de trabajos fueron más bien comentadores y compiladores, que se propusieron por objeto ordenar y metodizar el material reunido en las obras de los que les habían precedido en este género de estudios.

La gramática entre los romanos fue sólo un episodio de la griega; se fundó sobre ella, se desarrolló bajo su tutela y dependencia, y murió la primera. Imitaron aquí los trabajos de los griegos con el mismo celo y resultados que las demás artes y ciencias, y hubieran hecho mayores progresos en todas, si en investigaciones científicas les acompañara la profundidad, exactitud e independencia que caracterizan al griego en sus empresas y en todo género de estudios.

Crátes, natural de Malle, en Cilicia, contemporáneo de Aristarco, dio a conocer los estudios lingüísticos en Roma, enseñando la lengua griega y explicando sus clásicos. Despertó en la nueva capital del mundo el deseo de cultivar o imitar el estudio de la filología en todos sus ramos, y tuvo por discípulos a varios gramáticos, que se distinguieron principalmente por su gusto en apreciar y juzgar con sana crítica las obras de los antiguos.

Varrón se apartó del camino y método que habían seguido los gramáticos de su país, y es digno de elogio por una originalidad e independencia nada común entonces en este ramo del saber. Su obra, *De lingua latina*, pertenece a las apariciones más notables en el terreno de la lingüística, siendo el primero que expuso científica y extensamente los fenómenos y formas gramaticales de la lengua de Roma. ()

Si atendemos a que Varrón apenas había tenido predecesores al componer su trabajo, no podremos menos de admirar lo atrevido de la empresa y habilidad con que la terminó. Sabe aplicar al latín el método que había aprendido de los griegos, y defiende independientemente su propia opinión allí donde no está conforme con sus maestros. Pero aunque en general dieron sus investigaciones mejores resultados que las de sus mismos preceptores, los griegos, hizo en algunos puntos importantes de la gramática muy pocos adelantos, y especialmente siguió las opiniones antiguas con respecto a la derivación, que llama *impositio verborum*, es decir, *quemadmodum vocabula essent imposita rebus in lingua latina*. No llegó a distinguir bien los modos, y aunque tuvo idea de lo que son palabras primitivas y emplea la voz radices, no supo hacer la debida aplicación. De los veinte y cuatro libros en que dividió la obra, se conservan seis incompletos (V-X) y fragmentos de los otros; las preciosas noticias que probablemente contendrían acerca de los dialectos de Italia, hacen su pérdida tanto más sensible cuanto que es irreparable, puesto que no existen, de aquel tiempo, obras de este género.

Después de Varrón, vemos, en lugar de gramáticos, preceptistas, comentadores y escoliastas, cuyo principal mérito consiste en haber opuesto un dique a toda corrupción en los clásicos, conservando entre el pueblo su conocimiento, inteligencia y muchas de sus bellas y grandes ideas, que de otro modo se hubieran perdido con sus obras.

Quintiliano sacó a la gramática latina de la esclavitud griega, en la que cae por algún tiempo después de Varrón, volviendo sucesivamente a recobrar su independencia. El despotismo de César parecía haber sofocado o aletargado la actividad intelectual de los romanos, a quienes no quedaba otra cosa que el goce de los antiguos restos literarios; pero justamente este goce sostenía el estudio de la lengua en que estaban escritos. Así que, cuando los grandes genios desaparecieron del teatro de Roma, y su literatura era sólo un reflejo y sombra de lo que había sido, aparecieron en escena los gramáticos y críticos, como para salvar aquellos preciosos restos de la furia del olvido, de la ignorancia y acaso de la barbarie. Lo más importante que se publicó en este tiempo fueron acaso los diez y ocho libros *commentariorum grammaticorum* de Prisciano.

Los indios, griegos y romanos, excluyendo del círculo de investigaciones lingüísticas a los idiomas extranjeros (aun de la misma familia), dejaron incompleto el estudio del propio. La lengua varía con el tiempo, tiene, como el hombre, su historia, y muchos de sus fenómenos son inexplicables sin acudir a las formas que tuvo en períodos anteriores, o que habiendo desaparecido en ellas, se conservan en otras, que juntas forman un grupo o familia. Mas ningún pueblo de la antigüedad supo hacer aplicación del método comparado, que exigía la unión de la humanidad en una sociedad de hermanos, cosa entonces imposible e incompatible con las opiniones y preocupaciones reinantes. Muchas lenguas hubieran sido presa de la voracidad de los tiempos, el griego y latín quizá no hubieran tenido mejor suerte, si un acontecimiento extraordinario, el más grande que registran los anales del mundo, no hubiese venido a verificar esa unión: el cristianismo, predicando la fraternidad universal. Sus ministros, estudiando los idiomas de los pueblos a quienes predicaban, ponían un dique a su disolución, y traduciendo con exactitud y escrupulosidad religiosa los sagrados libros a dichas lenguas, las conservaron en estos preciosos documentos para la posteridad, tales cuales existían en boca del pueblo, en un período determinado.

Al cristianismo debemos el poseer una literatura kóptica, siríaca, armenia, geórgica, etiópica y goda, si bien los primeros cristianos no hicieron en sus principios estudios verdaderamente lingüísticos, porque eran ajenos a la misión que se les había confiado. La literatura de algunas lenguas comenzó por una traducción de la Biblia, como la del anglosajón. Entre los sirios, armenios y etíopes se despertó pronto el amor a las letras, y los primeros, que ya cultivaban el estudio de su lengua hacia el siglo V, tuvieron pronto gramáticos notables, entre los que sobresalieron Santiago de Edesa; José Huzita (580 d. J. C.); Elías, obispo de Nisive, y otros muchos, hasta el siglo XIII, en que floreció el célebre Gregorio Barhebreo, llamado también Abulfaragio, (1226+1286), que aventajó a todos los que le precedieron, y fue además gran historiador. A principios del siglo XVI sobresalieron Theseo Ambrosio, jurisconsulto y gramático; Acurio José, presbítero; Moisés, diácono; y Elías, subdiácono, que enseñaron por los años 1514 el siríaco en Roma, y tuvieron por discípulo al citado Ambrosio; Alberto Vidmanstadio, jurisconsulto al servicio del emperador Carlos V, publicó en 1555 sus Elementos gramaticales, y el N. T., primer libro siríaco que se imprimió en Europa. Andrés Masio publicó, entre otras obras, una gramática en 1573, que dio a luz Gaspar Waser, aumentada en 1594, y apareció mucho más perfecta en Leyden, 1619; Waser dio, con esta publicación, un gran impulso al estudio del siríaco, dialecto semítico muy importante por las producciones literarias de las iglesias cristianas. ()

A fines del siglo XVI publicó también una excelente gramática de la misma lengua Jorge Miguel Amira, en Roma; Cristóforo Crinesio publicó a principios del siguiente siglo, en Witemberga, su *Gymnasium Syr.*, en que trató ya algunos puntos de sintaxis. Buxtorfio dividió del mismo modo su gramática en analogía, sintaxis y parte práctica (*Grammaticae Chald. et Syr.*, libro III, ed. 2.^a 1650); pero tiene inexactitudes en la impresión, por estar escrita con letras hebreas. Joh. Michael Dilherr añadió a sus *Eclogae sacrae N. T. syriacae, graecae, latinae*, unos *Rudimenta grammaticae syr.* excelentes (Halis, 2.^a, 1646); José Acureense, Henr. Hottinger, Brian Walton, Edm. Castello y otros publicaron trabajos gramaticales en el siglo XVII, dando nuevo lustre al estudio del siríaco, entre los que hizo época la obra de Enrique Opilio, *Syriasmus facilitati et integritati suae restitutus*, Lips., ed. 2.^a, 1691.

En el siglo XVIII aventajó a todos sus predecesores Chr. Bened. Michaelis, con su *Grammatica linguae syr.*, Halis, 1741, y siguieron mejorando el método David Michaelis, Christ. Adler, J. Godofr. Hasse (*Praktisches Handbuch der aram... sprache*, Jena, 1791), J. Seewater (*Handbuch der hebr., chald., syr. und arab. grammatik*, Leip., 1817), Thomas Yates (*Syriac Grammar*, Lond., 1819) y H. Ewald (*Lehrbuch der syrischen sprache*, Erkl., 1826.)

Una nueva era para el estudio de esta lengua principió con la obra de Hoffmann, recomendable por todos conceptos y sin igual hasta el día, aunque por su claridad y brevedad sea preferible la de Uhlemann; en el Catálogo van indicados los trabajos lexicográficos y las crestomatías más notables. Más antiguo es el estudio de la lengua que contenía el texto primitivo de los libros sagrados, el hebreo, y que suscitó además cuestiones de la mayor importancia, como las del origen del hombre y del lenguaje.

Los judíos no cultivaron la gramática hasta que, perdida su nacionalidad, se vieron dispersos entre las naciones, pero trabajaron sin cesar en la conservación fiel del sagrado

texto. En el tercer siglo antes de J. C. se hizo la traducción griega de los Setenta, que pronto adquirió gran fama y autoridad inmensa entre judíos y cristianos. Sus inexactitudes, y el separarse a veces del texto hebreo, dieron motivo a que en el siglo II de nuestra era trabajase Aquila su traducción, a la que siguieron las de Teodocion y Sinmaco. Ninguna está libre de grandes imperfecciones, y difieren a menudo entre sí y del texto hebreo en puntos esenciales, lo cual no tanto fue culpa de los traductores, como acaso de la incorrección de los manuscritos que tuvieron a su disposición. Por este motivo, los cristianos comprendieron la necesidad de acudir al texto primitivo, y así lo hicieron ya Orígenes, pero con especialidad San Jerónimo quedando asegurado al hebreo para lo sucesivo un lugar preferente en el estudio de la filología, de manera que su descuido o abandono ha sido, es y será siempre culpable y reprehensible en los que deban fomentarle, por estarles encomendada la custodia de tan sagrados depósitos.

Desde los primeros siglos del cristianismo fue considerado el latín como lengua eclesiástica; traducciones de los libros sagrados y tratados especiales compuestos en ella andaban en manos de todos. El clero cristiano cultivó casi exclusivamente las ciencias en la Edad Media, y publicaba sus obras en latín, por cuyo estudio debía principiar su educación todo el que deseaba adquirir alguna cultura. Era entonces la lengua de la ciencia, y en pocos siglos se creó una literatura, cuyas numerosas traducciones saca el filólogo moderno con laudable celo de los empolvados estantes de las bibliotecas. Tampoco quedó descuidado el griego, como depositario del texto primitivo del Nuevo Testamento.

El estudio de lenguas extrañas creó naturalmente el de la propia; pero en la Edad Media fueron aún rarísimas las obras gramaticales que se escribieron sobre lenguas vulgares. La filología no pudo desarrollarse en el seno del cristianismo por sus ministros, porque tenían otra misión mucho más sublime, que llamaba su atención; pero él esparció la semilla, que tan copiosos frutos ha producido en nuestros días. Sin su cooperación se hubiera perdido el conocimiento de muchas lenguas que hacen un papel importantísimo en esta ciencia; como el godo, cuya memoria han salvado los fragmentos de una traducción de la Biblia hecha por el obispo Ulfilas, y única obra que de esa lengua tenemos. Entre los pueblos y sectas religiosas de la antigüedad que fomentaron el estudio de lenguas, sabemos que ocupan un lugar distinguido los budistas; por medio de sus traducciones podemos estudiar en formas antiguas idiomas que después sufrieron variaciones y cambios notables; como los del Tibet, de los mogoles, kalmukos y ceylaneseos o pâli; éste, de importancia especial por la influencia que ejerció sobre las lenguas del archipiélago, y por lo tanto sobre la cultura y civilización de sus pueblos.

A la caída del imperio de Occidente siguió en Europa un período de decadencia para las ciencias, que vinieron a quedar como en un profundo sueño, y sólo daban señales de vida en el interior de algunos claustros. Entre tanto se levantaba en Asia con poderoso vuelo una nueva cultura, que extendiendo sus alas hasta Europa, fructificó la semilla, ya casi perdida, dejando sentir su influencia en la filología más que en ninguna otra ciencia. Los hijos del desierto, entusiasmados por el fanatismo que les infundía la doctrina que creían nuevamente revelada al profeta de la Arabia, su compatriota, cayeron con furia sobre el imperio de Oriente, conquistaron rápidamente la mayor parte de sus provincias, y la media luna extendió su poder del Indo al Ebro.

En todos los pueblos que sometían encontraban una cultura más o menos floreciente, que pronto trataron de imitar y se apropiaron. Persia había llegado bajo los sasanidas a un alto grado de civilización. Los cristianos sufrieron grandes persecuciones, cuyo origen pudo ser el temor que abrigaban esos reyes de que se uniesen a sus correligionarios de Occidente, donde el cristianismo había sido declarado por aquel tiempo religión del imperio.

Pero algunas de sus sectas fueron tenidas en gran respeto, y a su sombra nacieron escuelas florecientes, como la de los nestorianos. En especial gozaron los judíos de la protección y favor de muchos monarcas sasanidas, bajo los cuales fueron notables las academias judías de Nehardea, Sora, Pumbadita y otras. La cultura helénica estaba entonces en boga, y muchos sabios, que huían de las persecuciones de Occidente, encontraron favorable acogida en Persia. Algunos escritores aseguran haber sido traducidas al idioma de este país, persa, las obras de Homero, con varias otras de filosofía y medicina; aun se dice lo mismo de las de Platón y Aristóteles; pero tales trabajos, que revelarían un gran monumento literario son desconocidos.

El entusiasmo y fanatismo religioso que acompañó a los árabes en sus conquistas les guió también en el cultivo de las ciencias y artes, en las que produjeron bellos y copiosos frutos; para hacer la exposición detallada de los principales trabajos literarios que nos dejaron, sin contar los perdidos, se necesitarían muchos volúmenes (Hammer cuenta sobre 9.915 autores, poetas, etc.). La gramática fue uno de los ramos que más llamaron su atención, y en que obtuvieron mejores resultados, de modo que el europeo ha podido estudiarla (como en sanskrit) en las mismas obras nacionales, y es de esperar que el conocimiento de escritos gramaticales inéditos arroje nueva luz sobre este importante ramo de la filología musulmana.

La religión fundada por el Profeta favoreció y aun hizo necesario el estudio del árabe. Porque como el traducir el Korán a una lengua extranjera fue tenido por profanación de la palabra revelada, los pueblos que abrazaron el mahometismo se vieron obligados a admitir, con la religión, la lengua en que era enseñada. El árabe llegó a ser de esta manera lengua religiosa, del Estado y de la literatura, desalojando a otras, que pronto fueron relegadas al olvido, y cuyo lugar ocupó aun entre el pueblo. Pero el muslim, siempre amante de sus tradiciones, temió que en estas adquisiciones se apropiase elementos extraños, y creciendo el peligro con las nuevas conquistas, se aumentó el cuidado para preservarle del daño que amenazaba. Era preciso hacer inteligible a todos el libro de la revelación -(Korán), -cuyo sentido es en muchos pasajes oscuro, o mejor ininteligible a los mismos sabios, porque no fue acaso claro a su autor. Ésta exigía profundos estudios gramaticales y lexicógrafos, que desde su origen tomaron un carácter y consagración toda religiosa.

Ya en el primer siglo del islamismo se habían levantado en su seno ciudades florecientes, y en el segundo se cultivaban, no sólo los estudios de tradición y del Korán, que nacieron con la Muerte de Mahoma, así como también la poesía que le había precedido, y la arquitectura especialmente protegida por sus inmediatos sucesores; pero la ciencia de derecho y las matemáticas hicieron notables progresos. Luego se levantó Bagdad, por largo tiempo silla de los califas y asiento del lujo, esplendor, civilización y ciencia orientales; y en Occidente se ponían los cimientos a la gran mezquita de Córdoba, émula de la capital de Oriente. En ésta reunían los califas todo lo que pudiera servir de estímulo a los amantes de

las letras. Si no se escribían obras originales en todas las ciencias, se traducían las extranjeras al idioma del Korán; de este modo las de Aristóteles sirvieron de fundamento a la filosofía del islamismo. Los califas premiaban las producciones científico-literarias con munificencia verdaderamente oriental. En el segundo siglo de la huida, bajo Mançur, Harun-Arrashid y Maçmun hicieron grandes progresos en filología, historia y derecho; en astronomía tomaron por maestros a los indios. ()

Pero la filosofía árabe jamás supo emanciparse de la esclavitud griega; así el misticismo de los Sûfis tuvo origen en la filosofía neoplatónica y en los Vedantas de los indios.

Pero volvamos a la filología, que siempre tuvo más admiradores que las demás ciencias en un pueblo que trabajaba por conservar a toda costa intacto el depósito de sus sagradas doctrinas. El cuarto califa Alí (+661) puede ser considerado como fundador de la gramática, si bien el primer trabajo que de este género se conoce es de Abûl-asuad (+688, o según otros, +719), y halló una acogida en gran manera favorable. Muchas personas eminentes se dedicaron al estudio de la gramática, siguiendo el ejemplo de Abûl-asuad, y los príncipes respetaban y premiaban a los filólogos con liberalidad sin ejemplo. El mismo es tenido por el verdadero fundador de la famosa escuela de Basora, como Abûl-Hasan Ali al Kîsây lo fue de la de Kûfa, que nació poco después (en 638).

Estas dos escuelas produjeron hombres distinguidos, que trabajaron con emulación en la exégesis del Korán, y dejaron numerosas obras gramaticales y lexicográficas de la mayor importancia.

Abû A'bdarrahman al Jalîl, que floreció entre los años 718 y 786, discípulo de la escuela de Basora, descubrió y fijó los preceptos de la prosodia, y fundó el arte métrica entre los árabes. Tuvo por discípulo a uno de sus gramáticos más notables, llamado Sîbauaih, cuya gramática, que se conserva aún manuscrita, tiene muchas ventajas sobre otras que se escribieron después.

La civilización árabe había llegado a su apogeo en los siglos III y IV de la huida. El califato no pudo ya mantener unidos los pedazos que había juntado con la fuerza de las armas para formar su colosal imperio, y caminaba rápidamente a su disolución; en los tres primeros siglos del imperio se contaban más de catorce dinastías, y al terminar el tercero se había dividido definitivamente en tres califatos: el de los Abbasidas, en Asia; el de los Ommeyas, en Europa, y el de los Fathimitas, en África. Pero todos o la mayor parte de los príncipes de estas dinastías se mostraron favorables a la ciencia. ()

En el segundo siglo de la huida florecieron los filólogos Açmai y Abû U'baida, este último de grande autoridad. No ignoraban los árabes la importancia de obras enciclopédicas en que se expusiese un sencillo y breve panorama de todas las ciencias; y a fines del siglo III de la huida publicó el filólogo Abû Zaid Ahmed un trabajo de este género bajo el título Las divisiones de las ciencias, que luego fue seguido de otros semejantes de los filósofos Al Kindi, Ibn. Sina y el Machriti (el Madrileño).

Son bien conocidas de todos las numerosísimas escuelas y academias que fundaron los árabes en las principales ciudades de sus dominios, algunas de las cuales florecieron hasta su completa expulsión de Europa. Sus primeras escuelas fueron las mezquitas, hasta que, aumentándose el número de los literatos, se formaron sociedades y coros de hombres científicos, que reunidos en lugares determinados y dispuestos al efecto, discutían acerca de los puntos señalados; sucedía esto no sólo en España, sino también en Siria, Irak y otros países donde dominaba la religión y ley del Korán; y algunas de estas sociedades académicas escribían sus memorias y discursos.

La casa de la sabiduría o dârul-jhiqmat, inaugurada en el año 1005 en Cairo, merece, con justicia, el nombre de universidad, y las academias de Andalucía derramaron sus luces por toda Europa. Es verdad que algunos atribuyen la civilización de los árabes españoles y sus grandes adelantos en ciencias y artes a los cristianos que permanecieron viviendo entre ellos; pero no son tan evidentes las pruebas en que se funda la opinión a que aludimos, que sin más datos debamos admitirla como verdadera.

Los filólogos árabes tuvieron no poca parte en la creación de bibliotecas. Cuéntase de muchos particulares que las poseían de diez mil volúmenes; mucho más ricas eran las de los emires y califas; de la de Córdoba se dice que llegó a contener seiscientos mil; y en otras ciudades importantes de la España árabe las había muy ricas y preciosas.

Los diccionarios sobre ciencias son muy numerosos en la literatura musulmana, de modo que libros que versan sobre diferentes materias, como la naturaleza del hombre, el camello y otros animales, tienen, además, el doble carácter de filológicas, por el cuidado especial que ponían sus autores en dar explicaciones etimológicas de los nombres; y los autores de tales obras, a su ciencia especial en la materia sobre que escribían, juntaban conocimientos lingüísticos.

En la mayor parte de las cortes musulmanas gozaban los poetas del favor de sus soberanos, quienes intentaban, con esto, crearse una atmósfera favorable por medio de las alabanzas desmedidas que aquéllos les prodigaban entre el pueblo. Algunos príncipes alojaban a los sabios y poetas en sus propios palacios o les regalaban casas, en lo que se distinguieron Abderramán III y Hakem II entre los califas españoles. De Hishem II se cuenta que asistía él mismo a las escuelas y academias, y repartía por su mano premios a los vencedores en públicos certámenes. Tales distinciones eran un estímulo poderosísimo para los hombres de ciencia, que de este modo no hallaba obstáculos que se opusiesen a su progreso.

Por los años de 1054 (446 de la huida) nació en Basora el gran poeta, orador, retórico y gramático, Abû Muhammad Kasem, llamado Hariri, el maestro de la elocuencia, y cuya prosa rimada aventaja a la del Korán; murió hacia los años 1124, y dejó varias obras, entre las que se cuenta una de las más bellas producciones de la literatura de los árabes, titulada Makâmât, o Sesiones, y algunos trabajos gramaticales de importancia.

En este mismo siglo florecieron el español Ibn Jakam, historiador y poeta, que reunió en sus Collares de oro gran número de preciosas composiciones poéticas; y el filósofo, célebre

en todos los países sarracenos, Gazalî, que dejó, entre otras obras sobre diversas materias, una muy notable, titulada La regeneración de las ciencias.

Los mejores gramáticos árabes pasaron algún tiempo de su vida entre los beduinos del desierto, ocupados en estudiar la lengua tal cual existía en boca de los verdaderos y genuinos árabes. Sibauaih recogió entre ellos los principales datos y materiales para su gramática, y Abû U'baida tuvo a un beduino por maestro; del mismo modo puede asegurarse que los primeros ensayos lexicográficos salieron del desierto.

Un discípulo de Jalîl, llamado Abûl-Hasan... Ibn Sumail, fundó en Corasan una escuela semejante a la de Basora, donde acudieron gran número de discípulos a escuchar sus lecciones; otros muchos siguieron después su ejemplo en diversas ciudades; el mismo dejó varios escritos sobre ciencias naturales, físicas y astronómicas, en los que su principal objeto parece ser el dar explicaciones etimológicas de las palabras.

Algunos gramáticos se dedicaron con especialidad al estudio de los dialectos, frases, giros y provincialismos de la lengua, entre los que sobresale ya en la primera mitad del siglo III de la huida Abû Zaid, conocido por el sobrenombre al Ansârî, a quien por sus variados conocimientos llamaban el gramático por excelencia. En el mismo siglo floreció otro gramático y lexicógrafo, que llegó a adquirir grandes conocimientos y vastísima erudición en la escuela de su maestro Açmâi, llamado Sichistânî.

La historia fue de los ramos más cultivados por los árabes; de algunos príncipes se cuenta que tenían diez y más historiadores ocupados en escribir los anales de su reinado; su narración merece, por lo general, toda confianza, si bien falta por completo la crítica. Ibn Jallikân, Makrisi, Soyuthi y otros muchos han inmortalizado su nombre con obras de este género.

Florecieron aún las ciencias, con breves intervalos, en todos los países sometidos a la media luna durante los siglos VI y VII; el novelista español llamado Antârî; el geógrafo Idrisî; el legista Morgainâni, autor de la celebrada obra titulada Hidayat; los historiadores Sema'ni; el Sherîsî, autor de la obra histórica titulada Camil o perfecto; Shehristani, y el biógrafo Ibnul-Kofti, autores de varias obras notables, son prueba de lo que decimos. A todos aventajó el historiador Ibn Jaldûn, quien en su historia de las Dinastías africanas, y más aún en sus Prolegómenos, manifiesta un genio político sobresaliente, y sana crítica nada común entre sus correligionarios; la última parte de sus Prolegómenos es una especie de enciclopedia apreciable de todas las ciencias entonces conocidas. Por el mismo tiempo floreció el gran geógrafo y viajero Ibn-Batuta (siglo VIII de la huida).

Después de la muerte del historiador Makrîsî y del historiador, biógrafo y topógrafo Soyuthi, hombre de vastísima erudición, que florecieron en el siglo IX de la huida y XV de nuestra era, comenzó un período de postración mental y decadencia entre los árabes, que fue en aumento hasta que por completo cesó todo movimiento literario. Algo pudo contribuir a esto la supersticiosa creencia, muy extendida entonces, de que el poder del islamismo terminaría mil años después de su nacimiento.

Algunas ciencias tuvieron, en diversos períodos, por enemigos declarados a los mismos príncipes, quienes dispusieron autos de fe para destruir por medio del fuego todas las obras que tratasen sobre determinadas materias; el príncipe de Fez Abû Ya'kub (en 1192) mandó quemar todas las novelas, cuentos y fábulas que pudieren ser habidas. De modo que cuando comenzó el período de decadencia ya habían sido diezmadas bárbaramente gran número de bibliotecas; las doctrinas fatalistas y anticientíficas que por espacio de algunos siglos habían bebido en el Korán conducían naturalmente a tan bárbaros extremos. El grande Almanzor, en tiempo de Hishem II, cometió igualmente tales torpezas en diversas ciudades. Las persecuciones contra judíos y cristianos eran también directamente opuestas a los progresos de las ciencias; el célebre Maimonides se vio precisado a huir de Andalucía a Egipto en la persecución movida por Abdul-mumin.

Cuando los genios creadores de la literatura nacional desaparecieron del teatro de la ciencia, comenzó el período de los glosistas y comentadores, como hemos observado entre griegos y romanos.

El siglo XVI produjo algunos historiadores y biógrafos; a fines del siglo sobresalen, entre otros de menor importancia, el comentador y glosista Abul-faith, y el conocido bajo el nombre Tebriz, que lo fue del libro titulado Hamâsa. Ya en los siglos precedentes habían florecido escritores muy notables de este género, como el llamado Mutarrezî en el VI de la huida, y el Sherîshî o jerezano.

Digno de especial mención en el siglo XVII es Hachi-jalfa, hombre de vastísima erudición y de grandes conocimientos en todos los ramos del saber, pero que se distinguió como historiador, geógrafo, enciclopedista y bibliógrafo.

En este siglo de revoluciones y trastornos florecieron aún algunos hombres distinguidos en historia, en la ciencia del derecho y en filología, como Abul-Baka, oriundo de Crimea, autor de un gran Diccionario de términos filológicos. Muchos otros se dedicaron a la bibliografía y a coleccionar las composiciones de poetas.

En general, lecciones y trabajos literarios de estos últimos tiempos llevan el carácter de un período de terrible decadencia.

La imprenta, que por primera vez se comenzó a usar en Constantinopla en el primer tercio del pasado siglo, dio a conocer algunas obras árabes. Pero entonces apareció más clara la decadencia de la literatura, y la postración y falta de energía en las inteligencias, enervadas y embrutecidas durante los muchos años que llevaban de inacción; porque, en vez de la revolución científica y movimiento literario que siguió en Europa a tan glorioso acontecimiento verificado más de dos siglos antes, no se hizo otra cosa que reproducir y extender las obras clásicas antiguas, pero nada nuevo salió a luz; fue pues una simple imitación material de lo ya realizado en otros países.

Con el siglo XVIII murió para siempre la literatura árabe antigua o según el espíritu y carácter que recibió del profeta del desierto. Introducida la imprenta en Constantinopla, Beirut, Cairo, Bulaq y otras ciudades del imperio musulmán, entrará en las pocas inteligencias que en lo sucesivo den señales de vida el espíritu que domina la ciencia

Europea, y su poderosa acción e influencia realizará un cambio completo en la cultura nacional, que tomando distinto camino del señalado en las doctrinas koránicas, será el principio de un nuevo período en su literatura. No puede asegurarse que la literatura árabe haya muerto para no levantarse jamás; allí donde existe un pueblo regido por leyes, existe la semilla que fructifica las inteligencias; pero la literatura que produzca esa semilla no será pura como la antigua, porque nace bajo influencias extrañas.

La literatura árabe puede dividirse en dos períodos: el 1.º comprende desde la huida de Mahoma hasta la conquista de Bagdad en 1258, y el 2.º abraza hasta el siglo XVIII. El siglo del Korán, o época religiosa, termina con la caída de los Ommeyas por los años 749; el segundo siglo que pudiéramos llamar de la tradición, comprende desde el primer califa de los Abbasidas hasta la muerte del noveno de ellos Uasík billah en 846; el tercero conserva el mismo carácter literario, y en él principió la funesta desmembración del imperio; el cuarto, o filológico, filosófico y de las matemáticas y astronomía, acaba con la caída del califato en España en la primera mitad del siglo V de la huida; siguiendo en el siguiente, hasta la toma de Bagdad, el movimiento literario que había comenzado en el anterior. La séptima época tuvo hombres notables en varios ramos del saber; pero puede llamarse el siglo de la historia y de la crítica como la octava hasta mediados del siglo XI. La última época fue rica en comentadores bibliógrafos y glosistas, y por lo tanto es el período del misticismo y de la exégesis.

Llenaríamos muchas páginas si intentásemos sólo enumerar los nombres de los escritores árabes más sobresalientes; el número de gramáticos y filólogos fue tan extraordinario, que ya en el siglo XV cuenta Soyuthi sobre 2.500! educados la mayor parte en las escuelas de Basora y Kûfa, que en los últimos siglos de su existencia vinieron a unirse y formar una escuela mixta. (, ,)

Cuando las luces de la ciencia musulmana comenzaban a apagarse en toda la extensión de su dilatado y antes poderoso imperio, se levantó la llama del ingenio en Occidente con tal fuerza que pronto se dilató, y extendió sus luminosos rayos por todo el ámbito del mundo conocido y más allá.

Tres poetas, casi contemporáneos, Dante (+1321), Francisco Petrarca (+1374) y Boccaccio (+1375), animados de los mismos sentimientos e ideas; con igual profundidad, riqueza y extensión de ingenio; de imaginación fecunda y brillante fantasía, los tres aspirando a un mismo fin, dieron a su lengua patria la forma y perfección que hoy tiene, y los dos últimos trabajaron con infatigable celo por despertar y generalizar entre el pueblo culto el amor a los estudios de la literatura clásica latina, en cuyas pretensiones obtuvieron no pocos resultados. ()

Manuel Krisoloras, enviado por J. Paleólogo en 1391, con la misión de buscar auxilio contra el emperador Bayaceto, se dio a conocer en Italia como hombre versado en la literatura: fue llamado como profesor de lengua griega a Florencia, y formó sucesivamente en esta ciudad, Milán, Venecia, Pavía y Roma gran número de discípulos aventajados, que fomentaron y extendieron el amor a las producciones de los clásicos, cuyo estudio se hizo general y necesario para todos los que deseaban adquirir alguna cultura.

Todos los estados de Europa tomaron especial interés en el nuevo desenvolvimiento de las ciencias; España caminó entonces al frente de la civilización, y los grandes y profundos pensadores que produjo en aquellos tiempos, llamados de tiranía y oscurantismo, forman la página más brillante de la historia de su literatura.

El descubrimiento del Nuevo Mundo y la aparición del protestantismo fueron como los golpes que despertaron la actividad del espíritu, no porque estuviese antes encadenada, pues en este caso, únicamente los que rompieron las cadenas hubieran sido capaces de producir algo nuevo, sino porque las nuevas doctrinas y opiniones la pusieron en la necesidad de defenderse, y los inventos que pronto se siguieron, abrían nuevos horizontes a la ciencia, y hacían accesibles a todos, los medios de adquirirla, reservados antes a muy pocos privilegiados. Este movimiento se dejó sentir de una manera especial en el terreno de la filología, donde sólo había que edificar sobre los fundamentos echados en siglos anteriores.

El médico y filólogo Julio Caesar Escaliger, oriundo de Alemania (+ 1558), escribió la primera obra verdaderamente filológica, en la cual examinó, estudió y expuso con método y consideración filosófica los fenómenos lingüísticos. Mucho más perfecta y útil fue la obra del célebre español Sanctius (1554+1628), que publicó de nuevo el alemán Bauer a principios de este siglo (). De trabajos lexicográficos merece especial mención el *Thesaurus linguae latinae* de Robertus Stephanus, dado a luz segunda vez por Gesner en 1749. Const. Lascaris escribió la primera gramática griega, y le siguieron Reuchlín (+1522) y Melanthon (+1560), profesor de Witemberga y dotado de grandes talentos para la enseñanza. En 1572 apareció el magnífico *Thesaurus linguae graecae* de Henricus Stephanus (+1598), fundamento de todos los trabajos lexicográficos que vieron la luz pública en lo sucesivo, y sin igual hasta hoy. Fue publicado en Londres en 1826 y en París 1836-65. Es acaso la obra más completa de este género que tenemos hasta el presente.

El protestantismo, llevado por los principios que le sirven de base, se vio obligado a llamar en apoyo de sus doctrinas a la Biblia, e hizo necesarios estudios más profundos de lengua hebrea, que luego tendrían por consecuencia el de todas las orientales.

Clemente V mandó establecer cátedras de hebreo, en el Concilio de Viena celebrado en 1311, y pronto se dieron a conocer algunos buenos hebraizantes, como el conde Juan Pico de Mirándola (+1494). Los apreciables trabajos de Reuchlin, de J. Buxtorf (+1629) y de su hijo (+1664) hicieron época y dieron nuevo impulso a los estudios orientales.

El P. Alcalá compuso la primera gramática árabe en 1505, que no tuvo por mucho tiempo igual en Europa. Ya hemos indicado las obras gramaticales y lexicográficas más notables sobre la lengua siriaca.

Los idiomas antiguos abrieron el camino al estudio de los modernos. Dante, con su obra *De vulgari eloquentia* y con la titulada *Volgare illustre*, trató de separar la lengua culta italiana de la del pueblo; Pietro Bombo (+1547) escribió la primera gramática italiana que se conoce; de la lengua española publicó una muy buena Antonio Nebrija en 1492, y del alemán se publicó una en 1534, pero muy imperfecta, y otra mejor de Laurentius Albertus vio la luz pública en 1573. Desde entonces siguió el estudio de las lenguas modernas la

marcha de las otras ciencias, porque las nuevas relaciones sociales y el gran desarrollo que había recibido el comercio aumentaban considerablemente sus aplicaciones.

Los viajes emprendidos en los siglos XV y XVI introdujeron en el círculo de la filología idiomas nuevos. Antonio Pigafetta dio a conocer muchas palabras de lenguas que encontró entre los pueblos visitados en el viaje que hizo alrededor del mundo, acompañando a Magallanes. Lo mismo hicieron otros orientalistas, como Vechietti en su viaje a Egipto, Siria, Armenia, Persia, India; Philippo Sassetti, a este último país, donde vivió desde 1583 a 1588.

Los nuevos civilizadores de América nos han dejado también excelentes trabajos sobre sus lenguas: Andrés de Olmos, una gramática y lexicón de las lenguas Mejicana, Zotonaca y Huasteca; Cepeda varias obras sobre los idiomas de América Central; Antonio de los Reyes una gramática y lexicón de la lengua mixteca (Amer. cent.) (1593); Domingo de San Tomás una gramática de la lengua quichua (Perú), de las lenguas Araucana (Chile), Aymarica (Bolivia y Perú); Guarani (Brasil y Paraguay), y otras hay también gramáticas que aparecieron en este tiempo; es de advertir que la mayor parte de estos trabajos son excelentes y hasta hoy únicos de su clase. Los misioneros de Asia siguieron el ejemplo de los de América, y dejaron a la posteridad apreciables trabajos sobre los idiomas de aquellos pueblos, aunque no en tan gran número, por impedírsele la inseguridad de su situación penosa.

Suscitose de nuevo la cuestión acerca del origen del lenguaje, por entonces ya muy debatida; y como, según las tradiciones bíblicas, hubo un solo idioma primitivo, admitiose como tal el hebreo. Pero aquellos a quienes no satisfizo esta sencilla decisión trataron de examinar si existía alguna semejanza o relación de parentesco entre las lenguas clásicas y las semíticas.

Guillermo Postello hizo probablemente el primer ensayo de este género en su libro de *Affinitate linguarum*, publicado en 1538; y Bibliander en el suyo, que lleva el título *De communi ratione omnium litteratum et linguarum*, sostiene que la lengua primitiva fue la hebrea, de la que se derivan todas las demás; esta opinión fue la más admitida por entonces.

En el siglo XVII sobresalieron el francés Claudio Salmasio (+1653), el alemán (de los Países Bajos) Jerardo J. Voss (+1649) célebre por su *Aristarchus sive de Arte grammatice* de 1635, y su *Etymologicum latinae linguae*. Charles de Fresne (+1688) se dio a conocer por su *Glossarium ad scriptores mediae et infimae latinitatis* (París, 1678) y su *Glossarium mediae et infimae graecitatis* (París, 1688), que en aquel tiempo fueron obras de gran mérito.

En los idiomas semíticos fueron notables Walton, en caldeo, Leusden, en samaritano, y Erpenio, en árabe; Job Ludolf publicó muy buenos trabajos sobre el idioma etíope, pero se extendió su influencia a las lenguas semíticas en general. Tampoco debe pasarse en silencio el gran trabajo lexicográfico de Meninski, aun en nuestros días muy apreciable.

Los misioneros prestaron también en este siglo grandes servicios a la ciencia, aprovechando las ocasiones que se les ofrecían para aprender las lenguas de los pueblos con

quienes venían en contacto, a lo que se unió la fundación del colegio de Propaganda fide en Roma, por los años de 1627, que ha publicado sin interrupción numerosas obras en y sobre lenguas extranjeras.(, ,)

El gran pensador alemán Leibnitz (+1716), cuya poderosa influencia se dejó sentir en todas las ciencias, no descuidó la filología, aunque los adelantos que él mismo hizo en ella fueron insignificantes, por el escaso tiempo que pudo dedicar a su estudio; en muchas lenguas de las más importantes por sus aplicaciones sólo se habían hecho ensayos para conocer su mecanismo gramatical. Dirigió su atención a la etimología, y su nombre sirvió para dar autoridad a esta clase de investigaciones, consideradas entonces como ridículas, y que, como hemos visto anteriormente, son la base de la lingüística y de la filología en general. En una importante disertación, titulada *Brevis designatio meditationum de originibus gentium ductis potissimum ex indiciis linguarum*, hizo una especie de clasificación de los pueblos según sus lenguas. Empleó toda la influencia de que gozaba en la sociedad para proteger y fomentar el estudio de lenguas, como atestiguan sus cartas a personas de posición, príncipes, misioneros, viajeros, etc.; merece, pues, un recuerdo en la historia de la filología.

Sobre los idiomas semíticos aparecieron, en los siglos XVII y XVIII, muchos y muy buenos trabajos: de Albr. Schultens (+1750), sobre hebreo y árabe; de N. G. Schröder (+1796) tenemos también una buena gramática hebrea: O. G. Tychsen (+1815) mostró con varias obras sus grandes conocimientos en todas las lenguas semíticas; J. Dav. Michaelis aventajó a los anteriores, y escribió varias obras de gran mérito; J. Godofredo Eichhorn (+1827) fue hombre de extraordinaria erudición y claro discernimiento, y por lo tanto una autoridad en su tiempo.

En el siglo XVIII vieron también la luz pública algunas gramáticas de las lenguas de la India, y Scholz, Bruce, Brown, con otros filólogos y viajeros, hicieron los primeros ensayos sobre los idiomas africanos.

Egede, Edwards, Ortega, J. Zambrano, Bonilla, Neve Molina y otros, mejoraron las obras gramaticales y lexicográficas publicadas en los siglos anteriores (de ellas la mayor parte en español) sobre las lenguas de América, o dieron a luz nuevos trabajos sobre otras hasta entonces desconocidas. Los descubrimientos geográficos fueron siempre auxiliares poderosos de la filología; en los viajes de Cook, Parkinson (1784), Dixon (1789), etc., se hicieron colecciones de palabras, que daban a conocer las lenguas de los pueblos visitados, como ya se habían hecho en tiempo de los primeros exploradores de América.

La emperatriz Catalina, de Rusia, hizo preparar un glosario comparado, del que apareció segunda edición en 1791, y que contiene 285 palabras en 272 lenguas. El pensamiento de Catalina era grande, y dio resultados muy fecundos. El primero que le puso verdaderamente por obra, descubriendo nuevos horizontes a la ciencia, fue el docto español Lorenzo Hervás, que, dotado de talentos especiales para la lingüística y con extensos conocimientos en éste y otros ramos, ocupó un lugar distinguido entre los sabios de su tiempo. Hervás (1735+1809) puede ser considerado como el verdadero fundador de la filología comparada.

()

Después de haber trabajado por algún tiempo en las misiones de América, y escrito varias gramáticas, pasó en 1784 a Roma, donde acudieron por entonces muchos de sus hermanos correigionarios, con motivo de la supresión de su orden en España. Como gran parte de ellos habían hecho misiones entre diferentes pueblos, cuyas lenguas conocían, le dieron noticias acerca de muchas de aquellas que, por carecer de literatura, sólo podían ser estudiadas entre el pueblo mismo. Reunidos los resultados de sus propias investigaciones y de las noticias que le habían comunicado, publicó su excelente trabajo, en que se propuso examinar y hallar, por medio de las lenguas, el origen y relación genealógica de los pueblos. Hizo muchos descubrimientos importantes en las de América, China o indochinas, y no puede negársele el mérito de haber echado el fundamento para el estudio comparado de los idiomas, puesto que su obra tenía ya el fin determinado de descubrir la relación que existe entre los pueblos por la que hay entre sus lenguas, lo cual sólo podía hallarse estableciendo comparaciones entre las mismas.

El alemán Juan Cristóbal Adelung desarrolló y puso en práctica el pensamiento de Hervás en su obra titulada *Mithridates*, cuya publicación dio principio cuando la de Hervás estaba terminada. En esta obra se pone como ejemplo el padre nuestro en más de 500 lenguas.

Los trabajos que a fines del siglo XVIII aparecieron sobre el mecanismo, formación y origen del lenguaje, sobre la producción del sonido en general, y del articulado en particular, contribuyeron no poco al ensanchamiento que iban a tomar las investigaciones filológicas en el siguiente.

- XIV -

Estudio de la filología en el siglo XIX

Lenguas indo-europeas.

Sin pararnos a examinar las causas que han podido contribuir al decaimiento de las ciencias en España, y al casi completo abandono de la que nos ocupa, seguiremos la marcha que el estudio de ésta ha llevado en los demás países europeos, puesto que en ella encontraremos apenas algún español que, despreocupado de las opiniones que reinan en su patria, haya dirigido su atención a la filología, uno de los estudios más dignos del hombre.

En el tránsito del siglo pasado al presente floreció el alemán Herder (+1803), que, con sus variadas y profundas investigaciones sobre el carácter y producciones de los pueblos, con especialidad antiguos, ejerció no pequeña influencia en la dirección que tomaron pronto los estudios filológico-lingüísticos.

Fue el primero que hizo estudios sólidos y basados en la ciencia sobre las canciones nacionales, probando su importancia para conocer el carácter y espíritu de los pueblos, y su

pensamiento ha dado después opimos frutos. Los grandes resultados que pueden sacarse de este género de investigaciones, llevadas a cabo con el tacto y conocimientos necesarios, son demasiado evidentes para que nos detengamos aquí en numerarlos. Esas canciones son el retrato fiel del individuo y de la nación; la expresión de sus sentimientos, opiniones e ideas; en ellas se manifiestan los secretos y afecciones del espíritu, y por ellas se descubre el estado y causas de su desenvolvimiento intelectual, aun en épocas remotas.

Entre tanto, la aparición de los cuatro filósofos alemanes Kant, Fichte, Schelling y Hegel, cuya autoridad fue entonces muy respetada; la fundación de nuevos establecimientos literarios en toda Europa; la revolución francesa; la expedición de Napoleón a Egipto; los extraordinarios descubrimientos hechos por franceses, ingleses y alemanes en Persépolis, Babilonia y Nínive; los viajes científicos emprendidos por filólogos y geógrafos; el estudio de los idiomas de la India, que ya ocupaba a muchos europeos; estos y otros acontecimientos corrieron el velo que ocultaba a los ojos de los sabios el inmenso panorama que contenía un nuevo mundo de objetos de investigación y estudio, y hacían prever el cambio que en breve sufriría el de lenguas, y los resultados que llenarían vacíos importantes en la historia profana y religiosa, como en la geografía de los pueblos, especialmente asiáticos y africanos. La filología se ensanchaba hasta el infinito con los nuevos descubrimientos de la lingüística. Viose que para conocer las causas y efectos del desenvolvimiento intelectual de los pueblos es necesario que al estudio de su idioma acompañe el de todos los elementos que obran en ese desarrollo, y se unieron ambos ramos, filología y lingüística, para formar una sola ciencia. Este cambio en la dirección y método de los estudios filológicos estaba ya como marcado por las nuevas ideas y descubrimientos que habían causado una revolución en la sociedad, y le hicieron más rápido los grandes genios que, como siempre sucede en tales casos, aparecieron entonces, Hervás, Wolf, Schlegel, G. de Humboldt y otros.

Pero todo esto no bastaba; era necesario un agente más poderoso, que derribase por completo el edificio levantado durante muchos siglos de trabajo, y le reconstruyese sobre nueva base, dando valor y dirección diferentes a las investigaciones, elevando el estudio de lenguas a verdadera ciencia; que ya no estudiase e hiciese aplicaciones demasiado limitadas, de ciertos y determinados idiomas, y sí admitiese a todos en su seno, sacando de ellos utilidad en las variadas aplicaciones nuevamente descubiertas: este agente extraordinario fue el sanskrit, con las demás lenguas de nuestra gran familia, antes poco conocida.

El italiano Filippo Sasseti, que vivió en la India varios años, tuvo ocasión de observar el parentesco inmediato de esta lengua con las europeas, y de vuelta a su patria hizo ver la analogía entre muchas palabras sánscritas e italianas. Mas su voz se perdió, sin ser oída, en el espacio, y en dos siglos apenas hubo quien apoyase sus pruebas, ni aun repitiese sus palabras.

El orgulloso Brahman, que no solo mira con desprecio a todo extranjero, pero aun le considera como impuro, tenía por un crimen el comunicar a los que llamaba Mlechchas o bárbaros los secretos de su religión, y enseñarles la lengua sagrada, depositaria de la doctrina revelada. La astucia y celo de los misioneros, secundados por los prosélitos, pudo al fin vencer estas dificultades, y uno de ellos, por nombre Roberto de Nobilibus, llegó a

poseer tan buenos conocimientos del sanskrit, que se atrevió a componer una falsificación de los vedas, 1620, en esta lengua. El alemán Enrique Roth pudo también aprender lo suficiente para entrar en disputa con los brahmánes (1664), y el jesuita de la misma nación Hanxleden escribió a fines del siglo XVII la primera gramática, con algunos trabajos relativos al mismo idioma, que, por desgracia, no vieron la luz pública; de modo que ninguna noticia se tuvo por entonces en Europa de semejantes estudios y trabajos.

Benjamin Schulze, misionero (alemán) en Tranquebar, llamó de nuevo la atención hacia esta lengua, que parecía resistirse a entrar en el círculo de investigaciones europeas (1725), repitiendo observaciones análogas, pero más explícitas que las de Sasseti.

El célebre La Croze (1661+1739) asegura en su *Histoire du Christianisme des Indes*, 1724, que había observado muchas palabras semejantes en el persa e indio (sanskrit); y Teófilo S. Bayer confirmó la relación y parentesco entre los numerales indios, persas y griegos, pero lo atribuyó a influencia de los últimos durante su dominación en Persia y países limítrofes a la India; otros creyeron ver el origen de esa semejanza en los escitas. De esta manera se aniquilaban las observaciones importantes que se habían hecho para probar la relación estrecha y sorprendente entre los idiomas europeos y el sanskrit.

En 1767 envió el P. Coerdoux a la Academia Francesa una memoria, en que da más pormenores acerca del parentesco entre el sanskrit, griego y latín, explicándole por el que debió existir entre los mismos pueblos; para confirmar el primero compara muchas palabras, pronombres y numerales en dichas lenguas, haciendo ver hasta la evidencia su parentesco; esta memoria interesante se leyó ante la Academia en 1768, pero no fue publicada hasta cuarenta años después, cuando ya se estudiaba el sanskrit en varios puntos del continente europeo.

Los derechos y privilegios que concedieron los ingleses a los indios sometidos a su dominación, y las importunas instancias de los primeros, acompañadas de su autoridad y poder, ablandaron la rigidez de los astutos brahmánes, que se prestaron a enseñarles su lengua, llegando algunos hasta el punto de manifestarles los secretos más importantes de su religión, aunque con gran reserva, pues era esto tenido por gran crimen.

Halhed, traductor de una obra sobre derecho, que mandó componer el gobernador de las Indias, Hastings, y publicada en inglés (1776), después sucesivamente en francés y alemán, fue el primero de los ingleses que aprendió de un brahmán el idioma sanskrit, y sostuvo más terminantemente que los anteriores su relación de parentesco con el persa, griego y latín. Las obras que sobre el mismo objeto escribió el jesuita (alemán) Paulino de San Bartolomé, y sus dos gramáticas sánkritas (la última en latín, de 1804), publicadas en Roma, no fueron conocidas en el resto de Europa, que se hallaba entonces empeñada en las guerras de Napoleón. El deseado huésped quedaba aún en su patria en poder de los ingleses, que ya no le abandonaron. Wilkins fue el segundo que llegó a poseer grandes conocimientos de la lengua sagrada del indio, y llamó extraordinariamente la atención de la culta Europa con su traducción de un episodio del gran poema épico Mahâbhârata y de la obra llamada Bhagavadghâtâ, que, según G. de Schlegel es el poema filosófico más bello de todos los conocidos, y acaso único que con verdad merezca ese nombre. Publicó otras obras

y traducciones, y en 1808 una gramática, que entonces contribuyó mucho a extender y facilitar el estudio de la lengua. ()

William Jones, uno de los orientalistas más notables de aquella época (1746+1794), siguió los pasos de Wilkins y ejerció una influencia incomparablemente mayor en los progresos del naciente estudio. Nombrado juez supremo en Fort William (Bengala) a los treinta y siete años de edad, lo protegió y fomentó por todos los medios imaginables, y a él debe el desarrollo inmenso que adquirió en muy poco tiempo, por sus excelentes traducciones de las obras más notables de la literatura sánscrita, entre las que se cuenta la de Sakuntala, que traducida inmediatamente a la mayor parte de los idiomas europeos, fue acogida por Goethe con un entusiasmo sin límites. Publicó otro bellísimo poema llamado Ritusanhara, o sea descripción de las estaciones (seis, según la división que del año hacen los indios). (,)

Un hombre de talentos tan extraordinarios, y que poseía conocimientos tan profundos y vastos en lenguas, no podía menos de apreciar en todo su valor la relación evidente del sanskrit con los idiomas de nuestra familia, especialmente con los germánicos, y de llamar decididamente la atención de los sabios europeos hacia ella. Así lo hizo, afirmando ser tan marcada su afinidad con el griego y latín, que, según palabras suyas: No philologer could examine all the three, without believing them to have sprung from some common source which perhaps no longer exists. También notó los muchos puntos de contacto que existen entre la religión de los indios con las de los griegos y latinos, y que han dado origen a la mitología comparada; nuevo estudio, del que sin duda podemos esperar grandes resultados.

Entre los ingleses que siguieron a Jones en sus estudios, sobresalió Henry Thomas Colebrooke (+1837), cuyas obras, escritas con método y precisión, fueron el fundamento de la filología sánscrita. La posición que ocupaba en la India (Mirzapoor) le facilitaron medios para profundizar en el estudio del idioma, sobre el que publicó, durante toda su vida, buenos y numerosos escritos. Tomando por base la gramática de Pânini, principió a trabajar una, circunstanciada y exacta, de la que, por desgracia, sólo parte llegó a ver la luz pública (Calcuta, 1805). Dio a luz otras muchas obras lexicográficas y gramaticales, algunas de los indígenas, y escribió sobre el derecho, filosofía y matemáticas de los indios, y por primera vez sobre los Vedas. El estudio del sanskrit se generalizaba; indios y europeos tomaban ya parte en el nuevo movimiento literario, y en poco tiempo aparecieron en inglés tres gramáticas sánscritas: la de Carey (en Serampore, 1806), de Wilkins (Londres, 1808); y la de Forster (Calcuta, 1810); también se había principiado la publicación del poema épico Râmâyana, con una traducción inglesa.

Pero todos estos trabajos llamaban poco la atención en el continente europeo, agitado entonces por guerras encarnizadas; de modo que no se pensaba aún en admitir en las universidades el nuevo estudio, aunque se reconocía su derecho, porque estaba bien probada su importancia y múltiples aplicaciones. Este nuevo acontecimiento se iba a realizar pronto, y dio lugar a ello la misma guerra entre franceses e ingleses. En virtud del decreto de Napoleón, por el que debía impedirse la vuelta a Inglaterra a todo inglés que se hallase en Francia después del rompimiento de la paz de Amiens, fue detenido Alejandro Hamilton (+1824) al volver de la India, donde había estudiado con perfección el sanskrit, y sobre el que publicó en lo sucesivo varias obras. Coincidió con esta detención involuntaria

en París, el que se encontrasen aquí los dos hermanos Federico y Guillermo Schlegel, ambos hombres de ingenio y talentos poco comunes, de amor infatigable a la ciencia y sana crítica.

Aprendieron bajo la dirección de Hamilton el sanskrit, y en breve tiempo adquirieron ricos conocimientos sobre su inagotable literatura; Federico Schlegel publicó en 1808 su obra *Ueber die Sprache und Weisheit der Indier*, que contiene bellos pensamientos y observaciones exactas o ingeniosas sobre el parentesco de dicho idioma con los germánicos y greco-latinos (Guillermo de Schlegel fue nombrado primer profesor de sanskrit en la universidad de Bonn).

El librito llamó la atención de los amantes de la filología oriental, y excitó la curiosidad de los románticos, que esperaban encontrar en la nueva literatura pábulo a su insaciable imaginación. Probablemente ejerció también alguna influencia en la dirección que tomaron los estudios de Francisco Bopp (1791+1867), quien desde su juventud mostró especial afición y talento para lenguas, y pasando en 1812 a París, se dedicó al estudio de las orientales, comprendiendo en ellas especialmente el sanskrit. En 1814 fue nombrado Chézy primer profesor de éste en el Collège de France. Bopp publicó dos años después su primera obra, que entonces hizo época, titulada *Ueber das conjugations system der sanskrit sprache in vergleichung mit jenen der griechischen, lateinischen, etc.*, o sea sistema de la conjugación sánscrita, comparado con el de las lenguas griega, latina, goda, etc.

Fue la primera obra en que se aplicó el método comparado en su verdadero sentido para investigar el origen de las formas gramaticales en las lenguas relacionadas con el sanskrit; y Bopp resolvió la cuestión de una manera inesperada, por lo satisfactoria, atendidos los escasos conocimientos que se tenían entonces de la lengua. En 1819 publicó el bellissimo episodio del Mahâbhârata titulado Nalas.

Guillermo Schlegel, dotado de una facilidad extraordinaria para apropiarse todo lo extranjero, y hacer uso de ello como de lo nacional; educado en la escuela de la filología clásica, en cuyo desenvolvimiento y progresos tuvo gran parte, con sus acertados trabajos críticos al lado de Wolf, Hermann y Becker; adornado de vastos conocimientos, y con una maestría admirable en el manejo de su lengua y de otras modernas, era también de los hombres más a propósito para dar impulso al nuevo estudio, en lo que trabajó con varios escritos, cuyo mérito hoy, como el de la mayor parte de los que aparecieron entonces, está únicamente en los servicios que prestaron a la ciencia.

Othmar Frank, protegido como Bopp por el gobierno Bávaro, desempeñó dignamente la cátedra de lengua sánscrita nuevamente establecida en Munich, y publicó a su vuelta de Londres una *Crestomatia sánscrita*, y dos años después (1823) una gramática, que por falta de método tuvo desfavorable acogida.

La primera gramática de Bopp (1827), basada sobre las inglesas de Wilkins, Forster y Colebrooke, despertó mucho más el interés hacia la lengua traída de la India y su literatura, que, como vemos, adquiriría rápidamente extensión e importancia considerables en los círculos literarios, y un puesto distinguido en las universidades de más nota. Pero los resultados prácticos que de su estudio se habían obtenido eran sólo los primeros rayos de

luz derramada sobre los estudios filológicos, precursores de la intensa claridad que les seguía. Pronto se hizo necesaria una nueva edición de la gramática de Bopp, que trabajó su autor con notables mejoras en sus aplicaciones a la investigación del origen de las formas gramaticales griegas, latinas, etc. (*Grammatica linguae sánskritae auctore Francisco Bopp, altera emend.*, ed. Ber., 1832); un compendio de la misma se publicó luego el alemán, que ha tenido cuatro ediciones hasta el 1868, en las cuales se han introducido las correcciones y mejoras que exigían los nuevos descubrimientos. ()

Estos trabajos, hechos en los primeros años después que el primer sanskritista había pisado el suelo de Europa, suponen grande interés en el estudio del idioma. Bopp había probado su importancia por la estrecha relación de parentesco que existe entre sus formas gramaticales y las respectivas de las lenguas llamadas clásicas; aquéllas tienen, por lo común, el carácter de primitivas, y éstas, por el contrario, aparecen como derivadas; de modo que en las formas y fenómenos gramaticales del sanskrit hallamos la explicación y origen de los análogos en estos idiomas.

Bopp no abandona este método, iniciado en su Sistema de la conjugación, en la gramática de que nos ocupamos, y a una exposición clara, ordenada y científica de la estructura y mecanismo del idioma indio, acompaña exactas y acertadas observaciones acerca de la analogía de las formas sánskritas con las de otros idiomas de la misma familia, especialmente del griego y latín. Ya se habían hecho grandes adelantos en el estudio de estas dos lenguas, cuyo conocimiento, desde muchos siglos, constituía parte esencial de la educación del pueblo culto; pero quedaba aún mucho por conocer en ellas, pues no pocas de sus formas gramaticales, como terminaciones, etc., se estudiaban sin comprender su origen, y por lo tanto sin saber su verdadero valor o significado. Bopp, que estaba dotado de perspicaz inteligencia y buen juicio críticos descubría con facilidad y acierto el origen y explicación de tales formas y manifestaciones del lenguaje en el idioma que había hecho objeto especial de su estudio, y como a los conocimientos que de éste había adquirido juntaba otros más profundos de la mayor parte de las lenguas de nuestra dilatada familia, sus apreciaciones sobre los fenómenos lingüísticos, naturaleza, origen y derivación de los elementos y formas que constituyen las lenguas, son por lo común exactas. Una prueba del acierto con que procedía en determinar y fijar la derivación etimológica de las palabras, terminaciones, y hasta el origen de los sonidos, tenemos en su excelente Glosario comparativo, en el que introduce los principales idiomas de la familia, valiéndose a veces del más insignificante para hallar relaciones de parentesco, y hacer ver en ellos un conjunto armoniosamente organizado, en el que las partes que le componen se han separado del todo en que primitivamente estuvieron unidos y confundidos por medio de cambios suaves, lentos, pero constantes y regulares, creándose nuevos elementos y nuevas formas, que pueden reducirse, por medio de la comparación, al tipo primario de que procedieron. Dejamos a Bopp, de quien tendremos ocasión de hablar en lo sucesivo, para seguir el movimiento y dirección que los estudios del sanskrit tomaban en todos los países de Europa.

Francia, que fue la cuna de estos estudios, tenía sus genios investigadores y hombres eminentes, como Eugenio Burnouf, nombrado en 1832 profesor de sanskrit en el Collège de France, entre tanto que los ingleses, sus fundadores en Europa y Asia, cultivaban este estudio con igual entusiasmo y éxito que le habían comenzado, y establecían cátedras del

mismo en su patria y en la India. Uno de sus primeros profesores fue H. H. Wilson, que en sus muchos años de residencia en este último país trabajó sin descanso para profundizar en el idioma, y logró ver coronados sus grandes esfuerzos y sacrificios con obtener de los mismos brahmánes que fuesen sus maestros. Con la cooperación de dichos sacerdotes escribió un Diccionario o Lexicón sanskrit, que es de lo más apreciable que se ha escrito sobre la materia, pues siendo obra de brahmánes ilustrados, y conocedores cual ninguno de sus sagradas tradiciones, creencias y leyendas mitológicas, como de todo lo relativo a la vida del pueblo y sus costumbres, pero además compuesta bajo la inmediata dirección de un literato europeo, aventaja a todas las de su género publicadas hasta el día, en la exactitud con que determina y precisa el significado de las voces y explica las creencias mitológico-religiosas y las costumbres del pueblo. ()

Las traducciones que se habían hecho de algunas obras indias llamaban ya la atención de los hombres más distinguidos de aquel tiempo; y como observasen los sanskritistas la favorable acogida que merecían las producciones de ese pueblo, hoy objeto de admiración y estudio en el mismo grado que antes lo fuera del desprecio y abandono, comprendieron que para extender y naturalizar la nueva lengua sólo era necesario publicar obras escogidas con acierto entre las muchas que posee su riquísima e interesante literatura, en la cual está su recomendación más eficaz. Esto, y los excelentes resultados que daba en sus aplicaciones a la filología comparada, nos explican el ardor y entusiasmo con que trabajaron en su propagación hombres de grande influencia y poder, en unión con los mayores genios de Europa, tales como Humboldt, Goethe, Schlegel, Hegel, Bopp, Burnouf, etc. Mas para estas publicaciones se necesitaban manuscritos, cuya adquisición era difícil y costosa. Los gobiernos europeos, que no habían permanecido indiferentes al movimiento literario producido por el sanskrit, vencieron este penoso obstáculo, y las bibliotecas de Londres, Oxford, París y Berlín encerraban ya en 1840 un número considerable de ellos, siguiendo las demás en procurarse esos preciosos tesoros de la antigüedad india. Para emprender trabajos de este género era preciso trasladarse a Londres, y la falta de medios había impedido a muchos excelentes sanskritistas y conocedores de su literatura poner fin a la necesidad, que las nuevas adquisiciones de Berlín hicieron desaparecer por completo. Bopp continuó entonces la publicación de textos, algunos de los cuales había copiado en París, y los ingleses de la India pusieron en manos del pueblo culto y de los literatos traducciones y originales de obras importantes, como del Mahâbhârata, Râmâyana y otras. (, , , , , , , , ,)

En Bonn salió de la escuela de Schlegel el distinguido sanskritista alemán Cristiano Lassen, cuya pluma ha dado muchas y excelentes producciones. Lassen es conocido por su grande erudición en el terreno de la literatura india y de las antigüedades de este país.

El número de gramáticas se aumentó pronto con otras, poco inferiores en mérito a las de Bopp; Benfey reunió en la suya de 1852 todos los fenómenos gramaticales, y excepciones que tienen lugar en el empleo de la lengua, siendo hasta el presente la más completa, pero propia sólo para consulta, a causa de su extensión y falta de método; esta obra, cuyo mérito es indispensable, es, más bien que original, traducción libre del gran trabajo del gramático indio Panini.

Por su sencillez y claridad es preferible la de Oppert; trabajo muy apreciable, como todos los de este orientalista, por su buen método, aunque no tan completa como las

anteriores y como la del profesor de Oxford Max Müller. El alemán Bolz ha publicado una obrita, útil solamente para los que quieran iniciarse sin maestro en los principios del idioma, y recomendable por su brevedad, glosario y trozos que la acompañan, todo en transcripción latina. (, , , ,)

Además de las obras lexicográficas ya mencionadas, han sido comenzados otros trabajos de este género mucho más extensos y completos que los anteriores. Si se tiene en consideración la escasez relativa de noticias que sobre la literatura india se habían podido reunir al empezar la obra colosal a que nos referimos, no podremos menos de admirar lo atrevido de la empresa, y el buen éxito que en general promete, aunque la parte relativa a los vedas no está libre de inexactitudes y errores. Mayor confianza parece inspirar en este punto la obra de Goldstücker, que, atendidas sus grandes dimensiones, difícilmente llevará a cabo su autor. Para el sanskrit clásico ha compuesto Benfey un trabajo de esta clase, breve, pero muy útil, y al mismo debemos una excelente crestomatía. ()

La publicación de textos en la lengua original no cesó en todo este tiempo, prosiguiendo estas obras casi exclusivamente los ingleses y alemanes, aquéllos con especialidad en la India. Habíase descuidado la parte más importante de la literatura sánscrita, o sea los Vedas, sobre los cuales ya desde este tiempo se empezó a trabajar con entusiasmo. Rosen (Federico Augusto) tomó la iniciativa con su Rigvedae Specimen, y el mismo en 1838 emprendió la publicación del Rigveda, que dejó incompleta, por haberle arrebatado, con pérdida irreparable para los estudios orientales, una temprana muerte (¡contaba solos treinta y dos años de edad!). Max Müller, gran conocedor de la lengua y con buenos elementos para la empresa, dio principio a la obra bajo mejores auspicios de llevarla a cabo, y pronto tendremos el texto completo del Rigveda, acompañado de un gran comentario de Sâyana. Los demás Vedas (hablamos aquí sólo del Sanhita, porque de los Brábmanas se han publicado muy pocos) han visto sucesivamente la luz pública, así como también los grandes poemas épicos Mahábhârata y Râmâyana, con muchos de sus episodios aislados, y otras varias obras que tienen por objeto explicar el texto de los Vedas, o su filosofía, teología, mitología, etc., como las llamadas Prâtiçakhyas y Puranas, estas últimas de gran importancia, por su carácter místico-filosófico-teológico.

El incomparable drama Sakuntala, el bellísimo titulado Urvaçi, y el pequeño pero ameno poema erótico Meghadûta, o Nube mensajera, con otras producciones del gran dramático indio Kâlidâsa, vieron en diferentes ocasiones la luz pública, en original y en traducciones, que han ocupado a muchos sabios orientalistas. (, , , , ,)

Obras filosóficas, históricas, de derecho, religiosas, cuentos, fábulas, todo lo que constituye la rica literatura del indio, ha sido objeto de la aplicación europea, acompañando a la mayor parte de esas publicaciones correctas traducciones animadas a veces del espíritu poético, como las de Schelgel, Rückert y otros, o de notas críticas. No terminan aquí los trabajos sobre el sanskrit y su literatura; memorias, disertaciones acerca de objetos de interés especial; tratados particulares; que tienen por fin abrir las puertas de la India y del Oriente en general a la investigación europea; revistas dedicadas exclusivamente a estudiar estos pueblos y su relación con el Occidente, sus costumbres, religión, origen de sus lenguas y dialectos; leyendas, tradiciones, antigüedades; todo lo que de alguna manera contribuye a dar a conocer el carácter, estado y desenvolvimiento intelectual de un pueblo,

ha sido objeto de estudio detenido y científico en los tres últimos decenios de este siglo, sin que el manantial de señales de agotarse.

Lo más interesante en la literatura india son su religión y las obras que tratan de ella. Y no porque la importancia esté en el objeto mismo como tal, sino que existen en el sistema religioso de los indios motivos especiales, que atraen la atención y despiertan el interés de todo hombre pensador, obligándole a examinar la naturaleza y la esencia de los mismos. El pueblo, al crearse un sistema religioso, deja impresa en ella imagen más fiel de su espíritu y de su carácter. La religión forma entonces con la naturaleza del hombre un ser inseparable, que le domina y cuya influencia se deja sentir igualmente sobre las costumbres, opiniones y nacionalidad. Por eso la religión es siempre lo más interesante en la historia de los pueblos, pero con especialidad del indio, porque éste ha sido en todos tiempos esencialmente religioso.

El sanskrit había hecho de los estudios lingüísticos una ciencia, cuyo desarrollo sucesivo dependía en gran parte del mismo. Así encontramos a muchos de los sanskritistas que hemos conocido arriba ejerciendo una influencia nada insignificante en los progresos y desenvolvimiento de la filología, si bien éste no depende sólo del sanskrit, puesto que toda lengua que tenga literatura puede ser estudiada bajo el punto de vista filológico, y contribuir con sus resultados al desarrollo de la nueva ciencia. Mas nosotros, para no perder de vista nuestro objeto, seguiremos en breves rasgos principalmente los progresos y descubrimientos hechos en el terreno de la filología, en cuanto que en ellos influye de alguna manera la lengua de la India. Dejamos a Bopp trabajando en la publicación de los Autores clásicos indios, y le encontramos aquí ocupado con una de las obras más grandes que se han escrito en materia de lenguas hasta hoy. El alemán J. Hermann (+1848), dotado de especial talento crítico y de un tacto fino y delicado en el uso y distinción de las particularidades de la lengua griega, tuvo alguna parte en la dirección que tomaron los estudios filológicos, y hubiera prestado mayores servicios si no se hubiese dejado llevar por sus opiniones filosóficas. Se ocupó especialmente con la sintaxis.

J. C. Buttman (+1829) y Fr. Thiersch (+1860) facilitaron notablemente el estudio de la misma lengua con sus gramáticas, y el segundo desarrolló con claridad el método histórico, y nos dejó un excelente trabajo sobre el dialecto homérico. Franz Passow trató bajo el mismo punto de vista la lexicografía, y su obra es, hasta el presente, de las mejores, pues tiene, hasta cierto punto, el carácter de una enciclopedia de las ciencias, artes y letras griegas, por la extensión y minuciosidad con que trata las materias.

Jacobo Grimm (1785+1863) con sus inmensos conocimientos en todos los ramos de esta ciencia, imaginación fecunda y juicio claro, adornado de las cualidades que se requieren para conseguir un fin científico; de sentimiento para comprender la vida de un pueblo, y con talento histórico, era el hombre destinado a verificar otra revolución en las investigaciones filológico-lingüísticas. Una aplicación infatigable y fuerza de voluntad inflexible, que no le abandonó un momento de su vida, le hicieron posible resolver los atrevidos problemas que se propuso en la mayor parte de sus obras. Sólo en aquellos escritos en que quiso aplicar una filosofía especulativa donde convenía más bien la empírica, se descubren flaquezas que hacen desconocer el gran talento de Grimm. Así juzgará, sin duda, el que despreocupado lea su Memoria sobre el origen del lenguaje, de

que en otra parte hemos hecho especial mención. Estaba destinado por la naturaleza para hacer investigaciones, no filosóficas, ni mucho menos teológicas, y sí puramente lingüísticas; y es probable que si en este escrito hubiera seguido este camino, quizá sus resultados hubiesen sido otros, porque en los estudios histórico-lingüísticos ocupa, indudablemente, uno de los primeros lugares entre los filólogos de nuestro siglo.

Pasando en silencio sus trabajos sobre leyendas, tradiciones populares, mitología y otros muchos objetos que lo fueron de su investigación, se ofrece, en primer lugar, a nuestra consideración su Gramática alemana, una de las obras más asombrosas que han salido de la pluma de un filólogo, y que siendo imitación de los trabajos indios, aventajó en mucho a los originales. Esta obra es notable por las investigaciones y estudios etimológicos, que en ella ha depositado su autor, principiando por los elementos del lenguaje, o sea los sonidos; de modo que es la primera en que se hace de ellos un estudio detallado en más de 580 páginas en 8.º, y continuando con la flexión del nombre y verbo, con los pronombres y partículas, etc., fueron todas las formas y fenómenos gramaticales de los idiomas germánicos; godo, ant. alem. y anglosajón, medio alemán y alto, danés, sueco, etc., objeto especial de sus minuciosas investigaciones, formando un cuadro que representa hasta las más mínimas particularidades de su desenvolvimiento histórico.

El gran número de dialectos y lenguas en que está dividido este grupo importante de la familia indo-europea, y por consiguiente la gran variedad de formas que en él se encuentran, favoreció su atrevida empresa, y por medio de la comparación obtuvo resultados inesperados de aplicación universal en la filología. Fue la primera gramática en que se estudian detalladamente y se comparan en varias lenguas los cambios del sonido; es decir, sus diferencias y modificaciones según el lugar que ocupen en la palabra, cuyo examen le condujo al descubrimiento de varias leyes importantes, según las que se permutan y modifican los sonidos al pasar de un idioma a otro, y de las cuales ha dado mayores resultados en su aplicación a las demás lenguas de toda la familia la de permutación, que hemos expuesto en otro artículo; este trabajo hizo ver prácticamente el valor de los estudios etimológicos y del comparado. Grimm encontró como rejuvenecidas las fuerzas de su espíritu al terminar la gramática; obra capaz por sí de immortalizar a un hombre, y emprendió otra de no menor importancia, y que acaso es poco inferior en mérito: su Historia de la lengua alemana. En ella trata del estado y carácter de los indo-germanos antes de separarse en diferentes pueblos; habla de su lengua, ocupaciones, artes, industria, costumbres, religión; de la separación de estos pueblos y de su lengua en varios dialectos, y expone con gran acierto los caracteres distintivos de ambos, principiando, después de tales antecedentes, el verdadero estudio e investigación del alemán y dialectos, llevado a cabo con toda la maestría y minuciosidad que lo hizo bajo otro punto de vista en su gramática. Del examen de las palabras y fenómenos lingüísticos, pasa a las cosas y a los pueblos, sacando de la lengua utilidad inmensa para la historia, geografía y etnografía de los mismos.

La tercera obra de importancia comenzada por Grimm fue su Diccionario alemán, más colosal y extensa que las anteriores, y que emprendió en unión con su hermano Guillermo Grimm (+1859), participante y colaborador en muchos de sus trabajos literarios. Todas las fuentes dignas de consideración que existen del siglo XV a nuestros días se aprovecharon para la composición de ese tesoro enciclopédico de la lengua alemana, que, según

expresión de los inteligentes que han examinado lo publicado hasta el día, será un verdadero monumento literario nacional, único en su clase. Desgraciadamente arrancó la muerte a los dos hermanos la pluma de la mano en lo mejor de la obra, cuya prosecución hubo de pasar a otros. (,)

Volvamos ahora a Bopp. La mirada penetrante de este investigador recibía nuevas luces con los extraordinarios y grandiosos trabajos hechos desde sus últimas publicaciones. Las investigaciones de Grimm y sus descubrimientos, que partiendo del alemán, hacían extensiva su influencia a todos los idiomas indo-europeos; los conocimientos ya no despreciables que se habían adquirido de la lengua del avesta, zend, y los del antiguo persa, que aumentaban cada día, así como del celta, eslavo y otras lenguas, en cuyo estudio había trabajado el mismo Bopp, le daban nuevos fundamentos y materiales para componer la grande obra que preparaba y que le ocupó una buena parte de su vida; quiero decir, su Gramática comparada. Esta obra, una de las más notables que en filología han producido los ingenios de nuestro siglo, apareció en primera edición en 1852. Las siguientes han sido completamente reformadas y aumentadas en más de la mitad. Bopp describe y analiza en esta obra el organismo y sistema gramatical de las lenguas mencionadas en el título, en su relación mutua, señalando, como resultado seguro de la comparación, las formas primitivas o que tienen el carácter de tales en la declinación y conjugación; todo lo que constituye la estructura gramatical de un idioma sometió Bopp a un examen minucioso y analítico, formando de los elementos que compara en cada lengua un cuadro, en el que todos sus constitutivos se refieren a un solo punto o tipo; es decir, a una forma de la cual pueden derivarse las demás. La escasez de medios o la falta de conocimientos hizo que no siempre llegase a descubrir ese origen común. Este incomparable trabajo del eminente filólogo alemán fue el principio de una nueva era para los estudios comparativos, y está aún sobre todos los que de este género han aparecido después hasta el presente. En los cuadros comparativos que acompañan a este escrito se tiene un ligerísimo bosquejo de lo que en grande escala hizo Bopp en su gramática. (,)

Ha llegado el tiempo de volver la vista a una de las antorchas más brillantes de la filología y del siglo XIX: Guillermo de Humboldt (1767+1835). Nada diremos de su educación, genio, talentos extraordinarios, imaginación fecunda, inagotable, y vastísimos conocimientos que ya en su juventud se había adquirido y apropiado con asombrosa facilidad a lo que contribuyeron no poco sus relaciones con los héroes y genios del arte y de la ciencia que entonces dirigían el espíritu de los pueblos, Goethe, Schiller, Aug. Wolf, su hermano Alejandro, acaso Donoso Cortés y el inmortal Balmes, y la posición que ocupó en la sociedad como ministro o embajador de Prusia, que le ponía en inmediato contacto con los hombres más eminentes de su tiempo, todo lo cual influyó en el desarrollo asombroso de su clara y rica inteligencia, la que, acompañada de una rara energía y fuerza de voluntad, dominaba las materias que sometía al examen de su pensamiento investigador, haciendo a los demás, participantes de los resultados de sus investigaciones. En los trabajos que dejó sobre el sanskrit, estética, historia, filología en general, etc., encontramos siempre el mismo pensador profundo, filosófico, lleno de conocimientos y dominando la naturaleza. Las lenguas llamaron especialmente su atención, y entre ellas, en primer lugar, el español, provenzal, vascongado, las de América y las de Australia. En el sanskrit vio su penetrante inteligencia el elemento poderoso que había de dar una nueva dirección a las investigaciones lingüísticas, y se aplicó al estudio de un idioma que tan ricos tesoros

literarios escondía; estudio que no quedó sin resultados. En 1821 publicó un trabajo, en el que se propuso probar la identidad de la lengua de los vascos con la de los íberos, o su derivación de ella, por medio de nombres de lugares o pueblos, y en esta obra se ocupó también de la expulsión de los últimos y su mezcla con los celtas. Sus escritos sobre el estudio comparado están llenos de bellos pensamientos acerca de los problemas cuya resolución constituye el principal objeto de la filología y de la manera de proceder en ese estudio. Algunas de las muchas disertaciones o memorias que leyó ante la Academia de Berlín, sobre los jeroglíficos, escritura, lenguaje en general, etc., han perdido el interés que entonces tenían, con los nuevos descubrimientos de la ciencia, sin dejar de ser preciosos monumentos para la historia.

Durante su permanencia en Roma tuvo ocasión de entrar en relación con muchas personas que conocían los idiomas de América, y acaso con el célebre Hervás, lo cual despertó su interés para estudiar las lenguas del nuevo continente, sobre las cuales compuso varios trabajos. Los nuevos conocimientos adquiridos en sanskrit le hicieron abandonarlas, para profundizar más en el estudio de las sánkritas, y luego en el de las vecinas del Archipiélago, creyendo encontrar en éstas el tránsito de los idiomas del antiguo a los del nuevo mundo. Esa relación, que, no obstante los trabajos de algunos filólogos, no ha llegado a comprobarse, podría producir consecuencias importantes para la historia de la humanidad, y la obra era, por consiguiente, digna de un pensador como Humboldt. Pero entraba en terreno nuevo y desconocido, que exigía muchos años de trabajo, y sólo pudo dejar completa la introducción a la obra, y materiales para el resto de ella. Esta introducción es uno de los productos más preciosos y de los estudios más profundos que se han hecho en nuestro siglo sobre el lenguaje. Con la mirada aguda de su vasta inteligencia nos muestra las causas que más principalmente contribuyen al desarrollo intelectual de la humanidad; y cuenta entre ellas, en primer lugar, el lenguaje, cuya naturaleza y desenvolvimiento examina detenidamente en la lengua y en el hombre, indicando luego al filólogo el camino o dirección que debe seguir en sus investigaciones para que le den los debidos frutos y resultados; concreta luego sus observaciones, y profundiza en el ser y naturaleza esencial del lenguaje y de los elementos que constituyen la lengua.

Toda esta obra, no obstante sus imperfecciones, a veces inconsecuencias, es un cuadro de bellísimos y profundos pensamientos, digno de estudio para todo el que se tome interés en examinar el desenvolvimiento de las facultades intelectuales del hombre. El resto de la obra está dedicado a la lengua kavi, de las más importantes del Archipiélago, y de la que hace un estudio detallado y científico; la última parte se ocupa de los idiomas del grande Océano en general. En ella se encuentran noticias acerca de la religión budista; pero con especialidad acerca de la historia, creencias y tradiciones de los habitantes de la isla de Java. (,)

Humboldt, uniendo en sus numerosos y variados trabajos sobre las lenguas, la investigación filosófica a la consideración y observación histórico-comparada, e introduciendo en el círculo de sus estudios filológicos toda clase de lenguas, -con y sin literatura,- estableció una base más firme y extensa, sobre la que podía edificar en adelante el filólogo, y mostró los diferentes caminos y leyes que ha seguido el lenguaje en su desenvolvimiento. Ninguna lengua debe excluirse de la investigación, porque sin el conocimiento de todas o de la mayor parte, es imposible sacar las últimas consecuencias, a

cuya deducción aspira la filología en unión con la filosofía. Las lenguas sin literatura dan a veces no poca luz acerca de formas y fenómenos gramaticales, que de otro modo serían inexplicables; por consiguiente, ni acerca del origen de las lenguas.

Para dar a conocer estos idiomas, que sólo pueden estudiarse entre el pueblo mismo, han trabajado infatigables los viajeros, y más aún los misioneros, sin que se deban pasar en silencio los grandes servicios prestados en este género de estudios por la sociedad bíblica (british and foreign Bible society), fundada en 1804, con el gran número de traducciones que bajo sus auspicios se hacen en todos los idiomas conocidos, ni los prestados por la congregación de Propaganda fide, a cuyo cuidado es debido el que tengamos noticias exactas de muchas lenguas asiáticas y americanas.

Hemos visto a las principales sanskritistas salir de la capital de Francia y extenderse por toda Europa, donde desde luego fueron protegidos por los gobiernos de Alemania, Inglaterra, Rusia, Italia, y el público acogió sus obras con entusiasmo. Pronto se establecieron cátedras de la nueva lengua, sin que la novedad del objeto, las contradicciones consiguientes por parte de los adictos al sistema antiguo, los inmensos gastos que su estudio originaba (¡considérense solamente las grandes sumas empleadas en la adquisición de los miles de manuscritos que poseen ya algunas bibliotecas!), y otras infinitas dificultades de este género, fuesen capaces de impedir su rápida propagación por el antiguo y nuevo mundo, donde llegó en breve la fama de los estudios que en filología se hacían en Europa, y los americanos imitaron el ejemplo de sus antiguos civilizadores.

Sigamos ahora nuestra breve reseña histórica por los diferentes grupos y familias, sin apartarnos del método y fin que nos hemos propuesto en nuestras observaciones. En ella encontraremos diferentes clases de trabajos; unos que abrazan todos o la mayor parte de los idiomas indoeuropeos; y otros que se limitan a un solo grupo, a una lengua, y aun de ésta a una sola particularidad; claro es que en tales obras no puede evitarse de todo punto el hacer estudios u observaciones generales, que comprendan a todas o a varios miembros de la familia.

Entre los primeros que por su mérito sobresaliente se presentan a nuestra consideración, está Aug. Federico Pott, sucesor de Bopp en las investigaciones lingüísticas, cuyos trabajos no se limitan a la familia indoeuropea, sino que comprenden también las lenguas de África y la filología en general.

La obra principal de este ilustre filólogo y etimologista, que, por su mérito intrínseco y por la erudición vastísima que en ella muestra su autor, puede compararse con los grandes trabajos de Bopp y Grimm, es un estudio etimológico, que versa sobre la mayor parte de los idiomas conocidos de nuestra familia. En ella se examina la naturaleza y origen de los elementos y formas gramaticales de dichas lenguas, comparados entre sí, pero sin atender a la relación y dependencia en que están unos de otros para formar un todo organizado, ni al carácter que tienen como partes del sistema gramatical de la lengua respectiva a que pertenecen; estúdiase aquí la naturaleza esencial y origen de una palabra, por ejemplo, según es en sí y en su relación de parentesco para con otras palabras análogas y equivalentes de los demás idiomas, pero independientemente del papel y oficio que pueda desempeñar en el discurso.

Pott se ocupa especialmente con las palabras y con los elementos que las constituyen, y aquellas de varias lenguas en que descubre relación de parentesco trata de referirlas a un solo tipo primitivo; Bopp, en su Gramática comparada, estudia las palabras, pero atiende con especialidad a la forma que tienen, porque su fin primario es hallar la relación de parentesco que hay entre las formas y categorías, descubrir de este modo el que exista entre los sistemas gramaticales, y hacer de varios uno solo, que será como el tipo primitivo de que procedieron todos. Hay, como se ve, grande analogía entre el estudio puramente etimológico y el comparado; pero éste abraza mucho más, y pudiera decirse que el primero sirve como de complemento al segundo. De modo que, en este sentido, la obra de que al presente nos ocupamos es un suplemento casi indispensable a la gramática de Bopp. Deberíamos llenar algunas páginas, si intentásemos sólo enumerar las obras, memorias y disertaciones compuestas por el laborioso y profundo investigador etimologista Pott, uno de los más grandes y claros talentos en el terreno de la etimología comparada. Basta que le hayamos mencionado como el primero que emprendió este género de trabajos, abriendo paso a un camino escabroso y árido, en el que le han seguido muchos, con gran provecho para la ciencia. ()

En esta reseña histórica no podemos pasar en silencio los nombres de algunos filólogos y amantes de los estudios filológicos, que, si no con obras originales, con traducciones o imitaciones de las inglesas y alemanas al menos, han contribuido a los progresos de los mismos. Entre ellos está el alemán G. Eichhoff, cuyas obras en lengua francesa contienen la mayor parte de los descubrimientos de Bopp, Grimm y Pott, a los que el autor ha añadido algunos propios.

Lepsius, cuyo nombre es bien conocido por sus excelentes trabajos sobre las antigüedades egipcias y jeroglíficas, merece también aquí especial mención, por los servicios prestados a la ciencia con varias obras, en las que principalmente se ha ocupado de los sonidos y de los sistemas de escritura.

Lepsius ha tratado de probar que la escritura india, llamada Devanagari, y usada comúnmente en sanskrit, tuvo origen en la semítica, valiéndose, entre otras razones, para probarlo, de la gran semejanza que existe entre dicha escritura y la cuadrada de los hebreos; semejanza que sólo se refiere al tipo general cuadrado. Sobre esto hablaremos después.

El filólogo alemán G. Graff ha dejado buena memoria de su nombre en muchos escritos y traducciones. Como varios otros compatriotas suyos, se ha ocupado casi exclusivamente con los idiomas germánicos, entre los cuales es bien sabido existen algunos de los más antiguos e importantes de toda la familia (el goda). Este grupo se presta, por lo tanto, a estudios comparativos, ya puramente lingüísticos, o bien mitológicos, etnográficos, etc., que siempre tendrán interés y aplicaciones generales. ()

No menos conocido es Adalberto Kuhn por sus numerosos escritos sobre las lenguas indo-europeas en general, y sobre algunas de ellas en particular; por las revistas literarias fundadas y dirigidas por él mismo, y cuyo objeto exclusivo es hacer investigaciones sobre todos los ramos que abraza la filología y la lingüística, en las cuales se hallarán apreciables trabajos sobre formas particulares del lenguaje, ya de la conjugación o de la declinación, o

sobre el uso de ciertas terminaciones, partículas, etc., especialmente en griego y latín, o sobre los modismos y giros que se encuentran usados en algunos autores y dialectos; éste es el fin principal que se ha propuesto Kuhn en sus revistas; aclarar aquellas particularidades de las lenguas que no se pueden exponer en obras didácticas; siendo de notar que para semejantes estudios ha servido el sanskrit de base y punto de partida, puesto que en él se halla la explicación de muchas formas y fenómenos gramaticales antes desconocidos o incomprensibles. Otros filólogos han seguido el ejemplo de Kuhn, estableciendo análogas revistas en diferentes países de Europa.

Publicaciones periódicas de este género son indispensables en todo país civilizado para mantener el movimiento literario en todos los ramos del saber humano, y allí donde falten estos vehículos de la ciencia, los progresos de la misma tendrán que vencer obstáculos, que en muchos casos serán insuperables. Estas revistas facilitan la publicación de escritos que de otro modo jamás verían la luz pública, o porque sus aplicaciones son demasiado limitadas para tener cabida en obras del ramo, o porque su carácter especial les hace impropios para formar parte de las mismas, o porque las circunstancias del autor no le permiten llevar a cabo la publicación. Así lo han comprendido los hombres científicos y literatos de todos los países cultos que se han ir apresurado a plantear y dar su apoyo a semejantes publicaciones. Y cuando éstas conserven más puro su carácter imparcial de escritos meramente literarios, sin dar más valor a cierto género de opiniones que a otras, ni admitir preocupaciones envejecidas, antes bien tengan el carácter de universales, propio de la verdadera ciencia, que nada teme, y no se esconde ante los ataques, ni evita el encuentro de las mayores dificultades, y aprovecha los objetos y circunstancias más despreciables o insignificantes para hacer investigaciones y llegar a nuevos descubrimientos; cuando reúnan estas buenas cualidades, que, con gran detrimento y perjuicio de las letras, faltan a la mayor parte de semejantes escritos, especialmente en aquellos países donde ciertas y determinadas opiniones preocupan, absorben y corrompen, cual vil veneno, todas las inteligencias, hasta las más claras, nobles y fecundas de la juventud; cuando no se hallen inficionados de esos pestilenciales y mortíferos vapores que despiden los corazones viles y mezquinos, enemigos implacables de la civilización, de la ciencia y de las letras, y que constituyen la atmósfera en que se mueve y respira toda la sociedad, entonces corresponderán mejor al fin que tienen o deben tener, y desempeñarán un papel importante en el desarrollo y progresos de las ciencias.

La aparición de revistas literarias es un acontecimiento en la historia de todas las ciencias, pero con especialidad de la filología. Cuando los descubrimientos modernos abrieron nuevo campo y presentaron nuevos y extensos horizontes a las investigaciones filológico-lingüísticas, se pensó en la creación de sociedades que caminasen a la cabeza de los hombres científicos investigadores, y dirigiesen en este sentido el movimiento de las letras; sociedades tomaron, en su mayor parte al menos, el nombre de asiáticas, y hoy existen generales en muchos de los países europeos, y contribuyen de un modo especialísimo y digno de admiración y elogio a los adelantos de la ciencia. ¿Ha llegado en nuestra amada patria el momento en que, imitando el ejemplo de los que nos han precedido, trabajemos por este y otros medios en el desenvolvimiento de los estudios filológico-lingüísticos?

La ciencia, en todos sus ramos, es incompatible con el bullicio, la pasión y todas sus consecuencias, la parcialidad en materia de opiniones, etc., todo lo cual impide sus progresos y sofoca las grandes y nuevas ideas antes de que lleguen a dar frutos. Esto es bien conocido, y lo hemos podido observar claro y evidente en el curso de esta reseña histórica de la filología, que en nuestra patria ha tenido más admiradores en los precedentes siglos que en el actual: basta sólo recordar la gran políglota del cardenal Jiménez de Cisneros, primera obra de esta clase que se conoce; las muchas gramáticas de lenguas americanas y asiáticas publicadas desde el siglo XV hasta principios de éste, con sus respectivos diccionarios, cuando no existía trabajo alguno sobre dichas lenguas; las gramáticas árabes que los españoles han dado a luz en tiempos en que apenas se hacía estudio alguno de esta lengua en otros países, y otras muchas obras que sobre la misma han visto la luz pública, especialmente en los siglos XVI al XVIII, los trabajos especiales sobre la lengua hebrea, que comenzaron con la políglota de Cisneros en el siglo XV, siguieron con el gran hebraizante y teólogo Fr. Luis de León en el XVI, y han continuado sin interrupción hasta fines del pasado; las grandes y variadas publicaciones que desde el mismo siglo XV se han venido haciendo en España sobre las lenguas clásicas y sobre la española; trabajos que, como algunos de los citados en el artículo anterior, fueron en su tiempo muy apreciados, y contribuyeron a los progresos y desenvolvimiento de la filología.

De éstos hemos hecho ya mención de algunos, reservándonos para este lugar el citar otros. Alonso de Palencia publicó en 1490, o sea pocos años después de la invención de la imprenta, un Diccionario latino y castellano acaso el más antiguo que se conoce de este género. Dos años después dio a luz Antonio de Nebrija su Gramática castellana y antes había ya compuesto una gramática latina, primero en latín y luego en castellano. En el mismo año de 1492 salió a luz un Diccionario español del mismo Nebrija, que también es el primero de su género; todas estas obras se publicaron bajo los auspicios de la reina doña Isabel.

Francisco Sánchez, llamado el Brocense, por ser natural de las Brozas, en Extremadura, y fuera de España conocido por el nombre de Sanctius, de quien antes hemos hecho mención, publicó, además del Minerva, otras obras de menor importancia, pero que en su tiempo la tuvieron. Tampoco debemos pasar aquí en silencio el nombre de D. Diego Hurtado de Mendoza (+1575), uno de los más grandes genios españoles de su siglo de carácter puro, todo nacional y caballeresco, muy aficionado a los estudios clásicos, como lo prueba, entre otras cosas, el haber reunido una hermosa colección de manuscritos griegos y latinos, por medio de cuyos códices se hicieron ediciones de algunos autores clásicos de la antigüedad, como de Josefo y otros.

Estas indicaciones bastan para dar a conocer lo que en España se ha hecho en favor de la filología en siglos anteriores, y lo que ha dejado de hacerse en el presente. Las numerosas producciones que sucintamente hemos indicado, demuestran y suponen gran movimiento literario y un interés especial por los estudios lingüísticos; las bellísimas paráfrasis poéticas, que Fr. Luis de León hizo de los salmos hebreos, no podían realizarse sin profundos conocimientos del idioma de David, y esto sólo probaría que se hacían entonces en España grandes estudios de dicha lengua. No proseguimos en estas observaciones, aunque estamos convencidos de su importancia, por no apartarnos demasiado del fin que nos habíamos propuesto al comenzar este artículo. Volvamos ahora a nuestra reseña histórica, en la que

apenas citaremos nombres españoles, porque, a la verdad, al lado de los grandes y profundos trabajos filológico-lingüísticos de ingleses, alemanes y aun franceses y americanos, soy de opinión que todas o la mayor parte de las obras españolas de nuestros días, en el mismo terreno, valen poco. Porque aun aquellos trabajos cuyo mérito es muy inferior al de los citados anteriormente, y de otros que mencionaremos después, como los de Curtius, Diefenbach, Kirchhoff, Mayer, Lottner, Kuhn, Em. Burnouf, Regnier, H. Fauche y otros, aventajan a todo lo que sobre filología general y comparada y sobre lenguas orientales se ha escrito entre nosotros. Ese número tan considerable de publicaciones, en las que, más o menos directamente, se aplica el método comparado, tomando por base el sanskrit, ha contribuido a aclarar muchos puntos oscuros de la ciencia; ha demostrado con hechos comprensibles a toda clase de personas, los grandes resultados que de la misma se obtienen, explicando el verdadero sentido y espíritu de muchas composiciones clásicas de los antiguos, especialmente griegas y latinas, que hasta hoy habían resistido a los esfuerzos de la crítica. Los argumentos con que hoy se prueba el verdadero sentido y valor de ciertos pasajes, usos, modismos, giros y frases, que antes se ignoraban, son tan seguras como demostraciones matemáticas. Conocido el origen y desenvolvimiento histórico de un objeto, se comprenderá su naturaleza esencial, con todas sus propiedades, y en filología, por la investigación histórico-comparada en unión con la crítica, se llega hasta descubrir lo primero en los elementos y formas del lenguaje, y por lo tanto también la segunda; de modo que por ningún otro procedimiento podremos penetrar en el espíritu de un pueblo y de su literatura hasta el punto que lo podemos realizar con el que nos enseña la filología comparada. Por su medio hemos igualmente aprendido las virtudes, cualidades y verdadero ser de muchos personajes mitológicos, que los autores clásicos dan por conocidos, y de los cuales teníamos escasas y confusas noticias, sirviendo de principal obstáculo a la inteligencia de aquéllos: en apâmnâpât, o nieto de las aguas de los indios, como en el apan-nâpâo de los parsis, genio de las aguas, símbolo de la fuerza fructificadora que reside en ese elemento, cuya misión es repartir las aguas en el mundo y fructificar toda clase de semillas; que en carroza tirada por hermosos caballos se eleva hasta las nubes, etc., tenemos el Poseidón de los griegos con sus caballos (Pegaso), y Neptuno de los latinos; la misma analogía hallamos en otros seres, como Mithra, genio de la verdad, de la fe y de los contratos con el Mitra de los latinos; el s. Sarameia es Ermeias, Çabala, Kerberos, Varuna, Uranos, y otros muchos. Los escritores de que antes hemos hecho mención se han ocupado con especialidad en este género de estudios. Mayer ha expuesto la gramática griega y latina en su relación de parentesco, demostrando la estrecha analogía y semejanza que existe entre sus elementos y formas, como entre sus fenómenos y construcciones gramaticales; su obra es acaso la mejor que se ha escrito sobre la materia; posteriormente se han hecho otros ensayos de este género, a los que aventaja el excelente trabajo del filólogo alemán.

Tampoco podemos pasar en silencio los trabajos del filólogo alemán Augusto Schleicher (+1868), reputado por una de las mejores columnas de la ciencia.

De los primeros que publicó es su obra sobre la historia de las lenguas, en la que trata de probar, si bien con poco fundamento, que todas siguen en su desenvolvimiento histórico una marcha contraria a la que llevan los pueblos en el desarrollo de la inteligencia; es decir, que caminan siempre en disolución, perdiendo de su primitiva perfección y riqueza en formas gramaticales, a medida que el pueblo gana y adelanta en civilización y cultura intelectual. Esta opinión parece sostener indirectamente en varias de sus obras. La segunda

de éstas, Las lenguas de Europa, tiene por objeto exponer los principales caracteres de los idiomas de nuestro continente, y en ella muestra su autor grandes conocimientos lingüísticos. Su idioma patrio, los eslavos y el litáuico fueron objeto especial de su estudio, y sobre todos ellos salieron de su pluma excelentes producciones; pero la obra más notable de este infatigable investigador es el Compendio de gramática comparada, que por su claridad, concisión y buen método contribuyó no poco a extender y facilitar esta clase de estudios.

La obra de Schleicher es un compendio del gran trabajo de Bopp, pero su autor ha hecho en ella tales modificaciones y mejoras, que tiene el carácter de original. Habían precedido a Schleicher muchos otros investigadores, que dieron a conocer mejor el carácter, mecanismo gramatical y formas de varias lenguas de importancia capital para los estudios comparados, tales como el zend, los idiomas eslavos y los celtas, objeto especial de las investigaciones del mismo autor, quien introdujo en su obra notables mejoras y nuevos materiales en el terreno de estas lenguas, y del zend especialmente.

Por esta razón es en algunos puntos más completa la obra de este filólogo que la de Bopp, tal cual apareció en sus primeras ediciones (en la última se han introducido los materiales y correcciones que han enseñado los nuevos descubrimientos), y de todos modos aventaja el compendio a la grande obra de Bopp en la claridad y método con que en ella se expone el mecanismo y estructura especial de toda la familia indo-europea por medio de la sencilla comparación del de cada idioma o miembro de ella en su relación de parentesco con los demás. Bopp comprendió mucho más; sus vastísimos conocimientos le hicieron posible reunir en un cuadro inmensos materiales, que representasen la esencia, el verdadero ser, la estructura gramatical y los caracteres distintivos de toda nuestra gran familia; pero los muchos materiales crearon alguna confusión en el cuadro: Schleicher supo elegir con acierto y buen juicio entre esos materiales, formas del lenguaje y elementos del mismo, sonidos, etc., y comparándoles entre sí, disponer un cuadro sencillo y bien ordenado, en el que sin penoso estudio y detenido examen se puedan ver las particularidades características de cada idioma, la relación de parentesco en que se hallan cada uno de sus elementos y todo el conjunto para con los demás, y de esto conocer el aspecto y forma exterior más general de toda la familia, objeto que deben tener los estudios comparados cuando en ellos se pretende examinar el organismo o carácter general de toda una familia, por medio del de los individuos que la componen. Pero a este resultado tan universal sólo podrá llegarse después de minuciosas y profundas investigaciones, dirigidas a conocer el ser, la naturaleza esencial de cada individuo; y éste es el fin propuesto en muchos de los trabajos parciales (y revistas), de que antes hemos hecho mención.

Gran parte de los adelantos verdaderamente asombrosos que se han hecho en los últimos decenios de este siglo en el terreno de la filología general y comparada, son debidos a la buena inteligencia, armonía y acierto con que han elegido sus respectivos trabajos los filólogos y lingüistas, especialmente ingleses y alemanes, haciendo de modo que los unos dispusieran el camino que habían de seguir los venideros, y sus investigaciones y trabajos fuesen siempre preparatorios de otros nuevos: a este fin contribuyen eficazmente las revistas filológicas y de lenguas orientales pero más que todo, el verdadero espíritu de la ciencia que anima y dirige en todos sus actos a los hombres no dominados por la pasión, ni

preocupados por principios que no sean los de la ciencia, que cautiva y domina el corazón del genio.

No queremos decir con esto que la pasión y demasiado apego a ciertas y preconcebidas opiniones, no basadas a veces ni aun en principio alguno científico, no haya dominado, en muchos casos, a varios de los más distinguidos filólogos de dichos países; en los primeros artículos de esta obra hemos tenido ocasión de ver lo contrario, y el mismo Schleicher es ejemplo claro de ello. Las tendencias y opiniones exclusivamente racionalistas de la mayor parte de los filólogos alemanes son bien conocidas, y ya hemos indicado también algunos de los más evidentes absurdos y contradicciones con que varias veces hemos tropezado en sus escritos. (V. páginas 64 y 65.) Schleicher, en sus opiniones acerca de la naturaleza del lenguaje, en su relación a la humana, se acerca demasiado al materialismo. (V. páginas 26 y siguientes.)

En su pequeño y pudiera llamarse miserable escrito, «Ueber die Bedeutung der Sprache für die Naturgeschichte des Menschen», apenas le eleva sobre el mono, que sin duda cuenta Schleicher en el número de sus antepasados!!

Max Müller, profesor de filología comparada en la universidad de Oxford, y uno de los mejores sanskritistas de Europa, se ha creado un nombre glorioso con varios y grandes trabajos sobre el lenguaje en general, la familia indo-europea, y especialmente sobre el sanskrit. Sus Conferencias sobre el lenguaje contienen preciosas noticias acerca de las principales familias de lenguas conocidas, de sus caracteres, desarrollo y lugar que ocupan en el globo; y es del mayor interés para los que, no pudiendo dedicarse con especialidad a estos estudios, desean conocer a fondo los adelantos de la ciencia, su objeto, y resultados que promete.

Para terminar esta reseña histórica, nos resta hablar de los trabajos que se han hecho sobre cada uno de los miembros de la familia indo-europea en particular; y puesto que ya quedan indicados la mayor parte al tratar de los caracteres distintivos de estas lenguas, poco nos queda que decir sobre el particular.

Jones había indicado y probado el parentesco del zend con el sanskrit en un escrito de 1789. Paulino de San Bartolomé lo hizo más claro en su libro de *Antiquitate et affinitate linguae zendicae, samscrdaniae et germanicae* (Roma, 1798). Rask, Bopp y Schlegel pusieron fuera de duda la relación estrecha de ambas lenguas, que desde entonces se consideraron como hermanas. El alemán Olshausen principió la publicación del texto original del Zendavesta. Se habían hecho aún muy pocos adelantos en su estudio, cuando apareció el genial orientalista francés Eugène Burnouf, hombre de espíritu emprendedor, de extraordinaria inteligencia y adornado de vastísimos conocimientos, para llevar a cabo la comenzada publicación del Zendavesta y abrir camino a su interpretación exegético-crítica con el grandioso trabajo sobre el cap. IX del Yasna, que sirvió de base a todas las investigaciones emprendidas posteriormente sobre la lengua de Zoroastro, y a la vez de llave maestra para penetrar en el secreto de las inscripciones cuneiformes.

Burnouf, como si estuviese convencido del mérito de su trabajo, y le creyera suficiente para servir de fundamento a los estudios del zend, le abandonó en su principio, y dedicó sus

investigaciones a la religión de Buda. Publicó, en unión con el alemán Cr. Lassen, una obra sobre la lengua en que están escritos los libros sagrados de esa secta, y luego emprendió una obra no menos importante y grandiosa que la primera, pero que dejó también incompleta. ()

En el sanskrit ensayó sus extraordinarios talentos con la publicación de uno de los poemas más estimados de la literatura india (). Es una colección de leyendas poéticas, filosóficas y religiosas que nos pintan las transformaciones por que han pasado las doctrinas del Brahmanismo, las cuales, por la gran influencia que pueden haber ejercido en el carácter que tomó entonces la civilización de ese pueblo, sois de gran valor para la historia. Burnouf juntaba a sus inmensos conocimientos una claridad en el método poco común, y formó numerosos discípulos, que con el tiempo fueron eminentes profesores y columnas de la nueva ciencia. Fue también el primero que hizo estudios detenidos sobre los vedas, y aunque nada escribió sobre la materia, comunicó a sus discípulos el fruto de sus investigaciones, echando así el fundamento para la interpretación de estos sagrados monumentos de la antigüedad. Regnier y Langlois han seguido los pasos de su compatriota, aunque sin igualar con él en ciencia y genio. La traducción que de estos libros religiosos ha hecho el segundo es poco exacta; puede mirarse mejor como una desgraciada paráfrasis. (,)

Los alemanes Brockhaus, Benfey, Weber y F. Müller han contribuido a los progresos de los estudios sobre el zend; pero entre todos los trabajos que han aparecido sobre esta lengua, sobresalen, por su claridad, profundidad y exactitud, los del Dr. M. Haug: la traducción del Zendavesta que prepara el eminente orientalista de Munich abrirá una nueva era a la interpretación de los libros de Zoroastro, y dará, en gran parte al menos, su verdadero sentido.

Entre las lenguas orientales, es el persa moderno de las más importantes, por su riquísima y bella literatura, como por sus aplicaciones a la vida práctica. Pertenece al grupo eránico de nuestra familia indo-europea. Esta lengua es rica en palabras, melodiosa y elegante, y por muchos siglos la hablaron y cultivaron los más grandes príncipes de las opulentas cortes de Asia. Su carácter, estructura y mecanismo gramatical es sencillo, pero capaz de producir sublimes efectos. En la sencillez a que le ha reducido la pérdida de formas y categorías gramaticales, ha conservado toda la elegancia, majestad y energía de una lengua moderna, junto con aquella sublimidad y vaguedad de expresión que forman el carácter distintivo de las antiguas.

El persa moderno es un dialecto del antiguo de las inscripciones cuneiformes, y del más antiguo idioma de los libros de Zoroastro o zend; de ambos se aparta, sin embargo, considerablemente en el sonido, en las formas de las palabras, y en todas las particularidades características que constituyen el mecanismo gramatical de un idioma; toda su estructura y aspecto exterior presentan indicios de los grandes cambios que ha sufrido hasta tornar la forma actual, que con razón se llama moderna.

En el desenvolvimiento lingüístico han influido poderosamente varios elementos extranjeros; el que más señales de esto ha dejado en la lengua y en su literatura es el árabe. Los persas abandonaron los sistemas de escritura, que acaso pudiéranse llamar nacionales; a saber, el que hallamos usado en zend y el cuneiforme; y viéndose sin escritura propia,

tomaron la de los árabes, por más que no correspondiese al carácter de su lengua, algunos de cuyos sonidos no tenían signo representante en dicho sistema. Venciose esta dificultad, modificando por medio de puntos algunos signos árabes, a los cuales dieron la pronunciación de los sonidos de que carecen éstos, como p, etc. Con el alfabeto recibieron también las vocales y demás signos ortográficos árabes.

Escritores antiguos usaron un lenguaje puro y libre de toda palabra o elemento extraño; tal aparece el idioma en el gran poema épico de Firdusi, una de las más hermosas composiciones de la antigüedad, en el que se propuso el ilustre poeta persa cantar las glorias y hazañas de los héroes de su pueblo. Pero ya en su tiempo comenzó la moda a introducir palabras árabes en el idioma patrio, y llegó esta perniciosa costumbre a dominar hasta tal punto el espíritu de los más distinguidos literatos, que escritores de los siglos XII al XIV de nuestra era salpicaban sus obras con innumerables palabras y aun frases enteras de la mencionada lengua. El inglés mezcla también en su discurso elementos puramente germánicos con otros de origen romano, como cuando dice *he speaks correctly*, pero modifica los últimos y les da las formas de los primeros, como vemos en *correctly*; el persa emplea en su discurso los elementos árabes, invariables y sin modificación alguna, de modo que sus frases son compuestas, como si nosotros dijésemos: la verdadera ley est *recta ratio*.

La gramática de la lengua persa tiene grande analogía con la inglesa en la supresión o pérdida de formas y categorías gramaticales. En el nombre no hay otra declinación que la que se obtiene por medio de preposiciones, como en nuestros idiomas modernos: únicamente el genitivo puede designarse por la terminación que se da al nombre regente; como *gulistâni Hâfiz*, el jardín de Hafiz, del nombre *gulistân* o lecho de rosas.

El persa distingue dos clases de plurales: el de objetos animados y el de los inanimados; el primero termina en *ân*; el segundo en *hâ*: se dice *gurg-ân*, lobos, pero *balhâ*, alas. Pero el adjetivo no admite distinción alguna de género o número (como el inglés); únicamente varía en los grados de comparación, que se forman con terminaciones análogas a las respectivas de otros idiomas de la familia; *tar*, compar.; y *tarin*, superl.; según eso, *jôbtar* es más bonito-a, bonitos-as, y *jôbtarin*, el más bonito-a, etc.

En los pronombres observamos la misma relación y semejanza con las lenguas de la familia; *man*, yo (me); *tu*, tú; *ô*, él, etc., son prueba de ello. Los posesivos se colocan a manera de sufijos después del sustantivo; *dil-am*, mi corazón; *dil-at*, tu c., etc.

El verbo tiene una sola conjugación, con dos únicos tiempos simples, que son presente y perfecto; todas las demás variaciones del tiempo se designan por medio de partículas a manera de auxiliares, como los del inglés *will*, *shall*, *would*, *should*, para el futuro, condicional, etc.; las terminaciones personales están tomadas aquí, como en la mayor parte de los idiomas conocidos, de los pronombres: así *am*, soy; *i*, eres, *ast*, es; *aim*, *aid*, and, somos, etc.: *rasîd*, llegó; *hamî rasîd*, llegaba; *jâham rasîd*, iré, =quiero ir. Todos los verbos terminan en infinitivo en *dan* o en *tan*: *qardan*, hacer; *guiriftan*, tomar (alem. *greifen*).

La sintaxis presenta algunas dificultades, porque la falta de formas en el nombre y verbo hizo que se inventase un número considerable de partículas, por medio de las cuales se

designasen todas las relaciones gramaticales; el verbo ocupa generalmente el último lugar de la proposición.

De lo dicho resulta que no es posible conocer la lengua persa en toda su extensión, ni comprender sus principales obras clásicas, sin haber estudiado los principios de gramática árabe (analogía) y estar regularmente versado en su literatura.

Además del gran poeta épico Firdûsi, han tenido los persas otros muchos y esclarecidos escritores en los diversos géneros de poesía, entre los cuales varios son conocidos y celebrados en todo el Oriente; Sa'di dejó varias obras de cuentos, fábulas y poesías. La principal, que lleva por título Gulistân, o lecho de rosas, es una de esas colecciones de cuentos, originales del mismo Sa'di, a cada uno de los cuales siguen varios versos en diferentes clases de metros, que son como la aplicación moral del cuento; es de las obras más hermosas y populares de la literatura persa, y aun de todo el oriente, que leen con el mismo placer todas las clases de la sociedad. Su segunda obra, titulada Bustán o jardín, es de gran mérito, pero no tan popular como la anterior. Sus composiciones llamadas Kasidas son inimitables. El tercer poeta de los persas es acaso el inmortal Hâfiz, bien conocido por su apego a todo género de placeres, especialmente de la mesa. El amor, la mujer y el vino fueron temas predilectos para sus bellas composiciones. Sa'di y Hâfiz pueden muy bien compararse con los más distinguidos entre los poetas europeos. Otros muchos poetas, historiadores, filósofos, gramáticos y escritores de todo género ilustraron y enriquecieron extraordinariamente la literatura de este memorable pueblo hasta los siglos XIV y XV de nuestra era, en que comenzó su decadencia. El gran orientalista inglés William Jones asegura que el libro más clásico, más popular y más bello de esta lengua es la colección de cuentos y fábulas llamada Anuârî Suhaila, en cuya composición tomó su autor Husein por modelo la tan celebrada obra de los árabes titulada Bidpai o Pilpai.

Esta lengua apenas ha sido cultivada en Europa hasta nuestros días; aun al presente son pocos los que se dedican a su estudio. Sobre ella han publicado trabajos importantes el gran orientalista inglés William Jones, cuya gramática fue el primer trabajo importante que de este género se publicó en Europa a principios del siglo, publicada después en varias ediciones. En su Historia de la lengua persa, y más aún en su precioso libro sobre La poesía asiática, había demostrado el ilustre Jones las bellezas e importancia de este idioma (). Imitáronle en sus estudios e investigaciones sobre el persa G. Rosen, el inglés A. H. Bleek () y Martín Schulge (1863); Augusto Vullers ha hecho en su gramática los primeros ensayos de comparación con el sanskrit y zend, y es por esta razón, como por su método claro y sencillo, muy apreciable; pero la obra gramatical más completa que poseemos en este idioma es la del inglés Lumsden, que expone además toda aquella parte gramatical del árabe que es necesaria para la inteligencia de los autores clásicos (modernos), persas (,). Entre los lexicográficos ocupa acaso el primer lugar el de Vullers, basado sobre las obras indígenas, que son muchas y de gran mérito, y cuyos pasajes cita en la lengua original; se vale también de la comparación con los idiomas de la familia para probar y explicar el significado de palabras persas poco conocidas. El de Johnson se distingue por su claridad y exactitud, y como da las palabras árabes usadas ordinariamente en persa, es más completo que el anterior y de más fácil uso (, ,). Pasemos ahora a indicar los principales trabajos sobre las lenguas llamadas clásicas, que, por más conocidos, exigen menos aclaraciones o recomendaciones de nuestra parte.

El estudio de la lengua griega principió cuando acabaron sus ingenios de enriquecerla con sus grandiosas y bellas producciones. Continuando hasta nuestros días, y habiendo tomado parte en él talentos sobresalientes, se ha llevado a una perfección sin igual en la historia de la filología. En todos los países de Europa han visto la luz pública innumerables trabajos gramaticales, lexicográficos, exegéticos, etc., que facilitan el estudio del idioma y hacen amena la lectura de sus clásicos; pero a todos ha aventajado también en este ramo de la filología el infatigable alemán, al cual siguen, con trabajos originales unas veces y con imitaciones otras, ingleses y franceses.

Como gramática elemental ocupa el primer lugar entre las españolas, y uno de los más distinguidos aun entre las extranjeras, la del Dr. Braun, por su método claro y sencillo, y por el acierto con que su autor ha sabido unir la teoría a la práctica. Este ilustrado profesor y filólogo ha recibido de España el mezquino premio del abandono y de la ingratitud, en recompensa de los apreciables trabajos gramaticales con que tanto ha facilitado y amenizado el estudio de lenguas antiguas y modernas. En este, como en otros muchos puntos de la enseñanza, existen en nuestra patria preocupaciones envejecidas, que por todos los medios posibles se deben desterrar, porque son un poderoso obstáculo a los progresos de la ciencia. Quién, con incalificable presunción y orgullo, condena y anatematiza como imperfectos y llenos de errores todos los trabajos nacionales y extranjeros, gramaticales y lexicográficos, que sobre las lenguas sabias han visto la luz pública hasta nuestros días; quién afirma que en lenguas modernas el adulto debe seguir los procedimientos y método del niño, es decir, la práctica pura; aquello es conocidamente absurdo; en esto se identifica el hombre instruido con el niño sin educación; y en este paralelo impropio está su condenación más fuerte. Aunque ajeno al carácter de esta obra, no podemos menos de llamar la atención hacia el excelente método de los trabajos del Dr. Braun, en oposición al malamente llamado de Ollendorff y de Ahn, que hacen indigesto e intolerable el estudio de lenguas.

El alemán Kühner ha empleado en pequeña escala el método comparado, que encontramos desenvuelto más extensamente en los trabajos de Curtius y Leon Mayer. Las «Nociones de gramática comparada» de Egger, son recomendables, para aquellos especialmente que no puedan aprovecharse de las obras alemanas. Más completa es la gramática de W. Krüger, quien ha reunido en ella un precioso y rico material escogido de los mejores clásicos; en general vemos que los alemanes han profundizado más en sus investigaciones sobre los autores griegos y latinos, igualmente que sobre las lenguas de que hasta ahora nos hemos ocupado.

Cada parte de la gramática ha merecido tratados especiales; los sonidos, sus combinaciones, cambios; la declinación y conjugación, preposiciones, partículas en general, los diferentes puntos de la sintaxis han sido objeto de repetidas investigaciones para muchos filólogos cuyas obras sería prolijo enumerar; aquí sobresalen también los alemanes con sus muchas y preciosas obras.

Si la lexicografía exige mayores sacrificios y conocimientos más vastos, la gloria que, como premio, cabe a los que con trabajos de este ramo se ocupan, es también correspondiente, y así encontramos siempre en este departamento de los estudios filológico-

lingüísticos, talentos nada inferiores a los que cultivan la gramática, sobre las principales obras de lexicografía hemos hecho indicaciones anteriormente.

El mismo camino han seguido las investigaciones sobre la lengua de la antigua Roma, que, como más importante, por estar en más estrecha relación con las nuestras, ha ocupado siempre el primer lugar en los estudios de filología.

Las bellas e interesantes producciones de los grandes genios que salieron del seno de Italia y de sus provincias; así como la circunstancia de ser la fuente inmediata en que bebieron nuestros padres al formar los dialectos modernos llamados neolatinos, la hace acreedora al elevado rango que ocupa en los programas de estudio en toda Europa; siendo, por consiguiente, impropia a todas luces, sin fundamento ni disculpa la manera de obrar y proceder de aquellos hombres que, erigidos en autoridad árbitra de la juventud española, han eliminado de las materias que la constituían estos dos importantísimos ramos del saber, sin los cuales aquella será por necesidad incompleta, sin base ni fundamento. Y cuando esos hombres, fatales para las letras, cuyos principios ignoran y cuyas bellezas no comprenden, han sido arrojados del lugar que ocupaban, lugar tanto más sublime cuanto más próximo está al santuario de la ciencia, sus sucesores, que ven en la opinión pública la condenación de los desacertados actos de aquéllos, respetan lo acordado, dispuesto y ejecutado por tan mezquinas inteligencias, cuyo único objeto parece haber sido destruir, perder y dar muerte a la sublime ciencia española, respetada y seguida en otros tiempos por los talentos más esclarecidos del mundo civilizado, y hoy, en algunos de sus ramos, despreciada y desatendida aun por aquellos pueblos que antes apellidábamos bárbaros, como que nada nuevo ofrece a los hombres investigadores; ¡desgracia de la ciencia española, el verse tratada, regida y pisoteada por tenebrosas o pobres inteligencias, cuyos absurdos decretos son acatados y respetados por otros que pudieran y debieran anularlos para que con más razón les hallásemos los regeneradores de su patria! No es éste el lugar oportuno para tratar esta cuestión; pero me permitiré breves indicaciones acerca de los estudios de las lenguas clásicas, latina y griega, en los países europeos.

La inteligencia virgen del niño necesita ocuparse, en los principios de su educación, con aquellos objetos que, ilustrándola sobre las materias más importantes y de más aplicaciones a la vida social, contribuyan eficazmente a fijarla en los mismos, y distraerla de otros secundarios, desterrando así del joven la vaguedad, ligereza y volubilidad propias y características de la edad primera, enseñándole a pensar seriamente sobre las cosas que tiene delante, y a entrar con paso firme y segura inteligencia en el laberinto azaroso de la vida. Esto no se consigue, y es bien evidente, ocupando al niño en estudios que halagan su imaginación y despiertan su fantasía; porque tales estudios, como la historia, cuentos, derecho, higiene, etc., etc., recrean pero no fijan la inteligencia; despiertan la fantasía, pero no enseñan a pensar; ofrecen mucho que hablar, y decir, pero no enseñan a hablar ni a decir, ni a crear cosas nuevas; nadie negará la verdad de esto, que es un hecho práctico de la vida. Los únicos objetos capaces de producir los resultados que se deben buscar en la educación del niño y del joven son aquellos que requieren un ejercicio serio, práctico y continuado de la memoria, y por consiguiente, de todas las facultades; y éstos son los idiomas; entre los cuales se han elegido en toda Europa y América, desde los primeros siglos de nuestra era en aquélla, y de su civilización en ésta, como primeras materias de la

que comprende la Biblioteca de autores clásicos, todas obras muy apreciables y muy dignas de imitación por parte de los que a estos estudios se dedican.

Las obras gramaticales y lexicográficas dejan mucho que desear, y sobre todo nos falta una gramática latina completa y teórico-práctica, en la que se facilite y amenice el estudio de este bello idioma, que por lo común se presenta tan árido y espinoso.

En todas las obras de este género españolas se expone el sistema y mecanismo de la gramática latina bajo una forma artificial, presentando este estudio como diferente del de las lenguas modernas, y usando términos especiales, pero desconocidos a la mayor parte de los que por primera vez manejan tales libros; quienes de este modo creen ver cosas nuevas en los fenómenos más universales del lenguaje. En obras elementales es impropio y nada práctico ese método semi-filosófico, que evita los términos vulgares y el paralelo o comparación de las formas del idioma que se estudia, con las respectivas de la lengua vulgar o del pueblo; en ellas deben más bien seguirse, en lo posible, los procedimientos, terminología y método general que se aplica a la enseñanza superior o escolar del idioma patrio.

Después de la gramática griega de Braun, de que antes hemos hecho mención, ocupan el primer puesto las de los señores Ortega y Bergnes de las Casas; muy inferior a todas es la del Sr. Cruz, en la que pudiéramos citar gran número de faltas e inexactitudes esenciales. Mas este ramo es bien conocido, y creemos inútil extendernos en pormenores. Antes de terminar el artículo debemos llamar la atención sobre el Manual de la lengua griega compuesto e impreso por el distinguido helenista Sr. Bardon, si bien creo impropio e incapaz de dar buenos resultados el método seguido por este infatigable profesor, cuyas apreciaciones sobre la lengua griega no son las más a propósito para dar importancia e interés al estudio de tan hermoso idioma. (, , , , ,)

- XV -

Lenguas semíticas y africanas

Hebreo

El estudio científico del idioma sagrado y de los patriarcas, como el de todas las lenguas semíticas, nació, propiamente hablando, con el cristianismo, a cuya sombra y bajo cuya inmediata protección y dependencia creció y tomó incremento en los primeros siglos de la vida de éste; pero los resultados prácticos en él obtenidos hasta el siglo XVI de nuestra era, si se comparan con los grandes adelantos y descubrimientos hechos en los siguientes hasta

nuestros días, aparecen insignificantes o de poca importancia. En todo ese tiempo fueron las letras casi exclusivo patrimonio de la Iglesia y de su clero, y el hebreo, por lo tanto, dependía inmediata y únicamente de la teología, siendo sólo cultivado como auxiliar poderoso de la misma, sin que por entonces se intentase buscar en él otras aplicaciones, que si bien, atendido el carácter limitado y puramente religioso de su literatura, no tienen el interés práctico ni la importancia que su aplicación a los estudios teológicos y exegéticos de la sagrada Biblia, pero que poniéndolo en directo contacto y comparación con otros idiomas con él relacionados, y variando el campo de las investigaciones, contribuyen eficazmente a los adelantos de su estudio y al descubrimiento de muchos fenómenos antes ignorados o desconocidos, como el valor y origen de sus formas, voces, sonidos, etc.

El protestantismo, proclamando la libertad de conciencia, del libre examen, y por lo tanto, la interpretación igualmente libre de la Biblia, hizo necesarios y originó profundos y sólidos estudios del idioma sagrado, al cual dio una importancia hasta entonces desconocida. Todos los estudios bíblicos anteriores al tiempo de la aparición del protestantismo habían tenido próximamente el mismo objeto, y procedían de hombres unidos por la comunidad de fe, de creencias y opiniones. San Jerónimo poseía inmensos y profundos conocimientos en hebreo; hombres de todas opiniones y matices lo confiesan, y es bien seguro que el mejor hebraizante moderno, con los infinitos y poderosos medios que los adelantos y descubrimientos hechos en siglos posteriores hasta nuestros días ponen a su disposición, apenas sería capaz de hacer una traducción de la Biblia mejor que la de este ilustre padre de la Iglesia, cuyas explicaciones y comentarios sobre la misma han sido la base de los estudios del hebreo, y son hoy el mejor auxiliar a los que con ellos se ocupan. Otros muchos teólogos y exegetas cristianos siguieron el ejemplo de San Jerónimo; pero las investigaciones sobre el texto primitivo original no fueron frecuentes ni profundas hasta tanto que se levantaron enemigos de las doctrinas contenidas en el texto, que con sus ataques, nuevas explicaciones, traducciones y comentarios despertaron el amor a estos estudios, que pronto se hicieron generales. Los ingenios que con éxito tan brillante cultivaron los estudios del arameo en sus dos dialectos siríaco y caldeo, desde el siglo XIII, no olvidaron en sus investigaciones el hebreo (V. páginas 236 y siguiente); y desde el siglo X, en que comenzó la decadencia de las escuelas rabínicas de Oriente, fue también España asiento principal de los estudios del hebreo, cultivado entonces con especialidad por los judíos españoles. El médico de Fez Judá Shayug, que floreció por los años de 1040, compuso varios trabajos gramaticales, de que existen aún originales en Europa, y fue tenido por el verdadero fundador de la ciencia gramatical. A éste aventajó el médico de Córdoba, conocido por el sobrenombre de Abulúlid (1121), cuyos trabajos gramaticales y lexicográficos son muy apreciables por los grandes conocimientos que tenía de su idioma natal el árabe, del talmúdico y del caldeo. Otros rabinos de gran nota se dedicaron a componer y escribir comentarios posteriores, como el Talmud, Mishna, etc. Entre éstos sobresale ya, a fines del siglo XI, Shelomoh ben Isaak, llamado Rashi.

En el siglo XII, hemos visto, principiaron los grandes estudios sobre los dialectos arameos (pág. 236); en el mismo florecieron rabinos que extendieron, modificaron y perfeccionaron notablemente los del hebreo. Sobresalen entre ellos los Kimshi padre e hijos. El padre, José K. (1160), sólo dejó una obra de poca importancia. Su hijo mayor, Moisés Kimshi, compuso una gramática muy apreciable, y que en el método y exposición se aproxima mucho a las modernas, y existe impresa en varias ediciones. Su segundo hijo

fue el célebre David Kimshi, que, como gramático, lexicógrafo y comentador, ocupa uno de los puestos más distinguidos entre los hebraizantes de aquella época, y no solamente no tuvo sucesor durante muchos siglos, sino que los gramáticos cristianos han seguido en sus obras al célebre rabino. El trabajo principal de éste es acaso el titulado *miqlôl* o perfección, que contiene gramática y diccionario; también es notable su obra *sêfer sharâshîm*, o libro de las raíces.

En los siglos XV al XVII florecieron varios hebraizantes de gran nota, entre los que merecen especial mención; Elías Levita (1469-1549), cuyas obras gramaticales y lexicográficas son muy apreciables porque en ellas explica con gran cuidado muchas palabras difíciles, cuyo conocimiento, sin sus explicaciones, se habría acaso perdido; Santes Pagnino, dominico de Luca, a los cuales aventajó el célebre J. Reuchlin, que si bien siguió en sus obras el método de los judíos, pero introdujo notables mejoras y preparó el camino a los profundos investigadores que florecieron en el mismo y siguientes siglos, de algunos de los cuales hemos hecho mención en otro lugar (p. 236), y otros españoles estaremos después.

Ya en el siglo XVII comenzaron los estudios comparativos con Buxtorf o Buxtorfio, y Castello, de cuyos ensayos sacaron grandes resultados en el siguiente los dos Michaelis y otros, hasta el presente, en que los adelantos y resultados de la filología semítica pueden compararse con los de la indo-europea.

Los estudios del hebreo recibieron nuevo impulso con los descubrimientos hechos en Oriente, algunos de los cuales despertaron más el espíritu a los estudios comparativos, multiplicando sus aplicaciones, antes limitadas a las investigaciones bíblicas. En nuestro siglo vemos dividido el campo de investigadores del hebreo en dos grandes y poderosos partidos, el católico y el protestante; por el número de los que trabajan, y de las obras publicadas, así como por el mérito científico de las mismas, resultados y descubrimientos en ellas contenidos, lleva, hasta el presente, el segundo grandes ventajas sobre el primero. Quién sea de esto responsable no es cosa que yo deba averiguar; sólo tengo presentes los hechos históricos, que brevemente consignaremos en las páginas que siguen.

El alemán Guillermo Gesenio es tenido, y con razón, por el fundador de la filología semítica propiamente dicha. Los grandes trabajos gramaticales de este ilustre orientalista (1786+1842), y más aún los lexicográficos que dejó terminados o comenzados, fueron la base sobre que edificaron los nuevos hebraizantes. Sólo allí donde quiso hacer el papel de dogmatizador perdió la antorcha de su claro ingenio, y sus investigaciones y doctrinas participan entonces de la oscuridad en que parece hallarse envuelta su razón.

Aplicando el método comparado sacó a los idiomas inmediatamente relacionados con el hebreo del aislamiento en que antes se les tenía y estudiaba; hizo más interesante y ameno su estudio, en el cual tomaron luego parte hombres distinguidos de todas clases y opiniones, grandes ingenios y talentos sobresalientes. Preciosos manuscritos, que yacían empolvados en los estantes de muchas bibliotecas, vieron la luz pública, sin que se descuidasen las apreciables obras de algunos sabios rabinos, que con sus comentarios sobre el antiguo Testamento habían echado los fundamentos para la interpretación e inteligencia del sagrado texto. Gramática, lexicografía, crítica, exégesis, todos los medios de que se

valían los filólogos de las lenguas indo-europeas para resolver sus problemas aplicaron los semitas con el mismo fin; y las riquísimas bibliotecas de Londres, Oxford, Escorial, Viena, Berlín, París y otras, fueron honradas con las frecuentes visitas de los celosos e infatigables investigadores de la Biblia .(, , , ,)

Henrique Ewald ocupa el segundo lugar entre los filólogos semitas. Dotado también de grandes talentos, despejada inteligencia y con vastísimos conocimientos en lenguas enteramente diversas, semíticas e indo-europeas, ha trabajado sin descanso y con excelentes resultados en el cultivo de las primeras. Pero cuanto más elevado le ha puesto la naturaleza con los dotes sobresalientes que le adornan, mayores son también sus caídas al separarse del camino de la investigación y de la práctica, para entrar en el de la teología especulativa y meterse a dogmatizar. Sus comentarios sobre el antiguo Testamento están llenos de contradicciones y errores evidentes, de sutilezas y absurdos, a fin de sacar derivaciones caprichosas, inventar raíces y variantes en el texto, etc., conformes a sus opiniones, creencias y dogmas; emplea sus talentos nada comunes y todos sus conocimientos en lenguas para torcer la etimología de las voces y establecer hipótesis a veces opuestas al sentido común, combatidas no menos por sus correligionarios que por los católicos. A pesar de las faltas que debían originarse de tal proceder y método en la explicación del antiguo Testamento, han contribuido Gesenio y Ewald más que alguno otro en nuestro siglo a dar a conocer los ricos tesoros literarios que ese antiquísimo libro encierra. Los orientalistas que les precedieron tenían en cuenta solamente su carácter religioso, y desconocían el mérito puramente lingüístico de las composiciones; hoy, estudiado y examinado su contenido con imparcialidad completa, y hecha en lo posible abstracción del fin que sus autores se propusieron, se descubre una fuente inagotable de vida, un continuo manantial de nuevos conocimientos e ideas, que pueden sacarse de los bellísimos pensamientos que brotaron de la fecunda imaginación israelita.

No solamente debemos buscar en este libro la confirmación de los dogmas católicos; el primer objeto del filólogo es examinar, y hacer ser las bellezas literarias que contiene. Todo el que provisto de los conocimientos necesarios, y libre de preocupaciones penetra en el contenido de los libros proféticos, se halla poseído de asombro, de veneración y de respeto hacia sus autores, al ver en ellos cómo un pobre pastorcillo, ignorante y tosco, remonta su inteligencia entusiasmada a las regiones del infinito, y prorrumpe en cánticos llenos de fuego, poesía y sentimiento, que revelan una imaginación fecunda y animada; cánticos que nunca envejecen ni pierden el interés, porque su objeto es siempre del día, y la forma de su composición es siempre nueva ().

Cuando el europeo había abandonado la ciencia, para dirigir su atención a objetos más bajos, pero que halagaban también más su egoísmo, -desde el siglo VIII al XV,- hemos visto a los judíos y árabes trabajar activamente en el cultivo de todos los ramos del saber entonces conocidos, y principalmente de su lengua. Publicar las importantes producciones de aquellos ingenios es una de las primeras obligaciones del orientalista, y ha sido también de los primeros trabajos que han ocupado su atención en los últimos decenios de este siglo. (, ,).

Olshausen aplica en mayor escala el método comparado, por medio del cual puede explicar mejor muchos fenómenos de la lengua. Una excelente Gramática, más completa

que las anteriores, debemos a Böttcher; la de Nägelsbach es recomendable por su sintaxis, y la del Sr. García Blanco tiene, en su clase, y prescindiendo de su método, con el que pocos orientalistas pueden estar conformes, cosas buenas y dignas de estudio.

Para adquirir en breve tiempo idea clara del sistema gramatical del idioma hebreo, aventaja a todas las anteriores la excelente gramática del Dr. Braun, que es, sin disputa, el mejor trabajo de este género que tenemos en nuestra lengua. El Dr. Braun expone la sintaxis hebrea según el método alemán, por lo que es oscuro en algunos puntos de ella (, , , , ,)

Hemos visto a Gesenio como primer gramático, y le encontramos ocupando el mismo lugar entre los lexicógrafos. Su Diccionario-Manual, si bien no está libre de errores en materias religiosas, es muy apreciable y usado con ventaja en todos los países y por toda clase de personas; en su Thesaurus, del cual se puede afirmar lo mismo que del Manual con relación al dogma católico, depositó un caudal inagotable de conocimientos y noticias sobre la literatura, creencias, costumbres, historia, geografía, etc., del pueblo hebreo y semitas en general, sirviendo de base a toda investigación etimológica en el terreno de los idiomas semíticos. Esta grandiosa obra será por mucho tiempo la mejor y más completa entre las de su género. El judío convertido Drach ha corregido el Diccionario-Manual, y hecho en él algunas adiciones, tomadas del Thesaurus. Los trabajos de J. Fürst merecen también especial mención; y entre las crestomatías, las del mismo Gesenio y de Metzger (, ,) aventajan a muchas otras publicadas hasta el día.

El protestantismo dio también origen a los grandes trabajos críticos y exegéticos sobre el Antiguo y Nuevo Testamento, que se han continuado sin interrupción hasta el presente. En nuestra reseña histórica hablaremos sólo de los que han aparecido en los últimos decenios de este siglo, por el interés práctico que para nosotros tienen. Las cuestiones que se han suscitado sobre los diferentes libros de la Biblia son tan variadas e importantes para el simple filólogo como su contenido: autenticidad, autores y tiempo de su composición, fuentes en que bebieron aquéllos, variantes introducidas en lo sucesivo, así como la utilidad que de estas obras se puede sacar para la historia, geografía, y en general para conocer la influencia del pueblo hebreo en el desenvolvimiento de las ciencias y artes entre los pueblos de Oriente; estas y otras muchas cuestiones de este género han sido objeto de investigaciones detenidas en escritos especiales, introducciones al estudio del Antiguo y Nuevo Testamento, en comentarios y monografías, etc. Gran número de estos trabajos encierran ricos tesoros de ciencia, productos de largos estudios y de meditaciones profundas; en otros, al contrario, guiados sus autores por el espíritu de negarlo todo, que domina a muchos en nuestro siglo, sofocan con absurdas sutilezas los buenos frutos que pudieran dar sus talentos en unión con los vastos conocimientos que les adornan. Los trabajos de Gesenio contienen muy buenas observaciones sobre la lengua y etimologías acertadas, mostrando en ellos la profundidad que caracteriza todos sus estudios lingüísticos, pero en su crítica no podía menos de mostrarse, conforme a los absurdos principios que había sentado como base de sus investigaciones.

Los exegetas y comentaristas católicos del Antiguo Testamento son, en nuestros días, muy pocos en número relativamente a la gran falange que pueden presentar los protestantes de todas confesiones, en los diversos países europeos, pero con especialidad en Alemania;

los ingleses y franceses han seguido, aquí como en los estudios de filología indo-europea, a los alemanes, cuyos principales trabajos han imitado o traducido; presentando, sin embargo, algunas obras originales de importancia; los hebraizantes y filólogos españoles ni aun tienen el mérito de haber hecho lo primero, hasta el punto de aventajarnos en esto los italianos, entre los cuales adquieren gran importancia los estudios filológico-lingüísticos.

Contemporáneo de Gesenio, aunque muy inferior a él en sus conocimientos del hebreo, fue el alemán J. G. Herbst (+1836), que siguió la marcha de los católicos llamados liberales, y dejó, entre otros trabajos, una introducción al A. Testamento. Mejores y más profundos conocimientos de la lengua sagrada tuvo F. E. Movers (+1856), que como crítico y exegeta ocupa un puesto distinguido entre los católicos modernos, pero desgraciadamente dejó pocos escritos (,). También merecen citarse de esta época, como exegetas críticos, J. L. Hug (+1846), que escribió una introducción al Nuevo Testamento, muy estimada hasta el presente; A. B. Feilmeser (+1831), en cuyas obras se descubre un juicio recto, sano y despreocupado, cualidades sobremanera apreciables en este género de escritos.

Por este tiempo florecía también, de los protestantes, el distinguido orientalista G. L. de Wette (+1849), como uno de los mayores ingenios que han dedicado toda su vida y talentos a fomentar y dar lustre a los estudios críticos de la Sagrada Biblia, de los cuales es tenido por verdadero fundador entre los que participan de sus opiniones; mas sus apreciaciones críticas son, en los más de los casos, de poco valor, y sus talentos como tal tienen carácter puramente negativo, puesto que al exponer los argumentos en que otros han apoyado o intentado apoyar sus opiniones, niega la fuerza de los mismos o su conveniencia, sin tomarse la molestia de presentar otros en contra, y tiene por costumbre desechar las pruebas de otros sin examinarlas, de Wette no aparece libre de preocupaciones en favor y en contra de ciertos y determinados principios; si bien puede observarse que en el curso de sus estudios e investigaciones sobre el Antiguo Testamento, cambió o modificó sus principios y opiniones, que, no obstante, quedaron siempre en alto grado racionalistas. Algunos de sus escritos, que son muy apreciables bajo el punto de vista filológico, hicieron época en los estudios bíblicos, y se han publicado en varias ediciones, no sin haberse introducido en ellos grandes mejoras. ()

A la cabeza de una escuela diferente de la que representó de Wette, aunque basada en los mismos principios racionalistas, y notable por su exclusivismo intransigente, aparece después de la muerte de aquél, Enrique Ewald, a quien ya conocemos como gramático. Ewald, siempre ingenioso y profundo en sus investigaciones, cuando tienen por único objeto el idioma, resuelve con acierto y agudeza las cuestiones puramente lingüísticas; y por sus numerosos escritos se comprende que los servicios por él prestados a la ciencia hubieran sido mucho mayores, si con tanta frecuencia no se hubiese apartado del camino de la observación y de la práctica.

Pero este método es incompatible con los principios exaltados racionalistas, y con las marcadas preocupaciones del eminente orientalista alemán, que en medio de sus investigaciones se ve como arrastrado por un impulso irresistible a establecer nuevos principios, crear dogmas y dar la ley en materias teológicas; y cual si hubiese removido la más leve duda acerca de la verdad de sus opiniones, condena y anatematiza con increíble presunción todo lo que a las mismas se opone. Mas, a pesar de esto, no se detiene en la

superficie de las cosas que examina; antes bien penetra con mirada aguda en los secretos y en el espíritu sublime del Antiguo Testamento, cuyas bellezas literarias descubre y comprende cual ningún otro; en sus juicios y apreciaciones no se contenta con pruebas negativas como de Wette; pero en cambio sus fallos son, por lo común, decisivos, aun en aquellos puntos dudosos que evidentemente admiten controversia, o que, por estar en contradicción con sus propias opiniones, son a todas luces falsos. Tal es el carácter general de este infatigable orientalista y filólogo, cuyas obras publicadas en su mayor parte por él mismo en varias ediciones, contienen preciosos descubrimientos en el terreno de la filología oriental, y aventajan a las de su predecesor de Wette. Ewald ha publicado también varios trabajos sobre teología dogmática y controversia, muy inferiores a los puramente filológicos o exegeticos (,). Fernando Hitzig, también alemán, sobresale entre los comentaristas de la Biblia, que siguen total o parcialmente la escuela de Ewald. En sus comentarios sobre diversos libros del Antiguo Testamento se muestra aun más seguro y confiado que aquél en la verdad de sus propias opiniones y principios; pero aunque en sus juicios y deducciones es tan absoluto e intransigente como el jefe de la escuela, se aparta de él en muchos puntos de importancia.

Hitzig, más racionalista, si cabe, que Ewald, penetra sin decoro, y como con despreciativo y altanero orgullo en el santuario del A. T., y trata de un modo brusco, irreverente y vulgar los objetos santos y sagrados de que hablan sus diversos libros. Pero, en esto es consecuente con sus principios; porque, si la Biblia es un mito, y su contenido un conjunto de leyendas fabulosas, no merece de nosotros más respeto que los Puranas o Itihasas de los indios, los cuales aun pudieran aventajar a aquélla en antigüedad y mérito literario. Sin apartarse de sus principios, niega, Hitzig toda profecía enunciada por causa o previsión sobrenatural, y así le vemos buscando conjeturas e hipótesis con que explicar los hechos contenidos en los sagrados libros (hechos que la ciencia y la razón le obligan a admitir), allí donde el sentido literal del texto se opone abiertamente a semejante negación; hipótesis que, si bien en muchos casos demuestran sus profundos conocimientos en lenguas orientales y su claro y despejado ingenio, son siempre desgraciadas, como que están en marcada contradicción con el contenido del texto, que no es posible variar a capricho sin faltar a los principios de la crítica.

En los escritos proféticos se anuncian con frecuencia acontecimientos venideros, tales como la ruina de un imperio, la caída de una dinastía, la cautividad de un pueblo, etc.; vaticinios que en realidad sucedieron del modo que anunciaron los profetas, puesto que así nos lo enseña la historia. Admitida la autenticidad de tales libros, habremos de admitir también la posibilidad de la profecía, y por lo tanto de los milagros; ningún hombre científico de nota, ha puesto en duda la autenticidad de los libros que componen el A. T., con excepción de alguno de ellos. Es, pues, forzoso acudir a otros medios para negar la existencia de anuncios verdaderamente proféticos en tales casos. Hitzig, Ewald y demás racionalistas modernos admiten los hechos, pero afirman que su predicción por parte de los profetas tiene siempre lugar cuando la perspicacia de una inteligencia mediana, pero algún tanto experimentada en la marcha de los negocios públicos, y de los acontecimientos que cambian la faz de los pueblos, podía ya prever, acaso con muchos años de antelación, que tendría lugar lo que ellos predecían o cosa semejante. Para dar algún viso de probabilidad a este aserto, es forzoso fijar la época en que floreció el profeta o escritor sagrado, próxima al tiempo en que los acontecimientos de la profecía se realizaran. Pequeña dificultad es esta

para quien pretende no hallar ninguna, y mucho más en el caso presente. Varias veces hemos observado cuán grande incertidumbre reina en toda la cronología oriental; no es, por lo tanto, difícil dar apariencia de verdad a las sofisticadas suposiciones o hipótesis con que se pretende cambiar, trocar o atrasar la época en que vivieron algunos profetas, cuando así conviene a las ideas de algún comentador de nuestros días, aunque esto se oponga a las noticias históricas y de tradición más autorizadas que sobre la misma tenemos, y contra las cuales faltan otros datos.

Las profecías, según los principios racionalistas, son descripciones del pasado, presentadas bajo la forma de predicciones de acontecimientos venideros; con otras palabras, las profecías del A. T. son una mentira, y sus autores unos farsantes; hombres de imaginación fecunda y animada, dominados por la idea que les preocupa, y con la cual pretenden engañar al pueblo. Ésta es, en realidad, la opinión de los comentadores racionalistas del A. T., presentada bajo el oropel de palabras engañadoras, de elogios a los profetas y de profundo respeto hacia sus obras. Consecuentes con estos principios, la mayor parte (no todos) de los comentadores que siguen la escuela de Ewald no hacen distinción alguna entre los profetas del A. T. y los adivinos, astrólogos, etc., de otros pueblos de la antigüedad. La profecía, según Ewald, es un beneficio o bien común a todos los pueblos antiguos, y se ha presentado más grandiosa, pura y con más caracteres de credibilidad entre aquellos que tenían dogmas y principios religiosos más sublimes, creencias, costumbres y hábitos, basados en la moralidad más pura y sana, y cuyo sistema religioso, en general, había llegado a mayor perfección; y como todo esto tuviese lugar en el pueblo hebreo, de aquí el que en su profecía hallemos reunidas esas cualidades, que tanto la elevan sobre las de otros pueblos. Para los corifeos del racionalismo moderno no hay diferencia entre los profetas del A. T. y el oráculo de Delfos: el mismo caligo futuri ocultaba los acontecimientos venideros a los unos que al otro. Hitzig les confunde en una denominación. Ewald habla con más respeto de los profetas, pero explica la especie de inspiración que les anima como una consecuencia del entusiasmo natural que circunstancias dadas pueden despertar en cualquiera hombre (¡en un estado muy semejante de inspiración y entusiasmo parece escribir con frecuencia el mismo Ewald!).

Estas afirmaciones, que con tanta frecuencia leemos en escritos del día son puros sofismas o puras afirmaciones, que sus autores no se han tomado la molestia de probar. En ellas se desconoce la naturaleza de las profecías del A. T., muchas de las cuales se refieren evidentemente a hechos que la historia nos enseña sucedieron tal cual allí se predice, y sobre los cuales no puede haber duda; de este género son entre otras, las que predicen la cautividad del pueblo judío en sus dos ramas, Israel y Judá, con la completa destrucción del templo de Salomón (de Jeremías); la vuelta del pueblo reunido a su patria; la ruina de los imperios (de Daniel); la destrucción del templo de Jerusalem (Zacarías); la venida del Mesías y su nacimiento de una virgen (de Isaías); la ruina de Nínive (Nahum y Sofonías), y otras que se compusieron, escribieron y publicaron muchos años y siglos antes de que pasasen a ser hechos, que hoy leemos en la historia y contemplamos en las consecuencias de tales acontecimientos. Para quitar el valor a las profecías queda sólo el mezquino recurso de trastornar la época en que vivieron los escritores sagrados, lo cual con algunos (Daniel, Jeremías, etc.) es también imposible.

Desconócese también la naturaleza de los oráculos y vaticinios que leemos en algunos libros de varios pueblos antiguos, que siempre se presentan bajo formas inciertas, vagas e indeterminadas, y que pueden aplicarse a cosas opuestas; como si al preguntar «¿Quién vencerá de dos reyes en un combate?» se respondiese: «Vencerá el rey de un gran pueblo.» En muchas obras antiguas se habla de vaticinios que sucedieron, pero sin hacer mención de sus autores, ni de la época en que vivieron; en el Yasna (cap. IX) leemos que el nacimiento del gran profeta Zoroastro había sido anunciado con muchos años de anterioridad, pero en ninguna parte se nos habla del profeta ni de sus predicciones; comparar las profecías del A. T. con vaticinios de este género, los cuales vienen siempre envueltos en la oscuridad y la fábula más absurda, es tan irracional como el negar el carácter sobrenatural de las primeras. Pero la naturaleza de esta obra no consiente que nos detengamos en esta materia, sobre la cual se ha escrito mucho y bueno.

La tradición es uno de los medios más poderosos y de las autoridades más seguras que podemos y debemos seguir en nuestras investigaciones y estudios sobre las literaturas de todos los pueblos, pero con especialidad de los orientales; sólo allí debemos apartarnos de la misma, donde la historia, la lengua, etc., nos ofrezcan datos más ciertos; pero el racionalismo filosófico de muchos investigadores del A. T. se aparta con demasiada frecuencia de las tradiciones hebreas, allí donde son acaso el único medio para obtener el verdadero sentido de sus sagrados libros.

La crítica moderna desecha todo testimonio exterior, como el de las tradiciones históricas, porque con presunción anti-científica procede en sus apreciaciones y juicios, plenamente convencida de que todo aquello que no pueda ella misma decidir y probar, independiente de otra autoridad cualquiera, es o dudoso o falso, y en consecuencia de este principio, niega el valor de los argumentos que no hayan emanado de la razón. Este procedimiento, sin embargo, es poco menos que impracticable en las investigaciones filológico-lingüísticas y críticas del A. T., y estéril en sus resultados, por lo que apenas tiene partidarios entre los investigadores o comentaristas del mismo.

La verdadera y sana crítica, armada de todos los medios históricos, lingüísticos y filológicos que la ciencia moderna nos ofrece, es indispensable y de todo punto necesaria para la interpretación e inteligencia de los autores bíblicos, como lo es en estudios sobre los clásicos griegos o latinos; hoy es la crítica un ramo integrante e indispensable de la ciencia hebrea, y por lo tanto de la ciencia eclesiástica. El hombre que piensa, examina, estudia y prueba todo lo que se le propone como verdadero y como objeto de su fe. Sin la crítica es imposible penetrar en el contenido del A. T., percibir sus bellezas literarias, ni menos apreciar los ricos tesoros que encierran sus libros. Pero hablamos aquí de la crítica que funda sus apreciaciones y juicios en los hechos que examina, cual en sí son, y no según la existencia y forma que toman en imaginaciones exaltadas y confusas, que se proponen, como resultado de su investigación, negar el contenido de las obras literarias, más bien que hallar su verdadera interpretación y sentido; hablamos de la crítica que, sin negar la verdad, examina los principios en que se funda, y sin desechar los hechos históricos, busca los motivos que puede haber para admitirlos o desecharlos.

Hitzig se distingue de todos los comentaristas y exegetas críticos modernos del A. T., por las raras y extravagantes sutilezas y fantásticas combinaciones de que con tanta

frecuencia se vale para introducir modificaciones y variantes en el texto; por las absurdas etimologías que propone para hallar el origen de muchas palabras y darlas aquel significado que mejor favorece sus opiniones; en general muestra el más refinado racionalismo en todas sus obras y comentarios, pero descubre siempre vastos conocimientos en las lenguas orientales y su literatura, de los que se vale como arma poderosa, y a primera vista temible, para sostener sus principios. (,)

Contra esta escuela (protestante) racionalista pura se ha levantado otra más numerosa y fuerte, animada, como aquélla, por el entusiasmo que nace del ardiente amor a la ciencia y apego a los principios, pero guiada por el espíritu de principios menos exaltados, que, sin ser racionalistas, son más conformes a la razón. No obstante esta unidad con que proceden en sus investigaciones y trabajos todos los individuos de esta escuela, en cuanto que tienen por objeto general la interpretación y explicación del sagrado texto, vemos en ella hombres de muy diversas ideas, consecuencia necesaria de la diversidad de opiniones que reina en las confesiones protestantes.

En dos grandes ramas se divide esta escuela: la pietista y la ortodoxa. Como fundador del pietismo protestante se tiene comúnmente a Felipe Jacobo Spener, que en el siglo XVII pretendió oponerse a los dogmáticos ortodoxos, enseñando que no bastaba la pureza de doctrina y la fe para la justificación, sino que es necesario que a una acendrada piedad acompañen las buenas obras. Tuvo pronto numerosos sectarios, que se distinguían por las excesivas muestras exteriores de religiosidad, lo cual les mereció el sobrenombre de pietistas. Spener estableció reuniones en que se leía, enseñaba y explicaba prácticamente la Sagrada Biblia, en Frankfort primero, y luego en todos los puntos donde tuvo discípulos. Después de muchas persecuciones y contratiempos ganaron nombre y autoridad entre el pueblo culto, de tal modo, que para la nueva universidad de Halle, abierta en 1695, fueron nombrados profesores los más notables teólogos pietistas, quedando aquel establecimiento como baluarte de la secta hasta mediados del siglo XVIII. La exterioridad en las obras es carácter de los pietistas, como la severidad y pureza en la doctrina lo es de los llamados ortodoxos. De aquí el que los primeros descuidasen demasiado la ciencia y el estudio, hasta el punto de que la teología fue tenida por ciencia profana y del mundo. Por esta razón ganó más partidarios entre las clases bajas de la sociedad.

El exaltado racionalismo se manifestaba cada día más poderoso e imponente en Alemania, y ante el peligro común trataron de unir sus fuerzas pietistas y ortodoxos, y permanecieron algún tiempo unidos en intereses, aunque no de todo punto en opiniones. Unos y otros, sin embargo, sostienen, contra el racionalismo, el origen divino de la Biblia, y aun el dogma del pecado original, y del poder de la sangre de Cristo para quitar la mancha contraída por el mismo.

Ern. Guillermo Hengstenberg (+1869) aparece ya como defensor de la nueva restauración teológico-pietista por los años de 1820. Hengstenberg era el hombre a propósito para tal empresa. Con pleno convencimiento de que defendía la verdad y la justicia inflexible en sus opiniones y con el gran tesoro de conocimientos y de ciencia teológica y bíblica que se había adquirido, no sin trabajos ni sacrificios, se puso el ilustre profesor de Berlín a la cabeza de su despreciado partido, para el cual ha ganado honor y gloria inesperada en su continua lucha contra el racionalismo, y aun contra el purismo de

los ortodoxos. Desde los años 1830 comenzó la defensa de sus doctrinas en numerosos escritos, a todos los cuales aventajó su obra maestra La Cristología del A. T. En ella expone el autor todas las alegorías, figuras y profecías que representan, simbolizan o se refieren al Mesías; lo cual hace con gran aparato de ciencia y erudición, mostrando sobre todo sus profundos conocimientos en hebreo. Siguió a éste gran número de trabajos, en su mayor y mejor parte comentarios exegéticos del A. T.; el mejor de ellos es acaso su gran comentario de los salmos. Hengstenberg no abandonó jamás sus opiniones ni cedió en sus principios, no obstante de verse casi solo como hombre de ciencia, y atacado continuamente por racionalistas y ortodoxos, como no podía menos de suceder, atendida la extravagante manía con que trabaja por hacer ver en los pasajes del A. T. principios que apoyan sus doctrinas. Entre los jefes de esta escuela sobresale en Inglaterra el Dr. Pusey, cuyas obras muestran bien los profundos conocimientos de su autor en la lengua de los antiguos profetas. (, , , ,)

A la cabeza de la escuela ortodoxa protestante aparece el profesor alemán Francisco Delitzsch. Pocos comentadores y exegetas modernos del A. T. habrán escrito más y mejor que este ilustre orientalista. En todas sus numerosas obras se muestra siempre el mismo investigador, buen teólogo, profundo lingüista, filólogo, que dominado por una idea sublime, no se detiene ni retrocede ante las imponentes dificultades que se oponen a la empresa y a la defensa de la misma. Su gran comentario sobre los salmos, sobre el profeta Isaías y sobre Job son obras maestras, en las cuales parece haber profundizado Delitzsch, más que otro alguno, en el sentido de los sagrados escritores. Aumentan sobremanera el valor y mérito de estos grandes trabajos, las notas que en ellos se encuentran, de otros escritores ilustres, ya para explicar la etimología y significado de muchas palabras hebreas de origen oscuro, por medio de las respectivas de los demás dialectos semíticos, o para dar aclaraciones sobre el sentido de expresiones o giros hoy ignorados en hebreo, por medio de otros análogos de uso común entre los pueblos hermanos. Merecen especial mención entre estas notas las del profesor Fleischer (de Leipzig) sobre el árabe, y las del cónsul Wetzstein sobre el dialecto del mismo que hablan los beduinos. A esta escuela pertenece el gran comentador del Antiguo Testamento C. F. Keil, que en sus ideas y opiniones no se aparta de Delitzsch, con el que trabaja en la publicación de un comentario completo sobre todos los libros del mismo.

Más digno de nuestra atención es G. Hupfeld, profundo hebraizante y buen teólogo, cuyo excelente comentario sobre los salmos es acaso de lo mejor y más apreciable que sobre esa preciosa joya de la literatura hebrea se ha escrito. Este ilustre expositor protestante, sin dejar de ser ortodoxo como Delitzsch, muestra menos inclinación a las doctrinas pietistas, y combate, hasta cierto punto, las nimiedades y sutilezas anticientíficas de la secta y de los ortodoxos que a ella se acercan. Algunas obras de Hupfeld han sido trabajadas de nuevo por Riehm, quien ha hecho adiciones de importancia, y merecido bien de la ciencia hebrea. Estos son los principales corifeos de las escuelas protestantes, que se ocupan en la interpretación del texto hebreo del A. T. Bien quisiéramos decir algo sobre las numerosas y apreciables obras y comentarios de otros ilustres escritores, cuyo mérito acaso en nada cede, si no aventaja, al de las que acabamos de mencionar; pero, atendida la índole de este libro, debemos contentarnos con indicar los principales en el catálogo.

La escuela católica moderna tiene también sus heroicos defensores y representantes en Alemania y demás países europeos.

Bonifacio de Haneberg, ilustre abad benedictino y profesor de la universidad de Munich, se presenta en primer lugar a nuestra consideración. Sus profundos y variados conocimientos en lenguas orientales, con especialidad semíticas; su gran ciencia teológica y bíblica; su vasta erudición en todos los ramos del saber, y sobre todo en lo que se refiere a la literatura y ciencia de los pueblos orientales; la firmeza, imparcialidad y facilidad con que defiende sus opiniones y trata las materias más áridas; éstas y otras inapreciables circunstancias y cualidades que adornan al infatigable investigador de la literatura hebrea son las que mejor convienen a uno de los principales corifeos de una escuela contra la cual todas las otras dirigen sus reiterados ataques. La obra más importante del distinguido profesor es la que lleva por título: *Las antigüedades sagradas de la Biblia*. En ella hace su autor un estudio detallado, completo y profundo de la ciencia, de las artes y de todo lo que se refiere a la cultura intelectual y material de un pueblo, examinado prácticamente o en los productos y monumentos artístico-científicos y literarios que del mismo nos quedan, o que conocemos por la historia, por la lengua y por su literatura. Esta obra inapreciable, es de gran interés e importancia para todos los amantes de las letras. Poco inferior en mérito y ciencia a la anterior es su segunda obra, *Historia de la revelación de la Biblia*, que contiene preciosas noticias e investigaciones acerca de los escritores, contenido de los sagrados libros que la componen, y época en que florecieron aquéllos y fueron compuestos los segundos, con otras muchas cuestiones del mayor interés para los que se ocupan con este género de estudios, tratadas y expuestas las materias con la profundidad y método que caracterizan las obras del autor.

Entre los comentadores católicos modernos del A. T. ocupa un lugar distinguido Benito Welte, antiguo profesor de teología en la universidad de Tubinga, gran conocedor de las lenguas hebrea, árabe y demás dialectos semíticos, y versado en las literaturas orientales. La composición y publicación del gran Diccionario enciclopédico de la teología católica, que bajo su inmediata dirección han redactado los más distinguidos doctores de la Alemania católica, han consumido la mayor parte de su vida, a lo cual se debe el que tengamos pocos trabajos sobre el A. T., de la pluma de este escritor. De los mejores es su excelente comentario al libro de Job, obra preciosa, y que ha contribuido no poco a la inteligencia y aclaración de muchos pasajes oscuros del libro más difícil, menos conocido, y sobre el cual acaso se han publicado mayor número de escritos que sobre cualquier otro del A. T.

También merecen especial mención los trabajos exegéticos del profesor Pedro Schegg, que a sus buenos conocimientos del hebreo, los añade más profundos en teología y en todos los ramos de la ciencia eclesiástica. La obra más apreciable y más digna de estudio que tenemos de este comentador católico alemán es su gran Comentario de los Salmos; los Profetas menores tienen cosas muy buenas. Schegg sigue demasiado las explicaciones, aun etimológicas, de San Jerónimo, de quien se ha constituido en especial y entusiasta apologista. Debemos advertir, y hacer constar, que todos los comentadores alemanes modernos, de todas las escuelas y opiniones, respetan y admiran a este ilustre padre de la Iglesia, al cual siguen en muchas de sus explicaciones; San Jerónimo será siempre la base de los estudios filológicos sobre el Antiguo Testamento.

Francia ha producido poco en este ramo de las ciencias: aun los trabajos tan decantados de Renan no merecen lugar en nuestra reseña histórica; al lado de los trabajos de Gesenio, Ewald y Hitzig, racionalistas exaltados como son, los trabajos de Renan parecen más bien una novela que estudios sólidos, profundos, y serios sobre la literatura de un pueblo grande, respetable y digno de admiración aun en su envilecimiento y desgracia. (-)

España ha contribuido menos, en los tiempos modernos, a la explicación e interpretación filológica de los sagrados libros, que cualquier otro país de Europa. Este género de trabajos, fundados única o especialmente en el idioma original del texto de la Biblia, requiere grandes conocimientos en todos los semíticos; sólo puede emprenderlos un orientalista y teólogo, y en España no hay teólogos que sean realmente orientalistas. Muchos verán en esto un borrón negro para la historia de la Iglesia española, que siempre fue celosa en mantener alta la bandera de las letras, y en caminar al frente de los descubrimientos de la ciencia, uno de cuyos principales ramos hoy descuida, con perjuicio y daño de su buen nombre y fama.

En otros tiempos los comentadores bíblicos españoles daban la ley en el mundo literario, y las primeras y más grandes producciones salían de su pluma. Sin hacer mención de los judíos españoles Maymonides, Aben-Ezra, Abanbanel y otros de que ya hemos hablado anteriormente, bastará recordar algunos nombres de cristianos, célebres por sus escritos sobre la Biblia, basados en el original hebreo, para conocer que los españoles modernos, y el clero con especialidad, al abandonar este y otros estudios, nos hemos apartado de la senda que siguieron nuestros ilustres predecesores.

Raimundo Martín, del siglo XV, dejó en su obra de controversia, titulada *Pugio fidei*, un testimonio de su vasta erudición y de sus conocimientos en la literatura hebrea, en lo que se distinguió también el rabino converso Pablo de Santa María, llamado el Burgense, y más que todos los de su tiempo, el Tostado, celeberrimo y conocido expositor de los sagrados libros, con quien termina el siglo XV. Comienza después una época más brillante y rica en producciones de este género con la *Polyglotta complutense*, verdadera joya literaria de aquel tiempo, que dio extraordinario impulso a los estudios bíblicos en toda Europa, y en la que fueron cooperadores hombres muy eminentes en letras, y en lenguas orientales algunos; de los primeros, son bien conocidos Antonio Nebrija, Fernando el Pinciano, López de Zúñiga, Juan Vergara y otros; de los segundos, Pablo Coronel y Alfonso de Zamora. Aparece después el célebre Arias Montano, esclarecido ingenio, dotado de vastísimos conocimientos, con especialidad en la ciencia teológico-bíblica, cuya *Polyglotta*, el aparato a la misma, sus traducciones, exposiciones y comentarios de muchos libros sagrados, le colocan a la cabeza de todos los sabios de su siglo y le hacen merecedor de un lugar muy distinguido entre todos los modernos que se han ocupado y ocupan con trabajos sobre la Biblia.

Fr. Luis de León muestra en muchos de sus escritos los profundos conocimientos que tenía del idioma hebreo y de su literatura. La versión que hizo del Libro de Job y de los Cantares, y las bellísimas paráfrasis de los salmos, son obras admirables en su género y que deleitan por sí mismas. En sus exposiciones se le ve siempre conocedor de la lengua del

texto y muy versado en todas sus particularidades; es la prueba más concluyente de los grandes estudios que en su tiempo se hacían en nuestra patria sobre el idioma hebreo.

Francisco de Toledo se sirvió también de sus conocimientos en hebreo y griego, y mereció que el Papa le encomendase la corrección de la Vulgata, hecha según el texto primitivo. Pasando por alto los comentarios y trabajos isagógicos sobre el A. T. de Prado, Villalpando, Gaspar Sánchez y otros, que hicieron uso especial del hebreo en todas sus obras, debemos hacer mención particular del gran escriturario Malvenda, hombre de mucha erudición, que escribió notas y correcciones muy acertadas sobre la Vulgata, comentarios sobre varios libros del A. T., y emprendió además una traducción de la Biblia hecha directamente del hebreo, pero que sólo pudo llevar hasta el capítulo XIV de Ezequiel. En general, florecieron en los siglos XVI y XVII gran número de escriturarios, algunos de los cuales se distinguieron por el uso que en sus exposiciones hacían del hebreo. El famoso Miguel Servet dio en latín la Biblia de Pagnino con notas y comentarios (1542), lo cual supone notables conocimientos del hebreo. También los poseía muy sobresalientes Cipriano de la Huerga, que compuso un libro sobre arqueología bíblica, por los años de 1550, sirviéndose con especialidad del hebreo, como lo hizo también Diego de Zúñiga en su comentario sobre el Libro de Job, publicado a fines del mismo siglo. Sería demasiado prolijo citar aquí los nombres de los más distinguidos escriturarios de los dos siglos mencionados, que en sus exposiciones y comentarios se sirvieron con acierto y éxito notable del hebreo.

En el XVIII florecieron, entre otros, Pascual Sala (+1731), autor de un calendario hebreo, que además escribió sobre las pesas y medidas de los judíos antiguos. Luis Tárrega (+1733) compuso también comentarios sobre diversos libros del A. T., a los cuales aventajaron acaso Teodoro Tomas y Juan Carreras con sus excelentes trabajos sobre el mismo.

Acaba el siglo, y comienza el actual con el célebre lingüista Lorenzo Hervás, de quien hemos hablado en otro lugar, y con Pérez Baller, que escribió un libro muy erudito y de gran importancia, titulado *De nummis hebraeo-samaritanis*, y una gramática. Parecía que los estudios filológico-lingüísticos seguirían en nuestro siglo la marcha y el impulso que habían recibido en los anteriores, principalmente del genial L. Hervás; pero no fue así. Después de este ilustre escritor, apenas encontramos otro digno de especial mención en el terreno de la lingüística y filología.

Los estudios bíblicos fueron completamente abandonados, y se comenzaron a mirar como secundarios aun para aquellos que se dedican a las ciencias eclesiásticas, y cuyo principal deber es el de guardar y conservar intacto el depósito de los sagrados libros; deber que no pueden cumplir sin el conocimiento y continuado estudio de la lengua en que primitivamente fueron compuestos. Consignamos aquí los hechos para sacar después las consecuencias y reflexiones que de los mismos se desprenden.

No debemos terminar nuestra reseña histórica sin hacer mención especial de los dos únicos escriturarios españoles que en nuestros días se han servido del hebreo para sus exposiciones y comentarios del A. T. El primero, y que ha emprendido la difícil tarea de regenerar los estudios hebreos en nuestra patria, nos es ya conocido por su gramática de la

misma lengua. Don Antonio María García Blanco ha comenzado la traducción y exposición de los sagrados libros, basadas ambas en el texto primitivo.

Mejores resultados prometen los trabajos del antiguo profesor del célebre seminario del Escorial D. Francisco Caminero, quien a sus buenos conocimientos teológicos, basados en la verdadera ciencia católica y del idioma hebreo, añade algunos, raros por cierto en nuestra patria, de la lengua árabe, la cual sirve de poderoso auxiliar en toda clase de investigaciones sobre el A. T. Hemos dicho anteriormente que los estudios filológicos y comentarios sobre el mismo requieren sólidos conocimientos en los idiomas semíticos, o que sólo un buen orientalista puede emprender hoy tales estudios. ()

Árabe.

El estudio del lenguaje, atendida únicamente la relación en que está con la naturaleza del hombre, es una de las ocupaciones que más le ennoblecen. Y de todas las lenguas en concreto, deben llamar en primer lugar nuestra atención aquellas que más se aproximan a la propia, o por su estructura gramatical o por los elementos que la constituyen, - las palabras. Si esto es así, en ningún idioma, después del latino, hallaremos tantos y tan poderosos motivos para hacerle objeto de nuestras investigaciones, como en el del pueblo con quien por espacio de muchos siglos vivieron nuestros padres en inmediata relación y comercio. Los grandes tesoros literarios que posee esta lengua, rica, sonora y elegante, uno de los medios más perfectos que sirven al pensamiento y fantasía para manifestarse al exterior, y de los que más elementos han dejado entre aquellos idiomas con quienes se puso por algún tiempo en contacto, rechazando él a su vez los extraños con orgulloso desprecio, como quien tiene de sobra; esas bellísimas producciones de la inteligencia que sobre todos los ramos del saber humano transmitieron a la posteridad los árabes antiguos como testimonio de su civilización y grandeza; pero también como aviso que nos dice el abatimiento a que puede llegar un pueblo cuya cultura no está sostenida por verdaderos principios; esas producciones debiera estudiar el español como propias, por la influencia que ejercieron sobre el carácter de nuestra literatura, sobre su contenido, civilización y costumbres.

El estudio del árabe es muy antiguo en Europa: el padre Alcalá, español de nación, publicó la primera gramática de esta lengua en 1505, muy apreciable hasta últimos del pasado siglo. En éste publicaron gramáticas árabes el P. Cuñes y el P. Patricio de la Torre. Merino Bacas publicó otra a principios del nuestro que no carece de mérito. En el extranjero se hicieron publicaciones análogas, de que ya hemos hecho mención. Este idioma es, entre los semíticos, el que más ha ocupado a los orientalistas de nuestros días; efecto que sólo puede atribuirse a la importancia de su rica literatura. Todos los ramos y objetos que la constituyen han sido tratados más o menos extensamente en obras especiales, sin que por eso se hayan agotado las riquezas extraordinarias que encierra. Gran número de obras inéditas han visto la luz pública; pero quedan otras muchas que aguardan igual suerte (especialmente en España). Excelentes trabajos gramaticales han aparecido en toda Europa, entre los cuales sobresalen los publicados por franceses y alemanes.

Silvestre de Sacy (+1839), uno de los más grandes y profundos arabistas de este siglo, fue el fundador de los estudios orientales en Francia, y por medio de los numerosos

discípulos que salieron de sus aulas, en toda Europa. Sus apreciables trabajos sobre el idioma árabe fueron también la base de su estudio.

En 1810 apareció la primera edición de su Gramática árabe, con la cual, puede asegurarse, comenzó una nueva era para el estudio de la lengua. En muchos puntos de ella (especialmente en la sintaxis) se apartó ya Sacy del método confuso y poco práctico de los gramáticos árabes, a quienes habían seguido casi por completo los europeos. No satisfecho Sacy con su primer trabajo; y movido por las reiteradas instancias de los mejores arabistas y literatos de la época, emprendió otro nuevo, sin comparación más completo y perfecto que el anterior, y que por mucho tiempo no tendrá igual en este idioma. El autor trata en él algunos puntos de la gramática con profusión oriental, lo cual hizo de su grande obra un libro impropio para la enseñanza. Para explicar el sencillo empleo de los tiempos, entre otros, dedica, en la analogía y sintaxis, sobre un centenar de páginas. Por otra parte, la falta absoluta de obras lexicográficas en aquel tiempo (el diccionario de Freytag no estaba aún terminado) le obligó a extenderse demasiado en materias propias del diccionario, como en el tratado de las partículas, adverbios, etc. Esto hace que el inapreciable trabajo de Sacy sea demasiado lato y confuso. Encuétranse también en él algunos errores gramaticales, que ha rectificado en varias memorias, publicadas al efecto, el distinguido orientalista alemán Fleischer, en las cuales hace su autor algunas adiciones de importancia a la obra de Sacy. ()

H. Ewald, a quien ya conocemos como hebraizante, comentador y exegeta del A. T., se ha distinguido también por sus escritos sobre la lengua del Korán. Entre ellos merece especial mención su gramática, muy diferente de las demás obras de este género de autores europeos, por el método científico y filosófico que sigue su autor. Ewald analiza y estudia las formas gramaticales como en sí son y según el oficio que desempeñan en el idioma; pero examina en ellas su naturaleza como elementos del lenguaje, y según que en ellas se realiza la idea general del mismo; estudia lo que son y lo que deben ser. En esta obra es igualmente apreciable la breve pero clara exposición que su autor hace del arte métrica de los árabes. No es menos apreciable la gramática del danés P. Caspari, que, por su claridad, sencillez en el método y buena disposición de las materias, es preferible a las anteriores, con especialidad en la edición inglesa, por las mejoras y aumentos que en ella ha hecho el traductor. El autor de este libro ha publicado una española, siguiendo un método teórico-práctico (, ,). Todo aquel que aspire a comprender sin grandes dificultades el sentido de los clásicos árabes, y a penetrar en el espíritu de sus numerosas producciones, debe hacer un detenido y especial estudio de los gramáticos indígenas, o de la terminología usada por ellos; y esto es indispensable, entre otras causas, porque las obras árabes más notables, como Korán, Hamâsa, Makâmât, Moa'llakât y otras muchas, son incomprensibles al europeo, y aun al árabe moderno, sin los comentarios indígenas, en los cuales se hace uso de dichos términos; aun es frecuente el empleo de los mismos entre los poetas, especialmente en juegos de palabras o retruécanos, de que gustan mucho los autores árabes. (,)

El estudio y conocimiento de los dialectos es en todas las familias del lenguaje, objeto del mayor interés: en ellos se conservan con frecuencia las formas primitivas o más antiguas del idioma, y en ellos únicamente podemos estudiar con seguridad el significado primitivo y genuino de muchas voces que se han perdido en el lenguaje moderno. De aquí la importancia capital que tienen hoy algunos dialectos antiguos (como el litáico) aun

cuando carezcan de literatura. Hasta nuestros días se ha descuidado por completo el estudio científico de los mismos, porque se ignoraba su importancia y no se conocían sus aplicaciones. El cónsul alemán Wetzstein, entre otros lingüistas, ha demostrado con numerosos ejemplos lo que pueden valer los dialectos para explicar la etimología y significado de palabras oscuras. Por medio de voces, hoy de uso común entre los beduinos del Irak y países limítrofes (Asia menor) ha explicado satisfactoriamente la etimología y significado de muchas palabras hebreas, antes de origen dudoso, pero frecuentes en el A. T. (). Otras muchas aplicaciones tienen los dialectos en la ciencia y a la vida práctica. El idioma árabe tiene varios de gran importancia, y muy extendidos por diversas partes del globo, como el de Siria, de Egipto, el Magribita o de Argel, y el de Marruecos; de los cuales se distingue por muchas particularidades características el que hablaban los moros españoles hasta el siglo XV. Sobre todos estos dialectos se han publicado trabajos notables y muy útiles, con especialidad en Francia y Alemania; algunos de los cuales, como el del alemán Wahrmund, acompañan a la teoría numerosos ejemplos prácticos, elegidos de la conversación y aplicados con oportunidad. (,)

Entre los lexicógrafos europeos ha merecido hasta el presente un lugar distinguido el alemán Guillermo Freytag. Su obra, que comenzó a publicarse desde el año 1830 en cuatro grandes tomos folio, está basada en los trabajos de Golio, Meninski y otros, de que antes hemos hecho mención; pero siendo estos trabajos demasiado incompletos, aprovechó Freytag para la composición de su gran Lexicon los trabajos más perfectos de los dos maestros de la lexicografía árabe, llamados Chauhar y Firuzabadi. Esto no obstante, los nuevos adelantos y descubrimientos hechos en el estudio de la lengua vinieron a demostrar pronto que el gran trabajo del orientalista alemán era capaz de muchas y considerables mejoras y adiciones, y no habían pasado dos decenios del siglo, después de la publicación del mismo, cuando se vio la necesidad de una obra más completa y que correspondiese al gran impulso que habían recibido los estudios orientales. Freytag da en su diccionario el significado de las voces, sin probar su exactitud con autoridades competentes o de los clásicos, según es costumbre en obras de este género; la significación que da a muchas voces no está comprobada, y la de otras muchas es inexacta. Faltan en él también gran número de voces, muy frecuentes en cierto género de obras, que si no son puramente clásicas, gozan de singular popularidad entre los amantes de la literatura oriental, tales como las Mil y una noches y otras de este género; semejantes voces no deben faltar en un diccionario completo del idioma árabe.

El inglés G. Lane ha emprendido la obra colosal de componer y publicar un diccionario el más completo que puede esperarse del estado en que actualmente se hallan los estudios de la lengua. Este diccionario (del que va publicada una buena parte, y para la completa composición del cual tiene el autor reunidos todos los materiales indispensables), promete ser un monumento inapreciable, que podrá compararse con las grandes obras de este género que poseen otras lenguas. Lane da en él las autoridades clásicas en que apoya o de quien deriva la significación de las voces menos comunes, y respecto de las cuales puede haber alguna duda. Con esto será su precioso Lexicon, a la vez, un medio fácil y seguro para hacer nuevas investigaciones, puesto que Lane se ha podido servir para la composición del mismo de gran número de obras muy apreciables de los autores árabes, tanto lexicográficas como gramaticales, que han visto sucesivamente la luz pública después de la publicación del diccionario de Freytag. Entre ellas se cuentan las dos grandes obras de Chauhar y

Firuzabadi, el lexicón enciclopédico del célebre Hachi Jalfa, el diccionario geográfico de Yakût, y otros muchos y muy estimados trabajos de este género, que tanto abundan en la literatura de los árabes. (, , , ,)

Entre las crestomatías o colecciones de piezas escogidas, no tiene semejante hasta hoy la del inmortal Sacy, que por su extensión, traducción y preciosas notas que la acompañan, ya etimológicas, ya históricas o geográficas, es uno de los mejores trabajos del infatigable orientalista francés. También es muy apreciable la de Kosegarten, por su glosario, y por los trozos que en ella se encuentran de obras clásicas aún inéditas; siendo además de fácil adquisición.

Nuestras antes escasas y confusas noticias sobre la literatura de este pueblo, tan digno de estudio en los días efímeros de su inmenso poderío como lo es hoy en su abyección, barbarie y envilecimiento sin igual, han recibido grandes aumentos y nuevas luces con las acertadas investigaciones de los arabistas alemanes, ingleses, franceses y de algunos españoles.

Hammer Purgstall emprendió un estudio detallado y científico sobre la historia de la literatura árabe, y expuso el resultado de sus trabajos en una grande obra, de vastísima erudición, y de suma utilidad para la ciencia. Las materias están, sin embargo, dispuestas con poco orden y método, a lo cual, y al no haberla terminado, se debe el que la obra de Hammer no tenga el mérito que pudiera esperarse de los talentos de su autor. ()

Freytag es, entre los modernos, de los que más han contribuido a los progresos de la filología arábica con sus acertadas publicaciones. Por primera vez hizo una exposición completa y clara de los principios que rigen en el arte métrica de los árabes, acompañándola de numerosos ejemplos tomados de vates indígenas; al mismo tiempo se ocupaba en la composición de uno de los libros más importantes y de más utilidad para el estudio de la lengua; quiero decir, su colección de proverbios árabes, cuyo conocimiento es necesario en todos los idiomas, pues son como la quinta esencia de las opiniones, hábitos y costumbres de los pueblos; pero en ninguno más que en éste, por el uso continuo y universal que de ellos se hace en toda clase de composiciones; en esta obra se dan curiosas noticias acerca del origen de gran número de estos proverbios, cada uno de los cuales encierra un compendio de historia. Este ilustre arabista no ha cesado en sus interesantes publicaciones sobre la lengua del Korán, hasta los últimos días de su vida. (, ,)

De las aulas de Silvestre de Sacy habían salido numerosos y aventajados discípulos, que por este tiempo comenzaron a dar pruebas prácticas de su actividad literaria, y encendieron en otros el amor a los mismos estudios; con la segunda publicación de la gramática de Sacy y del gran Lexicon de Freytag dio principio una nueva era para la filología arábica, brillante y rica en producciones y descubrimientos. G. Flügel comenzaba entonces la publicación del gran Lexicon enciclopédico de Hachi Jalfa (V. página 242), después de haber dado a luz el texto del Korán en una edición de las más correctas que tenemos hasta el día. Flügel ha hecho también el primer estudio detallado de las famosas escuelas de Basora y Kûfa, de los gramáticos y demás escritores que de ellas salieron y de sus principales producciones. Éste fue también el tiempo de las traducciones de obras magistrales, por medio de las cuales se

ha de dar a conocer al pueblo culto la importancia de la literatura. El inglés Guckin d'Slane ha prestado excelentes servicios a la ciencia con trabajos de este género. (, , ,)

El primer período en el estudio filológico de un idioma es el gramatical y lexicográfico; los trabajos en este período tienen por objeto especial el estudiar y dar a conocer la estructura y mecanismo de la lengua; después de este resultado comienza el de los estudios críticos sobre la literatura y de las publicaciones de los clásicos.

Hasta nuestros días se habían descuidado las bellísimas producciones de los genios, y especialmente de los poetas musulmanes; cuyas preciosas y divertidas obras, amenizadas por las diversas formas bajo las cuales su imaginación viva y fecunda y entusiasmada fantasía supieron presentar un mismo objeto, el de su amor, yacían sepultadas en las bibliotecas y en el olvido.

Silvestre de Sacy dio a conocer algunas composiciones en su Crestomatía, y otras en publicaciones separadas, que acompañó siempre, como en aquélla, de excelentes traducciones, cual podía esperarse de tan sobresaliente orientalista. Semejantes trabajos fueron luego muy raros en Francia, pero tanto más numerosos en Alemania. Freytag acompañó también su edición del libro llamado Hamasah, o colección de poesías que fueron compuestas, en su mayor parte al menos, antes de Mohammed, de una traducción bastante correcta, y explicación del texto y comentario árabe.

El alemán Fernando Wüstenfeld sobresale entre todos los arabistas modernos en este género de publicaciones, tan útiles para los que se ocupan con la literatura de este pueblo, como penosas para quien las emprende; es el que más ha contribuido, con esta clase de trabajos, a los progresos de la filología árabe; sus ediciones de los clásicos se distinguen además por lo correctas (). Arnold, Dieterici, M. J. Müller, Kosegast y otros muchos se han dedicado con celo y entusiasmo, nunca bien ponderado y alabado, a esta especie de trabajos, y gran número de las antiguas producciones musulmanas son hoy tan fáciles de adquirir para el joven orientalista como nuestros clásicos. (-)

Hacer una buena traducción es tan difícil como componer su original; y si aquélla se hace de una lengua a otra de carácter y estructura gramatical completamente diferentes, se aumenta la dificultad en proporción que sea mayor la diversidad de caracteres. Esto bastará para creer que habrá muy pocas traducciones buenas y exactas de autores orientales, sin excluir los árabes, en nuestros idiomas; mas la sospecha no es del todo exacta. Para llevar a cabo empresas que ofrecen grandes obstáculos se presentan a menudo talentos y genios sobresalientes, y así acontece en esta especie de trabajos, a los cuales se han dedicado, con éxito a veces brillante, Silvestre de Sacy y el incomparable alemán Rückert, cuyas traducciones son otras tantas obras clásicas y poéticas, con Wolff, Nöldeke, Reinhardt y varios otros. (, ,)

Las ricas y preciosas fuentes que nos dejaron los escritores árabes para la historia han sido especial objeto de investigación y estudio. El alemán Sprenger ha compuesto, a la vista de originales árabes, una interesante obra sobre la vida, doctrina y hechos de Mohammed, en la cual examina la influencia que este personaje pudo ejercer en la marcha de los acontecimientos políticos de Europa, Asia y África, y en la civilización de los pueblos,

especialmente modernos. G. Weil, para la composición de su apreciable Historia de los califas, se ha servido de los mejores materiales que los adelantos modernos han sacado de toda la literatura oriental, y de los autores árabes con especialidad; los mismos han servido al gran arabista D. Pascual de Gayángos para la composición de su apreciable obra sobre «las dinastías.»

Los grandes pensadores y filósofos árabes han tenido también sus investigadores, y sobre sus trabajos, publicados unos, inéditos otros, se han escrito numerosas obras de grande interés y aplicación. Entre éstos no debemos pasar en silencio los de Dieterici, y el del profesor de Munich M. José Müller, sobre la filosofía del célebre Averroes, publicada en el original por el mismo distinguido profesor, quien además se ha ocupado con otros trabajos relativos a la historia de los árabes españoles, y a las palabras que del mismo idioma han quedado en el nuestro.

Sobre este último objeto se ha ocupado con admirable éxito R. Dozy, quien en la segunda publicación de su Glosario hace un estudio detallado, científico y completo de todas las palabras españolas y portuguesas derivadas del arábigo, sirviéndose también de los acertados trabajos sobre la materia del citado profesor Müller. No son menos apreciables sus obras sobre la Historia de España en la Edad Media y sobre los Nombres de vestimentas árabes, para cuya composición se ha servido de trabajos originales del idioma, en que tan profundos conocimientos posee. Así hemos abandonado los españoles en manos de extranjeros, estudios que exclusivamente nos pertenecen. Sobre la filosofía árabe (y sobre la de Aristóteles) son muy apreciables los escritos del abad y profesor de Munich B. de Haneberg. (, , , , ,)

Todo objeto que ofrezca algún interés especial, como el carácter que presentan las diferentes épocas literarias y escritores, filosofía, Korán, legislación, teología, medicina y otras muchas cuestiones de grande interés y utilidad para la historia de la cultura y civilización de este pueblo memorable, que en algún tiempo estuvo a punto de hacerse dueño de los destinos de Europa, y que tan buenos testimonios ha dejado del celo con que fomentó las ciencias y artes en su literatura; todo cuanto tiene relación con el desarrollo intelectual de un pueblo, o puede influir en él, ha ocupado a los arabistas de nuestro siglo. Pero el manantial está muy lejos de agotarse; una densa nube cubre aún muchos puntos importantes de esta rica literatura, y preciosos manuscritos esperan en nuestras bibliotecas a que algún español amigo de un pueblo con quien por tantos siglos vivió en íntimo comercio, les robe los interesantes secretos que depositó en ellos la diestra pluma de algún musulmán. Y si el amor a la ciencia, y los nuevos descubrimientos que para nuestra historia podemos hacer en las obras de los árabes, no son motivos poderosos para despertar nuestro celo hacia su estudio, séalo el ejemplo de todas las demás naciones europeas, en las cuales, sin exceptuar la moscovita ni la revolucionaria Italia, vemos a hombres eminentes trabajar con extraordinario entusiasmo en un estudio que ni remotamente les ofrece las ventajas que a nosotros. Al estudiar la literatura árabe, hacemos el estudio de la nuestra, y con más propiedad puede afirmarse esto de la lengua; pues no es posible conocer a fondo la nuestra propia sin el auxilio de aquella.

Las bellísimas composiciones poéticas que como piedras preciosas adornan la literatura árabe, han sido para los orientalistas objeto predilecto de estudio, como también para el

pueblo culto de recreo. Mas para percibir y comprender las bellezas de tales producciones de la fantasía oriental es necesario revestirse del carácter, opiniones y preocupaciones político-religiosas que rodean y distinguen al hijo de Sem, habitante o nómada del desierto, y respirar la atmósfera de ideas que constituyen como el elemento de su vida. El árabe, siempre noble y nunca infiel a sus antiguas tradiciones, ha conservado con tenacidad las creencias, que según su libro religioso, fueron reveladas al caudillo enviado por Dios a fin de regenerar la corrompida humanidad.

El entusiasmo y fanatismo que aquel hombre emprendedor y de talento nada común supo despertar en los ignorantes idólatras de la Arabia, como en los monoteístas cristianos y judíos, proclamando los sublimes dogmas de los últimos, y halagando las pasiones desenfadadas de todos, despertó las imaginaciones fecundas, animadas y vírgenes de muchos ingenios, que sin ese impulso hubieran permanecido inertes y sin fruto. Mahoma desterrando las abominables costumbres gentílicas, aboliendo muchas de sus degradantes supersticiones entre los hijos del desierto, y estableciendo como fundamento de su religión el principio de la unidad de Dios, ganó para sí las hordas de los hijos de Sem, esencialmente monoteístas, y creó una literatura que caminó siempre en oposición a la que produjo el politeísmo de los arios, hijos de Jafet, en la cual se pierde la imaginación como en un laberinto de dioses, principios y creencias a veces opuestas y que se destruyen mutuamente.

Sin Mohammed careceríamos de esos bellos frutos de la inteligencia humana, y acaso una gran parte de la humanidad hubiera permanecido sumida en la más grosera idolatría.

Para el español es la historia de su patria el primer atractivo que le debe mover a estudiar el idioma de que nos ocupamos; pues sabida es la importancia de las obras que sobre nuestra historia y geografía nos dejaron los sectarios del Profeta. La atención especialísima que semejantes trabajos han merecido de los sabios europeos prueba mejor que todo lo que nosotros pudiéramos decir de su importancia. Y sin embargo, es relativamente muy escaso el número de obras de este género que han visto la luz pública, y estamos en el principio de la empresa. Aquí, más que en ninguna otra especie de escritos, es necesaria la crítica. El filólogo, después de examinar la suerte que cupo a nuestros padres durante la dominación sarracena, debe también estudiar el desarrollo de las letras y de las inteligencias durante la misma dominación.

El impulso inmenso que las ciencias recibieron en España en este período ofrece el interés especial de haberse dado cuando toda Europa se hallaba sumida en las tinieblas de la ignorancia, y esta gloria del pueblo musulmán recae también sobre España, porque la cultura floreciente de los árabes se aclimató en nuestro feraz suelo, echó profundas raíces y dio luego ópimos frutos, que se reprodujeron por todo el mundo cristiano. Las ciencias todas se cultivaron en las escuelas de Córdoba, donde alcanzaron un grado de desarrollo superior a lo que pudiera esperarse de aquellos remotos y calamitosos tiempos. La medicina, las ciencias naturales, exactas, filosofía, retórica, poética y gramática, tuvieron hombres grandes, ingenios que forman bellas páginas de la historia de la literatura musulímica en su relación con la nuestra. Pero guárdese el filólogo de admitir con demasiada credulidad como verdadero todo lo que encuentre en los historiadores árabes; porque, llevados por su amor a lo maravilloso, han acogido en sus obras infinidad de fábulas,

tradiciones y cuentos, cuya distinción de los hechos verdaderamente históricos exige un juicio experimentado y sano. La idea del fatalismo, enseñada en el Korán, y en virtud de la cual el destino del hombre está irrevocablemente decretado, es la causa de que ningún historiador mahometano se ocupe en hacer un examen crítico de los sucesos que narra. Al tropezar con un hecho extraordinario y cuya explicación le es difícil, no considera como deber suyo el investigar las causas naturales que le han podido producir; Allah sabe más que todos (wallahu aa'lam) es en historia el último refugio del mahometano y el non plus ultra de su crítica.

De lo dicho sobre la lengua árabe y su literatura se deduce que hemos abandonado en manos de extranjeros un estudio que nos pertenece. Sin el conocimiento de los historiadores de este pueblo es imposible a los nuestros caminar sobre base firme en las investigaciones acerca de la historia de España, y sin el de su lengua no podemos poseer con fundamento la propia, así como es necesario partir de su literatura para explicar el origen y desenvolvimiento de la nuestra; esta lengua sirve también de poderoso auxiliar en los estudios sólidos de la geografía española, por lo menos en lo tocante a nombres propios y de ciudades. Al apreciar el mérito de los trabajos que sobre la lengua del Korán y su literatura han sido publicados en todos los países europeos, no es mi intento rebajar el de los españoles, y principalmente las diversas obras de los eminentes arabistas los Sres. Gayángos, Alcántara, Nieto y Simonet, pero queda manifestado y probado con la historia de los hechos, que los trabajos españoles son insignificantes, casi nulos, al compararles en número y valor con los extranjeros. (, ,)

Francia cuenta en esta clase de estudios hombres sobresalientes, que no ceden en mérito a los alemanes; Silvestre de Sacy, Quatremère, Reinaud, Derembourg, Caussin de Perceval, Kazimirsky, Burnouf, Mohl, Bréal, etc., han sido y son las columnas de la filología en el vecino país, aunque en todos los estudios y ramos de esta ciencia ocupan el primer lugar los alemanes por el número y mérito de sus trabajos.

Sobre las lenguas africanas propiamente dichas se han hecho excelentes ensayos para determinar sus caracteres y estructura gramatical, puesto que la mayor parte de las mismas carecen de literatura. En la inmensa extensión comprendida entre el Ecuador y la Hotentotia se hablan lenguas que forman una gran familia, conocida bajo el nombre de Kongo o Bantu, y que extiende sus ramas desde la misma Hotentotia hasta el octavo grado latitud N.; y desde Fernando Po hasta la tribu gala. Se las divide comúnmente en tres grandes grupos: 1.º, el del E.; 2.º, el del medio y 3.º, el del O., con varias subdivisiones en cada uno. Al primer grupo corresponden las lenguas de los cafres, Zanzibar, etc.; al segundo las subdivisiones Setchuana y Tekeza; al tercero pertenecen Bunda y Kongo, con las lenguas herreró, bunda, kongo, kele, Fernando Po, y otras. Estas lenguas guardan entre sí la misma relación que las indo-europeas o los dialectos semíticos.

La filología moderna, pues, ha hecho el importante descubrimiento de que en la mayor parte del África, en una extensión de más de 35 grados, habitan pueblos con lenguas semejantes. Muchos de esos pueblos o tribus serán, sin duda, emigrados de otros puntos del globo.

Algunos de sus idiomas han sido agregados a distintas familias; a las semíticas por unos, y a la que modernamente se ha distinguido por el nombre hamítica, en la que se cuenta también el Egipcio. Las lenguas llamadas bantu se cree que comprendan la extensión que hay desde la costa E. (Gala y Somali) a la del O.; y de Fernando Po al país de los Hotentotes. Las comprendidas entre Fernando Po y Sierra Leona, -hasta cerca del Nilo superior, - forman pequeños grupos, y aun las hay que parecen estar completamente aisladas, quizá porque, a falta de conocimientos, no sabemos distinguir la relación que existe entre las mismas.

El inmenso campo de la filología ofrece allí, donde menos pudiera esperarse, lugares escabrosos y desconocidos; uno de ellos existe en nuestra España. La lengua de la antigua Cantabria se ha opuesto a todos los esfuerzos hechos por los filólogos, a fin de determinar la familia o grupo a que pertenece, con la misma tenacidad que sus habitantes a los conquistadores extranjeros, y hoy están aquéllos en completa incertidumbre acerca de este punto capital, creyéndola unos ural-altaica, turánica otros, y dejándola aislada los terceros. En el mismo caso se encuentran algunas lenguas del centro y norte de Asia, cuya importancia está en la relación que puedan tener con las de la América del Norte. ()

De notar es un grupo, bastante numeroso, que no habiendo podido ser aún incorporado a alguna de las familias conocidas, ha recibido su nombre del punto en que principalmente se hablan las lenguas que le componen, a saber, grupo kaucásico. Hácense de ellas dos subdivisiones, comprendiendo en una las de Georgia, y las demás en otra. Aquélla, que también se llama ibérica, ocupa un lugar distinguido entre todas las kaucásicas por su desarrollo gramatical y por su antigua literatura. Pertenecen al mismo grupo el Mingrético, Suano y Abjásico, y hace una excepción rara, pero digna de estudio, el Osético, que encontrándose rodeado de estas lenguas y otros dialectos, pertenece a la familia indo-europea en su grupo eránico, como hemos visto.

El segundo grupo presenta la particularidad de no designar el género como una cualidad que el objeto posee en sí mismo, y sí el género de aquel objeto a que se refiere la palabra; nosotros decimos reina, atribuyendo la cualidad femenina a la persona; luna id., al objeto personificado, etc. Aquí se dice, por ejemplo: wo-u, amor hacia un hombre; yo-u, amor hacia una mujer; bo-u, amor hacia un objeto cualquiera; wa-qe, hambre del hombre; ya-qe, hambre de la mujer.

Algunas de estas lenguas son ásperas y gustan del amontonamiento de consonantes.

Para algunas lenguas habladas en la isla de Ceylan, Singhalés (moderno) y Elu (antiguo), no se ha encontrado aún familia que las reciba como miembros que la pertenecen. Nuevos adelantos vendrán a explicarnos estos y otros fenómenos lingüísticos, hoy desconocidos, descubriendo al propio tiempo nuevos objetos ignorados, y que deberán serlo de investigaciones ulteriores. De este modo se presentan a la inteligencia humana, en aquello mismo que inventa o descubre, causas permanentes de su aplicación y estudio.

La escritura

Sin el lenguaje escrito, se hubieran presentado a la inteligencia humana tales dificultades en la obra de su desenvolvimiento histórico, que le habrían hecho poco menos que imposible, como también el de las ciencias y artes por la misma cultivadas. La escritura es el complemento del lenguaje hablado, y el auxiliar más poderoso en la obra de su formación y desenvolvimiento histórico; es un elemento necesario en la historia de los pueblos civilizados y sociales. Sin lenguaje es el hombre, como ser racional, inconcebible; sin un medio que perpetuase la memoria de los hechos y descubrimientos, llegaría muy pronto al término de sus adelantos y progresos, porque le faltaría un elemento que le ayudase a dominar la naturaleza y descubrir los secretos que encierra. El lenguaje une los individuos de una sociedad; la escritura establece comunicación entre las razas todas y las edades, y facilita los medios de adquirir una educación universal.

La escritura tiene también su historia, porque, como medio de la inteligencia, es susceptible de progresos, cambios y mejoras. La forma bajo la cual manifestamos el pensamiento se modifica y varía de una edad a otra; y la escritura, que es como la encarnación del mismo, sufre muchos de los cambios y modificaciones de esa forma, o sea del lenguaje. Pero la escritura es cosa accesoria a la naturaleza racional, mientras que el lenguaje le es constitutivo esencial, por lo que existió mucho tiempo sin aquélla.

Los primeros ensayos hechos para perpetuar y transmitir las producciones de la inteligencia y los hechos de la humanidad a las generaciones venideras fueron imperfectos y rudos. La historia de la escritura está envuelta en las tinieblas de la fábula, y no podemos hacer cosa mejor que presentar algunos hechos, dejando al lector que forme sobre ellos la opinión que juzgue conveniente.

El impulso natural y casi irresistible que siente el hombre a comunicarse a distancia le llevó a descubrir diversos medios de representar pensamientos por medio de signos visibles, a lo que también contribuyó su inclinación a conservar el recuerdo de los hechos y transmitirlos a los venideros; otras ventajas de este medio, como la de recordar sus propios pensamientos y facilitar el análisis de los mismos, no vinieron acaso a la memoria de los primeros inventores del lenguaje figurado.

El primer ensayo de escritura le tenemos acaso en la costumbre que observaban algunos pueblos antiguos de entregar a sus embajadores algún objeto visible como testimonio y símbolo de su carácter de tales. Los pueblos americanos anunciaban la paz y declaraban la guerra a sus amigos o enemigos, enviándoles mensajeros de la alegre o triste nueva, provistos de una especie de pipa larga y adornada con diferentes objetos, que simbolizaban la intimación que hacia el mensajero. Símbolos análogos empleaban otros pueblos por medio de sus heraldos o embajadores. Jeremías recibe la orden (Jer., cap. 19) de tomar una vasija de barro y romperla ante los ancianos de su pueblo, para significar la pronta e irremediable destrucción con que les amenaza. Objetos convencionales y arbitrarios han servido en todos tiempos para recordar alguna cosa de más o menos importancia. Los norteamericanos indígenas (indios) usaban una especie de tiras o canutillos, hechos

primeramente de concha marina, y luego de porcelana (en forma de tubo también), para comunicarse acontecimientos importantes y conservar simbólicamente su memoria.

Estos medios de comunicación figurada, los más rudos y groseros que imaginarse puede, fueron explotados y perfeccionados por los indios del Perú, que con signos análogos, llegaron a formar un sistema de escritura. Consistían estos signos o figuras en una especie de globulitos a manera de cuentas de rosario, a los que se llamó quippos o nudos. Con nudos de diversa magnitud y color hacían combinaciones muy variadas o grupos de los mismos, cada uno de los cuales representaba uno o varios conceptos generales, que los demás convencionalmente entendían. Dícese que los Anales del imperio de los poderosos Incas fueron escritos y se conservan en esta especie de escritura singular, y hay quien sostiene que algunos indios conocen el secreto de la misma. Esto último nada tiene de probable; mas de lo primero tenemos claros indicios en los numerosísimos ejemplos que de los quippos se encuentran en los vasos, utensilios, instrumentos y otros enseres hallados en el Perú, especialmente en sepulcros y monumentos de los muertos; los nudos están esculpidos o tallados en la materia de que se compone la vasija o instrumento. Era también costumbre el ensartarlos en hilos, y así, formando grupos o combinaciones, suspenderlos de varas o palos, que entregaban a los embajadores destinados a llevar algún mensaje de importancia. Los peruanos no supieron modificar ni perfeccionar este grosero sistema de escritura, del cual, sin embargo, sacaron no poca utilidad y provecho. Según una tradición muy recibida, la usaron algún tiempo los chinos, hasta que su emperador Fohi inventó otro sistema mejor y más sencillo.

Superior ingenio y más capacidad y desarrollo de la inteligencia se descubre en la invención de la escritura iconográfica, por medio de la cual se designan los acontecimientos pintándolos. Los hechos se representan aquí confusos, de golpe, sin análisis de sucesión; todo el complejo se presenta a la vista de una vez, como lo concibe la imaginación inculta del salvaje; pero en un sistema tal, vemos ya ciertos signos que representaban los nombres de las cosas, y a los cuales se daba la denominación especial de totems (entre los indios); eran como el germen de la verdadera escritura, cuyos signos representan los sonidos del lenguaje hablado; pero la inteligencia virgen del indio no tuvo capacidad para desarrollarle. El pueblo mejicano, sin embargo, llevó esta escritura a un alto grado de perfección, y la hizo servir de vehículo a una civilización floreciente. Favorecía esto también el carácter de los nombres propios de su lengua, porque todos los que expresaban personas como los que designaban lugares, estaban compuestos de palabras significativas, y podían muy bien representarse por jeroglíficos; como si nosotros designásemos gráficamente la ciudad de Granada pintando el fruto de su nombre; la de León, el animal del mismo, etc. Por este método conservaban más fácil y fielmente la memoria de los hechos, que los peruanos con los quippos. El mejicano representaba gráficamente los nombres reales de los objetos, en lo cual iba ya envuelta la idea de un sistema de escritura jeroglífica, que se hubiera acaso desenvuelto y originado de aquélla, si la conquista del país por los españoles, que destruyeron todo lo nacional indígena, no hubiese cortado de un golpe la corriente que seguía la civilización mejicana, que se encontraba entonces representada en gran número de monumentos literarios, especialmente históricos, destruidos casi en su totalidad por los mismos españoles.

Cuentan los historiadores de la Conquista de Méjico por Hernán Cortés que, al desembarcar este ilustre caudillo con sus gentes, y presentársele los primeros indios, hacían éstos con gran diligencia exactos dibujos de sus armamentos, aspecto exterior de las personas, de los buques anclados en la playa, y de todo cuanto pudiera dar la más completa idea de tan notable acontecimiento a los ausentes; estos dibujos se remitían sin pérdida de tiempo a la capital del imperio, Méjico, y entregados al jefe del Estado, Motezuma; tales dibujos eran, sin duda alguna, documentos oficiales escritos en el sistema iconográfico. A la pintura del objeto se añadían otros apéndices convencionales, por medio de los cuales se modificaba el valor primitivo del signo; de este modo podrían expresarse hasta las ideas abstractas. Los mejicanos sacaron gran partido de este segundo ensayo de verdadera escritura, que encontramos desenvuelto y llevado a la perfección por otros pueblos más afortunados.

En Egipto, idénticos principios dieron incomparablemente mayores resultados; la escritura iconográfica tomó aquí otro carácter diferente del que conservó entre los mejicanos. Designábanse los objetos, gráficamente, por medio de dibujos; pero éstos, que recibieron ya el nombre de jeroglíficos, constituyen un sistema perfecto y complicado, aun en los monumentos más antiguos de este país.

En su estado y empleo primitivo vemos aquí una manera de escribir monumental, cuyo objeto era recordar hechos o acontecimientos; de carácter iconográfico, puesto que cada signo representaba un objeto visible, solo o acompañado de otros que servían para explicar y determinar el signo principal del grupo; de esta manera, por medio de combinaciones sistemáticas y simbólicas, llegaron los egipcios a expresar en su escritura los conceptos y las ideas abstractas con mucha mayor claridad y precisión que el mejicano. En esta última circunstancia vemos ya un gran adelanto en el desarrollo histórico de la escritura; los signos reciben un valor convencional, no representado en la figura de los mismos, de esto a la invención de un sistema silábico había un solo paso.

La imaginación fuerte, fecunda y civilizada del egipcio trabajaba sin cesar en el perfeccionamiento y desarrollo de aquel sistema gráfico, en el que había depositado gran parte de sus tesoros literarios, y perpetuado sus creencias religiosas. Habían seguido en esto la costumbre de indicar un objeto por medio de figuras que recordaban al entendimiento los sonidos de que estaba compuesto el nombre del mismo; de donde vinieron a tener valor fonético algunos de los signos jeroglíficos. De esta idea debiéramos esperar grandes resultados, pero nos vemos engañados al saber que la escritura conservó el carácter general antiguo de monumental. No obstante, parece que la figura de un objeto representaba primeramente a éste, pero podía designar al propio tiempo algún concepto, cuyo nombre (en el lenguaje hablado) concordaba con los valores fonéticos consonantes que había recibido dicho signo; además, las figuras jeroglíficas no recibían un valor fonético arbitrario, ni representaban cualquiera de los sonidos que tenía su nombre, sino que, con el tiempo, se estableció una ley, según la cual algunas figuras podían representar solamente el sonido de la letra inicial del nombre que figuraban; así, la figura del león, labo, representaba a la vez l, como la de águila, ahom, a. Con esta clase de signos están expresados los nombres propios de las inscripciones egipcias. Sobre las diferentes especies en que se dividió el sistema primitivo hemos hablado en otro lugar (páginas 134 y 335).

En China tuvo la escritura origen análogo al que hemos visto en Méjico y Egipto; el jeroglífico fue la base de la escritura moderna, poco menos complicada que el primero. Dícese que el primer ensayo de escritura entre los chinos se hizo con nudos, parecidos a los quippos peruanos; pero si esto es verdad, fueron muy pronto sustituidos por signos jeroglíficos o pinturas de los objetos que representaban; como el disco expresaba el sol, etc. Con este procedimiento tenían signos para muchos objetos visibles, acaso los más comunes en el uso ordinario de la vida social. Viéronse pronto obligados a aumentar el número de los mismos, formando compuestos con dos o más simples, como hacen con las voces en el lenguaje hablado; así los signos de montaña y hombre juntos significaban ermitaño; los de ojo y agua, lágrimas, etc.; a otras figuras primitivas añadían ciertos apéndices simbólicos, con los que modificaban su valor; la figura de una bandera significaba derecha e izquierda, según la dirección del dibujo. Luego encontraron medio de multiplicar los signos, dando a muchos de los ya existentes valor fonético, y combinando los elementos fonético e ideográfico en un signo compuesto (pág. 105).

Sabemos que la lengua china tiene muchos homónimos, o sea palabras de igual sonido y distinta significación (como muestras falda, era); para designar estas palabras en la escritura se procedió de modo que cuando se inventaba un signo que representase a una de ellas, lo hacía en todas sus acepciones, distinguiéndosele por medio de apéndices que caracterizasen sus diversos valores significativos: pe, blanco, precedido del signo de árbol, significa una especie de ciprés, y con el signo de hombre significa el hermano mayor, etc. De este modo el signo de hombre entra en algunos centenares de combinaciones (sobre 500). La figura primitiva de los signos chinos ha sufrido tales modificaciones, que en muy pocos de ellos pudiera descubrirse, después de un detenido examen, su origen jeroglífico; éste nos es conocido por la tradición. La figura actual de los signos se fijó ya en los primeros siglos de nuestra era, conservando cada uno de ellos el valor que tenía el primitivo de que procedieron (V. pág. 104).

La escritura cuneiforme, se cree haber tenido igualmente origen jeroglífico; y si bien nada cierto podemos afirmar, hay motivos históricos para creer que su nacimiento debe buscarse en la iconográfica, y las figuras que se hallan imitadas en algunas combinaciones o grupos de conos del sistema asirio lo comprueban. El signo de rey, tan frecuente en las inscripciones de la tercera especie, es una imitación del pájaro que representaba el mismo concepto entre los egipcios; y lo propio acontece con otros grupos. Solo así se concibe el sistema complicado de esta escritura, que hubiera recibido otro carácter más sencillo si hubiera nacido independiente, y recibido sus signos valor convencional. En la escritura cuneiforme ideogramática no guardan los signos proporción en su figura con el objeto que representan; todo lo contrario de lo que tiene lugar en las demás de esta clase hasta la iconográfica. Los quippos peruanos no llegaron jamás a constituir un verdadero sistema, porque habiendo sido invento original, encontró el pueblo insuperables dificultades al formar de un solo elemento, el nudo, el inmenso número de combinaciones necesarias para representar los objetos más comunes del lenguaje hablado. Tampoco las inscripciones cuneiformes se hubieran elevado a sistema de escritura, si las combinaciones o grupos de conos no fuesen derivados de figuras que guardaban proporción con el objeto por ellas designado. Los primitivos jeroglíficos o figuras iconográficas del chino, han quedado convertidas en signos, compuestos acaso de las líneas o rasgos elementales del dibujo de que proceden, y con la significación primitiva; del mismo modo pudieron proceder los

grupos asirios de figuras análogas, y los conos representan los rasgos elementales del jeroglífico. Del asirio se originaron después las otras dos especies cuneiformes.

La segunda clase general de escritura es la silábica; en este sistema las letras representan articulaciones en lugar de simples sonidos, y por lo tanto, las vocales van inseparablemente unidas a las consonantes, y representadas unas y otras en un solo signo. En las inscripciones cuneiformes y en los jeroglíficos hemos visto ya el germen del silabismo (V. pág. 334). Este género de escritura es propio de lenguas de sencillo mecanismo gramatical, en las cuales sólo se analizan los elementos silábicos de las palabras. De los alfabetos más notables de este sistema, es el japonés kata- kana o irofa, así llamado de los nombres de sus primeros signos, como el alfabeto de alfa y beta. Formose de fragmentos de figuras chinas, y consta de cuarenta y siete signos, uno para cada sílaba de las que pueden entrar en palabras japonesas; tiene diez consonantes y cinco vocales; las sílabas se componen generalmente de una vocal precedida de consonante simple. La vista de libros ingleses, que no comprendía ni aun sabía leer, fue causa de que un ingenioso chiroqués inventase para su tribu un alfabeto silábico análogo al japonés, de 85 signos, formados según el tipo de las letras latinas, aunque sin tener en cuenta su valor primitivo (V. pág. 127).

Entre los semíticos, el alfabeto etíope es también silábico, pero en éste el número de signos es mucho más considerable, porque la distinción que hace de vocales largas y breves aumenta el número de sílabas posibles, y por lo tanto el de signos, que asciende a más de doscientos, con las variaciones de sílabas iniciales, mediales y finales, etc.

Una especie de alfabeto silábico es el propiamente semítico, en el cual la consonante es única parte sustancial e indispensable de la sílaba, y la vocal es subordinaria y aun muy secundaria, como si sólo fuera el colorido de aquélla; por eso la primera puede formar por sí, gráficamente, la sílaba; y la vocal, o no se indica absolutamente, o se hace por signos especiales, que van unidos a la consonante. Este sistema fue la base de todos los modernos y usados por las naciones civilizadas del globo. La manera de apreciar en él los valores de consonantes y vocales guarda perfecta relación con el carácter de los idiomas semíticos, según hemos tenido ocasión de observar anteriormente. El tipo más antiguo de este sistema (fenicio) constaba de 22 signos consonantes, tres de los cuales participan de la naturaleza de las vocales, y pudieran llamarse semivocales: son y, v, con la aspiración suave h.

Hay motivos poderosos, históricos y de observación, para creer que este sistema, en su tipo primitivo el llamado fenicio, nació del jeroglífico o iconográfico; ya sea que los semitas usaran algún tiempo esta clase de escritura, introduciendo en ella modificaciones sucesivas; o que, tomando de otro pueblo la idea de la misma, trabajasen desde luego el sistema alfabético.

Confirma este origen la circunstancia de que todas las letras, en los diversos tipos del sistema, llevan nombres que designan objetos naturales, y cada nombre tiene por inicial el sonido que representa la letra; así b se llama bet, que significa casa; a, alif o alef, toro; g, ghimel, camello, etc. En algunas hay analogía entre el nombre del signo y la figura que representa, especialmente en el tipo más antiguo del sistema, o fenicio, donde el alef está representado por la cabeza de un toro; el a'in, ojo, por un círculo; mim, agua, por rasgos que asemejan ondas, etc.

Del tipo primitivo de este sistema se derivaron los tres alfabetos principales semíticos conocidos hoy, hebreo, siríaco y árabe, extendidos por una gran parte del mundo antiguo, y el último usado por indo-europeos (persas, afganeses y en el Indostán), escitas (turco) y polinesios (malayo). Del mismo se derivan acaso los alfabetos eránicos e indios, lo cual prueba la analogía que existe entre los nombres de las letras en éstos y los semíticos, así como también el orden en que se enuncian y la figura o tipo general de las mismas. Los signos del alfabeto indio, llamado Devanagari, o escritura de los dioses, tienen mucha semejanza con los hebreos en su forma cuadrada o merubba', por lo menos en el aspecto general cuadrado, aunque en varios signos es más estrecha la semejanza. Las vocales mediales y finales se expresan por un método análogo al semítico, empleándose signos que se escriben sobre, debajo o al lado de las consonantes, si bien en sanskrit no puede omitirse la vocal, como acontece entre los semitas.

En Europa el alfabeto semítico cayó primeramente en manos de los griegos, quienes introdujeron en él las modificaciones que pedía el carácter de su lengua, y las mejoras de que le conoció capaz su ilustrada inteligencia, inventando a la vez signos especiales para las vocales, que pudieran escribirse independientes de las consonantes. Del alfabeto griego nacieron otros, como el kopto, el armenio, los llamados runas de los germanos, acaso la escritura de los celtas, la de los rusos modernos, y algunas de los pueblos del Cáucaso. Pero la más importante de sus formas derivadas la tenemos en el alfabeto latino. Las colonias helénicas, que se habían extendido por el S. de Italia, dieron a conocer en la Península su alfabeto nacional, y varios de los pueblos indígenas, como los etruscos, umbríos, oscos y latinos, aprovecharon tan favorable ocasión de proveerse con alfabetos derivados de la Grecia. Muchos de ellos desaparecieron con la nacionalidad de esos pueblos; pero el latino se ha conservado como propiedad común de todas las naciones civilizadas de Europa, para ser el vehículo de la cultura más floreciente, y con la misma ser trasportado a los países más remotos de la tierra.

Los griegos hallaron en el alfabeto semítico, además de la falta de vocales, otros signos que, por ser representantes de sonidos ignorados en su lengua, o por causas que nosotros no conocemos, creyeron conveniente modificar, sustituir o suprimir; los sonidos guturales fueron en parte convertidos en vocales, como el a'in, en o; la y, en i; v, en digama; y faltando signo para u, le inventaron nuevo; con estos y otros cambios o sustituciones formaron un alfabeto perfecto y rico en signos, que guarda completa armonía con la hermosura y elegancia de su lengua.

Al tiempo en que se constituyó el alfabeto latino, tenían los signos griegos una forma algo diferente de la en que hoy les conocemos. La h conservaba aún su sonido aspirado, que después A sustituyó por el de ê (). La mayor parte de los signos del alfabeto griego pasaron al latino sin cambios esenciales, y conservaron su figura primitiva o semejante. Suprimieron algunas letras, como la k, que sustituyeron por la c; cambiaron el valor de otras, como el de P, en griego r, que pasó a ser p; añadiendo al mismo signo un apéndice para representar la r. Procedimientos análogos se han seguido en la formación de otros alfabetos derivados o secundarios.

Antes de terminar este artículo nos permitiremos una observación acerca del origen del alfabeto semítico. Es opinión comúnmente admitida que este sistema, base de los principales alfabetos conocidos, fue invención original de los fenicios. El grado de cultura a que se elevó este favorecido pueblo da alguna fuerza a los débiles argumentos con que se pretende probar y aun presentar como seguro semejante aserto. Es hecho cierto que los fenicios extendieron el sistema alfabético y le dieron a conocer entre los pueblos con quienes mantenían relaciones de comercio; también lo es que el alfabeto hoy llamado fenicio es el más antiguo de los semíticos conocidos; pero el primero de estos hechos y acaso el más fuerte de los argumentos en favor de la invención fenicia, sólo prueba que este pueblo fue el propagador del sistema; y del segundo podemos decir que no conocemos con certeza, como así es en realidad, el tipo primitivo del sistema; y que aun supuesto que éste lo sea, pudo muy bien haber sido abandonado por el pueblo verdadero inventor, habiéndose apoderado del mismo los fenicios.

Varias razones, que de paso hemos indicado anteriormente, nos inducen a creer que el sistema de escritura semítico es secundario, o que nació del jeroglífico o iconográfico. El pueblo inventor de aquel sistema debió, pues, conocer alguno de éstos. De entre los pueblos antiguos sólo el egipcio podía prestar ese conocimiento a los fenicios, puesto que, con el chino era el único que se servía de los jeroglíficos, y en general de un sistema de escritura, en el que los signos guardasen proporción con el objeto designado. Mas una circunstancia viene a despertar en nosotros fuerte duda de que esto fuese así. Hay un pueblo antiquísimo, noble y grande como el fenicio, al que no cede en civilización y cultura; y este pueblo, que es el hebreo, vivió largo tiempo mezclado con el egipcio, y conocía, por lo tanto, su ciencia, sus adelantos, y su escritura, cual ninguna otra nación antigua. Y de este pueblo sabemos que, pocos años después de su salida del Egipto, se servía de escritura para conservar y perpetuar sus sagradas tradiciones y creencias religiosas. Algunos de los libros llamados de Moisés no pueden atribuirse a otro que a este legislador y caudillo, quien a su muerte los dejó escritos; y en las tablas de la ley se dieron al pueblo los preceptos del Decálogo escritos. Hay, pues, motivos tan poderosos y razonables para creer que el pueblo hebreo inventó, acaso en el mismo Egipto y a vista de los jeroglíficos, el sistema de escritura semítica, como los que se presentan en favor de la invención por parte de los fenicios. Nosotros nos contentamos con hacer indicaciones, sin pretender en lo más mínimo resolver cuestión tan importante y escabrosa.

Conclusión

Hemos hecho en este libro un breve y sucinto estudio del lenguaje humano, comenzando por examinar la naturaleza y origen del mismo, y caracteres más universales de todas las clases, familias y grupos que le componen, para establecer la clasificación ordenada de las lenguas; y siguiendo por cada una de aquéllas, hemos presentado algunos de sus caracteres distintivos más sobresalientes, por medio de los cuales mejor pudiéramos conocer la forma exterior de las familias, de los grupos, y la estructura y mecanismo especial de los individuos o variedades que les constituyen. En todo esto nada nos hemos apartado del camino de la observación práctica, por el que nos propusimos marchar en un principio, y nos hemos servido de la comparación allí donde la creíamos conveniente y propia para dar

claridad a las materias; de modo que nuestro estudio ha sido, en su mayor parte, comparativo y práctico; y a la verdad no hay pruebas más fuertes y seguras que las tomadas de los hechos; y en estudios de pura observación, como los lingüísticos, los raciocinios filosóficos son inútiles, perjudiciales y falaces; el análisis filosófico de una lengua, como el de cualquier otro objeto o principio en la naturaleza, debe seguir al estudio práctico de la misma.

Hemos visto cómo por el estudio comparativo de las lenguas se obtienen grandes resultados de aplicación a las necesidades de la vida, a las ciencias o a las artes cultivadas por la inteligencia. De muchas familias podremos llegar hasta reconstruir el idioma primitivo, que sirvió de modelo para la formación de los hoy existentes en las mismas; un ensayo feliz hemos visto ya en la nuestra. Por la comparación de los sistemas de escritura modernos con los antiguos que se nos han conservado en medallas e inscripciones, hemos llegado a reconocer un alfabeto primitivo, del que los demás son probablemente modificaciones o imitaciones. Esto consiguió, en parte, Jacobo Primsep, quien al descifrar las inscripciones de los reyes budistas, y analizar su escritura, vio en ella una forma anticuada de la India. Así, Lepsius ha demostrado, con grandes probabilidades de verdad, que el alfabeto indio Devanagari, con los de la Oceanía y muchos de Asia, derivados directamente del mismo, y los europeos de origen griego, nacieron del semítico; y como éste procedió del jeroglífico, en el sistema antiguo jeroglífico en unión con el iconográfico, tenemos la base probable de todos los alfabetos conocidos. En esto, vemos al indio extendiendo su poderosa influencia a los pueblos más remotos; las tribus Drávidas o indígenas de la India; los tibetanos y malayos (exceptuando los propiamente llamados malayos), los habitantes de Java, Sumatra, Celebes, Filipinas (tagalo) y de otras islas del Océano, tomaron su escritura del indio; esta universalidad de la cultura india se debió en parte al Budismo, pero el principal agente en ella fue la floreciente civilización de este pueblo, que, como hemos observado en la reseña histórica de su literatura, hizo de todos los ramos del saber humano otros tantos objetos de sus minuciosas y profundas investigaciones; el lenguaje fue objeto predilecto de su estudio.

Hemos presentado argumentos prácticos, que prueban la importancia de la filología general. Sin la etnografía no puede existir la historia, y aquella tiene su fundamento en la lingüística. Las lenguas nos enseñan el carácter de los pueblos, nos marcan las líneas divisorias de los mismos, y nos dan noticias seguras acerca de su origen, propagación y cultura intelectual. El origen y formación del lenguaje es anterior a la historia; por medio de las lenguas estudiamos la vida, relaciones, artes, industria, opiniones, creencias religiosas, culto, etc., de los pueblos, en tiempos prehistóricos. Por las lenguas sabemos con certeza que todos los pueblos indo-europeos vivieron algún tiempo juntos y hablaban un solo idioma, que hoy no existe. En diversos períodos se fueron separando tribus de aquel pueblo, que luego formaron los ocho hermanos, hoy conocidos bajo el nombre común de indo-europeos, a saber: indios, persas, griegos, romanos, eslavos, litauos, germanos y celtas. Con los vedas en la mano, podemos seguir cronológicamente las emigraciones de estos pueblos, y saber cuáles vivieron por más tiempo juntos. Por medio de las lenguas sabemos aproximadamente el estado de cultura a que llegaron nuestros antepasados antes de la separación, cuando la historia no da otras noticias de ellos que las que ha tomado de la lingüística y filología. Para llegar a este resultado, sacaremos de las lenguas las expresiones que tenían comunes para ciertos conceptos, las cuales constituyen el tesoro lingüístico que

cada uno tomó en la separación. En las lenguas que nacieron después de la separación de las tribus indo-europeas encontramos expresiones comunes a todas, para designar los objetos relativos a la vida doméstica, organización civil y militar, cría de ganados, agricultura y otras, que presuponen una mitología y sistema religioso bien acabado; por la cual circunstancia sabemos que nuestros padres, antes de su separación, conocían la vida doméstica, cultivaban los campos, y por lo tanto no eran nómadas; cuidaban de sus ganados y vivían en aldeas o pueblos; dividían el tiempo en años y meses, y reconocían la autoridad de un jefe, que era el más anciano de la familia. Análogos descubrimientos podemos hacer en otras tribus.

La sociedad humana es la reunión de las inteligencias individuales, de modo que estudiando las producciones literarias, penetramos en el espíritu de aquella. El hombre pensador no puede mostrarse indiferente a los estudios filológico-lingüísticos, que se ocupan con los objetos más nobles de las ciencias, y que en más inmediata relación están con el espíritu del hombre, con el origen, creencias, tradiciones, cultura, ocupaciones y costumbres de todos los pueblos de la tierra.

Apéndices

- I -

Catálogo

G. de Humbold. Ueber die Verschiedenheit des menschlichen sprachbaues und ihren Einfluss auf die geistige Entwicklung des Menschen geschlechtes. Berlín, 1836.

M. Müller. Lectures on the science of language, 5.th edit. Lond., 1864-66.

3. J. Grimm. Ueber den Ursprung der Sprache. Berl., 1862.

R. Steinthal. Philologie, geschichte und psychologie in ihren gegenseitigen Beziehungen. Berl., 1864.

A. Bolz. Die Sprache und ihr Leben. Offembach, 1868.

J. Grimm. Deutsche Grammatik, 3 vol.

U. Steinthal. Geschichte der Sprachwissenschaft bei den Griechen und Römern. Berl., 1863.

S. C. Fick. Wörterbuch der indogermanischen Grundsprache in ihrem Bestande vor der Völkertrennung. Gotting, 1868.

M. Haug. An old Pahlavi Pazand glossary, 1870.

H. Steintal. Charakteristik der Hauptsächlichsten Typen des Sprachbaues. Berl., 1860.

W. Schott. Chinesische Sprachlehre. Berl. 1857.

R. Lepsius. Ueber chinesische und tibetische Lautverhältnisse, und über die Umschrift jener Sprachen, 1861.

G. de Humboldt. Lettre à M. A. Rémusat sur la nature des formes grammaticales et sur le génie de la langue chinoise. 1827.

D. Guigniaut. Progrès des études relatives à l'Égypte et à l'Orient. Par., 1867.

Estanislao Julien. Lao-tseu, Taoteking; ó Le livre de la voie et de la vertu, avec text et traduction. París, 1841.

Zeitschrift der Deutschen Morgenländischen Gesellschaft; tom. XXIII, pág. 473.

Estanislao Julien. Deux jeunes filles lettrées, traduit du chinois. Par., 1861.

18. Id. Yukiaoli, ó les deux cousines; text avec trad. 1862.

Id. Nouvelle grammaire de la langue chinoise. 1869.

-Morrison. A Dictionary of the chinese language. 1823.

León de Rosny. Quelques observations sur la langue siamoise et sur son écriture. 1855.

A. Bastian. Die Völker des östlichen asiens. 4 vol. 1868.

Gabelenz. Die melanesischen Sprachen. 1860.

J. Crawfurd. Grammar and Dictionary of the malay language.

A. Hardeland. Versuch einer grammatik der dajakischen Sprache. 1858.

G. de Humboldt. Ueber die kawi-sprache auf der Insel Java, etc. 3 vol. 4.º 1839.

A. Castrén. Grundzüge einer Tungusischen Sprachlehre. 1856.

J. Schmidt. Grammatik der mongolischen Sprache. 1831.

Popoff. Chrestomathie mongole. 3 vol. 1836.

- Th. Zenker. Allgemeine grammatik der türkisch-tatarischen Sprache, aus dem Russischem übersetzt. 1848.
- Fed. Dieterici Chrestomathie ottomane précédée de tableaux grammat. 1854.
- Th. Zenker. Dictionnaire Turc-Arabe-Persan. 1862-71 (en prensa).
- H. Vambéry. Tschagataische Sprach-studien; gramm., chrest. und Wörterbuch. 1867.
- O. Böhlingk. Ueber die Sprache der Jakuten.. 1851.
- A. Castrén. Wörterverzeichniss aus den Samojedischen Sprachen. 1855.
- Id. Versuch einer Jenissei-ostjakischen und kottischen Sprachlehre nebst Wörterverzeichnissen. 1858.
- Id. Versuch einer ostjakischen Sprachlehre nebst Wörterverzeichniss. 2.^a ed. 1858.
- A. Boller. Die declination und die conjugation in den finnischen Sprachen. 1855.
- Kalewata. Das national. Epos der Finnen, nach der zweiten ausgabe ins Deustsche übersetzt von. A. Schiefner 1852.
- H. E. Ludewig. The literature of american aboriginal languages 1858.
- E. Buschmann. Systematische Worttafel des athapaskischen sprachstammes 1860.
- S. Kleinschmidt. Grammatik der gronländischen Sprache. 1854.
- Fed. Müller. Analyse und vergleichende Bearbeitung der algonkin Sprachen. 1867.
- E. Buschmann. Die Pima-sprache und die Sprache der Koloschen. 1857.
- Id. Die Spuren der aztekischen Sprache im nördlichen Mexiko, etc. 1864.
- Id. Grammatik der sonorischen Sprachen. 1864-68.
- Fet. de Heldwald. Die amerikanische Völker Wanderung. 1866.
- J. Tschudi. Die Kechua Sprache, 2 vol. 1853.
- Fr. Champollion, Grammaire égyptienne. 1841.
- Leemans. Description raisonnée des monuments égyptiens du musée à Leyde, etc. 1840.
- Sam. Sharpe. Egyptian inscriptions. 1842.

- R. Lepsius. Auswahl der wichtigsten Urkunden des Egyptischen alterthums. 1842.
- Id. Todtenbuch der aegypter nach dem hieroglyph papyrus in Turin, 1842.
- Id. Aegyptisches Königsbuch. 2 vol. 1858.
- Id. Das bilingue Dekret von Kanopus, mit Uebersetzung, etc. 1866.
- Brugsch. Sammlung demotischer Urkunden. 1850.
- Id. Recueil de monuments égyptiens. 1862.
- Id. Grammaire demotique. 1855.
- Mariette. Renseignements sur les soixante quatre apis trouvés au Sérapéum. 1855.
- Chabas, Voyage d'un Égyptien. 1866.
- Lauth. Die geschichtlichen Ergebnisse der aegyptologie. 1869.
- J. J. Braun. Gramática hebrea, curso teórico-práctico. 1867.
- Fed. Spiegel. Grammatik der Huzvâresch Sprache. 1856.
- M. Haug. An old pahlavi pazand glossary. 1870.
- J. Ménant. Les écritures cunéiformes. 1860.
- F. Spiegel. Die altpersischen keil inschriften, mit Uebersetzung grammat. Un gloss. 1862.
- Norris. Memoir on the Scythic version of the Behistun inscription, journal of the royal as. Society. 1853.
- J. Oppert. Espédition scientifique en Mésopotamie, vol. III, 1863.
- Id. Éléments de la grammaire assyrienne, 2.de edit. 1868.
- ½ J. Ménant. Exposé des éléments de la grammaire assyrienne. 1868.
- H. Rawlinson. A selection from the historical inscriptions of Chaldaea, Assyria and Babylonia. 1861.
- Joh. Brandis. Ueber den historischen gewinn aus der Entzifferung der assyrischen Inschriften. 1856.

- J. Oppert. *Historie des empires de Chaldée et d'Assyrie d'après les monuments*. 1865.
- H. Rawlinson. *The five great monarchies of the ancient eastern world, or the history, geogr. and antiquities of Chaldea, Assyria, etc., vol. IV*. 1867
- J. Olshausen. *Prüfung des Charakters der in den assyrischen keilinschriften enthaltenen semit. Sprache*. 1865.
75. Fed. Spiegel. *Avesta, die heiligen Schriften der Parsen, sammt der Huzvar. Uebersetzung*. 1858.
76. Id. *Avesta, die heil Schriften der Paris, Deutsche übers.* 3 vol. 1863.
77. Id. *Grammatik der albaktrischen Sprache (Zend)*. 1861.
78. M. Haug. *Essays on the sacred language, writings and religion of the Parsees*. 1861.
79. Id. *Die funf gathas oder Sammlungen von Liedern und Sprüchen Zarathustras, etc., herausg. Übers. Und erklart*. 1860.
80. L. Westergaard. *Zendavesta or the religions books of the Zoroastrians*. 1854.
- G. Rosen. *Ossetische Sprachlehre, nebst einer abhandlung über lasmingrelische, suanische und abchasische*. 1846.
82. H. Petermann. *Grammatica linguae armenicae*. 1837.
83. Id. *Brevis linguae armeniacaer grammatica, litteratura, chrestom. Et glossar*. 1841.
84. St. Lazare (de Venise). *Nouvau Dictionnaire de la langue arménienne*. 2 vol. 1837.
85. St. Lazare (de Venise). *A pocket Dictionnary english armenian and armenian english*. 2 vol. 1835.
86. Alex. Jaba. *Recueils de notices et rectis kourdes*. 1860.
87. Pott. *Die Zigeuner in Europa und Asien*. 2 vol. 1845.
- R. Caldwell. *A comparative grammar of the Dravidian or South Indian family of languages*. 1856.
- T. E. Rhenius. *A grammar of the Tamil language*. 2^a edición. 1846.
- Joseph Poet. *A grammar of the Tamil language* 1841.
- G. Storch. *De declinatione nominum substantivorum et adjectivorum in lingua palica*. 1858.

- T. Molesworth. A dictionary murathee and english. 1831.
- J. Stevenson. The principles of mahratta grammar. 1843.
- . Gungadhur. Grammar of the guzerati language. 1852.
- H. Wathen. A grammar of the sindhu language with a vocabulary. 1836.
96. A. Weber. Ueber indische literatur geschichte. 1852.
97. Max Müller. A history of ancient sanskrit litterature. Segunda edición, 1860.
98. Th. Benfey. Geschichte der sprachwissenschaft in Deutschland. 1866.
- H. Kleist. De Philoxemi grammatici alexandrini studiis etymologicis. 1865.
- Luis Lange. Das system der syntax des Apollonius dyskolos. 1852.
- Aug. Willmann. De M. T. Varronis libris grammaticis. 1864.
- Wenrich. De auctorum graecorum versionibus et commentariis syriacis, arabicis, armeniacis, persiisque. 1842.
- Hammer Purgstall. Literatur geschichte der araber. VII vol. 1857.
- G. Flügel. Die grammatischen schulen der araber. 1862.
- J. P. Broch. Almufassal; opus de re grammatica arabum auctore Abûlkâsem. Zamakshario. 1859.
- J. Dieterici. Alfiiyah, carmen didacticum grammaticum, auctore ibn Mâlik. 1851.
- Ed Sachau. G'awaliki's almuârrab. 1867.
- Bauer. Minerva, seu de causis linguae latinae commentarius, cum notis Sinopii et Perizonii (del español Sánchez, el Brocense). 1801.
- Dictionarium latino-lusitanium et japonicum in Amacusa. 1595.
- L. Pagés. Dictionnaire japonais français (trad. du Dict. japon portugais, composé par les miss. et revu sur la trad. espagnole du même ouvrage). 1868.
- Catalogus editionum quae prodierunt et librorum qui prostant in typographeo S. congr. de propag. fide. 1866.

Lorenzo Hervás. Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas, y numeración, etc., de estas, según la diversidad de sus idiomas. Tres volúmenes. 1800.

Ed. Böhmer. Ueber Dante's schrift, de vulgari eloquentia. 1868.

Bhagavad-gita. Sive almi Krishnae et arjunae colloquium (texto y trad. lat.), A. G. de Schlegel. 1846.

P. Bollen. Kalidasa's Ritusanhara. 1840.

E. Lobedanz. Sakuntala, schauspiel von Kalidasa (traducción alemana). 3 aufl. 1867.

Francisco Bopp. Kritische gramatik der sánskrita
sprache, ed. 4.^a 1868.

B. Wilson. A Dictionary sanscrit and english. 2.^a ed. 1832.

Fr. Bopp. NalusMahâbhârati Episodium textus sansk. cum interpr. lat., edit. 3.^a 1868.

id. Ardschuna's Reise zu Indra's himmel, nebst anderen Episoden des Mahâbhârata. 2.te
ausg. 1868.

M. Müller. Megadûta, eine alte Indische Elegie. 1847.

J. Gildemeister. Kalidasae Meghadûta. 1841.

Muir. Sanskrit Texts (colección muy apreciable por sus notas y traducciones, cuya
publicación aún sigue).

O. Böhlingk. Kalidasa's Cakumtala, hersg. und mit anmerk. 1846.

F. Bollensen. Urvasi, ein Drama Kalidasa's in fünf akt. (con trad., etc.). 1846.

E. Lobedanz. Urvasi, Schaustiel von Kalidasa, Deutsch metrisch übers. 1861.

West. A digest of indu law. 1867.

F. Johaentgen. Ueber das Gesetzbuch des Manu. 1863.

Weber. Malavika und Agnimitra, ein drama von Kalidasa in 5 akt. übersetz. 1856.

F. Johnson. Hitopadesa, sanscrit and english.

Le Meghaduta ou le nuage Messenger, traduit du sanscrit, par H. Aimé Ouvry.

Max Müller. Rigveda Sanhita, the sacred himns of the Brahmans, with the comment of Sayana. 1870. 6 vol. (sigue).

H. Wilson. Rigveda Sanhita; a collection of ancient Hindu hymns, translated from Sanscrit. 2.d edit., 1866. 3 vol. (sigue).

M. Müller. Rigveda Sanhita; or the sacred hymns, etc., translated and explained. 1869 (sigue).

Langlois. Rigveda ou livre des hymnes; traduit du sanscrit. 4 vol. 1859.

A. Weber. The white Yajurveda (sanscr. text.). 3 vol. 1857.

E. Röer. The Sanhita of the black Yajurveda, with a commentary. 1854.

M. Haug. The Aitareya Brahmanam of the Rigveda; edited trasl. and expl. 2 vol. 1863.

T. Benfey. Die Hymnen des Sâmaveda herausg. übers., etc. 1848.

J. Grimm. Geschichte der Deutschen Sprache. 3.te aufl. 1867.

-Id. Deutsche Grammatik. 3 vol., 3.te aufl.

Id. Deutsches Wörterbuch, fortgesetzt von R. Hildebrand, und K. Weigand, 6 vol. 1871 (sigue).

Fr. Bopp. Vergleichende grammatik des sanskrit, zend, armenischen, griechisch, latein, etc., 3.te ausg. 2 vol. 1869.

Id. Comparative grammar of the sanskrit, zend, greek, latin, lithuanian, gothic, german and slavonic languages, translated by Prof. Eastwick. 3 vol., 3.d edit.

Michel Bréal. Grammaire comparée des langues indo-européennes, comprenant le sanskr., etc. (trad. de la de Bopp, 1871). 4 vol.

G. de Humboldt. Prüfung der Untersuchungen über die Urbewohner Hispaniens. 4.º 1821.

Id. Ueber das vergleichende Sprachstudium in Beziehung auf die verschiedenen Epochen der Sprach entwicklung.

A. Pott. Etimologische Forschungen auf dem gebiete der indogerm. Sprachen. 2 vol., 2.te aufl. 1867.

148. Id. Die personennamen... und ihre Entstehungsarten, 2.te aufl. 1859.

149. G. Eichhoff. Parallèle des langues de l'Europe et de l'Inde, etc. 1861.

150. Id. Grammaire générale indo-européenne, ou comparaison des langues grecque, latine, etc., suivée d'extraits de poésie indienne. 1867.

G. Graff. Althoch deutscher Sprach Schatz.

152. G. Curtius. Studien zur griechischen und lat. grammat. 1869.

153. L. Diefenbach. Vergleichendes Wörterbuch der gothischen Sprache, 2 vol. 1851.

154. Id. Lexikon der von den alten aufbewaharten Sprachreste der Celten, etc., und Hispanier.

155. L. Mayer. Vergleichende grammatik der griechisch. und lat. Sprachen, 3 vol. 1869.

156. A. Schleicher. Compendium der vergleichenden grammatik der indogermanischen Sprachen, Sanskr., Zend, etc., 2.te aufl. 1866.

157. Id. Die Deutsche Sprache. 1869.

Eug. Burnouf. Le bouddhisme indien. 1844.

Id. Le Bhâgavata pourâna ou histoire poétique de Krichna. 3 vol. 1840-47.

Ad. Regnier. Études sur la grammaire védique; Prâtiça Khya du Rigveda. 1857-59.

Hippol. Fauche. Le Mahâbhârata, 7 vol. 1863-67.

H. Bleek. A concise Grammar of the Persian, containing dialogues... vocabulary, etc. 1857.

J. Aug. Vullers. Institutiones linguae persicae. 2 vol., 2^a ed., 1870.

Lumsden. A grammar of the persian language, comprising a portion of the elements of arab inflection. 2 vol. 4.^o 1810.

J. A. Vullers. Lexicon persico-latinum etimologicum, cum linguis maxime cognatis, sanscrita, etc., comparatum, accedit appendix, dialecti zend et pazend dictae, II tomi. 1868.

Fr. Johnson. Dictionary persian arabic and english. 4.^a ed. 1864.

Fr. Spiegel. Chrestomathia persica, edidit et glosario explanavit. 1845.

W. Jones. Grammar of the persian language. 9.^a ed. 1828.

R. Kühner. Kurzgefasste Schulgram. der grischischen Sprache. 1866.

Id. Elementar grammatik der Griech, Sprache. 24.^a edición, 1866.

G. Curtius. Griechische Schulgrammatik. 6.^a ed. 1864.

W. Krüger. Griechische Sprachlehre für Schulen. 1862.

W. Pope. Handwörterbuch der Griechischen Sprache, 3 vol. 1842 (muy bueno).

F. Passow. Handwörterbuch der Griechischen Sprache. 2 vol. (Muy bueno.)

R. Kühner. Schulgrammatik der Latein Sprache. 5.^a edición, 1861.

Id. Elementar Grammatik der Latein Sprache. 26.^a edición, 1866.

R. Klotz. Handwörterbuch der Latein Sprache, 2 volúmenes, 3.^a ed. 1862.

Georges. Thesaurus der Klasisch. Latinität, fortgesetzt von Muhleman. 1854.

E. Georges. Latein. Deutsch und Deutsch. Latein. Handwörterbuch. 4 vol., 5.^a ed. 1862.

L. Burnouf. Méthode pour étudier la langue grecque. 1868.

R. Valpi. The elements of greek grammar. 1854.

. Montbel. Iliade d'Homère. 1862.

. Id. Odyssée et poésies homériques (trad.). 3.^a ed. 1861.

E. Pessonneaux. Iliade d'Homère. 1865.

P. de Azcárate. Obras completas de Platón (traducción). Tomo I. 1871.

Ortega. Gramática griega. 5^a ed. 1862.

B. de las Casas. Gramática griega.

E. de Ochoa. Obras completas de P. Virgilio M. (traducción). 1869.

C. Coloma. Obras de C. C. Tácito (traducción). 1866.

Búrgos. Obras de Horacio (trad. en verso).

Gabriel (Infante). Obras de C. Salustio (trad.). 1865.

J. Goya. Comentarios de Cayo J. César (trad.). 1865.

God. Stallbaum. Platonis opera omnia (texto gr. con excelentes notas latinas). 10 vol. 1842.

G. Gesenius. Hebräisches. Elementarbuch; grammatik (20.^a edic.), 1866. Lesebuch. 10.^a edic. 1865.

Id. Ausführliches Lehrgebäude der hebr. Sprache, mit Vergleichung der dialekte.

H. Ewald. Ausführliches Lehrbuch der hebr. Sprache. 8.^a ed. 1869.

Id. Hebraische Sprachlehre für Anfänger. 3.^a ed. 1862.

G. Gesenius. Hebräisches und Chald. Handwörterbuch. 7.^a ed. 1868.

Id. Thesaurus philologicus criticus linguae hebraeae et chaldaee, 3 tom. ed. 2.^a 1829-58.

H. Ewald. Geschichte des Volks Israel. 7 vol., 3.^a edición 1864.

Jehuda ha Levi. Das Buch Kusari, nach den hebr. Texte des J. ibn Tibbon. 2.^a ed. 1868.

Maimonides. Sefer ha Mizwoth; liber praeceptorum, ex arab. hebr. fecit Ibn Tibbon. 1868.

Julius Fürst. Bibliotheca judaica. 3 vol., 2.^a ed. 1863.

M. Kalish. A hebrew grammar with exercises. 1863.

B. Davidson. Outlines of hebrew accentuation. 1861.

G. Nägelsbach. Hebräische Grammatik. 3.^a ed. 1870.

F. Böttcher. Auführl. Lehrbuch der hebr. Sprache. 2 volúmenes. 1868.

J. Olshausen. Lehrbuch der hebr. Sprache. 1861.

H. Vosen. Rudimenta linguae hebraicae. 3.^a ed. 1867.

G. Blanco. Análisis filosófico de la lengua hebrea, 2 volúmenes. 1841.

Fürst. Hebräisches und chald. Handwörterbuch. 2 volúmenes, 2.^a ed. 1863.

-Id. A hebrew and chald. Lexicon transl. from the G. by Davidson. 3.^a ed. 1865.

J. Buxtorffii Lexicon chaldaicum, talmudicum et rabbinicum ed. B. Fischer.

J. Metzger. Hebräisches Uebungsbuch. 2.^a ed. 1864.

G. Herbst. Historisch Kritische Einleitung in de heilige fchrift des A. T. 2 vol. 1844.

E. Meier. Die poetisch. Bücher des A. T. übersetzt. 1853.

L. de Wette. Commentar über die Psalmen, 5.^a ed. 1856.

Ewald. Alterthümer des Volks Israel. 2.^a ed. 1854.

Ewald. Die propheten des alten Bundes. 2.^a ed. 3 vol. 1868.

J. Hitzig. Der prophet Jeremia erkl. 2.^a ed. 1866.

-Id. De Psalmen übersetzt und ausgelegt. 1866. 2.^a ed.

E. Bertheau. Das Buch der Richter und Ruth. 1847.

-Id. Die Bücher Esra, Nehemia und Ester. 1862.

O. Bohtlingk. Panini's acht Bücher grammatischer Regeln. 2 vol. 1840.

Th. Benfey. Vollständige grammatik der Sanskrit sprache. 1852.

Id. A practical grammar of the Sanskrit language. 2.^a edición. 1868.

Max Müller. A grammar of the Sanskrit language. 1866.

Jules Oppert. Grammaire Sanscrite. 2.de ed. 1864.

Fr. Bopp. Glossarium comparativum linguae Sanscritae, etc. 1867.

G. Hengstenberg. Der Prediger Salomo ausgelegt. 1859.

Id. Die Psalmen (commentar). 4 vol. 2.^a ed. 1852.

Id. Christologie des A. T. 2.^a ed. 1857.

Id. Die Opfer der heiligen Schrift: die Juden und die christl. Kirche. 1859.

Pusey. The minor prophets.

-Id. The prophet Daniel. Oxford.

J. Keil. Handbuch der biblischen archoaologie. 1858.

Jr. Delitzsch. Biblischer commentar über das A. T.

-Id. Die Psalmen. 2.^a ed. 1867.

- Id. über den Proph. Jesaia, 1866.
- Id. über das Buch Job, 1864.
234. J. Keil. Commentar über Genesis und Exodus. 2.^a ed.
- Id. Com. über Leviticus, Numeri and Deuteronomium. 1869. 2.^a ed.
- Id. Com. über Josue, Richter, Ruth. 2.^a ed.
- Id. Com. über die Bücher Samuels.
- Id. Com. über die Bücher der Konige.
235. H. Hupfeld. Die Psalmen übersetzt und ausgelegt. (2.^a ed. de Riehm.) 3 vol. 1869.
- Id. Commentatio de primitiva et vera temporum festorum et feriatorum apud Hebraeos. 1858.
236. L. Reinke. Der Prophet Zephanja. 1868.
- Id. Der prophet Haggai. 1868.
- Id. Grossen und Kleinen propheten des A. T. 4 vol. 1862.
- Id. Die messianischen Weisagungen bei Den Propheten des A. T. 2 vol. 1859.
237. Crelier. Le livre de Job vengé des interprétations fausses et impies de Rénan. 1860.
238. O. Thenius. Die Bücher Samuels. 2.^a ed. 1864.
- Id. Die Klagelieder erklärt. 1855.
239. Aug. Knobel. Die genesis erklärt. 2.^a ed. 1860.
- Id. Die Bücher Exod. und Leviti. erkl. 1857.
- Id. Die Bücher Numeri Deuteronom. und Josua. 1861.
- Id. Der prophet Jesaia erkl. 3.^a ed. 1861.
240. F. Böttcher. Neue exegetisch-kritische Aerenlese zum A. T. 1863-64.
241. B. de Haneberg. Geschichte der biblischen Offenbarung. 3.^a ed. 1864.
- Id. Die religiösen Alterthümer der Bibel. 2.^a ed. 1869.

242. Schegg. Die Kleinen Propheten übers und erkl. 2 vol. 1854.
243. B. Welte. Das Buch Job, übers und erkl. 1849.
244. A. Köhler. Die Weissagungen Sacharja's. 2 vol. 1863.
- Id. Die Weissagungen Maleachi's. 1865.
245. T. Graetz. Geschichte der Juden bis auf de Gegenwart. 4 vol. 1855-71 (sigue).
246. Mishna, cum comment. Berlinoro, etc. 6 vol. 4.º 1862.
247. Mishnae Torah. Das gesetzbuch des Maimonides, mit dem comment. 1863.
- 248 S. Pinsker. Einleitung in das babylonisch hebräische Punktationssystem (obra muy buena). 1863.
249. Zunz. Literatur geschichte der synagogalen Poesie. 1865.
250. S. Davidson. An introduction to the old T. 1862.
251. H. Ebrard. Der glaube an die heilige Schrift, und die Ergebnisse der Naturforschung. 1861.
252. F. Bleek. Einleitung in die heilige Schrift. 2 vol. 1862.
253. L. Herzfeld. Geschichte des Volks Israel. 2 vol., 2.^a ed. 1863.
254. J. Hershon. Specimens from the Talmud. 1861.
255. J. Salvador. Histoire des institutions de Moïse et du peuple hebreu. 3.^a ed., 2 vol. 1862.
256. M. Nicolas. Études critiques sur la bible. 1862.
257. H. Reusch. Das Buch Tobias übers, und erkl. 1857.
258. J. Martin. Keil and Delitzsch; biblical commentary on the old T. 1864 (sigue).
259. H. Hedwig. The Book of Job, edit by Chance. 1864.
260. M. Stuart. A commentary on Ecclesiastes. 1862. 261. M. Kalish. A historial and critical commentary on the old T. with a new translation (obra muy buena). 1858.
262. S. Davidson. A commentary grammatical and exegetical on the book of Job, with a translation. 1862.

263. B. Schäfer. Neue Untersuchungen über das Buch Koheleth. 1870.
264. Aug. Dillmann. Hiob für die 3.te auflage nach L. Hirzel, etc. 1869.
265. W. Alexandre. Les livres de Dieu, Moïse et le Talmud. 1864.
266. A. Geiger. Das Judenthum und seine Geschichte. 1864.
267. M. Kaiserling. Geschichte der Juden in Spanien und Portugal. 1861.
268. H. Reusch. Lehrbuch der Einleitung in das A. T. 2.^a ed. 1864.
269. M. Bahmer. Die hebräische Tradition in den Werken des Hieronimus. 1867.
270. F. Jones. Egypt in its biblical relations and moral aspect. 1860.
271. R. Poole. The genesis of the earth and of man (historia de la creación y antigüedad del género humano). 1860.
272. G. Rawlinson. The historical evidence of the truth of the scripture records stated anew. 1860.
273. A. Westermeyer. Das A. T. und seine Bedeutung (contra la incredulidad). 1860.
274. F. Bannister. The temples of the hebrews, their sanctuaries, furniture and festivals. 1861.
275. Mandelstamm. Biblische und Talmudische studien. 3 vol. 1860.
276. Taylor Y. The spirit of the hebrew poetry. 1861.
277. A. Goldberg. Talmud Babylonicum cum comment. notisque, etc. 1864.
278. Id. Mischna, cum comment. optimis. 1862.
279. Id. Talmud. Hierosolymitanum, cum comment. optimis. 1862.
280. J. Fürst. Der kanon des A. T. nach den Ueberliefer in Talmud. 1868.
281. A. Levi. Geschichte der judisch. Münzkunde (con grabados). 1862.
282. J. Bonnet. La poésie devant la Bible (estudio crítico de los poetas). 1858.
283. J. Bunsen. Vollständiges Bibelwerk. 4 vol. 1864.
284. S. Munk. Mélanges de philosophie juive et arabe. 1859.

285. A. Dillmann. Das Buch Henoch. 1853.
- F. Philippi. Das Buch Henoch. 1868.
- J. B. Baltzer. Die biblische Schöpfungsgeschichte. 1867.
- F. Caminero. Manuale isagogicum in sacra Biblia. 1868.
288. L. W. Grimm. Das Buch der Weisheit erkl. 1860.
- Silv. de Sacy. Grammaire arabe à l'usage des écoles, etc., 2.de ed., 2 vol. 1830.
- H. Ewald. Grammatica critica linguae arabicae. 2 vol. 1833.
- C. P. Caspari. Grammatik der Arabischen Sprache. 3.^a ed. 1866.
- Will. Wright. A Grammar of the Arabic language, translated from the German of Caspari. 1859.
- F. G. Ayuso. Gramática árabe. Método teórico-práctico. 1871.
- F. Uhlemann. Grammatik der Syrischen Sprache (con cretom. y glos.). 2.^a ed. 1857.
- Sprenger. The technical terms of the arabic language. 2 vol. 1850.
- Yazig'i. Kitabu nari'l g'ira fi sharhi g'anfi'l Fara. Gramática árabe (en árabe).
297. Adolfo Wahrmund. Praktische Grammatik der neu Arabischen Sprache. 1861.
298. M. Bresnier. Cours de langue arabe. 1855.
- G. G. Freytag. Lexicon Arabico-Latinum, praesertim ex Djeuharii, Firuzabadiique, et operibus confectum. 1838.
- E. U. Lane. An Arabic-English Lexicon. 1863-71 (sigue).
- Juynboll. Lexicon Geographicum, e duobus codd. Arabice edidit. 1852.
- G. Flügel. Bibliographisch-encyclopädisches Wörterbuch. 3 vol. 1868.
- Kazimirski. Dictionnaire arabe-français. 2 vol., gros. 8.^o 1868.
- Silv. de Sacy. Chrestomathie Arabe ou extraits de divers écrivains arabes. 2.de ed. 1826.
305. D. Tornberg. Ibn el Athiri Chronicon quod perfectissimum inscrib. vol. XII. 1870.

- G. Freytag. Darstellung der Arabischen Verskunst. 1838.
- Id. Arabum Proverbia. 3 vol. 1843.
- Id. Hamasae Carmina cum tebrisii scholiis; cum vers. lat. com. 1851.
- Id. Ibn A'rabshah (con notas, etc.).
- G. Flügel. Corani Textus Arabicus. 1834.
- Id. Geschichte der Chalifen. 2.^a ed. 1864.
- A. Schleicher. Indogermanische Chrestomathie (trozos escogidos de varias lenguas indo-europeas, con trad. glos., etc., muy buena). 1869.
- M. Guckin de Slane. Vies des hommes illustres de l'Islamisme, par Ibn Khallicân. 1841.
- Id. Ibn Khaldoun, Histoire des Berbers et des dynasties musulmanes de l'Afrique Septentrionale (en árabe). 2 vol. 1851.
- F. Wüstenfeld. Abn Zacariya el Nawami, biographical Dictionary of illustrious men (texto). 9 parts.
- Id. Ibn Coteiba's, Handbuch der Geschichte (texto). 1850.
- Id. Macrizi, Geschichte der Kopten (texto). 1845-47.
- Id. Ibn Doraid-Genealogie (texto). 1853.
- Id. Ibn Hischám-a'bd-al-malik, das Leben Muhammed (texto). 1860.
- Id. Die Chroniken der Stadt Mekka (texto). 4 vol. 1860.
- Id. Kaswini's Kosmographie (texto árabe). (La trad. alemana es de G. Ethé, buena). 1856.
- Fleischer. Beidawicommentarius inCoranum (texto). 1848.
318. Mor. Redslob. Coranus Arabicae; Recens. Fluegelianae textus. 1853.
319. Marc. Jos. Müller. Die letzten Zeiten von Granada (texto con traducción en español). 1863.
- Id. Beyträge zur Geschichte der Westlichen Araber. 1850.

320. M. J. de Goeje. Al-Beladsorí Imamo Ahmed Ibn Yahya, liber expugnationis regionum (árabe). 1867.
321. W. Wright. The Kamil of el mubarrad. 1868.
322. Reinaud et Guckin de Slane. Géographie d'Abu-lfeda (texte arabe). 1840.
323. R. Dozy. Et J. de Goeje. Description de l'Afrique et de l'Espagne par Edrisi, texte arabe avec trad. 1866.
324. J. Juynboll. Et F. Matthes; Abu'l Mahasin Ibn Tagri Bardii annales ex codd. mss. nunc, primum edit. 1852-55.
325. Aug. Arnold. Septem. Moa'lla-Kât; carmina antiquissima arabum, text. adnotat. crit adjecit. 1850.
326. Fr. Dieterici, Mutenabbii carmina cum comm. Wahidii, ex codd. ed. 1860.
327. Garcin de Tassy. Azzeddin; les oiseaux et les fleurs. 1841.
328. Ibn A'rabshah, Fâkihatul-chulafâ wa Mafâkat Thurafâ. Bulâq. 1859.
- Kosegarten. Kitab-al-aghâni (arab.). 1840.
- Alf-Laila wa Laila (1.001 noches). 2 vol. ed. Bulaq.
- Rückert. Die Verwandlungen des Abu-Zaid Serug', oder Makamen des Hariri, in Nachbildung übersetzt (bellísima paráfrasis). 1844.
- Id. Hamasa; oder die Volkslieder... übersetzt. 1846.
- Nöldeke. Urwa Ibn Alward; gedichte, übersetzt. 1862.
- Ph. Wolf. Moallakat; die sieben Preisgedichte der Araber, ins deutsch ubertragen. 1857.
- R. Dozy. Dictionnaire détaillé des noms des vêtements chez les arabes.
- Id. Dugat, Krehl. Et Wright; analectes sur l'histoire et la litter. des arabes d'Espag. par Almacari (texto). 5 vol. 1867.
- Id. Recherches sur l'histoire polit. et litter. d'Espag. pendant le moyen age. 2.^a ed. 1860.
- Id. Histoire de l'Afrique et de l'Espagne, de Albayanul Mogrib (texto). 2 vol. 1851.
- Kremer. Geschichte der herrschenden ideen des Islams. 1868.

B. Haneberg. Abhandlungen über das Schul und Lehrwesen der Muhamedaner im Mittelalter. 1850.

A. Sprenger. Das Leben und die Lehren des Mohammed. 3 vol. 2ª ed. 1868.

Schmölders. Essai sur les écoles philosophiques chez les arabes.

J. Dieterici. Die Logik und Psychologie der araber (en el sigl. X). 1868.

-Id. Die Propaedeutik der araber (en el sigl. X). 1865.

A. Mehse. Die Rhetorik der araber. 1853.

341. G. Weil. Geschichte der Chalifen. 5 vol. 1862.

P. de Gayángos. History of the Mohammedan dynasties in Spain. 1843.

E. L. Alcántara. Colección de obras arábicas, tomo I. 1867.

J. J. Simonet. Leyendas históricas árabes. 1858.

-Id. Discursos. 1866.

G. Lane. Manners and customs of the modern Egyptians. 1837.

346. Zenker. Sitten und Gebräuche der heutigen Egypter (traducción del anterior, muy bueno). 1852.

347. Aem. Rödiger. Locmani fabulae quae circumferuntur (con notas críticas y glosario muy apreciables). 2.ª ed. 1839.

- -

Ejemplos de la declinación y conjugación sanskita, comparadas con las de los idiomas, zend, griego, latín, eslavo, litáuico y godo

-

Tercera parte

Historia de la filología.

- XIII -

Estudios anteriores a nuestro siglo.

Si el lenguaje está en relación tan íntima y estrecha con la naturaleza humana, como hemos afirmado en uno de los artículos anteriores, debiera haber llamado con especialidad la atención de los hombres eminentes y pensadores que florecieron entre los pueblos antiguos. Y, sin embargo, sabemos que no fue así. La antigüedad produjo hombres distinguidos en todos los ramos del saber; profundos filósofos, que estudiaron y establecieron las leyes del pensamiento; mas sus investigaciones sobre el lenguaje fueron tan superficiales, que pudieran pasar desapercibidas en la historia, si no hubieran abierto el camino a los venideros, quienes, valiéndose de los poderosos medios que les da la civilización moderna, han añadido asombrosos descubrimientos a los escasos resultados de sus predecesores. El descuido con que miraron los antiguos el estudio del lenguaje no destruye nuestra doctrina acerca de su relación con las facultades superiores del hombre, porque procedía de una causa exterior, suficientemente poderosa para aniquilar los efectos que hubiera producido esa íntima relación.

El odio que animaba a todos los pueblos contra los demás, aunque fuesen sus hermanos, era una barrera insuperable que se oponía a todo el que intentase hacer estudios lingüísticos. Pueblos para quienes no había otra humanidad que la encerrada en el estrecho círculo de su propia nacionalidad, no podían comprender la naturaleza del lenguaje, que siendo universal y común al género humano, recibe de él, en conjunto, su carácter esencial. Mas como cada lengua es una parte de este ser que llamamos lenguaje, al estudiar los antiguos su propio idioma, contribuyeron a poner en claro la naturaleza de aquél. Por esta razón no comprenderemos los trabajos de los modernos, y sus resultados, sin examinar antes lo que en este sentido hicieron los antiguos, por insignificante que sea.

En la escritura tenemos los primeros monumentos que presuponen algún estudio del lenguaje, y de sus diversas formas, la figurada (iconográfica) es, sin duda, la más antigua, y que el chino viene usando, notablemente modificada, hasta nuestros días. Pero en Egipto encontramos documentos en escritura alfabética, que ascienden a muchos siglos antes de J. C. (según algunos 4.000 años?!). Aunque la escritura gráfico-figurada fue utilísima, porque conservaba la memoria de los hechos en general, su influencia en el desarrollo del idioma y de su estudio fue nula; para que tenga alguna es necesario que los signos de escritura correspondan a los elementos de la palabra, lo que se obtuvo con la alfabética y silábica, sin las cuales la filología sería imposible.

El orden en que se colocaban los signos, como bet, guimel, dalet; beta, gamma, delta, etc., no era arbitrario; se fundaba probablemente en consideraciones fisiológicas o del sonido. Los caracteres que se habían de emplear para representar una palabra llamaron la atención hacia las sílabas, y del estudio de las palabras resultó su división en categorías gramaticales. Algunos pasajes del Pentateuco suponen en los hebreos, o en su autor al menos, conocimientos gramaticales: cp. 2 Mos. 3, 14; donde se deriva la palabra Yehovah de hava o haya, ehye asher ehye, soy el que soy; en el cap. 6, 3, ani Yehovah; es decir, yo soy Yehová; y en 1 Mos. 2, 23 se deriva la palabra ishsha de ish; a ésta se llamará ishsha, porque ésta ha sido tomada de ish; otros ensayos de derivaciones etimológicas que se hallan en la Biblia hemos indicado anteriormente.

Los silabarios hallados por Layard en Nínive, que componían la biblioteca de Sardanápalo, y cuyo fin era explicar la complicada escritura asiria unos, y dar aclaraciones gramaticales y lexicográficas otros, prueban que a mediados del siglo VII antes de J. C. no descuidaban los asirios completamente el estudio de su lengua. Esto mismo confirma con respecto a los egipcios el experimento que, según cuenta Herodoto, hizo su rey, Psammetico con los dos niños. (Nótese de paso que la palabra frigia que dice pronunciaron por primera vez dichos niños, becos, concuerda con el sanskr. bhach, pan; bhakta, cocido; anglosaj. bacan, ant. alem. bachan, y griego fôguein.) Vemos que la lengua patria debió llamar la atención de muchos pueblos ya en tiempos pre-históricos, y nada más natural que esto fuese así.

Pero ninguno llevó su estudio a la perfección que el indio, cuyas obras causan hoy asombro y admiración a todos los que las estudian y saben apreciar las dificultades que ha de vencer un estudio semejante, y en verdad que a ellas debe principalmente la filología moderna los grandiosos resultados obtenidos en nuestro siglo.

Desde que fue introducido el sanskrit en las universidades de Europa (¡con la sola excepción de España!), causaron las producciones de sus gramáticos un cambio radical en el estudio de las lenguas llamadas clásicas; diéronle otra dirección, abrieron nuevos horizontes de investigación, y aquel estudio, antes puramente humanístico, recibió un carácter más noble, un fin más sublime, y fue elevado a ciencia, como ya hemos notado varias veces. El filólogo del siglo XIX entra en relación con aquellos genios pensadores, cuyo nombre no había salido hasta entonces de su país, y de los cuales se ve separado por un gran número de siglos, cual si le hubieran precedido en pocos años; las producciones literarias nos ponen en comunicación con el pasado.

La riqueza de formas que posee el sanskrit, y la facilidad con que se dejan ordenar en clases, pudieron influir en los adelantos que hizo el indio en el cultivo de su gramática; pero, de todos modos, es digno de admiración el espíritu científico y profundo que le guiaba en sus investigaciones minuciosas, así como la agudeza de pensamientos, exactitud y precisión con que distinguían y apreciaban los fenómenos lingüísticos, muy especialmente los relativos al sonido y flexión. Los elementos que componían sus cánticos religiosos y oraciones, las palabras, eran para el religioso indio cosa sagrada; de aquí el que, para impedir toda alteración en ellas, las examinase escrupulosamente y crease el estudio de la gramática en tiempos tan remotos. El Rigveda, que, como hemos visto, es uno de los productos literarios más antiguos en el mundo, fue siempre objeto especial de su veneración, y por lo tanto, de estudio. La importancia religiosa que tenía esa colección de himnos, y la oscuridad que principió a envolver su sentido con el tiempo, impulsaron a algunos hombres amantes de sus antiguas tradiciones a facilitar la inteligencia de tan preciosos documentos nacionales; y como aquélla procedía de las diferentes acepciones en que se tornaban muchas palabras y formas, sus primeras aclaraciones fueron especialmente gramaticales.

Que el pueblo comprendía con dificultad estos cantos, lo dice uno de sus gramáticos más antiguos llamado Kautsa (del siglo V antes de nuestra era, por lo menos), citado ya por otro gramático muy notable, y poco posterior, si no contemporáneo, llamado Yâska, en su obra gramatical titulada Nirukta. Esto se explica también por el cambio de lenguas que había tenido lugar, reemplazando el sanskrit clásico al dialecto de los vedas, en lo cual pudo tener gran influencia el trabajo artificial de los escritores de aquel período. La oscuridad procedía también de la ignorancia en que se hallaba el pueblo respecto a las tradiciones a que aluden los himnos, y que son como su fundamento. Estas tradiciones tendrían, sin duda alguna, grande interés, y su pérdida es para nosotros muy sensible, aunque a ella somos en parte deudores de las excelentes obras gramaticales que nos ha dejado este pueblo.

Separado el sanskrit clásico de la lengua sagrada de los vedas, conservaron los sacerdotes y cantores el conocimiento de ésta, sucediendo lo propio con respecto al primero, luego que el pueblo se formó sus diversos dialectos, perdiendo la memoria de aquél, porque le hicieron lengua de la literatura, y se le empleó para explicar los libros sagrados. La veneración hacia éstos llegó a ser tan supersticiosa, que para explicar la etimología o significación de una palabra en comentarios, no la entresacaban aislada del texto, sino en relación con otras; es decir, en una oración completa, creyendo que de otro modo se mutilaba el sentido de la palabra. Yâska se atrevió ya a quebrantar esta ley supersticiosa, que pronto perdió su valor, y lo mismo se hace en los Nighantu o nirghanta, donde para comentar palabras se las cita aisladas.

Como al unirse las voces se verifica la fusión y cambios de muchas consonantes; al separarlas unas de otras, es necesario volverlas a dar su forma primitiva, lo cual requiere exacto conocimiento de las leyes eufónicas, difícil aún para nosotros, que las hemos recibido clasificadas y sistematizadas, y presupone un estudio muy especial de los sonidos, sus modificaciones, cambios, etc.

Las primeras obras que tratan de esto son las llamadas prâtiçâkyas, que se ocupan especialmente de la producción de los sonidos, su verdadera pronunciación, de los acentos,

etc. Al analizar de esta manera las palabras, se les presentaban formas gramaticales, y no podían menos de notar su conformidad o diferencia con las del sanskrit entonces hablado, o clásico. El estudio de la gramática hacia con esto considerables progresos, según nos prueban algunas observaciones que se encuentran en obras del período que vamos recorriendo, como las de Çâkalya y Gârġuia. Yâska cita varios gramáticos nominalmente, y otras veces los nombra en plural, vaiyâkaranâs. (Max Müller cuenta hasta 64); uno de los más notables, Çâkatayâna, trató ya con solidez y fundamento gran parte de la gramática. La cuestión, entonces ya muy debatida, acerca de la derivación del nombre, prueba suficientemente sus progresos.

Sostenían unos, a cuya cabeza iba Çâkatayâna, que se deriva siempre del verbo, y sus contrarios, que tenían por jefe a Gârġuia, afirmaban que «no todo nombre» proviene de verbo. Çâkatayâna y su escuela ganó la victoria; a ella se unió luego Yâska, y el célebre Pânini estableció ese principio de derivación como fundamento de su gramática. Me extendería demasiado si quisiera dar aquí las razones que aludían unos y otros en confirmación de su doctrina, por más que sean importantes y curiosas (pueden verse en Müller, A history, páginas 164 y siguientes). Una cuestión de esta naturaleza presupone grandes trabajos gramaticales, y mucho más cuando la vemos sostenida por hombres de la importancia y ciencia de Çâkatayâna. Sólo con hechos puede probarse ese principio, sin los cuales tienen poco valor las observaciones teoréticas. Era indispensable, pues, un análisis etimológico de los nombres, para poderlos referir a verbos; un exámen detenido de los medios por que se verifica su derivación, y que conociese, por consiguiente, los sufijos, prefijos, reduplicación, cambios de sonidos y fusión de varios en uno al unirse los elementos que constituyen el nombre.

Todos estos puntos importantes de la gramática se tratan en el Nirukta de Yâska, quien emplea además gran parte de los términos técnicos que más tarde encontramos en Pânini, y distingue las dos clases de sufijos, primarios y secundarios, que entran en la derivación del nombre; aun habla de las raíces en el sentido que hoy comprendemos esta palabra, y cuya distinción hemos aprendido de los indios.

En fin, la terminología de Yâska es tan detallada y científica a la vez, que supone una actividad inmensa en los estudios lingüísticos y un largo periodo de cultivo. Objeto especial de sus investigaciones fue la analogía o estudio de las formas, sin excluir la consideración filosófica, como vemos por los argumentos expuestos por ambas partes en la cuestión acerca de la derivación del nombre. También las palabras onomatopoéticas llamaron la atención del ingenioso Yâska; pero más que todo nos muestra la solidez de sus investigaciones la división que hizo de las partes de la oración en clases o categorías, estableciendo la significación de los elementos o partículas formativas, el valor de las voces, modos, casos, etc.

El trabajo de Pânini es tan completo y profundo, que aun hoy podrá difícilmente gloriarse lengua alguna de poseer otro semejante, y el europeo puede tomarle como muestra en sus investigaciones lingüísticas. Divídese la obra en ocho libros, con cuatro partes cada uno; están expresados los preceptos gramaticales en reglas brevísimas (sûtras), que ordinariamente ocupan media línea; son cerca de 4.000 y en tipos sanskritos de la escritura devanagari no darían más de 150 páginas en 8°. Y esta obrita tan pequeña contiene no

solamente cuanto los gramáticos europeos han tratado en sus obras de este género, como declinación, conjugación, adverbios y partículas, con su sintaxis, sino también las reglas observadas en la formación y uso de las palabras sánscritas, determinando con precisión (y concisión) el empleo de toda clase de afijos formativos; como los que designan estado, cualidades abstractas, etc. La excepción más insignificante no escapó a la mirada aguda del gramático indio. Si consideramos el complicado sistema de reglas eufónicas en sanskrit, su variedad en la derivación y composición, su riqueza extraordinaria de formas, y el gran número de excepciones, no podremos menos de admirar la exactitud y minuciosidad con que fue llevada a cabo toda la obra, al compararla con nuestras gramáticas más completas, puesto que Pânini no tuvo a su disposición los trabajos gramaticales y lexicográficos que nosotros poseemos. Esta clase de composiciones, en reglas o sentencias brevísimas (sûtras), sabemos es muy usada por los indios, quienes pudieron tener por objeto, al componer de esa manera, ayudar a la memoria, puesto que tales sentencias se retienen con mucha facilidad (algunos sospechan que les obligó a esa economía de palabras la escasez de papel; pero tal suposición es de todo punto infundada).

Los últimos elementos de la palabra, o sean las raíces (dhatu), hablan sido reunidas en listas antes de Pânini, y éste las modificó y perfeccionó. En su determinación fueron generalmente felices; pero, como partían del principio falso según el que «todo nombre se deriva de verbo», traspasaron los límites justos, queriendo buscar para todo nombre una raíz verbal; no encontrándola a veces verdadera, o porque fuese primitivo, o porque se perdiese su raíz con el tiempo, quedando de ella sólo los derivados, la fingieron, y en semejantes creaciones de la fantasía fueron a menudo desgraciados, porque no conocían el método comparado, indispensable en estudios etimológicos; pero el número de estas raíces es insignificante.

Los términos técnicos y demás expresiones casi algebraicas con que designa las formas y fenómenos gramaticales, indican exacto y profundo conocimiento del sistema que trataba de crear; la brevedad no produjo oscuridad, porque iba acompañada de admirable precisión; así l designa las terminaciones verbales en general; It las de los tiempos primarios (pres. imperat. perfect., y fut.); In las de los secundarios (imperf. aor., condición potencial y precativo); con una vocal interpuesta se expresan los tiempos y modos, a saber: lat, presente; lit, perf; lut, fut. 1.º; lrit, fut. 2.º; lêt, subj. pres.; lôt, imperat.; pero lan imperf.; lin, potencial y precat.; lun, aor.; lrin, condicional; al texto de Pânini acompaña siempre un comentario, sin el cual los sûtras serían para nosotros incomprensibles.

Otra gramática, cuyo método se aproxima al europeo, fue compuesta por Vôpadeva, acaso en el siglo XIII de nuestra era; muy posterior, por consiguiente, a la de Pânini. Los gramáticos indios han verificado una completa revolución en el estudio de lenguas; a ellos debe la filología los inmensos resultados que ha obtenido en los últimos decenios de este siglo. ¡Quién no admira los descubrimientos lingüísticos hechos en Asia, y quién no se asombra al ver tres lenguas reconstruidas después de veinte y dos siglos, que yacían sepultadas bajo las ruinas de Persépolis, Babilonia y Nínive!

Griegos y romanos son los dos pueblos que después del indio se ofrecen a nuestra consideración. La primera obra gramatical científica apareció entre los griegos cuando ya este estudio había adquirido un desarrollo considerable entre los indios: es el Kratylos de

Platón. Pero las observaciones lingüísticas tomaron aquí otro carácter muy distinto: el indio nunca pensó en hacer del estudio de su lengua una ciencia, porque no buscaba en ella lo que debía ser, y sí sólo lo que era y lo que había sido; mas el griego, impulsado por la fuerza, que le arrastraba siempre a formar el arte y ciencia según el plan trazado en su imaginación creadora, y a conocer los principios y causas de todo fenómeno, buscó en la lengua su naturaleza interna, lo que debía ser. Por eso principió este estudio cuando no sabía distinguir entre nombre y verbo, ni tenía idea clara de algún fenómeno gramatical, por investigaciones que constituyen el término de la ciencia o son el resultado de otros trabajos preliminares. Como no podía menos de suceder, jamás llegó a hacer verdaderos estudios gramaticales, porque le faltó el fundamento de toda investigación lingüística, que es el método analítico, y la paciencia del indio para hacer esas divisiones y subdivisiones anatómicas indispensables cuando se quiere llegar a conocer los últimos elementos de la palabra y naturaleza de la misma.

Mas los griegos crearon y cultivaron con éxito brillante el estudio de la sintaxis, haciendo el primer ensayo para determinar el empleo de las partes de la proposición. A esto contribuyó no poco el desenvolvimiento sintáctico de su lengua, en lo que aventaja en parte al sanskrit y latín. En esta clase de investigaciones obtuvieron excelentes resultados, sin que para emprenderlas les moviese otro impulso que la fuerza irresistible de saber el «porqué» de las cosas.

En tiempo de Platón no existían aún maestros de la lengua, y ya se ocupaban con preguntas y cuestiones propias de su filosofía. Heráclito, Demócrito y Pitágoras hicieron observaciones curiosas y profundas sobre el lenguaje, y sin embargo, Platón en su *Kratylo* no descubre conocimiento alguno de la gramática, ni aún tiene idea clara de la diferencia entre nombre y verbo; para él todos los elementos de la lengua son palabras, y su conjunto oraciones (*rêmata* y *onomata*), si bien en el mismo *Kratylo* trata de explicar algunas cuestiones etimológicas.

Los sofistas fueron ocasión de que se penetrase más en el estudio del idioma, dando lugar al origen de la dialéctica; pero las investigaciones hechas con este motivo tomaron más bien un carácter lexicográfico que gramatical.

Hicieron de ella un arma ofensiva y defensiva para probar y sostener toda clase de opiniones, y la forma ingeniosa bajo la cual debía exponerse el lenguaje no podía menos de atraer la atención hacia el discurso y sus elementos, mucho más cuando se proponían como fin el saber la significación genuina de las palabras.

Protágoras determinó ya el género de los nombres y se acercó a la distinción de modos, deseo, mandato, etc. Hippias dirigió su atención al estudio de los sonidos, y Prodikos al de los sinónimos. Sócrates decía que era conveniente adquirir el conocimiento de las cosas principiando por sus nombres, y en general observamos en varios diálogos de Platón una inclinación natural de estos filósofos a explicar la etimología de las palabras; lo cual es propio de todo pueblo pensador y original en sus creaciones.

Según este último, el discurso será exacto cuando las palabras de que se compone sean entendidas por el que oye en el mismo sentido que las dice el que habla; para lo cual deben

estar en la conveniente relación con los objetos que designan, no pudiendo, por lo tanto, formarlas cada uno a capricho; de esta regla se exceptúan los nombres propios y algunas expresiones de significación general, como numerales, etc.; en esto vemos que el filósofo griego estuvo acertado y exacto.

La relación natural entre palabras y cosas está fundada, según el mismo, en la idea que tenían de los objetos designados los inventores de aquéllas; idea que podía ser verdadera o falsa. Conceptos elementales se expresaban por sonidos de la misma naturaleza, es decir, elementales, con los que se formaban palabras primitivas. Esta imitación de las cosas por los sonidos puede ser incompleta, bastando que se represente en la imitación el tipo general del objeto. Las palabras están sujetas con el tiempo a variados cambios, viniendo a olvidarse el carácter distintivo que se tuvo en cuenta al dar nombre al objeto: estas y análogas observaciones son de Platón.

Aristóteles era de opinión que las palabras habían sido formadas en virtud de convención, kata synzêyen, y ésta puede conservarlas en su significado primitivo. Toda palabra es, pues, significativa, mas no como instrumento (natural del lenguaje), sino porque así fue convenido y dispuesto, ouj hôs organon de, allá hôs proeirêtai kata synzêken; desechaba, pues, el principio de onomatopeya. Estudió con especial cuidado la relación que existe entre lenguaje y pensamiento, mas no supo distinguir con claridad los elementos de ambos: objeto, concepto y palabra se confunden para él muy a menudo. El sonido no constituye por sí una palabra sino cuando el hombre le emplea como signo (de una idea) hôtan guenetai symbolon.

Fue el primero que distinguió las partes del discurso, dividiéndolas en onomata, nombres, rémata; verbos, y súndesmoi, partículas (entre éstas contó acaso los pronombres, XVI, páginas 257-58). También introdujo el término técnico ptôsis, con que designó «formas de flexión» y derivadas, tanto en el nombre como en el verbo, en oposición a klêsis (¿forma fundamental?), que significa denominación, nombre. Divide los nombres en simples y compuestos; distingue, como Protágoras, tres géneros (llamando al neutro metaxú), y trató de establecer sus caracteres por la terminación del num. singular.

Vemos que Platón, Sócrates y Aristóteles hicieron algunos progresos en el estudio de su hermosa lengua, y apreciaron con acertado criterio algunos fenómenos gramaticales; pero se nos manifiestan sin duda más grandes y geniales en las cuestiones que suscitaron, dejando a los venideros su resolución, que en los descubrimientos positivos que nos transmitieron en sus obras.

La gramática no era para Platón y Aristóteles otra cosa que el estudio de las letras o sonidos; al menos, sobre estos dos elementos versaban sus principales investigaciones, acaso porque se prestan mejor a la observación filosófica.

También merecen especial mención por sus trabajos literarios, los estoicos, y entre ellos especialmente Krisippo (280+206 a. J. C.). Sus observaciones lingüísticas cayeron en provecho de la lógica; pero sabido es que ésta no era entonces otra cosa que el arte de hablar bien y correctamente, o sea la dialéctica y retórica en sentido algo lato; porque en la dialéctica se estudiaba hasta el sonido y su producción. A causa de la dependencia mutua en

que caminaban lógica y gramática, perdió la primera, y la segunda, al contrario, adquirió una posición más elevada, creciendo de este modo el número de sus partidarios. Pero hasta que no se hiciese de ella un estudio independiente y separado, no podían ser grandes los progresos, y menos llegaría a obtener el rango de ciencia especial, lo que nunca alcanzó entre los griegos.

Sobre el origen del lenguaje se emitieron diversas opiniones. Epicuro, al que, sin quererlo, siguen muchos filólogos modernos, sostenía que la lengua es en el hombre una necesidad natural. Así como ejercita sin conciencia las funciones de la vista, oído, etc., del mismo modo hace uso de los factores del lenguaje; en la formación de palabras obedece a la misma necesidad (*fysikós kinoumenoi*). Explicaba la diferencia de idiomas por la diversidad de afecciones, representaciones o ideas, influyendo además en ella el diverso desarrollo de los instrumentos que producen el sonido o sea de los órganos del lenguaje.

Los estoicos buscaron también el origen de éste en la naturaleza; los nombres son la expresión y representación del objeto designado. En sus opiniones sobre la lengua, palabras y conceptos observamos más claridad y precisión que en Aristóteles, y distinguieron el artículo, *arzon*, de las partículas en general (aquél le había incluido en *syndesmói*); además los casos, comprendidos antes en la denominación general *ptôsis*, y los atributos del verbo. *Krisippo* fue el primero que dividió el nombre en propio y apelativo.

Entre tanto el período de la literatura había pasado; Atenas extendía su cultura entre los pueblos; sus hijos emigraban a Europa, Asia y África, llevando consigo el idioma, cuyo estudio tomaría pronto otro carácter. Formose con el tiempo una lengua culta, que usaban los admiradores de la antigua civilización griega; y como pocos la heredaban de sus padres, en su mayor parte debían aprenderla por estudio y continua lectura de los clásicos. Habían muerto los dialectos de Homero y de los grandes líricos, y era necesario conservar a toda costa el conocimiento de sus preciosas obras, por medio de trabajos semejantes a los que hizo el indio sobre sus vedas, y el judío sobre la Biblia. Alejandría, asiento de cultura y civilización helénica, lo fue también de sus gramáticos, prestando grandes servicios a la ciencia.

Para poner en manos del público las producciones de los clásicos, era necesario, en primer lugar, restablecer el texto primitivo, deteriorado, y esto exigía conocimientos de historia, mitología, geografía, y del estado material e intelectual de la antigüedad, sin olvidar la crítica y hermenéutica. Los cantos de Homero fueron siempre la gloria y orgullo de todo griego, a la vez que un medio para aumentar la cultura intelectual y formar la inteligencia, según el espíritu nacional, por lo que conservaban aún su estado primitivo, o habían variado poco, siendo comprendidos por todas las clases de la sociedad.

Los primeros gramáticos de Alejandría, adornados de grandes conocimientos lingüísticos, de historia nacional y de mitología, desempeñaron dignamente su misión. Este período duró desde Zenodoto, bajo Ptolomeo Filadelfo (284-247 antes de Jesucristo), hasta Apolonio Discolo y su hijo Herodiano, bajo Marco Aurelio (161-180 después de Jesucristo), y sobresalieron en él, además, Aristófanes y Aristarco, cuyos trabajos han sido el fundamento de la crítica moderna, aplicada primeramente a la filología por el alemán Augusto Wolf. Aristarco, al establecer las categorías gramaticales, tomó por regla las

formas del sonido (signo exterior), sin perder de vista la significación (signo interno); de este modo se introducía en la gramática un orden sistemático, que facilitaba su estudio y aplicación a la inteligencia de los clásicos. (,)

Los griegos perdieron las mejores ocasiones de adquirir seguras noticias acerca de la lengua y literatura de algunos pueblos orientales, en quienes su orgullo les hacía ver sólo bárbaros, incapaces de producir cosa digna de su observación. Alejandro, extendiendo sus conquistas hasta el interior de la India, no solamente les puso en relación inmediata con aquel pueblo, cuyo idioma, el sanskrit, había de ser la piedra sobre la cual se fundaría 2.000 años después la filología, pudiendo, por consiguiente, apropiarse el método del indio en las investigaciones lingüísticas, sino que el carácter de dominadores les facilitaba la adquisición de sus libros sagrados, y les abría el camino para iniciarse en los misterios de su religión, tradiciones, etc., y transmitir a la posteridad tesoros literarios, cuya pérdida total o parcial se dejará sentir siempre en la ciencia. Vieron, sin mostrar el menor interés, desaparecer de la superficie del globo lenguas depositarias de la literatura religiosa y profana de pueblos poderosos y quedó encomendado a las rocas lo que ellos no supieron conservar.

Los emigrados de Grecia se dedicaron también al estudio de la gramática, y observando la semejanza entre su idioma y el latín, hicieron de ellos un estudio comparado; aparecieron por este tiempo varios trabajos sobre el dialecto romano, como el de Tyranion, en que intenta probar su derivación del griego. Ensayos de este género no podían menos de dar excelentes resultados, por el fin y por los medios o principios sentados como base de tales investigaciones.

Apolonio Discolo no hizo en sus obras mención alguna del latín ni de otra lengua extraña, acaso porque temía para la propia malas consecuencias de la comparación de ambos idiomas; puesto que prestando exclusiva atención a sus semejanzas, se olvidaban los gramáticos de examinar sus diferencias, y no creían posible, o no comprendían, otra estructura gramatical que la que éstos les presentaban. Estudiaban la lengua como era en su tiempo, sin intentar hacer investigaciones acerca de su desenvolvimiento histórico, o del modo con que había llegado a tener esa forma.

Los principios que seguían en la derivación etimológica de las palabras, no eran más acertados que los establecidos por sus predecesores; aunque son ya poco frecuentes tales derivaciones, como las que vemos en *lucus*, de *lucere*, *quod nimium luceat*; *bellum*, de *bellas*, *quod res bella non sit*; *lex*, *quia legi solet*; *mantilia* (toalla), a *tergendis manibus*; *liberi* (hijos), *quia quod libet facere possunt*, etc., y otras muchas que encontramos sobre palabras griegas.

Pero la gramática hacía, no obstante, progresos considerables, a lo que contribuyó no poco la lucha no interrumpida entre anomalistas y analogistas. (Estos dos partidos se levantaron también entre los romanos.) Los analogistas sostenían que en la lengua domina una ley regular y constante, en virtud de la cual la palabra guarda cierta analogía con el sonido; es decir, que iguales categorías se expresan por iguales formas de sonidos. Como jefes de este partido aparecen el griego Aristarco (de la escuela alejandrina) y el latino Varrón.

Los anomalistas, guiados por el estoico Crátes, afirmaban que en la lengua se quebranta la analogía con demasiada frecuencia, y que aún sonidos de palabras iguales presentan alguna diversidad. Según esta escuela, la palabra no corresponde, ni por su contenido ni en sus relaciones, al concepto, y la lengua no se ha formado en analogía con el pensamiento, sino que es anómala con respecto a él; no domina, pues, en ella la analogía, sino la anomalía; en esto parece afirmarse que el pensamiento es de toda punto independiente del uso del lenguaje, sobre lo cual hemos hablado en otro artículo.

La analogía está sobre el uso para los unos, y éste es el principio directivo que admiten los segundos en el desenvolvimiento gramatical de la lengua.

Trataron algunos de buscar un término medio entre ambas opiniones, y Herodiano estableció la analogía y uso como principios que rigen y dominan el lenguaje en su vida histórica; pero subordinando el segundo a la primera, porque él mismo se inclinaba más a la escuela de los analogistas.

(Los argumentos con que ambos partidos apoyaban su doctrina pueden verse en la obra de Steinthal). ()

Apolonio Discolo escribió varios tratados gramaticales sobre los sonidos, ortografía, acentos, cantidad (prosodia en general), composición, etc.; de muchos de ellos sólo nos quedan fragmentos, en los que, sin embargo, se descubre su extraordinario talento, sus dotes especiales para la filología, y vasta erudición; de la sintaxis, que fue su obra principal, se nos ha conservado la mayor parte. Los que le siguieron en esta clase de trabajos fueron más bien comentadores y compiladores, que se propusieron por objeto ordenar y metodizar el material reunido en las obras de los que les habían precedido en este género de estudios.

La gramática entre los romanos fue sólo un episodio de la griega; se fundó sobre ella, se desarrolló bajo su tutela y dependencia, y murió la primera. Imitaron aquí los trabajos de los griegos con el mismo celo y resultados que las demás artes y ciencias, y hubieran hecho mayores progresos en todas, si en investigaciones científicas les acompañara la profundidad, exactitud e independencia que caracterizan al griego en sus empresas y en todo género de estudios.

Crátes, natural de Malle, en Cilicia, contemporáneo de Aristarco, dio a conocer los estudios lingüísticos en Roma, enseñando la lengua griega y explicando sus clásicos. Despertó en la nueva capital del mundo el deseo de cultivar o imitar el estudio de la filología en todos sus ramos, y tuvo por discípulos a varios gramáticos, que se distinguieron principalmente por su gusto en apreciar y juzgar con sana crítica las obras de los antiguos.

Varrón se apartó del camino y método que habían seguido los gramáticos de su país, y es digno de elogio por una originalidad e independencia nada común entonces en este ramo del saber. Su obra, *De lingua latina*, pertenece a las apariciones más notables en el terreno de la lingüística, siendo el primero que expuso científica y extensamente los fenómenos y formas gramaticales de la lengua de Roma. ()

Si atendemos a que Varrón apenas había tenido predecesores al componer su trabajo, no podremos menos de admirar lo atrevido de la empresa y habilidad con que la terminó. Sabe aplicar al latín el método que había aprendido de los griegos, y defiende independientemente su propia opinión allí donde no está conforme con sus maestros. Pero aunque en general dieron sus investigaciones mejores resultados que las de sus mismos preceptores, los griegos, hizo en algunos puntos importantes de la gramática muy pocos adelantos, y especialmente siguió las opiniones antiguas con respecto a la derivación, que llama *impositio verborum*, es decir, *quemadmodum vocabula essent imposita rebus in lingua latina*. No llegó a distinguir bien los modos, y aunque tuvo idea de lo que son palabras primitivas y emplea la voz radices, no supo hacer la debida aplicación. De los veinte y cuatro libros en que dividió la obra, se conservan seis incompletos (V-X) y fragmentos de los otros; las preciosas noticias que probablemente contendrían acerca de los dialectos de Italia, hacen su pérdida tanto más sensible cuanto que es irreparable, puesto que no existen, de aquel tiempo, obras de este género.

Después de Varrón, vemos, en lugar de gramáticos, preceptistas, comentadores y escoliastas, cuyo principal mérito consiste en haber opuesto un dique a toda corrupción en los clásicos, conservando entre el pueblo su conocimiento, inteligencia y muchas de sus bellas y grandes ideas, que de otro modo se hubieran perdido con sus obras.

Quintiliano sacó a la gramática latina de la esclavitud griega, en la que cae por algún tiempo después de Varrón, volviendo sucesivamente a recobrar su independencia. El despotismo de César parecía haber sofocado o aletargado la actividad intelectual de los romanos, a quienes no quedaba otra cosa que el goce de los antiguos restos literarios; pero justamente este goce sostenía el estudio de la lengua en que estaban escritos. Así que, cuando los grandes genios desaparecieron del teatro de Roma, y su literatura era sólo un reflejo y sombra de lo que había sido, aparecieron en escena los gramáticos y críticos, como para salvar aquellos preciosos restos de la furia del olvido, de la ignorancia y acaso de la barbarie. Lo más importante que se publicó en este tiempo fueron acaso los diez y ocho libros *commentariorum grammaticorum* de Prisciano.

Los indios, griegos y romanos, excluyendo del círculo de investigaciones lingüísticas a los idiomas extranjeros (aun de la misma familia), dejaron incompleto el estudio del propio. La lengua varía con el tiempo, tiene, como el hombre, su historia, y muchos de sus fenómenos son inexplicables sin acudir a las formas que tuvo en períodos anteriores, o que habiendo desaparecido en ellas, se conservan en otras, que juntas forman un grupo o familia. Mas ningún pueblo de la antigüedad supo hacer aplicación del método comparado, que exigía la unión de la humanidad en una sociedad de hermanos, cosa entonces imposible e incompatible con las opiniones y preocupaciones reinantes. Muchas lenguas hubieran sido presa de la voracidad de los tiempos, el griego y latín quizá no hubieran tenido mejor suerte, si un acontecimiento extraordinario, el más grande que registran los anales del mundo, no hubiese venido a verificar esa unión: el cristianismo, predicando la fraternidad universal. Sus ministros, estudiando los idiomas de los pueblos a quienes predicaban, ponían un dique a su disolución, y traduciendo con exactitud y escrupulosidad religiosa los sagrados libros a dichas lenguas, las conservaron en estos preciosos documentos para la posteridad, tales cuales existían en boca del pueblo, en un período determinado.

Al cristianismo debemos el poseer una literatura kóptica, siríaca, armenia, geórgica, etiópica y goda, si bien los primeros cristianos no hicieron en sus principios estudios verdaderamente lingüísticos, porque eran ajenos a la misión que se les había confiado. La literatura de algunas lenguas comenzó por una traducción de la Biblia, como la del anglosajón. Entre los sirios, armenios y etíopes se despertó pronto el amor a las letras, y los primeros, que ya cultivaban el estudio de su lengua hacia el siglo V, tuvieron pronto gramáticos notables, entre los que sobresalieron Santiago de Edesa; José Huzita (580 d. J. C.); Elías, obispo de Nisive, y otros muchos, hasta el siglo XIII, en que floreció el célebre Gregorio Barhebreo, llamado también Abulfaragio, (1226+1286), que aventajó a todos los que le precedieron, y fue además gran historiador. A principios del siglo XVI sobresalieron Theseo Ambrosio, jurisconsulto y gramático; Acurio José, presbítero; Moisés, diácono; y Elías, subdiácono, que enseñaron por los años 1514 el siríaco en Roma, y tuvieron por discípulo al citado Ambrosio; Alberto Vidmanstadio, jurisconsulto al servicio del emperador Carlos V, publicó en 1555 sus Elementos gramaticales, y el N. T., primer libro siríaco que se imprimió en Europa. Andrés Masio publicó, entre otras obras, una gramática en 1573, que dio a luz Gaspar Waser, aumentada en 1594, y apareció mucho más perfecta en Leyden, 1619; Waser dio, con esta publicación, un gran impulso al estudio del siríaco, dialecto semítico muy importante por las producciones literarias de las iglesias cristianas. ()

A fines del siglo XVI publicó también una excelente gramática de la misma lengua Jorge Miguel Amira, en Roma; Cristóforo Crinesio publicó a principios del siguiente siglo, en Witemberga, su *Gymnasium Syr.*, en que trató ya algunos puntos de sintaxis. Buxtorfio dividió del mismo modo su gramática en analogía, sintaxis y parte práctica (*Grammaticae Chald. et Syr.*, libro III, ed. 2.^a 1650); pero tiene inexactitudes en la impresión, por estar escrita con letras hebreas. Joh. Michael Dilherr añadió a sus *Eclogae sacrae N. T. syriacae, graecae, latinae*, unos *Rudimenta grammaticae syr.* excelentes (Halis, 2.^a, 1646); José Acureense, Henr. Hottinger, Brian Walton, Edm. Castello y otros publicaron trabajos gramaticales en el siglo XVII, dando nuevo lustre al estudio del siríaco, entre los que hizo época la obra de Enrique Opilio, *Syriasmus facilitati et integritati suae restitutus*, Lips., ed. 2.^a, 1691.

En el siglo XVIII aventajó a todos sus predecesores Chr. Bened. Michaelis, con su *Grammatica linguae syr.*, Halis, 1741, y siguieron mejorando el método David Michaelis, Christ. Adler, J. Godofr. Hasse (*Praktisches Handbuch der aram... sprache*, Jena, 1791), J. Seewater (*Handbuch der hebr., chald., syr. und arab. grammatik*, Leip., 1817), Thomas Yates (*Syriac Grammar*, Lond., 1819) y H. Ewald (*Lehrbuch der syrischen sprache*, Erkl., 1826.)

Una nueva era para el estudio de esta lengua principió con la obra de Hoffmann, recomendable por todos conceptos y sin igual hasta el día, aunque por su claridad y brevedad sea preferible la de Uhlemann; en el Catálogo van indicados los trabajos lexicográficos y las crestomatías más notables. Más antiguo es el estudio de la lengua que contenía el texto primitivo de los libros sagrados, el hebreo, y que suscitó además cuestiones de la mayor importancia, como las del origen del hombre y del lenguaje.

Los judíos no cultivaron la gramática hasta que, perdida su nacionalidad, se vieron dispersos entre las naciones, pero trabajaron sin cesar en la conservación fiel del sagrado

texto. En el tercer siglo antes de J. C. se hizo la traducción griega de los Setenta, que pronto adquirió gran fama y autoridad inmensa entre judíos y cristianos. Sus inexactitudes, y el separarse a veces del texto hebreo, dieron motivo a que en el siglo II de nuestra era trabajase Aquila su traducción, a la que siguieron las de Teodocion y Sinmaco. Ninguna está libre de grandes imperfecciones, y difieren a menudo entre sí y del texto hebreo en puntos esenciales, lo cual no tanto fue culpa de los traductores, como acaso de la incorrección de los manuscritos que tuvieron a su disposición. Por este motivo, los cristianos comprendieron la necesidad de acudir al texto primitivo, y así lo hicieron ya Orígenes, pero con especialidad San Jerónimo quedando asegurado al hebreo para lo sucesivo un lugar preferente en el estudio de la filología, de manera que su descuido o abandono ha sido, es y será siempre culpable y reprehensible en los que deban fomentarle, por estarles encomendada la custodia de tan sagrados depósitos.

Desde los primeros siglos del cristianismo fue considerado el latín como lengua eclesiástica; traducciones de los libros sagrados y tratados especiales compuestos en ella andaban en manos de todos. El clero cristiano cultivó casi exclusivamente las ciencias en la Edad Media, y publicaba sus obras en latín, por cuyo estudio debía principiar su educación todo el que deseaba adquirir alguna cultura. Era entonces la lengua de la ciencia, y en pocos siglos se creó una literatura, cuyas numerosas traducciones saca el filólogo moderno con laudable celo de los empolvados estantes de las bibliotecas. Tampoco quedó descuidado el griego, como depositario del texto primitivo del Nuevo Testamento.

El estudio de lenguas extrañas creó naturalmente el de la propia; pero en la Edad Media fueron aún rarísimas las obras gramaticales que se escribieron sobre lenguas vulgares. La filología no pudo desarrollarse en el seno del cristianismo por sus ministros, porque tenían otra misión mucho más sublime, que llamaba su atención; pero él esparció la semilla, que tan copiosos frutos ha producido en nuestros días. Sin su cooperación se hubiera perdido el conocimiento de muchas lenguas que hacen un papel importantísimo en esta ciencia; como el godo, cuya memoria han salvado los fragmentos de una traducción de la Biblia hecha por el obispo Ulfilas, y única obra que de esa lengua tenemos. Entre los pueblos y sectas religiosas de la antigüedad que fomentaron el estudio de lenguas, sabemos que ocupan un lugar distinguido los budistas; por medio de sus traducciones podemos estudiar en formas antiguas idiomas que después sufrieron variaciones y cambios notables; como los del Tibet, de los mogoles, kalmukos y ceylaneseos o pâli; éste, de importancia especial por la influencia que ejerció sobre las lenguas del archipiélago, y por lo tanto sobre la cultura y civilización de sus pueblos.

A la caída del imperio de Occidente siguió en Europa un período de decadencia para las ciencias, que vinieron a quedar como en un profundo sueño, y sólo daban señales de vida en el interior de algunos claustros. Entre tanto se levantaba en Asia con poderoso vuelo una nueva cultura, que extendiendo sus alas hasta Europa, fructificó la semilla, ya casi perdida, dejando sentir su influencia en la filología más que en ninguna otra ciencia. Los hijos del desierto, entusiasmados por el fanatismo que les infundía la doctrina que creían nuevamente revelada al profeta de la Arabia, su compatriota, cayeron con furia sobre el imperio de Oriente, conquistaron rápidamente la mayor parte de sus provincias, y la media luna extendió su poder del Indo al Ebro.

En todos los pueblos que sometían encontraban una cultura más o menos floreciente, que pronto trataron de imitar y se apropiaron. Persia había llegado bajo los sasanidas a un alto grado de civilización. Los cristianos sufrieron grandes persecuciones, cuyo origen pudo ser el temor que abrigaban esos reyes de que se uniesen a sus correligionarios de Occidente, donde el cristianismo había sido declarado por aquel tiempo religión del imperio.

Pero algunas de sus sectas fueron tenidas en gran respeto, y a su sombra nacieron escuelas florecientes, como la de los nestorianos. En especial gozaron los judíos de la protección y favor de muchos monarcas sasanidas, bajo los cuales fueron notables las academias judías de Nehardea, Sora, Pumbadita y otras. La cultura helénica estaba entonces en boga, y muchos sabios, que huían de las persecuciones de Occidente, encontraron favorable acogida en Persia. Algunos escritores aseguran haber sido traducidas al idioma de este país, persa, las obras de Homero, con varias otras de filosofía y medicina; aun se dice lo mismo de las de Platón y Aristóteles; pero tales trabajos, que revelarían un gran monumento literario son desconocidos.

El entusiasmo y fanatismo religioso que acompañó a los árabes en sus conquistas les guió también en el cultivo de las ciencias y artes, en las que produjeron bellos y copiosos frutos; para hacer la exposición detallada de los principales trabajos literarios que nos dejaron, sin contar los perdidos, se necesitarían muchos volúmenes (Hammer cuenta sobre 9.915 autores, poetas, etc.). La gramática fue uno de los ramos que más llamaron su atención, y en que obtuvieron mejores resultados, de modo que el europeo ha podido estudiarla (como en sanskrit) en las mismas obras nacionales, y es de esperar que el conocimiento de escritos gramaticales inéditos arroje nueva luz sobre este importante ramo de la filología musulmana.

La religión fundada por el Profeta favoreció y aun hizo necesario el estudio del árabe. Porque como el traducir el Korán a una lengua extranjera fue tenido por profanación de la palabra revelada, los pueblos que abrazaron el mahometismo se vieron obligados a admitir, con la religión, la lengua en que era enseñada. El árabe llegó a ser de esta manera lengua religiosa, del Estado y de la literatura, desalojando a otras, que pronto fueron relegadas al olvido, y cuyo lugar ocupó aun entre el pueblo. Pero el muslim, siempre amante de sus tradiciones, temió que en estas adquisiciones se apropiase elementos extraños, y creciendo el peligro con las nuevas conquistas, se aumentó el cuidado para preservarle del daño que amenazaba. Era preciso hacer inteligible a todos el libro de la revelación -(Korán), -cuyo sentido es en muchos pasajes oscuro, o mejor ininteligible a los mismos sabios, porque no fue acaso claro a su autor. Ésta exigía profundos estudios gramaticales y lexicógrafos, que desde su origen tomaron un carácter y consagración toda religiosa.

Ya en el primer siglo del islamismo se habían levantado en su seno ciudades florecientes, y en el segundo se cultivaban, no sólo los estudios de tradición y del Korán, que nacieron con la Muerte de Mahoma, así como también la poesía que le había precedido, y la arquitectura especialmente protegida por sus inmediatos sucesores; pero la ciencia de derecho y las matemáticas hicieron notables progresos. Luego se levantó Bagdad, por largo tiempo silla de los califas y asiento del lujo, esplendor, civilización y ciencia orientales; y en Occidente se ponían los cimientos a la gran mezquita de Córdoba, émula de la capital de Oriente. En ésta reunían los califas todo lo que pudiera servir de estímulo a los amantes de

las letras. Si no se escribían obras originales en todas las ciencias, se traducían las extranjeras al idioma del Korán; de este modo las de Aristóteles sirvieron de fundamento a la filosofía del islamismo. Los califas premiaban las producciones científico-literarias con munificencia verdaderamente oriental. En el segundo siglo de la huida, bajo Mançur, Harun-Arrashid y Maçmun hicieron grandes progresos en filología, historia y derecho; en astronomía tomaron por maestros a los indios. ()

Pero la filosofía árabe jamás supo emanciparse de la esclavitud griega; así el misticismo de los Sûfis tuvo origen en la filosofía neoplatónica y en los Vedantas de los indios.

Pero volvamos a la filología, que siempre tuvo más admiradores que las demás ciencias en un pueblo que trabajaba por conservar a toda costa intacto el depósito de sus sagradas doctrinas. El cuarto califa Alí (+661) puede ser considerado como fundador de la gramática, si bien el primer trabajo que de este género se conoce es de Abûl-asuad (+688, o según otros, +719), y halló una acogida en gran manera favorable. Muchas personas eminentes se dedicaron al estudio de la gramática, siguiendo el ejemplo de Abûl-asuad, y los príncipes respetaban y premiaban a los filólogos con liberalidad sin ejemplo. El mismo es tenido por el verdadero fundador de la famosa escuela de Basora, como Abûl-Hasan Ali al Kîsây lo fue de la de Kûfa, que nació poco después (en 638).

Estas dos escuelas produjeron hombres distinguidos, que trabajaron con emulación en la exégesis del Korán, y dejaron numerosas obras gramaticales y lexicográficas de la mayor importancia.

Abû A'bdarrahman al Jalîl, que floreció entre los años 718 y 786, discípulo de la escuela de Basora, descubrió y fijó los preceptos de la prosodia, y fundó el arte métrica entre los árabes. Tuvo por discípulo a uno de sus gramáticos más notables, llamado Sîbauaih, cuya gramática, que se conserva aún manuscrita, tiene muchas ventajas sobre otras que se escribieron después.

La civilización árabe había llegado a su apogeo en los siglos III y IV de la huida. El califato no pudo ya mantener unidos los pedazos que había juntado con la fuerza de las armas para formar su colosal imperio, y caminaba rápidamente a su disolución; en los tres primeros siglos del imperio se contaban más de catorce dinastías, y al terminar el tercero se había dividido definitivamente en tres califatos: el de los Abbasidas, en Asia; el de los Ommeyas, en Europa, y el de los Fathimitas, en África. Pero todos o la mayor parte de los príncipes de estas dinastías se mostraron favorables a la ciencia. ()

En el segundo siglo de la huida florecieron los filólogos Açmai y Abû U'baida, este último de grande autoridad. No ignoraban los árabes la importancia de obras enciclopédicas en que se expusiese un sencillo y breve panorama de todas las ciencias; y a fines del siglo III de la huida publicó el filólogo Abû Zaid Ahmed un trabajo de este género bajo el título Las divisiones de las ciencias, que luego fue seguido de otros semejantes de los filósofos Al Kindi, Ibn. Sina y el Machriti (el Madrileño).

Son bien conocidas de todos las numerosísimas escuelas y academias que fundaron los árabes en las principales ciudades de sus dominios, algunas de las cuales florecieron hasta su completa expulsión de Europa. Sus primeras escuelas fueron las mezquitas, hasta que, aumentándose el número de los literatos, se formaron sociedades y coros de hombres científicos, que reunidos en lugares determinados y dispuestos al efecto, discutían acerca de los puntos señalados; sucedía esto no sólo en España, sino también en Siria, Irak y otros países donde dominaba la religión y ley del Korán; y algunas de estas sociedades académicas escribían sus memorias y discursos.

La casa de la sabiduría o dârul-jhiqmat, inaugurada en el año 1005 en Cairo, merece, con justicia, el nombre de universidad, y las academias de Andalucía derramaron sus luces por toda Europa. Es verdad que algunos atribuyen la civilización de los árabes españoles y sus grandes adelantos en ciencias y artes a los cristianos que permanecieron viviendo entre ellos; pero no son tan evidentes las pruebas en que se funda la opinión a que aludimos, que sin más datos debamos admitirla como verdadera.

Los filólogos árabes tuvieron no poca parte en la creación de bibliotecas. Cuéntase de muchos particulares que las poseían de diez mil volúmenes; mucho más ricas eran las de los emires y califas; de la de Córdoba se dice que llegó a contener seiscientos mil; y en otras ciudades importantes de la España árabe las había muy ricas y preciosas.

Los diccionarios sobre ciencias son muy numerosos en la literatura musulmana, de modo que libros que versan sobre diferentes materias, como la naturaleza del hombre, el camello y otros animales, tienen, además, el doble carácter de filológicas, por el cuidado especial que ponían sus autores en dar explicaciones etimológicas de los nombres; y los autores de tales obras, a su ciencia especial en la materia sobre que escribían, juntaban conocimientos lingüísticos.

En la mayor parte de las cortes musulmanas gozaban los poetas del favor de sus soberanos, quienes intentaban, con esto, crearse una atmósfera favorable por medio de las alabanzas desmedidas que aquéllos les prodigaban entre el pueblo. Algunos príncipes alojaban a los sabios y poetas en sus propios palacios o les regalaban casas, en lo que se distinguieron Abderramán III y Hakem II entre los califas españoles. De Hishem II se cuenta que asistía él mismo a las escuelas y academias, y repartía por su mano premios a los vencedores en públicos certámenes. Tales distinciones eran un estímulo poderosísimo para los hombres de ciencia, que de este modo no hallaba obstáculos que se opusiesen a su progreso.

Por los años de 1054 (446 de la huida) nació en Basora el gran poeta, orador, retórico y gramático, Abû Muhammad Kasem, llamado Hariri, el maestro de la elocuencia, y cuya prosa rimada aventaja a la del Korán; murió hacia los años 1124, y dejó varias obras, entre las que se cuenta una de las más bellas producciones de la literatura de los árabes, titulada Makâmât, o Sesiones, y algunos trabajos gramaticales de importancia.

En este mismo siglo florecieron el español Ibn Jakam, historiador y poeta, que reunió en sus Collares de oro gran número de preciosas composiciones poéticas; y el filósofo, célebre

en todos los países sarracenos, Gazalî, que dejó, entre otras obras sobre diversas materias, una muy notable, titulada La regeneración de las ciencias.

Los mejores gramáticos árabes pasaron algún tiempo de su vida entre los beduinos del desierto, ocupados en estudiar la lengua tal cual existía en boca de los verdaderos y genuinos árabes. Sibauaih recogió entre ellos los principales datos y materiales para su gramática, y Abû U'baida tuvo a un beduino por maestro; del mismo modo puede asegurarse que los primeros ensayos lexicográficos salieron del desierto.

Un discípulo de Jalîl, llamado Abûl-Hasan... Ibn Sumail, fundó en Corasan una escuela semejante a la de Basora, donde acudieron gran número de discípulos a escuchar sus lecciones; otros muchos siguieron después su ejemplo en diversas ciudades; el mismo dejó varios escritos sobre ciencias naturales, físicas y astronómicas, en los que su principal objeto parece ser el dar explicaciones etimológicas de las palabras.

Algunos gramáticos se dedicaron con especialidad al estudio de los dialectos, frases, giros y provincialismos de la lengua, entre los que sobresale ya en la primera mitad del siglo III de la huida Abû Zaid, conocido por el sobrenombre al Ansârî, a quien por sus variados conocimientos llamaban el gramático por excelencia. En el mismo siglo floreció otro gramático y lexicógrafo, que llegó a adquirir grandes conocimientos y vastísima erudición en la escuela de su maestro Açmâi, llamado Sichistânî.

La historia fue de los ramos más cultivados por los árabes; de algunos príncipes se cuenta que tenían diez y más historiadores ocupados en escribir los anales de su reinado; su narración merece, por lo general, toda confianza, si bien falta por completo la crítica. Ibn Jallikân, Makrisi, Soyuthi y otros muchos han inmortalizado su nombre con obras de este género.

Florecieron aún las ciencias, con breves intervalos, en todos los países sometidos a la media luna durante los siglos VI y VII; el novelista español llamado Antari; el geógrafo Idrisî; el legista Morgainâni, autor de la celebrada obra titulada Hidayat; los historiadores Sema'ni; el Sherîsî, autor de la obra histórica titulada Camil o perfecto; Shehristani, y el biógrafo Ibnul-Kofti, autores de varias obras notables, son prueba de lo que decimos. A todos aventajó el historiador Ibn Jaldûn, quien en su historia de las Dinastías africanas, y más aún en sus Prolegómenos, manifiesta un genio político sobresaliente, y sana crítica nada común entre sus correligionarios; la última parte de sus Prolegómenos es una especie de enciclopedia apreciable de todas las ciencias entonces conocidas. Por el mismo tiempo floreció el gran geógrafo y viajero Ibn-Batuta (siglo VIII de la huida).

Después de la muerte del historiador Makrîsî y del historiador, biógrafo y topógrafo Soyuthi, hombre de vastísima erudición, que florecieron en el siglo IX de la huida y XV de nuestra era, comenzó un período de postración mental y decadencia entre los árabes, que fue en aumento hasta que por completo cesó todo movimiento literario. Algo pudo contribuir a esto la supersticiosa creencia, muy extendida entonces, de que el poder del islamismo terminaría mil años después de su nacimiento.

Algunas ciencias tuvieron, en diversos períodos, por enemigos declarados a los mismos príncipes, quienes dispusieron autos de fe para destruir por medio del fuego todas las obras que tratasen sobre determinadas materias; el príncipe de Fez Abû Ya'kub (en 1192) mandó quemar todas las novelas, cuentos y fábulas que pudieren ser habidas. De modo que cuando comenzó el período de decadencia ya habían sido diezmadas bárbaramente gran número de bibliotecas; las doctrinas fatalistas y anticientíficas que por espacio de algunos siglos habían bebido en el Korán conducían naturalmente a tan bárbaros extremos. El grande Almanzor, en tiempo de Hishem II, cometió igualmente tales torpezas en diversas ciudades. Las persecuciones contra judíos y cristianos eran también directamente opuestas a los progresos de las ciencias; el célebre Maimonides se vio precisado a huir de Andalucía a Egipto en la persecución movida por Abdul-mumin.

Cuando los genios creadores de la literatura nacional desaparecieron del teatro de la ciencia, comenzó el período de los glosistas y comentadores, como hemos observado entre griegos y romanos.

El siglo XVI produjo algunos historiadores y biógrafos; a fines del siglo sobresalen, entre otros de menor importancia, el comentador y glosista Abul-faith, y el conocido bajo el nombre Tebriz, que lo fue del libro titulado Hamâsa. Ya en los siglos precedentes habían florecido escritores muy notables de este género, como el llamado Mutarrezî en el VI de la huida, y el Sherîshî o jerezano.

Digno de especial mención en el siglo XVII es Hachi-jalfa, hombre de vastísima erudición y de grandes conocimientos en todos los ramos del saber, pero que se distinguió como historiador, geógrafo, enciclopedista y bibliógrafo.

En este siglo de revoluciones y trastornos florecieron aún algunos hombres distinguidos en historia, en la ciencia del derecho y en filología, como Abul-Baka, oriundo de Crimea, autor de un gran Diccionario de términos filológicos. Muchos otros se dedicaron a la bibliografía y a coleccionar las composiciones de poetas.

En general, lecciones y trabajos literarios de estos últimos tiempos llevan el carácter de un período de terrible decadencia.

La imprenta, que por primera vez se comenzó a usar en Constantinopla en el primer tercio del pasado siglo, dio a conocer algunas obras árabes. Pero entonces apareció más clara la decadencia de la literatura, y la postración y falta de energía en las inteligencias, enervadas y embrutecidas durante los muchos años que llevaban de inacción; porque, en vez de la revolución científica y movimiento literario que siguió en Europa a tan glorioso acontecimiento verificado más de dos siglos antes, no se hizo otra cosa que reproducir y extender las obras clásicas antiguas, pero nada nuevo salió a luz; fue pues una simple imitación material de lo ya realizado en otros países.

Con el siglo XVIII murió para siempre la literatura árabe antigua o según el espíritu y carácter que recibió del profeta del desierto. Introducida la imprenta en Constantinopla, Beirut, Cairo, Bulaq y otras ciudades del imperio musulmán, entrará en las pocas inteligencias que en lo sucesivo den señales de vida el espíritu que domina la ciencia

européa, y su poderosa acción e influencia realizará un cambio completo en la cultura nacional, que tomando distinto camino del señalado en las doctrinas koránicas, será el principio de un nuevo período en su literatura. No puede asegurarse que la literatura árabe haya muerto para no levantarse jamás; allí donde existe un pueblo regido por leyes, existe la semilla que fructifica las inteligencias; pero la literatura que produzca esa semilla no será pura como la antigua, porque nace bajo influencias extrañas.

La literatura árabe puede dividirse en dos períodos: el 1.º comprende desde la huida de Mahoma hasta la conquista de Bagdad en 1258, y el 2.º abraza hasta el siglo XVIII. El siglo del Korán, o época religiosa, termina con la caída de los Ommeyas por los años 749; el segundo siglo que pudiéramos llamar de la tradición, comprende desde el primer califa de los Abbasidas hasta la muerte del noveno de ellos Uasík billah en 846; el tercero conserva el mismo carácter literario, y en él principió la funesta desmembración del imperio; el cuarto, o filológico, filosófico y de las matemáticas y astronomía, acaba con la caída del califato en España en la primera mitad del siglo V de la huida; siguiendo en el siguiente, hasta la toma de Bagdad, el movimiento literario que había comenzado en el anterior. La séptima época tuvo hombres notables en varios ramos del saber; pero puede llamarse el siglo de la historia y de la crítica como la octava hasta mediados del siglo XI. La última época fue rica en comentadores bibliógrafos y glosistas, y por lo tanto es el período del misticismo y de la exégesis.

Llenaríamos muchas páginas si intentásemos sólo enumerar los nombres de los escritores árabes más sobresalientes; el número de gramáticos y filólogos fue tan extraordinario, que ya en el siglo XV cuenta Soyuthi sobre 2.500! educados la mayor parte en las escuelas de Basora y Kûfa, que en los últimos siglos de su existencia vinieron a unirse y formar una escuela mixta. (, ,)

Cuando las luces de la ciencia musulmana comenzaban a apagarse en toda la extensión de su dilatado y antes poderoso imperio, se levantó la llama del ingenio en Occidente con tal fuerza que pronto se dilató, y extendió sus luminosos rayos por todo el ámbito del mundo conocido y más allá.

Tres poetas, casi contemporáneos, Dante (+1321), Francisco Petrarca (+1374) y Boccaccio (+1375), animados de los mismos sentimientos e ideas; con igual profundidad, riqueza y extensión de ingenio; de imaginación fecunda y brillante fantasía, los tres aspirando a un mismo fin, dieron a su lengua patria la forma y perfección que hoy tiene, y los dos últimos trabajaron con infatigable celo por despertar y generalizar entre el pueblo culto el amor a los estudios de la literatura clásica latina, en cuyas pretensiones obtuvieron no pocos resultados. ()

Manuel Krisoloras, enviado por J. Paleólogo en 1391, con la misión de buscar auxilio contra el emperador Bayaceto, se dio a conocer en Italia como hombre versado en la literatura: fue llamado como profesor de lengua griega a Florencia, y formó sucesivamente en esta ciudad, Milán, Venecia, Pavía y Roma gran número de discípulos aventajados, que fomentaron y extendieron el amor a las producciones de los clásicos, cuyo estudio se hizo general y necesario para todos los que deseaban adquirir alguna cultura.

Todos los estados de Europa tomaron especial interés en el nuevo desenvolvimiento de las ciencias; España caminó entonces al frente de la civilización, y los grandes y profundos pensadores que produjo en aquellos tiempos, llamados de tiranía y oscurantismo, forman la página más brillante de la historia de su literatura.

El descubrimiento del Nuevo Mundo y la aparición del protestantismo fueron como los golpes que despertaron la actividad del espíritu, no porque estuviese antes encadenada, pues en este caso, únicamente los que rompieron las cadenas hubieran sido capaces de producir algo nuevo, sino porque las nuevas doctrinas y opiniones la pusieron en la necesidad de defenderse, y los inventos que pronto se siguieron, abrían nuevos horizontes a la ciencia, y hacían accesibles a todos, los medios de adquirirla, reservados antes a muy pocos privilegiados. Este movimiento se dejó sentir de una manera especial en el terreno de la filología, donde sólo había que edificar sobre los fundamentos echados en siglos anteriores.

El médico y filólogo Julio Caesar Escaliger, oriundo de Alemania (+ 1558), escribió la primera obra verdaderamente filológica, en la cual examinó, estudió y expuso con método y consideración filosófica los fenómenos lingüísticos. Mucho más perfecta y útil fue la obra del célebre español Sanctius (1554+1628), que publicó de nuevo el alemán Bauer a principios de este siglo (). De trabajos lexicográficos merece especial mención el *Thesaurus linguae latinae* de Robertus Stephanus, dado a luz segunda vez por Gesner en 1749. Const. Lascaris escribió la primera gramática griega, y le siguieron Reuchlín (+1522) y Melanthon (+1560), profesor de Witemberga y dotado de grandes talentos para la enseñanza. En 1572 apareció el magnífico *Thesaurus linguae graecae* de Henricus Stephanus (+1598), fundamento de todos los trabajos lexicográficos que vieron la luz pública en lo sucesivo, y sin igual hasta hoy. Fue publicado en Londres en 1826 y en París 1836-65. Es acaso la obra más completa de este género que tenemos hasta el presente.

El protestantismo, llevado por los principios que le sirven de base, se vio obligado a llamar en apoyo de sus doctrinas a la Biblia, e hizo necesarios estudios más profundos de lengua hebrea, que luego tendrían por consecuencia el de todas las orientales.

Clemente V mandó establecer cátedras de hebreo, en el Concilio de Viena celebrado en 1311, y pronto se dieron a conocer algunos buenos hebraizantes, como el conde Juan Pico de Mirándola (+1494). Los apreciables trabajos de Reuchlin, de J. Buxtorf (+1629) y de su hijo (+1664) hicieron época y dieron nuevo impulso a los estudios orientales.

El P. Alcalá compuso la primera gramática árabe en 1505, que no tuvo por mucho tiempo igual en Europa. Ya hemos indicado las obras gramaticales y lexicográficas más notables sobre la lengua siriaca.

Los idiomas antiguos abrieron el camino al estudio de los modernos. Dante, con su obra *De vulgari eloquentia* y con la titulada *Volgare illustre*, trató de separar la lengua culta italiana de la del pueblo; Pietro Bombo (+1547) escribió la primera gramática italiana que se conoce; de la lengua española publicó una muy buena Antonio Nebrija en 1492, y del alemán se publicó una en 1534, pero muy imperfecta, y otra mejor de Laurentius Albertus vio la luz pública en 1573. Desde entonces siguió el estudio de las lenguas modernas la

marcha de las otras ciencias, porque las nuevas relaciones sociales y el gran desarrollo que había recibido el comercio aumentaban considerablemente sus aplicaciones.

Los viajes emprendidos en los siglos XV y XVI introdujeron en el círculo de la filología idiomas nuevos. Antonio Pigafetta dio a conocer muchas palabras de lenguas que encontró entre los pueblos visitados en el viaje que hizo alrededor del mundo, acompañando a Magallanes. Lo mismo hicieron otros orientalistas, como Vechietti en su viaje a Egipto, Siria, Armenia, Persia, India; Philippo Sassetti, a este último país, donde vivió desde 1583 a 1588.

Los nuevos civilizadores de América nos han dejado también excelentes trabajos sobre sus lenguas: Andrés de Olmos, una gramática y lexicón de las lenguas Mejicana, Zotonaca y Huasteca; Cepeda varias obras sobre los idiomas de América Central; Antonio de los Reyes una gramática y lexicón de la lengua mixteca (Amer. cent.) (1593); Domingo de San Tomás una gramática de la lengua quichua (Perú), de las lenguas Araucana (Chile), Aymarica (Bolivia y Perú); Guarani (Brasil y Paraguay), y otras hay también gramáticas que aparecieron en este tiempo; es de advertir que la mayor parte de estos trabajos son excelentes y hasta hoy únicos de su clase. Los misioneros de Asia siguieron el ejemplo de los de América, y dejaron a la posteridad apreciables trabajos sobre los idiomas de aquellos pueblos, aunque no en tan gran número, por impedírsele la inseguridad de su situación penosa.

Suscitose de nuevo la cuestión acerca del origen del lenguaje, por entonces ya muy debatida; y como, según las tradiciones bíblicas, hubo un solo idioma primitivo, admitiose como tal el hebreo. Pero aquellos a quienes no satisfizo esta sencilla decisión trataron de examinar si existía alguna semejanza o relación de parentesco entre las lenguas clásicas y las semíticas.

Guillermo Postello hizo probablemente el primer ensayo de este género en su libro de *Affinitate linguarum*, publicado en 1538; y Bibliander en el suyo, que lleva el título *De communi ratione omnium litteratum et linguarum*, sostiene que la lengua primitiva fue la hebrea, de la que se derivan todas las demás; esta opinión fue la más admitida por entonces.

En el siglo XVII sobresalieron el francés Claudio Salmasio (+1653), el alemán (de los Países Bajos) Jerardo J. Voss (+1649) célebre por su *Aristarchus sive de Arte grammatice* de 1635, y su *Etymologicum latinae linguae*. Charles de Fresne (+1688) se dio a conocer por su *Glossarium ad scriptores mediae et infimae latinitatis* (París, 1678) y su *Glossarium mediae et infimae graecitatis* (París, 1688), que en aquel tiempo fueron obras de gran mérito.

En los idiomas semíticos fueron notables Walton, en caldeo, Leusden, en samaritano, y Erpenio, en árabe; Job Ludolf publicó muy buenos trabajos sobre el idioma etíope, pero se extendió su influencia a las lenguas semíticas en general. Tampoco debe pasarse en silencio el gran trabajo lexicográfico de Meninski, aun en nuestros días muy apreciable.

Los misioneros prestaron también en este siglo grandes servicios a la ciencia, aprovechando las ocasiones que se les ofrecían para aprender las lenguas de los pueblos con

quienes venían en contacto, a lo que se unió la fundación del colegio de Propaganda fide en Roma, por los años de 1627, que ha publicado sin interrupción numerosas obras en y sobre lenguas extranjeras.(, ,)

El gran pensador alemán Leibnitz (+1716), cuya poderosa influencia se dejó sentir en todas las ciencias, no descuidó la filología, aunque los adelantos que él mismo hizo en ella fueron insignificantes, por el escaso tiempo que pudo dedicar a su estudio; en muchas lenguas de las más importantes por sus aplicaciones sólo se habían hecho ensayos para conocer su mecanismo gramatical. Dirigió su atención a la etimología, y su nombre sirvió para dar autoridad a esta clase de investigaciones, consideradas entonces como ridículas, y que, como hemos visto anteriormente, son la base de la lingüística y de la filología en general. En una importante disertación, titulada *Brevis designatio meditationum de originibus gentium ductis potissimum ex indiciis linguarum*, hizo una especie de clasificación de los pueblos según sus lenguas. Empleó toda la influencia de que gozaba en la sociedad para proteger y fomentar el estudio de lenguas, como atestiguan sus cartas a personas de posición, príncipes, misioneros, viajeros, etc.; merece, pues, un recuerdo en la historia de la filología.

Sobre los idiomas semíticos aparecieron, en los siglos XVII y XVIII, muchos y muy buenos trabajos: de Albr. Schultens (+1750), sobre hebreo y árabe; de N. G. Schröder (+1796) tenemos también una buena gramática hebrea: O. G. Tychsen (+1815) mostró con varias obras sus grandes conocimientos en todas las lenguas semíticas; J. Dav. Michaelis aventajó a los anteriores, y escribió varias obras de gran mérito; J. Godofredo Eichhorn (+1827) fue hombre de extraordinaria erudición y claro discernimiento, y por lo tanto una autoridad en su tiempo.

En el siglo XVIII vieron también la luz pública algunas gramáticas de las lenguas de la India, y Scholz, Bruce, Brown, con otros filólogos y viajeros, hicieron los primeros ensayos sobre los idiomas africanos.

Egede, Edwards, Ortega, J. Zambrano, Bonilla, Neve Molina y otros, mejoraron las obras gramaticales y lexicográficas publicadas en los siglos anteriores (de ellas la mayor parte en español) sobre las lenguas de América, o dieron a luz nuevos trabajos sobre otras hasta entonces desconocidas. Los descubrimientos geográficos fueron siempre auxiliares poderosos de la filología; en los viajes de Cook, Parkinson (1784), Dixon (1789), etc., se hicieron colecciones de palabras, que daban a conocer las lenguas de los pueblos visitados, como ya se habían hecho en tiempo de los primeros exploradores de América.

La emperatriz Catalina, de Rusia, hizo preparar un glosario comparado, del que apareció segunda edición en 1791, y que contiene 285 palabras en 272 lenguas. El pensamiento de Catalina era grande, y dio resultados muy fecundos. El primero que le puso verdaderamente por obra, descubriendo nuevos horizontes a la ciencia, fue el docto español Lorenzo Hervás, que, dotado de talentos especiales para la lingüística y con extensos conocimientos en éste y otros ramos, ocupó un lugar distinguido entre los sabios de su tiempo. Hervás (1735+1809) puede ser considerado como el verdadero fundador de la filología comparada.

()

Después de haber trabajado por algún tiempo en las misiones de América, y escrito varias gramáticas, pasó en 1784 a Roma, donde acudieron por entonces muchos de sus hermanos correigionarios, con motivo de la supresión de su orden en España. Como gran parte de ellos habían hecho misiones entre diferentes pueblos, cuyas lenguas conocían, le dieron noticias acerca de muchas de aquellas que, por carecer de literatura, sólo podían ser estudiadas entre el pueblo mismo. Reunidos los resultados de sus propias investigaciones y de las noticias que le habían comunicado, publicó su excelente trabajo, en que se propuso examinar y hallar, por medio de las lenguas, el origen y relación genealógica de los pueblos. Hizo muchos descubrimientos importantes en las de América, China o indochinas, y no puede negársele el mérito de haber echado el fundamento para el estudio comparado de los idiomas, puesto que su obra tenía ya el fin determinado de descubrir la relación que existe entre los pueblos por la que hay entre sus lenguas, lo cual sólo podía hallarse estableciendo comparaciones entre las mismas.

El alemán Juan Cristóbal Adelung desarrolló y puso en práctica el pensamiento de Hervás en su obra titulada *Mithridates*, cuya publicación dio principio cuando la de Hervás estaba terminada. En esta obra se pone como ejemplo el padre nuestro en más de 500 lenguas.

Los trabajos que a fines del siglo XVIII aparecieron sobre el mecanismo, formación y origen del lenguaje, sobre la producción del sonido en general, y del articulado en particular, contribuyeron no poco al ensanchamiento que iban a tomar las investigaciones filológicas en el siguiente.

- XIV -

Estudio de la filología en el siglo XIX.

Lenguas indo-europeas.

Sin pararnos a examinar las causas que han podido contribuir al decaimiento de las ciencias en España, y al casi completo abandono de la que nos ocupa, seguiremos la marcha que el estudio de ésta ha llevado en los demás países europeos, puesto que en ella encontraremos apenas algún español que, despreocupado de las opiniones que reinan en su patria, haya dirigido su atención a la filología, uno de los estudios más dignos del hombre.

En el tránsito del siglo pasado al presente floreció el alemán Herder (+1803), que, con sus variadas y profundas investigaciones sobre el carácter y producciones de los pueblos, con especialidad antiguos, ejerció no pequeña influencia en la dirección que tomaron pronto los estudios filológico-lingüísticos.

Fue el primero que hizo estudios sólidos y basados en la ciencia sobre las canciones nacionales, probando su importancia para conocer el carácter y espíritu de los pueblos, y su

pensamiento ha dado después opimos frutos. Los grandes resultados que pueden sacarse de este género de investigaciones, llevadas a cabo con el tacto y conocimientos necesarios, son demasiado evidentes para que nos detengamos aquí en numerarlos. Esas canciones son el retrato fiel del individuo y de la nación; la expresión de sus sentimientos, opiniones e ideas; en ellas se manifiestan los secretos y afecciones del espíritu, y por ellas se descubre el estado y causas de su desenvolvimiento intelectual, aun en épocas remotas.

Entre tanto, la aparición de los cuatro filósofos alemanes Kant, Fichte, Schelling y Hegel, cuya autoridad fue entonces muy respetada; la fundación de nuevos establecimientos literarios en toda Europa; la revolución francesa; la expedición de Napoleón a Egipto; los extraordinarios descubrimientos hechos por franceses, ingleses y alemanes en Persépolis, Babilonia y Nínive; los viajes científicos emprendidos por filólogos y geógrafos; el estudio de los idiomas de la India, que ya ocupaba a muchos europeos; estos y otros acontecimientos corrieron el velo que ocultaba a los ojos de los sabios el inmenso panorama que contenía un nuevo mundo de objetos de investigación y estudio, y hacían prever el cambio que en breve sufriría el de lenguas, y los resultados que llenarían vacíos importantes en la historia profana y religiosa, como en la geografía de los pueblos, especialmente asiáticos y africanos. La filología se ensanchaba hasta el infinito con los nuevos descubrimientos de la lingüística. Viose que para conocer las causas y efectos del desenvolvimiento intelectual de los pueblos es necesario que al estudio de su idioma acompañe el de todos los elementos que obran en ese desarrollo, y se unieron ambos ramos, filología y lingüística, para formar una sola ciencia. Este cambio en la dirección y método de los estudios filológicos estaba ya como marcado por las nuevas ideas y descubrimientos que habían causado una revolución en la sociedad, y le hicieron más rápido los grandes genios que, como siempre sucede en tales casos, aparecieron entonces, Hervás, Wolf, Schlegel, G. de Humboldt y otros.

Pero todo esto no bastaba; era necesario un agente más poderoso, que derribase por completo el edificio levantado durante muchos siglos de trabajo, y le reconstruyese sobre nueva base, dando valor y dirección diferentes a las investigaciones, elevando el estudio de lenguas a verdadera ciencia; que ya no estudiase e hiciese aplicaciones demasiado limitadas, de ciertos y determinados idiomas, y sí admitiese a todos en su seno, sacando de ellos utilidad en las variadas aplicaciones nuevamente descubiertas: este agente extraordinario fue el sanskrit, con las demás lenguas de nuestra gran familia, antes poco conocida.

El italiano Filippo Sasseti, que vivió en la India varios años, tuvo ocasión de observar el parentesco inmediato de esta lengua con las europeas, y de vuelta a su patria hizo ver la analogía entre muchas palabras sánscritas e italianas. Mas su voz se perdió, sin ser oída, en el espacio, y en dos siglos apenas hubo quien apoyase sus pruebas, ni aun repitiese sus palabras.

El orgulloso Brahman, que no solo mira con desprecio a todo extranjero, pero aun le considera como impuro, tenía por un crimen el comunicar a los que llamaba Mlechchas o bárbaros los secretos de su religión, y enseñarles la lengua sagrada, depositaria de la doctrina revelada. La astucia y celo de los misioneros, secundados por los prosélitos, pudo al fin vencer estas dificultades, y uno de ellos, por nombre Roberto de Nobilibus, llegó a

poseer tan buenos conocimientos del sanskrit, que se atrevió a componer una falsificación de los vedas, 1620, en esta lengua. El alemán Enrique Roth pudo también aprender lo suficiente para entrar en disputa con los brahmánes (1664), y el jesuita de la misma nación Hanxleden escribió a fines del siglo XVII la primera gramática, con algunos trabajos relativos al mismo idioma, que, por desgracia, no vieron la luz pública; de modo que ninguna noticia se tuvo por entonces en Europa de semejantes estudios y trabajos.

Benjamin Schulze, misionero (alemán) en Tranquebar, llamó de nuevo la atención hacia esta lengua, que parecía resistirse a entrar en el círculo de investigaciones europeas (1725), repitiendo observaciones análogas, pero más explícitas que las de Sasseti.

El célebre La Croze (1661+1739) asegura en su *Histoire du Christianisme des Indes*, 1724, que había observado muchas palabras semejantes en el persa e indio (sanskrit); y Teófilo S. Bayer confirmó la relación y parentesco entre los numerales indios, persas y griegos, pero lo atribuyó a influencia de los últimos durante su dominación en Persia y países limítrofes a la India; otros creyeron ver el origen de esa semejanza en los escitas. De esta manera se aniquilaban las observaciones importantes que se habían hecho para probar la relación estrecha y sorprendente entre los idiomas europeos y el sanskrit.

En 1767 envió el P. Coerdoux a la Academia Francesa una memoria, en que da más pormenores acerca del parentesco entre el sanskrit, griego y latín, explicándole por el que debió existir entre los mismos pueblos; para confirmar el primero compara muchas palabras, pronombres y numerales en dichas lenguas, haciendo ver hasta la evidencia su parentesco; esta memoria interesante se leyó ante la Academia en 1768, pero no fue publicada hasta cuarenta años después, cuando ya se estudiaba el sanskrit en varios puntos del continente europeo.

Los derechos y privilegios que concedieron los ingleses a los indios sometidos a su dominación, y las importunas instancias de los primeros, acompañadas de su autoridad y poder, ablandaron la rigidez de los astutos brahmánes, que se prestaron a enseñarles su lengua, llegando algunos hasta el punto de manifestarles los secretos más importantes de su religión, aunque con gran reserva, pues era esto tenido por gran crimen.

Halhed, traductor de una obra sobre derecho, que mandó componer el gobernador de las Indias, Hastings, y publicada en inglés (1776), después sucesivamente en francés y alemán, fue el primero de los ingleses que aprendió de un brahmán el idioma sanskrit, y sostuvo más terminantemente que los anteriores su relación de parentesco con el persa, griego y latín. Las obras que sobre el mismo objeto escribió el jesuita (alemán) Paulino de San Bartolomé, y sus dos gramáticas sánkritas (la última en latín, de 1804), publicadas en Roma, no fueron conocidas en el resto de Europa, que se hallaba entonces empeñada en las guerras de Napoleón. El deseado huésped quedaba aún en su patria en poder de los ingleses, que ya no le abandonaron. Wilkins fue el segundo que llegó a poseer grandes conocimientos de la lengua sagrada del indio, y llamó extraordinariamente la atención de la culta Europa con su traducción de un episodio del gran poema épico Mahâbhârata y de la obra llamada Bhagavadghâtâ, que, según G. de Schlegel es el poema filosófico más bello de todos los conocidos, y acaso único que con verdad merezca ese nombre. Publicó otras obras

y traducciones, y en 1808 una gramática, que entonces contribuyó mucho a extender y facilitar el estudio de la lengua. ()

William Jones, uno de los orientalistas más notables de aquella época (1746+1794), siguió los pasos de Wilkins y ejerció una influencia incomparablemente mayor en los progresos del naciente estudio. Nombrado juez supremo en Fort William (Bengala) a los treinta y siete años de edad, lo protegió y fomentó por todos los medios imaginables, y a él debe el desarrollo inmenso que adquirió en muy poco tiempo, por sus excelentes traducciones de las obras más notables de la literatura sánscrita, entre las que se cuenta la de Sakuntala, que traducida inmediatamente a la mayor parte de los idiomas europeos, fue acogida por Goethe con un entusiasmo sin límites. Publicó otro bellísimo poema llamado Ritusanhara, o sea descripción de las estaciones (seis, según la división que del año hacen los indios). (,)

Un hombre de talentos tan extraordinarios, y que poseía conocimientos tan profundos y vastos en lenguas, no podía menos de apreciar en todo su valor la relación evidente del sanskrit con los idiomas de nuestra familia, especialmente con los germánicos, y de llamar decididamente la atención de los sabios europeos hacia ella. Así lo hizo, afirmando ser tan marcada su afinidad con el griego y latín, que, según palabras suyas: No philologer could examine all the three, without believing them to have sprung from some common source which perhaps no longer exists. También notó los muchos puntos de contacto que existen entre la religión de los indios con las de los griegos y latinos, y que han dado origen a la mitología comparada; nuevo estudio, del que sin duda podemos esperar grandes resultados.

Entre los ingleses que siguieron a Jones en sus estudios, sobresalió Henry Thomas Colebrooke (+1837), cuyas obras, escritas con método y precisión, fueron el fundamento de la filología sánscrita. La posición que ocupaba en la India (Mirzapoor) le facilitaron medios para profundizar en el estudio del idioma, sobre el que publicó, durante toda su vida, buenos y numerosos escritos. Tomando por base la gramática de Pânini, principió a trabajar una, circunstanciada y exacta, de la que, por desgracia, sólo parte llegó a ver la luz pública (Calcuta, 1805). Dio a luz otras muchas obras lexicográficas y gramaticales, algunas de los indígenas, y escribió sobre el derecho, filosofía y matemáticas de los indios, y por primera vez sobre los Vedas. El estudio del sanskrit se generalizaba; indios y europeos tomaban ya parte en el nuevo movimiento literario, y en poco tiempo aparecieron en inglés tres gramáticas sánscritas: la de Carey (en Serampore, 1806), de Wilkins (Londres, 1808); y la de Forster (Calcuta, 1810); también se había principiado la publicación del poema épico Râmâyana, con una traducción inglesa.

Pero todos estos trabajos llamaban poco la atención en el continente europeo, agitado entonces por guerras encarnizadas; de modo que no se pensaba aún en admitir en las universidades el nuevo estudio, aunque se reconocía su derecho, porque estaba bien probada su importancia y múltiples aplicaciones. Este nuevo acontecimiento se iba a realizar pronto, y dio lugar a ello la misma guerra entre franceses e ingleses. En virtud del decreto de Napoleón, por el que debía impedirse la vuelta a Inglaterra a todo inglés que se hallase en Francia después del rompimiento de la paz de Amiens, fue detenido Alejandro Hamilton (+1824) al volver de la India, donde había estudiado con perfección el sanskrit, y sobre el que publicó en lo sucesivo varias obras. Coincidió con esta detención involuntaria

en París, el que se encontrasen aquí los dos hermanos Federico y Guillermo Schlegel, ambos hombres de ingenio y talentos poco comunes, de amor infatigable a la ciencia y sana crítica.

Aprendieron bajo la dirección de Hamilton el sanskrit, y en breve tiempo adquirieron ricos conocimientos sobre su inagotable literatura; Federico Schlegel publicó en 1808 su obra *Ueber die Sprache und Weisheit der Indier*, que contiene bellos pensamientos y observaciones exactas o ingeniosas sobre el parentesco de dicho idioma con los germánicos y greco-latinos (Guillermo de Schlegel fue nombrado primer profesor de sanskrit en la universidad de Bonn).

El librito llamó la atención de los amantes de la filología oriental, y excitó la curiosidad de los románticos, que esperaban encontrar en la nueva literatura pábulo a su insaciable imaginación. Probablemente ejerció también alguna influencia en la dirección que tomaron los estudios de Francisco Bopp (1791+1867), quien desde su juventud mostró especial afición y talento para lenguas, y pasando en 1812 a París, se dedicó al estudio de las orientales, comprendiendo en ellas especialmente el sanskrit. En 1814 fue nombrado Chézy primer profesor de éste en el Collège de France. Bopp publicó dos años después su primera obra, que entonces hizo época, titulada *Ueber das conjugations system der sanskrit sprache in vergleichung mit jenen der griechischen, lateinischen, etc.*, o sea sistema de la conjugación sánscrita, comparado con el de las lenguas griega, latina, goda, etc.

Fue la primera obra en que se aplicó el método comparado en su verdadero sentido para investigar el origen de las formas gramaticales en las lenguas relacionadas con el sanskrit; y Bopp resolvió la cuestión de una manera inesperada, por lo satisfactoria, atendidos los escasos conocimientos que se tenían entonces de la lengua. En 1819 publicó el bellissimo episodio del Mahâbhârata titulado Nalas.

Guillermo Schlegel, dotado de una facilidad extraordinaria para apropiarse todo lo extranjero, y hacer uso de ello como de lo nacional; educado en la escuela de la filología clásica, en cuyo desenvolvimiento y progresos tuvo gran parte, con sus acertados trabajos críticos al lado de Wolf, Hermann y Becker; adornado de vastos conocimientos, y con una maestría admirable en el manejo de su lengua y de otras modernas, era también de los hombres más a propósito para dar impulso al nuevo estudio, en lo que trabajó con varios escritos, cuyo mérito hoy, como el de la mayor parte de los que aparecieron entonces, está únicamente en los servicios que prestaron a la ciencia.

Othmar Frank, protegido como Bopp por el gobierno Bávaro, desempeñó dignamente la cátedra de lengua sánscrita nuevamente establecida en Munich, y publicó a su vuelta de Londres una *Crestomatia sánscrita*, y dos años después (1823) una gramática, que por falta de método tuvo desfavorable acogida.

La primera gramática de Bopp (1827), basada sobre las inglesas de Wilkins, Forster y Colebrooke, despertó mucho más el interés hacia la lengua traída de la India y su literatura, que, como vemos, adquiriría rápidamente extensión e importancia considerables en los círculos literarios, y un puesto distinguido en las universidades de más nota. Pero los resultados prácticos que de su estudio se habían obtenido eran sólo los primeros rayos de

luz derramada sobre los estudios filológicos, precursores de la intensa claridad que les seguía. Pronto se hizo necesaria una nueva edición de la gramática de Bopp, que trabajó su autor con notables mejoras en sus aplicaciones a la investigación del origen de las formas gramaticales griegas, latinas, etc. (*Grammatica linguae sánskritae auctore Francisco Bopp, altera emend.*, ed. Ber., 1832); un compendio de la misma se publicó luego el alemán, que ha tenido cuatro ediciones hasta el 1868, en las cuales se han introducido las correcciones y mejoras que exigían los nuevos descubrimientos. ()

Estos trabajos, hechos en los primeros años después que el primer sanskritista había pisado el suelo de Europa, suponen grande interés en el estudio del idioma. Bopp había probado su importancia por la estrecha relación de parentesco que existe entre sus formas gramaticales y las respectivas de las lenguas llamadas clásicas; aquéllas tienen, por lo común, el carácter de primitivas, y éstas, por el contrario, aparecen como derivadas; de modo que en las formas y fenómenos gramaticales del sanskrit hallamos la explicación y origen de los análogos en estos idiomas.

Bopp no abandona este método, iniciado en su Sistema de la conjugación, en la gramática de que nos ocupamos, y a una exposición clara, ordenada y científica de la estructura y mecanismo del idioma indio, acompaña exactas y acertadas observaciones acerca de la analogía de las formas sánskritas con las de otros idiomas de la misma familia, especialmente del griego y latín. Ya se habían hecho grandes adelantos en el estudio de estas dos lenguas, cuyo conocimiento, desde muchos siglos, constituía parte esencial de la educación del pueblo culto; pero quedaba aún mucho por conocer en ellas, pues no pocas de sus formas gramaticales, como terminaciones, etc., se estudiaban sin comprender su origen, y por lo tanto sin saber su verdadero valor o significado. Bopp, que estaba dotado de perspicaz inteligencia y buen juicio críticos descubría con facilidad y acierto el origen y explicación de tales formas y manifestaciones del lenguaje en el idioma que había hecho objeto especial de su estudio, y como a los conocimientos que de éste había adquirido juntaba otros más profundos de la mayor parte de las lenguas de nuestra dilatada familia, sus apreciaciones sobre los fenómenos lingüísticos, naturaleza, origen y derivación de los elementos y formas que constituyen las lenguas, son por lo común exactas. Una prueba del acierto con que procedía en determinar y fijar la derivación etimológica de las palabras, terminaciones, y hasta el origen de los sonidos, tenemos en su excelente Glosario comparativo, en el que introduce los principales idiomas de la familia, valiéndose a veces del más insignificante para hallar relaciones de parentesco, y hacer ver en ellos un conjunto armoniosamente organizado, en el que las partes que le componen se han separado del todo en que primitivamente estuvieron unidos y confundidos por medio de cambios suaves, lentos, pero constantes y regulares, creándose nuevos elementos y nuevas formas, que pueden reducirse, por medio de la comparación, al tipo primario de que procedieron. Dejamos a Bopp, de quien tendremos ocasión de hablar en lo sucesivo, para seguir el movimiento y dirección que los estudios del sanskrit tomaban en todos los países de Europa.

Francia, que fue la cuna de estos estudios, tenía sus genios investigadores y hombres eminentes, como Eugenio Burnouf, nombrado en 1832 profesor de sanskrit en el Collège de France, entre tanto que los ingleses, sus fundadores en Europa y Asia, cultivaban este estudio con igual entusiasmo y éxito que le habían comenzado, y establecían cátedras del

mismo en su patria y en la India. Uno de sus primeros profesores fue H. H. Wilson, que en sus muchos años de residencia en este último país trabajó sin descanso para profundizar en el idioma, y logró ver coronados sus grandes esfuerzos y sacrificios con obtener de los mismos brahmánes que fuesen sus maestros. Con la cooperación de dichos sacerdotes escribió un Diccionario o Lexicón sanskrit, que es de lo más apreciable que se ha escrito sobre la materia, pues siendo obra de brahmánes ilustrados, y conocedores cual ninguno de sus sagradas tradiciones, creencias y leyendas mitológicas, como de todo lo relativo a la vida del pueblo y sus costumbres, pero además compuesta bajo la inmediata dirección de un literato europeo, aventaja a todas las de su género publicadas hasta el día, en la exactitud con que determina y precisa el significado de las voces y explica las creencias mitológico-religiosas y las costumbres del pueblo. ()

Las traducciones que se habían hecho de algunas obras indias llamaban ya la atención de los hombres más distinguidos de aquel tiempo; y como observasen los sanskritistas la favorable acogida que merecían las producciones de ese pueblo, hoy objeto de admiración y estudio en el mismo grado que antes lo fuera del desprecio y abandono, comprendieron que para extender y naturalizar la nueva lengua sólo era necesario publicar obras escogidas con acierto entre las muchas que posee su riquísima e interesante literatura, en la cual está su recomendación más eficaz. Esto, y los excelentes resultados que daba en sus aplicaciones a la filología comparada, nos explican el ardor y entusiasmo con que trabajaron en su propagación hombres de grande influencia y poder, en unión con los mayores genios de Europa, tales como Humboldt, Goethe, Schlegel, Hegel, Bopp, Burnouf, etc. Mas para estas publicaciones se necesitaban manuscritos, cuya adquisición era difícil y costosa. Los gobiernos europeos, que no habían permanecido indiferentes al movimiento literario producido por el sanskrit, vencieron este penoso obstáculo, y las bibliotecas de Londres, Oxford, París y Berlín encerraban ya en 1840 un número considerable de ellos, siguiendo las demás en procurarse esos preciosos tesoros de la antigüedad india. Para emprender trabajos de este género era preciso trasladarse a Londres, y la falta de medios había impedido a muchos excelentes sanskritistas y conocedores de su literatura poner fin a la necesidad, que las nuevas adquisiciones de Berlín hicieron desaparecer por completo. Bopp continuó entonces la publicación de textos, algunos de los cuales había copiado en París, y los ingleses de la India pusieron en manos del pueblo culto y de los literatos traducciones y originales de obras importantes, como del Mahâbhârata, Râmâyana y otras. (, , , , , , , , ,)

En Bonn salió de la escuela de Schlegel el distinguido sanskritista alemán Cristiano Lassen, cuya pluma ha dado muchas y excelentes producciones. Lassen es conocido por su grande erudición en el terreno de la literatura india y de las antigüedades de este país.

El número de gramáticas se aumentó pronto con otras, poco inferiores en mérito a las de Bopp; Benfey reunió en la suya de 1852 todos los fenómenos gramaticales, y excepciones que tienen lugar en el empleo de la lengua, siendo hasta el presente la más completa, pero propia sólo para consulta, a causa de su extensión y falta de método; esta obra, cuyo mérito es indispensable, es, más bien que original, traducción libre del gran trabajo del gramático indio Panini.

Por su sencillez y claridad es preferible la de Oppert; trabajo muy apreciable, como todos los de este orientalista, por su buen método, aunque no tan completa como las

anteriores y como la del profesor de Oxford Max Müller. El alemán Bolz ha publicado una obrita, útil solamente para los que quieran iniciarse sin maestro en los principios del idioma, y recomendable por su brevedad, glosario y trozos que la acompañan, todo en transcripción latina. (, , , ,)

Además de las obras lexicográficas ya mencionadas, han sido comenzados otros trabajos de este género mucho más extensos y completos que los anteriores. Si se tiene en consideración la escasez relativa de noticias que sobre la literatura india se habían podido reunir al empezar la obra colosal a que nos referimos, no podremos menos de admirar lo atrevido de la empresa, y el buen éxito que en general promete, aunque la parte relativa a los vedas no está libre de inexactitudes y errores. Mayor confianza parece inspirar en este punto la obra de Goldstücker, que, atendidas sus grandes dimensiones, difícilmente llevará a cabo su autor. Para el sanskrit clásico ha compuesto Benfey un trabajo de esta clase, breve, pero muy útil, y al mismo debemos una excelente crestomatía. ()

La publicación de textos en la lengua original no cesó en todo este tiempo, prosiguiendo estas obras casi exclusivamente los ingleses y alemanes, aquéllos con especialidad en la India. Habíase descuidado la parte más importante de la literatura sánscrita, o sea los Vedas, sobre los cuales ya desde este tiempo se empezó a trabajar con entusiasmo. Rosen (Federico Augusto) tomó la iniciativa con su Rigvedae Specimen, y el mismo en 1838 emprendió la publicación del Rigveda, que dejó incompleta, por haberle arrebatado, con pérdida irreparable para los estudios orientales, una temprana muerte (¡contaba solos treinta y dos años de edad!). Max Müller, gran conocedor de la lengua y con buenos elementos para la empresa, dio principio a la obra bajo mejores auspicios de llevarla a cabo, y pronto tendremos el texto completo del Rigveda, acompañado de un gran comentario de Sâyana. Los demás Vedas (hablamos aquí sólo del Sanhita, porque de los Brábmanas se han publicado muy pocos) han visto sucesivamente la luz pública, así como también los grandes poemas épicos Mahâbhârata y Râmâyana, con muchos de sus episodios aislados, y otras varias obras que tienen por objeto explicar el texto de los Vedas, o su filosofía, teología, mitología, etc., como las llamadas Prâtiçakhyas y Puranas, estas últimas de gran importancia, por su carácter místico-filosófico-teológico.

El incomparable drama Sakuntala, el bellísimo titulado Urvaçi, y el pequeño pero ameno poema erótico Meghadûta, o Nube mensajera, con otras producciones del gran dramático indio Kâlidâsa, vieron en diferentes ocasiones la luz pública, en original y en traducciones, que han ocupado a muchos sabios orientalistas. (, , , , , ,)

Obras filosóficas, históricas, de derecho, religiosas, cuentos, fábulas, todo lo que constituye la rica literatura del indio, ha sido objeto de la aplicación europea, acompañando a la mayor parte de esas publicaciones correctas traducciones animadas a veces del espíritu poético, como las de Schelgel, Rückert y otros, o de notas críticas. No terminan aquí los trabajos sobre el sanskrit y su literatura; memorias, disertaciones acerca de objetos de interés especial; tratados particulares; que tienen por fin abrir las puertas de la India y del Oriente en general a la investigación europea; revistas dedicadas exclusivamente a estudiar estos pueblos y su relación con el Occidente, sus costumbres, religión, origen de sus lenguas y dialectos; leyendas, tradiciones, antigüedades; todo lo que de alguna manera contribuye a dar a conocer el carácter, estado y desenvolvimiento intelectual de un pueblo,

ha sido objeto de estudio detenido y científico en los tres últimos decenios de este siglo, sin que el manantial de señales de agotarse.

Lo más interesante en la literatura india son su religión y las obras que tratan de ella. Y no porque la importancia esté en el objeto mismo como tal, sino que existen en el sistema religioso de los indios motivos especiales, que atraen la atención y despiertan el interés de todo hombre pensador, obligándole a examinar la naturaleza y la esencia de los mismos. El pueblo, al crearse un sistema religioso, deja impresa en ella imagen más fiel de su espíritu y de su carácter. La religión forma entonces con la naturaleza del hombre un ser inseparable, que le domina y cuya influencia se deja sentir igualmente sobre las costumbres, opiniones y nacionalidad. Por eso la religión es siempre lo más interesante en la historia de los pueblos, pero con especialidad del indio, porque éste ha sido en todos tiempos esencialmente religioso.

El sanskrit había hecho de los estudios lingüísticos una ciencia, cuyo desarrollo sucesivo dependía en gran parte del mismo. Así encontramos a muchos de los sanskritistas que hemos conocido arriba ejerciendo una influencia nada insignificante en los progresos y desenvolvimiento de la filología, si bien éste no depende sólo del sanskrit, puesto que toda lengua que tenga literatura puede ser estudiada bajo el punto de vista filológico, y contribuir con sus resultados al desarrollo de la nueva ciencia. Mas nosotros, para no perder de vista nuestro objeto, seguiremos en breves rasgos principalmente los progresos y descubrimientos hechos en el terreno de la filología, en cuanto que en ellos influye de alguna manera la lengua de la India. Dejamos a Bopp trabajando en la publicación de los Autores clásicos indios, y le encontramos aquí ocupado con una de las obras más grandes que se han escrito en materia de lenguas hasta hoy. El alemán J. Hermann (+1848), dotado de especial talento crítico y de un tacto fino y delicado en el uso y distinción de las particularidades de la lengua griega, tuvo alguna parte en la dirección que tomaron los estudios filológicos, y hubiera prestado mayores servicios si no se hubiese dejado llevar por sus opiniones filosóficas. Se ocupó especialmente con la sintaxis.

J. C. Buttman (+1829) y Fr. Thiersch (+1860) facilitaron notablemente el estudio de la misma lengua con sus gramáticas, y el segundo desarrolló con claridad el método histórico, y nos dejó un excelente trabajo sobre el dialecto homérico. Franz Passow trató bajo el mismo punto de vista la lexicografía, y su obra es, hasta el presente, de las mejores, pues tiene, hasta cierto punto, el carácter de una enciclopedia de las ciencias, artes y letras griegas, por la extensión y minuciosidad con que trata las materias.

Jacobo Grimm (1785+1863) con sus inmensos conocimientos en todos los ramos de esta ciencia, imaginación fecunda y juicio claro, adornado de las cualidades que se requieren para conseguir un fin científico; de sentimiento para comprender la vida de un pueblo, y con talento histórico, era el hombre destinado a verificar otra revolución en las investigaciones filológico-lingüísticas. Una aplicación infatigable y fuerza de voluntad inflexible, que no le abandonó un momento de su vida, le hicieron posible resolver los atrevidos problemas que se propuso en la mayor parte de sus obras. Sólo en aquellos escritos en que quiso aplicar una filosofía especulativa donde convenía más bien la empírica, se descubren flaquezas que hacen desconocer el gran talento de Grimm. Así juzgará, sin duda, el que despreocupado lea su Memoria sobre el origen del lenguaje, de

que en otra parte hemos hecho especial mención. Estaba destinado por la naturaleza para hacer investigaciones, no filosóficas, ni mucho menos teológicas, y sí puramente lingüísticas; y es probable que si en este escrito hubiera seguido este camino, quizá sus resultados hubiesen sido otros, porque en los estudios histórico-lingüísticos ocupa, indudablemente, uno de los primeros lugares entre los filólogos de nuestro siglo.

Pasando en silencio sus trabajos sobre leyendas, tradiciones populares, mitología y otros muchos objetos que lo fueron de su investigación, se ofrece, en primer lugar, a nuestra consideración su Gramática alemana, una de las obras más asombrosas que han salido de la pluma de un filólogo, y que siendo imitación de los trabajos indios, aventajó en mucho a los originales. Esta obra es notable por las investigaciones y estudios etimológicos, que en ella ha depositado su autor, principiando por los elementos del lenguaje, o sea los sonidos; de modo que es la primera en que se hace de ellos un estudio detallado en más de 580 páginas en 8.º, y continuando con la flexión del nombre y verbo, con los pronombres y partículas, etc., fueron todas las formas y fenómenos gramaticales de los idiomas germánicos; godo, ant. alem. y anglosajón, medio alemán y alto, danés, sueco, etc., objeto especial de sus minuciosas investigaciones, formando un cuadro que representa hasta las más mínimas particularidades de su desenvolvimiento histórico.

El gran número de dialectos y lenguas en que está dividido este grupo importante de la familia indo-europea, y por consiguiente la gran variedad de formas que en él se encuentran, favoreció su atrevida empresa, y por medio de la comparación obtuvo resultados inesperados de aplicación universal en la filología. Fue la primera gramática en que se estudian detalladamente y se comparan en varias lenguas los cambios del sonido; es decir, sus diferencias y modificaciones según el lugar que ocupen en la palabra, cuyo examen le condujo al descubrimiento de varias leyes importantes, según las que se permutan y modifican los sonidos al pasar de un idioma a otro, y de las cuales ha dado mayores resultados en su aplicación a las demás lenguas de toda la familia la de permutación, que hemos expuesto en otro artículo; este trabajo hizo ver prácticamente el valor de los estudios etimológicos y del comparado. Grimm encontró como rejuvenecidas las fuerzas de su espíritu al terminar la gramática; obra capaz por sí de immortalizar a un hombre, y emprendió otra de no menor importancia, y que acaso es poco inferior en mérito: su Historia de la lengua alemana. En ella trata del estado y carácter de los indo-germanos antes de separarse en diferentes pueblos; habla de su lengua, ocupaciones, artes, industria, costumbres, religión; de la separación de estos pueblos y de su lengua en varios dialectos, y expone con gran acierto los caracteres distintivos de ambos, principiando, después de tales antecedentes, el verdadero estudio e investigación del alemán y dialectos, llevado a cabo con toda la maestría y minuciosidad que lo hizo bajo otro punto de vista en su gramática. Del examen de las palabras y fenómenos lingüísticos, pasa a las cosas y a los pueblos, sacando de la lengua utilidad inmensa para la historia, geografía y etnografía de los mismos.

La tercera obra de importancia comenzada por Grimm fue su Diccionario alemán, más colosal y extensa que las anteriores, y que emprendió en unión con su hermano Guillermo Grimm (+1859), participante y colaborador en muchos de sus trabajos literarios. Todas las fuentes dignas de consideración que existen del siglo XV a nuestros días se aprovecharon para la composición de ese tesoro enciclopédico de la lengua alemana, que, según

expresión de los inteligentes que han examinado lo publicado hasta el día, será un verdadero monumento literario nacional, único en su clase. Desgraciadamente arrancó la muerte a los dos hermanos la pluma de la mano en lo mejor de la obra, cuya prosecución hubo de pasar a otros. (,)

Volvamos ahora a Bopp. La mirada penetrante de este investigador recibía nuevas luces con los extraordinarios y grandiosos trabajos hechos desde sus últimas publicaciones. Las investigaciones de Grimm y sus descubrimientos, que partiendo del alemán, hacían extensiva su influencia a todos los idiomas indo-europeos; los conocimientos ya no despreciables que se habían adquirido de la lengua del avesta, zend, y los del antiguo persa, que aumentaban cada día, así como del celta, eslavo y otras lenguas, en cuyo estudio había trabajado el mismo Bopp, le daban nuevos fundamentos y materiales para componer la grande obra que preparaba y que le ocupó una buena parte de su vida; quiero decir, su Gramática comparada. Esta obra, una de las más notables que en filología han producido los ingenios de nuestro siglo, apareció en primera edición en 1852. Las siguientes han sido completamente reformadas y aumentadas en más de la mitad. Bopp describe y analiza en esta obra el organismo y sistema gramatical de las lenguas mencionadas en el título, en su relación mutua, señalando, como resultado seguro de la comparación, las formas primitivas o que tienen el carácter de tales en la declinación y conjugación; todo lo que constituye la estructura gramatical de un idioma sometió Bopp a un examen minucioso y analítico, formando de los elementos que compara en cada lengua un cuadro, en el que todos sus constitutivos se refieren a un solo punto o tipo; es decir, a una forma de la cual pueden derivarse las demás. La escasez de medios o la falta de conocimientos hizo que no siempre llegase a descubrir ese origen común. Este incomparable trabajo del eminente filólogo alemán fue el principio de una nueva era para los estudios comparativos, y está aún sobre todos los que de este género han aparecido después hasta el presente. En los cuadros comparativos que acompañan a este escrito se tiene un ligerísimo bosquejo de lo que en grande escala hizo Bopp en su gramática. (,)

Ha llegado el tiempo de volver la vista a una de las antorchas más brillantes de la filología y del siglo XIX: Guillermo de Humboldt (1767+1835). Nada diremos de su educación, genio, talentos extraordinarios, imaginación fecunda, inagotable, y vastísimos conocimientos que ya en su juventud se había adquirido y apropiado con asombrosa facilidad a lo que contribuyeron no poco sus relaciones con los héroes y genios del arte y de la ciencia que entonces dirigían el espíritu de los pueblos, Goethe, Schiller, Aug. Wolf, su hermano Alejandro, acaso Donoso Cortés y el inmortal Balmes, y la posición que ocupó en la sociedad como ministro o embajador de Prusia, que le ponía en inmediato contacto con los hombres más eminentes de su tiempo, todo lo cual influyó en el desarrollo asombroso de su clara y rica inteligencia, la que, acompañada de una rara energía y fuerza de voluntad, dominaba las materias que sometía al examen de su pensamiento investigador, haciendo a los demás, participantes de los resultados de sus investigaciones. En los trabajos que dejó sobre el sanskrit, estética, historia, filología en general, etc., encontramos siempre el mismo pensador profundo, filosófico, lleno de conocimientos y dominando la naturaleza. Las lenguas llamaron especialmente su atención, y entre ellas, en primer lugar, el español, provenzal, vascongado, las de América y las de Australia. En el sanskrit vio su penetrante inteligencia el elemento poderoso que había de dar una nueva dirección a las investigaciones lingüísticas, y se aplicó al estudio de un idioma que tan ricos tesoros

literarios escondía; estudio que no quedó sin resultados. En 1821 publicó un trabajo, en el que se propuso probar la identidad de la lengua de los vascos con la de los íberos, o su derivación de ella, por medio de nombres de lugares o pueblos, y en esta obra se ocupó también de la expulsión de los últimos y su mezcla con los celtas. Sus escritos sobre el estudio comparado están llenos de bellos pensamientos acerca de los problemas cuya resolución constituye el principal objeto de la filología y de la manera de proceder en ese estudio. Algunas de las muchas disertaciones o memorias que leyó ante la Academia de Berlín, sobre los jeroglíficos, escritura, lenguaje en general, etc., han perdido el interés que entonces tenían, con los nuevos descubrimientos de la ciencia, sin dejar de ser preciosos monumentos para la historia.

Durante su permanencia en Roma tuvo ocasión de entrar en relación con muchas personas que conocían los idiomas de América, y acaso con el célebre Hervás, lo cual despertó su interés para estudiar las lenguas del nuevo continente, sobre las cuales compuso varios trabajos. Los nuevos conocimientos adquiridos en sanskrit le hicieron abandonarlas, para profundizar más en el estudio de las sánkritas, y luego en el de las vecinas del Archipiélago, creyendo encontrar en éstas el tránsito de los idiomas del antiguo a los del nuevo mundo. Esa relación, que, no obstante los trabajos de algunos filólogos, no ha llegado a comprobarse, podría producir consecuencias importantes para la historia de la humanidad, y la obra era, por consiguiente, digna de un pensador como Humboldt. Pero entraba en terreno nuevo y desconocido, que exigía muchos años de trabajo, y sólo pudo dejar completa la introducción a la obra, y materiales para el resto de ella. Esta introducción es uno de los productos más preciosos y de los estudios más profundos que se han hecho en nuestro siglo sobre el lenguaje. Con la mirada aguda de su vasta inteligencia nos muestra las causas que más principalmente contribuyen al desarrollo intelectual de la humanidad; y cuenta entre ellas, en primer lugar, el lenguaje, cuya naturaleza y desenvolvimiento examina detenidamente en la lengua y en el hombre, indicando luego al filólogo el camino o dirección que debe seguir en sus investigaciones para que le den los debidos frutos y resultados; concreta luego sus observaciones, y profundiza en el ser y naturaleza esencial del lenguaje y de los elementos que constituyen la lengua.

Toda esta obra, no obstante sus imperfecciones, a veces inconsecuencias, es un cuadro de bellísimos y profundos pensamientos, digno de estudio para todo el que se tome interés en examinar el desenvolvimiento de las facultades intelectuales del hombre. El resto de la obra está dedicado a la lengua kavi, de las más importantes del Archipiélago, y de la que hace un estudio detallado y científico; la última parte se ocupa de los idiomas del grande Océano en general. En ella se encuentran noticias acerca de la religión budista; pero con especialidad acerca de la historia, creencias y tradiciones de los habitantes de la isla de Java. (,)

Humboldt, uniendo en sus numerosos y variados trabajos sobre las lenguas, la investigación filosófica a la consideración y observación histórico-comparada, e introduciendo en el círculo de sus estudios filológicos toda clase de lenguas, -con y sin literatura,- estableció una base más firme y extensa, sobre la que podía edificar en adelante el filólogo, y mostró los diferentes caminos y leyes que ha seguido el lenguaje en su desenvolvimiento. Ninguna lengua debe excluirse de la investigación, porque sin el conocimiento de todas o de la mayor parte, es imposible sacar las últimas consecuencias, a

cuya deducción aspira la filología en unión con la filosofía. Las lenguas sin literatura dan a veces no poca luz acerca de formas y fenómenos gramaticales, que de otro modo serían inexplicables; por consiguiente, ni acerca del origen de las lenguas.

Para dar a conocer estos idiomas, que sólo pueden estudiarse entre el pueblo mismo, han trabajado infatigables los viajeros, y más aún los misioneros, sin que se deban pasar en silencio los grandes servicios prestados en este género de estudios por la sociedad bíblica (british and foreign Bible society), fundada en 1804, con el gran número de traducciones que bajo sus auspicios se hacen en todos los idiomas conocidos, ni los prestados por la congregación de Propaganda fide, a cuyo cuidado es debido el que tengamos noticias exactas de muchas lenguas asiáticas y americanas.

Hemos visto a las principales sanskritistas salir de la capital de Francia y extenderse por toda Europa, donde desde luego fueron protegidos por los gobiernos de Alemania, Inglaterra, Rusia, Italia, y el público acogió sus obras con entusiasmo. Pronto se establecieron cátedras de la nueva lengua, sin que la novedad del objeto, las contradicciones consiguientes por parte de los adictos al sistema antiguo, los inmensos gastos que su estudio originaba (¡considérense solamente las grandes sumas empleadas en la adquisición de los miles de manuscritos que poseen ya algunas bibliotecas!), y otras infinitas dificultades de este género, fuesen capaces de impedir su rápida propagación por el antiguo y nuevo mundo, donde llegó en breve la fama de los estudios que en filología se hacían en Europa, y los americanos imitaron el ejemplo de sus antiguos civilizadores.

Sigamos ahora nuestra breve reseña histórica por los diferentes grupos y familias, sin apartarnos del método y fin que nos hemos propuesto en nuestras observaciones. En ella encontraremos diferentes clases de trabajos; unos que abrazan todos o la mayor parte de los idiomas indoeuropeos; y otros que se limitan a un solo grupo, a una lengua, y aun de ésta a una sola particularidad; claro es que en tales obras no puede evitarse de todo punto el hacer estudios u observaciones generales, que comprendan a todas o a varios miembros de la familia.

Entre los primeros que por su mérito sobresaliente se presentan a nuestra consideración, está Aug. Federico Pott, sucesor de Bopp en las investigaciones lingüísticas, cuyos trabajos no se limitan a la familia indoeuropea, sino que comprenden también las lenguas de África y la filología en general.

La obra principal de este ilustre filólogo y etimologista, que, por su mérito intrínseco y por la erudición vastísima que en ella muestra su autor, puede compararse con los grandes trabajos de Bopp y Grimm, es un estudio etimológico, que versa sobre la mayor parte de los idiomas conocidos de nuestra familia. En ella se examina la naturaleza y origen de los elementos y formas gramaticales de dichas lenguas, comparados entre sí, pero sin atender a la relación y dependencia en que están unos de otros para formar un todo organizado, ni al carácter que tienen como partes del sistema gramatical de la lengua respectiva a que pertenecen; estúdiase aquí la naturaleza esencial y origen de una palabra, por ejemplo, según es en sí y en su relación de parentesco para con otras palabras análogas y equivalentes de los demás idiomas, pero independientemente del papel y oficio que pueda desempeñar en el discurso.

Pott se ocupa especialmente con las palabras y con los elementos que las constituyen, y aquellas de varias lenguas en que descubre relación de parentesco trata de referirlas a un solo tipo primitivo; Bopp, en su Gramática comparada, estudia las palabras, pero atiende con especialidad a la forma que tienen, porque su fin primario es hallar la relación de parentesco que hay entre las formas y categorías, descubrir de este modo el que exista entre los sistemas gramaticales, y hacer de varios uno solo, que será como el tipo primitivo de que procedieron todos. Hay, como se ve, grande analogía entre el estudio puramente etimológico y el comparado; pero éste abraza mucho más, y pudiera decirse que el primero sirve como de complemento al segundo. De modo que, en este sentido, la obra de que al presente nos ocupamos es un suplemento casi indispensable a la gramática de Bopp. Deberíamos llenar algunas páginas, si intentásemos sólo enumerar las obras, memorias y disertaciones compuestas por el laborioso y profundo investigador etimologista Pott, uno de los más grandes y claros talentos en el terreno de la etimología comparada. Basta que le hayamos mencionado como el primero que emprendió este género de trabajos, abriendo paso a un camino escabroso y árido, en el que le han seguido muchos, con gran provecho para la ciencia. ()

En esta reseña histórica no podemos pasar en silencio los nombres de algunos filólogos y amantes de los estudios filológicos, que, si no con obras originales, con traducciones o imitaciones de las inglesas y alemanas al menos, han contribuido a los progresos de los mismos. Entre ellos está el alemán G. Eichhoff, cuyas obras en lengua francesa contienen la mayor parte de los descubrimientos de Bopp, Grimm y Pott, a los que el autor ha añadido algunos propios.

Lepsius, cuyo nombre es bien conocido por sus excelentes trabajos sobre las antigüedades egipcias y jeroglíficas, merece también aquí especial mención, por los servicios prestados a la ciencia con varias obras, en las que principalmente se ha ocupado de los sonidos y de los sistemas de escritura.

Lepsius ha tratado de probar que la escritura india, llamada Devanagari, y usada comúnmente en sanskrit, tuvo origen en la semítica, valiéndose, entre otras razones, para probarlo, de la gran semejanza que existe entre dicha escritura y la cuadrada de los hebreos; semejanza que sólo se refiere al tipo general cuadrado. Sobre esto hablaremos después.

El filólogo alemán G. Graff ha dejado buena memoria de su nombre en muchos escritos y traducciones. Como varios otros compatriotas suyos, se ha ocupado casi exclusivamente con los idiomas germánicos, entre los cuales es bien sabido existen algunos de los más antiguos e importantes de toda la familia (el goda). Este grupo se presta, por lo tanto, a estudios comparativos, ya puramente lingüísticos, o bien mitológicos, etnográficos, etc., que siempre tendrán interés y aplicaciones generales. ()

No menos conocido es Adalberto Kuhn por sus numerosos escritos sobre las lenguas indo-europeas en general, y sobre algunas de ellas en particular; por las revistas literarias fundadas y dirigidas por él mismo, y cuyo objeto exclusivo es hacer investigaciones sobre todos los ramos que abraza la filología y la lingüística, en las cuales se hallarán apreciables trabajos sobre formas particulares del lenguaje, ya de la conjugación o de la declinación, o

sobre el uso de ciertas terminaciones, partículas, etc., especialmente en griego y latín, o sobre los modismos y giros que se encuentran usados en algunos autores y dialectos; éste es el fin principal que se ha propuesto Kuhn en sus revistas; aclarar aquellas particularidades de las lenguas que no se pueden exponer en obras didácticas; siendo de notar que para semejantes estudios ha servido el sanskrit de base y punto de partida, puesto que en él se halla la explicación de muchas formas y fenómenos gramaticales antes desconocidos o incomprensibles. Otros filólogos han seguido el ejemplo de Kuhn, estableciendo análogas revistas en diferentes países de Europa.

Publicaciones periódicas de este género son indispensables en todo país civilizado para mantener el movimiento literario en todos los ramos del saber humano, y allí donde falten estos vehículos de la ciencia, los progresos de la misma tendrán que vencer obstáculos, que en muchos casos serán insuperables. Estas revistas facilitan la publicación de escritos que de otro modo jamás verían la luz pública, o porque sus aplicaciones son demasiado limitadas para tener cabida en obras del ramo, o porque su carácter especial les hace impropios para formar parte de las mismas, o porque las circunstancias del autor no le permiten llevar a cabo la publicación. Así lo han comprendido los hombres científicos y literatos de todos los países cultos que se han ir apresurado a plantear y dar su apoyo a semejantes publicaciones. Y cuando éstas conserven más puro su carácter imparcial de escritos meramente literarios, sin dar más valor a cierto género de opiniones que a otras, ni admitir preocupaciones envejecidas, antes bien tengan el carácter de universales, propio de la verdadera ciencia, que nada teme, y no se esconde ante los ataques, ni evita el encuentro de las mayores dificultades, y aprovecha los objetos y circunstancias más despreciables o insignificantes para hacer investigaciones y llegar a nuevos descubrimientos; cuando reúnan estas buenas cualidades, que, con gran detrimento y perjuicio de las letras, faltan a la mayor parte de semejantes escritos, especialmente en aquellos países donde ciertas y determinadas opiniones preocupan, absorben y corrompen, cual vil veneno, todas las inteligencias, hasta las más claras, nobles y fecundas de la juventud; cuando no se hallen inficionados de esos pestilenciales y mortíferos vapores que despiden los corazones viles y mezquinos, enemigos implacables de la civilización, de la ciencia y de las letras, y que constituyen la atmósfera en que se mueve y respira toda la sociedad, entonces corresponderán mejor al fin que tienen o deben tener, y desempeñarán un papel importante en el desarrollo y progresos de las ciencias.

La aparición de revistas literarias es un acontecimiento en la historia de todas las ciencias, pero con especialidad de la filología. Cuando los descubrimientos modernos abrieron nuevo campo y presentaron nuevos y extensos horizontes a las investigaciones filológico-lingüísticas, se pensó en la creación de sociedades que caminasen a la cabeza de los hombres científicos investigadores, y dirigiesen en este sentido el movimiento de las letras; sociedades tomaron, en su mayor parte al menos, el nombre de asiáticas, y hoy existen generales en muchos de los países europeos, y contribuyen de un modo especialísimo y digno de admiración y elogio a los adelantos de la ciencia. ¿Ha llegado en nuestra amada patria el momento en que, imitando el ejemplo de los que nos han precedido, trabajemos por este y otros medios en el desenvolvimiento de los estudios filológico-lingüísticos?

La ciencia, en todos sus ramos, es incompatible con el bullicio, la pasión y todas sus consecuencias, la parcialidad en materia de opiniones, etc., todo lo cual impide sus progresos y sofoca las grandes y nuevas ideas antes de que lleguen a dar frutos. Esto es bien conocido, y lo hemos podido observar claro y evidente en el curso de esta reseña histórica de la filología, que en nuestra patria ha tenido más admiradores en los precedentes siglos que en el actual: basta sólo recordar la gran políglota del cardenal Jiménez de Cisneros, primera obra de esta clase que se conoce; las muchas gramáticas de lenguas americanas y asiáticas publicadas desde el siglo XV hasta principios de éste, con sus respectivos diccionarios, cuando no existía trabajo alguno sobre dichas lenguas; las gramáticas árabes que los españoles han dado a luz en tiempos en que apenas se hacía estudio alguno de esta lengua en otros países, y otras muchas obras que sobre la misma han visto la luz pública, especialmente en los siglos XVI al XVIII, los trabajos especiales sobre la lengua hebrea, que comenzaron con la políglota de Cisneros en el siglo XV, siguieron con el gran hebraizante y teólogo Fr. Luis de León en el XVI, y han continuado sin interrupción hasta fines del pasado; las grandes y variadas publicaciones que desde el mismo siglo XV se han venido haciendo en España sobre las lenguas clásicas y sobre la española; trabajos que, como algunos de los citados en el artículo anterior, fueron en su tiempo muy apreciados, y contribuyeron a los progresos y desenvolvimiento de la filología.

De éstos hemos hecho ya mención de algunos, reservándonos para este lugar el citar otros. Alonso de Palencia publicó en 1490, o sea pocos años después de la invención de la imprenta, un Diccionario latino y castellano acaso el más antiguo que se conoce de este género. Dos años después dio a luz Antonio de Nebrija su Gramática castellana y antes había ya compuesto una gramática latina, primero en latín y luego en castellano. En el mismo año de 1492 salió a luz un Diccionario español del mismo Nebrija, que también es el primero de su género; todas estas obras se publicaron bajo los auspicios de la reina doña Isabel.

Francisco Sánchez, llamado el Brocense, por ser natural de las Brozas, en Extremadura, y fuera de España conocido por el nombre de Sanctius, de quien antes hemos hecho mención, publicó, además del Minerva, otras obras de menor importancia, pero que en su tiempo la tuvieron. Tampoco debemos pasar aquí en silencio el nombre de D. Diego Hurtado de Mendoza (+1575), uno de los más grandes genios españoles de su siglo de carácter puro, todo nacional y caballeresco, muy aficionado a los estudios clásicos, como lo prueba, entre otras cosas, el haber reunido una hermosa colección de manuscritos griegos y latinos, por medio de cuyos códices se hicieron ediciones de algunos autores clásicos de la antigüedad, como de Josefo y otros.

Estas indicaciones bastan para dar a conocer lo que en España se ha hecho en favor de la filología en siglos anteriores, y lo que ha dejado de hacerse en el presente. Las numerosas producciones que sucintamente hemos indicado, demuestran y suponen gran movimiento literario y un interés especial por los estudios lingüísticos; las bellísimas paráfrasis poéticas, que Fr. Luis de León hizo de los salmos hebreos, no podían realizarse sin profundos conocimientos del idioma de David, y esto sólo probaría que se hacían entonces en España grandes estudios de dicha lengua. No proseguimos en estas observaciones, aunque estamos convencidos de su importancia, por no apartarnos demasiado del fin que nos habíamos propuesto al comenzar este artículo. Volvamos ahora a nuestra reseña histórica, en la que

apenas citaremos nombres españoles, porque, a la verdad, al lado de los grandes y profundos trabajos filológico-lingüísticos de ingleses, alemanes y aun franceses y americanos, soy de opinión que todas o la mayor parte de las obras españolas de nuestros días, en el mismo terreno, valen poco. Porque aun aquellos trabajos cuyo mérito es muy inferior al de los citados anteriormente, y de otros que mencionaremos después, como los de Curtius, Diefenbach, Kirchhoff, Mayer, Lottner, Kuhn, Em. Burnouf, Regnier, H. Fauche y otros, aventajan a todo lo que sobre filología general y comparada y sobre lenguas orientales se ha escrito entre nosotros. Ese número tan considerable de publicaciones, en las que, más o menos directamente, se aplica el método comparado, tomando por base el sanskrit, ha contribuido a aclarar muchos puntos oscuros de la ciencia; ha demostrado con hechos comprensibles a toda clase de personas, los grandes resultados que de la misma se obtienen, explicando el verdadero sentido y espíritu de muchas composiciones clásicas de los antiguos, especialmente griegas y latinas, que hasta hoy habían resistido a los esfuerzos de la crítica. Los argumentos con que hoy se prueba el verdadero sentido y valor de ciertos pasajes, usos, modismos, giros y frases, que antes se ignoraban, son tan seguras como demostraciones matemáticas. Conocido el origen y desenvolvimiento histórico de un objeto, se comprenderá su naturaleza esencial, con todas sus propiedades, y en filología, por la investigación histórico-comparada en unión con la crítica, se llega hasta descubrir lo primero en los elementos y formas del lenguaje, y por lo tanto también la segunda; de modo que por ningún otro procedimiento podremos penetrar en el espíritu de un pueblo y de su literatura hasta el punto que lo podemos realizar con el que nos enseña la filología comparada. Por su medio hemos igualmente aprendido las virtudes, cualidades y verdadero ser de muchos personajes mitológicos, que los autores clásicos dan por conocidos, y de los cuales teníamos escasas y confusas noticias, sirviendo de principal obstáculo a la inteligencia de aquéllos: en apâmnâpât, o nieto de las aguas de los indios, como en el apan-nâpâo de los parsis, genio de las aguas, símbolo de la fuerza fructificadora que reside en ese elemento, cuya misión es repartir las aguas en el mundo y fructificar toda clase de semillas; que en carroza tirada por hermosos caballos se eleva hasta las nubes, etc., tenemos el Poseidón de los griegos con sus caballos (Pegaso), y Neptuno de los latinos; la misma analogía hallamos en otros seres, como Mithra, genio de la verdad, de la fe y de los contratos con el Mitra de los latinos; el s. Sarameia es Ermeias, Çabala, Kerberos, Varuna, Uranos, y otros muchos. Los escritores de que antes hemos hecho mención se han ocupado con especialidad en este género de estudios. Mayer ha expuesto la gramática griega y latina en su relación de parentesco, demostrando la estrecha analogía y semejanza que existe entre sus elementos y formas, como entre sus fenómenos y construcciones gramaticales; su obra es acaso la mejor que se ha escrito sobre la materia; posteriormente se han hecho otros ensayos de este género, a los que aventaja el excelente trabajo del filólogo alemán.

Tampoco podemos pasar en silencio los trabajos del filólogo alemán Augusto Schleicher (+1868), reputado por una de las mejores columnas de la ciencia.

De los primeros que publicó es su obra sobre la historia de las lenguas, en la que trata de probar, si bien con poco fundamento, que todas siguen en su desenvolvimiento histórico una marcha contraria a la que llevan los pueblos en el desarrollo de la inteligencia; es decir, que caminan siempre en disolución, perdiendo de su primitiva perfección y riqueza en formas gramaticales, a medida que el pueblo gana y adelanta en civilización y cultura intelectual. Esta opinión parece sostener indirectamente en varias de sus obras. La segunda

de éstas, *Las lenguas de Europa*, tiene por objeto exponer los principales caracteres de los idiomas de nuestro continente, y en ella muestra su autor grandes conocimientos lingüísticos. Su idioma patrio, los eslavos y el lituánico fueron objeto especial de su estudio, y sobre todos ellos salieron de su pluma excelentes producciones; pero la obra más notable de este infatigable investigador es el *Compendio de gramática comparada*, que por su claridad, concisión y buen método contribuyó no poco a extender y facilitar esta clase de estudios.

La obra de Schleicher es un compendio del gran trabajo de Bopp, pero su autor ha hecho en ella tales modificaciones y mejoras, que tiene el carácter de original. Habían precedido a Schleicher muchos otros investigadores, que dieron a conocer mejor el carácter, mecanismo gramatical y formas de varias lenguas de importancia capital para los estudios comparados, tales como el zend, los idiomas eslavos y los celtas, objeto especial de las investigaciones del mismo autor, quien introdujo en su obra notables mejoras y nuevos materiales en el terreno de estas lenguas, y del zend especialmente.

Por esta razón es en algunos puntos más completa la obra de este filólogo que la de Bopp, tal cual apareció en sus primeras ediciones (en la última se han introducido los materiales y correcciones que han enseñado los nuevos descubrimientos), y de todos modos aventaja el compendio a la grande obra de Bopp en la claridad y método con que en ella se expone el mecanismo y estructura especial de toda la familia indo-europea por medio de la sencilla comparación del de cada idioma o miembro de ella en su relación de parentesco con los demás. Bopp comprendió mucho más; sus vastísimos conocimientos le hicieron posible reunir en un cuadro inmensos materiales, que representasen la esencia, el verdadero ser, la estructura gramatical y los caracteres distintivos de toda nuestra gran familia; pero los muchos materiales crearon alguna confusión en el cuadro: Schleicher supo elegir con acierto y buen juicio entre esos materiales, formas del lenguaje y elementos del mismo, sonidos, etc., y comparándoles entre sí, disponer un cuadro sencillo y bien ordenado, en el que sin penoso estudio y detenido examen se puedan ver las particularidades características de cada idioma, la relación de parentesco en que se hallan cada uno de sus elementos y todo el conjunto para con los demás, y de esto conocer el aspecto y forma exterior más general de toda la familia, objeto que deben tener los estudios comparados cuando en ellos se pretende examinar el organismo o carácter general de toda una familia, por medio del de los individuos que la componen. Pero a este resultado tan universal sólo podrá llegarse después de minuciosas y profundas investigaciones, dirigidas a conocer el ser, la naturaleza esencial de cada individuo; y éste es el fin propuesto en muchos de los trabajos parciales (y revistas), de que antes hemos hecho mención.

Gran parte de los adelantos verdaderamente asombrosos que se han hecho en los últimos decenios de este siglo en el terreno de la filología general y comparada, son debidos a la buena inteligencia, armonía y acierto con que han elegido sus respectivos trabajos los filólogos y lingüistas, especialmente ingleses y alemanes, haciendo de modo que los unos dispusieran el camino que habían de seguir los venideros, y sus investigaciones y trabajos fuesen siempre preparatorios de otros nuevos: a este fin contribuyen eficazmente las revistas filológicas y de lenguas orientales pero más que todo, el verdadero espíritu de la ciencia que anima y dirige en todos sus actos a los hombres no dominados por la pasión, ni

preocupados por principios que no sean los de la ciencia, que cautiva y domina el corazón del genio.

No queremos decir con esto que la pasión y demasiado apego a ciertas y preconcebidas opiniones, no basadas a veces ni aun en principio alguno científico, no haya dominado, en muchos casos, a varios de los más distinguidos filólogos de dichos países; en los primeros artículos de esta obra hemos tenido ocasión de ver lo contrario, y el mismo Schleicher es ejemplo claro de ello. Las tendencias y opiniones exclusivamente racionalistas de la mayor parte de los filólogos alemanes son bien conocidas, y ya hemos indicado también algunos de los más evidentes absurdos y contradicciones con que varias veces hemos tropezado en sus escritos. (V. páginas 64 y 65.) Schleicher, en sus opiniones acerca de la naturaleza del lenguaje, en su relación a la humana, se acerca demasiado al materialismo. (V. páginas 26 y siguientes.)

En su pequeño y pudiera llamarse miserable escrito, «Ueber die Bedeutung der Sprache für die Naturgeschichte des Menschen», apenas le eleva sobre el mono, que sin duda cuenta Schleicher en el número de sus antepasados!!

Max Müller, profesor de filología comparada en la universidad de Oxford, y uno de los mejores sanskritistas de Europa, se ha creado un nombre glorioso con varios y grandes trabajos sobre el lenguaje en general, la familia indo-europea, y especialmente sobre el sanskrit. Sus Conferencias sobre el lenguaje contienen preciosas noticias acerca de las principales familias de lenguas conocidas, de sus caracteres, desarrollo y lugar que ocupan en el globo; y es del mayor interés para los que, no pudiendo dedicarse con especialidad a estos estudios, desean conocer a fondo los adelantos de la ciencia, su objeto, y resultados que promete.

Para terminar esta reseña histórica, nos resta hablar de los trabajos que se han hecho sobre cada uno de los miembros de la familia indo-europea en particular; y puesto que ya quedan indicados la mayor parte al tratar de los caracteres distintivos de estas lenguas, poco nos queda que decir sobre el particular.

Jones había indicado y probado el parentesco del zend con el sanskrit en un escrito de 1789. Paulino de San Bartolomé lo hizo más claro en su libro de *Antiquitate et affinitate linguae zendicae, samscrdaniae et germanicae* (Roma, 1798). Rask, Bopp y Schlegel pusieron fuera de duda la relación estrecha de ambas lenguas, que desde entonces se consideraron como hermanas. El alemán Olshausen principió la publicación del texto original del Zendavesta. Se habían hecho aún muy pocos adelantos en su estudio, cuando apareció el genial orientalista francés Eugène Burnouf, hombre de espíritu emprendedor, de extraordinaria inteligencia y adornado de vastísimos conocimientos, para llevar a cabo la comenzada publicación del Zendavesta y abrir camino a su interpretación exegético-crítica con el grandioso trabajo sobre el cap. IX del Yasna, que sirvió de base a todas las investigaciones emprendidas posteriormente sobre la lengua de Zoroastro, y a la vez de llave maestra para penetrar en el secreto de las inscripciones cuneiformes.

Burnouf, como si estuviese convencido del mérito de su trabajo, y le creyera suficiente para servir de fundamento a los estudios del zend, le abandonó en su principio, y dedicó sus

investigaciones a la religión de Buda. Publicó, en unión con el alemán Cr. Lassen, una obra sobre la lengua en que están escritos los libros sagrados de esa secta, y luego emprendió una obra no menos importante y grandiosa que la primera, pero que dejó también incompleta. ()

En el sanskrit ensayó sus extraordinarios talentos con la publicación de uno de los poemas más estimados de la literatura india (). Es una colección de leyendas poéticas, filosóficas y religiosas que nos pintan las transformaciones por que han pasado las doctrinas del Brahmanismo, las cuales, por la gran influencia que pueden haber ejercido en el carácter que tomó entonces la civilización de ese pueblo, sois de gran valor para la historia. Burnouf juntaba a sus inmensos conocimientos una claridad en el método poco común, y formó numerosos discípulos, que con el tiempo fueron eminentes profesores y columnas de la nueva ciencia. Fue también el primero que hizo estudios detenidos sobre los vedas, y aunque nada escribió sobre la materia, comunicó a sus discípulos el fruto de sus investigaciones, echando así el fundamento para la interpretación de estos sagrados monumentos de la antigüedad. Regnier y Langlois han seguido los pasos de su compatriota, aunque sin igualar con él en ciencia y genio. La traducción que de estos libros religiosos ha hecho el segundo es poco exacta; puede mirarse mejor como una desgraciada paráfrasis. (,)

Los alemanes Brockhaus, Benfey, Weber y F. Müller han contribuido a los progresos de los estudios sobre el zend; pero entre todos los trabajos que han aparecido sobre esta lengua, sobresalen, por su claridad, profundidad y exactitud, los del Dr. M. Haug: la traducción del Zendavesta que prepara el eminente orientalista de Munich abrirá una nueva era a la interpretación de los libros de Zoroastro, y dará, en gran parte al menos, su verdadero sentido.

Entre las lenguas orientales, es el persa moderno de las más importantes, por su riquísima y bella literatura, como por sus aplicaciones a la vida práctica. Pertenece al grupo eránico de nuestra familia indo-europea. Esta lengua es rica en palabras, melodiosa y elegante, y por muchos siglos la hablaron y cultivaron los más grandes príncipes de las opulentas cortes de Asia. Su carácter, estructura y mecanismo gramatical es sencillo, pero capaz de producir sublimes efectos. En la sencillez a que le ha reducido la pérdida de formas y categorías gramaticales, ha conservado toda la elegancia, majestad y energía de una lengua moderna, junto con aquella sublimidad y vaguedad de expresión que forman el carácter distintivo de las antiguas.

El persa moderno es un dialecto del antiguo de las inscripciones cuneiformes, y del más antiguo idioma de los libros de Zoroastro o zend; de ambos se aparta, sin embargo, considerablemente en el sonido, en las formas de las palabras, y en todas las particularidades características que constituyen el mecanismo gramatical de un idioma; toda su estructura y aspecto exterior presentan indicios de los grandes cambios que ha sufrido hasta tornar la forma actual, que con razón se llama moderna.

En el desenvolvimiento lingüístico han influido poderosamente varios elementos extranjeros; el que más señales de esto ha dejado en la lengua y en su literatura es el árabe. Los persas abandonaron los sistemas de escritura, que acaso pudiéranse llamar nacionales; a saber, el que hallamos usado en zend y el cuneiforme; y viéndose sin escritura propia,

tomaron la de los árabes, por más que no correspondiese al carácter de su lengua, algunos de cuyos sonidos no tenían signo representante en dicho sistema. Venciose esta dificultad, modificando por medio de puntos algunos signos árabes, a los cuales dieron la pronunciación de los sonidos de que carecen éstos, como p, etc. Con el alfabeto recibieron también las vocales y demás signos ortográficos árabes.

Escritores antiguos usaron un lenguaje puro y libre de toda palabra o elemento extraño; tal aparece el idioma en el gran poema épico de Firdusi, una de las más hermosas composiciones de la antigüedad, en el que se propuso el ilustre poeta persa cantar las glorias y hazañas de los héroes de su pueblo. Pero ya en su tiempo comenzó la moda a introducir palabras árabes en el idioma patrio, y llegó esta perniciosa costumbre a dominar hasta tal punto el espíritu de los más distinguidos literatos, que escritores de los siglos XII al XIV de nuestra era salpicaban sus obras con innumerables palabras y aun frases enteras de la mencionada lengua. El inglés mezcla también en su discurso elementos puramente germánicos con otros de origen romano, como cuando dice he speaks correctly, pero modifica los últimos y les da las formas de los primeros, como vemos en correctly; el persa emplea en su discurso los elementos árabes, invariables y sin modificación alguna, de modo que sus frases son compuestas, como si nosotros dijésemos: la verdadera ley est recta ratio.

La gramática de la lengua persa tiene grande analogía con la inglesa en la supresión o pérdida de formas y categorías gramaticales. En el nombre no hay otra declinación que la que se obtiene por medio de preposiciones, como en nuestros idiomas modernos: únicamente el genitivo puede designarse por la terminación que se da al nombre regente; como gulistâni Hâfiz, el jardín de Hafiz, del nombre gulistân o lecho de rosas.

El persa distingue dos clases de plurales: el de objetos animados y el de los inanimados; el primero termina en ân; el segundo en hâ: se dice gurg-ân, lobos, pero balhâ, alas. Pero el adjetivo no admite distinción alguna de género o número (como el inglés); únicamente varía en los grados de comparación, que se forman con terminaciones análogas a las respectivas de otros idiomas de la familia; tar, compar.; y tarin, superl.; según eso, jôbtar es más bonito-a, bonitos-as, y jôbtarin, el más bonito-a, etc.

En los pronombres observamos la misma relación y semejanza con las lenguas de la familia; man, yo (me); tu, tú; ô, él, etc., son prueba de ello. Los posesivos se colocan a manera de sufijos después del sustantivo; dil-am, mi corazón; dil-at, tu c., etc.

El verbo tiene una sola conjugación, con dos únicos tiempos simples, que son presente y perfecto; todas las demás variaciones del tiempo se designan por medio de partículas a manera de auxiliares, como los del inglés will, shall, would, should, para el futuro, condicional, etc.; las terminaciones personales están tomadas aquí, como en la mayor parte de los idiomas conocidos, de los pronombres: así am, soy; i, eres, ast, es; aim, aid, and, somos, etc.: rasîd, llegó; hamî rasîd, llegaba; jâham rasîd, iré, =quiero ir. Todos los verbos terminan en infinitivo en dan o en tan:qardan, hacer; guiriftan, tomar (alem. greifen).

La sintaxis presenta algunas dificultades, porque la falta de formas en el nombre y verbo hizo que se inventase un número considerable de partículas, por medio de las cuales se

designasen todas las relaciones gramaticales; el verbo ocupa generalmente el último lugar de la proposición.

De lo dicho resulta que no es posible conocer la lengua persa en toda su extensión, ni comprender sus principales obras clásicas, sin haber estudiado los principios de gramática árabe (analogía) y estar regularmente versado en su literatura.

Además del gran poeta épico Firdûsi, han tenido los persas otros muchos y esclarecidos escritores en los diversos géneros de poesía, entre los cuales varios son conocidos y celebrados en todo el Oriente; Sa'di dejó varias obras de cuentos, fábulas y poesías. La principal, que lleva por título Gulistân, o lecho de rosas, es una de esas colecciones de cuentos, originales del mismo Sa'di, a cada uno de los cuales siguen varios versos en diferentes clases de metros, que son como la aplicación moral del cuento; es de las obras más hermosas y populares de la literatura persa, y aun de todo el oriente, que leen con el mismo placer todas las clases de la sociedad. Su segunda obra, titulada Bustán o jardín, es de gran mérito, pero no tan popular como la anterior. Sus composiciones llamadas Kasidas son inimitables. El tercer poeta de los persas es acaso el inmortal Hâfiz, bien conocido por su apego a todo género de placeres, especialmente de la mesa. El amor, la mujer y el vino fueron temas predilectos para sus bellas composiciones. Sa'di y Hâfiz pueden muy bien compararse con los más distinguidos entre los poetas europeos. Otros muchos poetas, historiadores, filósofos, gramáticos y escritores de todo género ilustraron y enriquecieron extraordinariamente la literatura de este memorable pueblo hasta los siglos XIV y XV de nuestra era, en que comenzó su decadencia. El gran orientalista inglés William Jones asegura que el libro más clásico, más popular y más bello de esta lengua es la colección de cuentos y fábulas llamada Anuârî Suhaila, en cuya composición tomó su autor Husein por modelo la tan celebrada obra de los árabes titulada Bidpai o Pilpai.

Esta lengua apenas ha sido cultivada en Europa hasta nuestros días; aun al presente son pocos los que se dedican a su estudio. Sobre ella han publicado trabajos importantes el gran orientalista inglés William Jones, cuya gramática fue el primer trabajo importante que de este género se publicó en Europa a principios del siglo, publicada después en varias ediciones. En su Historia de la lengua persa, y más aún en su precioso libro sobre La poesía asiática, había demostrado el ilustre Jones las bellezas e importancia de este idioma (). Imitáronle en sus estudios e investigaciones sobre el persa G. Rosen, el inglés A. H. Bleek () y Martín Schulge (1863); Augusto Vullers ha hecho en su gramática los primeros ensayos de comparación con el sanskrit y zend, y es por esta razón, como por su método claro y sencillo, muy apreciable; pero la obra gramatical más completa que poseemos en este idioma es la del inglés Lumsden, que expone además toda aquella parte gramatical del árabe que es necesaria para la inteligencia de los autores clásicos (modernos), persas (,). Entre los lexicográficos ocupa acaso el primer lugar el de Vullers, basado sobre las obras indígenas, que son muchas y de gran mérito, y cuyos pasajes cita en la lengua original; se vale también de la comparación con los idiomas de la familia para probar y explicar el significado de palabras persas poco conocidas. El de Johnson se distingue por su claridad y exactitud, y como da las palabras árabes usadas ordinariamente en persa, es más completo que el anterior y de más fácil uso (, ,). Pasemos ahora a indicar los principales trabajos sobre las lenguas llamadas clásicas, que, por más conocidos, exigen menos aclaraciones o recomendaciones de nuestra parte.

El estudio de la lengua griega principió cuando acabaron sus ingenios de enriquecerla con sus grandiosas y bellas producciones. Continuando hasta nuestros días, y habiendo tomado parte en él talentos sobresalientes, se ha llevado a una perfección sin igual en la historia de la filología. En todos los países de Europa han visto la luz pública innumerables trabajos gramaticales, lexicográficos, exegéticos, etc., que facilitan el estudio del idioma y hacen amena la lectura de sus clásicos; pero a todos ha aventajado también en este ramo de la filología el infatigable alemán, al cual siguen, con trabajos originales unas veces y con imitaciones otras, ingleses y franceses.

Como gramática elemental ocupa el primer lugar entre las españolas, y uno de los más distinguidos aun entre las extranjeras, la del Dr. Braun, por su método claro y sencillo, y por el acierto con que su autor ha sabido unir la teoría a la práctica. Este ilustrado profesor y filólogo ha recibido de España el mezquino premio del abandono y de la ingratitud, en recompensa de los apreciables trabajos gramaticales con que tanto ha facilitado y amenizado el estudio de lenguas antiguas y modernas. En este, como en otros muchos puntos de la enseñanza, existen en nuestra patria preocupaciones envejecidas, que por todos los medios posibles se deben desterrar, porque son un poderoso obstáculo a los progresos de la ciencia. Quién, con incalificable presunción y orgullo, condena y anatematiza como imperfectos y llenos de errores todos los trabajos nacionales y extranjeros, gramaticales y lexicográficos, que sobre las lenguas sabias han visto la luz pública hasta nuestros días; quién afirma que en lenguas modernas el adulto debe seguir los procedimientos y método del niño, es decir, la práctica pura; aquello es conocidamente absurdo; en esto se identifica el hombre instruido con el niño sin educación; y en este paralelo impropio está su condenación más fuerte. Aunque ajeno al carácter de esta obra, no podemos menos de llamar la atención hacia el excelente método de los trabajos del Dr. Braun, en oposición al malamente llamado de Ollendorff y de Ahn, que hacen indigesto e intolerable el estudio de lenguas.

El alemán Kühner ha empleado en pequeña escala el método comparado, que encontramos desenvuelto más extensamente en los trabajos de Curtius y Leon Mayer. Las «Nociones de gramática comparada» de Egger, son recomendables, para aquellos especialmente que no puedan aprovecharse de las obras alemanas. Más completa es la gramática de W. Krüger, quien ha reunido en ella un precioso y rico material escogido de los mejores clásicos; en general vemos que los alemanes han profundizado más en sus investigaciones sobre los autores griegos y latinos, igualmente que sobre las lenguas de que hasta ahora nos hemos ocupado.

Cada parte de la gramática ha merecido tratados especiales; los sonidos, sus combinaciones, cambios; la declinación y conjugación, preposiciones, partículas en general, los diferentes puntos de la sintaxis han sido objeto de repetidas investigaciones para muchos filólogos cuyas obras sería prolijo enumerar; aquí sobresalen también los alemanes con sus muchas y preciosas obras.

Si la lexicografía exige mayores sacrificios y conocimientos más vastos, la gloria que, como premio, cabe a los que con trabajos de este ramo se ocupan, es también correspondiente, y así encontramos siempre en este departamento de los estudios filológico-

lingüísticos, talentos nada inferiores a los que cultivan la gramática, sobre las principales obras de lexicografía hemos hecho indicaciones anteriormente.

El mismo camino han seguido las investigaciones sobre la lengua de la antigua Roma, que, como más importante, por estar en más estrecha relación con las nuestras, ha ocupado siempre el primer lugar en los estudios de filología.

Las bellas e interesantes producciones de los grandes genios que salieron del seno de Italia y de sus provincias; así como la circunstancia de ser la fuente inmediata en que bebieron nuestros padres al formar los dialectos modernos llamados neolatinos, la hace acreedora al elevado rango que ocupa en los programas de estudio en toda Europa; siendo, por consiguiente, impropia a todas luces, sin fundamento ni disculpa la manera de obrar y proceder de aquellos hombres que, erigidos en autoridad árbitra de la juventud española, han eliminado de las materias que la constituían estos dos importantísimos ramos del saber, sin los cuales aquella será por necesidad incompleta, sin base ni fundamento. Y cuando esos hombres, fatales para las letras, cuyos principios ignoran y cuyas bellezas no comprenden, han sido arrojados del lugar que ocupaban, lugar tanto más sublime cuanto más próximo está al santuario de la ciencia, sus sucesores, que ven en la opinión pública la condenación de los desacertados actos de aquéllos, respetan lo acordado, dispuesto y ejecutado por tan mezquinas inteligencias, cuyo único objeto parece haber sido destruir, perder y dar muerte a la sublime ciencia española, respetada y seguida en otros tiempos por los talentos más esclarecidos del mundo civilizado, y hoy, en algunos de sus ramos, despreciada y desatendida aun por aquellos pueblos que antes apellidábamos bárbaros, como que nada nuevo ofrece a los hombres investigadores; ¡desgracia de la ciencia española, el verse tratada, regida y pisoteada por tenebrosas o pobres inteligencias, cuyos absurdos decretos son acatados y respetados por otros que pudieran y debieran anularlos para que con más razón les hallásemos los regeneradores de su patria! No es éste el lugar oportuno para tratar esta cuestión; pero me permitiré breves indicaciones acerca de los estudios de las lenguas clásicas, latina y griega, en los países europeos.

La inteligencia virgen del niño necesita ocuparse, en los principios de su educación, con aquellos objetos que, ilustrándola sobre las materias más importantes y de más aplicaciones a la vida social, contribuyan eficazmente a fijarla en los mismos, y distraerla de otros secundarios, desterrando así del joven la vaguedad, ligereza y volubilidad propias y características de la edad primera, enseñándole a pensar seriamente sobre las cosas que tiene delante, y a entrar con paso firme y segura inteligencia en el laberinto azaroso de la vida. Esto no se consigue, y es bien evidente, ocupando al niño en estudios que halagan su imaginación y despiertan su fantasía; porque tales estudios, como la historia, cuentos, derecho, higiene, etc., etc., recrean pero no fijan la inteligencia; despiertan la fantasía, pero no enseñan a pensar; ofrecen mucho que hablar, y decir, pero no enseñan a hablar ni a decir, ni a crear cosas nuevas; nadie negará la verdad de esto, que es un hecho práctico de la vida. Los únicos objetos capaces de producir los resultados que se deben buscar en la educación del niño y del joven son aquellos que requieren un ejercicio serio, práctico y continuado de la memoria, y por consiguiente, de todas las facultades; y éstos son los idiomas; entre los cuales se han elegido en toda Europa y América, desde los primeros siglos de nuestra era en aquélla, y de su civilización en ésta, como primeras materias de la

que comprende la Biblioteca de autores clásicos, todas obras muy apreciables y muy dignas de imitación por parte de los que a estos estudios se dedican.

Las obras gramaticales y lexicográficas dejan mucho que desear, y sobre todo nos falta una gramática latina completa y teórico-práctica, en la que se facilite y amenice el estudio de este bello idioma, que por lo común se presenta tan árido y espinoso.

En todas las obras de este género españolas se expone el sistema y mecanismo de la gramática latina bajo una forma artificial, presentando este estudio como diferente del de las lenguas modernas, y usando términos especiales, pero desconocidos a la mayor parte de los que por primera vez manejan tales libros; quienes de este modo creen ver cosas nuevas en los fenómenos más universales del lenguaje. En obras elementales es impropio y nada práctico ese método semi-filosófico, que evita los términos vulgares y el paralelo o comparación de las formas del idioma que se estudia, con las respectivas de la lengua vulgar o del pueblo; en ellas deben más bien seguirse, en lo posible, los procedimientos, terminología y método general que se aplica a la enseñanza superior o escolar del idioma patrio.

Después de la gramática griega de Braun, de que antes hemos hecho mención, ocupan el primer puesto las de los señores Ortega y Bergnes de las Casas; muy inferior a todas es la del Sr. Cruz, en la que pudiéramos citar gran número de faltas e inexactitudes esenciales. Mas este ramo es bien conocido, y creemos inútil extendernos en pormenores. Antes de terminar el artículo debemos llamar la atención sobre el Manual de la lengua griega compuesto e impreso por el distinguido helenista Sr. Bardon, si bien creo impropio e incapaz de dar buenos resultados el método seguido por este infatigable profesor, cuyas apreciaciones sobre la lengua griega no son las más a propósito para dar importancia e interés al estudio de tan hermoso idioma. (, , , , ,)

- XV -

Lenguas semíticas y africanas.

Hebreo.

El estudio científico del idioma sagrado y de los patriarcas, como el de todas las lenguas semíticas, nació, propiamente hablando, con el cristianismo, a cuya sombra y bajo cuya inmediata protección y dependencia creció y tomó incremento en los primeros siglos de la vida de éste; pero los resultados prácticos en él obtenidos hasta el siglo XVI de nuestra era, si se comparan con los grandes adelantos y descubrimientos hechos en los siguientes hasta nuestros días, aparecen insignificantes o de poca importancia. En todo ese tiempo fueron las letras casi exclusivo patrimonio de la Iglesia y de su clero, y el hebreo, por lo tanto, dependía inmediata y únicamente de la teología, siendo sólo cultivado como auxiliar poderoso de la misma, sin que por entonces se intentase buscar en él otras aplicaciones, que

si bien, atendido el carácter limitado y puramente religioso de su literatura, no tienen el interés práctico ni la importancia que su aplicación a los estudios teológicos y exegéticos de la sagrada Biblia, pero que poniéndolo en directo contacto y comparación con otros idiomas con él relacionados, y variando el campo de las investigaciones, contribuyen eficazmente a los adelantos de su estudio y al descubrimiento de muchos fenómenos antes ignorados o desconocidos, como el valor y origen de sus formas, voces, sonidos, etc.

El protestantismo, proclamando la libertad de conciencia, del libre examen, y por lo tanto, la interpretación igualmente libre de la Biblia, hizo necesarios y originó profundos y sólidos estudios del idioma sagrado, al cual dio una importancia hasta entonces desconocida. Todos los estudios bíblicos anteriores al tiempo de la aparición del protestantismo habían tenido próximamente el mismo objeto, y procedían de hombres unidos por la comunidad de fe, de creencias y opiniones. San Jerónimo poseía inmensos y profundos conocimientos en hebreo; hombres de todas opiniones y matices lo confiesan, y es bien seguro que el mejor hebraizante moderno, con los infinitos y poderosos medios que los adelantos y descubrimientos hechos en siglos posteriores hasta nuestros días ponen a su disposición, apenas sería capaz de hacer una traducción de la Biblia mejor que la de este ilustre padre de la Iglesia, cuyas explicaciones y comentarios sobre la misma han sido la base de los estudios del hebreo, y son hoy el mejor auxiliar a los que con ellos se ocupan. Otros muchos teólogos y exegetas cristianos siguieron el ejemplo de San Jerónimo; pero las investigaciones sobre el texto primitivo original no fueron frecuentes ni profundas hasta tanto que se levantaron enemigos de las doctrinas contenidas en el texto, que con sus ataques, nuevas explicaciones, traducciones y comentarios despertaron el amor a estos estudios, que pronto se hicieron generales. Los ingenios que con éxito tan brillante cultivaron los estudios del arameo en sus dos dialectos siríaco y caldeo, desde el siglo XIII, no olvidaron en sus investigaciones el hebreo (V. páginas 236 y siguiente); y desde el siglo X, en que comenzó la decadencia de las escuelas rabínicas de Oriente, fue también España asiento principal de los estudios del hebreo, cultivado entonces con especialidad por los judíos españoles. El médico de Fez Judá Shayug, que floreció por los años de 1040, compuso varios trabajos gramaticales, de que existen aún originales en Europa, y fue tenido por el verdadero fundador de la ciencia gramatical. A éste aventajó el médico de Córdoba, conocido por el sobrenombre de Abuluálid (1121), cuyos trabajos gramaticales y lexicográficos son muy apreciables por los grandes conocimientos que tenía de su idioma natal el árabe, del talmúdico y del caldeo. Otros rabinos de gran nota se dedicaron a componer y escribir comentarios posteriores, como el Talmud, Mishna, etc. Entre éstos sobresale ya, a fines del siglo XI, Shelomoh ben Isaak, llamado Rashi.

En el siglo XII, hemos visto, principiaron los grandes estudios sobre los dialectos arameos (pág. 236); en el mismo florecieron rabinos que extendieron, modificaron y perfeccionaron notablemente los del hebreo. Sobresalen entre ellos los Kimshi padre e hijos. El padre, José K. (1160), sólo dejó una obra de poca importancia. Su hijo mayor, Moisés Kimshi, compuso una gramática muy apreciable, y que en el método y exposición se aproxima mucho a las modernas, y existe impresa en varias ediciones. Su segundo hijo fue el célebre David Kimshi, que, como gramático, lexicógrafo y comentarista, ocupa uno de los puestos más distinguidos entre los hebraizantes de aquella época, y no solamente no tuvo sucesor durante muchos siglos, sino que los gramáticos cristianos han seguido en sus obras al célebre rabino. El trabajo principal de éste es acaso el titulado miqlôl o perfección,

que contiene gramática y diccionario; también es notable su obra *sêfer sharâshîm*, o libro de las raíces.

En los siglos XV al XVII florecieron varios hebraizantes de gran nota, entre los que merecen especial mención; Elías Levita (1469-1549), cuyas obras gramaticales y lexicográficas son muy apreciables porque en ellas explica con gran cuidado muchas palabras difíciles, cuyo conocimiento, sin sus explicaciones, se habría acaso perdido; Santes Pagnino, dominico de Luca, a los cuales aventajó el célebre J. Reuchlin, que si bien siguió en sus obras el método de los judíos, pero introdujo notables mejoras y preparó el camino a los profundos investigadores que florecieron en el mismo y siguientes siglos, de algunos de los cuales hemos hecho mención en otro lugar (p. 236), y otros españoles estaremos después.

Ya en el siglo XVII comenzaron los estudios comparativos con Buxtorf o Buxtorffio, y Castello, de cuyos ensayos sacaron grandes resultados en el siguiente los dos Michaelis y otros, hasta el presente, en que los adelantos y resultados de la filología semítica pueden compararse con los de la indo-europea.

Los estudios del hebreo recibieron nuevo impulso con los descubrimientos hechos en Oriente, algunos de los cuales despertaron más el espíritu a los estudios comparativos, multiplicando sus aplicaciones, antes limitadas a las investigaciones bíblicas. En nuestro siglo vemos dividido el campo de investigadores del hebreo en dos grandes y poderosos partidos, el católico y el protestante; por el número de los que trabajan, y de las obras publicadas, así como por el mérito científico de las mismas, resultados y descubrimientos en ellas contenidos, lleva, hasta el presente, el segundo grandes ventajas sobre el primero. Quién sea de esto responsable no es cosa que yo deba averiguar; sólo tengo presentes los hechos históricos, que brevemente consignaremos en las páginas que siguen.

El alemán Guillermo Gesenio es tenido, y con razón, por el fundador de la filología semítica propiamente dicha. Los grandes trabajos gramaticales de este ilustre orientalista (1786+1842), y más aún los lexicográficos que dejó terminados o comenzados, fueron la base sobre que edificaron los nuevos hebraizantes. Sólo allí donde quiso hacer el papel de dogmatizador perdió la antorcha de su claro ingenio, y sus investigaciones y doctrinas participan entonces de la oscuridad en que parece hallarse envuelta su razón.

Aplicando el método comparado sacó a los idiomas inmediatamente relacionados con el hebreo del aislamiento en que antes se les tenía y estudiaba; hizo más interesante y ameno su estudio, en el cual tomaron luego parte hombres distinguidos de todas clases y opiniones, grandes ingenios y talentos sobresalientes. Preciosos manuscritos, que yacían empolvados en los estantes de muchas bibliotecas, vieron la luz pública, sin que se descuidasen las apreciables obras de algunos sabios rabinos, que con sus comentarios sobre el antiguo Testamento habían echado los fundamentos para la interpretación e inteligencia del sagrado texto. Gramática, lexicografía, crítica, exégesis, todos los medios de que se valían los filólogos de las lenguas indo-europeas para resolver sus problemas aplicaron los semitas con el mismo fin; y las riquísimas bibliotecas de Londres, Oxford, Escorial, Viena, Berlín, París y otras, fueron honradas con las frecuentes visitas de los celosos e infatigables investigadores de la Biblia .(, , , ,)

Henrique Ewald ocupa el segundo lugar entre los filólogos semitas. Dotado también de grandes talentos, despejada inteligencia y con vastísimos conocimientos en lenguas enteramente diversas, semíticas e indo-europeas, ha trabajado sin descanso y con excelentes resultados en el cultivo de las primeras. Pero cuanto más elevado le ha puesto la naturaleza con los dotes sobresalientes que le adornan, mayores son también sus caídas al separarse del camino de la investigación y de la práctica, para entrar en el de la teología especulativa y meterse a dogmatizar. Sus comentarios sobre el antiguo Testamento están llenos de contradicciones y errores evidentes, de sutilezas y absurdos, a fin de sacar derivaciones caprichosas, inventar raíces y variantes en el texto, etc., conformes a sus opiniones, creencias y dogmas; emplea sus talentos nada comunes y todos sus conocimientos en lenguas para torcer la etimología de las voces y establecer hipótesis a veces opuestas al sentido común, combatidas no menos por sus correligionarios que por los católicos. A pesar de las faltas que debían originarse de tal proceder y método en la explicación del antiguo Testamento, han contribuido Gesenio y Ewald más que alguno otro en nuestro siglo a dar a conocer los ricos tesoros literarios que ese antiquísimo libro encierra. Los orientalistas que les precedieron tenían en cuenta solamente su carácter religioso, y desconocían el mérito puramente lingüístico de las composiciones; hoy, estudiado y examinado su contenido con imparcialidad completa, y hecha en lo posible abstracción del fin que sus autores se propusieron, se descubre una fuente inagotable de vida, un continuo manantial de nuevos conocimientos e ideas, que pueden sacarse de los bellísimos pensamientos que brotaron de la fecunda imaginación israelita.

No solamente debemos buscar en este libro la confirmación de los dogmas católicos; el primer objeto del filólogo es examinar, y hacer ser las bellezas literarias que contiene. Todo el que provisto de los conocimientos necesarios, y libre de preocupaciones penetra en el contenido de los libros proféticos, se halla poseído de asombro, de veneración y de respeto hacia sus autores, al ver en ellos cómo un pobre pastorcillo, ignorante y tosco, remonta su inteligencia entusiasmada a las regiones del infinito, y prorrumpe en cánticos llenos de fuego, poesía y sentimiento, que revelan una imaginación fecunda y animada; cánticos que nunca envejecen ni pierden el interés, porque su objeto es siempre del día, y la forma de su composición es siempre nueva ().

Cuando el europeo había abandonado la ciencia, para dirigir su atención a objetos más bajos, pero que halagaban también más su egoísmo, -desde el siglo VIII al XV,- hemos visto a los judíos y árabes trabajar activamente en el cultivo de todos los ramos del saber entonces conocidos, y principalmente de su lengua. Publicar las importantes producciones de aquellos ingenios es una de las primeras obligaciones del orientalista, y ha sido también de los primeros trabajos que han ocupado su atención en los últimos decenios de este siglo. (,).

Olshausen aplica en mayor escala el método comparado, por medio del cual puede explicar mejor muchos fenómenos de la lengua. Una excelente Gramática, más completa que las anteriores, debemos a Böttcher; la de Nägelsbach es recomendable por su sintaxis, y la del Sr. García Blanco tiene, en su clase, y prescindiendo de su método, con el que pocos orientalistas pueden estar conformes, cosas buenas y dignas de estudio.

Para adquirir en breve tiempo idea clara del sistema gramatical del idioma hebreo, aventaja a todas las anteriores la excelente gramática del Dr. Braun, que es, sin disputa, el mejor trabajo de este género que tenemos en nuestra lengua. El Dr. Braun expone la sintaxis hebrea según el método alemán, por lo que es oscuro en algunos puntos de ella (, , , , ,)

Hemos visto a Gesenio como primer gramático, y le encontramos ocupando el mismo lugar entre los lexicógrafos. Su Diccionario-Manual, si bien no está libre de errores en materias religiosas, es muy apreciable y usado con ventaja en todos los países y por toda clase de personas; en su Thesaurus, del cual se puede afirmar lo mismo que del Manual con relación al dogma católico, depositó un caudal inagotable de conocimientos y noticias sobre la literatura, creencias, costumbres, historia, geografía, etc., del pueblo hebreo y semitas en general, sirviendo de base a toda investigación etimológica en el terreno de los idiomas semíticos. Esta grandiosa obra será por mucho tiempo la mejor y más completa entre las de su género. El judío convertido Drach ha corregido el Diccionario-Manual, y hecho en él algunas adiciones, tomadas del Thesaurus. Los trabajos de J. Fürst merecen también especial mención; y entre las crestomatías, las del mismo Gesenio y de Metzger (, ,) aventajan a muchas otras publicadas hasta el día.

El protestantismo dio también origen a los grandes trabajos críticos y exegéticos sobre el Antiguo y Nuevo Testamento, que se han continuado sin interrupción hasta el presente. En nuestra reseña histórica hablaremos sólo de los que han aparecido en los últimos decenios de este siglo, por el interés práctico que para nosotros tienen. Las cuestiones que se han suscitado sobre los diferentes libros de la Biblia son tan variadas e importantes para el simple filólogo como su contenido: autenticidad, autores y tiempo de su composición, fuentes en que bebieron aquéllos, variantes introducidas en lo sucesivo, así como la utilidad que de estas obras se puede sacar para la historia, geografía, y en general para conocer la influencia del pueblo hebreo en el desenvolvimiento de las ciencias y artes entre los pueblos de Oriente; estas y otras muchas cuestiones de este género han sido objeto de investigaciones detenidas en escritos especiales, introducciones al estudio del Antiguo y Nuevo Testamento, en comentarios y monografías, etc. Gran número de estos trabajos encierran ricos tesoros de ciencia, productos de largos estudios y de meditaciones profundas; en otros, al contrario, guiados sus autores por el espíritu de negarlo todo, que domina a muchos en nuestro siglo, sofocan con absurdas sutilezas los buenos frutos que pudieran dar sus talentos en unión con los vastos conocimientos que les adornan. Los trabajos de Gesenio contienen muy buenas observaciones sobre la lengua y etimologías acertadas, mostrando en ellos la profundidad que caracteriza todos sus estudios lingüísticos, pero en su crítica no podía menos de mostrarse, conforme a los absurdos principios que había sentado como base de sus investigaciones.

Los exegetas y comentadores católicos del Antiguo Testamento son, en nuestros días, muy pocos en número relativamente a la gran falange que pueden presentar los protestantes de todas confesiones, en los diversos países europeos, pero con especialidad en Alemania; los ingleses y franceses han seguido, aquí como en los estudios de filología indo-europea, a los alemanes, cuyos principales trabajos han imitado o traducido; presentando, sin embargo, algunas obras originales de importancia; los hebraizantes y filólogos españoles ni aun

tienen el mérito de haber hecho lo primero, hasta el punto de aventajarnos en esto los italianos, entre los cuales adquieren gran importancia los estudios filológico-lingüísticos.

Contemporáneo de Gesenio, aunque muy inferior a él en sus conocimientos del hebreo, fue el alemán J. G. Herbst (+1836), que siguió la marcha de los católicos llamados liberales, y dejó, entre otros trabajos, una introducción al A. Testamento. Mejores y más profundos conocimientos de la lengua sagrada tuvo F. E. Movers (+1856), que como crítico y exegeta ocupa un puesto distinguido entre los católicos modernos, pero desgraciadamente dejó pocos escritos (,). También merecen citarse de esta época, como exegetas críticos, J. L. Hug (+1846), que escribió una introducción al Nuevo Testamento, muy estimada hasta el presente; A. B. Feilmeser (+1831), en cuyas obras se descubre un juicio recto, sano y despreocupado, cualidades sobremanera apreciables en este género de escritos.

Por este tiempo florecía también, de los protestantes, el distinguido orientalista G. L. de Wette (+1849), como uno de los mayores ingenios que han dedicado toda su vida y talentos a fomentar y dar lustre a los estudios críticos de la Sagrada Biblia, de los cuales es tenido por verdadero fundador entre los que participan de sus opiniones; mas sus apreciaciones críticas son, en los más de los casos, de poco valor, y sus talentos como tal tienen carácter puramente negativo, puesto que al exponer los argumentos en que otros han apoyado o intentado apoyar sus opiniones, niega la fuerza de los mismos o su conveniencia, sin tomarse la molestia de presentar otros en contra, y tiene por costumbre desechar las pruebas de otros sin examinarlas, de Wette no aparece libre de preocupaciones en favor y en contra de ciertos y determinados principios; si bien puede observarse que en el curso de sus estudios e investigaciones sobre el Antiguo Testamento, cambió o modificó sus principios y opiniones, que, no obstante, quedaron siempre en alto grado racionalistas. Algunos de sus escritos, que son muy apreciables bajo el punto de vista filológico, hicieron época en los estudios bíblicos, y se han publicado en varias ediciones, no sin haberse introducido en ellos grandes mejoras. ()

A la cabeza de una escuela diferente de la que representó de Wette, aunque basada en los mismos principios racionalistas, y notable por su exclusivismo intransigente, aparece después de la muerte de aquél, Enrique Ewald, a quien ya conocemos como gramático. Ewald, siempre ingenioso y profundo en sus investigaciones, cuando tienen por único objeto el idioma, resuelve con acierto y agudeza las cuestiones puramente lingüísticas; y por sus numerosos escritos se comprende que los servicios por él prestados a la ciencia hubieran sido mucho mayores, si con tanta frecuencia no se hubiese apartado del camino de la observación y de la práctica.

Pero este método es incompatible con los principios exaltados racionalistas, y con las marcadas preocupaciones del eminente orientalista alemán, que en medio de sus investigaciones se ve como arrastrado por un impulso irresistible a establecer nuevos principios, crear dogmas y dar la ley en materias teológicas; y cual si hubiese removido la más leve duda acerca de la verdad de sus opiniones, condena y anatematiza con increíble presunción todo lo que a las mismas se opone. Mas, a pesar de esto, no se detiene en la superficie de las cosas que examina; antes bien penetra con mirada aguda en los secretos y en el espíritu sublime del Antiguo Testamento, cuyas bellezas literarias descubre y comprende cual ningún otro; en sus juicios y apreciaciones no se contenta con pruebas

negativas como de Wette; pero en cambio sus fallos son, por lo común, decisivos, aun en aquellos puntos dudosos que evidentemente admiten controversia, o que, por estar en contradicción con sus propias opiniones, son a todas luces falsos. Tal es el carácter general de este infatigable orientalista y filólogo, cuyas obras publicadas en su mayor parte por él mismo en varias ediciones, contienen preciosos descubrimientos en el terreno de la filología oriental, y aventajan a las de su predecesor de Wette. Ewald ha publicado también varios trabajos sobre teología dogmática y controversia, muy inferiores a los puramente filológicos o exegéticos (,). Fernando Hitzig, también alemán, sobresale entre los comentaristas de la Biblia, que siguen total o parcialmente la escuela de Ewald. En sus comentarios sobre diversos libros del Antiguo Testamento se muestra aun más seguro y confiado que aquél en la verdad de sus propias opiniones y principios; pero aunque en sus juicios y deducciones es tan absoluto e intransigente como el jefe de la escuela, se aparta de él en muchos puntos de importancia.

Hitzig, más racionalista, si cabe, que Ewald, penetra sin decoro, y como con despreciativo y altanero orgullo en el santuario del A. T., y trata de un modo brusco, irreverente y vulgar los objetos santos y sagrados de que hablan sus diversos libros. Pero, en esto es consecuente con sus principios; porque, si la Biblia es un mito, y su contenido un conjunto de leyendas fabulosas, no merece de nosotros más respeto que los Puranas o Itihasas de los indios, los cuales aun pudieran aventajar a aquélla en antigüedad y mérito literario. Sin apartarse de sus principios, niega, Hitzig toda profecía enunciada por causa o previsión sobrenatural, y así le vemos buscando conjeturas e hipótesis con que explicar los hechos contenidos en los sagrados libros (hechos que la ciencia y la razón le obligan a admitir), allí donde el sentido literal del texto se opone abiertamente a semejante negación; hipótesis que, si bien en muchos casos demuestran sus profundos conocimientos en lenguas orientales y su claro y despejado ingenio, son siempre desgraciadas, como que están en marcada contradicción con el contenido del texto, que no es posible variar a capricho sin faltar a los principios de la crítica.

En los escritos proféticos se anuncian con frecuencia acontecimientos venideros, tales como la ruina de un imperio, la caída de una dinastía, la cautividad de un pueblo, etc.; vaticinios que en realidad sucedieron del modo que anunciaron los profetas, puesto que así nos lo enseña la historia. Admitida la autenticidad de tales libros, habremos de admitir también la posibilidad de la profecía, y por lo tanto de los milagros; ningún hombre científico de nota, ha puesto en duda la autenticidad de los libros que componen el A. T., con excepción de alguno de ellos. Es, pues, forzoso acudir a otros medios para negar la existencia de anuncios verdaderamente proféticos en tales casos. Hitzig, Ewald y demás racionalistas modernos admiten los hechos, pero afirman que su predicción por parte de los profetas tiene siempre lugar cuando la perspicacia de una inteligencia mediana, pero algún tanto experimentada en la marcha de los negocios públicos, y de los acontecimientos que cambian la faz de los pueblos, podía ya prever, acaso con muchos años de antelación, que tendría lugar lo que ellos predecían o cosa semejante. Para dar algún viso de probabilidad a este aserto, es forzoso fijar la época en que floreció el profeta o escritor sagrado, próxima al tiempo en que los acontecimientos de la profecía se realizaran. Pequeña dificultad es esta para quien pretende no hallar ninguna, y mucho más en el caso presente. Varias veces hemos observado cuán grande incertidumbre reina en toda la cronología oriental; no es, por lo tanto, difícil dar apariencia de verdad a las sofísticas suposiciones o hipótesis con que se

pretende cambiar, trocar o atrasar la época en que vivieron algunos profetas, cuando así conviene a las ideas de algún comentador de nuestros días, aunque esto se oponga a las noticias históricas y de tradición más autorizadas que sobre la misma tenemos, y contra las cuales faltan otros datos.

Las profecías, según los principios racionalistas, son descripciones del pasado, presentadas bajo la forma de predicciones de acontecimientos venideros; con otras palabras, las profecías del A. T. son una mentira, y sus autores unos farsantes; hombres de imaginación fecunda y animada, dominados por la idea que les preocupa, y con la cual pretenden engañar al pueblo. Ésta es, en realidad, la opinión de los comentadores racionalistas del A. T., presentada bajo el ropel de palabras engañosas, de elogios a los profetas y de profundo respeto hacia sus obras. Consecuentes con estos principios, la mayor parte (no todos) de los comentadores que siguen la escuela de Ewald no hacen distinción alguna entre los profetas del A. T. y los adivinos, astrólogos, etc., de otros pueblos de la antigüedad. La profecía, según Ewald, es un beneficio o bien común a todos los pueblos antiguos, y se ha presentado más grandiosa, pura y con más caracteres de credibilidad entre aquellos que tenían dogmas y principios religiosos más sublimes, creencias, costumbres y hábitos, basados en la moralidad más pura y sana, y cuyo sistema religioso, en general, había llegado a mayor perfección; y como todo esto tuviese lugar en el pueblo hebreo, de aquí el que en su profecía hallemos reunidas esas cualidades, que tanto la elevan sobre las de otros pueblos. Para los corifeos del racionalismo moderno no hay diferencia entre los profetas del A. T. y el oráculo de Delfos: el mismo caligo futuri ocultaba los acontecimientos venideros a los unos que al otro. Hitzig les confunde en una denominación. Ewald habla con más respeto de los profetas, pero explica la especie de inspiración que les anima como una consecuencia del entusiasmo natural que circunstancias dadas pueden despertar en cualquiera hombre (¡en un estado muy semejante de inspiración y entusiasmo parece escribir con frecuencia el mismo Ewald!).

Estas afirmaciones, que con tanta frecuencia leemos en escritos del día son puros sofismas o puras afirmaciones, que sus autores no se han tomado la molestia de probar. En ellas se desconoce la naturaleza de las profecías del A. T., muchas de las cuales se refieren evidentemente a hechos que la historia nos enseña sucedieron tal cual allí se predice, y sobre los cuales no puede haber duda; de este género son entre otras, las que predicen la cautividad del pueblo judío en sus dos ramas, Israel y Judá, con la completa destrucción del templo de Salomón (de Jeremías); la vuelta del pueblo reunido a su patria; la ruina de los imperios (de Daniel); la destrucción del templo de Jerusalem (Zacarías); la venida del Mesías y su nacimiento de una virgen (de Isaías); la ruina de Nínive (Nahum y Sofonías), y otras que se compusieron, escribieron y publicaron muchos años y siglos antes de que pasasen a ser hechos, que hoy leemos en la historia y contemplamos en las consecuencias de tales acontecimientos. Para quitar el valor a las profecías queda sólo el mezquino recurso de trastornar la época en que vivieron los escritores sagrados, lo cual con algunos (Daniel, Jeremías, etc.) es también imposible.

Desconócese también la naturaleza de los oráculos y vaticinios que leemos en algunos libros de varios pueblos antiguos, que siempre se presentan bajo formas inciertas, vagas e indeterminadas, y que pueden aplicarse a cosas opuestas; como si al preguntar «¿Quién vencerá de dos reyes en un combate?» se respondiese: «Vencerá el rey de un gran pueblo.»

En muchas obras antiguas se habla de vaticinios que sucedieron, pero sin hacer mención de sus autores, ni de la época en que vivieron; en el Yasna (cap. IX) leemos que el nacimiento del gran profeta Zoroastro había sido anunciado con muchos años de anterioridad, pero en ninguna parte se nos habla del profeta ni de sus predicciones; comparar las profecías del A. T. con vaticinios de este género, los cuales vienen siempre envueltos en la oscuridad y la fábula más absurda, es tan irracional como el negar el carácter sobrenatural de las primeras. Pero la naturaleza de esta obra no consiente que nos detengamos en esta materia, sobre la cual se ha escrito mucho y bueno.

La tradición es uno de los medios más poderosos y de las autoridades más seguras que podemos y debemos seguir en nuestras investigaciones y estudios sobre las literaturas de todos los pueblos, pero con especialidad de los orientales; sólo allí debemos apartarnos de la misma, donde la historia, la lengua, etc., nos ofrezcan datos más ciertos; pero el racionalismo filosófico de muchos investigadores del A. T. se aparta con demasiada frecuencia de las tradiciones hebreas, allí donde son acaso el único medio para obtener el verdadero sentido de sus sagrados libros.

La crítica moderna desecha todo testimonio exterior, como el de las tradiciones históricas, porque con presunción anti-científica procede en sus apreciaciones y juicios, plenamente convencida de que todo aquello que no pueda ella misma decidir y probar, independiente de otra autoridad cualquiera, es o dudoso o falso, y en consecuencia de este principio, niega el valor de los argumentos que no hayan emanado de la razón. Este procedimiento, sin embargo, es poco menos que impracticable en las investigaciones filológico-lingüísticas y críticas del A. T., y estéril en sus resultados, por lo que apenas tiene partidarios entre los investigadores o comentaristas del mismo.

La verdadera y sana crítica, armada de todos los medios históricos, lingüísticos y filológicos que la ciencia moderna nos ofrece, es indispensable y de todo punto necesaria para la interpretación e inteligencia de los autores bíblicos, como lo es en estudios sobre los clásicos griegos o latinos; hoy es la crítica un ramo integrante e indispensable de la ciencia hebrea, y por lo tanto de la ciencia eclesiástica. El hombre que piensa, examina, estudia y prueba todo lo que se le propone como verdadero y como objeto de su fe. Sin la crítica es imposible penetrar en el contenido del A. T., percibir sus bellezas literarias, ni menos apreciar los ricos tesoros que encierran sus libros. Pero hablamos aquí de la crítica que funda sus apreciaciones y juicios en los hechos que examina, cual en sí son, y no según la existencia y forma que toman en imaginaciones exaltadas y confusas, que se proponen, como resultado de su investigación, negar el contenido de las obras literarias, más bien que hallar su verdadera interpretación y sentido; hablamos de la crítica que, sin negar la verdad, examina los principios en que se funda, y sin desechar los hechos históricos, busca los motivos que puede haber para admitirlos o desecharlos.

Hitzig se distingue de todos los comentaristas y exegetas críticos modernos del A. T., por las raras y extravagantes sutilezas y fantásticas combinaciones de que con tanta frecuencia se vale para introducir modificaciones y variantes en el texto; por las absurdas etimologías que propone para hallar el origen de muchas palabras y darlas aquel significado que mejor favorece sus opiniones; en general muestra el más refinado racionalismo en todas sus obras y comentarios, pero descubre siempre vastos conocimientos en las lenguas

orientales y su literatura, de los que se vale como arma poderosa, y a primera vista temible, para sostener sus principios. (,)

Contra esta escuela (protestante) racionalista pura se ha levantado otra más numerosa y fuerte, animada, como aquélla, por el entusiasmo que nace del ardiente amor a la ciencia y apego a los principios, pero guiada por el espíritu de principios menos exaltados, que, sin ser racionalistas, son más conformes a la razón. No obstante esta unidad con que proceden en sus investigaciones y trabajos todos los individuos de esta escuela, en cuanto que tienen por objeto general la interpretación y explicación del sagrado texto, vemos en ella hombres de muy diversas ideas, consecuencia necesaria de la diversidad de opiniones que reina en las confesiones protestantes.

En dos grandes ramas se divide esta escuela: la pietista y la ortodoxa. Como fundador del pietismo protestante se tiene comúnmente a Felipe Jacobo Spener, que en el siglo XVII pretendió oponerse a los dogmáticos ortodoxos, enseñando que no bastaba la pureza de doctrina y la fe para la justificación, sino que es necesario que a una acendrada piedad acompañen las buenas obras. Tuvo pronto numerosos sectarios, que se distinguían por las excesivas muestras exteriores de religiosidad, lo cual les mereció el sobrenombre de pietistas. Spener estableció reuniones en que se leía, enseñaba y explicaba prácticamente la Sagrada Biblia, en Frankfort primero, y luego en todos los puntos donde tuvo discípulos. Después de muchas persecuciones y contratiempos ganaron nombre y autoridad entre el pueblo culto, de tal modo, que para la nueva universidad de Halle, abierta en 1695, fueron nombrados profesores los más notables teólogos pietistas, quedando aquel establecimiento como baluarte de la secta hasta mediados del siglo XVIII. La exterioridad en las obras es carácter de los pietistas, como la severidad y pureza en la doctrina lo es de los llamados ortodoxos. De aquí el que los primeros descuidasen demasiado la ciencia y el estudio, hasta el punto de que la teología fue tenida por ciencia profana y del mundo. Por esta razón ganó más partidarios entre las clases bajas de la sociedad.

El exaltado racionalismo se manifestaba cada día más poderoso e imponente en Alemania, y ante el peligro común trataron de unir sus fuerzas pietistas y ortodoxos, y permanecieron algún tiempo unidos en intereses, aunque no de todo punto en opiniones. Unos y otros, sin embargo, sostienen, contra el racionalismo, el origen divino de la Biblia, y aun el dogma del pecado original, y del poder de la sangre de Cristo para quitar la mancha contraída por el mismo.

Ern. Guillermo Hengstenberg (+1869) aparece ya como defensor de la nueva restauración teológico-pietista por los años de 1820. Hengstenberg era el hombre a propósito para tal empresa. Con pleno convencimiento de que defendía la verdad y la justicia inflexible en sus opiniones y con el gran tesoro de conocimientos y de ciencia teológica y bíblica que se había adquirido, no sin trabajos ni sacrificios, se puso el ilustre profesor de Berlín a la cabeza de su despreciado partido, para el cual ha ganado honor y gloria inesperada en su continua lucha contra el racionalismo, y aun contra el purismo de los ortodoxos. Desde los años 1830 comenzó la defensa de sus doctrinas en numerosos escritos, a todos los cuales aventajó su obra maestra La Cristología del A. T. En ella expone el autor todas las alegorías, figuras y profecías que representan, simbolizan o se refieren al Mesías; lo cual hace con gran aparato de ciencia y erudición, mostrando sobre todo sus

profundos conocimientos en hebreo. Siguieron a éste gran número de trabajos, en su mayor y mejor parte comentarios exegéticos del A. T.; el mejor de ellos es acaso su gran comentario de los salmos. Hengstenberg no abandonó jamás sus opiniones ni cedió en sus principios, no obstante de verse casi solo como hombre de ciencia, y atacado continuamente por racionalistas y ortodoxos, como no podía menos de suceder, atendida la extravagante manía con que trabaja por hacer ver en los pasajes del A. T. principios que apoyan sus doctrinas. Entre los jefes de esta escuela sobresale en Inglaterra el Dr. Pusey, cuyas obras muestran bien los profundos conocimientos de su autor en la lengua de los antiguos profetas. (, , , ,)

A la cabeza de la escuela ortodoxa protestante aparece el profesor alemán Francisco Delitzsch. Pocos comentadores y exegetas modernos del A. T. habrán escrito más y mejor que este ilustre orientalista. En todas sus numerosas obras se muestra siempre el mismo investigador, buen teólogo, profundo lingüista, filólogo, que dominado por una idea sublime, no se detiene ni retrocede ante las imponentes dificultades que se oponen a la empresa y a la defensa de la misma. Su gran comentario sobre los salmos, sobre el profeta Isaías y sobre Job son obras maestras, en las cuales parece haber profundizado Delitzsch, más que otro alguno, en el sentido de los sagrados escritores. Aumentan sobremanera el valor y mérito de estos grandes trabajos, las notas que en ellos se encuentran, de otros escritores ilustres, ya para explicar la etimología y significado de muchas palabras hebreas de origen oscuro, por medio de las respectivas de los demás dialectos semíticos, o para dar aclaraciones sobre el sentido de expresiones o giros hoy ignorados en hebreo, por medio de otros análogos de uso común entre los pueblos hermanos. Merecen especial mención entre estas notas las del profesor Fleischer (de Leipzig) sobre el árabe, y las del cónsul Wetzstein sobre el dialecto del mismo que hablan los beduinos. A esta escuela pertenece el gran comentador del Antiguo Testamento C. F. Keil, que en sus ideas y opiniones no se aparta de Delitzsch, con el que trabaja en la publicación de un comentario completo sobre todos los libros del mismo.

Más digno de nuestra atención es G. Hupfeld, profundo hebraizante y buen teólogo, cuyo excelente comentario sobre los salmos es acaso de lo mejor y más apreciable que sobre esa preciosa joya de la literatura hebrea se ha escrito. Este ilustre expositor protestante, sin dejar de ser ortodoxo como Delitzsch, muestra menos inclinación a las doctrinas pietistas, y combate, hasta cierto punto, las nimiedades y sutilezas anticientíficas de la secta y de los ortodoxos que a ella se acercan. Algunas obras de Hupfeld han sido trabajadas de nuevo por Riehm, quien ha hecho adiciones de importancia, y merecido bien de la ciencia hebrea. Estos son los principales corifeos de las escuelas protestantes, que se ocupan en la interpretación del texto hebreo del A. T. Bien quisiéramos decir algo sobre las numerosas y apreciables obras y comentarios de otros ilustres escritores, cuyo mérito acaso en nada cede, si no aventaja, al de las que acabamos de mencionar; pero, atendida la índole de este libro, debemos contentarnos con indicar los principales en el catálogo.

La escuela católica moderna tiene también sus heroicos defensores y representantes en Alemania y demás países europeos.

Bonifacio de Haneberg, ilustre abad benedictino y profesor de la universidad de Munich, se presenta en primer lugar a nuestra consideración. Sus profundos y variados

conocimientos en lenguas orientales, con especialidad semíticas; su gran ciencia teológica y bíblica; su vasta erudición en todos los ramos del saber, y sobre todo en lo que se refiere a la literatura y ciencia de los pueblos orientales; la firmeza, imparcialidad y facilidad con que defiende sus opiniones y trata las materias más áridas; éstas y otras inapreciables circunstancias y cualidades que adornan al infatigable investigador de la literatura hebrea son las que mejor convienen a uno de los principales corifeos de una escuela contra la cual todas las otras dirigen sus reiterados ataques. La obra más importante del distinguido profesor es la que lleva por título: Las antigüedades sagradas de la Biblia. En ella hace su autor un estudio detallado, completo y profundo de la ciencia, de las artes y de todo lo que se refiere a la cultura intelectual y material de un pueblo, examinado prácticamente o en los productos y monumentos artístico-científicos y literarios que del mismo nos quedan, o que conocemos por la historia, por la lengua y por su literatura. Esta obra inapreciable, es de gran interés e importancia para todos los amantes de las letras. Poco inferior en mérito y ciencia a la anterior es su segunda obra, Historia de la revelación de la Biblia, que contiene preciosas noticias e investigaciones acerca de los escritores, contenido de los sagrados libros que la componen, y época en que florecieron aquéllos y fueron compuestos los segundos, con otras muchas cuestiones del mayor interés para los que se ocupan con este género de estudios, tratadas y expuestas las materias con la profundidad y método que caracterizan las obras del autor.

Entre los comentadores católicos modernos del A. T. ocupa un lugar distinguido Benito Welte, antiguo profesor de teología en la universidad de Tubinga, gran conocedor de las lenguas hebrea, árabe y demás dialectos semíticos, y versado en las literaturas orientales. La composición y publicación del gran Diccionario enciclopédico de la teología católica, que bajo su inmediata dirección han redactado los más distinguidos doctores de la Alemania católica, han consumido la mayor parte de su vida, a lo cual se debe el que tengamos pocos trabajos sobre el A. T., de la pluma de este escritor. De los mejores es su excelente comentario al libro de Job, obra preciosa, y que ha contribuido no poco a la inteligencia y aclaración de muchos pasajes oscuros del libro más difícil, menos conocido, y sobre el cual acaso se han publicado mayor número de escritos que sobre cualquier otro del A. T.

También merecen especial mención los trabajos exegéticos del profesor Pedro Schegg, que a sus buenos conocimientos del hebreo, los añade más profundos en teología y en todos los ramos de la ciencia eclesiástica. La obra más apreciable y más digna de estudio que tenemos de este comentador católico alemán es su gran Comentario de los Salmos; los Profetas menores tienen cosas muy buenas. Schegg sigue demasiado las explicaciones, aun etimológicas, de San Jerónimo, de quien se ha constituido en especial y entusiasta apologista. Debemos advertir, y hacer constar, que todos los comentadores alemanes modernos, de todas las escuelas y opiniones, respetan y admiran a este ilustre padre de la Iglesia, al cual siguen en muchas de sus explicaciones; San Jerónimo será siempre la base de los estudios filológicos sobre el Antiguo Testamento.

Francia ha producido poco en este ramo de las ciencias: aun los trabajos tan decantados de Renan no merecen lugar en nuestra reseña histórica; al lado de los trabajos de Gesenio, Ewald y Hitzig, racionalistas exaltados como son, los trabajos de Renan parecen más bien

una novela que estudios sólidos, profundos, y serios sobre la literatura de un pueblo grande, respetable y digno de admiración aun en su envilecimiento y desgracia. (-)

España ha contribuido menos, en los tiempos modernos, a la explicación e interpretación filológica de los sagrados libros, que cualquier otro país de Europa. Este género de trabajos, fundados única o especialmente en el idioma original del texto de la Biblia, requiere grandes conocimientos en todos los semíticos; sólo puede emprenderlos un orientalista y teólogo, y en España no hay teólogos que sean realmente orientalistas. Muchos verán en esto un borrón negro para la historia de la Iglesia española, que siempre fue celosa en mantener alta la bandera de las letras, y en caminar al frente de los descubrimientos de la ciencia, uno de cuyos principales ramos hoy descuida, con perjuicio y daño de su buen nombre y fama.

En otros tiempos los comentadores bíblicos españoles daban la ley en el mundo literario, y las primeras y más grandes producciones salían de su pluma. Sin hacer mención de los judíos españoles Maymonides, Aben-Ezra, Abanbanel y otros de que ya hemos hablado anteriormente, bastará recordar algunos nombres de cristianos, célebres por sus escritos sobre la Biblia, basados en el original hebreo, para conocer que los españoles modernos, y el clero con especialidad, al abandonar este y otros estudios, nos hemos apartado de la senda que siguieron nuestros ilustres predecesores.

Raimundo Martin, del siglo XV, dejó en su obra de controversia, titulada *Pugio fidei*, un testimonio de su vasta erudición y de sus conocimientos en la literatura hebrea, en lo que se distinguió también el rabino converso Pablo de Santa María, llamado el Burgense, y más que todos los de su tiempo, el Tostado, celeberrimo y conocido expositor de los sagrados libros, con quien termina el siglo XV. Comienza después una época más brillante y rica en producciones de este género con la *Polyglotta complutense*, verdadera joya literaria de aquel tiempo, que dio extraordinario impulso a los estudios bíblicos en toda Europa, y en la que fueron cooperadores hombres muy eminentes en letras, y en lenguas orientales algunos; de los primeros, son bien conocidos Antonio Nebrija, Fernando el Pinciano, López de Zúñiga, Juan Vergara y otros; de los segundos, Pablo Coronel y Alfonso de Zamora. Aparece después el célebre Arias Montano, esclarecido ingenio, dotado de vastísimos conocimientos, con especialidad en la ciencia teológico-bíblica, cuya *Polyglotta*, el aparato a la misma, sus traducciones, exposiciones y comentarios de muchos libros sagrados, le colocan a la cabeza de todos los sabios de su siglo y le hacen merecedor de un lugar muy distinguido entre todos los modernos que se han ocupado y ocupan con trabajos sobre la Biblia.

Fr. Luis de León muestra en muchos de sus escritos los profundos conocimientos que tenía del idioma hebreo y de su literatura. La versión que hizo del Libro de Job y de los Cantares, y las bellísimas paráfrasis de los salmos, son obras admirables en su género y que deleitan por sí mismas. En sus exposiciones se le ve siempre conocedor de la lengua del texto y muy versado en todas sus particularidades; es la prueba más concluyente de los grandes estudios que en su tiempo se hacían en nuestra patria sobre el idioma hebreo.

Francisco de Toledo se sirvió también de sus conocimientos en hebreo y griego, y mereció que el Papa le encomendase la corrección de la Vulgata, hecha según el texto

primitivo. Pasando por alto los comentarios y trabajos isagógicos sobre el A. T. de Prado, Villalpando, Gaspar Sánchez y otros, que hicieron uso especial del hebreo en todas sus obras, debemos hacer mención particular del gran escrivario Malvenda, hombre de mucha erudición, que escribió notas y correcciones muy acertadas sobre la Vulgata, comentarios sobre varios libros del A. T., y emprendió además una traducción de la Biblia hecha directamente del hebreo, pero que sólo pudo llevar hasta el capítulo XIV de Ezequiel. En general, florecieron en los siglos XVI y XVII gran número de escrivarios, algunos de los cuales se distinguieron por el uso que en sus exposiciones hacían del hebreo. El famoso Miguel Servet dio en latín la Biblia de Pagnino con notas y comentarios (1542), lo cual supone notables conocimientos del hebreo. También los poseía muy sobresalientes Cipriano de la Huerga, que compuso un libro sobre arqueología bíblica, por los años de 1550, sirviéndose con especialidad del hebreo, como lo hizo también Diego de Zúñiga en su comentario sobre el Libro de Job, publicado a fines del mismo siglo. Sería demasiado prolijo citar aquí los nombres de los más distinguidos escrivarios de los dos siglos mencionados, que en sus exposiciones y comentarios se sirvieron con acierto y éxito notable del hebreo.

En el XVIII florecieron, entre otros, Pascual Sala (+1731), autor de un calendario hebreo, que además escribió sobre las pesas y medidas de los judíos antiguos. Luis Tárrega (+1733) compuso también comentarios sobre diversos libros del A. T., a los cuales aventajaron acaso Teodoro Tomas y Juan Carreras con sus excelentes trabajos sobre el mismo.

Acaba el siglo, y comienza el actual con el célebre lingüista Lorenzo Hervás, de quien hemos hablado en otro lugar, y con Pérez Baller, que escribió un libro muy erudito y de gran importancia, titulado *De nummis hebraeo-samaritanis*, y una gramática. Parecía que los estudios filológico-lingüísticos seguirían en nuestro siglo la marcha y el impulso que habían recibido en los anteriores, principalmente del genial L. Hervás; pero no fue así. Después de este ilustre escritor, apenas encontramos otro digno de especial mención en el terreno de la lingüística y filología.

Los estudios bíblicos fueron completamente abandonados, y se comenzaron a mirar como secundarios aun para aquellos que se dedican a las ciencias eclesiásticas, y cuyo principal deber es el de guardar y conservar intacto el depósito de los sagrados libros; deber que no pueden cumplir sin el conocimiento y continuado estudio de la lengua en que primitivamente fueron compuestos. Consignamos aquí los hechos para sacar después las consecuencias y reflexiones que de los mismos se desprenden.

No debemos terminar nuestra reseña histórica sin hacer mención especial de los dos únicos escrivarios españoles que en nuestros días se han servido del hebreo para sus exposiciones y comentarios del A. T. El primero, y que ha emprendido la difícil tarea de regenerar los estudios hebreos en nuestra patria, nos es ya conocido por su gramática de la misma lengua. Don Antonio María García Blanco ha comenzado la traducción y exposición de los sagrados libros, basadas ambas en el texto primitivo.

Mejores resultados prometen los trabajos del antiguo profesor del célebre seminario del Escorial D. Francisco Caminero, quien a sus buenos conocimientos teológicos, basados en

la verdadera ciencia católica y del idioma hebreo, añada algunos, raros por cierto en nuestra patria, de la lengua árabe, la cual sirve de poderoso auxiliar en toda clase de investigaciones sobre el A. T. Hemos dicho anteriormente que los estudios filológicos y comentarios sobre el mismo requieren sólidos conocimientos en los idiomas semíticos, o que sólo un buen orientalista puede emprender hoy tales estudios. ()

Árabe.

El estudio del lenguaje, atendida únicamente la relación en que está con la naturaleza del hombre, es una de las ocupaciones que más le ennoblecen. Y de todas las lenguas en concreto, deben llamar en primer lugar nuestra atención aquellas que más se aproximan a la propia, o por su estructura gramatical o por los elementos que la constituyen,- las palabras. Si esto es así, en ningún idioma, después del latino, hallaremos tantos y tan poderosos motivos para hacerle objeto de nuestras investigaciones, como en el del pueblo con quien por espacio de muchos siglos vivieron nuestros padres en inmediata relación y comercio. Los grandes tesoros literarios que posee esta lengua, rica, sonora y elegante, uno de los medios más perfectos que sirven al pensamiento y fantasía para manifestarse al exterior, y de los que más elementos han dejado entre aquellos idiomas con quienes se puso por algún tiempo en contacto, rechazando él a su vez los extraños con orgulloso desprecio, como quien tiene de sobra; esas bellísimas producciones de la inteligencia que sobre todos los ramos del saber humano transmitieron a la posteridad los árabes antiguos como testimonio de su civilización y grandeza; pero también como aviso que nos dice el abatimiento a que puede llegar un pueblo cuya cultura no está sostenida por verdaderos principios; esas producciones debiera estudiar el español como propias, por la influencia que ejercieron sobre el carácter de nuestra literatura, sobre su contenido, civilización y costumbres.

El estudio del árabe es muy antiguo en Europa: el padre Alcalá, español de nación, publicó la primera gramática de esta lengua en 1505, muy apreciable hasta últimos del pasado siglo. En éste publicaron gramáticas árabes el P. Cuñes y el P. Patricio de la Torre. Merino Bacas publicó otra a principios del nuestro que no carece de mérito. En el extranjero se hicieron publicaciones análogas, de que ya hemos hecho mención. Este idioma es, entre los semíticos, el que más ha ocupado a los orientalistas de nuestros días; efecto que sólo puede atribuirse a la importancia de su rica literatura. Todos los ramos y objetos que la constituyen han sido tratados más o menos extensamente en obras especiales, sin que por eso se hayan agotado las riquezas extraordinarias que encierra. Gran número de obras inéditas han visto la luz pública; pero quedan otras muchas que aguardan igual suerte (especialmente en España). Excelentes trabajos gramaticales han aparecido en toda Europa, entre los cuales sobresalen los publicados por franceses y alemanes.

Silvestre de Sacy (+1839), uno de los más grandes y profundos arabistas de este siglo, fue el fundador de los estudios orientales en Francia, y por medio de los numerosos discípulos que salieron de sus aulas, en toda Europa. Sus apreciables trabajos sobre el idioma árabe fueron también la base de su estudio.

En 1810 apareció la primera edición de su Gramática árabe, con la cual, puede asegurarse, comenzó una nueva era para el estudio de la lengua. En muchos puntos de ella

(especialmente en la sintaxis) se apartó ya Sacy del método confuso y poco práctico de los gramáticos árabes, a quienes habían seguido casi por completo los europeos. No satisfecho Sacy con su primer trabajo; y movido por las reiteradas instancias de los mejores arabistas y literatos de la época, emprendió otro nuevo, sin comparación más completo y perfecto que el anterior, y que por mucho tiempo no tendrá igual en este idioma. El autor trata en él algunos puntos de la gramática con profusión oriental, lo cual hizo de su grande obra un libro impropio para la enseñanza. Para explicar el sencillo empleo de los tiempos, entre otros, dedica, en la analogía y sintaxis, sobre un centenar de páginas. Por otra parte, la falta absoluta de obras lexicográficas en aquel tiempo (el diccionario de Freytag no estaba aún terminado) le obligó a extenderse demasiado en materias propias del diccionario, como en el tratado de las partículas, adverbios, etc. Esto hace que el inapreciable trabajo de Sacy sea demasiado lato y confuso. Encuéntrase también en él algunos errores gramaticales, que ha rectificado en varias memorias, publicadas al efecto, el distinguido orientalista alemán Fleischer, en las cuales hace su autor algunas adiciones de importancia a la obra de Sacy. ()

H. Ewald, a quien ya conocemos como hebraizante, comentador y exegeta del A. T., se ha distinguido también por sus escritos sobre la lengua del Korán. Entre ellos merece especial mención su gramática, muy diferente de las demás obras de este género de autores europeos, por el método científico y filosófico que sigue su autor. Ewald analiza y estudia las formas gramaticales como en sí son y según el oficio que desempeñan en el idioma; pero examina en ellas su naturaleza como elementos del lenguaje, y según que en ellas se realiza la idea general del mismo; estudia lo que son y lo que deben ser. En esta obra es igualmente apreciable la breve pero clara exposición que su autor hace del arte métrica de los árabes. No es menos apreciable la gramática del danés P. Caspari, que, por su claridad, sencillez en el método y buena disposición de las materias, es preferible a las anteriores, con especialidad en la edición inglesa, por las mejoras y aumentos que en ella ha hecho el traductor. El autor de este libro ha publicado una española, siguiendo un método teórico-práctico (, ,). Todo aquel que aspire a comprender sin grandes dificultades el sentido de los clásicos árabes, y a penetrar en el espíritu de sus numerosas producciones, debe hacer un detenido y especial estudio de los gramáticos indígenas, o de la terminología usada por ellos; y esto es indispensable, entre otras causas, porque las obras árabes más notables, como Korán, Hamâsa, Makâmât, Moa'llakât y otras muchas, son incomprensibles al europeo, y aun al árabe moderno, sin los comentarios indígenas, en los cuales se hace uso de dichos términos; aun es frecuente el empleo de los mismos entre los poetas, especialmente en juegos de palabras o retruécanos, de que gustan mucho los autores árabes. (,)

El estudio y conocimiento de los dialectos es en todas las familias del lenguaje, objeto del mayor interés: en ellos se conservan con frecuencia las formas primitivas o más antiguas del idioma, y en ellos únicamente podemos estudiar con seguridad el significado primitivo y genuino de muchas voces que se han perdido en el lenguaje moderno. De aquí la importancia capital que tienen hoy algunos dialectos antiguos (como el litáico) aun cuando carezcan de literatura. Hasta nuestros días se ha descuidado por completo el estudio científico de los mismos, porque se ignoraba su importancia y no se conocían sus aplicaciones. El cónsul alemán Wetzstein, entre otros lingüistas, ha demostrado con numerosos ejemplos lo que pueden valer los dialectos para explicar la etimología y significado de palabras oscuras. Por medio de voces, hoy de uso común entre los beduinos

del Irak y países limítrofes (Asia menor) ha explicado satisfactoriamente la etimología y significado de muchas palabras hebreas, antes de origen dudoso, pero frecuentes en el A. T. (). Otras muchas aplicaciones tienen los dialectos en la ciencia y a la vida práctica. El idioma árabe tiene varios de gran importancia, y muy extendidos por diversas partes del globo, como el de Siria, de Egipto, el Magribita o de Argel, y el de Marruecos; de los cuales se distingue por muchas particularidades características el que hablaban los moros españoles hasta el siglo XV. Sobre todos estos dialectos se han publicado trabajos notables y muy útiles, con especialidad en Francia y Alemania; algunos de los cuales, como el del alemán Wahrmund, acompañan a la teoría numerosos ejemplos prácticos, elegidos de la conversación y aplicados con oportunidad. (,)

Entre los lexicógrafos europeos ha merecido hasta el presente un lugar distinguido el alemán Guillermo Freytag. Su obra, que comenzó a publicarse desde el año 1830 en cuatro grandes tomos folio, está basada en los trabajos de Golio, Meninski y otros, de que antes hemos hecho mención; pero siendo estos trabajos demasiado incompletos, aprovechó Freytag para la composición de su gran Lexicon los trabajos más perfectos de los dos maestros de la lexicografía árabe, llamados Chauhar y Firuzabadi. Esto no obstante, los nuevos adelantos y descubrimientos hechos en el estudio de la lengua vinieron a demostrar pronto que el gran trabajo del orientalista alemán era capaz de muchas y considerables mejoras y adiciones, y no habían pasado dos decenios del siglo, después de la publicación del mismo, cuando se vio la necesidad de una obra más completa y que correspondiese al gran impulso que habían recibido los estudios orientales. Freytag da en su diccionario el significado de las voces, sin probar su exactitud con autoridades competentes o de los clásicos, según es costumbre en obras de este género; la significación que da a muchas voces no está comprobada, y la de otras muchas es inexacta. Faltan en él también gran número de voces, muy frecuentes en cierto género de obras, que si no son puramente clásicas, gozan de singular popularidad entre los amantes de la literatura oriental, tales como las Mil y una noches y otras de este género; semejantes voces no deben faltar en un diccionario completo del idioma árabe.

El inglés G. Lane ha emprendido la obra colosal de componer y publicar un diccionario el más completo que puede esperarse del estado en que actualmente se hallan los estudios de la lengua. Este diccionario (del que va publicada una buena parte, y para la completa composición del cual tiene el autor reunidos todos los materiales indispensables), promete ser un monumento inapreciable, que podrá compararse con las grandes obras de este género que poseen otras lenguas. Lane da en él las autoridades clásicas en que apoya o de quien deriva la significación de las voces menos comunes, y respecto de las cuales puede haber alguna duda. Con esto será su precioso Lexicon, a la vez, un medio fácil y seguro para hacer nuevas investigaciones, puesto que Lane se ha podido servir para la composición del mismo de gran número de obras muy apreciables de los autores árabes, tanto lexicográficas como gramaticales, que han visto sucesivamente la luz pública después de la publicación del diccionario de Freytag. Entre ellas se cuentan las dos grandes obras de Chauhar y Firuzabadi, el lexicon enciclopédico del célebre Hachi Jalfa, el diccionario geográfico de Yakût, y otros muchos y muy estimados trabajos de este género, que tanto abundan en la literatura de los árabes. (, , , ,)

Entre las crestomatías o colecciones de piezas escogidas, no tiene semejante hasta hoy la del inmortal Sacy, que por su extensión, traducción y preciosas notas que la acompañan, ya etimológicas, ya históricas o geográficas, es uno de los mejores trabajos del infatigable orientalista francés. También es muy apreciable la de Kosegarten, por su glosario, y por los trozos que en ella se encuentran de obras clásicas aún inéditas; siendo además de fácil adquisición.

Nuestras antes escasas y confusas noticias sobre la literatura de este pueblo, tan digno de estudio en los días efímeros de su inmenso poderío como lo es hoy en su abyección, barbarie y envilecimiento sin igual, han recibido grandes aumentos y nuevas luces con las acertadas investigaciones de los arabistas alemanes, ingleses, franceses y de algunos españoles.

Hammer Purgstall emprendió un estudio detallado y científico sobre la historia de la literatura árabe, y expuso el resultado de sus trabajos en una grande obra, de vastísima erudición, y de suma utilidad para la ciencia. Las materias están, sin embargo, dispuestas con poco orden y método, a lo cual, y al no haberla terminado, se debe el que la obra de Hammer no tenga el mérito que pudiera esperarse de los talentos de su autor. ()

Freytag es, entre los modernos, de los que más han contribuido a los progresos de la filología arábica con sus acertadas publicaciones. Por primera vez hizo una exposición completa y clara de los principios que rigen en el arte métrica de los árabes, acompañándola de numerosos ejemplos tomados de vates indígenas; al mismo tiempo se ocupaba en la composición de uno de los libros más importantes y de más utilidad para el estudio de la lengua; quiero decir, su colección de proverbios árabes, cuyo conocimiento es necesario en todos los idiomas, pues son como la quinta esencia de las opiniones, hábitos y costumbres de los pueblos; pero en ninguno más que en éste, por el uso continuo y universal que de ellos se hace en toda clase de composiciones; en esta obra se dan curiosas noticias acerca del origen de gran número de estos proverbios, cada uno de los cuales encierra un compendio de historia. Este ilustre arabista no ha cesado en sus interesantes publicaciones sobre la lengua del Korán, hasta los últimos días de su vida. (, , ,)

De las aulas de Silvestre de Sacy habían salido numerosos y aventajados discípulos, que por este tiempo comenzaron a dar pruebas prácticas de su actividad literaria, y encendieron en otros el amor a los mismos estudios; con la segunda publicación de la gramática de Sacy y del gran Lexicon de Freytag dio principio una nueva era para la filología arábica, brillante y rica en producciones y descubrimientos. G. Flügel comenzaba entonces la publicación del gran Lexicon enciclopédico de Hachi Jalfa (V. página 242), después de haber dado a luz el texto del Korán en una edición de las más correctas que tenemos hasta el día. Flügel ha hecho también el primer estudio detallado de las famosas escuelas de Basora y Kûfa, de los gramáticos y demás escritores que de ellas salieron y de sus principales producciones. Éste fue también el tiempo de las traducciones de obras magistrales, por medio de las cuales se ha de dar a conocer al pueblo culto la importancia de la literatura. El inglés Guckin d'Slane ha prestado excelentes servicios a la ciencia con trabajos de este género. (, , ,)

El primer período en el estudio filológico de un idioma es el gramatical y lexicográfico; los trabajos en este período tienen por objeto especial el estudiar y dar a conocer la

estructura y mecanismo de la lengua; después de este resultado comienza el de los estudios críticos sobre la literatura y de las publicaciones de los clásicos.

Hasta nuestros días se habían descuidado las bellísimas producciones de los genios, y especialmente de los poetas musulmanes; cuyas preciosas y divertidas obras, amenizadas por las diversas formas bajo las cuales su imaginación viva y fecunda y entusiasmada fantasía supieron presentar un mismo objeto, el de su amor, yacían sepultadas en las bibliotecas y en el olvido.

Silvestre de Sacy dio a conocer algunas composiciones en su *Crestomatía*, y otras en publicaciones separadas, que acompañó siempre, como en aquélla, de excelentes traducciones, cual podía esperarse de tan sobresaliente orientalista. Semejantes trabajos fueron luego muy raros en Francia, pero tanto más numerosos en Alemania. Freytag acompañó también su edición del libro llamado *Hamasah*, o colección de poesías que fueron compuestas, en su mayor parte al menos, antes de Mohammed, de una traducción bastante correcta, y explicación del texto y comentario árabe.

El alemán Fernando Wüstenfeld sobresale entre todos los arabistas modernos en este género de publicaciones, tan útiles para los que se ocupan con la literatura de este pueblo, como penosas para quien las emprende; es el que más ha contribuido, con esta clase de trabajos, a los progresos de la filología árabe; sus ediciones de los clásicos se distinguen además por lo correctas (). Arnold, Dieterici, M. J. Müller, Kosegastén y otros muchos se han dedicado con celo y entusiasmo, nunca bien ponderado y alabado, a esta especie de trabajos, y gran número de las antiguas producciones musulmanas son hoy tan fáciles de adquirir para el joven orientalista como nuestros clásicos. (-)

Hacer una buena traducción es tan difícil como componer su original; y si aquélla se hace de una lengua a otra de carácter y estructura gramatical completamente diferentes, se aumenta la dificultad en proporción que sea mayor la diversidad de caracteres. Esto bastará para creer que habrá muy pocas traducciones buenas y exactas de autores orientales, sin excluir los árabes, en nuestros idiomas; mas la sospecha no es del todo exacta. Para llevar a cabo empresas que ofrecen grandes obstáculos se presentan a menudo talentos y genios sobresalientes, y así acontece en esta especie de trabajos, a los cuales se han dedicado, con éxito a veces brillante, Silvestre de Sacy y el incomparable alemán Rückert, cuyas traducciones son otras tantas obras clásicas y poéticas, con Wolff, Nöldeke, Reinhardt y varios otros. (, ,)

Las ricas y preciosas fuentes que nos dejaron los escritores árabes para la historia han sido especial objeto de investigación y estudio. El alemán Sprenger ha compuesto, a la vista de originales árabes, una interesante obra sobre la vida, doctrina y hechos de Mohammed, en la cual examina la influencia que este personaje pudo ejercer en la marcha de los acontecimientos políticos de Europa, Asia y África, y en la civilización de los pueblos, especialmente modernos. G. Weil, para la composición de su apreciable *Historia de los califas*, se ha servido de los mejores materiales que los adelantos modernos han sacado de toda la literatura oriental, y de los autores árabes con especialidad; los mismos han servido al gran arabista D. Pascual de Gayángos para la composición de su apreciable obra sobre «las dinastías.»

Los grandes pensadores y filósofos árabes han tenido también sus investigadores, y sobre sus trabajos, publicados unos, inéditos otros, se han escrito numerosas obras de grande interés y aplicación. Entre éstos no debemos pasar en silencio los de Dieterici, y el del profesor de Munich M. José Müller, sobre la filosofía del célebre Averroes, publicada en el original por el mismo distinguido profesor, quien además se ha ocupado con otros trabajos relativos a la historia de los árabes españoles, y a las palabras que del mismo idioma han quedado en el nuestro.

Sobre este último objeto se ha ocupado con admirable éxito R. Dozy, quien en la segunda publicación de su Glosario hace un estudio detallado, científico y completo de todas las palabras españolas y portuguesas derivadas del arábigo, sirviéndose también de los acertados trabajos sobre la materia del citado profesor Müller. No son menos apreciables sus obras sobre la Historia de España en la Edad Media y sobre los Nombres de vestimentas árabes, para cuya composición se ha servido de trabajos originales del idioma, en que tan profundos conocimientos posee. Así hemos abandonado los españoles en manos de extranjeros, estudios que exclusivamente nos pertenecen. Sobre la filosofía árabe (y sobre la de Aristóteles) son muy apreciables los escritos del abad y profesor de Munich B. de Haneberg. (, , , , ,)

Todo objeto que ofrezca algún interés especial, como el carácter que presentan las diferentes épocas literarias y escritores, filosofía, Korán, legislación, teología, medicina y otras muchas cuestiones de grande interés y utilidad para la historia de la cultura y civilización de este pueblo memorable, que en algún tiempo estuvo a punto de hacerse dueño de los destinos de Europa, y que tan buenos testimonios ha dejado del celo con que fomentó las ciencias y artes en su literatura; todo cuanto tiene relación con el desarrollo intelectual de un pueblo, o puede influir en él, ha ocupado a los arabistas de nuestro siglo. Pero el manantial está muy lejos de agotarse; una densa nube cubre aún muchos puntos importantes de esta rica literatura, y preciosos manuscritos esperan en nuestras bibliotecas a que algún español amigo de un pueblo con quien por tantos siglos vivió en íntimo comercio, les robe los interesantes secretos que depositó en ellos la diestra pluma de algún musulmán. Y si el amor a la ciencia, y los nuevos descubrimientos que para nuestra historia podemos hacer en las obras de los árabes, no son motivos poderosos para despertar nuestro celo hacia su estudio, séalo el ejemplo de todas las demás naciones europeas, en las cuales, sin exceptuar la moscovita ni la revolucionaria Italia, vemos a hombres eminentes trabajar con extraordinario entusiasmo en un estudio que ni remotamente les ofrece las ventajas que a nosotros. Al estudiar la literatura árabe, hacemos el estudio de la nuestra, y con más propiedad puede afirmarse esto de la lengua; pues no es posible conocer a fondo la nuestra propia sin el auxilio de aquélla.

Las bellísimas composiciones poéticas que como piedras preciosas adornan la literatura árabe, han sido para los orientalistas objeto predilecto de estudio, como también para el pueblo culto de recreo. Mas para percibir y comprender las bellezas de tales producciones de la fantasía oriental es necesario revestirse del carácter, opiniones y preocupaciones político-religiosas que rodean y distinguen al hijo de Sem, habitante o nómada del desierto, y respirar la atmósfera de ideas que constituyen como el elemento de su vida. El árabe, siempre noble y nunca infiel a sus antiguas tradiciones, ha conservado con tenacidad las

creencias, que según su libro religioso, fueron reveladas al caudillo enviado por Dios a fin de regenerar la corrompida humanidad.

El entusiasmo y fanatismo que aquel hombre emprendedor y de talento nada común supo despertar en los ignorantes idólatras de la Arabia, como en los monoteístas cristianos y judíos, proclamando los sublimes dogmas de los últimos, y halagando las pasiones desenfrenadas de todos, despertó las imaginaciones fecundas, animadas y vírgenes de muchos ingenios, que sin ese impulso hubieran permanecido inertes y sin fruto. Mahoma desterrando las abominables costumbres gentílicas, aboliendo muchas de sus degradantes supersticiones entre los hijos del desierto, y estableciendo como fundamento de su religión el principio de la unidad de Dios, ganó para sí las hordas de los hijos de Sem, esencialmente monoteístas, y creó una literatura que caminó siempre en oposición a la que produjo el politeísmo de los arios, hijos de Jafet, en la cual se pierde la imaginación como en un laberinto de dioses, principios y creencias a veces opuestas y que se destruyen mutuamente.

Sin Mohammed careceríamos de esos bellos frutos de la inteligencia humana, y acaso una gran parte de la humanidad hubiera permanecido sumida en la más grosera idolatría.

Para el español es la historia de su patria el primer atractivo que le debe mover a estudiar el idioma de que nos ocupamos; pues sabida es la importancia de las obras que sobre nuestra historia y geografía nos dejaron los sectarios del Profeta. La atención especialísima que semejantes trabajos han merecido de los sabios europeos prueba mejor que todo lo que nosotros pudiéramos decir de su importancia. Y sin embargo, es relativamente muy escaso el número de obras de este género que han visto la luz pública, y estamos en el principio de la empresa. Aquí, más que en ninguna otra especie de escritos, es necesaria la crítica. El filólogo, después de examinar la suerte que cupo a nuestros padres durante la dominación sarracena, debe también estudiar el desarrollo de las letras y de las inteligencias durante la misma dominación.

El impulso inmenso que las ciencias recibieron en España en este período ofrece el interés especial de haberse dado cuando toda Europa se hallaba sumida en las tinieblas de la ignorancia, y esta gloria del pueblo musulmán recae también sobre España, porque la cultura floreciente de los árabes se aclimató en nuestro feraz suelo, echó profundas raíces y dio luego ópimos frutos, que se reprodujeron por todo el mundo cristiano. Las ciencias todas se cultivaron en las escuelas de Córdoba, donde alcanzaron un grado de desarrollo superior a lo que pudiera esperarse de aquellos remotos y calamitosos tiempos. La medicina, las ciencias naturales, exactas, filosofía, retórica, poética y gramática, tuvieron hombres grandes, ingenios que forman bellas páginas de la historia de la literatura musulímica en su relación con la nuestra. Pero guárdese el filólogo de admitir con demasiada credulidad como verdadero todo lo que encuentre en los historiadores árabes; porque, llevados por su amor a lo maravilloso, han acogido en sus obras infinidad de fábulas, tradiciones y cuentos, cuya distinción de los hechos verdaderamente históricos exige un juicio experimentado y sano. La idea del fatalismo, enseñada en el Korán, y en virtud de la cual el destino del hombre está irrevocablemente decretado, es la causa de que ningún historiador mahometano se ocupe en hacer un examen crítico de los sucesos que narra. Al tropezar con un hecho extraordinario y cuya explicación le es difícil, no considera como

deber suyo el investigar las causas naturales que le han podido producir; Allah sabe más que todos (wallahu aa'lam) es en historia el último refugio del mahometano y el non plus ultra de su crítica.

De lo dicho sobre la lengua árabe y su literatura se deduce que hemos abandonado en manos de extranjeros un estudio que nos pertenece. Sin el conocimiento de los historiadores de este pueblo es imposible a los nuestros caminar sobre base firme en las investigaciones acerca de la historia de España, y sin el de su lengua no podemos poseer con fundamento la propia, así como es necesario partir de su literatura para explicar el origen y desenvolvimiento de la nuestra; esta lengua sirve también de poderoso auxiliar en los estudios sólidos de la geografía española, por lo menos en lo tocante a nombres propios y de ciudades. Al apreciar el mérito de los trabajos que sobre la lengua del Korán y su literatura han sido publicados en todos los países europeos, no es mi intento rebajar el de los españoles, y principalmente las diversas obras de los eminentes arabistas los Sres. Gayángos, Alcántara, Nieto y Simonet, pero queda manifestado y probado con la historia de los hechos, que los trabajos españoles son insignificantes, casi nulos, al compararles en número y valor con los extranjeros. (, ,)

Francia cuenta en esta clase de estudios hombres sobresalientes, que no ceden en mérito a los alemanes; Silvestre de Sacy, Quatremère, Reinaud, Derembourg, Caussin de Perceval, Kazimirsky, Burnouf, Mohl, Bréal, etc., han sido y son las columnas de la filología en el vecino país, aunque en todos los estudios y ramos de esta ciencia ocupan el primer lugar los alemanes por el número y mérito de sus trabajos.

Sobre las lenguas africanas propiamente dichas se han hecho excelentes ensayos para determinar sus caracteres y estructura gramatical, puesto que la mayor parte de las mismas carecen de literatura. En la inmensa extensión comprendida entre el Ecuador y la Hotentotia se hablan lenguas que forman una gran familia, conocida bajo el nombre de Kongo o Bantu, y que extiende sus ramas desde la misma Hotentotia hasta el octavo grado latitud N.; y desde Fernando Po hasta la tribu gala. Se las divide comúnmente en tres grandes grupos: 1.º, el del E.; 2.º, el del medio y 3.º, el del O., con varias subdivisiones en cada uno. Al primer grupo corresponden las lenguas de los cafres, Zanzibar, etc.; al segundo las subdivisiones Setchuana y Tekeza; al tercero pertenecen Bunda y Kongo, con las lenguas herreró, bunda, kongo, kele, Fernando Po, y otras. Estas lenguas guardan entre sí la misma relación que las indo-europeas o los dialectos semíticos.

La filología moderna, pues, ha hecho el importante descubrimiento de que en la mayor parte del África, en una extensión de más de 35 grados, habitan pueblos con lenguas semejantes. Muchos de esos pueblos o tribus serán, sin duda, emigrados de otros puntos del globo.

Algunos de sus idiomas han sido agregados a distintas familias; a las semíticas por unos, y a la que modernamente se ha distinguido por el nombre hamítica, en la que se cuenta también el Egipcio. Las lenguas llamadas bantu se cree que comprendan la extensión que hay desde la costa E. (Gala y Somali) a la del O.; y de Fernando Po al país de los Hotentotes. Las comprendidas entre Fernando Po y Sierra Leona, -hasta cerca del Nilo superior,- forman pequeños grupos, y aun las hay que parecen estar completamente

aisladas, quizá porque, a falta de conocimientos, no sabemos distinguir la relación que existe entre las mismas.

El inmenso campo de la filología ofrece allí, donde menos pudiera esperarse, lugares escabrosos y desconocidos; uno de ellos existe en nuestra España. La lengua de la antigua Cantabria se ha opuesto a todos los esfuerzos hechos por los filólogos, a fin de determinar la familia o grupo a que pertenece, con la misma tenacidad que sus habitantes a los conquistadores extranjeros, y hoy están aquéllos en completa incertidumbre acerca de este punto capital, creyéndola unos ural-altaica, turánica otros, y dejándola aislada los terceros. En el mismo caso se encuentran algunas lenguas del centro y norte de Asia, cuya importancia está en la relación que puedan tener con las de la América del Norte. ()

De notar es un grupo, bastante numeroso, que no habiendo podido ser aún incorporado a alguna de las familias conocidas, ha recibido su nombre del punto en que principalmente se hablan las lenguas que le componen, a saber, grupo kaucásico. Hácense de ellas dos subdivisiones, comprendiendo en una las de Georgia, y las demás en otra. Aquélla, que también se llama ibérica, ocupa un lugar distinguido entre todas las kaucásicas por su desarrollo gramatical y por su antigua literatura. Pertenecen al mismo grupo el Mingrético, Suano y Abjásico, y hace una excepción rara, pero digna de estudio, el Osético, que encontrándose rodeado de estas lenguas y otros dialectos, pertenece a la familia indo-europea en su grupo eránico, como hemos visto.

El segundo grupo presenta la particularidad de no designar el género como una cualidad que el objeto posee en sí mismo, y sí el género de aquel objeto a que se refiere la palabra; nosotros decimos reina, atribuyendo la cualidad femenina a la persona; luna id., al objeto personificado, etc. Aquí se dice, por ejemplo: wo-u, amor hacia un hombre; yo-u, amor hacia una mujer; bo-u, amor hacia un objeto cualquiera; wa-qe, hambre del hombre; ya-qe, hambre de la mujer.

Algunas de estas lenguas son ásperas y gustan del amontonamiento de consonantes.

Para algunas lenguas habladas en la isla de Ceylan, Singhalés (moderno) y Elu (antiguo), no se ha encontrado aún familia que las reciba como miembros que la pertenecen. Nuevos adelantos vendrán a explicarnos estos y otros fenómenos lingüísticos, hoy desconocidos, descubriendo al propio tiempo nuevos objetos ignorados, y que deberán serlo de investigaciones ulteriores. De este modo se presentan a la inteligencia humana, en aquello mismo que inventa o descubre, causas permanentes de su aplicación y estudio.

- XVI -

La escritura.

Sin el lenguaje escrito, se hubieran presentado a la inteligencia humana tales dificultades en la obra de su desenvolvimiento histórico, que le habrían hecho poco menos que

imposible, como también el de las ciencias y artes por la misma cultivadas. La escritura es el complemento del lenguaje hablado, y el auxiliar más poderoso en la obra de su formación y desenvolvimiento histórico; es un elemento necesario en la historia de los pueblos civilizados y sociales. Sin lenguaje es el hombre, como ser racional, inconcebible; sin un medio que perpetuase la memoria de los hechos y descubrimientos, llegaría muy pronto al término de sus adelantos y progresos, porque le faltaría un elemento que le ayudase a dominar la naturaleza y descubrir los secretos que encierra. El lenguaje une los individuos de una sociedad; la escritura establece comunicación entre las razas todas y las edades, y facilita los medios de adquirir una educación universal.

La escritura tiene también su historia, porque, como medio de la inteligencia, es susceptible de progresos, cambios y mejoras. La forma bajo la cual manifestamos el pensamiento se modifica y varía de una edad a otra; y la escritura, que es como la encarnación del mismo, sufre muchos de los cambios y modificaciones de esa forma, o sea del lenguaje. Pero la escritura es cosa accesoria a la naturaleza racional, mientras que el lenguaje le es constitutivo esencial, por lo que existió mucho tiempo sin aquélla.

Los primeros ensayos hechos para perpetuar y transmitir las producciones de la inteligencia y los hechos de la humanidad a las generaciones venideras fueron imperfectos y rudos. La historia de la escritura está envuelta en las tinieblas de la fábula, y no podemos hacer cosa mejor que presentar algunos hechos, dejando al lector que forme sobre ellos la opinión que juzgue conveniente.

El impulso natural y casi irresistible que siente el hombre a comunicarse a distancia le llevó a descubrir diversos medios de representar pensamientos por medio de signos visibles, a lo que también contribuyó su inclinación a conservar el recuerdo de los hechos y transmitirlos a los venideros; otras ventajas de este medio, como la de recordar sus propios pensamientos y facilitar el análisis de los mismos, no vinieron acaso a la memoria de los primeros inventores del lenguaje figurado.

El primer ensayo de escritura le tenemos acaso en la costumbre que observaban algunos pueblos antiguos de entregar a sus embajadores algún objeto visible como testimonio y símbolo de su carácter de tales. Los pueblos americanos anunciaban la paz y declaraban la guerra a sus amigos o enemigos, enviándoles mensajeros de la alegre o triste nueva, provistos de una especie de pipa larga y adornada con diferentes objetos, que simbolizaban la intimación que hacia el mensajero. Símbolos análogos empleaban otros pueblos por medio de sus heraldos o embajadores. Jeremías recibe la orden (Jer., cap. 19) de tomar una vasija de barro y romperla ante los ancianos de su pueblo, para significar la pronta e irremediable destrucción con que les amenaza. Objetos convencionales y arbitrarios han servido en todos tiempos para recordar alguna cosa de más o menos importancia. Los norteamericanos indígenas (indios) usaban una especie de tiras o canutillos, hechos primeramente de concha marina, y luego de porcelana (en forma de tubo también), para comunicarse acontecimientos importantes y conservar simbólicamente su memoria.

Estos medios de comunicación figurada, los más rudos y groseros que imaginarse puede, fueron explotados y perfeccionados por los indios del Perú, que con signos análogos, llegaron a formar un sistema de escritura. Consistían estos signos o figuras en una especie

de globulitos a manera de cuentas de rosario, a los que se llamó quippos o nudos. Con nudos de diversa magnitud y color hacían combinaciones muy variadas o grupos de los mismos, cada uno de los cuales representaba uno o varios conceptos generales, que los demás convencionalmente entendían. Dícese que los Anales del imperio de los poderosos Incas fueron escritos y se conservan en esta especie de escritura singular, y hay quien sostiene que algunos indios conocen el secreto de la misma. Esto último nada tiene de probable; mas de lo primero tenemos claros indicios en los numerosísimos ejemplos que de los quippos se encuentran en los vasos, utensilios, instrumentos y otros enseres hallados en el Perú, especialmente en sepulcros y monumentos de los muertos; los nudos están esculpidos o tallados en la materia de que se compone la vasija o instrumento. Era también costumbre el ensartarlos en hilos, y así, formando grupos o combinaciones, suspenderlos de varas o palos, que entregaban a los embajadores destinados a llevar algún mensaje de importancia. Los peruanos no supieron modificar ni perfeccionar este grosero sistema de escritura, del cual, sin embargo, sacaron no poca utilidad y provecho. Según una tradición muy recibida, la usaron algún tiempo los chinos, hasta que su emperador Fohi inventó otro sistema mejor y más sencillo.

Superior ingenio y más capacidad y desarrollo de la inteligencia se descubre en la invención de la escritura iconográfica, por medio de la cual se designan los acontecimientos pintándolos. Los hechos se representan aquí confusos, de golpe, sin análisis de sucesión; todo el complejo se presenta a la vista de una vez, como lo concibe la imaginación inculta del salvaje; pero en un sistema tal, vemos ya ciertos signos que representaban los nombres de las cosas, y a los cuales se daba la denominación especial de totems (entre los indios); eran como el germen de la verdadera escritura, cuyos signos representan los sonidos del lenguaje hablado; pero la inteligencia virgen del indio no tuvo capacidad para desarrollarle. El pueblo mejicano, sin embargo, llevó esta escritura a un alto grado de perfección, y la hizo servir de vehículo a una civilización floreciente. Favorecía esto también el carácter de los nombres propios de su lengua, porque todos los que expresaban personas como los que designaban lugares, estaban compuestos de palabras significativas, y podían muy bien representarse por jeroglíficos; como si nosotros designásemos gráficamente la ciudad de Granada pintando el fruto de su nombre; la de León, el animal del mismo, etc. Por este método conservaban más fácil y fielmente la memoria de los hechos, que los peruanos con los quippos. El mejicano representaba gráficamente los nombres reales de los objetos, en lo cual iba ya envuelta la idea de un sistema de escritura jeroglífica, que se hubiera acaso desenvuelto y originado de aquélla, si la conquista del país por los españoles, que destruyeron todo lo nacional indígena, no hubiese cortado de un golpe la corriente que seguía la civilización mejicana, que se encontraba entonces representada en gran número de monumentos literarios, especialmente históricos, destruidos casi en su totalidad por los mismos españoles.

Cuentan los historiadores de la Conquista de Méjico por Hernán Cortés que, al desembarcar este ilustre caudillo con sus gentes, y presentársele los primeros indios, hacían éstos con gran diligencia exactos dibujos de sus armamentos, aspecto exterior de las personas, de los buques anclados en la playa, y de todo cuanto pudiera dar la más completa idea de tan notable acontecimiento a los ausentes; estos dibujos se remitían sin pérdida de tiempo a la capital del imperio, Méjico, y entregados al jefe del Estado, Motezuma; tales dibujos eran, sin duda alguna, documentos oficiales escritos en el sistema iconográfico. A

la pintura del objeto se añadían otros apéndices convencionales, por medio de los cuales se modificaba el valor primitivo del signo; de este modo podrían expresarse hasta las ideas abstractas. Los mejicanos sacaron gran partido de este segundo ensayo de verdadera escritura, que encontramos desenvuelto y llevado a la perfección por otros pueblos más afortunados.

En Egipto, idénticos principios dieron incomparablemente mayores resultados; la escritura iconográfica tomó aquí otro carácter diferente del que conservó entre los mejicanos. Designábanse los objetos, gráficamente, por medio de dibujos; pero éstos, que recibieron ya el nombre de jeroglíficos, constituyen un sistema perfecto y complicado, aun en los monumentos más antiguos de este país.

En su estado y empleo primitivo vemos aquí una manera de escribir monumental, cuyo objeto era recordar hechos o acontecimientos; de carácter iconográfico, puesto que cada signo representaba un objeto visible, solo o acompañado de otros que servían para explicar y determinar el signo principal del grupo; de esta manera, por medio de combinaciones sistemáticas y simbólicas, llegaron los egipcios a expresar en su escritura los conceptos y las ideas abstractas con mucha mayor claridad y precisión que el mejicano. En esta última circunstancia vemos ya un gran adelanto en el desarrollo histórico de la escritura; los signos reciben un valor convencional, no representado en la figura de los mismos, de esto a la invención de un sistema silábico había un solo paso.

La imaginación fuerte, fecunda y civilizada del egipcio trabajaba sin cesar en el perfeccionamiento y desarrollo de aquel sistema gráfico, en el que había depositado gran parte de sus tesoros literarios, y perpetuado sus creencias religiosas. Habían seguido en esto la costumbre de indicar un objeto por medio de figuras que recordaban al entendimiento los sonidos de que estaba compuesto el nombre del mismo; de donde vinieron a tener valor fonético algunos de los signos jeroglíficos. De esta idea debiéramos esperar grandes resultados, pero nos vemos engañados al saber que la escritura conservó el carácter general antiguo de monumental. No obstante, parece que la figura de un objeto representaba primeramente a éste, pero podía designar al propio tiempo algún concepto, cuyo nombre (en el lenguaje hablado) concordaba con los valores fonéticos consonantes que había recibido dicho signo; además, las figuras jeroglíficas no recibían un valor fonético arbitrario, ni representaban cualquiera de los sonidos que tenía su nombre, sino que, con el tiempo, se estableció una ley, según la cual algunas figuras podían representar solamente el sonido de la letra inicial del nombre que figuraban; así, la figura del león, labo, representaba a la vez l, como la de águila, ahom, a. Con esta clase de signos están expresados los nombres propios de las inscripciones egipcias. Sobre las diferentes especies en que se dividió el sistema primitivo hemos hablado en otro lugar (páginas 134 y 335).

En China tuvo la escritura origen análogo al que hemos visto en Méjico y Egipto; el jeroglífico fue la base de la escritura moderna, poco menos complicada que el primero. Dícese que el primer ensayo de escritura entre los chinos se hizo con nudos, parecidos a los quippos peruanos; pero si esto es verdad, fueron muy pronto sustituidos por signos jeroglíficos o pinturas de los objetos que representaban; como el disco expresaba el sol, etc. Con este procedimiento tenían signos para muchos objetos visibles, acaso los más comunes en el uso ordinario de la vida social. Viéronse pronto obligados a aumentar el número de

los mismos, formando compuestos con dos o más simples, como hacen con las voces en el lenguaje hablado; así los signos de montaña y hombre juntos significaban ermitaño; los de ojo y agua, lágrimas, etc.; a otras figuras primitivas añadían ciertos apéndices simbólicos, con los que modificaban su valor; la figura de una bandera significaba derecha e izquierda, según la dirección del dibujo. Luego encontraron medio de multiplicar los signos, dando a muchos de los ya existentes valor fonético, y combinando los elementos fonético e ideográfico en un signo compuesto (pág. 105).

Sabemos que la lengua china tiene muchos homónimos, o sea palabras de igual sonido y distinta significación (como muestras falda, era); para designar estas palabras en la escritura se procedió de modo que cuando se inventaba un signo que representase a una de ellas, lo hacía en todas sus acepciones, distinguiéndosele por medio de apéndices que caracterizasen sus diversos valores significativos: pe, blanco, precedido del signo de árbol, significa una especie de ciprés, y con el signo de hombre significa el hermano mayor, etc. De este modo el signo de hombre entra en algunos centenares de combinaciones (sobre 500). La figura primitiva de los signos chinos ha sufrido tales modificaciones, que en muy pocos de ellos pudiera descubrirse, después de un detenido examen, su origen jeroglífico; éste nos es conocido por la tradición. La figura actual de los signos se fijó ya en los primeros siglos de nuestra era, conservando cada uno de ellos el valor que tenía el primitivo de que procedieron (V. pág. 104).

La escritura cuneiforme, se cree haber tenido igualmente origen jeroglífico; y si bien nada cierto podemos afirmar, hay motivos históricos para creer que su nacimiento debe buscarse en la iconográfica, y las figuras que se hallan imitadas en algunas combinaciones o grupos de conos del sistema asirio lo comprueban. El signo de rey, tan frecuente en las inscripciones de la tercera especie, es una imitación del pájaro que representaba el mismo concepto entre los egipcios; y lo propio acontece con otros grupos. Solo así se concibe el sistema complicado de esta escritura, que hubiera recibido otro carácter más sencillo si hubiera nacido independiente, y recibido sus signos valor convencional. En la escritura cuneiforme ideogramática no guardan los signos proporción en su figura con el objeto que representan; todo lo contrario de lo que tiene lugar en las demás de esta clase hasta la iconográfica. Los quippos peruanos no llegaron jamás a constituir un verdadero sistema, porque habiendo sido invento original, encontró el pueblo insuperables dificultades al formar de un solo elemento, el nudo, el inmenso número de combinaciones necesarias para representar los objetos más comunes del lenguaje hablado. Tampoco las inscripciones cuneiformes se hubieran elevado a sistema de escritura, si las combinaciones o grupos de conos no fuesen derivados de figuras que guardaban proporción con el objeto por ellas designado. Los primitivos jeroglíficos o figuras iconográficas del chino, han quedado convertidas en signos, compuestos acaso de las líneas o rasgos elementales del dibujo de que proceden, y con la significación primitiva; del mismo modo pudieron proceder los grupos asirios de figuras análogas, y los conos representan los rasgos elementales del jeroglífico. Del asirio se originaron después las otras dos especies cuneiformes.

La segunda clase general de escritura es la silábica; en este sistema las letras representan articulaciones en lugar de simples sonidos, y por lo tanto, las vocales van inseparablemente unidas a las consonantes, y representadas unas y otras en un solo signo. En las inscripciones cuneiformes y en los jeroglíficos hemos visto ya el germen del silabismo (V. pág. 334).

Este género de escritura es propio de lenguas de sencillo mecanismo gramatical, en las cuales sólo se analizan los elementos silábicos de las palabras. De los alfabetos más notables de este sistema, es el japonés kata- kana o irofa, así llamado de los nombres de sus primeros signos, como el alfabeto de alfa y beta. Formose de fragmentos de figuras chinas, y consta de cuarenta y siete signos, uno para cada sílaba de las que pueden entrar en palabras japonesas; tiene diez consonantes y cinco vocales; las sílabas se componen generalmente de una vocal precedida de consonante simple. La vista de libros ingleses, que no comprendía ni aun sabía leer, fue causa de que un ingenioso chiroqués inventase para su tribu un alfabeto silábico análogo al japonés, de 85 signos, formados según el tipo de las letras latinas, aunque sin tener en cuenta su valor primitivo (V. pág. 127).

Entre los semíticos, el alfabeto etíope es también silábico, pero en éste el número de signos es mucho más considerable, porque la distinción que hace de vocales largas y breves aumenta el número de sílabas posibles, y por lo tanto el de signos, que asciende a más de doscientos, con las variaciones de sílabas iniciales, mediales y finales, etc.

Una especie de alfabeto silábico es el propiamente semítico, en el cual la consonante es única parte sustancial e indispensable de la sílaba, y la vocal es subordinaria y aun muy secundaria, como si sólo fuera el colorido de aquélla; por eso la primera puede formar por sí, gráficamente, la sílaba; y la vocal, o no se indica absolutamente, o se hace por signos especiales, que van unidos a la consonante. Este sistema fue la base de todos los modernos y usados por las naciones civilizadas del globo. La manera de apreciar en él los valores de consonantes y vocales guarda perfecta relación con el carácter de los idiomas semíticos, según hemos tenido ocasión de observar anteriormente. El tipo más antiguo de este sistema (fenicio) constaba de 22 signos consonantes, tres de los cuales participan de la naturaleza de las vocales, y pudieran llamarse semivocales: son y, v, con la aspiración suave h.

Hay motivos poderosos, históricos y de observación, para creer que este sistema, en su tipo primitivo el llamado fenicio, nació del jeroglífico o iconográfico; ya sea que los semitas usaran algún tiempo esta clase de escritura, introduciendo en ella modificaciones sucesivas; o que, tomando de otro pueblo la idea de la misma, trabajasen desde luego el sistema alfabético.

Confirma este origen la circunstancia de que todas las letras, en los diversos tipos del sistema, llevan nombres que designan objetos naturales, y cada nombre tiene por inicial el sonido que representa la letra; así b se llama bet, que significa casa; a, alif o alef, toro; g, ghimel, camello, etc. En algunas hay analogía entre el nombre del signo y la figura que representa, especialmente en el tipo más antiguo del sistema, o fenicio, donde el alef está representado por la cabeza de un toro; el a'in, ojo, por un círculo; mim, agua, por rasgos que asemejan ondas, etc.

Del tipo primitivo de este sistema se derivaron los tres alfabetos principales semíticos conocidos hoy, hebreo, siriaco y árabe, extendidos por una gran parte del mundo antiguo, y el último usado por indo-europeos (persas, afganeses y en el Indostán), escitas (turco) y polinesios (malayo). Del mismo se derivan acaso los alfabetos eránicos e indios, lo cual prueba la analogía que existe entre los nombres de las letras en éstos y los semíticos, así como también el orden en que se enuncian y la figura o tipo general de las mismas. Los

signos del alfabeto indio, llamado Devanagari, o escritura de los dioses, tienen mucha semejanza con los hebreos en su forma cuadrada o 'merubba', por lo menos en el aspecto general cuadrado, aunque en varios signos es más estrecha la semejanza. Las vocales mediales y finales se expresan por un método análogo al semítico, empleándose signos que se escriben sobre, debajo o al lado de las consonantes, si bien en sanskrit no puede omitirse la vocal, como acontece entre los semitas.

En Europa el alfabeto semítico cayó primeramente en manos de los griegos, quienes introdujeron en él las modificaciones que pedía el carácter de su lengua, y las mejoras de que le conoció capaz su ilustrada inteligencia, inventando a la vez signos especiales para las vocales, que pudieran escribirse independientes de las consonantes. Del alfabeto griego nacieron otros, como el kopto, el armenio, los llamados runas de los germanos, acaso la escritura de los celtas, la de los rusos modernos, y algunas de los pueblos del Cáucaso. Pero la más importante de sus formas derivadas la tenemos en el alfabeto latino. Las colonias helénicas, que se habían extendido por el S. de Italia, dieron a conocer en la Península su alfabeto nacional, y varios de los pueblos indígenas, como los etruscos, umbríos, oscos y latinos, aprovecharon tan favorable ocasión de proveerse con alfabetos derivados de la Grecia. Muchos de ellos desaparecieron con la nacionalidad de esos pueblos; pero el latino se ha conservado como propiedad común de todas las naciones civilizadas de Europa, para ser el vehículo de la cultura más floreciente, y con la misma ser transportado a los países más remotos de la tierra.

Los griegos hallaron en el alfabeto semítico, además de la falta de vocales, otros signos que, por ser representantes de sonidos ignorados en su lengua, o por causas que nosotros no conocemos, creyeron conveniente modificar, sustituir o suprimir; los sonidos guturales fueron en parte convertidos en vocales, como el a'in, en o; la y, en i; v, en digama; y faltando signo para u, le inventaron nuevo; con estos y otros cambios o sustituciones formaron un alfabeto perfecto y rico en signos, que guarda completa armonía con la hermosura y elegancia de su lengua.

Al tiempo en que se constituyó el alfabeto latino, tenían los signos griegos una forma algo diferente de la en que hoy les conocemos. La h conservaba aún su sonido aspirado, que después A sustituyó por el de ê (). La mayor parte de los signos del alfabeto griego pasaron al latino sin cambios esenciales, y conservaron su figura primitiva o semejante. Suprimieron algunas letras, como la k, que sustituyeron por la c; cambiaron el valor de otras, como el de P, en griego r, que pasó a ser p; añadiendo al mismo signo un apéndice para representar la r. Procedimientos análogos se han seguido en la formación de otros alfabetos derivados o secundarios.

Antes de terminar este artículo nos permitiremos una observación acerca del origen del alfabeto semítico. Es opinión comúnmente admitida que este sistema, base de los principales alfabetos conocidos, fue invención original de los fenicios. El grado de cultura a que se elevó este favorecido pueblo da alguna fuerza a los débiles argumentos con que se pretende probar y aun presentar como seguro semejante aserto. Es hecho cierto que los fenicios extendieron el sistema alfabético y le dieron a conocer entre los pueblos con quienes mantenían relaciones de comercio; también lo es que el alfabeto hoy llamado fenicio es el más antiguo de los semíticos conocidos; pero el primero de estos hechos y

acaso el más fuerte de los argumentos en favor de la invención fenicia, sólo prueba que este pueblo fue el propagador del sistema; y del segundo podemos decir que no conocemos con certeza, como así es en realidad, el tipo primitivo del sistema; y que aun supuesto que éste lo sea, pudo muy bien haber sido abandonado por el pueblo verdadero inventor, habiéndose apoderado del mismo los fenicios.

Varias razones, que de paso hemos indicado anteriormente, nos inducen a creer que el sistema de escritura semítico es secundario, o que nació del jeroglífico o iconográfico. El pueblo inventor de aquel sistema debió, pues, conocer alguno de éstos. De entre los pueblos antiguos sólo el egipcio podía prestar ese conocimiento a los fenicios, puesto que, con el chino era el único que se servía de los jeroglíficos, y en general de un sistema de escritura, en el que los signos guardasen proporción con el objeto designado. Mas una circunstancia viene a despertar en nosotros fuerte duda de que esto fuese así. Hay un pueblo antiquísimo, noble y grande como el fenicio, al que no cede en civilización y cultura; y este pueblo, que es el hebreo, vivió largo tiempo mezclado con el egipcio, y conocía, por lo tanto, su ciencia, sus adelantos, y su escritura, cual ninguna otra nación antigua. Y de este pueblo sabemos que, pocos años después de su salida del Egipto, se servía de escritura para conservar y perpetuar sus sagradas tradiciones y creencias religiosas. Algunos de los libros llamados de Moisés no pueden atribuirse a otro que a este legislador y caudillo, quien a su muerte los dejó escritos; y en las tablas de la ley se dieron al pueblo los preceptos del Decálogo escritos. Hay, pues, motivos tan poderosos y razonables para creer que el pueblo hebreo inventó, acaso en el mismo Egipto y a vista de los jeroglíficos, el sistema de escritura semítica, como los que se presentan en favor de la invención por parte de los fenicios. Nosotros nos contentamos con hacer indicaciones, sin pretender en lo más mínimo resolver cuestión tan importante y escabrosa.

Conclusión

Hemos hecho en este libro un breve y sucinto estudio del lenguaje humano, comenzando por examinar la naturaleza y origen del mismo, y caracteres más universales de todas las clases, familias y grupos que le componen, para establecer la clasificación ordenada de las lenguas; y siguiendo por cada una de aquéllas, hemos presentado algunos de sus caracteres distintivos más sobresalientes, por medio de los cuales mejor pudiéramos conocer la forma exterior de las familias, de los grupos, y la estructura y mecanismo especial de los individuos o variedades que les constituyen. En todo esto nada nos hemos apartado del camino de la observación práctica, por el que nos propusimos marchar en un principio, y nos hemos servido de la comparación allí donde la creíamos conveniente y propia para dar claridad a las materias; de modo que nuestro estudio ha sido, en su mayor parte, comparativo y práctico; y a la verdad no hay pruebas más fuertes y seguras que las tomadas de los hechos; y en estudios de pura observación, como los lingüísticos, los raciocinios filosóficos son inútiles, perjudiciales y falaces; el análisis filosófico de una lengua, como el de cualquier otro objeto o principio en la naturaleza, debe seguir al estudio práctico de la misma.

Hemos visto cómo por el estudio comparativo de las lenguas se obtienen grandes resultados de aplicación a las necesidades de la vida, a las ciencias o a las artes cultivadas por la inteligencia. De muchas familias podremos llegar hasta reconstruir el idioma primitivo, que sirvió de modelo para la formación de los hoy existentes en las mismas; un ensayo feliz hemos visto ya en la nuestra. Por la comparación de los sistemas de escritura modernos con los antiguos que se nos han conservado en medallas e inscripciones, hemos llegado a reconocer un alfabeto primitivo, del que los demás son probablemente modificaciones o imitaciones. Esto consiguió, en parte, Jacobo Primsep, quien al descifrar las inscripciones de los reyes budistas, y analizar su escritura, vio en ella una forma anticuada de la India. Así, Lepsius ha demostrado, con grandes probabilidades de verdad, que el alfabeto indio Devanagari, con los de la Oceanía y muchos de Asia, derivados directamente del mismo, y los europeos de origen griego, nacieron del semítico; y como éste procedió del jeroglífico, en el sistema antiguo jeroglífico en unión con el iconográfico, tenemos la base probable de todos los alfabetos conocidos. En esto, vemos al indio extendiendo su poderosa influencia a los pueblos más remotos; las tribus Drávidas o indígenas de la India; los tibetanos y malayos (exceptuando los propiamente llamados malayos), los habitantes de Java, Sumatra, Celebes, Filipinas (tagalo) y de otras islas del Océano, tomaron su escritura del indio; esta universalidad de la cultura india se debió en parte al Budismo, pero el principal agente en ella fue la floreciente civilización de este pueblo, que, como hemos observado en la reseña histórica de su literatura, hizo de todos los ramos del saber humano otros tantos objetos de sus minuciosas y profundas investigaciones; el lenguaje fue objeto predilecto de su estudio.

Hemos presentado argumentos prácticos, que prueban la importancia de la filología general. Sin la etnografía no puede existir la historia, y aquella tiene su fundamento en la lingüística. Las lenguas nos enseñan el carácter de los pueblos, nos marcan las líneas divisorias de los mismos, y nos dan noticias seguras acerca de su origen, propagación y cultura intelectual. El origen y formación del lenguaje es anterior a la historia; por medio de las lenguas estudiamos la vida, relaciones, artes, industria, opiniones, creencias religiosas, culto, etc., de los pueblos, en tiempos prehistóricos. Por las lenguas sabemos con certeza que todos los pueblos indo-europeos vivieron algún tiempo juntos y hablaban un solo idioma, que hoy no existe. En diversos períodos se fueron separando tribus de aquel pueblo, que luego formaron los ocho hermanos, hoy conocidos bajo el nombre común de indo-europeos, a saber: indios, persas, griegos, romanos, eslavos, litauos, germanos y celtas. Con los vedas en la mano, podemos seguir cronológicamente las emigraciones de estos pueblos, y saber cuáles vivieron por más tiempo juntos. Por medio de las lenguas sabemos aproximadamente el estado de cultura a que llegaron nuestros antepasados antes de la separación, cuando la historia no da otras noticias de ellos que las que ha tomado de la lingüística y filología. Para llegar a este resultado, sacaremos de las lenguas las expresiones que tenían comunes para ciertos conceptos, las cuales constituyen el tesoro lingüístico que cada uno tomó en la separación. En las lenguas que nacieron después de la separación de las tribus indo-europeas encontramos expresiones comunes a todas, para designar los objetos relativos a la vida doméstica, organización civil y militar, cría de ganados, agricultura y otras, que presuponen una mitología y sistema religioso bien acabado; por la cual circunstancia sabemos que nuestros padres, antes de su separación, conocían la vida doméstica, cultivaban los campos, y por lo tanto no eran nómadas; cuidaban de sus ganados y vivían en aldeas o pueblos; dividían el tiempo en años y meses, y reconocían la autoridad

de un jefe, que era el más anciano de la familia. Análogos descubrimientos podemos hacer en otras tribus.

La sociedad humana es la reunión de las inteligencias individuales, de modo que estudiando las producciones literarias, penetramos en el espíritu de aquella. El hombre pensador no puede mostrarse indiferente a los estudios filológico-lingüísticos, que se ocupan con los objetos más nobles de las ciencias, y que en más inmediata relación están con el espíritu del hombre, con el origen, creencias, tradiciones, cultura, ocupaciones y costumbres de todos los pueblos de la tierra.

FIN.

Apéndices

- I -

Catálogo.

G. de Humboldt. Ueber die Verschiedenheit des menschlichen sprachbaues und ihren Einfluss auf die geistige Entwicklung des Menschen geschlechtes. Berlín, 1836.

M. Müller. Lectures on the science of language, 5.th edit. Lond., 1864-66.

J. Grimm. Ueber den Ursprung der Sprache. Berl., 1862.

R. Steinthal. Philologie, geschichte und psychologie in ihren gegenseitigen Beziehungen. Berl., 1864.

A. Bolz. Die Sprache und ihr Leben. Offembach, 1868.

J. Grimm. Deutsche Grammatik, 3 vol.

U. Steinthal. Geschichte der Sprachwissenschaft bei den Griechen und Römern. Berl., 1863.

S. C. Fick. Wörterbuch der indogermanischen Grundsprache in ihrem Bestande vor der Völkertrennung. Gotting, 1868.

M. Haug. An old Pahlavi Pazand glossary, 1870.

H. Steinthal. Charakteristik der Hauptsächlichsten Typen des Sprachbaues. Berl., 1860.

W. Schott. Chinesische Sprachlebre. Berl. 1857.

R. Lepsius. Ueber chinesische und tibetische Lautverhältnisse, und über die Umschrift jener Sprachen, 1861.

G. de Humboldt. Lettre à M. A. Rémusat sur la nature des formes grammaticales et sur le génie de la langue chinoise. 1827.

D. Guigniaut. Progrès des études relatives à l'Égypte et à l'Orient. Par., 1867.

Estanislao Julien. Lao-tseu, Taoteking; ó Le livre de la voie et de la vertu, avec text et traduction. París, 1841.

Zeitschrift der Deutschen Morgenländischen Gesellschaft; tom. XXIII, pág. 473.

Estanislao Julien. Deux jeunes filles lettrées, traduit du chinois. Par., 1861.

18. Id. Yukiaoli, ó les deux cousines; text avec trad. 1862.

Id. Nouvelle grammaire de la langue chinoise. 1869.

-Morrison. A Dictionary of the chinese language. 1823.

León de Rosny. Quelques observations sur la langue siamoise et sur son écriture. 1855.

A. Bastian. Die Völker des östlichen asiens. 4 vol. 1868.

Gabelenz. Die melanesischen Sprachen. 1860.

J. Crawfurd. Grammar and Dictionary of the malay language.

A. Hardeland. Versuch einer grammatik der dajakischen Sprache. 1858.

G. de Humboldt. Ueber die kawi-sprache auf der Insel Java, etc. 3 vol. 4.º 1839.

A. Castrén. Grundzüge einer Tungusischen Sprachlehre. 1856.

J. Schmidt. Grammatik der mongolischen Sprache. 1831.

Popoff. Chrestomathie mongole. 3 vol. 1836.

Th. Zenker. Allgemeine grammatik der türkisch-tatarischen Sprache, aus dem Russischem übersetzt. 1848.

Fed. Dieterici Chrestomathie ottomane précédée de tableaux grammat. 1854.

Th. Zenker. Dictionnaire Turc-Arabe-Persan. 1862-71 (en prensa).

H. Vambéry. Tschagataische Sprach-studien; gramm., chrest. und Wörterbuch. 1867.

- O. Böhlingk. Ueber die Sprache der Jakuten.. 1851.
- A. Castrén. Wörterverzeichnis aus den Samojedischen Sprachen. 1855.
- Id. Versuch einer Jenissei-ostjakischen und kottischen Sprachlehre nebst Wörterverzeichnissen. 1858.
- Id. Versuch einer ostjakischen Sprachlehre nebst Wörterverzeichnis. 2.^a ed. 1858.
- A. Boller. Die declination und die conjugation in den finnischen Sprachen. 1855.
- Kalewata. Das national. Epos der Finnen, nach der zweiten ausgabe ins Deutsche übersetzt von. A. Schiefner 1852.
- H. E. Ludewig. The literature of american aboriginal languages 1858.
- E. Buschmann. Systematische Worttafel des athapaskischen sprachstammes 1860.
- S. Kleinschmidt. Grammatik der gronländischen Sprache. 1854.
- Fed. Müller. Analyse und vergleichende Bearbeitung der algonkin Sprachen. 1867.
- E. Buschmann. Die Pima-sprache und die Sprache der Koloschen. 1857.
- Id. Die Spuren der aztekischen Sprache im nördlichen Mexiko, etc. 1864.
- Id. Grammatik der sonorischen Sprachen. 1864-68.
- Fet. de Heldwald. Die amerikanische Völker Wanderung. 1866.
- J. Tschudi. Die Kechua Sprache, 2 vol. 1853.
- Fr. Champollion, Grammaire égyptienne. 1841.
- Leemans. Description raisonnée des monuments égyptiens du musée à Leyde, etc. 1840.
- Sam. Sharpe. Egyptian inscriptions. 1842.
- R. Lepsius. Auswahl der wichtigsten Urkunden des Egyptischen alterthums. 1842.
- Jd. Todtenbuch der aegypter nach dem hieroglyph papyrus in Turin, 1842.
- Id. Aegyptisches Königsbuch. 2 vol. 1858.
- Id. Das bilingue Dekret von Kanopus, mit Uebersetzung, etc. 1866.

- Brugsch. Sammlung demotischer Urkunden. 1850.
- Id. Recueil de monuments égyptiens. 1862.
- Id. Grammaire demotique. 1855.
- Mariette. Renseignements sur les soixante quatre apis trouvés au Sérapéum. 1855.
- Chabas, Voyage d'un Égyptien. 1866.
- Lauth. Die geschichtlichen Ergebnisse der aegyptologie. 1869.
- J. J. Braun. Gramática hebrea, curso teórico-práctico. 1867.
- Fed. Spiegel. Grammatik der Huzvâresch Sprache. 1856.
- M. Haug. An old pahlavi pazand glossary. 1870.
- J. Ménant. Les écritures cunéiformes. 1860.
- F. Spiegel. Die altpersischen keil inschriften, mit Uebersetzung grammat. Un gloss. 1862.
- Norris. Memoir on the Scythic version of the Behistun inscription, journal of the royal as. Society. 1853.
- J. Oppert. Espédition scientifique en Mésopotamie, vol. III, 1863.
- Id. Éléments de la grammaire assyrienne, 2.de edit. 1868.
- ½ J. Ménant. Exposé des éléments de la grammaire assyrienne. 1868.
- H. Rawlinson. A selection from the historical inscriptions of Chaldaea, Assyria and Babylonia. 1861.
- Joh. Brandis. Ueber den historischen gewinn aus der Entzifferung der assyrischen Inschriften. 1856.
- J. Oppert. Historie des empires de Chaldée et d'Assyrie d'après les monuments. 1865.
- H. Rawlinson. The five great monarchies of the ancient eastern world, or the history, geogr. and antiquities of Chaldea, Assyria, etc., vol. IV. 1867
- J. Olshausen. Prüfung des Charakters der in den assyrischen keilinschriften enthaltenen semit. Sprache. 1865.

75. Fed. Spiegel. Avesta, die heiligen Schriften der Parsen, sammt der Huzvar. Uebersetzung. 1858.
76. Id. Avesta, die heil Schriften der Paris, Deutsche übers. 3 vol. 1863.
77. Id. Grammatik der altbaktrischen Sprache (Zend). 1861.
78. M. Haug. Essays on the sacred language, writings and religion of the Parsees. 1861.
79. Id. Die fünf gathas oder Sammlungen von Liedern und Sprüchen Zarathustras, etc., herausg. Übers. Und erklart. 1860.
80. L. Westergaard. Zendavesta or the religions books of the Zoroastrians. 1854.
- G. Rosen. Ossetische Sprachlehre, nebst einer abhandlung über lasmingrelische, suanische und abchasische. 1846.
82. H. Petermann. Grammatica linguae armenicae. 1837.
83. Id. Brevis linguae armeniacae grammatica, litteratura, chrestom. Et glossar. 1841.
84. St. Lazare (de Venise). Nouvau Dictionnaire de la langue arménienne. 2 vol. 1837.
85. St. Lazare (de Venise). A pocket Dictionnary english armenian and armenian english. 2 vol. 1835.
86. Alex. Jaba. Recueils de notices et rectis kourdes. 1860.
87. Pott. Die Zigeuner in Europa und Asien. 2 vol. 1845.
- R. Caldwell. A comparative grammar of the Dravidian or South Indian family of languages. 1856.
- T. E. Rhenius. A grammar of the Tamil language. 2^a edición. 1846.
- Joseph Poet. A grammar of the Tamil language 1841.
- G. Storch. De declinatione nominum substantivorum et adjectivorum in lingua palica. 1858.
- T. Molesworth. A dictionary murathee and english. 1831.
- J. Stevenson. The principles of mahratta grammar. 1843.
- . Gungadhur. Grammar of the guzerati language. 1852.
- H. Wathen. A grammar of the sindhu language with a vocabulary. 1836.

96. A. Weber. Ueber indische literatur geschichte. 1852.
97. Max Müller. A history of ancient sanskrit litterature. Segunda edición, 1860.
98. Th. Benfey. Geschichte der sprachwissenschaft in Deutschland. 1866.
- H. Kleist. De Philoxemi grammatici alexandrini studiis etymologicis. 1865.
- Luis Lange. Das system der syntax des Apollonius dyskolos. 1852.
- Aug. Willmann. De M. T. Varronis libris grammaticis. 1864.
- Wenrich. De auctorum graecorum versionibus et commentariis syriacis, arabicis, armeniaticis, persiisque. 1842.
- Hammer Purgstall. Literatur geschichte der araber. VII vol. 1857.
- G. Flügel. Die grammatischen schulen der araber. 1862.
- J. P. Broch. Almufassal; opus de re grammatica arabum auctore Abûlkâsem. Zamakshario. 1859.
- J. Dieterici. Alfiyyah, carmen didacticum grammaticum, auctore ibn Mâlik. 1851.
- Ed Sachau. G'awaliki's almuârrab. 1867.
- Bauer. Minerva, seu de causis linguae latinae commentarius, cum notis Sinopii et Perizonii (del español Sánchez, el Brocense). 1801.
- Dictionarium latino-lusitanium et japonicum in Amacusa. 1595.
- L. Pagés. Dictionnaire japonais français (trad. du Dict. japon portugais, composé par les miss. et revu sur la trad. espagnole du même ouvrage). 1868.
- Catalogus editionum quae prodierunt et librorum qui prostant in typographeo S. congr. de propag. fide. 1866.
- Lorenzo Hervás. Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas, y numeración, etc., de estas, según la diversidad de sus idiomas. Tres volúmenes. 1800.
- Ed. Böhmer. Ueber Dante's schrift, de vulgari eloquentia. 1868.
- Bhagavad-gita. Sive almi Krishnae et arjunae colloquium (texto y trad. lat.), A. G. de Schlegel. 1846.
- P. Bollen. Kalidasa's Ritusanhara. 1840.

- E. Lobedanz. Sakuntala, schauspiel von Kalidasa (traducción alemana). 3 aufl. 1867.
- Francisco Bopp. Kritische gramatik der sánskrita
sprache, ed. 4.^a 1868.
- B. Wilson. A Dictionary sanscrit and english. 2.^a ed. 1832.
- Fr. Bopp. NalusMahâbhâрати Episodium textus sansk. cum interpr. lat., edit. 3.^a 1868.
- id. Ardschuna's Reise zu Indra's himmel, nebst anderen Episoden des Mahâbhârata. 2.te
ausg. 1868.
- M. Müller. Megadûta, eine alte Indische Elegie. 1847.
- J. Gildemeister. Kalidasae Meghadûta. 1841.
- Muir. Sanskrit Texts (colección muy apreciable por sus notas y traducciones, cuya
publicación aún sigue).
- O. Böhtlingk. Kalidasa's Cakumtala, hersg. und mit anmerk. 1846.
- F. Bollensen. Urvasi, ein Drama Kalidasa's in fünf akt. (con trad., etc.). 1846.
- E. Lobedanz. Urvasi, Schaustiel von Kalidasa, Deutsch metrisch übers. 1861.
- West. A digest of indu law. 1867.
- F. Johaentgen. Ueber das Gesetzbuch des Manu. 1863.
- Weber. Malavika und Agnimitra, ein drama von Kalidasa in 5 akt. übersetz. 1856.
- F. Johnson. Hitopadesa, sanscrit and english.
- Le Meghaduta ou le nuage Messenger, traduit du sanscrit, par H. Aimé Ouvry.
- Max Müller. Rigveda Sanhita, the sacred himns of the Brahmans, with the comment of
Sayana. 1870. 6 vol. (sigue).
- H. Wilson. Rigveda Sanhita; a collection of ancient Hindu hymns, translated from
Sanskrit. 2.d edit., 1866. 3 vol. (sigue).
- M. Müller. Rigveda Sanhita; or the sacred hymns, etc., translated and explained. 1869
(sigue).
- Langlois. Rigveda ou livre des hymnes; traduit du sanscrit. 4 vol. 1859.

- A. Weber. The white Yajurveda (sanscr. text.). 3 vol. 1857.
- E. Röer. The Sanhita of the black Yajurveda, with a commentary. 1854.
- M. Haug. The Aitareya Brahmanam of the Rigveda; edited transl. and expl. 2 vol. 1863.
- T. Benfey. Die Hymnen des Sâmaveda herausg. übers., etc. 1848.
- J. Grimm. Geschichte der Deutschen Sprache. 3.te aufl. 1867.
- Id. Deutsche Grammatik. 3 vol., 3.te aufl.
- Id. Deutsches Wörterbuch, fortgesetzt von R. Hildebrand, und K. Weigand, 6 vol. 1871 (sigue).
- Fr. Bopp. Vergleichende grammatik des sanskrit, zend, armenischen, griechisch, latein, etc., 3.te ausg. 2 vol. 1869.
- Id. Comparative grammar of the sanskrit, zend, greek, latin, lithuanian, gothic, german and slavonic languages, translated by Prof. Eastwick. 3 vol., 3.d edit.
- Michel Bréal. Grammaire comparée des langues indo-européennes, comprenant le sanskr., etc. (trad. de la de Bopp, 1871). 4 vol.
- G. de Humboldt. Prüfung der Untersuchungen über die Urbewohner Hispaniens. 4.^o 1821.
- Id. Ueber das vergleichende Sprachstudium in Beziehung auf die verschiedenen Epochen der Sprach entwicklung.
- A. Pott. Etimologische Forschungen auf dem gebiete der indogerm. Sprachen. 2 vol., 2.te aufl. 1867.
148. Id. Die personennamen... und ihre Entstehungsarten, 2.te aufl. 1859.
149. G. Eichhoff. Parallèle des langues de l'Europe et de l'Inde, etc. 1861.
150. Id. Grammaire générale indo-européenne, ou comparaison des langues grecque, latine, etc., suivée d' extraits de poésie indienne. 1867.
- G. Graff. Althoch deutscher Sprach Schatz.
152. G. Curtius. Studien zur griechischen und lat. grammat. 1869.
153. L. Diefenbach. Vergleichendes Wörterbuch der gothischen Sprache, 2 vol. 1851.

154. Id. Lexikon der von den alten aufbewaharten Sprachreste der Celten, etc., und Hispanier.
155. L. Mayer. Vergleichende grammatik der griechisch. und lat. Sprachen, 3 vol. 1869.
156. A. Schleicher. Compendium der vergleichenden grammatik der indogermanischen Sprachen, Sanskr., Zend, etc., 2.te aufl. 1866.
157. Id. Die Deutsche Sprache. 1869.
- Eug. Burnouf. Le bouddhisme indien. 1844.
- Id. Le Bhâgavata pourâna ou histoire poétique de Krichna. 3 vol. 1840-47.
- Ad. Regnier. Études sur la grammaire védique; Prâtiça Khya du Rigveda. 1857-59.
- Hippol. Fauche. Le Mahâbhârata, 7 vol. 1863-67.
- H. Bleek. A concise Grammar of the Persian, containing dialogues... vocabulary, etc. 1857.
- J. Aug. Vullers. Institutiones linguae persicae. 2 vol., 2^a ed., 1870.
- Lumsden. A grammar of the persian language, comprising a portion of the elements of arab inflection. 2 vol. 4.^o 1810.
- J. A. Vullers. Lexicon persico-latinum etimologicum, cum linguis maxime cognatis, sanscrita, etc., comparatum, accedit appendix, dialecti zend et pazend dictae, II tomi. 1868.
- Fr. Johnson. Dictionary persian arabic and english. 4.^a ed. 1864.
- Fr. Spiegel. Chrestomathia persica, edidit et glosario explanavit. 1845.
- W. Jones. Grammar of the persian language. 9.^a ed. 1828.
- R. Kühner. Kurzgefasste Schulgram. der grischischen Sprache. 1866.
- Id. Elementar grammatik der Griech, Sprache. 24.^a edición, 1866.
- G. Curtius. Griechische Schulgrammatik. 6.^a ed. 1864.
- W. Krüger. Griechische Sprachlehre für Schulen. 1862.
- W. Pope. Handwörterbuch der Griechischen Sprache, 3 vol. 1842 (muy bueno).
- F. Passow. Handwörterbuch der Griechischen Sprache. 2 vol. (Muy bueno.)

- R. Kühner. Schulgrammatik der Latein Sprache. 5.^a edición, 1861.
- Id. Elementar Grammatik der Latein Sprache. 26.^a edición, 1866.
- R. Klotz. Handwörterbuch der Latein Sprache, 2 volúmenes, 3.^a ed. 1862.
- Georges. Thesaurus der Klasisch. Latinität, fortgesetzt von Muhleman. 1854.
- E. Georges. Latein. Deutsch und Deutsch. Latein. Handwörterbuch. 4 vol., 5.^a ed. 1862.
- L. Burnouf. Méthode pour étudier la langue grecque. 1868.
- R. Valpi. The elements of greek grammar. 1854.
- . Montbel. Iliade d'Homère. 1862.
- . Id. Odyssée et poésies homériques (trad.). 3.^a ed. 1861.
- E. Personneaux. Iliade d'Homère. 1865.
- P. de Azcárate. Obras completas de Platón (traducción). Tomo I. 1871.
- Ortega. Gramática griega. 5.^a ed. 1862.
- B. de las Casas. Gramática griega.
- E. de Ochoa. Obras completas de P. Virgilio M. (traducción). 1869.
- C. Coloma. Obras de C. C. Tácito (traducción). 1866.
- Búrgos. Obras de Horacio (trad. en verso).
- Gabriel (Infante). Obras de C. Salustio (trad.). 1865.
- J. Goya. Comentarios de Cayo J. César (trad.). 1865.
- God. Stallbaum. Platonis opera omnia (texto gr. con excelentes notas latinas). 10 vol. 1842.
- G. Gesenius. Hebräisches. Elementarbuch; grammatik (20.^a edic.), 1866. Lesebuch. 10.^a edic. 1865.
- Id. Ausführliches Lehrgebäude der hebr. Sprache, mit Vergleichung der dialekte.
- H. Ewald. Ausführliches Lehrbuch der hebr. Sprache. 8.^a ed. 1869.
- Id. Hebraische Sprachlere für Anfänger. 3.^a ed. 1862.

- G. Gesenius. Hebräisches und Chald. Handwörterbuch. 7.^a ed. 1868.
- Id. Thesaurus philologicus criticus linguae hebraeae et chaldaee, 3 tom. ed. 2.^a 1829-58.
- H. Ewald. Geschichte des Volks Israel. 7 vol., 3.^a edición 1864.
- Jehuda ha Levi. Das Buch Kusari, nach den hebr. Texte des J. ibn Tibbon. 2.^a ed. 1868.
- Maimonides. Sefer ha Mizwoth; liber praeceptorum, ex arab. hebr. fecit Ibn Tibbon. 1868.
- Julius Fürst. Bibliotheca judaica. 3 vol., 2.^a ed. 1863.
- M. Kalish. A hebrew grammar with exercices. 1863.
- B. Davidson. Outlines of hebrew accentuation. 1861.
- G. Nägelsbach. Hebräische Grammatik. 3.^a ed. 1870.
- F. Böttcher. Auführl. Lehrbuch der hebr. Sprache. 2 volúmenes. 1868.
- J. Olshausen. Lehrbuch der hebr. Sprache. 1861.
- H. Vosen. Rudimenta linguae hebraicae. 3.^a ed. 1867.
- G. Blanco. Análisis filosófico de la lengua hebrea, 2 volúmenes. 1841.
- Fürst. Hebräisches und chald. Handwörterbuch. 2 volúmenes, 2.^a ed. 1863.
- Id. A hebrew and chald. Lexicon transl. from the G. by Davidson. 3.^a ed. 1865.
- J. Buxtorffii Lexicon chaldaicum, talmudicum et rabbinicum ed. B. Fischer.
- J. Metzger. Hebräisches Uebungsbuch. 2.^a ed. 1864.
- G. Herbst. Historisch Kritische Einleitung in de heilige fchrift des A. T. 2 vol. 1844.
- E. Meier. Die poetisch. Bücher des A. T. übersetzt. 1853.
- L. de Wette. Commentar über die Psalmen, 5.^a ed. 1856.
- Ewald. Alterthümer des Volks Israel. 2.^a ed. 1854.
- Ewald. Die propheten des alten Bundes. 2.^a ed. 3 vol. 1868.
- J. Hitzig. Der prophet Jeremia erkl. 2.^a ed. 1866.

- Id. De Psalmen übersetzt und ausgelegt. 1866. 2.^a ed.
- E. Bertheau. Das Buch der Richter und Ruth. 1847.
- Id. Die Bücher Esra, Nehemia und Ester. 1862.
- O. Bohtlingk. Panini's acht Bücher grammatischer Regeln. 2 vol. 1840.
- Th. Benfey. Vollständige grammatik der Sanskrit sprache. 1852.
- Id. A practical grammar of the Sanskrit language. 2.^a edición. 1868.
- Max Müller. A grammar of the Sanskrit language. 1866.
- Jules Oppert. Grammaire Sanscrite. 2.de ed. 1864.
- Fr. Bopp. Glossarium comparativum linguae Sanscritae, etc. 1867.
- G. Hengstenberg. Der Prediger Salomo ausgelegt. 1859.
- Id. Die Psalmen (commentar). 4 vol. 2.^a ed. 1852.
- Id. Christologie des A. T. 2.^a ed. 1857.
- Id. Die Opfer der heiligen Schrift: die Juden und die christl. Kirche. 1859.
- Pusey. The minor prophets.
- Id. The prophet Daniel. Oxford.
- J. Keil. Handbuch der biblischen archoaologie. 1858.
- Jr. Delitzsch. Biblischer commentar über das A. T.
- Id. Die Psalmen. 2.^a ed. 1867.
- Id. über den Proph. Jesaia, 1866.
- Id. über das Buch Job, 1864.
234. J. Keil. Commentar über Genesis und Exodus. 2.^a ed.
- Id. Com. über Leviticus, Numeri and Deuteronomium. 1869. 2.^a ed.
- Id. Com. über Josue, Richter, Ruth. 2.^a ed.

-Id. Com. über die Bücher Samuels.

-Id. Com. über die Bücher der Könige.

235. H. Hupfeld. Die Psalmen übersetzt und ausgelegt. (2.^a ed. de Riehm.) 3 vol. 1869.

-Id. Commentatio de primitiva et vera temporum festorum et feriatorum apud Hebraeos. 1858.

236. L. Reinke. Der Prophet Zephanja. 1868.

-Id. Der prophet Haggai. 1868.

-Id. Grossen und Kleinen propheten des A. T. 4 vol. 1862.

-Id. Die messianischen Weissagungen bei Den Propheten des A. T. 2 vol. 1859.

237. Crelier. Le livre de Job vengé des interprétations fausses et impies de Rénan. 1860.

238. O. Thenius. Die Bücher Samuels. 2.^a ed. 1864.

-Id. Die Klagelieder erklärt. 1855.

239. Aug. Knobel. Die genesis erklärt. 2.^a ed. 1860.

-Id. Die Bücher Exod. und Leviti. erkl. 1857.

-Id. Die Bücher Numeri Deuteronom. und Josua. 1861.

-Id. Der prophet Jesaia erkl. 3.^a ed. 1861.

240. F. Böttcher. Neue exegetisch-kritische Aerenlese zum A. T. 1863-64.

241. B. de Haneberg. Geschichte der biblischen Offenbarung. 3.^a ed. 1864.

-Id. Die religiösen Alterthümer der Bibel. 2.^a ed. 1869.

242. Schegg. Die Kleinen Propheten übers und erkl. 2 vol. 1854.

243. B. Welte. Das Buch Job, übers und erkl. 1849.

244. A. Köhler. Die Weissagungen Sacharja's. 2 vol. 1863.

-Id. Die Weissagungen Maleachi's. 1865.

245. T. Graetz. Geschichte der Juden bis auf de Gegenwart. 4 vol. 1855-71 (sigue).

246. Mishna, cum comment. Berlinoro, etc. 6 vol. 4.º 1862.
247. Mishnae Torah. Das gesetzbuch des Maimonides, mit dem comment. 1863.
- 248 S. Pinsker. Einleitung in das babylonisch hebräische Punktationssystem (obra muy buena). 1863.
249. Zunz. Literatur geschichte der synagogalen Poesie. 1865.
250. S. Davidson. An introduction to the old T. 1862.
251. H. Ebrard. Der glaube an die heilige Schrift, und die Ergebnisse der Naturforschung. 1861.
252. F. Bleek. Einleitung in die heilige Schrift. 2 vol. 1862.
253. L. Herzfeld. Geschichte des Volks Israel. 2 vol., 2.^a ed. 1863.
254. J. Hershon. Specimens from the Talmud. 1861.
255. J. Salvador. Histoire des institutions de Moïse et du peuple hebreu. 3.^a ed., 2 vol. 1862.
256. M. Nicolas. Études critiques sur la bible. 1862.
257. H. Reusch. Das Buch Tobias übers, und erkl. 1857.
258. J. Martin. Keil and Delitzsch; biblical commentary on the old T. 1864 (sigue).
259. H. Hedwig. The Book of Job, edit by Chance. 1864.
260. M. Stuart. A commentary on Ecclesiastes. 1862. 261. M. Kalish. A historial and critical commentary on the old T. with a new translation (obra muy buena). 1858.
262. S. Davidson. A commentary grammatical and exegetical on the book of Job, with a translation. 1862.
263. B. Schäfer. Neue Untersuchungen über das Buch Koheleth. 1870.
264. Aug. Dillmann. Hiob für die 3.te auflage nach L. Hirzel, etc. 1869.
265. W. Alexandre. Les livres de Dieu, Moïse et le Talmud. 1864.
266. A. Geiger. Das Judenthum und seine Geschichte. 1864.
267. M. Kaiserling. Geschichte der Juden in Spanien und Portugal. 1861.

268. H. Reusch. Lehrbuch der Einleitung in das A. T. 2.^a ed. 1864.
269. M. Bahmer. Die hebräische Tradition in den Werken des Hieronimus. 1867.
270. F. Jones. Egypt in its biblical relations and moral aspect. 1860.
271. R. Poole. The genesis of the earth and of man (historia de la creación y antigüedad del género humano). 1860.
272. G. Rawlinson. The historical evidence of the truth of the scripture records stated anew. 1860.
273. A. Westermeyer. Das A. T. und seine Bedeutung (contra la incredulidad). 1860.
274. F. Bannister. The temples of the hebrews, their sanctuaries, furniture and festivals. 1861.
275. Mandelstamm. Biblische und Talmudische studien. 3 vol. 1860.
276. Taylor Y. The spirit of the hebrew poetry. 1861.
277. A. Goldberg. Talmud Babylonicum cum comment. notisque, etc. 1864.
278. Id. Mischna, cum comment. optimis. 1862.
279. Id. Talmud. Hierosolymitanum, cum comment. optimis. 1862.
280. J. Fürst. Der kanon des A. T. nach den Ueberliefer in Talmud. 1868.
281. A. Levi. Geschichte der judisch. Münzkunde (con grabados). 1862.
282. J. Bonnet. La poésie devant la Bible (estudio crítico de los poetas). 1858.
283. J. Bunsen. Vollständiges Bibelwerk. 4 vol. 1864.
284. S. Munk. Mélanges de philosophie juive et arabe. 1859.
285. A. Dillmann. Das Buch Henoch. 1853.
- F. Philippi. Das Buch Henoch. 1868.
- J. B. Baltzer. Die biblische Schöpfungsgeschichte. 1867.
- F. Caminero. Manuale isagogicum in sacra Biblia. 1868.
288. L. W. Grimm. Das Buch der Weisheit erkl. 1860.

- Silv. de Sacy. Grammaire arabe à l'usage des écoles, etc., 2.de ed., 2 vol. 1830.
- H. Ewald. Grammatica critica linguae arabicae. 2 vol. 1833.
- C. P. Caspari. Grammatik der Arabischen Sprache. 3.^a ed. 1866.
- Will. Wright. A Grammar of the Arabic language, translated from the German of Caspari. 1859.
- F. G. Ayuso. Gramática árabe. Método teórico-práctico. 1871.
- F. Uhlemann. Grammatik der Syrischen Sprache (con crestom. y glos.). 2.^a ed. 1857.
- Sprenger. The technical terms of the arabic language. 2 vol. 1850.
- Yazig'i. Kitabu nari'l g'ira fi sharhi g'anfi'l Fara. Gramática árabe (en árabe).
297. Adolfo Wahrmund. Praktische Grammatik der neu Arabischen Sprache. 1861.
298. M. Bresnier. Cours de langue arabe. 1855.
- G. G. Freytag. Lexicon Arabico-Latinum, praesertim ex Djeuharii, Firuzabadiique, et operibus confectum. 1838.
- E. U. Lane. An Arabic-English Lexicon. 1863-71 (sigue).
- Juynboll. Lexicon Geographicum, e duobus codd. Arabice edidit. 1852.
- G. Flügel. Bibliographisch-encyclopädisches Wörterbuch. 3 vol. 1868.
- Kazimirski. Dictionnaire arabe-français. 2 vol., gros. 8.º 1868.
- Silv. de Sacy. Chrestomathie Arabe ou extraits de divers écrivains arabes. 2.de ed. 1826.
305. D. Tornberg. Ibn el Athiri Chronicon quod perfectissimum inscrib. vol. XII. 1870.
- G. Freytag. Darstellung der Arabischen Verskunst. 1838.
- Id. Arabum Proverbia. 3 vol. 1843.
- Id. Hamasae Carmina cum tebrisii scholiis; cum vers. lat. com. 1851.
- Id. Ibn A'rabshah (con notas, etc.).
- G. Flügel. Corani Textus Arabicus. 1834.

- Id. Geschichte der Chalifen. 2.^a ed. 1864.
- A. Schleicher. Indogermanische Chrestomathie (trozos escogidos de varias lenguas indo-europeas, con trad. glos., etc., muy buena). 1869.
- M. Guckin de Slane. Vies des hommes illustres de l'Islamisme, par Ibn Khallicân. 1841.
- Id. Ibn Khaldoun, Histoire des Berbers et des dynasties musulmanes de l'Afrique Septentrionale (en árabe). 2 vol. 1851.
- F. Wüstenfeld. Abn Zacariya el Nawami, biografical Dictionary of illustrious men (texto). 9 parts.
- Id. Ibn Coteiba's, Handbuch der Geschichte (texto). 1850.
- Id. Macrizi, Geschichte der Kopten (texto). 1845-47.
- Id. Ibn Doraid-Genealogie (texto). 1853.
- Id. Ibn Hischám-a'bd-al-malik, das Leben Muhammed (texto). 1860.
- Id. Die Chroniken der Stadt Mekka (texto). 4 vol. 1860.
- Id. Kaswini's Kosmographie (texto árabe). (La trad. alemana es de G. Ethé, buena). 1856.
- Fleischer. Beidawicommentarius inCoranum (texto). 1848.
318. Mor. Redslob. Coranus Arabicae; Recens. Fluegelianae textus. 1853.
319. Marc. Jos. Müller. Die letzten Zeiten von Granada (texto con traducción en español). 1863.
- Id. Beyträge zur Geschichte der Westlichen Araber. 1850.
320. M. J. de Goeje. Al-Beladsorí Imamo Ahmed Ibn Yahya, liber expugnationis regionum (árabe). 1867.
321. W. Wright. The Kamil of el mubarrad. 1868.
322. Reinaud et Guckin de Slane. Géographie d'Abu-lfeda (texte arabe). 1840.
323. R. Dozy. Et J. de Goeje. Description de l'Afrique et de l'Espagne par Edrisi, texte arabe avec trad. 1866.
324. J. Juynboll. Et F. Matthes; Abu'l Mahasin Ibn Tagri Bardii annales ex codd. mss. nunc, primum edit. 1852-55.

325. Aug. Arnold. Septem. Moa'lla-Kât; carmina antiquissima arabum, text. adnotat. crit adjecit. 1850.

326. Fr. Dieterici, Mutenabbii carmina cum comm. Wahidii, ex codd. ed. 1860.

327. Garcin de Tassy. Azzeddin; les oiseaux et les fleurs. 1841.

328. Ibn A'rabshah, Fâkihatul-chulafâ wa Mafâkat Thurafâ. Bulâq. 1859.

Kosegarten. Kitab-al-aghâni (arab.). 1840.

Alf-Laila wa Laila (1.001 noches). 2 vol. ed. Bulaq.

Rückert. Die Verwandlungen des Abu-Zaid Serug', oder Makamen des Hariri, in Nachbildung übersetzt (bellísima paráfrasis). 1844.

-Id. Hamasa; oder die Volkslieder... übersetzt. 1846.

Nöldeke. Urwa Ibn Alward; gedichte, übersetzt. 1862.

Ph. Wolf. Moallakat; die sieben Preisgedichte der Araber, ins deutsch übertragen. 1857.

R. Dozy. Dictionnaire détaillé des noms des vêtements chez les arabes.

-Id. Dugat, Krehl. Et Wright; analectes sur l'histoire et la litter. des arabes d'Espag. par Almacari (texto). 5 vol. 1867.

-Id. Recherches sur l'histoire polit. et litter. d'Espag. pendant le moyen age. 2.^a ed. 1860.

-Id. Histoire de l'Afrique et de l'Espagne, de Albayanul Mogrib (texto). 2 vol. 1851.

Kremer. Geschichte der herrschenden ideen des Islams. 1868.

B. Haneberg. Abhandlungen über das Schul und Lehrwesen der Muhamedaner im Mittelalter. 1850.

A. Sprenger. Das Leben und die Lehren des Mohammed. 3 vol. 2^a ed. 1868.

Schmölders. Essai sur les écoles philosophiques chez les arabes.

J. Dieterici. Die Logik und Psychologie der araber (en el sigl. X). 1868.

-Id. Die Propaedeutik der araber (en el sigl. X). 1865.

A. Mehse. Die Rhethorik der araber. 1853.

341. G. Weil. Geschichte der Chalifen. 5 vol. 1862.

P. de Gayángos. History of the Mohammedan dinastiês in Spain. 1843.

E. L. Alcántara. Colección de obras arábicas, tomo I. 1867.

J. J. Simonet. Leyendas históricas árabes. 1858.

-Id. Discursos. 1866.

G. Lane. Manners and customs of the modern Egyptians. 1837.

346. Zenker. Sitten und Gebräuche der heutigen Egypter (traducción del anterior, muy bueno). 1852.

347. Aem. Rödiger. Locmani fabulae quae circumferuntur (con notas críticas y glosario muy apreciables). 2.^a ed. 1839.

- II -

Ejemplos de la declinación y conjugación sanskita, comparadas con las de los idiomas, zend, griego, latín, eslavo, litauico y godó.

Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**.

